ATILIO BORON
ALEXIA MASSHOLDER

A contramano

Una biografía dialogada



milenio**libre**

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

A CONTRAMANO
Una biografía dialogada



A CONTRAMANO
Una biografía dialogada

Atilio Boron
Alexia Massholder

1.ª edición en Siglo XXI de España Editores, 2022
1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2023

A contramano. Una biografía dialogada
© Atilio Boron
© Alexia Massholder

Diagramación y edición gráfica
David Arneaud

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C.A., 2023
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El Silencio,
municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.
Teléfono: (58-212) 485.04.44
www.monteavila.gob.ve

Hecho el depósito de ley
Depósito Legal N.º DC2023001472
ISBN 978-980-01-2402-4

Índice

AGRADECIMIENTOS 9

INTRODUCCIÓN, POR ALEXIA MASSHOLDER 11

INFANCIA MULTICULTURAL, PERONISMO
Y TEMPRANA POLITIZACIÓN 15

APRENDIZ DE SOCIÓLOGO EN UNA ARGENTINA
CONVULSIONADA 73

ESCAPE A SANTIAGO, LATINOAMÉRICA EN MI PIEL 145

I. EL PANÓPTICO HARVARDIANO 213

II. MÉXICO Y EL NACIMIENTO DE UN «ARGENMEX» 293

III ¡DIECISIETE AÑOS NO SON NADA! EL DURO
RETORNO A LA ARGENTINA 391

IV. CLACSO Y DESPUÉS 455

V. NOTAS SOBRE LA REFLEXIÓN TEÓRICA,
LA PRAXIS POLÍTICA Y EL INTELECTUAL PÚBLICO 525

VI. POSTSCRIPTUM. PANDEMIA, RESTRUCTURACIÓN
CAPITALISTA Y GUERRA 547

ANECDOTARIO 559

AGRADECIMIENTOS

Un libro como este hubiera sido imposible sin la colaboración de mucha gente que se identificó con el proyecto. Aportó datos, precisó recuerdos de situaciones a veces desdibujadas en la nieblade un pasado lejano y, además, me estimuló para que llevara a término lo que parecía una tarea inacabable, tan extenuante como pretender escalar el Everest. Esto porque cada acontecimiento o situación evocada abría las compuertas por donde entraba en tropel un torrente de nuevos recuerdos. Por supuesto, Alexia Massholder, incisiva y tenaz entrevistadora, desempeñó un papel decisivo en esta empresa política e intelectual. Su virtuoso empecinamiento para realizar todas las entrevistas sin arredrarseante mi endemoniada agenda de viajes y compromisos que me distraían de la fatigosa y, por momentos, amenazante tarea de ordenar mis recuerdos, la hacen merecedora de toda la gratitud que alguien puede tener para con quien acometió una empresa como esta: ayudarle con sus preguntas a reconstruir las vivencias políticas de toda una vida. La expresión «muchas gracias» no alcanza a transmitir la deuda que he contraído con ella.

Esta narración, con todos sus matices, se vio favorecida por la intervención puntual de muchas personas que me ayudaron a hilvanar mis recuerdos y sortear las inevitables lagunas de mi memoria. EmilioTaddei, Ivana Brighenti, Andrea Vlahusic, José Seoaney Marcelo Rodríguez me permitieron precisar situaciones cuyos contornos se habían ido esfumando con el paso de tantos años. Y debo también agradecer a Araceli Matus, Teresa Castillo y Romina Pereyra por su inestimable colaboración en la transcripción, edición y corrección final del texto. No menos importante fue la eficaz asistencia prestada por Lorena María Blanco en la cuidadosa revisión final de este manuscrito.

Pero cometería un acto de flagrante injusticia si no reconociera, con igual énfasis, a muchísima gente que conocí a lo largo de mi vida y con quienes compartí momentos de singular trascendencia. Gentes que ni siquiera saben que acabo de escribir estas páginas, pero que fueron inmensamente importantes en mi vida. En primer lugar, las parejas que tuve y que me dieron la posibilidad de construir las tres familias que jalonaron mi existencia desde que era un veinteañero, y a las hijas e hijos frutos de esas relaciones. Más allá de las tensiones y rupturas que caracterizan a la familia como institución en la época actual es mucho lo que les debo, y quisiera dejarlo explícitamente señalado en estas líneas. Pero además, agradecer a mis colegas y estudiantes en distintas instituciones educativas y de investigación: principalmente en mi propio país, Argentina, y en los tres países en los cuales residí por años: Chile, Estados Unidos y México. Y, por supuesto, a las grandes amigas e infinidad de amigos que fui cosechando en los más apartados rincones de Latinoamérica. A los que lo fueron hace más de medio siglo y a los de hoy, que con su afecto y sus estimulantes cuestionamientos me motivan a seguir investigando, ofrecer conferencias y escribir a diario para compartir los resultados de mis análisis y reflexiones. Sin su compañía me sentiría perdido y, probablemente caería en una imperdonable apatía. Son ellos, con sus requerimientos de clases, entrevistas, tutorías doctorales o posdoctorales, artículos académicos o notas periodísticas quienes me mantienen vivo y alerta, cumpliendo la función de ese tábano al cual dicen se refería Sócrates que picaba a un noble caballo para tenerlo despierto. Pretender enumerarlos a todas y todos sería un error fatal, ungesto de soberbia porque, inevitablemente más de una, o uno, quedaría en el olvido, y no me lo perdonaría. Sé que quienes lean este libro se darán fácilmente cuenta de su presencia, y con eso me basta para apaciguar mi espíritu y sentir que he manifestado mi inmensa gratitudcon cada una de esas personas que hicieron de mi vida, algo mucho más que un mero transcurrir.

Buenos Aires, 2 de julio de 2022

INTRODUCCIÓN, POR ALEXIA MASSHOLDER

Hace ya algunos años tuve la oportunidad de coincidir durante una breve estadía en Cuba con Atilio. Yo visitaba archivos para mi investigación, él alternaba conferencias, entrevistas televisivas y radiales, y encuentros con personalidades de la isla. Como siempre, a pesar de su eternamente «apretada» agenda, tenía el momento para contestar mis infinitas preguntas. De una entrevista que le había hecho a Joaquín Infante Ugarte[1] me surgieron dudas sobre algunos aspectos de economía, y en un desayuno se las transmití a Atilio. En su tradicional estilo que combina sencillez con profundidad me habló unos cuarenta y cinco minutos en lo que podría decirse fue una «conferencia magistral» e informal. Quizá la cercanía y la cotidianeidad de haber trabajado años bajo su dirección, la simpleza de los intercambios en un vínculo que fue deviniendo amistad y su incondicional predisposición para escuchar a los que «venimos atrás», me hizo perder la conciencia de las dimensiones del personaje. En aquel desayuno el viaje de cuarenta y cinco minutos por las teorías políticas, las experiencias socialistas, las corrientes de pensamiento económico y algunas anécdotas mechadas con los grandes cientistas sociales y figuras políticas de nuestro continente, me llevaron a compartirle una ocurrencia: conversar, desde una perspectiva biográfica, sobre las

[1] Economista cubano, Premio Nacional de Economía. Asesor de la ANEC (Asociación Nacional de Economistas y Contadores de Cuba). Participó del «Gran debate» económico en Cuba entre 1963 y 1964, siendo en esos años director de finanzas y precios del Instituto Nacional de Reforma Agraria.

ciencias sociales y la política en América Latina. La respuesta fue precedida de risas con tono de desconcierto. El entretenido desayuno terminó abruptamente cuando vinieron a solicitar la presencia del «Doctor Boron», ya no recuerdo en dónde. Días después Atilio me confesó haberse quedado pensando en la cantidad de experiencias que, si bien fueron personales, de algún modo daban cuenta de las peripecias de las ciencias sociales y la política de la izquierda en nuestro continente. Me apresuré entonces a convencerlo y a la vuelta de aquel viaje le propuse un plan de trabajo. Un plan que por supuesto no contempló los permanentes viajes del entrevistado y los compromisos incesantes con escribir sobre una realidad continental en permanente ebullición.

He aquí entonces la primera advertencia a lxs lectores. Las páginas que siguen son producto de intermitentes encuentros durante más de cuatro años en su oficina del Centro Cultural de la Cooperación. La periódica relectura de esas conversaciones implicó volver a discutir el proyecto inicial una y mil veces, trabajar con los recuerdos de décadas evocados siempre desde una subjetividad atenta al presente y sobre todo con los cruces entre el relato cronológico y las reflexiones conceptuales inevitables a la hora de pensar una especie de «biografía intelectual».

Una segunda y necesaria nota sería confesar que cada tema tratado derivaba inevitablemente en la posibilidad de una nueva «conferencia magistral» informal, convirtiéndose en un relato con tendencia al infinito. Los cortes y orientaciones de las preguntas son completa decisión tomada desde mi rol de entrevistadora, y responden a mi subjetividad, y a mi interés en dejar registro de conversaciones que había tenido con Atilio en tantos años de actividad académica y militante conjunta. Años que me permitieron conocer un itinerario «a contramano» de la mayoría de los intelectuales, que se inician en la rebeldía y la radicalidad y terminan sus días renegando de sus «locuras juveniles» desde posiciones socialdemócratas,

cuando no francamente de derecha. Quienes lean estas páginas encontrarán la trayectoria inversa.

Una tercera aclaración refiere a las respuestas del entrevistado. No hay manera que el trabajo de recordar no contenga posibles errores u omisiones que serían impensadas en un registro de trabajo de investigación académica. Este trabajo no lo es. Se trata de un relato, desde una perspectiva biográfica, de algunas, y sólo algunas, posibles relaciones entre las ciencias sociales y la política, entre lo académico (que es político) y las relaciones de poder. Un relato en el cual las trayectorias individuales y el ineludible entramado social, cultural y político que las contiene se entrecruzan hasta formar una amalgama única e irrepetible, capaz de suscitar nuevos interrogantes. No encontraremos entonces en las páginas que siguen afirmaciones sostenidas con un aparato empírico, sino perspectivas construidas por décadas de estudio y vivencias personales del entrevistado, que como tal representan un genuino documento histórico a la hora de pensar la relación entre intelectuales y política en Nuestra América.

Un cuarto punto, mi personal interés por algunos temas como investigadora, pero sobre todo como militante, me empujaron a detenerme más en algunos asuntos que en otros. Como producto «relacional», esta entrevista es obra y responsabilidad exclusiva de quienes la mantuvieron –Atilio y yo–, y no implican opiniones compartidas por otros actores, sean estos personas u organizaciones. He manifestado tras algunas conversaciones mis reparos sobre algunas afirmaciones del entrevistado, de la misma forma en que el entrevistado me miró en más de una oportunidad desconcertado por cosas que él seguramente no hubiera preguntado o sobre las que no hubiera insistido. Pero acordamos en líneas generales por donde llevar un relato, mucho más extenso de lo que imaginamos inicialmente, pero mucho más breve de lo que podría ser la narración de recuerdos que se extienden por más de siete décadas y en los que se reflejan algunos de los episodios más trascendentes de la historia de América Latina.

INFANCIA MULTICULTURAL, PERONISMO Y TEMPRANA POLITIZACIÓN

A. M. (A. M. de Alexia Massholder) *Los primeros años de nuestras vidas, de distintas maneras, nos dejan sus huellas: ¿Qué recuerdos tenés de tu historia familiar, de la relación con tus padres, familia en general, entorno en el que te desarrollaste?*

A. B. (A. B. de Atilio Boron) Bueno mira, te cuento. Yo vine a este mundo por un accidente. Muchos chicos nacen por un accidente, pero este fue muy peculiar. Si fuera supersticioso te diría que estaba predestinado a nacer. La casualidad es que mi padre y mi abuela, o sea, mi *nonna*, no pudieron abordar el barco que tenía que traerlos desde Italia a la Argentina. Esto fue a mediados de octubre de 1927. Ellos vivían en el norte de Italia, en la zona del Veneto, en un pequeño pueblito llamado Cologna Veneta, una región cuyas principales ciudades eran Verona, Vicenza y Padua. En esta ciudad hay una universidad muy prestigiosa, de las más antiguas de Europa. Pero ellos no eran universitarios ni gente de ciudad; eran pequeños agricultores en el valle del río Po. Poseían una finca pequeña, no más de tres hectáreas y no eran, como erróneamente se dice «a la argentina» en muchos estudios sobre la inmigración italiana: «campesinos», sino pequeños propietarios agrícolas, dos categorías sociales muy diferentes.

Mi familia había estado viniendo a la Argentina desgranándose de a poco, expulsados por la Primera Guerra Mundial y los durísimos años de la posguerra. Época complicada por la crisis económica y la convulsión social y política que culminó con la Marcha sobre Roma y el ascenso del fascismo en 1922. Mi *nonno* Agustín tuvo cinco hijos, de los cuales mi padre era el menor. Los

tres hermanos mayores: Virginio, Inés y Luis, fueron viniendo unos años antes y allá quedaron los dos menores: mi tía Elvira y mi papá. Cuando la situación se tornó insostenible, decidieron que debían emigrar a la Argentina y reunir a la familia. Elvira, mi padre y mi *nonna* emprendieron el viaje. Esta se había resistido a salir de Italia por mucho tiempo. Su vida se realizaba en su pequeña finquita y, además, le tenía terror al mar y los buques. Siendo ya una persona de cincuenta y dos años y que nunca había abandonado su terruño fue necesario armar toda una expedición para montarla en un tren para ir desde Cologna Veneta hasta Verona y de ahí Génova paraembarcarse rumbo a Buenos Aires. Por una razón que nunca voy agradecer lo suficiente la reserva que tenían para viajar a Buenos Aires en el buque *Principessa Mafalda* se cayó, probablemente por sobreventas. Era un buque de primera categoría y el más confortable para una persona de edad como mi *nonna*, pero ante lo ocurrido tuvieron que buscar una alternativa. Consiguieron lugar en el *Conte Verde*, que salía unos días después y en el cual todavía quedaban algunos *tickets* disponibles. Lo cierto es que sobre el *Principessa Mafalda* pesaba un trágico destino: se hundió frente a las costas de Santa Catarina, Brasil. Mujer profundamente impregnada por una religiosidad popular, mi *nonna* no tardó en interpretar este incidente como un claro mensaje de la mismísima Virgen María que para poner a salvo a mi familia utilizó sus influjos para que las reservas originales se cayeran. Lo cierto es que estaba escrito que tenían que llegar a destino, aunque fuese gracias a una afortunada casualidad, y lo hicieron. Mi papá era un adolescente; en los registros del barco, que llegaría el 20 de octubre de 1927 a Buenos Aires, figura como Giuseppe Baron; mi tía Elvira con diecinueve años y mi *nonna* como Sofía De Giácomi, de cincuenta y dos años, todos procedentes de Verona. El viaje también fue accidentado porque mi abuela, que ya se había mareado en el tren, en el cualnunca había viajado (había nacido en 1875), ni bien el buque soltó amarras el malestar se hizo mucho más persistente y sólo cesó al llegar a tierra firme. De hecho, gran parte del viaje lo pasó en la enfermería

del paquebote. En resumidas cuentas: llegaron sanos y salvos a la Argentina por causa de un accidente; la vida está llena de accidentes y a veces te permiten quedarte en este barrio o, si te va mal, te mandan al otro mundo. En fin, casi ya no tengo familiares en el norte de Italia. Me quedó una numerosa y entrañable familia en Sicilia, de donde era oriunda mi madre. Pero los del norte se vinieron todos. Mi madre, Concepción Labruna, había llegadoen 1924 junto con su hermana menor, María. El padre había estado antes en la Argentina trabajando como boletero en una línea de tranvías y las trajo porque la madre, o sea, mi *nonna* materna, murió en el parto de su tercer hijo, un varoncito. Ya viudo, el *nonno*Antonino trató de rehacer su vida en la Argentina, donde había ya muchos sicilianos del mismo pueblo, Regalbuto, instalados en Buenos Aires. Pero en esta ocasión no encontró trabajo y aparte notenía quien atendiera su pequeña finca ubicada, como era y es usual aún en Sicilia, en las afueras del pueblo y tuvo que regresar aItalia. Mamá y su hermana quedaron a cargo de sus tías, que la criaron con todo cariño. Antonino no regresó a Buenos Aires, pero siempre se mantuvo en contacto epistolar con mi madre. Recién sereencontrarían en enero de 1965, en Sicilia, y fue una experiencia inolvidable para ambos. Yo no llegué a conocer a mi *nonno* siciliano. Visité Sicilia por primera vez en 1974 y ya había muerto. Pero conocí a sus seis hijos, cuatro mujeres y dos varones, mis tíos, que me recibieron con un amor que hoy mismo, al recordarlo, no deja de emocionarme.

A. M. *Luego de las difíciles circunstancias vividas en el viaje, ¿a qué lugar de Argentina llegaron?*

A. B. A Buenos Aires, porque los tres hermanos que habían arribado antes ya estaban bien instalados, y además los hermanos de mi abuela, los de Giacomi, se habían convertido casi todos ellos en prósperos comerciantes. Mi papá empieza a trabajar en una armería que tenían dos de ellos, Juan y Alejandro, instalada en la esquina de Victoria (calle que después se rebautizaría como Hipólito Yrigoyen) y Piedras. Baja del barco, hace los sencillos

trámites aduaneros y migratorios propios de la época, llega a la casa de sus hermanos y una hora después se presenta en la armería. Allí lo recibe el tío Alejando y sin más le da un voluminoso paquete de cartuchos que debía llevar a un cliente que vivía en Liniers, en el otro extremo de la ciudad. La armería vendía rifles, escopetas, pistolas, revólveres y toda clase de municiones y accesorios. En esa época era legal hacerlo en Argentina. Pero fíjate lo que era este país en aquella época. Le dieron un papel con instrucciones para llegar, se tomó el tranvía 2, fue hasta el lugar (casi al final del recorrido), entregó los cartuchos y se volvió. No hablaba una palabra en castellano. Hizo como los zapatistas «preguntando caminamos o caminamos preguntando». Es que, tal como lo comprobaron los estudios de Gino Germani, en esa época gran parte de la población económicamente activa de la Ciudad de Buenos Aires era extranjera, de modo que le fue sencillo –así me lo contó– preguntar cómo llegar. Siempre había un italiano a mano para evacuar las dudas. Así, a las pocas horas de haber atravesado el Atlántico, empezó su nueva vida y lo hizo con la naturalidad propia de alguien que hubiera estado siempre allí.

Fui criado en un curioso hogar italiano en donde se hablaban tres lenguas. El italiano con mi padre; el Veneto con mi *nonna* y mis tíos, y el castellano con mi madre, que había llegado a este país con apenas cuatro años. De hecho, el castellano lo aprendo definitivamente poco antes de iniciar la escuela primaria. Alguien podrá sorprenderse cuando hablo del italiano y el Veneto como lenguas diferentes, pero lo son. Existe la creencia de que en Italia sólo se habla el italiano, pero en realidad la península es un crisol de lenguas diferentes y sólo a partir de mediados del siglo xx comenzó la todavía inconclusa unificación lingüística de Italia. El Veneto no es un dialecto, como tampoco lo es el siciliano: son lenguas distintas, con sintaxis y ortografías diferentes. Este tema fue señalado por Gramsci en los años veinte del siglo pasado como uno de los problemas que enfrentaba la unidad de acción de la clase obrera. Y hay una hermosa película, *Los compañeros* (*I Compagni)*, protagonizada por Marcello Mastroianni en el papel

de un profesor socialista que en un distrito industrial del norte de Italia debe lidiar con el hecho de que sólo una minoría de los trabajadores hablaba italiano y el resto, inmigrantes de distintas partes de Italia, lo hacía en una variedad de lenguas y dialectos que impedían la comunicación entre los trabajadores. El veneto, como el siciliano, es una de esas lenguas.

A. M. *¿Cómo se conocieron tus padres?*

A. B. Se conocieron en el barrio. Mi padre de a poco se fue independizando de sus tíos, inició varias actividades sin mucha suerte con una bicicletería, con una carnicería y después aprendió a manejar y se conchabó como camionero. Se ganaba la vida como podía, siempre con mucho esfuerzo. Con la carnicería (puesta junto a mi tío Luis) se fundió, pero allí conoció a mi mamá, que era clienta porque vivía en Sarmiento y Paraná, y el local estaba sobre la calle Montevideo casi Sarmiento. Allí se conocieron, comenzaron a charlar y al cabo de un tiempo «fueron a los bifes» [risas].

A. M. *¿Vos naciste en ese barrio?*

A. B. No, cuando se casaron alquilaron un PH en Caballito, a cinco cuadras de mi casa actual. La ceremonia religiosa tuvo lugar en la basílica de Nuestra Señora de Buenos Aires, que está en la esquina de Gaona y Espinosa. Yo soy el primer hijo de la pareja, después viene una hermana tres años menor que yo, Beatriz, y como siete u ocho años más tarde mi mama perdió un embarazo, entonces quedamos sólo dos hermanos.

A. M. *¿Cómo recordás aquellos primeros años de tu infancia?*

A. B. Puede ser un lugar común, pero debo decir que tengo bellos recuerdos. En lo personal fue una época muy feliz, muy activa y enriquecedora. Jugaba en la calle o en mi casa con mis amigos del barrio o de la escuela y, al mismo tiempo, iba absorbiendo el ambiente político y cultural del primer peronismo, con sus ásperas controversias y una polarización de actitudes y de

condiciones sociales que ya desde mis años de la escuela primaria me llamaban poderosamente la atención.

A. M. *¿Te llevabas bien con tus papás?*

A. B. Sí, la verdad que muy bien. Era un chico inquieto e hiperactivo, travieso, pero nunca caprichoso y sabía leer el clima familiar, sobre todo cuando veía que estaba «metiendo la pata». La verdad que no recuerdo que me hayan pegado, cosa muy común en aquella época en ciertos medios sociales. Aunque, ocasionalmente, me ligaba un tirón de orejas, pero más allá de eso nada. Cero traumas en esa materia.

A. M. *¿Y con tu hermana?*

A. B. Una «negligencia benigna». En esa época, mucho más que hoy, había juegos muy diferenciados por sexo. Si eras nena, tenías unos juegos y si eras varón, otros. No fue fácil para mí digerir la llegada de mi hermana porque yo esperaba un varoncito. Yo jugaba todo el día a la pelota y quería tener alguien con quien jugary, cuando me enteré que era una niña, me enfermé, me dio un ataque de ictericia, que estuve como dos meses «amarillo» por esta «intrusa», que venía a perturbar mi relación amorosa con mi mamáy a frustrar mis ganas de tener con quien jugar a la pelota.

A. M. *¿Tu mamá trabajaba?*

A. B. No trabajaba afuera, pero ella era ama de casa y la verdad es que tenía mucho trabajo. Sólo ocasionalmente venía una señora, doña Carmen, a ayudarla con el lavado y el planchado. Recordá que en aquella época no había pañales descartables y los lavarropas eran un lujo inaccesible a finales de los años cuarenta. Además, cosía y tejía, y parte de la ropa que usábamos nosotros, con excepción de mi padre, era hecha por ella.

A. M. *¿Y tu papá?*

A. B. Como te dije, tuvo diversas ocupaciones y, cuando yo nací, en 1943, estaba en los inicios de una fase de cierta prosperidad

económica. Aprendió a manejar y trabajó durante unos años como camionero transportando materiales de construcción. Participó en la construcción de la cancha de Boca, de ese «Templo del Fútbol Mundial» popularmente conocido como «La Bombonera», llevando materiales para el relleno del terreno, que era bajo e inundable. Cuando yo nací estaban en una posición económicamente mejor, vivíamos en Caballito, como te comenté, y junto con mi tío Luis habían alquilado un negocio con trastienda en Santa Fe casi esquina Sánchez de Bustamante. Tanto mi padre como su hermano se habían dedicado al corretaje, venta a comercio, de artículos de relojería, joyería, bisutería, etc. A fines del año 1945 alquilan ese amplio local y al poco tiempo mi familia se muda allí, a la trastienda, con mi tío Luis que todavía estaba soltero. Poco después se puso de novio con la hija del dueño del local e hizo rancho aparte. Pero el negocio andaba muy bien y no tuvo problemas para hacerlo. Claro que, a mediados de la década de los cuarenta, esa zona, hoy muy bacana, era bien diferente. Había muchas casas viejas y unos cuantos conventillos, sobre todo en Sánchez de Bustamante entre Santa Fe y Charcas. El local, ostentosamente llamado «Joyería Palermo», estaba magníficamente situado. Pero esa zona en ese momento era Palermo, luego se transformaría por obra de la especulación de los agentes inmobiliarios en «Barrio Norte». Lo mismo pasó con Palermo, que de golpe se convierte en «Palermo Hollywood», o «Palermo Soho», por imperativos del mercado.

A. M. *Volviendo a tus padres, ¿cómo era la relación con ellos?*

A. B. ¡Ah, muy bien!, la relación fue muy buena, de mucho amor. Papá era un poco más severo, pero no mucho. Aunque mi padre, como buen italiano del norte, era más sobrio que mi madre a la hora de manifestar sus afectos. Pero yo tenía una aliada estratégica que era mi *nonna*, que vivía con nosotros. Yo fui «el nieto» de los trece que tuvo. Los otros, a decir verdad, estaban pintados y mi *nonna* salía en mi defensa cuando mi madre o mi padre me retaban por alguna de mis travesuras. En mi casa había una especie de «micro dualidad de poderes», al decir de Lenin: estaba, por una parte, el poder de mis padres, pero, cuando yo

era el motivo del conflicto, irrumpía el «otro poder», el de mi *nonna*, que invariablemente se ponía de mi lado. Yo era un chico muy activo, jugando incansablemente con mis amigos y siempre con un gran derroche de energías. Hiperactivo, incansable, pero no era un pibe conflictivo, sin rollos raros o algo por el estilo. Y, además, como te dije, leía muy bien el clima imperante en el grupo familiar y buscaba la protección de la *nonna.* Creo que de ahí viene mi afición por los análisis de las coyunturas…

Cuando fuimos a vivir a la trastienda del negocio surgió un problema: a diferencia de otros chicos, yo podía entrar o salir de casa siempre y cuando el negocio estuviese abierto. Cuando se cerraba, bajaban una cortina metálica que complicaba mucho la movilidad. Tenías que abrir la pequeña puerta de una joyería y relojería de barrio, pero aun así con mucha mercadería valiosa, sin saber si había o no alguien esperando afuera para entrar a robar, que ya en esa época entrañaba un riesgo, no como hoy pero sí muy importante. Por eso mi madre tenía que hacer las compras mientras el negocio estuviera abierto. Para mí, y esto lo pienso ahora, aquello era una especie de pequeña ciudadela medieval que al caer la noche cerraba sus puertas sin dejarte chance alguna de salir, salvo en casos excepcionales. Lo mismo en domingos y feriados.

Además, el dueño que nos alquilaba el negocio vivía en el piso superior, al cual se accedía por una entrada independiente a un costado del negocio y a través de una hermosa puerta y escalera de mármol. Era una esquina muy señorial y mi tío, que era el socio de mi padre, tuvo la mala idea de enamorarse de la hija del dueño.

Este era el vástago argentino de una pequeña aristocracia francesa radicada en la Argentina desde hacía casi cien años, y por cierto no quería por nada del mundo que su hija se casara con un inmigrante italiano que tenía buena pinta y buenos modales como mi tío Luis pero que no era del *estatus* social y económico que ellos aspiraban para su hija. Mi tío, como mi padre, sólo tuvo educación primaria, pero ambos eran muy lectores y personas

razonablemente cultas, informadas y buenos conversadores. Pero el señor Brunengo, cuyo nombre era Mauricio y era dueño de un importante establecimiento fabril en el rubro de la hilandería, no tenía la menor intención de aceptar que la menor de sus hijas se casara con alguien que no fuera de su mismo estatus social.

Por eso se desató un conflicto muy grave, porque, al ver que el vínculo entre quien luego sería mi tía Beba y Luis era inquebrantable, amenazó con echarnos del negocio argumentando que le había dado una educación a su hija para ser una reina y no para que se casara con un agricultor inmigrante transformado en comerciante, a pesar de que era bien educado, elegante y muy trabajador. Fue notable la muñeca negociadora que demostró poseer mi viejo, que durante un año estuvo negociando con ese hombre la permanencia en ese local/vivienda. Papá demostró un inesperado dominio del arte de la diplomacia, y de a poco fue debilitando las resistencias del *paron* (así se dice en la lengua del Veneto, equivale a «dueño, patrón o persona de alto rango»); como en los sigilosos conciliábulos de la familia se aludía al propietario, sobre todo por mi *nonna. C*on esa calificación, que a mí me sorprendía, expresaba el clima de sumisión a los poderosos que existía en el agro italiano de finales del siglo XIX. Mi padre tuvo que obrar como mediador y le garantizó Don Mauricio que mi tío (que era dos años mayor que él) sería un buen esposo, que era un hombre honesto y trabajador, y que cuidaría de su hija y le garantizaría el bienestar que él comprensiblemente deseaba para ella. Una «muñeca diplomática» potenciada, para ser honestos, por la nueva legislación peronista que defendía a los inquilinos y hacía muy difícil dejarlos en la calle, como quería el dueño. Antes del peronismo probablemente las dotes negociadoras de mi padre no hubieran culminado tan felizmente como lo hicieron, pero eso ya es pura conjetura. Finalmente, este hombre aflojó y nos quedamos; el negocio funcionó bastante bien como para dar un sustento digno a dos familias, y mi tío finalmente se casó con Beba.

Con el correr de los años sus suegros se dieron cuenta de que con él se habían «sacado la lotería», porque fue un marido ejemplar y un padre responsable de sus tres hijos e, inclusive, un yerno atento y protector más que los propios hijos de don Mauricio.

Cuando tenía cuatro o cinco años, yo jugaba mucho a la pelota y lo hacía en un patio de la trastienda en cuyos altos se encontraba el salón comedor de la vivienda del «patrón». Esto me obligaba a ser muy cuidadoso con mis juegos, hacerlo en horas apropiadas (por ejemplo, no a la hora de la siesta) y evitar los pelotazos contra una pared de chapa y vidrio y que producían un estruendo infernal. Desde ese momento desarrollé una inquina especial contra los «patrones». Poco después, harto ante tantas limitaciones, empecé a jugar con otros chicos en la vereda, a veces en la calle, que, como veremos más adelante, en esa época no era peligroso.

A. M. *¿Tenías una barra?*

A. B. Sí, tenía una barra.

A. M. *¿Era de la escuela?*

A. B. No, era del barrio, de pibes que vivían allí y algunos chicos que iban a la escuela primaria conmigo.

A. M. *¿A qué escuela fuiste?*

A. B. A la «Juan Larrea» situada en la calle Laprida entre Mansilla y Charcas. A dos cuadras de la escuela, en la manzana comprendida entre Anchorena, Jean Jaurés, Paraguay y Córdoba, donde hoy hay una gran plaza, había un conjunto de conventillos. En realidad, era una especie de «villa de emergencia», toda concentrada en esas cuatro manzanas. Y los pibes de la villa venían a la misma escuela. Entonces, mi primera toma de conciencia de la existencia de las clases sociales y sus antagonismos (y los prejuicios clasistas que las acompañaban) ya vienen de la escuela primaria. Porque ahíyo convivía con compañeros de muy diversa extracción de clase. Me acuerdo algunos nombres: Carlos Lagos, Carlos Balzarotti, Enrique Salas, Marcelo (no recuerdo su apelli-

do), Dino Nottaro (elhijo del dueño de la perfumería del barrio) y Guillermo Goldsmith era el grupo de pibes que jugábamos a la pelota en la calle. El último era hijo de un comerciante judío que vendía oro y alhajas en la calle Libertad. O sea, un pibe de una familia clase media alta, igual que Lagos. Había varios otros que tenían un apellido, no te digo de la aristocracia argentina, pero cercano. Había después un sector medio, en el cual estaba yo. Había hijos de empleados públicos, pero de cierta jerarquía. Carlos Balzarotti era mi gran amigo. Su padre era un alto funcionario de carrera de la municipalidad. Todavía recuerdo el *shock* que nos produjo cuando nos enteramos de sumuerte súbita, cuando Carlitos tendría unos diez u once años. Élvivía a la vuelta de casa, en un edificio de departamentos, igual queEnrique, que era el hijo de una maestra, y el padre no sé qué era,pero creo que era un comerciante. Y luego tenía los pibes de losconventillos de Sánchez de Bustamante. Ya de niño aprendí a vivir con chicos de colores, credos y culturas diferentes. Y todo eso despertaba mucha curiosidad en mí, no pasaba desapercibido para mi infantil entendimiento y me intrigaba y trataba de conocer esas diferentes realidades. O sea, que yo estaba condenado a ser sociólogo, no tenía escapatoria: criado en un ambiente así de heterogéneo, dentro y fuera de la familia. Dentro, por el trilinguismo imperante y, además, por la clara diferenciación entre las dos ramas de mi familia extensa: la del norte, del Veneto; y la de los sicilianos, discriminados por los primeros, no por mi padre, pero sí por gran parte de los de Cologna Veneta que los consideraban como *terroni* (gente de la tierra, campesinos) o sencillamente como africanos. A veces, los de la rama paterna creían ser «políticamente correctos» cuando, en vez de usar aquellas expresiones, se referían a ellos como los de la *bassa Italia*, y se burlaban de sus costumbres y suidiosincrasia. En esa disputa yo, como Maradona cuando fue a jugar al Napoli, hice mía la causa de los sicilianos, de la Italia del Mezzogiorno tantas veces aludida por Gramsci, porque si bien quería mucho a mis tíos del Veneto lo cierto es que, por algunasactitudes, los imaginaba (eso cuando ya era un adolescente) más como austríacos o

suizos que como italianos, especialmente cuando comencé a tener cierto trato con otros peninsulares procedentes de distintas partes de Italia como Calabria, Campania (Nápoles) y otras regiones del Mediodía. Heterogeneidad social que se acentuó con el advenimiento del peronismo. Como te conté, yo vivía en la trastienda del negocio y esto me marcó mucho. Los proveedores que traían joyas, collares de perlas, relojes, despertadores, piedras preciosas, eran casi invariablemente judíos (ocasionalmente algún catalán) y por lo general gente que, en muchos casos, tenían una cultura general superior a la media. Mi padre me repetía que los judíos eran un pueblo muy culto y que siempre aprendía algo conversando con ellos. De hecho, guardo un recuerdo muy especial para uno de ellos, don León Szpunberg (padre de Alberto, poeta y revolucionario, recientemente fallecido a causa del COVID-19 en Barcelona; y abuelo de la dramaturga Victoria Szpunberg). Él era uno de los proveedores más asiduos del negocio y siempre conversaba conmigo. Se había salvado milagrosamente de los *progroms* rusos en las primeras décadas del siglo XX y le había ido bastante bien comerciando en oro y piedras preciosas en Buenos Aires. Un buen día don León convenció a mi padre de comprar un piano porque a mi hermana y a mí nos vendría muy bien aprender música y a ejecutar en ese instrumento. Sabía que mi padre era un admirador de la música clásica y muy especialmente de la ópera, así que fue fácil convencerlo. Yo me «enganché» rápido con el instrumento, y la verdad, tenía mucha facilidad para tocar y para leer las partituras. La educación musical era muy tradicional: repetir infinitas veces las escalas de Durand y otros compositores y de a poco comenzar a ejecutar algunas sonatas. Eso comenzó a los nueve años ya los once tocaba bastante bien, al punto tal que participé en varios conciertos infantiles que se hacían en diversos cines y teatros de barrio de Buenos Aires. Pero esa posible carrera como músico y pianista se frustró por otro accidente, otro suceso inesperado que me desvió de mi camino. Tenía una profesora, cuyo nombre prefiero ni siquiera nombrar en este momento, que venía a casa una vez por semana y me enseñaba solfeo y práctica.

Era muy buena en lo suyo, pero, como veremos, insoportablemente dogmática en sus gustos musicales. Y yo tenía muy buen oído. Un día recuerdo como si fuera hoy que escuché por la radio a Louis Armstrong cantar *Mack the knife,* con música de Kurt Weill y letra de quien luego sería uno de mis ídolos culturales: Bertolt Brecht. Lo cierto es que quedé como embelesado por la ronca voz de Armstrong y una vez que terminó la canción salí de mi estupor catatónico y corrí al piano y comencé a reproducir los primeros compases de la canción, y los practiqué varias veces a lo largo de los días siguientes. Cuando días después llegó la profesora, yo estaba exultante y le dije que le quería dar una sorpresa, que había escuchado algo en la radio y se lo quería hacer oír: dicho y hecho me acomodé en el taburete y, mientras con la mano derecha reproducía la melodía, con la izquierda le otorgaba el acompañamiento rítmico preciso. La profe me miró, me dijo: «¿qué es eso?», mientras yo la miraba sonriente y seguía tocando… hasta que ella cerró violentamente la tapa del piano sobre mis manos al par que me decía, arrastrando las palabras y con su boca casi pegada a mi oído: «¡eso, no es música!». Asombrado, me levanté y me dirigí a mi cuarto sin decir una palabra. Inútil que mis padres me llamaran para que volviera a clase. «No y no», dije, y efectivamente nunca más volví a tomar clases conella, pero, sobre todo, a tocar el piano, de lo que no termino de arrepentirme hasta el día de hoy y no me alcanzan las maldiciones para esa bruja que, con su actitud, me privó de algo maravilloso. Lo que heredé de aquellos dos años y pico de intenso entrenamiento fue una estupenda digitación al tacto que me sirvió para escribir miles de páginas de notas periodísticas, ensayos, artículos y libros. Me gustaría, si tuviera tiempo, volver a tocar el piano. Estoy en eso,porque ya tengo un buen teclado en casa y, si la pandemia se extiende más de lo esperado y si sobrevivo a su lúgubre cosecha, tal vez vuelva a tocar ese maravilloso instrumento.

Retomo hilo: exponerme a tan rica diversidad sociológica de gentes: españoles, judíos, «turcos» (en realidad sirio-libaneses en su mayoría), franceses, ingleses, polacos, rusos, ucranianos, yugoslavos,

catalanes, gallegos, vascos, y todo desde los cinco o seis años me marcó de modo indeleble. De pequeño me fascinaba la contemplación de tantos mundos, idiomas, acentos, costumbres, fenotipos que transitaban por el negocio de mi padre, y mi curiosidad era insaciable. Además, a media cuadra de mi casa, yendo por Sánchez de Bustamante hacia Güemes, había varios conventillos que luego fueron demolidos para construir edificios de departamentos. Y en esos conventillos también aparecía la «grieta» entre los peronistas y los antiperonistas; entre los «negros», entonces «cabecitas negras», y los argentinos que «habíamos descendido de los barcos», para usar una poco feliz expresión, pero lamentablemente bastante extendida. Como te dije, todo eso a mí me hizo ver la realidad de las clases sociales muchísimo antes de leer a Marx. Se podría decir que fui un «marxista espontáneo y precoz», advertido de la existencia de las clases sociales –sus prejuicios, rivalidades, antagonismos– desde mi infancia, contando con ocho o nueve años de edad. De manera muy clara. Y ya en ese momento era evidente que los pibes de la escuela que venían de la villa o los vecinos de los conventillos eran todos peronistas; y los que veníamos de afuera éramos todos antiperonistas excepto yo, porque mi familia estaba surcada por una contradicción. Mis padres reconocían mucho los logros del peronismo y eran moderados simpatizantes de Perón, a cuya legislación le debían en parte que aún estuviéramos en el negocio de la avenida Santa Fe. Pero otros en mi familia más extensa nunca simpatizaron demasiado con Perón y, sin ser gorilas, se fueron «gorilizando» a partir del conflicto de Perón con la Iglesia. En la escuela ese clivaje era inocultable: «los morochos, los negros, los cabecitas» eran peronistas y los otros no. Unos eran pequeños burgueses más o menos acomodados y otros eran de extracción obrera o popular. Digo, al tema de las clases sociales y su conflicto, para usar el título del libro de Ralf Dahrendorf, lo viví mucho antes de leerlo.

Pero en esa época –1951 o 1952–, el único problema para nosotros los pibes que jugábamos al fútbol en la calle era cuando aparecía el «autito», que eran los nuevos vehículos de la Policía Federal, y nos obligaba a interrumpir nuestros partidos de fútbol

y a escondernos en los zaguanes hasta que se marchaban. Luego salíamos y los retomábamos.

A.M. *¿Ustedes tuvieron algún problema con los* «autitos»?

A. B. No, ningún problema, pero no te dejaban jugar en la calle. En esa época había, como te comenté, todavía varios conventillos. En la cuadra había dos barras: una era la de mis amigos «clase medieros» todos y la otra formada por los pibes de origen popular. Pero más allá de alguna discusión producida al calor de una trabada con pierna fuerte nunca hubo un enfrentamiento como los que caracterizan la vida de las pandillas en las megalópolis modernas de todo el mundo. Y había algo muy interesante de lo cual me acuerdo ahora: los juegos que hacíamos en los recreos en el horario escolar. Había dos que eran los favoritos. Cuando era la hora de ejercicio físico o «gimnasia», jugábamos un poco al fútbol y un poco al balón. ¿Sabes cómo es el balón? Frente a frente, sobre las dos medianeras del patio separadas por unos veinte metros, se disponían diez o quince chicos de cada lado mirando al interior de un rectángulo marcado en el piso con tiza y, entonces, había que arrojar la pelota con fuerza contra el área rival y los chicos debían atajarla en el aire y evitar que cayera al piso. Quien fallara en atrapar el balón era «eliminado del equipo», como en el «Juego del Calamar». Por eso, para ganar, había que eliminar a todos los jugadores del equipo contrario. En ese juego, como en el fútbol, la cosa iba por el lado de la «conciliación de clases» y los blanquitos «clase medieros» nos mezclábamos con los «cabecitas negras» sin problema. ¡Era un canto al policlasismo! Pero había otro juego muy divertido que se armaba en los recreos y que apropiadamente se llamaba «Policía y Ladrón». Los ladrones andaban sueltos y los policías tenían que atraparlos en el recreo y llevarlos a una «cárcel» en una de las esquinas del patio, que tenía un par de árboles de mediana altura. Allí quedaban «detenidos», guardados por dos o tres carceleros. Llegado un momento, los cómplices de los ladrones, si estaban en inferioridad numérica, arremetían con fuerza y a toda velocidad y con los brazos cruzados sobre el pecho a guisa de paragolpes contra los carceleros,

para derribarlos y liberar a los prisioneros. Lo interesante: a la hora de armar el juego, ¡los «cabecitas negras» siempre elegían hacer de ladrones y los «blanquitos» de policías! ¿Qué tal?

A. M. *¿Y quién decidía eso?*

A. B. Nadie, se hablaba entre los chicos. La pertenencia a clase lo decidía [risas]. Era maravilloso. Los pibes que venían de la villa o de los conventillos preferían hacer de ladrones y no permitían que nosotros nos integrásemos en sus bandas; a diferencia del fútbol o el balón, allí no había policlasismo alguno, y nuestro papel era el de ser *canas*[2]. La criminalización del otro, del diferente, del «cabecita negra», estaba muy pero muy marcada. No era que nosotros, los blancuzcos, los condenáramos a eso. Más grave: había una autoidentificación de ellos con los «ladrones», producto de una condena social, o una discriminación profunda, internalizada y muy arraigada que hacía que espontáneamente, cuando organizáramos el juego, cada cual escogiera su bando, reflejando, en su infantil conciencia, el lugar de sus familias en la lucha de clases librada a nivel nacional. Entre los que venían de la villa había un pibe con el cual yo tenía muy buena onda y él también conmigo; éramos los dos hinchas de Boca y eso era un elemento que nos aglutinaba, y además teníamos un mismo sentido del humor, y nos reíamos por igual de blancos y negros. Era el «negro» Ortiz, que era muy alto para su edad, santiagueño, cabezón y de voz inusualmente grave. Vivía en la villa que te conté sobre la avenida Córdoba y era peronista de alma. Sufrió mucho cuando se produjo el golpe de 1955, que sobrevino mientras cursábamos el último año de la primaria. Con el «negro» Ortiz charlábamos mucho en la escuela, era un pibe bárbaro; pero, una vez salidos de la escuela, cada cual se internaba en su mundo de clase y perdíamos totalmente el contacto. La escuela fue mi único punto de encuentro con él. Al terminar el sexto grado no lo vi más, me dolió mucho.

---

[2] En la jerga argentina significa «policías».

A. M. *¿Tenías vínculo con esos chicos afuera? ¿Qué hacías luego de la escuela?*

A. B. No con los de la villa. A la tarde lo que hacía era buscar amis amigos de la cuadra y jugar al fútbol en la calle. Cuando era más pequeño, carreras de autitos de plástico rellenados con masillao plastilina para darles más estabilidad y corríamos en una pista que no era otra cosa que los cordones de las veredas. También jugábamos mucho a las «figuritas». A mi casa/negocio llegaban dos diarios y también me compraban alguna revista infantil, el *Billiken*, por ejemplo, después empezaron también a comprar el *Mundo Infantil*, que era peronista. Leía eso. Después empecé a leer, pero un poquito más grande, los libros esos de colección amarilla de Ediciones Tor, y ahí, por ejemplo, por el origen italiano en mi familia me hicieron leer el libro *Corazón* de Edmundo De Amicis; sobretodo uno de sus cuentos «De los Apeninos a los Andes» que tratala historia de una familia italiana que viene a la Argentina, a Mendoza, para ser más precisos. Y después empecé a leer los libros esos de tapa amarilla de la Colección Robin Hood, y después la saga de *Sandokan* de Emilio Salgari, cuyos relatos y descripciones del mundo asiático me deslumbraron, pero eso fue cuando ya era un poquito más grande, cuando estaba en quinto o sexto grado. Y por supuesto leía, sobre todo, pero no sólo, la sección deportiva de los diarios *La Prensa* y *La Nación*, y cuando el gobierno confiscó la prensa, empezaron a comprar *Clarín*. También *El Gráfico*, que en esa época salía los viernes. Y cuando vinieron las «revistas mexicanas» (de Disney) a veces las leía también.

En casa no era que se leía mucho, aunque papá tenía algunos libros, todos de literatura italiana, historia, relatos de viajeros; y al igual que mi tío, era un riguroso lector de aquellos diarios. Más que leerlos, ¡los estudiaba! Y siempre tenía arriba de su mesa de luz un ejemplar de *La Divina Comedia* de Dante Alighieri, un texto comentado. Era un hombre culto, pese a haber hecho sólo educación primaria en la Italia de la primera posguerra y en parte durante la era de Mussolini. Carecía de una cultura libresca, pero

era sumamente inteligente y muy lector, sobre todo de la prensa argentina y ocasionalmente italiana. Agréguese a ello sus diálogos con sus clientes oligárquicos y clasemedieros –algo contradictorio porque el odio que sentía por la arrogancia y prepotencia de la oligarquía fue algo que no lo abandonó jamás– y con sus proveedores, los que le aportaron un sedimento cultural importante. Además, era muy amante de la música lírica italiana y de la música clásica en general. Estaba abonado a los ciclos de ópera del Teatro Colón y asistía puntualmente a las funciones, y allí entraba en conversación con gente de un calado cultural muy significativo.

Yo, por mi parte, llegaba a casa de la escuela, comía, si tenía algún deber que hacer lo postergaba hasta última hora y salía a jugar con los chicos de la cuadra. En esa época podías salir, con algunas dificultades –recuerda lo que te comenté del «autito»–, a jugar al fútbol en la calle. ¡Imagínate, en Sánchez de Bustamante entre Santa Fe y Güemes! Todavía podías jugar al futbol en la calle porque casi no había tráfico. Jugaba con los pibes de la cuadra. Tal como te dije, en el vecindario había también algunas casas muy humildes, conventillos que te dije, que después las tiraron abajo. Y ahí había algunos pibes de extracción muy popular, te diría casi lindando con un lumpenproletariado. Las madres todas –o casi todas–, cabareteras o francamente metidas en la prostitución. Todavía las recuerdo saliendo al anochecer, pasar frente al negocio de mi viejo muy bien vestidas y maquilladas, «provocativamente» decían mi madre y mis tías, como unas «putas» decían mi viejo y mi tío. Y bueno, estas mujeres tenían sus pibes, que eran tres, un poco mayores que yo, se llamaban Perico, Chano y Nando. Eran los pibes con los cuales yo jugaba a la pelota, aunque siempre, o casi siempre, jugaban en «el otro equipo». Yo jugaba con Guillermo, el judío; con Carlitos, el hijo del alto funcionario municipal, y con Enrique, el hijo de la maestra. Y por supuesto siempre ganaban ellos, confirmando que los mejores jugadores de fútbol crecen en la cantera del universo popular, no entre los blanquitos como yo, salvo algunas pocas excepciones pero que son eso, excepciones. O sea, yo de chiquito vivía el tema del conflicto, la discriminación

étnica, racial, y la convivencia con pibes de orígenes sociales muy diferentes a los míos. Sociológicamente mi familia era una pequeña burguesía mercantil en una época de expansión económica, que, a finales de los cincuenta, principios de los sesenta, se permitía vacacionar una vez al año, todos los años, en enero. Algo inimaginable en estos días.

A. M. *¿A dónde iban?*

A. B. A las sierras de Córdoba o a Mar del Plata, porque les gustaba a mis padres. Íbamos unas tres semanas. También teníamos parientes en La Falda, Córdoba, pero nos alojábamos en unos hoteles. Durante unos años fuimos a casa de una familia amiga de mi padre; el señor había sido enviado como cónsul de Italia en Punta Arenas, Chile, un destino elegido más como castigo que como promoción, sobre todo en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Seguramente que habría sido funcionario diplomático en la época del fascismo y al terminar ese gobierno lo destinaron al fin del mundo. Luego de unos años se traslada, ya jubilado, a la Argentina, donde adquiere unos campos en la Provincia de Buenos Aires. La mujer, la señora Carlota, era clienta del negocio al igual que su marido. Como tenían un campo en la zona de Las Flores, a veces nos íbamos para allá, sobre todo cuando estalló la epidemia de poliomielitis en 1955-1956. Algunos veranos pasábamos dos semanas ahí y después íbamos a Mar del Plata, o sea, era un buen pasar. Pero era otra Argentina; mi familia no era gente adinerada, papá no tenía auto de último modelo ni nada, era un coche más o menos viejo, pero se permitía esos gustos.

A. M. *¿En tu casa se hablaba de política?*

A. B. Sí se hablaba mucho, sobre todo mi padre. Mi tío también hablaba mucho de política. Los dos leían los diarios antes de abrir el negocio, a las ocho y media. Mi viejo leía *La Prensa* y mi tío Luis *La Nación*, y luego se la intercambiaban.

A. M. *¿Cómo se daban las charlas políticas en tu casa? ¿Tu papá participaba?*

A. B. Se escuchaba mucho la radio y había muchos comentarios políticos. Mi papá al principio fue favorable al peronismo, y mi tío

Luis un poco menos, pero en general ambos lo veían con buenos ojos. La corrupción era un tema que les preocupaba y que lo sufrían en carne propia porque venían sindicalistas de diferentes gremios (relojeros, empleados de comercio): inspectores municipales o de la Dirección General Impositiva –hoy AFIP– que invariablemente pedían coimas bajo amenazas y extorsiones de clausurar el negocio. Yo fui testigo de uno de esos episodios. Incluso los obligaron a afiliarse al Partido Peronista y pagar sus cuotas de membresía, algo que ocurrió ya en las fases finales, de descomposición, del proyecto, una vez muerta Evita.

Nunca simpatizaron con los golpistas, pero los incendios de las iglesias después de los bombardeos del 16 de junio de 1955 fue algo que hería sus más profundos sentimientos religiosos y ver las fotos de bandas de saqueadores disfrazados con hábitos religiosos celebrando la profanación de los templos fue demasiado para ellos, como para un amplio sector de la sociedad argentina. Mi mamá acompañaba sus opiniones, pero rara vez hablaba de política. Pero no eran ni fueron antiperonistas. Lo que sí les sacaba de onda era la corrupción sindical y del PJ y el enfrentamiento con la iglesia.

Se había instalado un clima espeso, sobre todo luego del frustrado golpe de Menéndez en 1951. Mi hogar era muy católico, de misa dominical. En los momentos de crisis que se sucedieron desde 1952 se escuchaba, muy bajito para que los vecinos no se enteraran, a Radio Colonia, que transmitía desde esa ciudad uruguaya y era rabiosamente antiperonista. «Es que las radios de la Argentina no dicen la verdad», me decían, y hoy agregaría que los medios en general, no dicen la verdad y que las *fake news* y las operaciones políticas han sustituido quizá definitivamente al periodismo. Mi familia me llevaba a misa de chico, y después, de adolescente, seguíyendo solo. Para mi familia, y para mí, como un

chico de doce años, la quema de las iglesias y la actitud desafiante y burlona de las patotas encargadas de la tarea fueron imágenes desgarradoras que me provocaron una disonancia interior, porque mis simpatías estaban con el peronismo, pero las fotografías que circulaban eran aterradoras, blasfemas, sacrílegas; se veían grupos, luego definidos como «turbas enloquecidas», profanando templos, rompiendo imágenes, disfrazándose con las sotanas y los ornamentos sagrados. En fin, para muchos, esas imágenes de Perón alentando la profanación de las iglesias equivalían a las de Nerón incendiando Roma. Era una cosa… una tragedia inexplicable. A la *nonna* casi no le dijimos nada, aunque intuyó que algo malo estaba pasando. En esa época la televisión apenas comenzaba y en general los medios gráficos fueron cautelosos en la difusión de esas imágenes. Sin duda que en el sector de Buenos Aires donde yo vivía había temor. Se cruzaban miradas furtivas entre algunos chicos cuando en la escuela te hacían leer *La razón de mi vida*. Los padres «gorilas» puteando en sus casas, claramente, pero no en la escuela. Es que se había cimentado la idea, subrepticiamente por supuesto, de que estábamos en presencia de un «régimen policial», lo cual obviamente era falso. No obstante, en su fase de descomposición precipitada, como te dijera, tras la muerte de Evita aparecieron ciertas facciones internas que impulsaban una «línea dura» para enfrentar al golpismo de una oposición antidemocrática y criminal (¡recordemos los atentados de los Comandos Civiles y el bombardeo a Plaza de Mayo!), lo cual hizo que ciertas libertades públicas y derechos fundamentales fuesen parcialmente coartados.

Cuando uno mira la ofensiva mediática de hoy y piensa que estoes nuevo, de ahora… ¡y no! Esa «guerra psicológica» tiene antigua data. Estoy hablando los años 1951, 1952, especialmente después de 1952, la tentativa golpista y luego la expropiación del diario *La Prensa*, que era el que leía mi familia, como te dije. Ya se había instalado la idea de que no se podía criticar al gobierno en público. En mi casa decían: «No se puede hablar». No opines, no digas nada. Yo no quiero generalizar y ser muy claro en el sentido

de que esa era la opinión imperante en un sector social perteneciente a una parte de la Ciudad de Buenos Aires. Aunque me temo que estaba más extendida de lo que uno sospechaba, pero menos de lo que decían los políticos opositores o sus portavoces, que aseguraban que ese clima de opinión prevalecía en todo el país. Indudablemente se había producido un endurecimiento político, eso es innegable. También lo es que la oposición tensaba la cuerda y unsector comenzó con atentados terroristas. Pero dentro del gobierno aparecieron ciertas facetas preocupantes como los «aprietes» a cargo de figuras de tercer o cuarto nivel pero que se presentaban alos negocios o pequeños talleres o pymes para exigir contribuciones monetarias, como dije anteriormente. Eran pícaros o ladronzuelos que se aprovechaban de una situación, pero que para la opinión gorila eran «mandados por Perón». Según me enteré mucho más tarde, situaciones similares se dieron en relación con sindicalistas poco relacionados al gobierno o con militantes o dirigentes de fuerzas políticas disidentes. Cuando murió Eva, fue una conmoción muy importante. Sus funerales fueron impresionantes y duraron un par de semanas, y la opinión en mi casa era que el gobierno acentuaría su faceta represiva. No fue necesariamente así, pero la oposición decidió que era la hora de acabar con el peronismo e intensificó sus críticas y campañas desestabilizadoras, y pasó a la vía de los hechos.

A. M. *¿Cómo recordás eso, la muerte de Eva?*

A. B. Y… como algo muy traumático. Chicos llorando, otros no del todo, pero yo muy triste también. Nos enterábamos por la radio, porque no había televisión, que, si mal no recuerdo, empezó a transmitir con la muerte de Eva. Pero ¿quién tenía un televisor en su casa? Una ínfima minoría. No veíamos, pero oíamos de esa devoción popular y la constatábamos en las fotos profusamente difundidas por la prensa y en los noticieros cinematográficos. Yo lo sentí mucho porque a mí la Fundación Eva Perón me había regalado una pelota de fútbol, la primera que tuve me la regaló Evita. Entonces, de alguna manera sentí mucho su

muerte. Y recuerdo como si hubiese ocurrido ayer la voz del locutor oficial informando que, en el día de hoy, con estas palabras (no sé si todas), «cumplía con el penosísimo deber de informar que a las veinte veinticinco horas ha fallecido la señora Eva Perón, Jefa Espiritual de la Nación».

A. M. *Y unos años después otro acontecimiento fuerte con el golpe contra Perón.* ¿Cómo *se recibió el golpe de 1955 en tu casa?*

A. B. Mirá, en mi casa, particularmente después de la quema de iglesias el antiperonismo era rampante. Claro que poco se hablaba del criminal bombardeo a la Plaza de Mayo en junio del 1955 y de los crímenes de los «Comandos Civiles», sobre los cuales había, si no un manto de silencio, algo que se le parecía bastante. Mi padre, que como te dije era un tipo de un pensamiento bastante elaborado, decía que Perón era víctima de su entorno y que, además, era un cobarde, caracterización en la cual mucho tiempo más tarde caí en la cuenta que coincidía con lo que parece ser que había dicho Scalabrini Ortiz. Recuerdo que una vez yo le pregunté: «¿Pero por qué decís que Perón es un cobarde?». Habló de su falta de coraje para luchar (cosa que lamentaba porque su odio hacia la oligarquía era más fuerte que su ocasional brote antiperonista luego de los incendios), de su vergonzosa fuga en la «cañonera» paraguaya anclada en el puerto de Buenos Aires, y además, me recordó una historia que tenía sepultada en el olvido. En efecto, yo lo vi a Perón muy de cerca, en el circuito KDT, ¿viste en Palermo, donde ahora está el Club de Amigos? Habrá sido en 1954. Antes era un circuito para correr carreras de bicicleta nada más, y a mí de chico, a veces me anotaban en alguna competencia. Tenía una bicicletita de carrera y corría de vez en cuando. Y un día había una carrera especial, en recordación de no sé cuál de las efemérides, y de repente aparece Perón al momento de la premiación. Entonces se armó un gran revuelo, todos los chicos y los padres se amontonaron a saludarlo al grito de «¡Perón, Perón!», y pude estar muy próximo a él, con mi padre. Quedé impresionado por dos cosas: primero, ver de cerca una figura central en la

vida de la Argentina, ¿no? Al presidente, pero además porque vi a un hombre atemorizado, mirando a ambos lados buscando a sus guardaespaldas como pidiendo protección, preocupado sobre lo que podría ocurrir con todo este piberío que lo vivaba. Cuando todo terminó y regresábamos a casa, mi padre me dijo: «Estaba con miedo, ese hombre estaba con miedo». Y esa fue la imagen que se me grabó en ese momento: la de un tipo asustado ante la gente que se le venía encima gritando: «¡Perón! ¡Perón! ¡La vida por Perón!». Tiempo después rememoré el incidente y sí, el general estaba atemorizado.

Entonces, cuando viene el tema de los incendios de las iglesias, me dijo: «Es un cobarde, no pudo enfrentarse a su círculo íntimo». Hay que recordar que Evita en *Mi Mensaje*, un libro escamoteado a los ojos del público por décadas, le advertía sobre el entorno de «chupamedias» que seguramente lo irían a traicionar. Volviendo al tema de las iglesias quemadas, creo que fue una reacción brutal, pero desatada por un acto de muchísima mayor gravedad: el criminal bombardeo a las «fuerzas democráticas» en Plaza de Mayo que cobró la vida de más de trescientas personas. Tal vez esa reacción como que se le escapó de las manos, ¿no? Y creo que eso selló la suerte de Perón: se metió con la Iglesia y eso era, en aquella época, desafiar un poder enorme. Aparte de la oligarquía, que lo quería derrocar, tenía frente a sí a los militares, que estaban también en ese plan, y a buena parte de la clase media, ofendida y amenazada por el ascenso social de los «cabecitas negras» y el endurecimiento de las políticas gubernamentales. Entonces, ¿cómo vivimos el golpe? Y te digo, primero con muchísima preocupación porque ya en la rebelión de junio de 1955 atravesamos por episodios de mucho riesgo. Recuerdo como si fuera hoy los ruidos de las bombas, las balas de la aviación que rebotaban en algunas paredes cercanas a mi casa, mi madre aprovisionándose de comida para lo que podría ser un momento muy largo, en fin, una situación de mucha angustia y preocupación. La residencia presidencial en la época de Perón era la Quinta Unzué, situada en la calle Tagle entre Las Heras y Libertador, en el predio

donde hoy está emplazada la Biblioteca Nacional, es decir, a unas diez cuadras de mi casa. La aviación militar lanzababombas, pero también fuego de ametralladoras. Algunas balas de grueso calibre impactaron en los edificios vecinos. Nos quedamos en casa sin movernos, imagínate, un susto de aquellos. Dos días más tarde, encontramos las cápsulas de las balas y algunas paredes del barrio con huellas de balazos. Era fuego pesado que tiraban, incluso en las paredes ahí en la ochava de Bustamante y Santa Fe había algunos agujeros de balas. Porque el avión venía medio en picada disparando, pero por ahí alguna bala no iba al blanco, a la casa de Perón, o la tiraban un poquito antes, entonces iba 600, 700 metros más allá y ahí caía sobre la esquina de casa. O, sea que vivimos elgolpe con mucho dramatismo y muchísima preocupación. Sobre todo, mi madre y en menor medida mi padre, mientras mi *nonna* seconcentraba en sus rezos indiferente a tanto barullo.

Ya desde la tentativa de golpe de Menéndez en 1951 mi madre estaba muy preocupada por tener pan, arroz, harina, sémola, polenta, porque de repente se cerraban todos los negocios y no teníasnada, y en aquella época las heladeras eran pequeñas y la nuestra, una SIAM clásica, tenía un congelador muy chico. Bueno, con el golpe y la huida de Perón vino cierto alivio. El pánico había terminado, el terror también, y circulaba la noticia de que lo que habíadicho el líder del golpe, el general Eduardo Lonardi, que no habría «ni vencedores ni vencidos», lo cual trajo una cierta (si bien momentánea) calma.

Antes del golpe ya se había generado una estructura mafiosa muy jodida en nombre del peronismo. Por ejemplo, venían al negocio y pedían una contribución forzada a mi viejo o mi tío, que tenían un boliche de barrio; la pedían para el Partido Peronista. Y todos sabían que la «recaudación» sería para esos bandidos, pero también sabían que, si vos te negabas –como, por ejemplo, hicieron mi tío y mi viejo en una ocasión–, entonces, a los pocos días aparecía un inspector municipal que medía las dimensiones del cartel que estaba en el frente del local: «No, las dimensiones son

incorrectas; esto es ilegal, así que acá hay que pagar una multa muy grande». Al rato venía otro de Sanidad Municipal para comprobar si tenías el número y la calidad de las salivaderas reglamentarias en orden, porque en esa época, por el tema de la tuberculosis, aquellas eran obligatorias en todos los comercios. Y si no tenían el adecuado nivel de agua, o no estaban puestas en un lugar accesible, eras pasible de una multa. Pero luego venían los muchachos con el carnet, hacías «la contribución» al partido y todo quedaba en la nada. Esta práctica se generalizó, al menos en Buenos Aires, a medida que las tensiones políticas aumentaban y arrojaron a parte de las capas medias a los brazos de la reacción. Esta cuestión, la adopción de políticas que perjudican a la propia base social de un gobierno progresista, se produjo recientemente durante el kirchnerismo. ¿A quién se castigó con el impuesto a las «ganancias», paradojalmente aplicables en su abrumadora mayoría a los asalariados que constituían su base electoral? Respuesta: a los sectores medios que apoyan, o apoyaron, al kirchnerismo. La famosa resolución 125 que abrió paso al mal llamado «conflicto con el campo»: ¿a quién perjudicó? ¿A Grobocopatel, que tiene 250.000 hectáreas de soja, o al gringo que tiene cincuenta hectáreas en el sur de Santa Fe? Al primero ni le hizo cosquillas, y al otro lo mandó a la lona. En fin, parecería haber una constante en el peronismo que de repente lo lleva a aplicar políticas que vulneran los intereses de los sectores medios –y no sólo ellos– que lo votaron e instalaron en la Casa Rosada. Hoy con el gobierno de Alberto Fernández parecería estar ocurriendo lo mismo, con el tema del IFE (suspendido a comienzos del 2021) o con el dólar. Por supuesto, el *blue* es ilegal, pero tiene un influjo tremendo en la economía argentina, algo que muchos se resisten a admitir. La solución sería que el gobierno nacionalice el comercio exterior –como hizo Perón con la creación del IAPI: Instituto Argentino de Promoción del Intercambio–, de modo que los 70.000 millones de dólares producto (como promedio) de las exportaciones ingresen directamente a las arcas del estado y de ahí se pague a los exportadores, se financien las importaciones y se mantenga una parte para el público interesado en ahorrar en esa moneda. Pero no

pareciera haber voluntad para tomar esa medida o para construir el poder político que permitiría adoptarla, con lo cual el tema del dólar se convierte en un permanente dolor de cabeza para el gobierno y en una fuente interminable de deslegitimación ante los ojos de la opinión pública.

A. M. *Por no tocar allí donde la riqueza está más concentrada.*

A. B. Correcto. Por no tocar a los otros, a los opositores ricos y poderosos, se afectan los intereses de los propios y se pierde el apoyo popular. Por eso cuando cae el gobierno de Perón, eso fue el 16 de septiembre de 1955, la gente dispuesta a resistir y a oponerse al golpe fue apenas un puñado. Y lo mismo ocurrió en 1976, cuando fletan a Isabel Martínez de Perón. Volviendo a 1955 ya antes habían empezado a circular muchas informaciones sobre la inminencia del derrocamiento y no había respuesta, contraataque oficial. Me acuerdo que circulaban discos con la famosa «Marcha de la Libertad», que se cantaba en los subsuelos de la iglesia del Socorro, en plena Recoleta, Juncal y Suipacha, creo. Una de las iglesias más chetas y bacanas de Buenos Aires. Es un tema muy interesante, históricamente hablando, para investigar. Los Comandos Civiles eran unos grupos antiperonistas que lo que hicieron fue criminal. Comenzaron a actuar como apoyo civil al golpismo de Menéndez en 1951. Hicieron atentados terroristas en algunas líneas del subte de Buenos Aires, en Plaza de Mayo y varias otras acciones más. Pues bien, acompañaron sus acciones en los tramos finales del plan de derrocamiento de Perón reuniéndose en los sótanos de la iglesia del Socorro y popularizaron una canción: «La Marcha de la Libertad». [Canta] —«En lo alto la mirada, luchemos por la patria…». Una cosa poética, al servicio de un proyecto reaccionario y que a la caída del peronismo por un tiempo se cantaba obligatoriamente en las escuelas durante el resto del 1955, o al menos en la escuela pública a la que yo asistía.

Es decir, hacían lo que le reprochaban a Perón supuestamente de haber hecho. La canción decía así:

«En lo alto la mirada
Luchemos por la Patria redimida
el arma sobre el brazo
la voz de la esperanza amanecida
que el sol sobre tu frente
alumbre tu coraje camarada
ya el brazo de tu madre
te señaló la ruta iluminada
y si la muerte quiebra tu vida
al frío de una madrugada,
perdurará tu nombre
entre los héroes de la patria amada.
Y cuando el paso firme
de la Argentina altiva de mañana
traiga el eco sereno
de la paz con tu sangre conquistada
cantarás con nosotros camarada
de guardia allá en la Gloria Peregrina
por esta tierra de Dios tuviera
mil veces una muerte argentina
mil veces una muerte argentina».

Y como era toda una cosa medio de catacumbas, lo cantaba un coro muy, muy simple, henchido de fervor patriótico, acompañado de esto (golpea la mesa marcando el ritmo y canta), golpes rítmicos sobre los bancos de la iglesia: «En lo alto la mirada». Hasta yo me aprendí algunos versos de memoria porque la teníamos que cantar en la escuela, vendían los discos o te regalaban los discos de 78 rpm; insisto, los vendían antes del golpe y no después, algo anómalo para un «Estado policial» como decía la derecha. Ergo, la preparación del clima en contra del peronismo y a favor del golpe estaba muy avanzada, ante la sorprendente pasividad oficial y la desmovilización de las clases populares y sus organizaciones supuestamente representativas, como el partido peronista y los sindicatos. Se hablaba, como hoy, de la necesidad de superar las dictaduras, las tiranías, etc., etc., etc. En fin, un

clima muy cuidadosamente elaborado, y ante ello el peronismo no tuvo respuesta. Me atrevería a decir que en este sentido el golpe de 1955 anticipó en buena medida el papel de la propaganda política y la modificación de actitudes y conductas que luego, con el neuromarketing político, se volvió un procedimiento estándar para esmerilar la base del poder de gobiernos como los de Evo Morales o para satanizar a gobernantes como Rafael Correa, Lula, Cristina, etc. Y además Perón, en aquel famoso discurso del 31 de agosto de 1955 cuando lanzó la bravuconada aquella de «por cada uno de los nuestros que caiga caerán cinco de ellos», tensó la cuerda más allá de lo debido y careció de la capacidad, o voluntad, de hacer que sus palabras se tradujeran en hechos. O por lo menos, si estaba dispuesto a arremeter frontalmente contra los golpistas, tendría que haberlo hecho, pero absteniéndose de pronunciar esas amenazas, de anunciar su movida. Si lo decís, lo haces. Pero, si no lo vas a hacer, mejor no lo digas. La prueba es que, cuando lo derrocaron prácticamente nadie salió a tomar las calles, a defenderlo. Cayó en medio de la soledad, con su corrupto aparato político, el Partido Peronista, y sindical, la CGT, paralizados y sin ninguna capacidad de –o interés en– impulsar una movilización popular que desbaratara los planes de los gorilas. Esto fue lo que más me impresionó. Yo ya a esa altura tenía doce años, y el hecho de que no hubieran salido las masas obreras a defender a Perón en la Plaza de Mayo me dejó muy intrigado. (Recuerdo que mi amigo el «negro Ortiz» dejó de asistir a la escuela durante más de una semana. En algún momento me dijo que su familia estaba pensando en regresarse a Santiago del Estero). Secretamente yo esperaba una irrupción, como un nuevo 17 de octubre que le diese una lección a la reacción golpista. Hubo, sí, algunos puñados de gente en las cercanías de la Plaza de Mayo y la sede de la CGT en la calle Azopardo, pero eran pequeños grupúsculos sin conducción y desarmados. Claro que estaba latente en la memoria de nuestro pueblo el bombardeo de la Plaza de Mayo en junio de 1955, dato que no puede subestimarse. Pero la CGT se borró, todos esos canallas del aparato se borraron y el viejo (Perón) termina

en la mayor ignominia refugiándose en una cañonera paraguaya anclada en el puerto de Buenos Aires. Con Evita viva este desenlace habría sido impensable. Ella tenía la fibra revolucionaria y el coraje que le faltaban a Perón, y hubiera armado a la clase obrera, no sé si a los sindicatos, pero sí a las masas para defender al gobierno. Y jamás habría renunciado a la lucha para ponerse a resguardo en la famosa cañonera.

Derrocado Perón, se convoca a una marcha multitudinaria, impresionante. Allí desfilaba por la Avenida Santa Fe toda la «gente bien» de Buenos Aires, un contingente extraído de la cantera más selecta del gorilismo. Mis padres no desfilaron, por supuesto tampoco lo hice yo. Nos paramos en la puerta del negocio y los veíamos pasar en silencio. Cuando terminó, con mi padre, mi tío y mis primos que estaban en el negocio, decíamos que, evidentemente, allí estaba la otra mitad (o por lo menos una gran parte) del país. Volvemos a lo de hoy: ¡la grieta!, tan antigua como nuestra historia. La grieta que dividió a la Primera Junta, con Moreno y Belgrano de un lado y Saavedra del otro. Salió la derecha y un sector de la izquierda desastrada la acompañó para celebrar la caída del peronismo, mientras los «cabecitas negras» masticaban en silencio la decepción y la rabia. No está de más recordar que poco más de medio siglo después, en el 2008, otro sector de esa izquierda genéticamente despistada se unió con entusiasmo a los reclamos de la oligarquía terrateniente en sus protestas contra la propuesta de nuevos impuestos a la exportación, la resolución 125, del gobierno de Cristina Fernández. Una vez más, mi compañero de grado, el «negro Ortiz» y la masa peronista fue traicionada por los dirigentes gremiales y políticos del peronismo. Eva lo había presentido, aunque nada de eso había llegado a mis oídos de niño. Pero cuando décadas después conocí su último escrito, su testamento político, *Mi Mensaje*, allí queda claramente demostrada su desconfianza con los «chupamedias» y lambiscones del entorno sindical y partidario. Con excepciones, claro; pero el peronismo tuvo demasiados dirigentes traidores, corruptos, que

vendieron a su gente, porque no organizaron nada, ni siquiera una protesta, nada, nada, nada de nada. Sólo después el general Valle y unos pocos valientes lo harían, y lo pagarían con su vida para defender un proyecto que había favorecido como nunca antes a las clases trabajadoras y reafirmado la autodeterminación nacional. Parafraseando al gran escritor Osvaldo Soriano, por su histórica labor Perón no se merecía tan «triste y solitario» final, sin masas organizadas luchando para defender ese proceso. Lo que años después me jodió mucho –aunque ya de chico me causara sorpresa– fueron los países donde Perón buscó refugio. El Paraguay de Alfredo Stroessner, un fugaz paso por la Venezuela de Marcos Pérez Jiménez, una estancia más prolongada en Panamá, donde conoce a Isabel Martínez, otra breve por la Nicaragua de Anastasio Somoza, un traslado a la República Dominicana del dictador Rafael L. Trujillo, donde permanecería bastante tiempo, para finalmente recalar en España. Hay que decir que a lo largo de este periplo latinoamericano la junta gobernante en Argentina organizó varios atentados contra la vida de Perón, que finalizaron una vez que este fue aceptado como exiliado en la España de Franco. Pero el itinerario es decepcionante, y algo dice del personaje y su ideología. Es cierto que tenía pocas alternativas, pero el recorrido es indecoroso.

A. M. *¿Qué lectura haces hoy de aquel momento?*

A. B. ¿Por qué Perón hizo no presentó batalla? Porque en el fondo él era un general del Ejército argentino. Más allá de su lucha (y sus logros) por el mejoramiento de las condiciones de las masas populares, de una legislación social de avanzada, de una excelente Constitución de 1949 y tantas cosas que hizo su gobierno, en su formación había un sustrato conservador importante. Recordá su famoso discurso de 1944 en la Cámara de Comercio de Buenos Aires y el tono macartista que informó su alocución:

He presentado el problema de España antes de referirme al problema argentino. La posguerra traerá, indefectiblemente, una agitación de las masas, por causas naturales; una lógica paralización,

desocupación, etc., que combinadas producen empobrecimiento paulatino. Esas serán las causas naturales de una agitación de las masas, pero aparte de estas causas naturales, existirán también numerosas causas artificiales, como ser la penetración ideológica, que nosotros hemos tratado en gran parte de atenuar; dinero abundante para agitar, que sabemos circula ya desde hace tiempo en el país, y sobre cuyas pistas estamos perfectamente bien orientados, un surgimiento del comunismo adormecido, que pulula como todas las enfermedades endémicas dentro de las masas, y que volverá, indudablemente, a resurgir con la posguerra, cuando los factores naturales se hagan presentes.

Es un discurso impresionante, con frases como esa del «comunismo como enfermedad endémica de las masas», pero luego, en su gestión de gobierno, el rumbo elegido fue otro. De hecho, las relaciones con la Unión Soviética fueron muy buenas durante el gobierno de Perón. Pero sus conflictos ideológicos internos hacían que se sintiera más cómodo y seguro en una dictadura de derecha que en cualquier otro lugar. Porque podría haberse ido a otra parte. No al Uruguay, que siempre fue muy antiperonista. Uruguay, desde la época de Rosas para acá, siempre estuvo en contra de cualquier gobierno popular o populista en la Argentina. Pero se podría haber ido a México. En los años cincuenta lo hubieran recibido muy bien, sin ninguna duda, pero prefirió exiliarse en regímenes francamente dictatoriales y derechosos. Por supuesto, no hay que olvidar lo que decía más arriba: la persecución que Perón sufría de una junta militar dispuesta a perpetrar cualquier atrocidad, desde robarse el cadáver de Evita hasta asesinarlo, cosa que intentaron al menos en dos ocasiones durante su estadía en Caracas.

A. M. *¿Se hablaba en ese momento de fascismo vinculado a Perón en tu círculo?*

A. B. No, por empezar porque en mi casa el fascismo estaba lejos de ser una mala palabra [risas], aunque, como creo haberte dicho, mi viejo no lo era realmente. Para entender esto hay que

tener en cuenta que la historia del fascismo italiano es mucho más compleja de lo que convencionalmente se entiende. Coexistían en él dos líneas ideológicas, y esto está muy estudiado en la historiografía italiana. Una era la vertiente plebeya que fue derrotada –no te olvides que Mussolini había sido compañero de facultad de Gramsci; por un tiempo ambos militaron en el ala más radical del Partido Socialista Italiano y publicaban en el ¡*Avanti!*, el órgano del partido –; pero junto a esta había otra corriente, burguesa y ligada al gran capital italiano, que fue la que a la postre se impuso e imprimió la dirección al Estado fascista. ¿Por qué se integran estas dos corrientes, bajo la hegemonía de la segunda? Porque, en la Primera Guerra Mundial, Italia, que había hecho un esfuerzo enorme (te conté la historia de mi abuela y todo lo que fue defender su pequeño pedacito de tierra de las requisas de las tropas austríacas), pero al final se encuentra en el bando ganador. Llegada la hora de redefinir el reparto del mundo, porque, tal cual lo anticipara Lenin, eso era lo que estaba en disputa en la PGM, a Italia lehacen un corte de manga y le dejan unas migajas. El *Premier* italiano en ese momento se llamaba Vittorio Orlando y en la Conferencia de París en vez de reclamar vehementemente lo que a Italia le correspondía y se había ganado con la sangre derramada en las trincheras enfrentando a sus rivales… ¡se puso a llorar! ante las barbas del francés Georges Clemenceau, al inglés Lloyd George y Woodrow Wilson, que se morían de risa del italiano. Mi viejo recordaba ese episodio, cincuenta años después ¡y se envenenaba!

¿Te das cuenta? Entonces, ¿quién fue Mussolini para esa gente, para millones de italianos humillados, heridos en su honor nacional y adquiriendo súbita conciencia de que la muerte y la sangre vertida durante cuatro años en las trincheras habían sido desperdiciadas en vano? Mussolini aparece ante sus ojos como el tipo que viene a recuperar la grandeza de Italia, que viene de Roma, de la Roma imperial. ¡Cómo te vas a poner a llorar ante aquellos bandidos colonialistas! Más de 750.000 muertos y medio millón de heridos y mutilados, y otros tantos capturados y

desaparecidos a manos de las potencias centrales (Alemania y el Imperio Austro-Húngaro), reclamaban un gobierno que honrase ese tremendo sacrificio humano. Y en lugar de eso tuvieron un primer ministro que simplemente lloró en la mesa de negociaciones. En 1860 los franceses le habían arrebatado Niza –que es una ciudad hermosa sobre el Mediterráneo, cuna de Giuseppe Garibaldi– a los italianos. Con la Primera Guerra Mundial la promesa era que Italia, aliándose con Francia e Inglaterra, recuperaría esa ciudad, derrota del Imperio austro-húngaro y los alemanes mediante. La volvieron a estafar y Mussolini representa para muchos italianos esa reacción nacionalista ante la promesa incumplida de devolver Niza. Y mi viejo era en ese sentido un admirador de las políticas nacionalistas de Mussolini. En realidad, detestaba al gran capital como lo hacía con los oligarcas que eran sus clientes en el negocio. Pero recuperaba el nacionalismo de un país, Italia, secularmente sojuzgado: primero por el Papado durante más de mil años, luego por el imperio austro-húngaro, los franceses y los ingleses. De ahí su actitud ante Mussolini, aunque siempre decía que los errores cometidos a partir de su alianza con Hitler fueron imperdonables. Me parece que era necesaria esta aclaración.

A. M. *Una útil exhortación.*

A. B. Con toda esta cuestión de la caída del peronismo y la discusión sobre su gobierno yo me politicé sin medias tintas. Y en estas conversaciones mi padre, como quien no quiere la cosa, me suministró claves interpretativas fundamentales del marxismo, sin él ser marxista ni nada cercano a eso. Primero, me reiteró por enésima vez desde que tenía ocho o nueve años que «los números mueven al mundo», una forma elemental pero muy didáctica de decir que las fuerzas productivas, en su incesantes dinámicas y conflictos –vulgo «lucha de clases»–, son las fuerzas motrices de la historia. Yo no lo entendía muy bien cuando me lo dijo, pero me lo venía diciendo desde chico y se me quedó grabado: «los números mueven al mundo». ¿Qué es eso? Lo supe después, cuando leí *El Manifiesto Comunista*. Pero él me lo decía porque quería que

estudiara ciencias económicas y más específicamente contaduría, para administrar el negocio que tenía con su hermano…

A. M. *E inglés.*

A. B. Claro, y el inglés también, otra clave para entender al imperialismo. Las dos cosas. Tenes que conocer y saber manejarte con los números que mueven al mundo y aprender el inglés que es «la lengua de hoy». Olvídate del francés, me decía, que, como el italiano, es una lengua hermosa, y que era muy estudiada todavía en esa época. Pero sentenciaba que sería de decreciente utilidad enel mundo actual, o sea, en el mundo de finales de la década del cincuenta; un juicio temerario pero acertado. Descifremos: ¿de qué me estaba hablando con aquellos dos consejos? Respuesta: de la lucha de clases y del imperialismo. Yo lo descubrí repensando mi historia y te tengo que agradecer la larga entrevista porque quedé muy movilizado por tus preguntas y periódicamente vuelvo sobre el tema. Efectivamente, mi padre me suministró, en formato popular y panfletario, pero muy efectivo, las dos claves fundamentales para comprender la época actual: el capitalismo y sus clases en lucha, y el imperialismo, cuya lengua es uno de los instrumentos de que dispone para ejercer su dominio.

A. M. *¿Circulaba algo sobre la Unión Soviética en tu casa?*

A. B. No, muy poco. Era una referencia remotísima y en ese momento asociada para nada a los sucesos revolucionarios de oc-tubre, pero sí a la figura de Stalin, cuya muerte se produjo un año después de la de Eva. De hecho, era común comparar la grandiosidad de ambos funerales. En realidad, ahora que me lo decís, mi viejo, por ejemplo, tenía una indisimulada admiración por Stalin [risas]. Sí, Stalin era comunista y eso no le gustaba, tampoco losecos de los procesos de Moscú que el diario *La Prensa* relataba con macartista meticulosidad. Pero decía que, «la verdad, Stalin tiene un par de huevos así (y hacía un gesto muy ampuloso con ambas manos) para gobernar a un país tan complicado como Rusia, y el tipo se le plantó a los ingleses y a los americanos, y

aplastó a los alemanes». O sea, el odio que papá sentía por los ingleses y los franceses por esa traición de la Primera Guerra Mundial lo hacía mirar con simpatía a un tipo como Stalin, todo esto unido a una permanente desconfianza de los americanos vistos como los sucedáneos actuales de los odiados ingleses. Es más, a menudo usaba la expresión italiana *americanata* para referirse a una fanfarronada o a una conducta extravagante. O sea, el tema era odio, anglofobia y francofobia, desconfianza de los norteamericanos y admiración por aquel otro de allá que bueno, sí, habrá venido de una matanza, pero se sentó en la mesa y, a diferencia de lo que había hecho Vittorio Orlando en la Primera Guerra Mundial, en Yalta, a la salida de la Segunda Guerra Mundial divide el mundo y se queda con lo que le corresponde. Pero por supuesto no era comunista ni nada por el estilo, pero cuando vos hablabas con él, o yo recuerdo sus conversaciones con él, evidentemente mi padre era una especie de socialista sin saberlo, *a la Monsieur Jordain,* el protagonista de *El burgués gentilhombre* de Moliére, ese que hablaba en prosa sin saberlo.

A. M. *¿Y la vertiente anticomunista de Mussolini?*

A. B. Su socialismo, diría socialismo cristiano, era un componente importante de la mentalidad de mi padre, aunque no de su ideología; porque él como inmigrante italiano sintió en carne propia la explotación capitalista, incluso cuando trabajó con sus tíos ni bien llegó de Italia. Macartista nunca fue, antisemita para nada. Ya algo te hablé de su valoración del pueblo judío, a quien siempre me decía yo debía imitar porque, si hacían algo, seguramente que era lo correcto, lo más apropiado o lo más beneficioso. Es más, me decía: «Vos mira siempre lo que hacen los judíos, porque es el pueblo más inteligente de la tierra. Si el judío va para allá, andá para allá porque él sabe dónde va. Nosotros no sabemos, él sabe. Si hace algo, tratá de imitarlo». Y además por su relación comercial la mayoría de sus proveedores eran judíos, como te dije, y hasta hablaba algunas palabras en idish. Por eso, antisemita jamás. Me hubiera sido repugnante recordar a mi padre como

antisemita. Para nada, todo lo contrario. Sentía admiración por el pueblo. Y yo heredé algo de eso. Siempre digo que sin el concurso de tres judíos yo no podría entender el mundo y mucho menos cambiarlo: Marx, Freud y Einstein. Pero, agrego de mi cosecha: una cosa es el pueblo judío y su gran tradición humanista y otra bien distinta el Estado de Israel, especialmente luego de la sucesión de gobiernos neofascistas que vienen practicando un lento, implacable e imperdonable genocidio sobre el pueblo palestino ante el cinismo y la mirada cómplice de las mal llamadas «democracias occidentales».

A. M. *¿Hay algo que te enfrente hoy a tu papá en el recuerdo?*

A. B. ¿Qué me enfrente a él? ¡Uy, qué difícil! No del trato haciamí no, aunque fue un tanto rígido en determinar mi profesión futura como *ragioniere*, contador. Tal vez yo le podría reprochar su insistencia en este tema, pero no duró mucho. Y bueno, como casi todos los hombres en aquella época sí, era machista, pero en una versión bastante atenuada. Jamás maltrató a mi madre. Yo no recuerdo que haya tenido un episodio de maltrato no digamos físico, inimaginable; un agravio siquiera verbal, con mi mamá nunca. Tal vez le hubiera reprochado… le reprocharía yo por qué no le dio más lugar a mamá, por qué no la impulsó a que saliera del ámbito doméstico. Pero no estoy seguro de que mi madre hubiera querido emanciparse del rol tradicional y de la sumisión femenina tan gravitante en la cultura de la Italia meridional. Tal vez criticarlo por qué su madre, mi *nonna*, vino a vivir durante tanto tiempo con nosotros. Entonces de alguna manera mi casa tenía dos reinas en disputa, pero ganaba la reina mayor, la reina madre. Y papá de alguna manera no logró nunca controlar eso. Yo le reprocharía eso, y… ¿qué más le reprocharía?… No sé, me cuesta pensarlo, lo reconozco.

A. M. *¿Cómo te llevas con tu hermana?*

A. B. Y, en un momento, mal. De chicos, porque yo estaba muy ilusionado con tener un hermanito varón y nació una nena.

Es tres años menor que yo, y la nena rápidamente se convirtió en la estrella del grupo familiar. Porque era muy bonita y tenía una charla espectacular, y yo era una bestia que jugaba al fútbol y no sabía hacerotra cosa. Y ella digamos … ahí… yo me acuerdo, por ejemplo, nosotros en la tarde, cuando terminábamos de jugar, mi vieja nos bañaba, nos lavaba, porque yo llegaba hecho una mugre caminando, porque me había revolcado en la calle o en algunos baldíos que todavía había sobre la calle Güemes, y entonces después de mis juegos callejeros regresaba a casa, para lo cual debía pasar por el negocio, por ahí una hora antes, media hora antes de cerrar. Y yo me acuerdo a mi hermana paradita sobre un cajón del mostrador y hablaba con los clientes, y los clientes y las clientas maravilladas con su charla. Y yo era (risas) el varón desastroso, reo, todo sudado que entraba al negocio sucio de la cabeza a los pies, a veces con una pelota embarrada bajo el brazo; es decir, a mi casa, tratando de pasar desapercibido ante los clientes cogotudos del barrio. A veces tenía que espiar desde afuera del negocio para ver si podía entrar rápido, porque los clientes estaban sobre un lateral y yo debía entrar por el otro, casi a las corridas, bajo las miradas relampagueantes de mi padre y mi tío que me fulminaban con sus ojos. Volviendo a mi hermana, tal era su predominio que yo en algún momento, fíjate vos, fantaseé con irme de mi casa. En fin, Beatriz era «la reina» y yo sólo tenía la protección incondicional de la *nonna.* No era poca cosa, pero no me bastaba.

A. M. *¿Estamos hablando de qué edad?*

A. B. Siete u ocho años, por ahí.

A. M. *¡Ocho años y fantaseaste con irte! ¿A dónde?*

A.B. Sí, a lo de mi tía Elvira, que había llegado junto a mi padre a la Argentina, como te conté. Ella tenía tres hijos varones y yo era un poco menor que ellos. Vivía cerca de mi casa, en Paraguay 2769, planta baja, todavía me acuerdo de su dirección. Yo la quería mucho, muchísimo, a mi tía, pero lo mío era un delirio que duró lo que un suspiro. O sea, en ese juego familiar la *nonna*

era quien tenía la última palabra. Yo era el nieto, después venían doce nietos más, pero «el nieto» por excelencia era yo. Entonces eso me hizo abandonar la idea de irme a vivir con mis primos y la tía Elvira. Se desprende de todo lo que te dije que mi abuela fue una figura muy importante en mi vida. Después cambió todo. Después con la adolescencia yo pasé a ser, no sé, una figura central de esa constelación familiar y mi hermana quedó relegada a un segundo lugar. Ya no era más «la reina», como con un sordo resentimiento yo la llamaba de chico, sino una más en la familia. Importante, sin duda, pero ya sin el trono y el cetro.

A. M. *¿Vivía tu abuela todavía?*

A. B. Sí, sí, mi abuela vivía. Mi abuela vivió prácticamente hasta que yo me fui a Chile. Yo creo que fue el tema de la forma en queyo entré a la adolescencia lo que me reubicó en el seno de la familia. Quedé razonablemente bien plantado, bastante maduro, muy simpático, muy seductor, gracias a esa crianza tan particular de la que fui objeto y beneficiario por mi madre y mi *nonna*. En la adolescencia mi madre se agarró un enamoramiento feroz conmigo. Me acuerdo que, después cuando éramos más grandes ya, hablando de todo esto con mi hermana, ella me decía: «Mira, a mamá leagarró un ataque tremendo, porque antes a vos casi no te daba bola y de golpe pasaste a ser la palabra final en todo. Para cualquier cosa, ¿cómo se rompe un huevo? A ver qué dice Atilio» [risas].

A. M. *¿Cómo viviste la escuela secundaria?*

A. B. Yo fui a la Escuela Nacional de Comercio n.º 5 José de San Martín, en Belgrano y Pichincha. En esa época éramos sociosde un club de la colectividad italiana, la «Sociedad italiana de Tiro al Blanco», donde me hice de un grupo de adolescentes con mucho deporte: fútbol, tenis, básquet, natación, etcétera.

A. M. *¿Y tu adolescencia cómo la recordás?*

A. B. Muy bien, buenos recuerdos, muchas fiestas, amigos, salidas, mucha vida nocturna.

A. M. *¿Amigos, novias, barrio?*

A. B. Sí, de todo, amigos, novias. Yo jugaba mucho al fútbol, era arquero, había jugado en un equipito y a veces alternaba de suplente con la novena de Ferrocarril Oeste. Tenía un buen técnicoque me dijo «Vos tenés buena altura, buenos reflejos, andá al arco», y atajaba bastante bien, pero en abril del 1957, en un partido defútbol, un delantero contrario se coló entre los centrales y quedamos frente a frente. Yo salgo a cortarle el avance y me arrojo para tomar la pelota, cosa que hice, pero al caer apoyé mal el codo y seme quebró el brazo izquierdo. Después, cuando hicieron las placas, se descubrió que el accidente ocurrió porque tenía un quiste en el húmero y el hueso estaba debilitado. Fue un esfuerzo muygrande, agarré la pelota y me tiré hacia la izquierda y ahí quedé liquidado. Total, que me pasé 92 días –subrayo: 92 días– con yeso que cubría todo el tórax salvo el hombro y el brazo derecho queera lo único que tenía libre. Pasé todo el otoño y parte del invierno con eso. O sea, un espanto. Pero aun así me las ingenié para ir alcolegio, bañarme todos los días, tomar el colectivo, era un demente, ¡hasta llegué a «colgarme» de los colectivos! [risas] que en esa época no tenían puertas automáticas. Hoy no te podés colgar porque cierran la puerta, pero, bueno, eso de alguna manera me templó mucho el carácter ¡92 días! ¡Dios mío! Lo pienso y ahora no sé cómo hice para aguantar aquello, pero esto viene a cuento de que, sin poder hacer deportes, ahí me concentré mucho en mi estudio, no podía hacer nada, leí y estudié mucho, mucho, mucho. Y llegué a la conclusión de que, cuando me recibiera, iría a estudiar sociología o historia.

Pero ya en aquellos años también con una preocupación social y filosófica muy marcada que se traducía muchas veces en asistir a reuniones y mítines políticos. Estamos hablando de la

política del año 1957. Fui testigo del ascenso del peronismo a mediados de los cuarenta y de la sorpresa tremenda que significó su irrupción en la vida política argentina. También de su derrocamiento. Mi tío Germán, marido de la hermana de mi madre, de origen italiano, aunque nació en la Argentina, era carpintero y trabajaba en un aserradero. Me contó de la enorme sorpresa que le produjo un día escuchar, mientras estaba trabajando, un discurso de Perón (en ese entonces secretario de Trabajo) sobre accidentes de trabajo y los derechos de los trabajadores. Quedó paralizado al oír esas palabras, dichas además con el tono y la fuerza excepcional que Perón les imprimía a sus discursos. Tanto que le pareció casi una revelación sobrenatural. A partir de allí se hizo peronista. A mí también me impresionaron mucho los discursos de Perón y de Eva, que se escuchaban frecuentemente por radio en vísperas de la Convención Nacional Constituyente de 1949 y eran objeto de comentarios en mi entorno familiar inmediato, e inclusive por otros miembros de la familia. Recuerdo que los escuchábamos, sobre todo mi padre y yo, en el más absoluto silencio: pegados a una radio y sin que volase una mosca porque sabíamos que «el patrón» era «contrera», un gorila irreductible. A mí la voz ronca y el discurso didáctico, claro, persuasivo de Perón me parecía algo fantástico, que escuchaba como si estuviera bajo un trance hipnótico. Discursos de una elocuencia impresionante, parecido a nada de lo que yo había escuchado antes, hasta que lo escuché a Fidel mucho después. Los de Evita eran distintos, breves y sencillos, pero con un magnetismo especial y un altísimo voltaje emocional. Llegaban, por momentos, a producir un cierto estremecimiento, pero ejercían tal atracción que hacía imposible que dejaras de escucharla.

Debo decir que, pese a que mi padre era dueño de un pequeño negocio nuestra condición era relativamente próspera, pero «hastaahí»; la vivienda –en realidad, la trastienda del negocio– no era demasiado cómoda. De hecho, no teníamos cocina a gas, sino a carbón y, poco después, con calentadores a kerosene, que eran verdaderas bombas dormidas que existían en muchas cocinas de

Buenos Aires en esa época. Estoy hablando de fines de la década del cuarenta e inclusive comienzos de los cincuenta. De hecho, el gas por cañería se instaló en nuestra vivienda casi en los finales del peronismo, años 1954 o 1955. El cuarto de baño era muy pequeño, pero contaba con las imprescindibles comodidades. No nos faltaba comida ni abrigo, y, como te decía, las vacaciones de enero eran un ritual imperdible. No estábamos muy bien, no nos sobraba nada, pero tampoco estábamos mal.

A. M. *¿Recordás comentarios también referidos a la política internacional?*

A. B. Bueno, mi temprana politización no sólo se remitía a la política nacional. No creo que haya habido muchos chicos que en Buenos Aires (para ni hablar del interior del país) hubieran sido sometidos a una pregunta como la que me hizo mi amigo Guillermo Goldsmith, a finales de 1952, seguramente en el mes de octubre, cuando un día, mientras jugábamos a las figuritas, se da vuelta, se acerca y boca de jarro me preguntó: «¿A quién preferís: Eisenhower o Stevenson?». Yo no tenía la más remota idea de qué se trataba, pero el nombre de Eisenhower me resonaba con tonalidades positivas por las historias de la Segunda Guerra Mundial. Nada más que por eso respondí, medio balbuceando, «Eisenhower», y Guillermo cerró el puño, lo agitó mientras decía «bieeeen». No entendía nada, pero esa fue mi precoz inmersión en la política de Estados Unidos, tema sobre el cual tenía vaguísimas referencias pero que con el correr del tiempo se convertiría en una obsesión que me acompañaría el resto de mi vida. La pregunta de Guillermo fue suscitada por las inminentes elecciones de noviembre de 1952 –que finalmente ganó Eisenhower– sobre el candidato demócrata y que revelaba la preocupación de la comunidad judía en la Argentina, un tema de conversación diaria, aunque tanto Guillermo como yo teníamos en ese momento apenas nueve años. Más adelante volveré a hablar de Guillermo y su familia.

A. M. *En esos años se produce también la Guerra de Corea ¿tenés algún recuerdo de eso?*

A. B. Cuando estalla la Guerra de Corea (1950-1953), mi familia estaba muy preocupada porque Perón no fuese a involucrar a la Argentina en el conflicto y mandar a un batallón de conscriptos argentinos a pelear en aquel país. La OEA presionaba para que los países latinoamericanos enviasen contingentes a pelear a Corea. Pero la gente de pueblo confiaba en que Perón no enviaría a los jóvenes, a los hijos de sus trabajadores, a una guerra que no era nuestra, sino de Estados Unidos. Uno de mis primos más cercanos, Humberto, hijo de mi tía Elvira, corría el riesgo, por su edad, de ser llamado a filas y eventualmente ser enviado a Corea. El mayor, Mario, no, por ser «único sostén de madre viuda». Yo estaba muy preocupado porque Humberto, igual que Mario y Victorio, sus hermanos, eran muy cercanos a mi familia. De hecho, Mario y Humberto trabajaban con mi papá en el negocio. Recuerdo una angustiosa pregunta que le hice a Humberto sobre este asunto, un día que lo vi con uniforme de soldado, y me dijo: «Quedate tranquilo, Atilio, que aquí manda Juancito (por Perón) y no vamos a ir a ninguna guerra». Creo que Humberto reflejaba un sentir popular muy extendido sobre todo entre las clases y capas populares de la Argentina. Y la verdad que lo que me dijo me tranquilizó bastante. Como ves, todo esto no podía sino ir dejando una huella muy honda en mi persona. Mis primeros recuerdos políticos son la voz de Perón y Evita en la radio, sus fotos, vagas noticias sobre la Constitución de 1949. Temas más visibles y audibles eran la conquista del voto femenino, los derechos del niño («En la nueva Argentina los únicos privilegiados son los niños») y la ancianidad, el relevante papel de la Fundación Eva Perón, la reacción gorila al principio solapada y, luego de 1951, desatada. Recuerdo la indignación de algunas señoras de la oligarquía que en el negocio criticaban acerbamente el papel de la Fundación en hacer –bien y masivamente– lo que la «Sociedad de Damas de Beneficencia» hacía

poco y mal. Yo escuchaba en silencio, pero por dentro sentía que mis tripas se revolvían ante los comentarios de esas ricachonas enjoyadas cuyas familias eran responsables de la pobreza de millones de compatriotas. Entre las primeras cosas que escuché espantado fueron noticias relativas a la bomba atómica arrojada en 1945 (de una, Hiroshima, no de las dos). Esto habrá sido en 1948 o 1949, en el negocio, y se habló por mucho tiempo de eso, y además, el tema aparecía periódicamente en los diarios, sobre todo una vez estallada la guerra de Corea. No entendía nada, por supuesto, y, cuando preguntaba, en mi familia desviaban el tema. Como tampoco pudimos entender, no sólo yo sino la enorme mayoría del pueblo argentino, las razones por las que la AFA, respondiendo a una errónea decisión de Perón, no envió a la selección a competir en el mundial de fútbol de Brasil de 1950, ganado finalmente por Uruguay para colmo de males para el oficialismo. Pero también supe tempranamente que «los malos» (o sea, los soviéticos) tenían igualmente una bomba atómica y eran un peligro –allí escuché por primera vez aquello de que la «civilización occidental y cristiana» estaba en riesgo y era defendida a capa y espada por Estados Unidos–. También despertaba mi curiosidad la existencia del régimen de Franco, por los muchos clientes y amigos españoles que tenía mi familia, pero también por la cuestión nacional en España.

Te explico: mi sorpresa era mayúscula al escuchar airadas discusiones entre un catalán, proveedor del negocio, y el relojero de planta, un gallego que me enseñó algunas palabras en gallego, acerca de Franco y su dictadura, y escuchar hablar de Cataluña como país independiente. Lo mismo con los vascos, que también venían al negocio e inclusive una familia euskera tenía un tambo en Uribelarrea (¡nombre vasco si los hay!), en la Provincia de Buenos Aires, al cual a veces íbamos con mi familia. No salía de mi asombro, porque los libros de la primaria hablaban de una sola España, la que había descubierto América, con sus reyes católicos y todo y de repente, allí en mi negocio había por lo menos tres Españas diferentes … No salía de mi asombro.

Todos los días a diario se hablaba sobre la Guerra en Corea, larebeldía de la isla de Formosa (hoy Taiwán), poco o nada de Mao y su histórico triunfo, la reconstrucción europea, la miseria en Italia, en Alemania, en la Europa de posguerra. Se hablaba tambiénde las nuevas oleadas de inmigrantes europeos que llegaron a la Argentina a la salida de la Segunda Guerra Mundial. Varios parientes míos, algunos lejanos que quedaron en Verona y otros de Sicilia, llegaron en esa época. Y estaba además el cine norteamericano, que, si bien no gozaba ni remotamente de la hegemonía que habría de adquirir en la actualidad, tenía su importancia en identificar los buenos y los malos en el sistema internacional e inclusive dentro de Estados Unidos. Y nos manipulaban con perversa habilidad. Las películas de la época presentaban siempre a los orientales, indistintamente que fuesen coreanos, chinos, vietnamitas, como sujetos crueles hasta lo indecible, malvados de un sadismo indescriptible que gozaban con sus crímenes y atroces torturas, mientras los norteamericanos eran invariablemente muchachitos buenos, de rostros angelicales, obligados a luchar contra estas bestias feroces de la Asia bárbara y primitiva. No sólo en las películas sino también en los infaltables noticieros en donde éramos sometidos a un tsunami propagandístico demoledor. Lo mismo en las películas de *cowboys* donde los múltiples pueblos originarios de Estados Unidos – todos indiferenciadamente unificados bajo la denominación de los «pieles rojas»– aparecían como el *súmmum* de la maldad y laperversión, individuos execrables que arrancaban el cuero cabelludo a inocentes granjeros que sólo querían cultivar la tierra, rezar ensus iglesias y no meterse con nadie. Me avergüenzo al recordar que, cuando íbamos con mis amigos al cine (tres películas por función en las tardes), aplaudíamos a rabiar cada vez que un blanco exterminaba a un indio, un americano a un oriental, y la silbatina conque saludábamos la aparición del traficante de armas, un blanco traidor y reverendo hijo de puta , siempre vestido de negro de la cabeza a los pies, como un cuervo malvado, que se allegaba a loscampamentos de los «salvajes» a venderles fusiles a los indios paramatar a los blan-

cos… Washington tuvo siempre clara la necesidad de triunfar en la batalla cultural y Hollywood desempeñó, y aún hoy lo hace, un papel extraordinario en esa empresa, formateando las conciencias de millones de personas, niños y adultos por igual.

A. M. *Me decías que en tu casa se leía prensa. ¿La situación internacional estaba presente ahí también?*

A. B. Sí, estaba muy presente en la prensa y mi viejo y mi tío, que estaban muy bien informados, tenían una opinión y yo escuchaba eso. Lo de Corea fue muy fuerte, llegaban los ecos de Brasil, sobre todo después del mundial de 1950, de Getulio Vargas, y una admiración permanente por el régimen político en Uruguay, como en días recientes el sicariato mediático lo expresa en relación al «cajetilla» de Lacalle Pou, hasta que se le quemó el rancho con lapandemia y tuvo que hacer lo que juró que jamás haría. Desde chiquito escuchaba eso, porque a comienzos de los años cincuenta,cuando toma cuerpo una crítica muy fuerte sobre el autoritarismo del peronismo por la reelección de Perón, Uruguay y su oligárquico sistema de gobierno «colegiado» aparecían ante nuestros ojos como «la Suiza de América», en contraposición al descontrol, el patoterismo y el caudillismo que supuestamente había introducidoel peronismo en el país. Uruguay era visto por los oligarcas como un modelo y miraban con mucha envidia la estabilidad uruguaya, inmune a los destrozos y perjuicios ocasionados por los «negros quilomberos y holgazanes» que había aquí, azuzados en el desorden y el caos por la demagogia peronista, así se decía. Como ves, lo de hoy tiene poco o nada de nuevo, y me alegro de haber sobrevivido con cierta lucidez a semejante trabajo de «lavado de cerebro».

A. M. *Una parte del exilio antiperonista se va para Uruguay, de hecho…*

A. B. Sí, y esto se conocía aquí. La información llovía de todaspartes. Por ejemplo, a través de Radio Colonia, que se escuchabamuy bien en Buenos Aires y que te daba otra perspectiva,

recontra gorila, de lo que sucedía en la Argentina. Y después los interminables rumores sobre Perón y su fortuna producto del latrocinio organizado por su gobierno y luego de muerta Eva, sus desórdenes sexuales con las adolescentes de la UES, Unión de Estudiantes Secundarios. Oí en el negocio a muchas clientas oligarcas que decían cualquier cosa de Eva, de ramera para arriba lo que sea. Hoy a Cristina la acusan de «chorra», a Eva de puta. Y por supuesto de Perón, que no sólo era un ladrón sino un degenerado. La usina deesta infernal campaña, no obstante, se situaba allende el Río de la Plata, pero resonaba con enorme fuerza dentro del país.

A. M. *¿Cómo se cruzaba este clima político con tu vida cotidiana?*

A. B. La primaria la termino en el año 1955 y comienzo la secundaria cuando ya gobernaba la mal llamada Revolución Libertadora, que no fue ni lo uno ni lo otro. Y ahí en el año 1956 se notaun cambio que empieza a tomar cuerpo en poco tiempo.

A. M. *¿En qué lo notas particularmente?*

A. B. Primero comienza a derrumbarse la idea fuertemente instalada que aseguraba que durante el peronismo habíamos vivido bajo un Estado policial. Es decir, prevalecía un discurso que decía que debías tener cuidado con lo que decías en lugares públicos, con quién te reunías, adónde ibas, etc. Esto se arraiga con muchafuerza después de la muerte de Eva, aunque había comenzado antes. Eran cosas que se comentaban todos los días, y que aun un niño como yo las oía en su casa o con sus pares. Sin duda que había un sector del gobierno que tenía propensiones autoritarias. La historia de Cipriano Reyes, uno de los organizadores del «17 de octubre», era muy conocida: su apoyo autónomo al gobierno de Perón fue inaceptable para el líder. Se resistió a la disolución del Partido Laborista. Hubo un atentado contra su persona y en 1948 fue encarcelado, y sólo saldría en libertad con un indulto una vez derrocado el peronismo. Ya en los finales se

oyó mucho el caso de un tal Ingalinella (Juan, médico militante del Partido Comunista) que fue detenido y nunca más se supo de él. Recuerdo a mis padres rememorarme este caso porque yo era muy charlatán y tenía opiniones firmes: «No hablés, mirá que te puede pasar lo de Ingalinella», me decían. Es cierto que a partir de los años cincuenta, especialmente después de la frustrada tentativa golpista de Benjamín Menéndez en 1951, la intolerancia política se intensificó. Oía decir que a untal Balbín lo habían puesto preso, pero luego indultado; y lo mismo ocurrió con algunos otros dirigentes radicales, expulsados de la Cámara de Diputados. En todo caso sin duda que hubo un endurecimiento del oficialismo, pero esto no obedeció sólo a una dinámica interna, sino que fue la contrapartida de una brutal ofensiva golpista y destituyente de la oposición. Aun así, ese proceso ni de lejos tuvo la gravedad de la que se hablaba, sobre todo cuando se lo contrasta con ulteriores episodios de la historia argentina. Se hablaba mucho de eso: de asesinatos políticos como el de Juan Ingalinella, suicidios sospechosos como el de Juan Duarte, políticos encarcelados, etc. Yo lo escuchaba en cautelosos cuchicheos entre algunos clientes del negocio, mientras con el rabillo del ojo miraban quiénes estaban en el local o si entraba algún sospechoso. Pero, como dije antes, esto había que entenderlo como una respuesta al golpismo y la creciente violencia de la derecha. Pero volviendo al año 1956, prevalecía la sensación de que todo aquello ya era cosa del pasado. Sin embargo, cuando se hicieron públicos los asesinatos en los basurales de José León Suárez, el clima comenzó otra vez a enturbiarse; pero, claro, el aparato ideológico a la caída de Perón era muy grande y el despliegue propagandístico de la corrupción del peronismo tapaba cualquier otra cosa. La idea de que también Perón «se robó todo» era abrumadora y las violaciones a los Derechos Humanos y las libertades públicas de la «Revolución Fusiladora» pasaban a un segundo plano.

Ser testigo de la descomposición del peronismo fue un episodio muy fuerte. A través de los relatos ampliamente difundidos entre mis familiares y amistades supe cómo ascendió al poder, com-

prendí y me alegré por sus conquistas sociales, creí en sus promesas y al mismo tiempo pude sufrir la inflación, las disparadas de los precios y los comercios clausurados por violar las leyes contra el «agio y la especulación», el desabastecimiento, el pan negro porque no había trigo dado que se había perdido la cosecha. Años después me enteraría que estos infortunios eran los indicios de que se había agotado el primer ciclo de industrialización sustitutiva de importaciones y que el avance hacia una nueva fase industrial requería políticas de fondo que el gobierno peronista no quiso, o no pudo, encarar. La situación se agravaba, ya desde el punto de vista personal, por el peso por entonces asfixiante de la propaganda del gobierno que aumentaba *pari passu* con la profundización de la crisis económica del proyecto. Por otra parte, para los niños, «La razón de mi vida» era un texto insípido y tedioso, lo que configuraba una situación cada vez más intolerable. Las cada vez más audaces tentativas golpistas de la oligarquía, el verticalismo sindical y político que encuadraba, pero no concientizaba ni movilizaba, y el agotamiento de la industrialización ligera crearon una combinación que probó ser fatal para el oficialismo. Para colmo de males, en este clima revuelto y amenazante la Argentina fue azotada a fines de 1955 y parte de 1956 por la epidemia de poliomielitis, que afectaba sobre todo a niños y adolescentes.

Pese a todo lo anterior, yo no dejaba de registrar la conmovedora lealtad de la gente pobre y que la obra social del peronismo no había tenido precedentes en la Argentina. Me resultaba insoportable la prohibición de mencionar a Perón, a Evita y a todo lo relacionado con el peronismo, establecida por un decreto del gobierno golpista, el n.º 4161/56, algo que me parecía incongruente en quienes habían dicho que venían a traer la libertad y la democracia conculcadas por el «tirano prófugo», así había que referirse a Perón al no poder escribir o pronunciar su nombre. La importancia de la promoción social del peronismo la comprobé, de modo irrefutable, cuando a partir de los dieciséis años empecé a recorrer el interior del país. Las escuelas públicas, los consultorios médicos, las salas de primeros auxilios en los barrios y en los pequeños po-

blados del país eran invariablemente obras del gobierno peronista. Eso también lo verificaba cuando hablaba con la gente en la calle, los pobres tanto como las volátiles y heterogéneas capas medias. Yo pertenecía a una pequeña burguesía que en la etapa de ascenso del peronismo había sido peronista y que en su fase de descomposición se fue volcando hacia la derecha. Y eso lo veías cuando hablabas con la gente en el interior, en la capacidad de respuesta de los trabajadores, que lo hacían con orgullo, lo cual era y aún hoy es muy importante. Lo veía en el odio de la clientela oligárquica de mi padre, que decía que esos sectores eran insolentes, ¿y por qué? Porque luchan por sus derechos. Ahora, los derechos valían y la legislación social se aplicaba y era válida porque les mejoraba la vida, y eso era «insolente», demagógico. Esto lo pude comprobar personalmente, de labios de los oligarcas, porque yo los escuchaba en el mostrador del negocio de mi padre. Era muy marcada la cosa. En 1956 para ir al colegio secundario yo tomaba el colectivo 64, que me dejaba a cuatro cuadras, y me hice amigo del colectivero y del boletero porque lo tomaba siempre a la misma hora, y charlando me decían: «Yo antes de Perón trabajaba como un burro, ahora trabajo ocho horas, me pagan las horas extras; antes trabajaba más y, cuando se les antojaba, me daban una patada en el traste y me dejaban cesante; ahora cobro y encima tengo aguinaldo y vacaciones y si me quieren echar me tienen que indemnizar». Eso no fue invención: lo oí de los protagonistas de ambas partes. Yo no podía sino simpatizar con un gobierno que había ofrecido esas garantías a los trabajadores. Tuve la suerte de que estas percepciones surgieran, no de los libros, sino de conversaciones con gentes de las clases populares, que las recuerdo muy bien. No tuve que esperar a leer *El Manifiesto* para caer en la cuenta que había lucha de clases; lo viví en el negocio, detrás del mostrador, en la calle hablando y curioseando, en los colectivos, en el subte, en los trenes, donde fuera. Pude escuchar de boca de los oligarcas su odio a la plebe, y de esta su gratitud hacia el primer gobierno que les había conferido una ciudadanía real.

A. M. *¿Alguien en tu familia tuvo algún vínculo con partidos políticos o con militancia orgánica?*

A. B. No, no tenían. Sí mi tío Germán, que era peronista y vivía en Boulogne. Pero mi padre no tenía y mi familia directa tampoco. Mi padre y mi tío Luis tenían en general una simpatía con el peronismo. Pero la adhesión a Perón que tenían mi padre y mi tío eraproducto de un pensamiento muy igualitario en contraste con la posición oligárquica preexistente, que les resultaba intolerable. Y que en el caso de Luis estuvo a punto de frustrar la concreción del matrimonio con el gran amor de su vida.

Por ejemplo, mi papá me decía que antes del peronismo había una restricción informal pero efectiva en los años veinte o treinta que impedía que personas «inapropiadas» circulasen por ciertas zonas de la ciudad de Buenos Aires (Recoleta, Palermo Chico) o por la calle Florida si no eras un «tipo bien» que seguramente se dirigía al Jockey Club, o a la Richmond, o al diario *La Nación,* todas situadas en esa vía. Había guardias privados que te ahuyentaban, a veces de malas maneras. O sea, que ya había un resentimiento contra la oligarquía y su prepotencia, y sobre esto se construyó la respuesta peronista, que atrajo exitosamente a sectores medios y amplias capas del proletariado. La nacionalización de los ferrocarriles de los ingleses, por ejemplo, resonó como música celestial a los oídos de mi padre –nacionalización, entre otras cosas, provocada por el hecho de que el Reino Unido se negó a pagar la deuda que había contraído a lo largo de la Segunda Guerra Mundial con la Argentina, lección que nosotros nunca aprendimos y que nos hubiera venido de perlas para enfrentar de otro modo el nefasto legado del préstamo contraído por Macri con el FMI. Un gobierno fuerte pero que llevaba bien las relaciones con la Iglesia, según los estándares de la época, y que se ocupaba de los pobres y los humildes no podía sino merecer el apoyo de mi familia. Pero, a la muerte de Eva, Perón parece perder la brújula, la reacción se fortalece, la crisis económica aprieta. Acosado, Perón recibe como enviado de la Casa Blanca al hermano del presidente Eisenhower, Milton, po-

niendo fin al enfrentamiento «Braden o Perón» de 1945-1946 e, inclusive, cajoneando discretamente el discurso de la «Tercera Posición». Como retribución a tan magna visita, Perón le concede al estadounidense la Medalla de la Lealtad Peronista[3]. Cunde la idea de un fin de ciclo, y la reversión de ciertas políticas nacionalistas al paso que el gobierno pierde su capacidad redistributiva. Un año después de la visita de Eisenhower, el Congreso aprueba una ley enviada por el gobierno abriendo la explotación petrolera a la Standard Oil California. En los debates en el Congreso uno de los más acérrimos críticos fue John W. Cooke, alegando que dicha ley violaba la propia Constitución peronista sancionada en 1949. Todo esto produjo un cambio en el clima político de mi familia. Comienza a ponerse en cuestión la lealtad al gobierno, pero no porque se convirtieran en oligarcas. Sentían que el general había extraviado el rumbo.

En pocos años, el barrio donde vivíamos se había transformado en otra cosa, más elitista; la clientela del negocio de mi padre lo era. A poco más de una cuadra vivía, sobre la calle Austria, el almirante Isaac F. Rojas. Era cliente del negocio y un personaje siniestro, tanto él como su mujer. Rara vez aparecían ellos. Mandaban a su mucama o a su guardaespaldas, y, si él o su mujer venían, había dos o tres gorilas de guardia en la puerta del negocio. En aquellaépoca se arreglaban los relojes, todos a cuerda; no había relojes electrónicos ni nada de eso. O venía su mujer que tenía un collarde perlas y había que enhebrarlo porque se le había roto. También el coronel (retirado) Elbio Anaya era cliente del negocio, otro gorila que ni bien entraba empezaba a putear en voz alta a Perón y sugobierno, lo cual arrojaba una espesa sombra de dudas acerca del carácter dictatorial del gobierno. «Don José» –le decía a mi padre o a mi tío–, «esto es una basura, hay que acabar con ese hombre, es una vergüenza. ¡Una vergüenza! Este país se va al carajo con este degenerado en el gobierno». Venía de

[3] Se puede ver en: https://www.infobae.com/sociedad/2021/01/10/el-apasionante-river-boca-que-gano-juan-domingo-peron/

civil, yo lo vi varias veces. Bajito, de anteojos. Venía sobre todo en verano con un sombrero Panamá de esos duros, rígidos, no como los que tengo yo, sino viste, como los otros más… y golpeaba así con el sombrero [golpea] sobre el mostrador: «Hay que acabar con este tirano». Anteconductas como estas, ¿vivíamos en un Estado-policial? Ya de chico no me parecía.

A. M. *Me decías antes que tu familia era católica practicante. ¿Cómo incide esto en tu mirada política?*

A. B. La familia era practicante y yo también. Mi *nonna* tuvo una influencia muy importante y era muy católica. Catolicismo tradicional, con el demonio como una figura omnipresente, pero bajo figuras eternamente cambiantes, en interminable metamorfosis para captar nuevas víctimas para alimentar el infierno, la lucha eterna del bien y del mal. Ella era una gran matriarca. Yo los domingos iba a misa a las siete y media de la mañana a la iglesia del Carmelo en la calle Charcas casi Pueyrredón, después nos íbamos en subte con mi primo Victorio hasta Puente Pacífico, tomábamos el tren de la línea San Martín hasta El Palomar y de ahí al club que ya te mencioné. Los sábados, a las fiestas que en esa época terminaban temprano, tipo tres de la madrugada. Yo dormía cuatro horas y me levantaba fresco como una lechuga.

A. M. ¿A *dónde ibas a bailar?*

A. B. Y… en ese momento en el club o íbamos a las casas de los amigos; se hacía eso, más que en los boliches, que eran muy caros en aquella época. Una vez fuimos, por ejemplo, a Mau Mau. Era un boliche hermoso, espectacular, ubicado en la calle Arroyo. Pero no podíamos bancarlo, era para gente de mucha guita y al llegar nos miraron feo. Había varios otros, pero en La Lucila u Olivos y había que ir en auto hasta allá. No había, como ahora, boliches por todo Buenos Aires. Tenías unos pocos y eran muy caros. Entonces hacíamos lo que se llamaban «asaltos» en las casas, y eran hasta muy tarde. Y la segunda alternativa era ir a algunos de los clubes, de barrio o más grandes, como el SITAS,

Sociedad Italiana de Tiro al Segno (Tiro al Blanco), Comunicaciones en la zona de Agronomía,o a GEBA, en Palermo Era una época muy diferente...

A. M. *¿Cuándo dejaste de ir a misa?*

A. B. Y… tendría unos diecisiete años, ni bien ingresé a la UCA. Ahí ya era un buen lector, ya estaba muy politizado y atraído por la Democracia Cristiana desde los catorce años. En algún cursillo de formación me hicieron leer al brasileño Tristán de Athayde, algo del francés Emmanuel Mounier y ya entendía al cristianismo de un modo totalmente diferente al de mi *nonna*, en clave de la Teología de la Liberación, aunque de eso no se hablaba todavía. Existía, pero tenía otros nombres: «curas obreros», el padre Joseph Lebret en Francia, etc. O sea, el cristianismo en su sentido revolucionario como la religión de un pueblo oprimido, una religión de salvación de la humanidad en donde los pobres eran los privilegiados y los ricos no tenían lugar. Un catolicismo entendido como un proyecto anticolonial de hombres y mujeres que luchaban por liberarse del yugo imperial y de sus aliados y cómplices locales. Medio siglo más tarde escribiría un pequeño artículo periodístico titulado «Cristo, el primer antiimperialista de la historia» elaborando aquellas ideas muy elementales que ya bullían en mi cabeza a finales de los cincuenta.

En los años 1957 y 1958, las experiencias del padre Lebret en Francia y África y la de los «curas obreros» empezaban a tener cada vez una mayor difusión. Un nuevo clima intelectual se instalaba en la Argentina, con un ambiente más abierto que en los últimos años del peronismo en donde, en el terreno cultural, prevalecían los sectores derechistas o cuasi-fascistas. Se había producido una cerrazón cultural muy grande y después sobrevino una apertura intelectual muy significativa y un florecimiento de publicaciones, espectáculos y diversas formas de expresión cultural y artística. (Esto, va de suyo, manteniendo la ilegítima proscripción del peronismo). Los años sesenta ya estaban despuntando y poco después se vendrían «con todo». Se notaba en el

ambiente católico con la obra de autores como Jacques Maritain o el italiano Giorgio La Pira. Eran los primeros reflejos de una nueva realidad y de una búsqueda de alternativas al interior del pensamiento católico que, por desgracia, no terminó felizmente.

A. M. *A los 14 ,15 años ¿qué vinculo tenías con la Democracia Cristiana?*

A. B. Mi familia, irritada por la deriva anticlerical del peronismo y los incendios de las iglesias, se había acercado al radicalismo, que en su versión antiperonista se llamaba Unión Cívica Radical del Pueblo. Este era el radicalismo encabezado por Ricardo Balbín. Fui al acto del cierre de campaña de la elección presidencial de 1958 que gana Arturo Frondizi, gracias a un pacto –que después traicionaría– con Perón, y quería escuchar a Balbín, del cual tanto se había hablado. En aquella época, muy poca televisión y casi ningún programa político, menos aún en la radio. Por eso te quedaban dos opciones: o leías en los diarios del día siguiente un resumen sesgado, a favor o en contra, o ibas y lo escuchabas directamente. Mis viejos tenían una cierta desconfianza con Frondizi por el acuerdo con los peronistas, a la vez que había un clima un poco más favorable en relación con Balbín. Pero también desconfiaban de los políticos, asimilados a veces en un combo en donde proliferaban vagos, charlatanes y gente de mala vida. Esa era una visión bastante extendida. Y tenían miedo que yo, por mi interés en la política, terminara entrando en ese desacreditado lote.

Fui al acto en Plaza Miserere y me acuerdo que me produjo una terrible desilusión. Era la noche del 20 o 21 de febrero, jueves o viernes, porque las elecciones serían el domingo 23. La plaza estaba repleta, un gentío impresionante. Nunca la vi tan llena como esedía. El discurso de Balbín era lo esperado: ambiguo y lleno de recursos retóricos y efectistas. Era su especialidad. Pero me acuerdo como si la hubiera escuchado ayer de una frase que me impactó muy negativamente. Contrastando su propuesta con la del peronismo dijo: que «Nosotros no queremos que la gente tenga solo el pan; queremos también que le pueda poner un po-

quito de manteca a ese pan». ¡Ese era el programa económico del pos-peronismo! Ahí me di cuenta de que no tenía nada más que hablar con estos tipos; ya está, no hay nada que hacer con ellos. Son parte del problema, no de la solución. Mi indignación no tenía límites.

Al día siguiente me asomé a un local que la Democracia Cristiana (DC) tenía en Charcas entre Agüero y Gallo, base de operaciones de una fórmula muy poco atractiva: el candidato a presidente era un hombre de derecha, Lucas Ayarragaray, aunque estaba acompañado por alguien más progre como Horacio Sueldo, que tendría una buena trayectoria en los años sucesivos. Pero la folletería que pude leer y algunas conversaciones con militantes que estaban en el local no me convencieron para nada, y me alejé rápidamente del lugar. Tiempo después habría un segundo y también fallido intento, sobre el cual te hablaré más adelante.

Desilusionado por el radicalismo y la DC, me puse a estudiar por mi cuenta. Tenía una curiosidad insaciable, leía de todo y compraba muchos libros aprovechando mis cotidianas excursiones por el «centro» de Buenos Aires a comprar repuestos de relojería y joyería para el negocio de mi padre. Y la verdad es que mi familia no entorpecía esa vocación, porque, a pesar de ser mi padre una persona con una educación primaria, era muy instruida. Años más tarde me enteré de que el gran Eduardo Galeano, de quien luego fui su amigo, sólo hizo el primer año de la secundaria ¡y nada más! En fin, la educación formal en realidad importa bien poco, y esto se aplicaba a mi padre. Cuestión que en el año 1959 entra en crisis mi convicción religiosa y comienza mi alejamiento de la fe.

A. M. *¿A qué atribuís este alejamiento?*

A. B. Mi fugaz primer contacto con la Democracia Cristiana y los debates de la Laica-Libre develaron ante mis ojos cosas del catolicismo que me resultaban inadmisibles. Ni bien llega a la presidencia Frondizi impulsa, el mismo año 1958, una pie-

za legislativa (La ley Domingorena, por Horacio Domingorena, el diputado que propuso la ley) cuyo artículo 28 autorizaba la creación y reconocimiento estatal de universidades privadas en la Argentina. Esto encendió un gran debate que iba más allá de la educación universitaria y planteaba la dicotomía educación laicalibre, siendo esto último equivalente, de modo mañoso y paradojal, a educación religiosa. Libre era educación confesional. Esta tramposa controversiame enfrentó a un doloroso dilema porque yo estaba a favor de la educación laica, lo que me creaba una contradicción casi irresoluble porque la Iglesia y todos los católicos estaban del lado de la educación supuestamente «libre». Yo, en cambio, quería una educación laica, gratuita y obligatoria, como corresponde a un Estado laico, y, siendo la Argentina un país con tantas culturas y credos diferentes, un país plural, era obvio que la educación pública seabstuviera de imponer mi credo sobre el de judíos, protestantes, musulmanes, agnósticos, budistas, etc. Pero las críticas que se hacían a la Iglesia eran muy duras y en ellas muy a menudo la discusión pasaba del terreno político –lo cual era totalmente legítimo para mí, es más, yo estaba de acuerdo con esas críticas– a discutir cuestiones de fe, y eso me creaba inquietantes interrogantes. Una cosa era discutir el papel de las escuelas católicas y sus reaccionarios programas de enseñanza y otra llevar la discusión a un plano teológico sobre la existencia de Dios, el origen del universo, el bieny el mal. De ahí mi conflicto interno.

El maridaje de la Iglesia con la oligarquía; el carácter retrógrado de la jerarquía eclesiástica y su persecución y combate a los curas obreros o villeros; la interpretación reaccionaria, burocrática, del mensaje revolucionario de Cristo (contra los ricos, contra el Imperio romano, etc.), los aviones que bombardeaban población inocente en Plaza de Mayo con la insignia de «Cristo Vence» pintada en el fuselaje suscitaban mi visceral repudio. Empecé a profundizar el estudio de la religión y la filosofía. La misma idea de la conquista, colonización y «evangelización» de América Latina me resultaba repulsiva, aunque en ese entonces

no tenía muchos argumentos y menos aún datos sobre los cuales apoyar mi actitud. Estudiaba y leía mucho, estimulado por los fragores del debate «laica-libre». Pero sería con mi ingreso a la Universidad Católica cuando recibiría el tiro de gracia que derrumbó mi fe.

APRENDIZ DE SOCIÓLOGO EN UNA ARGENTINA CONVULSIONADA

B. B. En 1959 había terminado la secundaria como Perito Mercantil con muy buena formación en historia, geografía, anatomía y contabilidad, disfrutando de la sabiduría de unos notables profesores en esa querida escuela pública: la Escuela Nacional de Comercio Nº 5 «José de San Martín», sita en Belgrano y Pichincha. Jamás se me cruzó por la cabeza la idea de estudiar en una universidad privada, cuyo funcionamiento recién se había autorizado en 1958. Nunca había asistido a una escuela privada y menos lo iba a hacer a la hora de mis estudios universitarios. Bien, egreso de la escuela comercial, y cuando me voy a inscribir a la carrera de Sociología –secretamente, porque mi familia quería que estudiara para Contador Público–, me atiende un empleado: Jorge Alonso; me acuerdo de él como si lo estuviera viendo. Examina mis papeles, apenado, me dice que no puedo ser admitido sin más a la Facultad de Filosofía y Letras, donde se dictaba la carrera de Sociología[4], porque tenía que rendir unas equivalencias ya que no poseía un título de Bachiller emitido por un Colegio Nacional. En resumen, tenía que aprobar unas doce equivalencias: dos o tres lógicas, dos griegos, tres latines, y bueno… se me vino el alma a los pies… Eso era demasiado para mí, no tenía ni ganas de hacerlo ni podía bancar tal proyecto para tomar clases con profesores de esas materias sin la ayuda de mi familia que, por supuesto, pensaría que me había vuelto loco porque yo tenía que inscribirme en Eco-

[4] Sociología se crea en 1956 y se instala en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Recién después se pasa a la Facultad de Ciencias Sociales con el advenimientode la democracia en 1983.

nómicas y estudiar para Contador Público. Tampoco tenía tiempo para hacerlas en menos de un año. Además, yo ya venía medio bajoneado de antes, porque había querido ingresar al Pellegrini y no pude entrar, no me dio el puntaje y me quedé afuera. Y ahora este nuevo desafío –con todas esas lógicas, esos latines, esos griegos– se erigía como un obstáculo inexpugnable.

A. M. *¿Hiciste el ingreso al colegio Carlos Pellegrini*[5]*?*

A. B. Sí, era un curso de ingreso y luego tenías que dar los exámenes; tuve el apoyo de una maestra, una buena mujer, la señora Alba, que me ayudaba, pero yo tenía un *background* cultural que no era más apropiado para entrar al *Pellegrini*. Además, seguía con mis actividades deportivas, de modo que no tenía mucho tiempo para estudiar. Yo era un chico muy despierto, con muchas inquietudes, pero la formación un poco más general que exigía el *Pellegrini* no la tenía. Con mi padre podía hablar de política cotidiana, de música, de ópera lírica, me podía enseñar montones de cosas: Mascagni hizo esta ópera, Verdi estrenó *Aída* en tal teatro tal, Wagner compuso *Parsifal*, etc., pero de ahí no pasaba. Esa falencia de capital cultural realmente me complicó, además, que la profe tampoco era una lumbrera. El rechazo del Pellegrini fue un duro revés para mí y mi familia, y sí, me quedé afuera. Quería ir a una escuela de las mejores y no me *dio el piné*[6]*. Decí que como buen xeneize*[7] crezco y me fortalezco en las malas y no me arredro tan fácilmente. Fue un golpazo, una «herida narcisista» me diría después un psicoanalista, pero no me paralizó, y entonces me dije: ¿qué hago? Voy a la otra escuela, la siguiente que era muy buena también: la Comercial Nº 5. Mis padres no

5 Escuela Superior de Comercio Carlos Pellegrini perteneciente a la Universidad de Buenos Aires (UBA).

3 No da el perfil para llevar a cabo alguna tarea en particular.

7 «Xeneixe» se le llama al fanático del Club Boca Juniors. Esto es porque los fundadores del club eran genoveses; y en su sentido original, «xeneixe» se le llama a las personas que proceden de la región de Liguria en donde se encuentra Génova.

tenían mayor conocimiento de esa escuela, pero yo sí. Allí acudí, logré que me inscribieran, y ahí cursé la escuela secundaria. La verdad es que resultó ser una institución estupenda; no tenía la reputación del Pellegrini, «no era lo mismo, pero era casi igual», parafraseando a Silvio, con unos profesores muy competentes y muchos de los cuáles enseñaban en el Pellegrini… en suma, era un muy buen colegio en donde aprendí muchísimas cosas, en donde no tenía que vérmelas con mis temidas lógicas, latines o griegos. Entre otras, algo muy útil: aprendí a escribir a máquina maravillosamente bien; yo escribo al tacto total, puedo estar mirándote a vos y escribir todo al toque, así con todos los dedos. Aprendí cosas muy útiles que me sirvieron para la vida, como taquigrafía, con la cual podía tomar buenos apuntes. Pero más allá de eso, que era muy instrumental, tuve no uno, sino varios profesores brillantes; y quiero subrayar esa palabra, brillantes, de historia, de geografía, de anatomía, de física, de instrucción cívica, de botánica. La verdad, uno mejor que el otro. Ya ves que en la enumeración se me fueron todas las matemáticas, que las detestaba, pero que las aprobé todas, excepto la de primer año. Me sentí tan cómodo en esa escuela que, al promediar el primer año, decidí rendir el segundo año como alumno libre. Ardía en mi pecho una urgencia de llegar cuanto antes a la universidad, que me llevó a someterme a tan rigurosa prueba, de la cual afortunadamente salí airoso, pero pagando un tremendo costo con mi cuerpo.

Como te decía, salgo de Florida 656, sede de Sociología, totalmente cabizbajo, desahuciado, por la noticia que me diera Alonso sobre las equivalencias a rendir nada menos que en el Nacional de Buenos Aires, un ícono inalcanzable para mí, un colegio para los *súpernerds* y no para un chico común y corriente como yo, inquieto intelectualmente pero con un bagaje cultural que no estaba a la altura del «Nacional», como se decía en esos años con un tono casi reverencial para referirse a esa gran institución. Salgo acongojado y ¡la fortuna, otra vez la fortuna! no había alcanzado a dar diez pasos cuando me tropiezo con Jorge Saucedo, un excompañero que acababa de terminar el secundario conmigo. Me ve

salir abatido del edificio y me pregunta «¿qué te pasa, *Tano*?» (me decían *Tano* en la secundaria, por mis ancestros familiares). Le explico y me dice, con una suficiencia que lindaba con la condescendencia: «¡qué problema te hacés, hay otras universidades! ¿Qué cosa rara era lo que querías estudiar vos? ¿Sociología, o un mamarracho así? Andá a la Universidad Católica Argentina (UCA) que leí en el diario que habían abierto esa carrera ahí». Yo estaba desolado y lo escucho con sorpresa. Me pongo a averiguar, y efectivamente, la UCA acababade anunciar la creación de esa carrera. Por esta vía llego a la dicha institución, previo curso de ingreso y aprobación de un examen. Metí todas las materias (cuatro) y pese a mi voluntad de estudiar en la Universidad de Buenos Aires (UBA), terminé en la UCA por lasabsurdas reglamentaciones que existían en la Facultad de Filosofía y Letras para sus ingresantes. Como compensación a ese rechazo treinta años más tarde, en marzo de 1990, sería electo vicerrector de la UBA. Ergo, la historia casi siempre te da revancha.

A. M. *La UCA era nueva, ¿no?*

A. B. Totalmente, la ley que habilitaba las universidades privadas se había aprobado en 1958. Estoy hablándote de finales de 1959, o sea, yo no sabía y ni tenía idea de que estuviera funcionando y menos todavía que existiera una carrera de Sociología. Eran noticias que circulaban en el ambiente clerical, en cierta prensa y para un determinado público. Pero entusiasmado por la buena nueva me pongo inmediatamente a buscar cómo era la cosa. Estábamos en la prehistoria de la informática, lo que suponía «ir» físicamente a un par de lugares –o con mucha suerte conseguir la información por teléfono–, hasta que averigüé cuál era el sitio preciso de la UCA donde podía ser informado acerca de la carrera de Sociología. Me apersono al lugar y me confirman que efectivamente se había abierto una carrera dirigida por un tal José Enrique Miguens, sociólogo, totalmente desconocido para mí. Miré el plan de estudios y los antecedentes de quienes serían profesores y me pareció que la cosa se venía armando bien. Decido

inscribirme, había que aprobar un examen de ingreso complicado, pero nada parecido a las temidas equivalencias del Colegio Nacional de Buenos Aires. Eran cuatro materias: matemáticas, lengua, historia y doctrina social de la Iglesia. El curso se hacía en el verano, entre enero y febrero. Yo entusiasmadísimo, puse la Ferrari en primera, segunda, y los dos minutos estaba en sexta circulando como un bólido a 350 kilómetros por hora y aprobé las cuatro materias con un sobresaliente. Finalmente, había subido el primer escalón: ya estaba en una escuela de Sociología. No era la que yo quería, era una *second best*, pero podía comenzar a estudiar Sociología. Todo esto siguiendo aquel consejo de José Martí en su célebre carta a Manuel Mercado: «en silencio ha tenido que ser. Porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas». Yo desconocía la obra del apóstol, pero actué como él lo aconsejaba. Y así fue.

A. M. *¿Que decían tus viejos?*

A. B. Mi familia, por supuesto, no tenía la menor idea de lo que yo estaba haciendo. Al verme estudiar con tanto ahínco en pleno verano les dije que en Económicas debía rendir un examen de ingreso y no volvieron a husmear en el asunto. Cuando comenzaron las clases les mostré la libreta de inscripción de Ciencias Económicas de la UBA y quedaron muy contentos. Era un buen hijo que cumplía con el mandato familiar y sería el contador de un futuro emporio comercial que pondría a Amazon de rodillas … [risas].

Yo tenía sentimientos encontrados y mucha culpa por el engaño al que sometía a mi familia. Mi papá comentaba el asunto con los clientes que llegaban al negocio y les decía «mi hijo va a ser doctor en ciencias económicas, etc., porque el negocio necesita, etc., etc…» y mi tío también abundaba en el asunto «porque si queremos hacer crecer la empresa…» [más risas]. Yo trabajaba, salía de casa a eso de las nueve o nueve y media de la mañana y volvía a las nueve de la noche, o más porque las clases en la UCA eran de 18 a 21 horas, de lunes a viernes. «Hola, hola

qué tal mamá, que tal papá», me siento, ceno, veo algo de televisión con ellos, conversamos un rato y chau. A la mañana siguiente, dos veces por semana, iba a Económicas porque me había anotado en dos materias que se dictaban a las siete de la mañana. Una era Introducción a la Economía Política que la daba una profe que yo quise mucho, una vieja profesora –en realidad, vieja se volvió después porque no lo era en 1960– que no era otra que Rosa Cusminsky, con quien después compartí el exilio en México. Era una profesora ejemplar. La quise mucho, y la admiraba también. Sus clases eran muy claras y su didáctica seductora, de modo que aprendí bastante de economía con ella, sobre todo los rudimentos del pensamiento económico de Marx. El problema era que en ese momento Económicas estaba en plena expansión, y a las siete de la mañana el caos para ingresar a la facultad era indescriptible porque a esa hora se abrían las pesadas puertas de la facultad. Imagínate cómo sería que el personal de bedelía no se animaba a abrirlas porque si lo hacía los estudiantes agolpados en las escalinatas entrarían «en malón» y estamparían al pobre diablo contra la pared. ¿Cuál era la solución? El encargado de turno se acercaba, abría el vidrio y a través de la reja veía la cara del más pánfilo o inofensivo que estuviera esperando rezando que no fuera muy habilidoso ni rápido. Entonces, le daba la llave y salía corriendo porque los pibes abrían violentamente la puerta y entraban a grandes saltos. Eran muchos lo que querían estar en el curso de Rosa, que, pese a eso, se hacía en el auditorio que todavía hoy existe, que no era pequeño, pero claramente insuficiente para la gran demanda de estudiantes, y si no llegabas rápido te quedabas afuera. En fin, seguí el curso hasta su culminación, aunque dadas estas circunstancias no rendí el examen final. Ella fue la primera que mencionó a Marx en mi vida académica, aunque en su curso este ocupaba sólo un par de secciones. Pero además vimos, muy bien, a Adam Smith, David Ricardo, Alfred Marshall, la escuela austríaca, Joan Robinson, y creo que terminaba con Paul Baran y Paul Sweezy y otro Paul, Samuelson. En aquellos años los profesores de orientación marxista eran una minoría ínfima en las

universidades públicas; antes, en los años delperonismo no había ni siquiera uno. Aprendí mucho con Rosa, con quien en México tuve más de una ocasión de tratarla y expresarle mi gratitud por haberme enseñado el ABC del pensamiento económico de Marx.

Pero lo mío era la Sociología. A mis padres no les había dichoque me había inscripto secretamente en la Universidad Católica Argentina. Tiempo después y ante la imposibilidad de dar cuenta de mi prolongada jornada laboral y estudiantil, les dije que iba a seguir las dos carreras. Se sorprendieron, protestaron, pero, al fin y al cabo, aceptaron refunfuñando mi decisión sabiendo que yo eraun «cabeza dura» y que si se me metía algo en la cabeza no seríafácil hacerme cambiar de idea. Pero al cabo de un tiempo, ya nopodía seguir con las dos carreras porque mi trabajo me empezó a exigir un poco más de horas de actividad, y, además, porque seguir las clases y leer la bibliografía de ambas carreras se hacía muy cuesta arriba. En aquella época a comienzos del año 1960, todos los textos de Sociología, salvo contadísimas excepciones, estaban en inglés. Yo había estudiado algo de inglés en la secundaria, pero leer de corrido esos textos demandó, al principio, un esfuerzo titánico. Recuerdo que cuando comencé me demoraba entre cuatro y cinco horas para traducir apenas media página con la ayuda de un pesado diccionario español-inglés a mano. No existía todavía el traductor de Google y todo era mucho más lento y fatigoso. Ese libro de metodología, no me olvido más, se llamaba *Reseach Methods in Social Relations*, y sus autores eran Claire Selltiz, Marie Jahoda, Morton Deutsch y Stuart W. Cook. Pero con una tenacidad digna de mejores causas puede leerme completo ese manual de metodología, porque gracias a mi obstinada perseverancia, mis progresos en el manejo del idioma fueron muy rápidos. Tiempo después caí en la cuenta que tenía una facilidad para aprender idiomas, cosa que me ayudó muchísimo en mi tarea intelectual. Sin haber tomado jamás una clase de francés podía leer libros de sociología y alcanzar un aceptable nivel de comprensión. Mientras seguía leyendo los pocos libros que había comprado, todos en inglés, en la librería Paidós que

en ese tiempo estaba en la avenida Cabildo. En la UBA, Gino Germani, consciente de este problema del idioma, había creado un sistema de traducción, que se publicaban comofichas en papel tamaño oficio, impresas a ambos lados. Y ahí leí muchas de las principales obras y artículos de las Ciencias Sociales,convenientemente traducidos al castellano.

En la UCA me fue muy bien y a los pocos meses el profesor de Metodología, un graduado de la FLACSO/Chile llamado Eduardo Zalduendo, me ofreció ser encuestador en una investigación que estaba llevando a cabo en el marco del Centro de Investigaciones Económicas del Instituto Di Tella. Se trataba de entrevistar a los gerentes de personal de algunas de las grandes y medianas empresas del país para estimar las necesidades de personal de alto nivel en la producción y administración de las empresas y contrastarlas con la oferta existente o futura. Me tocó entrevistar a gerentes de varias empresas de la zona San Nicolás y Villa Constitución, para lo cual tuve que vivir en esa ciudad por casi una semana, y empecé a comprender a la Argentina de otra manera. Recién tenía dieciocho años y mi visión del país hasta entonces era demasiado porteña, y para colmo, del oligarquizado Barrio Norte. Fue una experiencia bien interesante en lo profesional y en lo personal. Era un trabajo metodológicamente muy bien armado en todas sus etapas, desde el diseño de la investigación, el instrumento de recolección de datos, la tabulación primero a mano y luego con las «tarjetas IBM de 80 columnas[8]» (una reliquia en los tiempos actuales y me imagino que la lectora no tendrá la menor idea de lo que era eso en las primeras etapas de la computación). Esto me abría una pequeña puerta y empezaba a trabajar como ayudante de sociólogo

[8] Son tarjetas creadas en 1810 por Joseph Jacquard similares a un telar con diferentes patrones según la distribución de los agujeros en tarjetas metálicas. Luego, inspirado en esta idea, Herman Hollerith utilizó tarjetas de cartón para almacenar datos destinados a ser procesados de manera automática. Fuente: https://www.zonadepruebas.com/viewtopic. php?t=1408 (visto 25/8/2021).

¡y a ganar un cierto dinero que no me venía para nada mal! Y, además, me permitía intensificar mi contacto con jóvenes estudiantes de Sociología y de Economía de la UBA que trabajaban en el Di Tella. Ese trabajo inicial se prolongó por casi dos años, porque en esa época, «precomputacional», todas las tareas de codificación y clasificación de los datos se hacían a mano para luego pasarlo a la tarjeta de 80 columnas, y yo fui contratado para colaborar en esa enorme tarea junto con un pequeño grupo de estudiantes. No era poca la plata la que ganaba con ese trabajo y esto terminó de doblegar la resistencia familiar que, periódicamente, no dejaba de preguntarme: «pero ¿qué hace un sociólogo, de qué trabaja?».

A. M. *¿Cómo reaccionaron tu papá y tu mamá?*

A. B. Los agarré un sábado a la tarde y les blanqueé la situación: —«miren, yo empecé a estudiar Economía, pero no hay caso, nome gusta», y le mostré a mi viejo la libreta de Económicas de la UBA. —«No me interesa, no tengo ganas, no me motiva» (les mentí, porque sí me interesaba, pero menos que sociología), «en cambio, estoy estudiando Sociología en la UCA». Cuando dije «UCA»como que se tranquilizaron un momento, pero de inmediato me preguntaron: —«¿y qué vas a hacer ahora?» —«hace ya dos meses largos que estoy trabajando y tengo una paga razonablemente buena, así que trabajo en lo que me gusta y encima me pagan». Se quedaron atónitos. Luego de un pesado silencio, con mi madre apunto de llorar, la primera reacción una vez que superaron el estupor inicial fue decir, casi a coro: —«¿No te das cuenta que vas a ser un fracasado toda la vida? ¿qué vas a hacer? ¿Sociología? ¿Quiénes sociólogo, qué hace un sociólogo?». Claramente la metonimiaentre sociología y socialismo jugaba un papel muy perturbador en esa conversación. Y mi padre le pregunta a mi mamá, ama de casa enclaustrada en la vida doméstica tradicional: —«¿vos conocés algún sociólogo?». Mi madre movió su cabeza mientras se enjugaba las lágrimas. Ni idea de lo que era un sociólogo. Las profesionesrespetables en el entorno diario de una

familia de pequeños comerciantes en 1960 eran médicos, odontólogos, abogados, arquitectos o ingenieros, y por supuesto, en un rango inferior, verduleros, almaceneros y carniceros. El repertorio de mi padre era un poco más amplio, pero tampoco tanto [risas]. Me deshice en explicaciones, pero me di cuenta de que no eran en lo más mínimo convincentes.

Flotaba en el aire la sospecha de que la sociología no fuera sino una perversa *sinécdoque* para no aludir explícitamente al socialismo –¡o comunismo!–, o algún inquietante «ismo» inaceptable para los valores tradicionales de la familia.

Pero creo que al verme tan «embalado[9]», feliz con lo que hacía y contar con un cierto dinero para mis gastos, mis padres optaron por resignarse, aunque manteniendo su desconfianza en la sensatez de mi decisión. No les quedó más remedio que aceptarlo. Después, mi tío, que era copropietario del negocio con mi padre, me contó que mi viejo cuando venía algún cliente con un cierto nivel educativo o profesional –obviamente un abogado, un ingeniero, un médico–, les preguntaba: —«¿usted conoce algún sociólogo?» —«No, sociólogo, ¿qué es eso?», [risas] estaba desesperado, —«¿qué va a hacer con este chico, don José? ¡Tan joven e inteligente!, pero ¿Cómo se le ocurrió estudiar sociología?». Bueno, como decía el filósofo popular Julio Grondona: «todo pasa» y pasó el tiempo y vieron que yo estaba bien, muy metido en el trabajo, me levantaba temprano, iba por la mañana al Di Tella, me compré una motoneta, una Vespa para movilizarme más rápido por Buenos Aires. Subía a mi moto porque tenía que ir hasta Belgrano, Virrey del Pino 3200, y después volver hasta Córdoba al 1700 que es donde estaba la sede de Sociología de la UCA. Por lo tanto, yo iba y venía con la moto y finalmente aceptaron lo que era inevitable, se dieron cuenta que era inútil hacer ninguna otra cosa, que, como decía la película de Dennis Hopper: «había buscado mi destino y lo había encontrado». Además, me había ido muy bien en el secundario, había cometido la

[9] Que se encuentra con entusiasmo para realizar alguna tarea en particular.

locura de rendir un año libre (el 2º año) nunca me había llevado materias salvo matemáticas el primer año, como ya te conté, de modo que no tenían mucho de qué quejarse. También, se enteraron en esa conversación de que estaba de novio con Nora, que a la postre[10] sería mi esposa y compañera por casi veinte años, y madre de mis dos hijos mayores: María Gabriela y Pablo. Les pareció que lo mío era en serio, por todos lados: el académico, el laboral y el afectivo, y se rindieron. Les costó mucho, pero finalmente, lo aceptaron. La *nonna* asistía como un jurado imparcial en esta polémica. Al terminar, cuando mis padres concedieron su rendición incondicional y mi madre seguía lloriqueando mi *nonna*, más pragmática, optó por persignarse y retomar sus rezos rogandopor el bienestar espiritual del alma descarriada de su nieto favorito.

A. M. *¿Hay algún libro o trabajo que hayas leído antes de estudiar Sociología que te haya marcado el rumbo a la sociología o lo atribuís a estas experiencias de haber conocido tanta gente?*

A. B. Sí, algunos libros me marcaron el rumbo. Uno fue el de Georges Politzer, *Principios elementales de la filosofía,* un marxismo bien dogmático y que me marcó mucho, pero a la vez, me sumió enun profundo desconcierto teórico, metodológico y político. Los de Jacques Maritain, sobre todo: *Humanismo Integral* y *El hombre y el Estado*. También algo de Giorgio La Pira, creo ya te lo nombré, uncristiano de izquierda que había sido alcalde de Florencia en Italia. Uno que leí y que me causó un profundo rechazo, por su *ethos* aristocrático y elitista y su desprecio por lo popular, fue *La Rebelión de las Masas,* de Ortega y Gasset. Lo de Politzer fue traumático, pero,suscitó una virtuosa curiosidad. Todavía no había leído a Marx, salvo los pocos capítulos de *El Capital* (el primero, sobre el fetichismode la mercancía; el veinticuatro, sobre la acumulación originaria, y el primer capítulo de Marx y Engels en *La Ideología Alemana*) exigidos en el programa de Rosa Cusminsky en la UBA pero que nohabía logrado procesar adecuadamente,

[10] Al poco tiempo.

en parte porque mi interés estaba en la Sociología. Leía muchas cosas, pero arreciaba la propaganda estadounidense: los escritos y sermones de Fulton Sheen, un obispo católico norteamericano, circulaban profusamente por la Argentina en esos días; Milovan Djilas, rabiosamente anticomunista, que escribió un libro que leí con fervor: *La Nueva Clase*, que tuvo la virtud, tal vez gracias a Politzer, de provocar en mí una reacción contraria a favor de los comunistas. Lo mismo puede decirse de dos libros de un desertor soviético, sin dudas captado por la CIA: Víktor Kravchenko, titulados *Yo Elegí la Libertad* y el otro *Yo Elegí la Democracia,* burdos textos de propaganda que hasta un adolescente como yo se daba cuenta de lo que eran en realidad. Aparte de eso, leía algunas de las encíclicas más importantes de la Iglesia, la *Rerum Novarum* y la *Quadragesimo Anno*, en donde encontraba unas críticas –insuficientes y a menudo incoherentes, pero críticas al fin– al capitalismo y al liberalismo. Además, poca literatura argentina aparte de José Hernández y Rafael Obligado, que los exigían en la escuela secundaria. Algunos libros de política argentina (Latinoamérica todavía no existía en mi horizonte visual). Leía la revista ¡Qué! y después, ya en 1962, *Primera Plana* y más tarde *Confirmado*. Me impresionó un libro de Antonio Cafiero, *Cinco Años Después,* se llamaba, y demostraba con datos concretos el desastre que había hecho la «Revolución Libertadora». Nada de Borges, algo de Sábato y, además, el *boom* de la literatura latinoamericana aún no comenzaba. Muy poco capital cultural, propio de una familia de trabajadores con vertidos en clase media, media baja, o tal vez un poco más. Tenía que lanzarme al mundo casi desprovisto de armas, pero lo hice con mucho tesón y, sobre todo, con una inflexible voluntad de buscar los datos concretos que respaldaban (o no) los discursos o las tesis esgrimidas por los más diversos autores. Esta actitud tuvo como resultado que los argumentos facilistas, provinieren de donde proviniesen, se estrellaban contra esa coraza cartesiana de la duda metódica y mi pasión por examinar los datos de laexperiencia, y creo que me fue bien.

A. M. *Vos comentabas recién que empezaste como adjunto de una cátedra ¿este fue tu primer trabajo?*

A. B. No, comencé como cadete/mandadero primero en el negocio de mi viejo cuando tenía doce o trece años, yendo «al centro», es decir, a la calle Libertad, a comprar repuestos de relojería, llevar anillos para engarzar piedras y comprar pequeñas cantidades de oro. También iba al Banco de Italia y Río de la Plata para hacer depósitos para el negocio. Luego a los quince años conseguí trabajo en una agencia de publicidad, el «che pibe» de la agencia, andá para allá, vení para acá, andá a *Clarín*, a *La Nación*, a *La Razón*. Había que llevar las planas con los dibujos y diagramas de la publicidad, los tipos se dedicaban a eso y en aquella época se dibujaba y se hacía todo a mano. Había que tener una plana con la imagen y llevarlo a los diarios antes de las tres de la tarde. Iba con ella cuidadosamente enrollada en un tubo de cartón para conseguir la aprobación técnica del diario, y dejarla o traerla de regreso a toda máquina para una eventual corrección. En el último año del secundario, fui abandonando ese trabajo en la agencia de publicidad porque conseguí que me tomaran como ayudante en la biblioteca del Colegio del Salvador, en Callao 542. Acomodaba los libros y obviamente no hacía catalogación –aunque ocasionalmente atendía a algún que otro visitante–, pero sí acomodaba los libros y leía mucho porque era una biblioteca no sólo hermosa estéticamente sino también muy completa. La dirigía un jesuita, el padre Guillermo Furlong, un especialista en historia colonial rioplatense. Era un tipo muy interesante, irlandés de origen, aunque nacido en Santa Fe, circunspecto, muy metido en sus libros y documentos e incansable trabajador. Una biblioteca que era una maravilla, con libros muy antiguos y bien cuidados y ahí aprendí mucho con este muy buen historiador. En esa biblioteca tuve la sensación de que mi cerebro se estaba convirtiendo en una esponja porque empezaba a absorber más y más títulos, informaciones, tesis, nombres de historiadores, de acontecimientos históricos. La verdad, una irreemplazable experiencia formativa.

A. M. *¿Cuánto tiempo estuviste ahí?*

A. B. Estuve casi un año rodeado de libros. Eso fue un preanuncio de lo que sería el resto de mi vida. Pero, aparte del enriquecimiento intelectual en esa biblioteca, me encontré con Héctor Goglio, que desde el año 1959 y hasta hace unos pocos meses cuando falleció a causa de un cáncer, fue uno de mis grandes amigos. Héctor fue un brillante sociólogo, retirado hacía varios años. Hizo la carrera completa conmigo en la UCA, y después de un tiempo, terminó haciendo su doctorado en la Universidad de Columbia en Nueva York. Luego, desempeñó cargos de importancia en diversas agencias del PNUD o del Programa de Población de las Naciones Unidas establecidas en Latinoamérica. Era unos años mayor que yo y también procedía de una familia de inmigrantes italianos, de clase trabajadora, y antes de canalizar su vocación intelectual se desempeñaba como ayudante de plomería en obras de construcción en Mataderos, su barrio de origen. Fue un amigo entrañable: cálido, inteligente, estudioso, metódico y con un agudo sentido del humor, y no puedo dejar de emocionarme cuando recuerdo aquellos momentos en que entré deslumbrado a la biblioteca y de lo afortunado que fui al poder contar con su amistad que se mantuvo, pese a exilios y migraciones varias, a lo largo de sesenta y un años. Su deceso, el 1º de agosto de 2020, fue un golpe muyduro para mí.

Volviendo al tema de la biblioteca del Colegio del Salvador te decía que era muy bella, con sus estantes de madera barnizada, muy amplia y tenuemente iluminada por los rayos del sol. Tenía un entrepiso que rodeaba por completo el piso de la planta baja, donde estaban las mesas de trabajo. Yo tenía que mantener limpios de polvo los estantes, reponer los libros prestados en su lugar. Usaba una gamuza y cada libro que limpiaba leía su índice, ojeaba su contenido, y cuando salía, lo único que se me ocurría era ir y comprar otros libros. Mi devoción más que mi afición –¿o diríamos «adicción»?– a los libros ya la traía de antes, sin duda, pero esos meses en la biblioteca del Colegio

del Salvador fueron decisivos para inclinarme al estudio de la Historia, la Filosofía y la Sociología. Fue una experiencia muy enriquecedora. Yo leía, se podría decir, casi con furia después de mis horas de trabajo. Además, empecé a recorrer las hermosas librerías «de viejo» que hay en Buenos Aires y de a poco comencé a construir una biblioteca propia que al cabo de unos años estaba muy bien surtida.

A. M. *¿Y de ahí a la universidad?*

A. B. Sí, dejé la biblioteca a comienzos del año 1960, cuando comencé la facultad. Había que tomar cuatro cursos en el primer cuatrimestre: Sociología, a cargo de José E. Miguens; Castellano;Introducción a la Filosofía (que impartía el cura ultrareaccionario Luis María Etcheverry Boneo) y Metodología de las Ciencias Sociales a cargo del ya mencionado Eduardo Zalduendo, a su vez egresado de FLACSO/Chile. Este era un muy buen profesor y nos enseñó las herramientas fundamentales de la metodología, congrandes dificultades porque no había un solo libro en castellano para estudiar estos temas. A mí me interesó mucho la cuestión metodológica y buscaba por todos lados bibliografía sobre el tema. Paralelamente estaba asistiendo, como te contaba, a los primeros cursos en la Facultad de Ciencias Económicas, carrera de Economía Política y de vez en cuando me acercaba a Sociología de la UBA a buscar apuntes, las famosas «fichas» que había ordenadoproducir Germani traduciendo textos inhallables en la Argentina y a escuchar algunos de los cursos que se impartían allí.

A. M. *¿Qué sabías del comunismo en esa época?*

A. B. Muy poco y lo que sabía era todo malo, «intrínsecamente perverso», como decía Etcheverry Boneo con una tétrica expresión en su rostro, aunque yo no compraba esa satanización del comunismo. Sabía que había sido condenado por la Iglesia en sucesivas encíclicas papales, pero no le asignaba importancia alguna a esas vituperaciones. Había un profesor que era un

húngaro refugiado, que fue contratado para trabajar como bibliotecario a la UCA, que trajo muchos libros anticomunistas en español y era tan burda la propaganda que al instante comprendí que todo aquello era una mentira. Esa propaganda produjo un efecto paradojal, contrario al esperado. Pero claro, yo no tenía demasiado acceso ala literatura marxista desde la UCA y el hecho de no haber podido entrar en la UBA en la carrera de Sociología me erigió obstáculos difíciles de sortear para mi formación. No obstante, es preciso decir que en los cursos de la UBA tampoco el marxismo ocupaba unlugar de privilegio: era la sociología norteamericana y poco más, aunque había algunos jóvenes profesores –díscolos discípulos de Gino Germani, como Eliseo Verón, Miguel Murmis y Juan Carlos *Lito* Marín, entre unos pocos más–, y algunos alumnos que sí se identificaban con el marxismo. En la Biblioteca de la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA no había muchos materiales para el estudio de lo social. Estaba con muchas dudas que de a poco fui despejando. Además, cuando yo empiezo en la UCA me sumerjo en un debate donde la reacción clerical-franquista se preguntaba ¡fijate vos el atraso teórico! si la sociología podía o no ser una ciencia. Porque, según la versión muy peculiar del tomismo que imperaba en la UCA una ciencia de lo social que procura examinar las leyes o regularidades del comportamiento social, ámbito en donde impera el libre albedria que nos fue legado por Nuestro señor, supone un temerario desafío al plan de Dios. O sea, ¡de golpe me proponían retroceder siete siglos! , cuando comenzaba nada menos que la década de los sesentas, en momentos en que se lanzaba al primer hombre al espacio, se exaltaba la contracultura, se revolucionaban las normas sociales y la moral sexual, se cambiaban radicalmente las reglas sobre la vestimenta y, en general, la vida cotidiana, se reinventaban nuevas formas musicales, se expandía el consumo de drogas y, en ese marco, se pretendía que nos enclaustrásemos en un monasterio de los Cartujos para aislarnos por completo del mundo regresando al siglo XIII. Mi respuesta fue de un rechazo absoluto a todo ello.

José Enrique Miguens era el director de Escuela Sociología en la UCA. Era un buen hombre, muy inteligente, que había tomado unos cursos en Harvard con Talcott Parsons. Era una suerte de peronista liberal y para que la carrera de Sociología fuese autorizada por monseñor Octavo Nicolás Derisi, que era el rector –en realidad un milagroso sobreviviente del medioevo transplantado a la Argentina– tuvo que escribir un pequeño libro titulado *La sociología como ciencia positiva*, para demostrar a aquellos fósiles oscurantistas que era posible hacer una ciencia de la sociedad que no se diera de bruces con la Doctrina Social de la Iglesia, y los anacrónicos preceptos teológicos fundamentales de la iglesia anterior a Juan XIII.

Esto fue en el año 1960, empezando la carrera y en coincidencia con el comienzo del Concilio Vaticano II que produjo un terremoto fenomenal en el seno de la Iglesia y que literalmente abrió la tierra bajo mis pies. Cuando comienzan a llegar las noticias del Concilio todas las ideas que yo tenía –y que circulaban furtivamente en la Argentina de ese tiempo– comienzan a ver la luz. En el ambiente católico, que era donde yo todavía me movía, lo de Juan XXIII fue un ventarrón de aire fresco que nos potenció enormemente y puso a los nostálgicos del Medioevo a la defensiva. Ahí comienzo un tránsito acelerado en dirección al pensamiento marxista y la práctica revolucionaria, alentado por los nuevos aires que venían de Roma y como reacción a la naturaleza absolutamente reaccionaria de la Universidad Católica en Filosofía, Teología y Pensamiento Social.

Pero, hay que admitirlo, Sociología en la UCA era un enclave de rebeldes, y estábamos muy bien pese a navegar inmersos en angustiosas –para algunos, pero no para mí– contradicciones. Ejemplo: Miguens o Zalduendo enseñaban un tema, y en la hora siguiente irrumpía un cura, como el presbítero Luis María Etcheverry Boneo, y te enseñaba lo contrario. Era un católico preconciliar pero no del Concilio Vaticano II, sino del Concilio de Trento (1545-1563), informante de los servicios argentinos e,

indirectamente, de la CIA. Él nos decía, por ejemplo, que: «si la investigación empírica que ustedes han hecho arroja un resultado que contradice los preceptos o las enseñanzas de la Iglesia, es vuestra obligación como buenos católicos, revisar todos los pasos de la investigación porque no puede ser que la ciencia positiva –dicho esto con un rictus de asco– contraríe el mensaje del Señor. Sería poner en duda la omnipotencia de Dios y la Providencia, y eso requiere revisar todo *da capo*». Ahora bien, si hecha esa revisión y por segunda vez volviera a manifestarse esa contradicción, entonces, nos decía: «ustedes tienen que abandonar el tema, porque no hay que descartar la presencia del maligno con sus infinitos afanes de confundir sus espíritus; por lo tanto, olvídense del asunto». Imagínate que esto para mí, sobre todo la introducción del «maligno» en el análisis social, era un insulto a mi inteligencia, un disparate, algo absurdo e inadmisible, y a mis dieciséis años (cumpliría 17 el 1º de Julio) estallaba de indignación como leche hervida. Las miradas que cruzábamos con Héctor y otros compañeros en clase (Gustavo Tesoriero, Mario Marolla, entre otros) al escuchar estas paparruchadas eran más que elocuentes, y a veces nos costaba contener una ruidosa carcajada ante tamañas imbecilidades.

Cuando te hablo de la CIA no es casual porque, a poco de ingresar en la UCA, debimos asistir a una «Jornada de Reflexión» que tuvo lugar en la biblioteca, en el enorme sótano del edificio de la sede central, la rectoría, sita en la calle Riobamba 1227. Allí apareció un fulano, sin duda un *service* para propinarnos una extensa filípica más que una charla informativa. El espacio físico había sido cambiado por completo porque de los anaqueles colgaban, tapando los libros, un sinnúmero de láminas y gráficas conteniendo nombres de personas e instituciones de todo tipo y un conjunto enorme de líneas que los conectaban. Serían fácil unas cincuenta, de un metro o metro y medio de ancho y otro tanto de altura, todas pretendiendo documentar el «plan de dominación comunista de la Argentina». Todo, entero, de punta a punta: hacé de cuenta que tenés cincuenta láminas, grandes,

pegadas así con cinta scotch, mostrándonos un plan siniestro. Este sujeto, nos fue presentado por el rector Derisi, y creo recordar, que tenía por apellido Colodro. Su nombre aparece como miembro de la aeronáutica en un listado de represores de esa fuerza[11]. Este sujeto, con típica pinta de milico[12] da un paso al frente mientras Derisi, acompañado por el bibliotecario húngaro de la UCA sobre el cual volveré más adelante, nos advierte: «ustedes ya seguramente saben que son la futura dirigencia cristiana de este país y tienen que conocer las amenazas que se ciernen sobre la Argentina». Hizo una pausa y nos recorrió a todos con su desagradable mirada a través de los gruesos lentes «culo de botella» como para medir el impacto de sus palabras, y prosiguió diciendo que: «una de las principales amenazas que debemos enfrentar es que este país está a punto de caer en las garras del comunismo soviético, y tenemos que hacer todo el esfuerzo que sea necesario para frustrar esos diabólicos designios». Yo escuchaba estupefacto e intercambiábamos miradas con otros estudiantes sin dar crédito al despropósito que estábamos oyendo. Recuerdo que Héctor que estaba sentado a mi lado me dijo al oído: «este tipo está loco de remate», y yo asentí con un leve movimiento de mi cabeza, mientras fingía estar tomando prolijamente notas en un cuaderno. Vos fíjate el nivel de paranoia anticomunista que tenían estos personajes a comienzos de 1960. Claro, se decía que Arturo Frondizi era comunista, como sus dos hermanos, Silvio y Risieri. Error: Silvio era, efectivamente, un brillante intelectual marxista, fundador del Grupo Praxis-Movimiento de Izquierda Revolucionaria y asesinado por la «Triple A» en 1974, ya con Isabel Martínez de Perón como presidenta. Risieri, en cambio, era un filósofo y antropólogo formado en Harvard que asumió el rectorado de la Universidad de Buenos Aires durante el gobierno de la mal

[11] Relacionado con CCD Brigada Aérea VII Morón, Buenos Aires, Legajo de CONADEP 6610/79.

[12] En Argentina se le suele llamar así a las personas civiles con características u actitudes físicas similares a las personas pertenecientes a alguna fuerza militar.

llamada «Revolución Libertadora». Conclusión: los «bolches» se habían infiltrado en cada resquicio de la sociedad argentina. Para los incrédulos, allí estaba Cuba para demostrar la letalidad de la amenaza comunista; y Salvador Allende que estuvo a tres puntos percentuales de ganar las elecciones de fines de 1958 en Chile, mientras que en Brasil Jánio Quadros y Joao Goulart se aprestaban para llegar a la presidencia en pocos meses más. Para estos lúgubres delirantes, la Argentina estaba cercada y había que prepararse para combatir al mal supremo. Yo, un adolescente apenas, escuchaba imperturbable toda esa basura que produjo el efecto contrario: salí de ese cónclave más radicalizado que antes. Nunca podré agradecerle lo suficiente a esa pandilla de alucinados por el favor que me hicieron.

A. M. *¿Estaban más preocupados por el comunismo que por el peronismo?*

A. B. Mucho más. Según ellos el problema con el peronismo era que, en su inconsciencia, le había abierto las puertas al comunismo, lo cual obviamente es una mentira. Es cierto que en el primer gobierno de Juan Perón se establecen relaciones diplomáticas plenas con la Unión Soviética, pero ya antes, durante el segundo gobierno de Yrigoyen se habían concretado algunas significativas relaciones económicas vinculadas a la actividad petrolera de la naciente YPF. En todo caso, esas láminas pretendían mostrar los estremecedores alcances de la infiltración comunista. Veamos algunos casos entre los que más me llamaron la atención: la «Asociación Cristiana de Jóvenes». Bien, allí está Fulano De Tal y no debería estar en la ACJ porque integra una célula del Partido Comunista que se infiltró en la ACJ. Por eso, pueden ver que en algunas publicaciones de esa organización se plantean algunos tramposos interrogantes que siembran dudas sobre la lucha de Occidente en favor de la libertad. Dudas tales como que todavía hay algunas dictaduras que sería bueno remover en América Latina y que, según esa publicación, son protegidas, o toleradas, por Estados Unidos y sus aliados. Esto es inadmisible, ¿verdad?

Esto era, según ese personaje, una inequívoca señal de la eficacia de la propaganda comunista. «Pasemos a otra institución: el Automóvil Club Argentino», y seguía recorriendo todo tipo de instituciones, el gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, gobernaciones provinciales y gobiernos municipales, clubes deportivos, asociaciones vecinales, sindicatos, diarios y revistas culturales, agrupaciones estudiantiles (todas infiltradas por «los bolches». Párrafo especial fue dedicado al diario *El Mundo* acusado de criptocomunista, ¿verdad?, porque escribían personas como Jacobo Timerman, Conrado Nalé Toxlo y Roberto Arlt, entre otros. Un hombre, Risieri Frondizi, rector de la UBA, era confundido con su hermano, Silvio, un teórico marxista. ¿Te das cuenta? Quizá Silvio fuera miembro de la IV Internacional pero no era el caso de Risieri. El presidente, Arturo Frondizi, era un cripto comunista infiltrado: militante del Socorro Rojo Internacional, activo en la lucha por la España republicana en los años treinta, fundador de la Liga Argentina por los Derechos Humanos; en pocas palabras, ¡un cuadro del Partido Comunista en la Casa Rosada![13]. Todo esto alentaba el *delirium tremens* de aquellos nefastos personajes. Bastaba una leve brizna de pensamiento laico, progresista; o una declaración a favor de la ciencia para caer en la volteada y ser acusado de comunista y agente soviético. El recién creado Instituto Di Tella era para estos energúmenos el *summun* de la influencia diabólica y comunista en la cultura argentina, con sus desplantes estéticos, la irreverencia de sus artistas plásticos, el desenfado de sus actores y actrices, y la laxitud con que se ventilaban cuestiones relativas al sexo y el erotismo. Figuras como Antonio Berni, León Ferrari, Julio Le Parc, Marta Minujín, Marilú Marini y Nacha Guevara eran todos comunistas registrados, idiotas útiles o compañeros de ruta en la gran conspiración comunista mundial a

[13] Ver María Victoria Carsen, «el encuentro Frondizi-Franco y el desdibujamiento de diferencias ideológicas para la promoción del desarrollo», en *RES GESTA*, (53)2017), Instituto de Historia, Fac. Der. y Cs. Ss. del Rosario, UCA Rosario.

punto de apoderarse de la Argentina. Por supuesto, el pobre Gino Germani y su carrera de Sociología era un engranaje importante de este plan antipatriótico, materialista y ateo. Todo era igual para estos modernos *Torquemadas*. Era una imagen espeluznante, una paranoia galopante, que si vos tenías una personalidad fácilmente influenciable o eras endeble en tus creencias rápidamente y te convencías de que el país estaba a punto de ser controlado por los comunistas, y que vos, alumno de la UCA formarías parte del grupo dirigente que salvaría a la Argentina de tan infame destino.

Ahora que te cuento todo esto, me acuerdo que poco antes de la creación de la UCA se había producido la insurrección comunista en Hungría, en 1956.

A. M. *¿Cómo lo asocias con lo de Hungría?*

A. B. Porque, de ese país, emigraron unos cuantos que vinieron a la Argentina, y entre ellos, un personaje al que se le encarga la organización de la biblioteca de la UCA y del cual algo te hablé antes. El hombre parecía que tenía un doctorado en Derecho, cosa que después se comprobó, y se llamaba Bohdan Halajczuk. Él no sólo organizó la biblioteca de la UCA, sino también el Instituto de Cultura y Extensión Universitaria y se hizo cargo de los cursos de Sovietología que comenzarían a dictarse en la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la UCA desde 1963, y que perduraron hasta su muerte. Halajczuk era un hombre físicamente deforme, jorobado, que exhalaba un anticomunismo absolutamente visceral, rabioso, una cosa que por momentos atemorizaba. A veces me lo imaginaba tomando parte del siniestro interrogatorio a Giordano Bruno, en el papel del gran torturador e inquisidor en nombre de Dios. Halajczuk asentía a los delirios del *service* y ocasionalmente agregaba algunos datos de su cosecha, proyectando una imagen apocalíptica de la inminente caída de la Argentina en las garras del comunismo soviético. Hablar de «Guerra Fría» para referirse a ese periodo es una soberana estupidez; puede que no hubiese una guerra convencional, con armas de fuego, pero en el terreno de las ideas, en

la lucha cultural, estábamos en medio de una guerra «caliente», muy caliente, sin duda alguna.

A. M. *¿Y se hablaba del Partido Comunista argentino?*

A. B. Sí, por supuesto. El Partido Comunista era visto como un fatídico destacamento de Moscú en Argentina, la traición a los ideales de la patria y una organización tenebrosa y criminal puesta al servicio del plan de dominación mundial de la Unión Soviética. Recordemos que, en los años posteriores a la caída del peronismo en 1955, el crecimiento de la militancia comunista fue excepcional. Tal vez esto no se reflejaba claramente en los procesos electorales, pero la afiliación al partido en aquellos años llegó a niveles que me atrevería decir jamás existieron, ni antes ni después. En otras palabras: la insania de estos delirios conspirativos reflejaba esa situación y la intensificación de la lucha de clases en la Argentina y, allá lejos, el triunfo de la Revolución Cubana, condenada sin fisuras por la Iglesia.

A. M. *¿Se hablaba de nombres?*

A. B. Sí, básicamente de Codovilla. Muy ocasionalmente de Arnedo Álvarez. El gran *mastermind* de toda esta conspiración y el cerebro que movía las fichas de la infiltración comunista era Victorio Codovilla, cuya supuesta influencia se ejercía sobre una miríada de organizaciones, grupos e instituciones de toda la Argentina.

A. M. *¿Y vos sabías quién era?*

A. B. No, me enteré ahí. Digo: «¿Victorio *what*?». Victorio Codovilla. No tenía idea de su existencia, aunque al poco tiempo su nombre comenzó a sonar un poco más. Poco después, leí ese libro de Abelardo Ramos y me familiaricé con el personaje, desde la perspectiva de la «izquierda nacional» que no era precisamente la más acertada. Pero yo entonces sabía muy poco de comunismo, había leído a Politzer como te mencioné antes, pero no había comprendido demasiado, y la política soviética o lo que ocurría en

Europa Oriental era algo demasiado alejado de mi realidad y de mi conocimiento. Pero estas visiones paranoicas siempre me provocaron un rechazo rotundo; alguna idea tenía gracias a Politzer y además porque cada vez que aparecía algún comunista en la prensa, invariablemente soviético o de Europa Oriental, se lo presentaba como si fuera un monstruo. La propaganda anticomunista era impresionante. Se publicaban montones de libros de disidentes que huían del horror, y la revista *Selecciones del Reader's Digest* en castellano tenía una circulación muy importante. Nos la dejaban gratis en el negocio de mi padre. O sea, las noticias que había del Partido Comunista, de Codovilla cuando salía algo, o de la Unión Soviética que salía siempre, eran excusas para atacarlos despiadadamente. Te confieso que fue impresionante palpar de cerca la paranoia de esos tipos. Yo me acuerdo con algunos compañeros nos codeábamos y decíamos: «che, pero estos tipos son todos una banda[14] de chiflados, locos mal. Están totalmente rayados».

A. M. *Y era una charla informativa.*

A. B. Una «jornada», pero que insumió medio día, casi unas cuatro horas. Fue algo espantoso. Oía barbaridades como esta: «estamos en un momento donde, así como en las cruzadas nuestros antecesores salieron a combatir el mal y recuperaron el Santo Sepulcro, hoy tenemos que luchar para recuperar la Argentina». Y todo esto dicho a un chico que todavía no tenía diecisiete años, que podría haber absorbido toda esa porquería. Imagínate lo que sería hoy. Por supuesto, todos los partidos estaban infiltrados por «los bolches», lo mismo que los periódicos, las revistas, las radios, los teatros, y buena parte de los artistas del cine. Señalaban a Charlie Chaplin y a otros como ejemplos de la penetración comunista en Hollywood. Si ni Estados Unidos estaba a salvo, ¿qué podría esperarse para la Argentina? Por supuesto que la infiltración comunista también estaba en la música: Pugliese era punto fijo de las críticas de aquellos cretinos, pero igual los artistas li-

[14] «Todos una banda» es una expresión típica argentina que significa: «son muchos».

gados al Partido Comunista, Inda Ledesma, Yupanqui, Horacio Guaraní, Los Fronterizos, el Teatro del Pueblo y en general todo el teatro independiente, Fernando Birri, Pablo Neruda y Gabriela Mistral en Chile, etc. La lista era interminable.

A. M. *¿Y por qué pensás que estuviste impermeable a eso?*

A. B. Yo creo que me ayudó la incipiente formación política que poseía; también, porque era un chico reflexivo y autocrítico, que tenía la mente siempre muy abierta, no era cerrado o dogmático, pensaba que había que estar alerta a los datos de la realidad y no dejarse llevar por las ideas supuestamente «aceptables», o por el «sentido común dominante» que, sospechaba, siempre estaban al servicio de alguien, o de algo. Mucho después leí una frase admirable de Einstein que describía mi actitud ante la problemática del conocimiento: «La mente es como un paracaídas: sólo funciona si la tenemos abierta». Zafé de esa propaganda gracias a esto, al hecho de pensar mucho por mi cuenta; no me influían demasiado lo que me decían, sobre todo cuando eran así de burdas. Y, además, mi rechazo desde siempre al «principio de autoridad», como regla para distinguir la verdad del error. Y también, porque sentía una desconfianza muy grande por las modas intelectuales que siempre, desde que era un adolescente hasta hoy, miré con recelo cuando no con abierto desprecio, cosa que en el mundillo académico me ganó de muchos enemigos. No dejarme llevar por discursos ni por las opiniones establecidas; evitar todo fanatismo y pensar que la realidad es muy complicada, multifacética y que el maniqueísmo siempre es un extravío de la mente. Podría decirse que fui favorecido por una espontánea actitud de cautela epistemológica, no producto de los libros ni de los cursos de metodología, eso vendría después, sino como un rasgo de mi personalidad, digamos. Es decir, no creer ningún argumento por más que pareciera muy bien construido, adornado con bellas frases y muchas citas, cuando a mí me parecía –o intuía que era– tirado de los pelos o no se apoyaba sobre una sólida base práctica, empírica, histórica. Tenía muchas dudas, siempre tenía muchas dudas.

Vos fijate que yo soy un sobrevivientede haber leído, entre tantas otras porquerías, la revista *Selecciones*. Me acuerdo, por ejemplo, de un personaje que fue muy influyente en el ambiente católico: monseñor Fulton Sheen, que fue un obispo católico estadounidense, muy anticomunista y frecuente colaborador de ese órgano de la CIA. Era un predicador formidable, producto de las numerosas escuelas de oratoria que hay en Estados

Unidos. Vino a la Argentina e hizo un desastre con sus sermones, atrayendo a la causa anticomunista a miles de almas bellas inocentes y espíritus crédulos. Yo lo escuché en un par de oportunidades y hui despavorido.

Por suerte a eso de los catorce años reconvertí mi cristianismo en clave progre. Primero en materia política, y luego, más tarde, entemas propiamente religiosos. Te había hablado algo antes de mi decepción con el radicalismo en el acto de cierre de la campaña presidencial de 1958, y mi inútil búsqueda por el lado de la Democracia Cristiana. Para esta onda «cristiana-progre» el diálogo conel marxismo resultaba muy seductora, casi te diría irresistible. Hubo una persona que fue importante en ese tránsito político y esefue… ¡sorpresa!… Guido Di Tella, que se había vinculado a la Democracia Cristiana y fundado una línea interna que se llamaba «Comunidad». Era una corriente de una izquierda moderada, pero tenía la virtud, vistas las cosas ahora, de no ser anticomunista o macartista, en una época en que eso era tan común en la Argentina. Era una izquierda culta, «europeizada» y eso tenía, como lado bueno, una vocación dialoguista promoviendo lo que hasta ese momento era un inverosímil diálogo entre cristianos y marxistas, como estaba ocurriendo en Francia.

A. M. *Bueno, acá el diálogo de cristianos y marxistas en la UBA, las charlas, las conferencias, se hicieron mucho en 1964. Son esos años… un poquito antes.*

A. B. Sí, un poquito antes. Lebret se instala con fuerza en la Francia de la posguerra y sus ecos llegan aquí a mediados de los

cincuenta. Su obra y sus lecturas, y su *Manual de Metodología*, tan alejado de los manuales norteamericanos, reflejaban una concepción distinta de la tarea del sociólogo, alejada del academicismo y en línea con lo que luego el notable sociólogo colombiano Orlando Fals Borda llamaría «investigación acción participativa». Todo eso se cristalizó en una visión, que, si bien rechazaba la creencia mesiánica que el comunismo podía ser la solución a todos los males de nuestro tiempo, asumía que esa doctrina sería un componente importante de la solución. Más aún: en aquellos pequeños cenáculos progres se plantea la tesis de que la propiedad privada como institución de la vida económica, es decir, empresas, campos, fábricas, etc., era absolutamente indefendible a la luz de las enseñanzas de los padres de la iglesia, y en esa crítica caía también el capitalismo. Lebret y los curas obreros ratificaron algo que lo tuve muy claro desde chico, desde el primer año de la escuela secundaria. Nadie me lo enseñó, pues para mí era una cosa de sentido común, algo tan evidente como la ley de la gravedad.

Esta definición hacía que el rollo anticomunista de Colodro, Derisi y Etcheverry Boneo chocase frontalmente con creencias que ya en mi adolescencia estaban profundamente arraigadas. No debería olvidarme de decirte que al terminar la famosa «jornada» la conclusión que se planteaba era que para salvar la cristiandad y la civilización mortalmente amenazada por la infiltración y subversión de los bolcheviques era preciso reaccionar. ¿Cómo? ¿Tarea del gobierno? No, no se debería confiar en él porque también estaba infiltrado y no nos pondría a salvo de ese peligro. Nuestro último bastión de defensa eran las Fuerzas Armadas, ellas y sólo ellas.

¿Qué tal? «La hora de la espada», exaltada por Leopoldo Lugones en 1924, reaparecía en los años anteriores al ensayo neo franquista de Juan C. Onganía que enlutaría a la Argentina con el golpe militar de 1966.

A. M. *¿Esto era parte del programa?*

A. B. No, no, la «jornada» no estaba dentro del programa, pero la asistencia era obligatoria. Yo me acuerdo que al terminar varios de nosotros nos fuimos a comer una pizza y concordamos en que lo que habíamos escuchado era un soberano disparate, pero que nos advertía que el riesgo de una intervención militar era algo que había que tener muy en cuenta y que sería una amenaza a futuro. De hecho, los militares habían hecho innumerables «planteos» a Frondizi, eufermismo para evitar calificarlos como actos de insubordinación que deberían haber sido condenados por los defensores del «mundo libre, la democracia y las instituciones republicanas», tan falsos ayer como hoy. Ante esto decidimos seguir con la nuestra y continuar avanzando por la senda de un pensamiento crítico y empezamos a estudiar algunos temas del marxismo, con dificultades, porque no había mucho material ni conseguíamos profesores. Pero comenzamos a circular, leer y discutir en torno a cuanta literatura marxista cayera en nuestras manos. En eso ayudó mucho la repulsa que nos originaba el contacto con los fachos que había en la UCA. Los curas que había, que eran absolutamente reaccionarios, trogloditas anclados en las *dark ages* nos impulsaron a buscar algo diferente, muy diferente. Les agradezco mucho porque eran tan, tan, tan fachos que me hicieron huir de sus garras con desesperación. Al hacerlo, comencé a ver una lucecita y era el marxismo. Y hacia allá fui; ellos con su mentalidad tan brutalmente retrógrada me pusieron en esa senda. Con esos curas la receta era infalible … si vos querés ganar a alguien para la izquierda y la revolución, ponele un profesor de esos y ya está.

A. M. *Estaba ya la Revolución cubana.*

A. B. Sí, y era muy importante para nosotros, aunque la información llegaba muy retaceada y distorsionada. La caída de Batista fue celebrada por amplios sectores de la opinión pública, como también lo fue –preciso es reconocerlo– la caída de Perón. Muchos creían que Batista y Perón eran lo mismo, hasta que se vio

quién era Fidel y lo que pensaba y entonces sí, ahí las cosas cambiaron. Fue muy interesante porque la cobertura de la prensa era muy mala. Al principio, antes de su victoria el 1º de enero de 1959, acá se sabía muy poco del Movimiento 26 de Julio; lo que llegaba eran los reflejos parciales de la entrevista que Herbert Matthews le había hecho a Fidel en Sierra Maestra para el *New York Times*, y de la cual nació una amistad que les duró toda la vida. Lo que se divulgaba en la Argentina era la imagen, casi te diría idílica, de un héroe popular contra un dictador infame, torturador, corrupto y que la prensa asimilaba impúdicamente a Perón. De todos modos, los diarios no informaban demasiado porque desconfiaban de aquellos barbudos armados luchando en el monte. La derecha es muy sabia y tiene buenos reflejos aprendidos por su larga historia ¿te das cuenta? En todo caso, los dos principales diarios de la época hablaban poco o nada de la guerrilla del Movimiento 26 de Julio, si bien algunas noticias aparecieron antes del triunfo de la revolución. Pero ¿cómo me entero yo de esa victoria histórica? Estábamos vacacionando en Mar del Plata en un hotel típico de clase media. Durante el almuerzo y la cena sintonizaban un programa de entretenimientos de la radio (hoy lo hacen con la TV), y con altoparlantes lo escuchaban todos los comensales. Eran programas de música, de humor, pero tenían noticieros a la hora. Me acuerdo como si fuera hoy que estábamos almorzando y de sopetón se interrumpió la transmisión con un anuncio, a los gritos que decía: «cable de último momento: el dictador Fulgencio Batista acaba de huir de Cuba y el Movimiento 26 de Julio gobierna en toda la isla». ¿Sabes lo que me sorprendió? Que los que estaban en ese salón reaccionaron todos como si estuvieran impulsados por un resorte (había como ochenta o noventa personas) y se hubieran puesto de pie al unísono al grito de «¡Viva! ¡Viva Fidel! ¡Viva Cuba! ¡Viva la Revolución Cubana!» y proponiendo interminables brindis por Fidel y sus muchachos. Yo en ese momento tenía poco más de quince años y quedé *shockeado* por el espectáculo. No era un tema que se hablara en casa, pero quedé impresionado por la reacción de la gente, un recuerdo imborrable. Claro, estaba el recuerdo vivo de la otra, la de 1955 de acá, gran

parte de esos tipos asociaban Batista con Perón y entonces saltaron e hicieron la gran celebración. Ahí fue cuando me enteré del triunfo de la Revolución cubana. Después, algunos exiliados cubanos comenzaron a llegar a la Argentina y ejercieron una influencia notable para crear una opinión negativa sobre Fidel y la Revolución. El más importante fue, me parece Goar Mestre, fundador nada menos que del Canal 13 de televisión. Lo que transmitían sobre Cuba no podía ser más negativo, al igual que las noticias y los editoriales de la prensa canalla. Igual que hoy.

Te enterabas ocasionalmente por lo que aparecía en algún diario, alguna revista, algún semanario político que de vez en cuando traía alguna nota sobre Cuba. Caso contrario, eran noticias de *Reuters, United Press Internationational* y te informaban de lo que la derecha quería que supieras. El otro día leí una nota de GustavoVeiga en *Página/12* en donde decía que el mismo día que se producía la invasión a Playa Girón la UPI «despachó un cable desde México que ya tiene ganado un lugar en el museo de las *fake news*: «El primer ministro Fidel Castro se ha dado a la fuga y su hermano Raúl fue capturado. El general Lázaro Cárdenas gestiona el asilopolítico de Fidel. Stop»[15].

Simpatizábamos con la Revolución Cubana, pero no teníamos casi información sobre lo que estaba ocurriendo en la isla. El aislamiento informativo sobre Cuba, especialmente después de su expulsión del sistema interamericano por la OEA, era total. El Partido Comunista tenía escasa proyección fuera del –por entonces amplio– círculo de su militancia y para colmo le tomó algunos años aceptar al muy heterodoxo proceso revolucionario cubano, tan alejado de los manuales soviéticos. Muchos en los Partido Comunista latinoamericanos lo veían como una suerte de aventurerismo político de poca monta, condenado ineluctablemente al fracaso. Se reflejaba así la visión que Moscú tenía sobre aquel proceso, que fue cambiando con el paso del tiempo, pero que aun así permaneció varios años más entre los partidos de la región, si bien no en todos

[15] *Página/12*, 19 abril 2021.

los casos la actitud era la misma. Lo que se sabía era poco y algo importante vino por conducto del socialista Alfredo Palacios, que escribió un texto muy enjundioso sobre la Revolución Cubana y su reforma agraria. Más allá de la necesaria discusión sobre Palacios y su papel político en la historia argentina hay que decir que fue un defensor de la Revolución Cubana y es preciso reconocerlo y agradecer por su labor en este tema.

A. M. *¿Empezaste entonces a leer otros materiales teóricos sobre el marxismo?*

A. B. Sí, pero era un esfuerzo bastante grande. Fijate como seríael clima intelectual católico de esa época que en 1960 la iglesia, horrorizada por lo que veía como una masiva deserción de la feligresía, organiza la Gran Misión de Buenos Aires, una suerte de campaña de evangelización masiva y para lo cual pidieron el auxilio de dominicos españoles, de lejos la más atrasada de todas las órdenes eclesiásticas. Fue planeada por el episcopado ante lo que aparecía como la evidente defección espiritual de la Argentina, el abandono de sus raíces católicas y el avance del materialismo ateo que abría la puerta a la toma de poder de los comunistas. Ellos veían a la Argentina como un país que estaba al borde del comunismo, y les preocupaba muchísimo. Por eso traen al país a unos cincuenta o sesenta curas españoles –y franquistas por añadidura– para apartarnos de la senda del pecado, dos de los cuales vienen a misionar en la UCA. No te imaginas el desfasaje temporal de esta pobre gente, que nos inspiraban lástima. Ellos decían, para darte un ejemplo bizarro de los muchos, que si una mujer era atacada en un paraje marginal por un hombre que pretende violarla y no grita lo suficientemente fuerte como para que se la escuche en la aldea vecina [*sic*] se la considerará cómplice de la violación y tendrá que dar cuenta ante Dios por haber incurrido en el pecado de la concupiscencia. Esto era ridículo, estamos en una metrópolis hipermoderna como Buenos Aires en los años sesenta, no en remotos y aislados caminos de la España feudal, y

las chicas que escuchaban este disparate no dejaban de burlarse de estos curas al paso que lucían sus audaces minifaldas.

Venían a evangelizar a la Buenos Aires del Di Tella, de la renovación de las artes, la música, la plástica y del teatro; a la meca del cine, porque en esa época en esta ciudad se veían –no como ahora, con la aplastante hegemonía norteamericana en la materia– los mejores *films* del mundo. En fin, la ciudad que estaba siendo vertiginosamente modernizada no podía más que contemplar como seres de otras galaxias a estos predicadores en sus hábitos medievales que hablaban de un mundo que había desaparecido hacía siglos, condenaban la sensualidad, exaltaban la castidad, repudiaban las nuevas expresiones musicales, etc. Fue un fiasco gigantesco, la última reacción ante un cambio que se llevaría puesto gran parte del catolicismo tradicional y que produciría lo que algunos melancólicos del Medioevo denominaban «la apostasía de las masas».

A. M. *Es decir, que al marxismo también te acercas a través de materiales de religiosos.*

A. B. Sí, porque no tenía una ruta más directa. Es muy interesante porque habla de la escasa gravitación o, tal vez, del enclaustramiento del pensamiento de izquierda en la Argentina, y que a tipos como yo –masa intelectual juvenil disponible–, la izquierda podría fácilmente habernos atraídos a sus filas. Sin embargo, no lo hicieron, o tal vez no escuchamos sus llamados. O quizás, tercera posibilidad, sería que nosotros estábamos completamente encapsulados dentro del ambiente católico y a salvo del contagio del «virus» marxista, por el momento.

A. M. *Vos te movías en una órbita conservadora, como la UCA y que la izquierda no entrara allí, era lógico, ¿no?*

A. B. Sí, pero yo leía muchas revistas como *Primera Plana*, *Confirmado,* leía la revista *Criterio*, laica y moderadamente progresista, todas ellas objeto de ácidas críticas por parte de los elementos másretrógrados de la UCA. Yo iba al Instituto Di Tella, como te conté, que también era un círculo distinto de la UCA.

Yo me contacté con gente de izquierda de la UBA, pero la gravitación del Partido Comunista, y no sólo del Partido Comunista, sino de otras fuerzas políticas de izquierda era muy marginal. Eran absolutamente excepcionales paneles o jornadas dedicadas al pensamiento revolucionario o al estudio de las revoluciones en curso, existentes. Por lo tanto, era poquísimo lo que sabíamos y discutíamos en seminarios o mesas redondas sobre Cuba; algo de la Unión Soviética por la competencia militar y luego la carrera del espacio; China sumida en la total oscuridad, como Corea del Norte, y muy poco, realmente muy poco, sobre las atrocidades francesas en Argelia o Vietnam. Es cierto, que el ambiente de la UCA y mismo el del Di Tella, con su abrumador predominio de la sociología norteamericana eran pocos propensos a facilitar el conocimiento del marxismo. Pero había algo más: que una revista como *Contorno*, que podría haber ejercido una influencia muy positiva en mi formación, deje de aparecer en 1959 y sin nadie que la reemplace me atrevería a decir hasta la aparición de *Punto de Vista* en 1978 ocasionó un déficit cultural enorme. Otra revista, *Che* aparece en 1960 y al año o poco más desaparece; *La Rosa Blindada* lo hace a fines de 1964 y en septiembre de 1966 ya deja de publicarse. Pude leer algunos pocos números de esa gran revista, pero nada más, y cuando ya mi camino hacia Marx había sido emprendido hacía rato. Visto desde hoy esos silencios eran atronadores y nuestra orfandad casi absoluta. Además, el marxismo era una corriente periférica al *mainstream* de la sociología de la época, que era el estructural-funcionalismo. Tenía un lugar en la carrera de Sociología, pero su resonancia fuera del ámbito universitario era muy limitada. Predominaba lo que hoy llamaríamos un «progresismo *light*» y nada más. En la universidad la visión que tenían las fuerzas de izquierda de esa época sobre la sociología era del más absoluto desdén. Era considerado un «saber burgués», ignorando que Marx y Engels fueron, entre otras cosas, grandes sociólogos y teóricos de la sociedad. Para el «marxismo-leninismo» dominante, de cuño estalinista, la sociología era simplemente diversionismo burgués. Otras fuerzas de

izquierda eran más amigables, pero tampoco tenían mucha gravitación. En la UCA yo no podía encontrar marxistas o militantes del Partido Comunista, aunque en otros países sí los había como, por ejemplo, en la Universidad Católica de Chile.

A. M. *Me comentaste que no sabías mucho del Partido Comunista en esa* época.

A. B. Sabía de su existencia, pero poco más. Al final de mi carrera, a fines del año 1964 (entrego mi tesis en el año 1965) me empiezo a enterar más del significativo papel del Partido Comunista en la formación del movimiento obrero argentino. Empiezo aleer a Leonardo Paso, a Rubens Íscaro, a Jaime Fuchs, apenas un poco y de refilón a Héctor Agosti y las diferentes historias de la clase obrera y la economía me van abriendo de a poco una ventanade acceso al marxismo.

A. M. *¿Cuál fue tu tesis?*

A. B. Fue sobre los conflictos obreros en la Ciudad de Buenos Aires en la década de 1930. Una tesis muy empírica. Fue un útil ejercicio estudiantil. Un par de años antes, sería por 1963 comienzo a familiarizarme con el pensamiento marxista gracias a un libro escrito por un jesuita, el padre Jean-Ivez Calvez, autor de un texto extraordinario llamado *El Pensamiento de Carlos Marx.* Yo estaba en tercer año de la facultad y aparece ese libro y lo devoré, seducido por sus argumentos y su claridad expositiva. Teníamos también un jesuita progre, el padre Antonio Donini, que nos abrió la puerta del CIAS, el Centro de Investigación y Acción Social, de los jesuitas, con sede en Belgrano. Por ahí entra Calvez que en su libro decía que la radiografía de la sociedad capitalista hecha por Marx era correcta y que su único desacuerdo con él era por su ateísmo. O sea, la teoría social y la de la plusvalía estaban bien. El problema era el ateísmo de Marx. El saber esto, fue una enorme reconciliación interior porque mis viejos prejuicios católicos todavía me impedían lanzarme sin más al estudio de Marx.

Nosotros estábamos presionando a las autoridades de la UCA, a Miguens como director de la carrera y al decano Francisco Valsecchi para que trajeran algunos nuevos profesores y entonces invitaron a Hugo Calello a dictar un curso extracurricular, que reconfirmó lo que yo había leído de Calvez. Hugo, profesor en la UBA, hizo un breve curso sobre *El 18 Brumario*, que es un texto maravilloso, y quedamos deslumbrados. Para mí fue una suerte de revelación y, a partir de allí, mi inserción en la tradición marxista no se detuvo nunca más. El contexto político inmediato facilitaba las cosas: Frondizi y su programa desarrollista había sido derrotado, había una incertidumbre muy grande, inminentes elecciones con la proscripción del peronismo, creciente movilización popular: es decir, procesos para los cuales el arsenal teórico que me ofrecía mi «socialcristianismo» era a todas luces insuficiente y yo estaba dispuesto a liquidar esa herencia teórica que me sofocaba y buscar nuevas luces en la tradición marxista. Y eso fue lo que hice.

A. M. *¿Qué personas te marcaron en aquel momento del ámbito académico?*

A. B. Mucha gente. José Enrique Miguens que era el director de la carrera en la UCA, con una personalidad avasalladora, aunque muy dogmática. Muy buen sociólogo, dueño de una mirada profunda sobre la sociedad. Él fue profesor en Introducción a la Sociología y Teoría Social Sistemática en la UCA. Estudiábamos a fondo la teoría de Talcott Parsons y nada más; Wright Mills era ignorado, al igual que los Lynd, la Escuela de Frankfurt, Marcusey por supuesto los autores marxistas; y nada, pero nada, del pensamiento social argentino, en donde alguna contribución teórica puede obtenerse de las lecturas de Sarmiento, Alberdi, Rivarola, Ramos Mejía, Martínez Estrada, Jauretche y tantos otros. Pero Miguens estaba obsesionado con su gran rival, que finalmente lo derrotó ampliamente: Gino Germani, a quien acusaba de «relativista moral», de «idiota útil» porque facilitaba la prédica

de los marxistas y de «gorila», aunque esto lo decía oblicuamente. Fue una lástima, porque al empecinarse en atacar a Germani perdía el foco de su análisis sobre la sociedad argentina. Pero en 1962 Germani publica *Política y Sociedad en una época de transición.* Al día siguiente lo había comprado y, junto con muchos otros más, empiezo un fenómeno de cuestionamiento a la ortodoxia de Miguens. ¿Qué nos daba Germani? No era que nos alejaba de la sociología norteamericana, porque el Germani de aquella época todavía estaba muy comprometido con al *mainstream* de las ciencias sociales, pero nos planteaba muchos interrogantes y según la puerta que vos abrías y cómo caminabas podías desembocar en el marxismo, aunque sea en una versión *light.* Pero, además, te ofrecía instrumentos concretos para estudiar a la sociedad argentina, que es lo que se ve en la segunda parte de *Política y Sociedad,* cosa que Miguens no nos daba. Miguens enseñaba muy bien la «Gran Teoría», como dijo C. Wright Mills en *La Imaginación Sociológica,* pero nunca descendía al análisis de la sociedad argentina. Después volveremos a trabajar sobre mi relación con Germani, porque yo tuve un vínculo muy fuerte con él que duró hasta su muerte en Roma, en 1979.

Referencia marcatoria fundamental en esos años también fue la de Torcuato Di Tella. A él le debo, así como a Germani, el «descubrimiento» de Latinoamérica y eso es una deuda definitiva y te diría impagable. Cuando murió Torcuato escribí unas líneas muy sentidas que expresan mi gratitud para con él…[16].

A. M. *¿Cómo llegás a Di Tella?*

A. B. Cómo te comenté antes, yo estaba en el Di Tella trabajando en aquel proyecto del Centro de Investigaciones Económicas sobre oferta y demanda de mano de obra de alto nivel en la Argentina. En un momento determinado, Torcuato necesita gente para un estudio comparativo sobre las estructuras sociales y sus transformaciones para verificar su teoría de lo que él llamaba

[16] Incluidas en el Anexo del presente libro.

«el primer impacto del crecimiento económico» en algunos países de América Latina: Argentina, Uruguay, Brasil, Chile, Colombia y México. Para eso necesitaba gente que pudiera hacer un análisis estadístico de los censos nacionales de aquellos países y fui invitado a integrarme a ese equipo. Empezamos haciendo un trabajo de base, y recordemos que en esa época no había internet. Torcuato se encargó de que nos hicieran llegar los censos publicados de esos países y los depositó en la biblioteca del Instituto Di Tella y allí empezamos a trabajar con ellos. El equipo estaba integrado por dos sociólogos, Carlos Bastianes y Ester Alonso, un historiador, Leandro Gutiérrez y yo.

Allí reconstruíamos, a nivel provincial e inclusive municipal, las transformaciones en los perfiles de las estructuras sociales: proporción de obreros, de trabajadores no calificados, de cuentapropistas, de latifundistas, de empresarios, de empleados, etc. Torcuato quería probar su teoría de que –tal cual lo planteara Marx– el desarrollo del capitalismo genera una creciente polarización social, pero luego él corregía a Marx diciendo que este había subestimado el hecho de que pasado el primer impacto lentamente se produciría una «despolarización» de la estructura de clases, la desigualdad económica se reduciría y los sectores populares abandonarían sus aspiraciones revolucionarias tornándose más conformistas y aburguesados. Creo que en cierto sentido la historia latinoamericana reciente avala sólo en parte su interpretación porque la «despolarización» no se produjo y la desigualdad siguió aumentando, pero el aburguesamiento y el conformismo sí, en parte por el nuevo papel de los medios de comunicación de masas, las redes sociales y los avances en la industria de la propaganda política. En todo caso, para mí fue una experiencia muy fecunda. En el equipo junto a Torcuato había dos pensadores liberales que ocasionalmente participaban en una reunión y discutíamos los hallazgos del proyecto: Oscar Cornblit y Ezequiel Gallo, este último en ese momento no tan de derecha como lo sería años más tarde. Eran discusiones muy interesantes y la verdad es que aprendí montones. Mediante análisis estadísticos

reconstruíamos, en los censos de los últimos veinteo treinta años, la estructura ocupacional de Brasil –a nivel de Estados y en algunos casos municipios, por ejemplo–. Imaginate eso,un infierno: mirábamos el censo de Alagoas, por ejemplo, hay que estudiar la tabla X y entonces subrayábamos con lápiz las diferentes categorías ocupacionales y de clase, las codificábamos y después volcábamos los números una tabla más grande. Eso, Estado por Estado y después lo hablábamos con Torcuato: «¿Qué te parece?, a ver estos *fazendeiros* de más de 150 ha, ¿cómo lo clasificamos? No es un oligarca, puede ser un *parceiro,* y definitivamenteno es un campesino; miremos la extensión media de las fincas para cada categoría en Alagoas, no en cualquier parte». Fue un trabajo durísimo y muy complicado, pero ahora vos me das un censo y sabés qué, lo entiendo e interpreto con los ojos cerrados. Por eso cuando me tiran números de países al toque, te digo si son o no confiables. Así que, en términos gruesos, ese era el cuadro de situación cuando yo me empiezo a acercar a Germani, sobre quien megustaría volver a hablar luego.

A. M. *¿De qué época estamos hablando?*

A. B. De 1962, comienzos de 1963.

A. M. *Todavía en la universidad.*

A. B. Sí, sí. Yo egreso de la universidad en el año 1964 –perdón: rindo exitosamente mi última materia en diciembre de 1964 y entrego mi tesis de licenciatura en mayo de 1965– y en total me quedo trabajando con Torcuato unos cuatro años. Él era un socialdemócrata de izquierda, dueño de una sutil ironía, por momentos extremadamente cínico y mordaz, capaz de denunciar la explotación a que eran sometidas las clases populares. Era un reformista en serioy se ubicaba en «la recontra izquierda» del reformismo, como decíariéndose a mandíbula batiente. O, a veces, en la «extrema derecha del marxismo». Me enseñó a estudiar los censos latinoamericanos ya conocer la historia de México, Chile, Colombia, aparte de Brasil.Admás de eso, me legó una metodolo-

gía de trabajo. Fue una persona que ejerció una influencia decisiva en mi desarrollo intelectual.

A. M. *Ya estabas casado?*

A. B. Cuando termino la facultad me caso con Nora Elichiry, a quien conocí en el club de la Sociedad Italiana de Tiro al Blanco (SITAS). Formamos una familia, tuvimos dos hijos, vivimos juntos en Chile y luego en Estados Unidos. Fuimos pareja por poco más de dieciocho años y aparte de criar dos hijos, Gabriela y Pablo, ambos crecimos mucho intelectual y profesionalmente. Debo decir que vivimos una buena vida, no sin penurias ni sacrificios económicos, pero siempre con mucha felicidad, afrontando los contratiempos muy unidos y con la moral muy alta.

A. M. *¿Dónde vivían cuando se casaron?*

A. B. Cuando me caso con Nora me quedo a vivir en la casa de mis viejos. Ya no era la trastienda del negocio. Nos habíamos mudado a un departamento relativamente grande en Billinghurst entre Santa Fe y Güemes. Era bastante cómodo y mi plan era irme poco después del casamiento a estudiar a Estados Unidos. A todo esto, mi *nonna* se había ido a la casa de otra tía mía que vivía en Pacheco, muy linda de planta baja. Entonces nos instalamos en lo que antes era su habitación, bastante espaciosa. ¿Por qué me quedo? ¿Por qué no me mudo, si a esa altura tenía un buen trabajo como para poder alquilar un departamento? Mis padres viajarían a Italia a comienzos de 1965 y el departamento quedaría prácticamente vacío durante unos tres meses, sólo con mi hermana. Me había presentado para una beca para irme a hacer mi doctorado en Estados Unidos, en la Universidad de California (Berkeley) y supuestamente la admisión la tenía asegurada. En función de esto tenía que estar allá a comienzos de mayo de 1965 para llegar, alquilar, instalarnos, etc., porque las clases comenzaban en septiembre, pero debía tomar algunos cursos para «aflojar» mi inglés durante el periodo de verano. No o tenía mucho sentido alquilar un departamento por cuatro o cinco meses, o tal vez menos. De

nuevo: no había internet y el B&B para contratar alquileres por poco tiempo no existía. Yo estaba muy convencido de que me iba a salir la admisión y la beca. Pero a último momento fracasé en toda la línea: ni admisión ni beca, pese a que los indicios previos eran muy alentadores. Entonces, bueno, ¿qué hacemos? ¿a dónde vamos? Estaba la posibilidad de irnos a Chile, a la FLACSO, pero había que esperar un año más. En ese momento, Nora queda embarazada de Gaby y decidimos quedarnos ahí. Era un departamento grande, tenía dos baños, comodidades y una ubicación excepcional. Pero claro, no era mi casa… Y tuvimos mala suerte porque a Gaby el clima porteño le sentó mal desde el nacimiento y la pobre sufría de otitis y adenoiditis recurrentes y nos la pasábamos yendo al pediatra. Le administraron antibióticos de modo salvaje, de acuerdo a la práctica corriente en esa época y la pasaba muy mal, estaba muy dolorida. Por suerte con la ayuda de mi madre y mi suegra pudimos enfrentar mejor esa situación hasta que me salió la admisión y beca de FLACSO y entonces sí, me fui a Chile, a comienzos de 1967.

A. M. *Me gustaría volver al momento en el que te recibís, en 1964.* ¿Qué *actividades realizabas?*

A. B. Bueno, al recibirme me ofrecen una cátedra como «instructor» en un par de cursos en Sociología de la UCA. Estamos hablando de la segunda mitad de 1965. Tengo muchos alumnos y me va muy bien como profesor: lo hago con ganas, con clases muy dinámicas y participativas; pero sobreviene el golpe del 1966, y Derisi cierra la carrera de Sociología, y nos echan a todos. Yo era el representante de un grupo de profesores, aunque no podía haber agrupación o representación de ningún tipo porque cosas como estas estaban terminantemente prohibidas en la UCA. Años antes, al ingresar en la carrera, en marzo de 1960, habíamos armado un Centro de Estudiantes, pero no se lo podía nombrar así; no se podía decir que era un «centro» (la palabrita olía a reformismo, laicismo, gobierno tripartito y otras herejías por el estilo), sino una «Asociación de Estudiantes», que lo hici-

mos con chicos jóvenes. Lo que queríamos como estudiantes era algo muy elemental: incorporar nuevas materias y profesores y actualizar los planes de estudios.

Queríamos tener una cierta voz, no voto porque el «cogobierno» era un sacrilegio imperdonable, pero que al menos se nos escuchara, tener profesores de izquierda, con orientación marxista, psicoanalistas, una UCA más abierta en consonancia con el pensamiento que después se difundiría con el Concilio Vaticano II. Hicimos una campaña para que en la carrera nos ofrecieran cursos de Psicología Social y queríamos a alguien especial. Lo logramos y tuvieron que tomar a una profesora que era la viva encarnación del demonio para esos bárbaros: judía, divorciada y comunista, pero ante nuestra presión la nombraron como profesora de Psicología Social. Era Janine Puget, una gran profesora. Ella era una renombrada psicoterapeuta en nuestro país. Otro que vino fue un psicoanalista muy bueno, católico, Raúl Usandivaras, especialista en Psicología Social. Logramos que vinieran algunos profesores de la UBA y gente de fuera del ambiente católico a dictar cursos. El primero que llegó fue Hugo Calello, creo te lo mencioné, cuyo curso nos abrió las puertas para enterarnos de las nuevas corrientes de izquierda que prosperaban en Latinoamérica y ante las cuales la UCA estaba herméticamente cerrada. Pero logramos romper el cerrojo. También sumamos a Justino O'Farrell, un cura de izquierda con estudios doctorales en Berkeley que llegó a ser el «decano montonero» de la Facultad de Filosofía y Letras. Trajimos a Gonzalo Cárdenas como profesor, otro gran inspirador de las «cátedras nacionales». Es decir, poco a poco habíamos logrado muchos cambios y empezábamos a tener cierta capacidad, sino de decisión, al menos de influencia.

A. M. *Me decías recién que como profesores tampoco era fácil organizarse.*

A. B. No había Comisión Directiva; lo nuestro era un grupo de amigos, cero institucionalizaciones; todos profesores

de la UCA, y entre ellos, había algunos que eran ayudantes de la UBA. Yo no era ayudante de la UBA, pero había asistido a varios cursos como te dije. La UCA era autoritaria, vertical y no había representación de los profesores, los graduados o de los alumnos. Sobre todo, de los profesores jóvenes, que nos llamaban instructores o «auxiliares docentes» y que queríamos una instancia de mediación para ser mejor tratados y participar en el gobierno de la universidad, lo que era para el Rector una aspiración demoníaca que debía ser frontalmente rechazada. Cuando se produjo el golpe militar de 1966, encabezado por el General Juan Carlos Onganía, Derisi, en su carácter de Rector Pontificio de la Universidad Católica, nos convoca a una reunión urgente. Temíamos lo peor de un personaje tan desagradable en lo físico como, peor aún, en lo espiritual. Llegados a su despacho, y sin rodeo alguno, textualmente nos dice: «Así como el papa Clemente VII prefirió perder a Inglaterra para preservar el principio de autoridad y no capitular ante Enrique VIII, hoy para preservar el principio de autoridad en esta universidad decreto el cierre de la Carrera de Sociología». Por lo tanto, todos a la calle y a cuidarse de los milicos y los *services* ante los cuales fuimos todos denunciados. La reacción feudal medievalista ante los desafíos de la modernidad fue algo brutal. Cuatro días después ese monstruo iría a visitar al dictador Juan C. Onganía a la Casa Rosada[17]. Y hasta el día de hoy la UCA y los sucesores de Derisi jamás volvieron no digamos a reincorporarme sino siquiera a invitarme a algunas de las muy pocas actividades académicas que organizan. Es más, ocultan que fui el primer egresado de Sociología de la UCA, con el mejor promedio y hasta una medalla o un diploma de honor. Me sentiría muy incómodo si

[17] Un muy interesante y completo trabajo sobre la historia inicial de la UCA y el clima político-intelectual en su órbita puede encontrarse en el trabajo de Anabela Ghilini, Secularización y renovación académica frente al bloqueo tradicionalista. La carrera de Sociología en la Universidad Católica Argentina (1958-1966).

hubiese una tardía rectificación de esa falsedad histórica. Para mí, todo aquello es historia pasada y pisada[18].

A. M. *¿Cerró la carrera?*

A. B. Nos echó y cerró la carrera. Esta no se abrió, sino después de unos veinticinco años y, tengo entendido, como una carrera de posgrado[19]. Me echaron de la noche a la mañana. No era un sueldo muy alto, pero este se sumaba junto con el otro. Yo trabajaba medio tiempo en el Consejo Agrario Nacional bajo la dirección de Floreal Forni, un brillante pensador humanista de la izquierda católica que desgraciadamente no dejó una densa obra escrita, y por eso no es muy conocido en estos días.

En los años 1963 o 1964 además empiezo a involucrarme en los cursos de formación de la CGT dirigido a referentes provinciales y a la segunda línea del movimiento obrero. Ahí Forni comienza a difundir un pensamiento católico de izquierda (pero en clave nacional-popular) junto al ya mencionado Gonzalo Cárdenas. En el Consejo Agrario Nacional estaba como director de la Dirección de Sociología el profesor Francisco Suárez, un heterodoxo que se desviaba de la línea de Parsons difundida por Miguens y que dictaba cursos sobre Sociología del Conflicto Social. Era muy anti Parsons y tenía muy buena recepción entre los alumnos. Floreal Forni era el segundo de Suárez en el consejo y él me invitó a trabajar allí, de medio tiempo.

---

[18] «El estudio de la sociología se inició en 1958 con un breve curso de nueve clases a cargo del Dr. José E. Miguens con cincuenta inscriptos. Con este antecedente, en 1960 se inició la carrera de grado con veintinueve alumnos y en 1964-1965 tuvo su primer egresado, el Lic. Atilio Alberto Borón». Florencio Hubeñák, *Historia de la Universidad Católica Argentina*, Buenos Aires, UCA, 2016, p. 52.

[19] En efecto, fue el Dr. José Luis de Imaz quien impulsó un curso de posgrado en Sociología que comenzó a organizarse. Luego se convirtió en un Magister en Sociología, la primera maestría de la UCA.

Cuando se produce el golpe de Onganía, nos echan a Forni, a Suárez y a mí, y me encuentro sin trabajo y con una beba de dos meses. Milagrosamente yo había logrado juntar algunos ahorros, pero era imprescindible que acelerase lo que yo había planificado desde hacía un año y no estaba dando resultados: ir a hacer mis estudios doctorales en el exterior. En ese momento, me entero por Torcuato, que en Chile están abriendo una carrera de Ciencia Política en FLACSO. En esa época la FLACSO tenía sólo una sede en Chile con una carrera de Sociología, en la cual él había sido profesor a su regreso de Londres. Vino un profesor de la FLACSO a entrevistar posibles candidatos para una nueva escuela que estaban creando con especialidad en ciencia política y administración pública. Las entrevistas se hicieron en la sede del Instituto Di Tella, en Belgrano. Al poco tiempo, me avisan que estoy admitido pero que necesitaba una beca para complementar el modesto estipendio que me otorgaba la FLACSO. Tenía que conseguir una y no sabía qué hacer. Ya había fracasado en mi tentativa de ir a Berkeley a estudiar Sociología. En esta ocasión, Torcuato me pone en contacto con Norberto Rodríguez Bustamante, que era un profesor de la UBA y que conocía mi trabajo porque Di Tella le había comentado lo que estaba haciendo. Rodríguez Bustamante era miembro de un Comité de la OEA que otorgaba becas para jóvenes latinoamericanos y caribeños. Me presento en la beca y, con la admisión de la FLACSO en la mano, pude ganarla. A comienzos de 1967 parto para Chile para estudiar en la FLACSO, dando comienzo a un largo peregrinaje internacional que recién me regresaría a la Argentina en febrero de 1984.

A. M. *Una nueva etapa.*

A. B. Totalmente. Pero antes de entrar en eso quisiera volver un segundo a lo de la formación en la CGT.

A. M. *Claro. ¿Cómo llegas ahí?*

A. B. De la mano de Guido Di Tella y Antonio Cafiero, en 1963. Cuando Arturo Illia llega al gobierno el peronismo declara,

con toda razón que ese gobierno era ilegítimo porque en la elección presidencial no habían permitido que los peronistas presentaran candidatos; la proscripción del peronismo, decretada por la «Revolución Fusiladora» seguía vigente y desató una gran movilización en contra de Illia. Quien había convocado a las elecciones fue el gobierno de José M. Guido, pero este era un simple operador de los militares que habían derrocado en 1962 a Arturo Frondizi y exigieron mantener al peronismo en la ilegalidad. En realidad, Illia estaba de acuerdo en acabar con la proscripción del peronismo e inclusive autorizó, pese a la presión de las FF.AA., el retorno de Perón a la Argentina. Este se embarcó en Madrid el 2 de diciembre de 1964, pero lo retienen en Río de Janeiro. Los milicos le dicen a Illia que si deja que Perón llegue a la Argentina (estamos hablando a finales de 1964) su gobierno se acaba en ese mismo momento. Y Miguel Ángel Zavala Ortiz, un ex «comando civil antiperonista» que era el canciller de Illia acompañó la actitud de las FF.AA. No solo eso, sino que, además, instruyó a su embajador en Brasil para que le transmitiera a la dictadura militar brasilera el pedido de que interrumpieran el viaje de Perón cuando su avión hiciera escala en Río. Illia quería que Perón retornara a la Argentina porque era consciente de lo absurdo de su ostracismo y las graves consecuencias que esto tenía para la democracia argentina, e inclusive, para la gobernabilidad de su gestión. Pero *hete* aquí que la dirigencia sindical y el peronismo político tampoco estaban entusiasmados con el regreso de Perón, porque su venida seguramente podría desbaratar sus turbias tratativas con los militares. Recuerdo la indignación de muchos que esperaban que la gente saliera en una suerte de nuevo 17 de octubre para presionar a las FF.AA. para que autorizaran la llegada de Perón al país. Pero la CGT no se movió y el PJ tampoco, tal como, recordemos, había ocurrido en 1955. Illia, por su parte, estaba absolutamente convencido de que tenía que dejar que los peronistas se integraran al sistema. Yo pude entrevistarlo después de que lo derrocaran y me transmitió explícitamente esa impresión. Sin la legalización del peronismo no habría paz ni estabilidad en la Argentina, me dijo, y los hechos le dieron la razón.

A. M. *¿Te entrevistaste con Illia?*

A. B. Sí. A Illia lo derrocan el 28 de junio de 1966. Pocos meses después logré, a través de algunos contactos, juntarme con él. Me recibió en una modesta casita por la zona de Florida (partido de Vicente López). Fue muy amable y se alegró al ver que alguien venía a conversar con él porque su propio partido lo había abandonado antes de que lo derrocaran. Era un hombre de una honradez total, y que vivía haciendo gala de una frugalidad espartana. Fue una charla amable, me confesó que más de una vez se reunió con los militares para convencerlos de que la permanente proscripcióndel peronismo llevaría al país por un camino signado por graves enfrentamientos y que la respuesta de ellos siempre fue intransigente: «Es un tema cerrado», le dijeron, y le recomendaron, más bien le amenazaron, que no insistiera con el asunto. Estaba muy decepcionado con su propio partido, el radicalismo, que poco y nada lo acompañó a lo largo de su gestión; y con la actitud de la industria farmacéutica que le declaró la guerra por su Ley de Medicamentos, cosa que no se esperaba. Recordó que en sus escasos tres años la participación del salario en el ingreso nacional pasó del 39 por 100 al 45 por 100 del PIB, en parte por la Ley del Salario Mínimo, Vital y Móvil, pero comentó con melancolía que el peronismo le declaró la guerra desde el comienzo y que nunca entendió lo que pretendía hacer. Creía que sus políticas deberían haber sido bien recibidas por los sindicatos, pero no fue así. Comprendió también la ofensiva lanzada en su contra por el empresariado, al anular los contratos petroleros firmados por Frondizi, y por la embajada de Estados Unidos ante su digno rechazo a enviar tropas argentinas para acompañar la invasión a Santo Domingo. Muy disgustado por la conducta inmoral de algunos medios –Jacobo Timerman desde *Primera Plana* primero y *Confirmado*, después ridiculizaban permanentemente al presidente dibujándolo como una tortuga, lento, holgazán, incapaz de iniciativas, etc.–. En la entrevista, Illia asumió su responsabilidad en algunas medidas, pero dijo que muchas de ellas eran respuestas a exigencias de los militares. Terminó diciéndome: «mire joven,

gracias por venir a conversar y créame si le digo que hice lo que pude».

Ese clima de intransigencia lo pude percibir también en una reunión con el general Julio Alsogaray, que ya te contaré, cuando nos planteó una visión alucinada de una Argentina supuestamente al borde del colapso económico y –¡otra vez!– a punto de caer en manos del comunismo soviético. Una historia en línea con los que nos había dicho el *service* al entrar a la UCA. El veredicto histórico es notable. En esos años la economía creció razonablemente bien, las libertades públicas eran irrestrictas salvo en relación a la participación electoral del peronismo, que Illia trató de poner fin admitiendo su legalización y autorizando el regreso de Perón a la Argentina, pero no lo dejaron. Pero donde pudo, las cosas que hizo las hizo bien. Para mí el solo hecho de haberse negado a enviar tropas a República Dominicana para acompañar (y legitimar) la invasión de Estados Unidos en 1965; promover una serie de leyes de medicamentos que consagraba a estos y otros productos farmacéuticos como « bienes sociales al servicio de la salud pública » y, por último, anular los contratos petroleros firmados por Arturo Frondizi son suficientes para recuperar su imagen del olvido y alentar a los estudiosos a producir un diagnóstico más objetivo de sus difíciles años de gobierno.

A. M. *Es casi revolucionario.*

A. B. Además, la campaña de los medios, si es que esto sirve de indicador, lanzada en su contra fue demoledora, repugnante por momentos. Los semanarios *Confirmado* (dirigido por Jacobo Timerman) y *Primera Plana* fundado también por Timerman, amén de los medios de prensa tradicionales, llevaban la voz cantante en esta materia. No es casual que una de las primeras medidas tomadas por la dictadura de Juan C. Onganía haya sido la derogación de las tres leyes de medicamentos impulsadas y promulgadas por Illia. En resumen, te diría que, más allá de su enfrentamiento con los gremios, fue uno de los gobiernos más progresistas que tuvimos, te diría, hasta la llegada del kirchnerismo. Se dice fácil «negarse a

acompañar a Estados Unidos en su invasión a la República Dominicana», ¡y en el año 1965!, no hoy. Pero cosa bien distinta es hacerlo, sobre todo un año después de que Estados Unidos hubiese orquestado el golpe de Estado en Brasil e instaurado una dictadura que duró veintiún años.

A. M. *Me habías mencionado a Guido Di Tella y Antonio Cafiero, ¿podemos retomar eso?*

A. B. Sí. Cuando en 1963 Illia es electo y el peronismo, sobre todo la CGT, pasa a la ofensiva procura atraer a algunos grupos de la izquierda demócrata cristiana y a algunos sectores no gorilas para su escuela de formación. Resulta que Guido y Cafiero conocían a un hombre de confianza en la CGT, que se llamaba Nicanor Saleño, egresado de la Universidad del Salvador y colaborador directo de José Alonso, que era el Secretario General de la CGT en ese momento, dirigente del Sindicato del Vestido, y que tuvo a su cargo la programación de los cursos. Bien: Saleño pensaba que la dirigencia sindical adolecía de una deficiente formación intelectual, tesis compartida por sindicato muy fuerte, Luz y Fuerza, dirigido por Juan José Taccone. En general eran todos muy propensosa la idea de perfeccionar la formación de los cuadros obreros, que estos ya no podían ser y actuar como antes. Era una modernización, pero en una clave muy ligada a la ideología de la AFL-CIO de Estados Unidos que proponía una política de conciliación de clases que siempre encontró un terreno fértil en el peronismo y su negación de la lucha de clases. No existe para el peronismo más que una sola clase de hombres: los que trabajan, se proclama en las 20 verdades peronistas. Retomando el eje de mi argumentación, en la época del primer peronismo, decían, la dirigencia sindical tenía un nivel educativo muy bajo y poca formación general. Esta deficiencia fue compensada por el liderazgo de Perón. Bajo las nuevas condiciones sólo un liderazgo «educado» lograría grandes mejoras para los trabajadores y neutralizaría eficazmente la dinámica explotadora del capitalismo. Este erróneo diagnóstico era el reflejo de una idea crucial para

Internacional Obrera anticomunista dirigida por los americanos, la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL) que, por supuesto, tenía una filial latinoamericana: la Confederación Latinoamericana Sindical Cristiana dirigida por Emilio Máspero[20]. La CLASC en 1971 cambia su denominación por Central Latinoamericana de Trabajadores. La CIOSL representaba a los sindicatos que no admitían incorporarse a la Federación Sindical Mundial, que respondía a la Unión Soviética y en general a los Partidos Comunistas de América Latina. Lo cierto es que nos encargan que dictemos una serie de cursos para lo cual reclutan gente joven. Cafiero y Di Tella toman contacto con Julio César Neffa, que por entonces había creado el Instituto de Educación y Capacitación de los Trabajadores, y con algunos de los jóvenes que estábamos en la UCA y algunos profesores también[21]. Estábamos muy movilizados en 1963-1964 con la idea del plan de lucha de la CGT: una propuesta (meramente retórica, como nos dimos cuenta tardíamente) de avanzar «hacia el cambio de estructuras» y las ocupaciones masivas de fábricas que comenzaron en 1964. Y por supuesto, poner sobre el tapete una discusión sobre las vías no capitalistas de desarrollo. Lo cierto es que contactan a algunos sociólogos y economistas jóvenes, entre ellos yo, y algunos profesores de la UCA como los ya mencionados Gonzalo Cárdenas, Carlos Juan Zabala Rodríguez,

[20] Para un marco general puede consultarse el trabajo de Gabriela Scodeller, La formación político-sindical de los trabajadores socialcristianos en la Argentina de los años sesenta, en Anuario del Centro de Estudios Históricos «Profesor Carlos S. A. Segreti», Córdoba (Argentina), 2011, pp. 303-321

[21] El ITEC, el Instituto de Educación y Capacitación de los Trabajadores, incorporó personajes vinculados al marxismo. Sus cursos tenían gran desarrollo en las provincias del interior del país. Las actividades eran impulsadas por distintos sindicatos y participaban los trabajadores de base y delegados gremiales de las distintas localidades. El financiamiento provenía principalmente de la fundación alemana Konrad Adenauer. El ITEC además editó una serie de folletos, algunos de cuyos títulos fueron *La lucha de clases, La promoción obrera, El cuerpo humano y las técnicas de producción*. Funcionó en la CGT entre 1963 y 1966.

y Floreal Forni, les solicitan que manden profesores y a mí me piden que haga un curso sobre Estructura Social de la Argentina. Zavala Rodríguez dirigía un grupo muy interesante de católicos de izquierda llamado Economía y Humanismo con el cual ya había establecido contacto. Me incorporo a esos cursos y vamos a la CGT, ahí en Azopardo.

Pero, además –y estoy muy agradecido por esta experiencia–, me llevan a hacer cursos de este tipo en varias regionales de la CGT en el interior del país. Esto me dio una oportunidad única para adquirir una visión de la Argentina desde abajo, desde las organizaciones obreras de base, lejos de las superestructuras burocráticas asentadas en Buenos Aires. Ya no era una Argentina mirada de los libros o la que ves como turista porteño, sino la que emerge de charlar y matear con gente del común, con la base de los sindicatos obreros… que seyo, en Concordia, en Zárate, en Mar del Plata, Mendoza, San Juan, el Chaco, Salta, etc. Esto me permitió adquirir una visión panorámica y profunda a la vez de la naturaleza del movimiento obrero en la Argentina. A mí siempre me pareció importante, sobre todo a la luz de los diagnósticos que habían hecho la izquierda y los montoneros, según los cuales el tema de la burocracia sindical se resolvía fácilmente eliminando físicamente a los principales líderes burocráticos y así el movimiento obrero florecería desde abajo, en toda su pureza y esplendor revolucionario y con dirigentes de nuevo tipo. Evidentemente eso no ocurrió porque el engranaje sociológico del sindicalismo era mucho más complejo: una máquina que tiene un componente democrático muy fuerte de base pero que luego va cooptando a los líderes y los convierte –en algunos casos– en eximios negociadores y en otros en traidores a su clase. Me explico: vos para ser un dirigente corrupto y amigable con la patronal primero tenés que demostrar que dirigís a tu base y después te vendés. Pero tenés que tener una capacidad de respuesta ante la base del sindicato, ante la militancia, porque sobre todo cuando vos empezás como delegado de fábrica sos un tipo que está en contacto cotidiano con los compañeros y por lo tanto si vos traicionás…

A. M. *Se nota.*

A. B. Se nota, y tus compañeros te reprimen, te pegan y te disciplinan por la vía de la paliza, eso nos decían a nosotros algunos de esos dirigentes. Me decían «mirá, es muy fácil acusar a los caposque están en Buenos Aires, pero –y esto me lo decía un tipo del Sindicato de la Carne, creo que era en Concordia– yo estoy todoslos días rodeado de compañeros y cuando llego al frigorífico y entro al vestuario a cambiarme y me pongo la ropa de trabajo, se me vienen al humo cuchillo en mano y me señalan, con la punta así,queremos esto, queremos lo otro, lo de más allá y tené cuidado porque si aflojás con la patronal te fajamos. En ese nivel no es sencillo hacer lo que quieren los patrones, porque te achuran en el acto». Esto me permitió construir una visión muy realista del movimiento obrero argentino, su fortaleza que se probó con el pasode los años, pero también sus tremendas debilidades ideológicas y políticas, ¿no? una debilidad en la cúpula que traiciona, pero en la base tenés un democratismo que ocasionalmente puede poner límites a los jefes. En consecuencia, lo que había era una pirámide que se regenera continuamente: podés sacar del juego al tipo que está en la cúspide, pero al poco tiempo aparece el que lo sustituyey bueno, sí, el sistema lo capta, lo coopta y traiciona. Pero claro, primero tiene que llegar allá arriba y para llegar tiene que ser representativo de sus bases.

Cuestión que mientras dictábamos todos estos cursos, discutíamos con los trabajadores la idea del plan de lucha. ¿Nosotros en qué estábamos pensando? No éramos tan ingenuos, y tratábamos de impulsar la propuesta de la socialización de los medios de producción. Estábamos apoyando al plan de lucha porque era una manera de establecer el control obrero, paso inicial para luego expropiar a la burguesía de sus medios de producción. No era ese el plan de los peronistas, pero nosotros aceptamos su difusa propuesta y le dimos mucha manija al tema del plan de lucha por que íbamos a las regionales de la CGT y hablábamos con los compañeros sobre la importancia de oponerse a los monopolios.

Creíamos, con una cierta dosis de ingenuidad que no quisiera calibrar precisamente en este momento, que esto suscitaría una toma de conciencia anticapitalista y por eso estábamos dispuestos a «tragarnos el sapo» de la burocracia, convencidos de que estábamos sembrando socialismo. Ese es un lado de la cuestión. El otro es que la burocracia y el peronismo sindical nos estaban usando a todos y que la consigna de la autogestión obrera no tenía la menor intención de ser llevada a la práctica. El comportamiento de esa dirigencia cuando el fallido regreso de Perón a la Argentina fue el *test* ácido que demostró sus verdaderas intenciones en lo tocante al Plan de Lucha y la oposición a Illia. Lo escandaloso de todo esto fue la participación sin fisuras de las dos CGT cuando se concreta el golpe en contra de Illia y sus máximos dirigentes asisten a la Casa Rosada a la jura de Juan Carlos Onganía. Allí esos bandidos reciben una recompensa extraordinaria: las obras sociales para los sindicatos, mientras que para los no sindicalizados queda el desfinanciado hospital público. Fue un negocio redondo para esos pseudo dirigentes que explica el fenomenal enriquecimiento de los más importantes burócratas eternizados en la cúpula del movimiento obrero. Piensa nomás que Ramón Baldassini, de Federación de Empleados de Correos y Telecomunicaciones, estuvo cincuenta y cuatro años al frente de la FOECYT; Luis Barrionuevo creo que debe estar en los cuarenta y dos años en Gastronómicos, Cavalllieri en Comercio. Salvo honrosas excepciones, todos millonarios, mientras las clases populares se empobrecían año tras año.

A. M. *¿Y cuándo te diste cuenta que te estaban usando?*

A. B. No sólo yo, casi todos nos dimos cuenta de esto al cabo de un año, pero estábamos en una dinámica que era muy difícil bajarte de ahí, ¿no es cierto? El Plan de Lucha duró casi dos años. Lo que pasa es que, como te decía antes, me quedaba porque había un tema que era el siguiente: si el peronismo no se radicalizaba por izquierda, iba a terminar siendo lo que fue, la barrera de contención del comunismo. Entonces en la medida que

el plan de lucha ponía en marcha una dinámica social de conflicto, de organización popular desde abajo y aprendizaje obrero del control de las fábricas y todo lo demás –teniendo como horizonte a mediano plazo el tema de la socialización de los medios de producción y la expropiación de la burguesía–, creía que nuestra misión era estar allí para atizar el fuego de la revolución. El argumento me cerraba, aun sabiendo que era demasiado teoreticista, que había riesgos en el mediano plazo y que la traición de esos ideales estaba a la vuelta de la esquina.

A. M. *Me quedé pensando ¿cuáles eran las vertientes ideológicas de Economía y Humanismo?*

A. B. Economía y Humanismo era un grupo que respondía ideológicamente a este cura dominico francés y economista a la vez, Joseph Lebret, que tenía un centro de investigaciones radicado en Uruguay, Centro Latinoamericano de Economía Humana (EH), el Claeh. En la coyuntura de 1964 y ante un gobierno que adolecía de una ilegitimidad de origen –porque había llegado con el 24 por 100 de los votos y el peronismo proscripto–, el grupo de EH propuso un plan de acción muy duro que los tipos del sindicato lo tenían ya pensado, pero nosotros le dimos toda la fundamentación teórica e ideológica. El Plan de Lucha de la CGT en el año 1964, finales del año 1965, implicaba la ocupación de fábricas y movilizar a la clase obrera para avanzar «hacia un cambio de estructuras» en la Argentina. Hay un extenso folleto de la CGT, de unas ochenta páginas, en donde se elabora ese proyecto. En un momento determinado, en el apogeo de esa movilización dijimos que no era suficiente luchar, sino que había que ocupar las fábricas, para que la clase, es decir, las trabajadoras y los trabajadores hicieran el aprendizaje necesario para que en una etapa posterior implementar el control obrero de las fábricas. De hecho, en 1965 hubo unas 10.000 fábricas ocupadas a lo largo del año. Visto en perspectiva, contribuimos involuntariamente a debilitar aún más al gobierno de Illia y, de ese modo, dejarlo servido en bandeja para que fuese desalojado del poder por el

golpe del 1966. Hoy vemos con claridad que lo nuestro fue un error, pagamos el precio de una inexperiencia propia de nuestra edad (en mi caso veintiún años) y creo que por eso le he dedicado tanto espacio a este tema cuando me hiciste la pregunta. Tenía que desahogarme, sacarme un peso de encima y explicar por qué actuamos como lo hicimos. Teníamos muy buenas intenciones, pero no nos dimos cuenta de la jugarreta que los burócratas ya habían armado con los militares. Cuando nos avivamos era muy tarde. Nosotros, jóvenes e inexpertos, nos embalamos mucho con la movilización obrera, que había adquirido un nivel de activación popular impresionante. La dirigencia peronista no tenía la menor intención de pegar un salto revolucionario, aunque para nosotros podría ser como un salto pre-revolucionario, una «gimnasia pre revolucionaria». Para los burócratas del peronismo era simplemente una simple táctica: «pego, negocio y me voy», ¿no?, un recurso para negociar concesiones corporativas; para nosotros, en nuestra imaginación, era parte de una estrategia de empoderamiento de los sectores obreros, una especie de ejercicio, ¿cómo le llamaban ?, ejercicio pre revolucionario, una cosa así destinada a crear las condiciones para luego, una vez maduradas las «condiciones subjetivas », pegar un salto hacia la conformación de un poder popular. Nos equivocamos.

A. M. *En ninguno de los dos casos habían pensado la posibilidad de un golpe de Estado para resolver la situación,* ¿el *objetivo cuál era, que se convocara a elecciones, que se levantara la proscripción del peronismo?*

A. B. Formalmente, de labios para afuera, que se levantara la proscripción del peronismo y llamar a elecciones limpias, pero no se tenía claridad acerca del hecho de que los milicos jamás le habrían permitido a Illia hacer una convocatoria a elecciones legalizando el peronismo. Por otra parte, la burocracia sindical no estaba tan incómoda con el peronismo proscripto. Como ya te lo dije, en diciembre de 1964 Perón intentó volver a la Argentina y no pudo, pero no porque Illia no quería, sino porque los mili-

tares vetaron esa iniciativa con la cómplice pasividad de la CGT. Pese al revés de Río nosotros seguimos con nuestras actividades y propusimos esa táctica de lucha que te digo, fue muy exitosa en cuanto a un ejercicio pre revolucionario, pero no tenía un objetivo final, o sea, era una táctica sin estrategia o, mejor dicho, la estrategia nuestra no era la de los burócratas que se apropiaron de la táctica y tenían una estrategia diferente: golpear, negociar y desmovilizar, quees lo que hace siempre el sindicalismo, , ¿no? Pero, aparte de ello, para nosotros fue una experiencia de una riqueza extraordinaria y creo que para el movimiento obrero en esa época también, porque los cursos eran muy buenos, dado por profesores de mucha experiencia. Yo y mi amigo Héctor Goglio éramos los más jóvenes, pero había otros con mayor trayectoria: Gonzalo Cárdenas en Historia, Javier Villanueva y Carlos Leyba en Economía, Floreal Forni y José Luis de Imaz en Sociología, Carlos Juan Zavala Rodríguez, en Cooperativismo y Derecho Laboral; Julio César Neffa y Héctor Abrales (desaparecido por la dictadura cívico-militar de 1976), ambos profesores de Filosofía Social. Desgraciadamente la CGT utilizó todo eso para crear un clima que hizo más digerible el golpe de estado de Onganía en el 1966.

A. M. *¿Qué sindicatos recordás? ¿Tuviste oportunidad de estar en Luz y Fuerza?*

A. B. Sí, hice cursos ahí en Luz y Fuerza, acá en Capital, en Mar del Plata y después el otro sindicato el de los textiles, la AOT, Asociación Obrera Textil, FONIVA (vestido), el gremio de la carne, no recuerdo ahora le nombre exacto, anduvimos en varios sindicatos y aparte en regionales de la CGT. Fue una muy buena experiencia para los dirigentes jóvenes, y en todos los casos tratábamos de introducir la idea de las contradicciones del capitalismo, pero muy lentamente porque la conciencia peronista era muy muy refractaria y siempre saltaba el tema de la «tercera posición», «ni yanquis, ni marxistas», «necesaria la armonía entre capital y trabajo» y toda esa cantinela reaccionaria según la cual solo hay una clase de personas: los que trabajan y por lo tanto la

lucha de clases es un sinsentido que aún hoy perdura, si bien de modo atenuado, en el imaginario del peronismo. Por eso había que hablar de clases sociales con mucho cuidado, porque la primera reacción era siempre de escepticismo cuando no de rechazo. Pero los tipos estaban en la lucha, sólo que no la interpretaban desde una óptica marxista y no entendían el carácter estructural del conflicto. Por eso preferían hablar, como hasta hoy es tan común en el universo peronista, de «pujas distributivas», una forma de expresión amable y eufemística que evitaba caer en el discurso marxista, subversivo, de la lucha de clases. Recordemos por favor el clima anticomunista imperante en la época.

A. M. *¿Había discusión en ese sentido?*

A. B. Había discusión, no mucha porque nosotros por fuerzaéramos muy cautelosos; además teníamos también nuestras pequeñas confusiones propias de la época, ¿no?, estábamos en tránsito, en una búsqueda. Yo lo digo en *Mi camino hacia Marx.* En ese breve texto explico que yo estaba todavía sumido en la confusión producto de un cristianismo radicalizado, el peronismo con su contradicción entre una base inmensamente popular y su dirigencia conciliadora, en una Argentina cuyo gobierno se estaba viniendo abajo, con una reacción radical fascista muy jodida, con una izquierda cuya interpelación revolucionaria se agotaba en la retórica al no encontrar eco en la conciencia de las masas. Agrego: no teníamos un proyecto claro, yo no lo tenía y ninguno de nosotros lo tenía. Vivíamos con una imagen idealizada de las potencialidades contestatarias del peronismo para ser un factor de cambio profundo en la sociedad argentina. En mi caso, al menos esa imagen se fue desdibujando al mismo tiempo que adquiría una visión más realista de la burocracia sindical y de los límites de lo que podía hacer el peronismo que en sus diversas encarnaciones partidarias cuyas reformas, siempre parciales y puntuales –que de ninguna manera subestimo en su valor–, jamás intentaron trascender, aunque sea un pequeño paso más allá de los límites del capitalismo, para ni hablar de la reconversión

neoliberal del peronismo con Menem. No lo hicieron ni tuvieron –y ni tienen– la intención de hacerlo. Aún bajo los reformistas gobiernos de Néstor y Cristina siempre prevaleció la idea de un «capitalismo con rostro humano»,o «racional» o con «justicia distributiva», verdaderas entelequias que frustraron los más radicales propósitos.

A. M. *Y en dónde veías ese límite, ¿cómo lo viste? ¿A partir de esta experiencia también?*

A. B. Sí, a partir de esta experiencia y de la comprobación de que aun en un momento de auge de movilización de masas, lo que hizo la dirigencia sindical fue garantizar que ese proceso se detuviera en ese punto y no se avanzara ni un paso más. Fue admirable, y lamentable, la capacidad de la burocracia para controlar un acontecimiento tan tumultuoso como ese. La retórica de la «socialización de los medios de producción» fue una consigna oportunista, pero sin la menor pretensión de ser llevada a cabo. Esa actitud a mí me abrió los ojos y me dije que si en un contexto de fuerte movilización de masas como este la dirección sindical pisa el pedal del freno es evidente que no tiene la menor intención de profundizar la lucha por la revolución. Ese viejo aforismo peronista: «con los dirigentes a la cabeza o con la cabeza de los dirigentes» invariablemente resultó desmentido por la historia. La clase estaba más preparada que sus jefes para avanzar por un sendero digamos que potencialmente revolucionario y a la larga aquellos ni se pusieron a la cabeza y tampoco las bases tuvieron la fuerza para cortárselas a quienes trabajaron arduamente para frenar ese proceso.

A. M. *En esta parte del relato mencionaste muchas veces a Guido Di Tella. ¿Cómo fue tu contacto con él?*

A. B. A través de la Democracia Cristiana, donde él encabezaba una lista de izquierda cristiana llamada Comunidad. O sea, yo nunca estuve, nunca, en ninguna organización católica, eso lo quiero remarcar en estas notas. Jamás pertenecí a la Acción Católica o a

la Juventud Católica, nada. Yo simplemente era un creyente que iba a los oficios del día domingo, respetaba las fiestas de guardar, como dicen… y nada más. Pero me acerco a la Democracia Cristiana. En realidad, yo primero me acerqué al radicalismo, en el año 1958 y me desilusionó profundamente. Yo tenía en ese momento casi quince años de edad en la elección de ese mismo año, cosa que ya narré antes; entonces, me acerco al peronismo a través de la Democracia Cristiana, con Guido a la cabeza.

A. M. *¿Ya habías leído algo del marxismo ahí?*

A. B. Ya había empezado a leer algo del marxismo, o de socialismo comunitario cristiano, que te planteaba algo similar. Y por supuesto, mi salvavidas en medio del océano encrespado en el cual estaba yo metido mientras buscaba una síntesis para teórica para entender y acabar con el capitalismo, fue la obra de Jean-Yves Calvez, en el trabajo que también te mencioné *El pensamiento de Carlos Marx*.

A. M. *¿Esta es tu primera llegada a Marx?*

A. B. De modo sistemático sí. Un libro, todavía me acuerdo cómo era: un ejemplar voluminoso, de más de setecientas páginas, que lo perdí cuando después del golpe en Chile saquean mi casa, sacan mis libros a la calle y hacen una hoguera con ellos. Había dejado mi biblioteca personal, porque cuando me fui a Harvard, pensaba regresar a Chile en dos años. Lo había publicado la Editorial Taurus, de una tapa roja cruzada o combinada con una franja color ocre y otra blanca, muy linda.

Y, el libro era brillante. Primero, porque Calvez era un erudito del marxismo. Un tipo que había estudiado el marxismo así, al dedillo. Vos terminabas de leer el libro y la conclusión era que estaba todo bien con Marx, salvo el tema del ateísmo. Pero, este era un asunto, decía Calvez, que debía ser resuelto en el ámbito privado y que el cristiano podía seguir conservando su fe en el mensaje de Cristo y en Dios y todo lo demás, pero que eso no quitaba que, como método de análisis, como interpretación de la

sociedad burguesa, y como propuesta de transformación social, económica y política, la obra de Marx era imprescindible, ¡Imagínate para míeso fue una «revelación», como la de Paulo de Tarso en el caminoa Damasco!

A. M. *¿Eso cuándo fue? ¿Cuándo llegas a ese el libro?*

A. B. Y… llegué por mi incansable curiosidad. Porque no era que me lo recomendaban para leer en la UCA. Lo descubro creo que leyendo una reseña de su aparición en la *Revista Criterio*, que era de un cierto (muy moderado) progresismo católico. Además, yo me pasaba todas las tardes, por lo menos me pasaba una hora, hora y media, recorriendo «librerías de viejo». El libro había salidoen España, a fines del año 1961; debe haber llegado a la Argentina a mediados o finales de 1962. Salía de laburar y a mirar libros. Y derepente veo este libro, es nuevo, en una vitrina, no sé si fue en elAteneo (calle Florida) o dónde. *El pensamiento de Carlos Marx*. Me llamó la atención, yo no conocía al autor salvo por la nota de *Criterio.* Decía: Jean-Yves Calvez, S.J.: «¡Un jesuita hablando del tema! Un libro así me lo compro, pero de cabeza». Era caro, por ser importado, pero igual lo compré. Y me lo devoré.

Estamos hablando del año 1962. Ya había oído cosas terribles deMarx. En la UCA y en los medios las aberraciones de Stalin eran emanaciones del pensamiento de Marx, el genio del mal. No dejaba de preguntarme si, entonces, las de Hitler fluían del mensaje de Cristo en el Sermón de la Montaña. En fin, ya había leído *El Manifiesto,* aunque todavía con cierta desconfianza. Después de Calvez el temor desapareció y me lancé con todas mis fuerzas al estudio de la obra de Marx y los marxistas. Los obstáculos que me erigía mimenguante fe religiosa fueron barridos por la obra del jesuita, razón por la cual le estaré eternamente agradecido. Lo bueno es que tuve ocasión de contarle esto y sonrió con satisfacción. Vino a la Argentina varias veces después de la recuperación de la democracia.

A. M. *Volviendo a la línea histórica de tu etapa de la UCA, y claramente vinculado a este acercamiento al marxismo, me decías que con Onganía te despiden a vos y a otros profesores. ¿Qué hiciste entonces?*

A. B. Un poco antes de eso, creo que, a finales de 1965, la Fundación Bariloche crea un departamento de Ciencias Sociales y seleccionan algunos jóvenes de la Argentina, de Brasil, de Chile y nos invitan a trabajar en el marco de esa iniciativa. Uno de los directores de ese programa de la FB era Torcuato. Entre esos jóvenes (yo era el menor) estaban Manuel Mora y Araujo, Nilda Sito y RubénKatzman, de Argentina, el brasileño Simón Schwartzman, Edmundo Fuenzalida, de Chile, algunos otros cuyos nombres ahora se me escapan. Fuimos tres o cuatro veces a Bariloche a reunirnos, a discutir ese proyecto que tenía como director general a un sociólogo suizo, Peter Heintz, representante de la vieja escuela sociológica alemana que había sido el primer director de la escuela de Sociología de FLACSO. Él trabajaba la temática de las «teorías de alcancemedio» sobre el desarrollo económico y social. Tenía algunas hipótesis muy sugerentes y las discusiones eran por cierto muy enriquecedoras. Total, que me quedo cabalgando a mitad de camino entre el Di Tella y la Bariloche hasta el golpe de Onganía. A todo esto, ya como te había dicho, yo estaba fuertemente involucrado en el Plan de Lucha de la CGT en contra del gobierno de Illia. Ya se prefiguraba lo que sería mi vida, metido en tantos proyectos e iniciativas. Esos tiempos atestiguaron una radicalización muy fuerte en algunos sectores de los jóvenes católicos (no hablo de la JUC o la Acción Católica, por supuesto) y en general de la juventud argentina, lo que le dio pie a aquellos trogloditas que dijeran que el país estaba cayendo en las garras del comunismo, textualmente, tal como telo mencionara antes.

A. M. *fípocas también de diálogos explícitos entre católicos y marxistas, cristianos y marxistas.*

A. B. Sí, producto de un papado reformista como el de Juan XXIII y el Concilio Vaticano II. Ese Papa, popular como pocos,

hombre de origen campesino, de modales campechanos abrió la caja de Pandora por suerte, ¿te das cuenta? Él era un cura de pueblo, por eso se atrevió a hacerlo. Y quienes estábamos en el progresismo cristiano o en la izquierda cristiana habíamos venido creciendo en influencia en el departamento de Sociología de la UCA. Este estaba compuesto por un elenco estable dirigido por José E. Miguens acompañado por Eduardo Zalduendo como profesor de Metodología y el sacerdote jesuita, graduado en la Gregoriana, Antonio Donini, para dictar Introducción a la Sociología. Tiempo después se incorporó Francisco Suárez, que vino de Indiana con un *abd* (*all but dissertation*) y ofrecía una perspectiva muy atractiva centrada en el tema del conflicto que resultó muy útil para contrarrestar el «parsonismo» de Miguens. Suárez se basaba en la obra de varios autores (G. Simmel, L. Coser, R. Dahrendorf, etc.) y lo pusieron el frente del Centro de Investigaciones Sociológicas que resultó muy vivificante. Suárez no era marxista (ninguno lo era), pero de alguna manera nos hizo sintonizar una onda cercana a Marx, sobre todo cuando él hablaba del carácter estructural del conflicto de clases en las sociedades capitalistas. Además, legitimaba nuestro interés en el filósofo de Tréveris que antes estaba totalmente por fuera de nuestro horizonte de visibilidad. Después llegó un cura de origen irlandés, un típico *radical* estadounidense, llamado Justino O´Farrell que venía de hacer sus estudios de posgrado en la Universidad de California (Berkeley). Cercano al marxismo eran también las enseñanzas de un gran sociólogo, Floreal Forni; un hombre inteligentísimo que hacía clases de Sociología Urbana. Él se uniría, tiempo después, a Gonzalo Cárdenas para crear las «cátedras nacionales» en Sociología de la UBA, posterior al golpe del 1966. Justino era otro *abd*, no había terminado su tesis y regresó a la Argentina para darnos clases de Antropología Social, en una onda muy marxista. Llegó a ser decano de Filosofía y Letras durante el breve gobierno de Héctor Cámpora. Para nosotros Justino fue un descubrimiento fenomenal porque derrumbó todo el edificio de Talcott Parsons, todo el estructural-funcionalismo que propiciaba Miguens y empezamos a abrirnos a otras cosas. Era

un gran profesor, un poco enredado cuando exponía, pero enormemente creativo. Eso fue en el tercer año, en 1962, en el marco de creciente movilización y radicalización de todos nosotros en donde ganamos una batalla tremenda en contra el rector Derisi cuando exigimos, como te conté, que hubiera cursos de Psicología. Su respuesta fue mandarnos a tomar un curso de Psicología con un grafólogo, Pedro G. D'Alfonso, que era muy bueno en lo suyo (¡aunque en cualquier trazo de tu escritura invariablemente veía tu irresistible búsqueda de Dios!) y a otro que era un psicólogo experimental muy dogmático. Tomamos esos cursos, pero seguíamos diciendo que queríamos «psicoanálisis duro». Por suerte había un psicoanalista católico que era un muy reconocido profesional; era mucho más psicoanalista que católico y se llamaba, también te dije creo, Raúl Usandivaras. Él vino con todo su equipo entre los cuales, para espanto de los curas de la universidad, se trajo a una mujer que era judía, divorciada, psicoanalista y neo marxista, precursora del feminismo radical: la ya mencionada Janine Puget. Y Janine nos metió una licuadora en la cabeza. Ahí entonces estábamos transitando por un camino que en la mayoría de los casos debía terminar en Marx. En mi caso, te digo, la lectura de aquel libro de Calvez, fue decisivo, pero había ya un mar de fondo que se venía agitando y que el psicoanálisis duro de Janine lo que hizo fue allanar el camino hacia una nueva, más radical, comprensión de lo social.

Además, nosotros ya en aquella época habíamos armado, en el año 1961 en la UCA, un grupo de investigación para hacer trabajos prácticos y decidimos hacer una investigación sobre las condiciones sociales imperantes en los Valles Calchaquíes, de Salta. Imaginate a nosotros en el año 1961 en Salta en los Valles Calchaquíes, vos que cantás *La Pomeña*, ¿sabes lo que eran La Poma, Tolombón, La Viña, Cafayate hace sesenta años? Salvo Cafayate, que era un pequeño pueblito, el resto era un páramo absoluto, con ranchos llenos de vinchucas que poco más y te llevaban en andas. Ver tanta pobreza en medio de tanta riqueza potencial (aunque siempre había unos pocos que se apoderaban de esa riqueza),

también fue una experiencia que nos movilizó y nos radicalizó. Íbamos como parte de una misión católica organizada por curas progres para bautizar pibes y casar parejas que estaban unidas de hecho. No había casi curas en ninguno de esos pueblos, salvo Cafayate. La misión en realidad fue una oportuna protección contra los belicosos terratenientes de la zona, que no querían saber nada de gente que viniera a inmiscuirse en sus fincas y aldeas y sembrar ideas disolventes entre las gentes del común. Esa investigación, de la cual sacamos una pequeña publicación, nos enfrentó de bruces, sin mediaciones, con la Argentina profunda de la pobreza estructural e histórica, heredada de la colonia, con sus jerarquías sociales de castas, la explotación de los pobres, la misoginia, el patriarcado, el tradicionalismo ideológico, la opresión de la mujer, los engaños de los curas aliados a los ricachones de la zona. Ese norte argentino tan exaltado por las canciones folklóricas tradicionales, de repente, se nos apareció como un infierno de miserias e injusticias. Cuando veías esa realidad tenías ganas de empuñar una metralleta y salir a matar oligarcas.

A. M. *Me decías anteriormente que querías retomar algo de Germani.*

A. B. Sí. Mi acercamiento con Germani empieza ya más o menos en 1963, cuando me conoce por el trabajo con Torcuato y además me ve en algunas clases y conferencias. Hay un par de hechos muy significativos: primero una serie de seminarios que él ofreció en el IDES, Instituto de Desarrollo Económico y Social. Recuerdo uno en particular dedicado a cuestiones epistemológicas y metodológicas y en donde Germani era muy cuestionado por Miguel Murmis y Eliseo Verón, que eran sus discípulos en rebeldía y que lo cuestionaban sin cesar. La crítica, como suele suceder en Argentina, era muy radical, sin puentes posibles de diálogo. Recuerdo un debate sobre la «neutralidad valorativa» en las Ciencias Sociales y la impugnación que le hacían a Gino diciéndole que la supuesta neutralidad era un mito. «¡Usted no es neutral, toma partido y no lo explicita!», Germani era muy inteligente y además

solía ser muy sarcástico en sus polémicas. En ese caso dijo, muy bien, tienen razón. Y preguntó: «si yo digo que el 25 por 100 de los varones de la ciudad de Buenos Aires es de origen migratorio por favor, ¿dígame dónde está el juicio de valor?». Se escapaba por la tangente porque la falta de neutralidad está menos en el llamado contexto de verificación –los datos que surgen de una investigación– que en el contexto de descubrimiento, es decir, en el momento en que el investigador diseña su proyecto y decide qué datos se necesitan para probar su teoría. Ellos replicaban diciendo que: «usted está interpretando que la urbanización es un fenómeno natural, o algo así». Y respondía con una «tanada»: «¡*Ma no*! Yo no estoy interpretando nada, ni me preguntaron si era un fenómeno natural o una creación de algún espíritu maligno. A mí como sociólogo me preguntan cuál es la composición de la población masculina urbana de Buenos Aires y yo les digo que 25 por 100 vienen del campo, ¿dónde está el juicio de valor ahí?». Respuesta: «no, el juicio de valor está en el enfoque suyo que elabora el dato, que cosifica el dato», y ahí ambas partes entraban en una interminable y, para mí, estéril discusión epistemológica. Es cierto que el empirismo del primer Germani hay que entenderlo como una respuesta reactiva ante la «sociología católica» o la «filosofía espiritualista» que imperaba en las universidades nacionales durante el peronismo, en donde falangistas o fascistas como Rodolfo Tecera del Franco y Fernando N. Arturo Cuevillas llevaban la voz cantante. Lo de ellos era un ensayismo de cuarta (ojo que tengo enorme aprecio por el ensayo, cuando es de calidad: por ejemplo, los de Roberto Fernández Retamar sobre la cultura latinoamericana son verdaderas joyas del intelecto), un panfletismo reaccionario y ante lo cual Germani oponía una construcción metodológicamente muy rigurosa con un fuerte basamento empírico más allá del debate sobre las teorías que nutrían ese enfoque. En todo caso es preciso reiterar lo dicho más arriba: que el tema de la neutralidad se refería fundamental, si bien no exclusivamente, a lo que en metodología denominan «contextos de descubrimiento», es decir, los marcos teóricos y las hipótesis que guían una investigación, así

como a sus usualmente silenciosas premisas más que al «contexto de verificación» en donde el análisis de datos duros surgidos de dicho trabajo ofrece menos flancos a la crítica sobre la supuesta neutralidad valorativa. La respuesta de Germani se recostaba sobre esto y hábilmente desviaba la atención del otro tema, el «contexto de descubrimiento» en donde la neutralidad es imposible, al menos en temas socialmente relevantes. Yo no me perdía ninguno de estos eventos, estaba siempre ahí en primera fila tomando nota: «tosió Germani, se enoja Miguel, carraspeó Eliseo Verón» [risas].

La relación se tornó más estrecha cuando se puso en marcha lo de la Fundación Bariloche y pudimos vernos con cierta frecuencia. Teníamos algunas cosas en común: uno, mi ancestro itálico; dos, ser perito mercantil (recordar que Gino se recibe como *Ragionere*, es decir, Contador Público en Italia); tres, su pasión por la evidencia empírica (cuantitativa o cualitativa, histórica, etc.). Sentía, como yo, un profundo odio a los fascistas (había estado brevemente en prisión, detenido por sus actividades antifascistas en 1930 siendo un joven de diecinueve años y condenado a cuatro de confinamiento, pena que, por conexiones familiares, luego se redujo a unos pocos meses, pero quedó bajo la permanente vigilancia del régimen. En 1934 se exilia en la Argentina luego de un largo proceso burocrático que le impedía salir de Italia. También sentía un odio visceral por la Iglesia Católica, por la derecha católica y losfachos. Me acuerdo como si fuera hoy una de las primeras veces que pude conversar con él ahí en la casona de Virrey del Pino, en el barrio de Belgrano, donde se había instalado el por entonces llamado Centro de Sociología Comparada del Instituto Di Tella, y le pregunté: «¿qué piensa del peronismo? Estoy leyendo su *Política y Sociedad* y usted dice muy claramente que el peronismo no es fascismo, pero que la elite del peronismo, o algunos de sus integrantes, sí lo eran». Y me dice «mire, a mí no me la viene a contar nadie. Yo estuve en la marcha sobre Roma en el año 1922, vivía en Roma, era chico tenía once años, pero no era un estúpido, mi padre me llevó a ver lo que estaba pasando». Le pregunté: ¿Cómo fue la marcha sobre Roma? «Fue una enorme

muchedumbre, uniformada, todos con camisas negras, que entró desfilando disciplinadamente sobre Roma. Lo hicieron un 30 de octubre. El mes es la única semejanza», me dijo burlón: «Aquí los que llegaron a la Plaza de Mayo el 17 de octubre eran gente común y corriente; obreros o trabajadores muy pobres, desorganizados, aquello era un caos absoluto, ni remotamente un desfile o una marcha. Fue una eclosión espontánea». Cabe recordar, ahora que te respondo, la precisa descripción de Scalabrini Ortiz sobre este acontecimiento de masas: «Fue el subsuelo de la Patria sublevado», el trueno popular del 17 de octubre de 1945. «Además» –siguió diciendo– «el contenido de clase era completamente distinto. Los de Roma en su mayoría eran tipos de clase media y baja clase media; aquí eran obreros de baja calificación y desocupados, y no es cierto que Filomeno Velázquez, jefe de la Policía Federal y amigo de Perón, los hubiera organizado porque aquello era inorganizable, fue un estallido que tomó a todos por sorpresa, inclusive a Perón. Esa Argentina que yo vi en la tarde del 17 de octubre no la había visto nunca. Intuía que habría algo de gente así en los suburbios, pero no tanta y tan desvalida.Claro que entre la elite del peronismo había algunos nacionalistas, algunos católicos reaccionarios e inclusive fascistas; pero su base social, a diferencia de la del fascismo, era obrera, popular. Era una cosa completamente distinta a lo que había visto en Roma».

Entonces, ¿Qué me impresionó de Germani? Bueno, primero,la rigurosa «artesanía intelectual» (*Wright Mills*) que trasuntaban sus trabajos de investigación y sus escritos, aun aquellos en los cuales sus tesis eran erróneas. En ese sentido fue una fuente de inspiración más allá de desavenencias o cuestionamientos puntuales. Tenía un manejo muy inteligente y sutil de los datos, sean estos censales o provenientes de las encuestas. Los «leía» muy bien y los interpretaba creativamente. Integró un equipo que hizo una encuesta internacional sobre estratificación social en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay. Él se encargó de la parte argentina y el cuidado con que elaboraba las categorías, las preguntas y hasta la atención puesta en el entrenamiento de los encuestadores reflejа-

baun rigor intelectual que sobrevivía a los desacuerdos que podía uno tener con su marco teórico o con sus posturas políticas[22].

Como te decía, Germani me ofreció una clave interpretativa muy valiosa para echar luz sobre un acontecimiento fundamental de la historia argentina, como el 17 de octubre. Claro que su comprensión del peronismo como fenómeno político-estatal no siempre fue la correcta. Especialmente en *Política y Sociedad en una* época de transición da la impresión de ser un texto escrito bajo el peso aplastante de una cultura fuertemente establecida en las capas medias ilustradas de la Argentina y en los grandes medios de comunicación, en donde la caracterización de Juan Perón como «dictador» y su gobierno como «totalitario» eran moneda corriente, y eso es algo que, lamentablemente, se refleja en ese libro. Hay que recordar que el régimen militar fue implacable en la persecución del peronismo o cualquier cosa que lo justificara, y que muchos escritores corrían el riesgo de ser estigmatizados y perder su trabajo por un desliz que arrojara dudas sobre el carácter totalitario del peronismo. El capítulo nueve fue escrito en 1956 y, como dice en la nota aclaratoria al comienzo de sus páginas, se afirma que «tenía por propósito principal distinguir claramente el fenómeno peronista de los demás movimientos totalitarios europeos con los cuales se le solía confundir». Pero, afortunadamente, Germani fue revisando estos planteamientos iniciales y en sus trabajos posteriores, especialmente en *Autoritarismo, fascismo e classi sociali* (de 1975, que creo nunca se tradujo al castellano) hace una lectura muy diferente del fenómeno del peronismo, emancipado ya del lastre del consenso pesadamente establecido en los años inmediatamente posteriores al golpe de 1955 en donde la única manera «políticamente correcta» para hablar del peronismo era apelando a categorías tales como «totalitarismo», «tiranía», «dictadura», y otras por el estilo. Lo mismo puede advertirse en lo que sería su trabajo póstumo, *Democracia y autoritarismo en*

[22] Una interesante reflexión sobre Germani como investigador la hacen Jorge Raúl Jorrat y Ruth Sautu en un libro llamado *Después de Germani*.

la sociedad moderna, publicado en los dos magníficos volúmenes colectivos que con el título de *Los Límites de la Democracia* publicara CLACSO en 1980. No fue para nada casual la apelación a la categoría «nacional-popular» en sus análisis sociopolíticos posteriores a *Política y Sociedad*. Hay que recordar que Germani fue una suerte de gladiador intelectual durante toda su estancia en la Argentina: desde su llegada fue discriminado por la derecha; vetado para ingresar a la Universidad de Buenos Aires durante el peronismo, y combatido en los años inmediatamente posteriores a 1955 por algunos intelectuales peronistas (Hernández Arregui, Jauretche) que no le perdonaban su crítica al «carácter de pseudo izquierda del peronismo»; y fustigado por la izquierda por sus orientaciones teóricas derivadas de la academia norteamericana; y por los *services* y los militares que lo veían como un cómplice de la izquierda revolucionaria en la Argentina, a la cual proveía de cobertura con sus proyectos y sus instituciones. En resumen: durante toda la década del primer peronismo Germani fue inhabilitado para trabajar, en docencia o investigación, en cualquier instituto educativo público de la Argentina. Además, era hostigado por los liberales, los conservadores y la derecha católica neo franquista, que lo consideraban un «compañero de ruta» que con sus sofismas conducía a la juventud argentina hacia el comunismo; y por la izquierda, que le criticaba por su supuesta negación de la importancia de las cuestiones clasistas o la lucha de clases.

Durante un tiempo, yo fui un ayudante en el Di Tella. Pero a mediados de 1965, Germani abandona el país y asume su cátedra en Harvard. Estaba harto del hostigamiento de que era objeto, sobre todo de la derecha y del SIDE que lo consideraba un individuo «extremadamente peligroso» por su influencia intelectual. Creo que se vio venir el golpe de la derecha fascistoide y decidió aceptar un ofrecimiento que aquella universidad le venía haciendo desde hacía varios años. Lo designan profesor, le dan una cátedra especial: la *Monroe Gutman Chair in Latin American Studies*, la más importante cátedra en estudios latinoamericanos de esa universidad. Era un profesor *top*, un contrato muy bueno

y se va él con su mujer, Celia, y los hijos (Luis y Ana). Vino dos o tres veces, creo, a la Argentina, y a veces lo veía en reuniones de la Fundación Bariloche. El cambio en nuestra relación se produjo cuando en 1968 fue a la FLACSO/Chile a para dictar un curso intensivo de un par de semanas. Fueron lecciones bien atractivas porque él ya había escrito su *Sociología de la Modernización,* un texto que marca su ruptura con su obra anterior y donde aparece recuperando algunos criterios o tesis propios de la teoría de la dependencia, revelando de ese modo su convencimiento de que el esquema teórico utilizado previamente, de raíz parsoniana, ya no le cerraba mucho. Y eso se lo criticaban gentes como José Nun, por ejemplo, que señalaban con razón que *Política y Sociedad* era un libro esquizofrénico: en los primeros cuatro capítulos había una exposición muy detallada y acrítica de los principios y grandes tesis del estructural-funcionalismo. Pero a la hora de proceder al análisis de la realidad latinoamericana y argentina ninguna de aquellas categorías era puesta en movimiento o utilizada por Germani. Por eso le decían: «usted habla mucho de esto, pero en realidad es un saludo a la bandera, lo hace para quedar bien con sus amigos en Harvard, pero después a la hora de la verdad, sus análisis apelan a otras categorías y contextos teóricos distintos al estructural-funcionalismo». Asimila esa crítica y la corrige en parte en *Sociología de la Modernización* y que luego corona en sus escritos postreros anteriormente mencionados. Cuando llega a Chile estaba en pleno proceso de redefinición teórica y por eso el curso que dictó en FLACSO fue muy estimulante.

A. M. *¿Te vas para Chile después del golpe?*

A. B. Sí, ahora te voy a contar; claro, fue enero de 1967, seis meses después del golpe. Terminemos la historia con Germani. Como te decía, el reencuentro en Chile fue muy interesante y es ahí donde él me dice: «bueno Atilio, véngase a hacer un doctorado a Harvard», y yo, «pero Gino, ya me presenté a Berkeley y me bocharon» y le repetí la historia del Carlos Pellegrini y de

Filo[23] y me dice «no se preocupe, yo voy a hablar con la gente del comité para que consideren su caso, pero tiene que presentarse» y me repitió varias veces esa orden. Estas palabras fueron premonitorias en mi vida: «si va a Harvard y vuelve con un doctorado va a obtener un seguro de vida para usted y su familia, y lo necesita porque usted no es una persona de fortuna»… y lo dijo medio así, punzante… «como alguno de sus colegas» refiriéndose a gente que tenía una situación económica muy holgada y que son por todos conocidos. Y siguió: «usted no es como ellos, usted tiene otra condición, usted pertenece a *una píccola borghesia*, me lo dijo así en italiano, por lo tanto, esto para usted va a ser un seguro de vida, usted va allá, haceel doctorado y después va a tener trabajo siempre». Le estaré eternamente agradecido por ese consejo. El otro que me recomendó fue Karl Deutsch, que también nos hizo clases en FLACSO. El proyecto casi naufraga porque mediante una carta fechada el 10 de marzo de 1970 la jefa de la Oficina de Admisiones de Harvard me comunicó que mi candidatura había sido rechazada y que me deseaban mucha suerte en mi búsqueda de admisión en otra universidad. Tuve buenos reflejos, apelé, solicité que se revisara mi caso y me pusieron en una *waiting list*. Finalmente, dos meses después me concedían la admisión. Por lo visto, a mí me cuesta mucho ser admitido: el Pellegrini, Filo, Berkeley, Harvard… Me consta que Germani y Deutsch intercedieron sus buenos oficios por mí, y lo mismo hizo Robert Dahl desde Yale. Por suerte a todos los hice quedar muy bien con mi doctorado, que lo terminé, creo, en tiempo record: cuatro años y medio con los «exámenes generales» aprobados y la tesis escrita (696 páginas) y presentada. Tesis titulada *La formación y crisis el estado oligárquico-liberal en Argentina: 18801930*, que desgraciadamente nunca publiqué. Apenas el capítulo final fue incorporado en la *Antología esencial* que publicó CLACSO, en 2020 y nada más. Pese a la recomendación de publicación, para las editoriales universitarias de Estados Unidos, era demasiado

[23] Forma abreviada que se utiliza para nombrar a la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA.

larga. La Harvard University Press me dijo que la publicaría, pero que tenía que reducirla a la mitad. Tomé la tesis y me marché de un portazo, me pareció un insulto invitarme a mutilar un esfuerzo como el que había hecho en los últimos años.

Pero me preguntabas por Chile. Cuando viene el golpe pocos pensábamos que la derecha medieval, franquista, enquistada en la UCA iría a animarse a tanto. Juan Carlos «Lalo» Alsogaray, Patricio Biedma, Hugo Perret, en fin, casi todos mis amigos no creían que ocurriría lo que algunos –Héctor Goglio, Gustavo Tesoriero, Mario Marolla y yo, principalmente– presentíamos que podía pasar. Yo a todo eso venía complementando mis compromisos con Torcuato en el Di Tella y la Fundación Bariloche, que podía hacer desde mi casa aun antes de la actual era del «teletrabajo», y un *parttime* de cuatro horas en el Consejo Agrario Nacional, que estaba en la calle Lavalle casi Callao. Allí había un departamentito de Sociología Rural que dirigía Francisco Suárez y que tenía como segundo a Floreal Forni. Esa oficina la cerraron los milicos porque se hablaba de reforma agraria y de promoción del campesinado, todos temas tabús, y nos echaron a la calle. Despidieron estos jefes y poco después comencé a recibir llamadas telefónicas amenazantes en mi casa: «hijo de puta, qué haces acá, te vamos a matar, tomátelas», la misma metodología que venían empleando con Germani desde mucho antes.

ESCAPE A SANTIAGO, LATINOAMÉRICA EN MI PIEL

A. M. *¿Qué hiciste entonces?*

A. B. Cuando estaba casi al borde del *knock out* en septiembre Torcuato me dice: «che, mirá que va a llegar una misión de FLACSO/Chile para entrevistar posibles becarios para estudiar Ciencia Política». Tema sobre el cual ya hablamos y no voy a repetir ahora. Torcuato había sido profesor en la FLACSO en los años 1957, 1958, ni bien se inauguró. Me entrevistaron y, a principios de noviembre, me mandan una carta diciéndome que me habían admitido para hacer una Maestría en Ciencia Política. FLACSO tenía una escuela tradicional de Sociología y habían abierto esta nueva de Ciencia Política y Administración Pública. Habían iniciado la primera promoción, pero lo hicieron en dos etapas: primero trajeron un grupo muy chico de gente –unos ocho– y después salierona reclutar para el lanzamiento formal de los cursos en marzo de 1967, y ahí es cuando ingreso al programa. Para mi familia fue nuestra salvación porque, como te dije yo, lo de Berkeley se había pinchado; no había enviado solicitudes a otros programas doctorales y tampoco tenía otros contactos. En ese marco, lo de Chile erauna muy buena alternativa: tenía la ventaja de que estaba cerca de Argentina, podía ir y volver, aunque con los milicos no tenía ninguna gana de hacerlo, y además mis padres podrían venir a visitarnosy, sobre todo, visitar a sus únicos nietos. Conclusión: nos fuimospara Chile.

A. M. *¿Te vas con la familia?*

A. B. Sí, con una hija y con Nora ya embarazada de Pablo. Tenía una beca razonablemente buena, lo que en parte se debió a los buenos oficios de Norberto Rodríguez Bustamante, como

ya te dije, lo que me permitió alquilar un departamentito y hasta podía tener una señora que venía unas horas a darnos una mano porque Nora estaba con la beba y el embarazo, y el programa de trabajo de FLACSO era muy intenso y eran pocas las horas que podía estar en casa. Pensá que en aquella época no había pañales descartables – algo que hoy parece una tontería–, y si los había su precio era inaccesible. En aquella época el lavado y secado de esas prendas era una tarea incesante y agotadora. Además, en invierno y con frecuente mal tiempo el secado de esa prenda convertía tu casa en un depósito de pañales colgados por todas partes, cerca de alguna estufa para secarlos a tiempo antes de que el requerimiento de los dos bebes te condujera a una situación extrema. Aparte de esto estaban todas las cosas que exige el funcionamiento de una familia, máxime si no tiene parientes a mano en el entorno inmediato y la mamá está en avanzado estado de gravidez.

A. M. *¿Cómo recordás tu llegada?*

A. B. Bueno, llego a Chile como te decía a principios de 1967, el primer acontecimiento shockeante que me toca vivir en Chile es el suicidio de Violeta Parra. No acababa de llegar y conmoción nacional por ese tema. Entonces mi primer contacto con el Chile profundo fue sentir los alcances de un clivaje, o una «grieta» como decimos hoy en la Argentina. El suicidio de Violeta que para muchos fue algo doloroso, trascendente y muy significativo para otro sector de Chile fue una noticia recibida con alivio. En esos ambientes Violeta no era respetada; era una cantante popular, decían que cantaba mal, que tenía fea voz, que era desgreñada, mal educada, respondona, comunista y bueno, ese fue el clima de opinión durante nuestra inmersión en lo que era Chile en ese momento. En ese tiempo cuando se hablaba de música folklórica la referencia obligada eran Los Huasos Quincheros, que cantaban temas absolutamente frívolos y despojados de cualquier contenido social: el arroyito, el arbolito, los pajaritos, y así sucesivamente. Como ocurría también con el folklore tradicional de la Argentina.

A. M. *Imagino que se abre un nuevo mundo de relaciones allá para vos…*

A. B. Totalmente. Me integré a una cohorte de estudiantes (1967-1968) que, con el correr de los años, probó ser bastante excepcional. Estaba José Miguel Insulza, que fue varias veces ministro de los gobiernos de la Concertación y culminó como secretario general de la OEA, pero que antes había sido un alto funcionario en el Ministerio de Relaciones Exteriores de la Unidad Popular, colaborando con el canciller Clodomiro Almeyda. Insulza tuvo que hacer algunas cosas que personalmente no me gustaron y, me parece, que a él tampoco. En su calidad de canciller del gobierno de la Concertación, bajo la presidencia de Eduardo Frei Ruiz-Tagle, y pese a haberse tenido que exiliar durante la dictadura, tuvo que defender a Pinochet y traerlo a Chile por una razón de Estado. En 1996 había logrado que Fidel retornara a Chile para asistir a la VI Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno. Pero en 1998 tuvo que ir a Londres, donde Pinochet estaba arrestado por orden del juez Baltasar Garzón, y pese a que Insulza estaba a favor de que fuese juzgado el gobierno de Eduardo Frei, disputo que el dictador zafara del juicio e Insulza lo regresara a Chile. Pero, más allá de estos avatares mantuvimos durante todos estos años una estrecha amistad. Mi gratitud también, porque José Miguel fue uno de mis más cordiales anfitriones en Chile.

Otro chileno de quien me hice muy amigo es Yemil Harcha, un hombre vinculado a los palestinos, gran estudioso y uno de los precursores de la reflexión geopolítica que en la FLACSO de aquella época nadie manejaba y era toda una novedad. Un caso especial es el de Patrick Arguello Ryan, nacido en San Francisco e hijo de un nicaragüense y una hondureña que llegó a FLACSO hacia fines de 1967. Patricio hablaba perfecto castellano y tenía una sólida formación académica, como lo demostró en varios de los cursos. Era un joven tranquilo, reposado, nada afecto a exabruptos verbales como los que a veces irrumpían en nuestras discusio-

nes con personeros de la derecha. No te podés imaginar nuestra sorpresa cuando un par de días después del triunfo electoral de Salvador Allende (había ganado la elección del 4 de septiembre de 1970) nos enteramos de que había muerto en un fracasado intento por secuestrar un Boeing 707 de la empresa israelí *El Al* realizado a nombre del Frente Popular para la Liberación de Palestina y en compañía de Leila Khaled. Estaba también entre los alumnos Paul Oquist, otro estadounidense completamente ajeno a la tradición académica norteamericana, y dueño de una sólida formación teórica que poco después de terminar sus estudios en Chile se vincula con la lucha de los sandinistas en Nicaragua. Luego de la victoria del *FSLN Oquist* desempeñaría importantes funciones en el gobierno nicaragüense, hasta su deceso ocurrido en marzo del 2021. Había también algunos brasileños notables, el más importante Luiz Alberto Gómez de Souza, un hombre clave en el laicado por todo el tema de la Teología de la Liberación y activo en las Comunidades Eclesiales de Base, y su mujer, Lucía, una brillante socióloga; estaba Edmur Fonseca que era un cuadro muy importante del Partido Trabalhista brasileño; Deodato Pinto Ribeiro, que se destacó en el estudio de la violencia política. Todos ellos estaban exiliados en Chile. De los chilenos, aparte de Insulza y Yemil, estaba Óscar Cuéllar, quien sería mi gran amigo y colega intelectual a lo largo de toda la vida. Oscar era un tipo brillante, muy culto, un precursor en el estudio de Gramsci en Latinoamérica. Fue la persona que me abrió las puertas para conocer el mundo del Partido Comunista chileno y, conjuntamente, para ponernos a estudiar a fondo el pensamiento de Antonio Gramsci que Óscar tenía más avanzado que yo.

A. M. *¿Vos ya conocías a Gramsci?*

A. B. No. En 1962 Torcuato me dice: —«mirá, tengo un amigo que estuvo en Berkeley y ahora está de paso en la Argentina», —«¿quién es?», —«José Nun», —«ah, he leído algo de él», —«Sí, es él, venite, vamos a almorzar al CUBA». CUBA era el Club Universitario de Buenos Aires, en la calle Viamonte y ahí Torcuato me

lo presenta a Pepe Nun y tuvimos una charla muy amena, muy entretenida sobre la sociología, las Ciencias Sociales y el pensamiento marxista. En un momento del almuerzo comenta: «estoy estudiando mucho a Gramsci». Lo interrumpo y le pregunto: «Gramsci, ¿quién es Gramsci?». Me mira sorprendido, pero con buena onda me explica que: «fue el fundador del Partido Comunista italiano, un intelectual muy importante que renovó la teoría política marxista y sería bueno que lo leyeras». Torcuato me dice: «sí, escribió varios libros, pero el más importante es el que se llama *Notas sobre el Maquiavelo*, te va a interesar, pero no sé si está en la Argentina». Le digo: «no, importa, yo leo italiano», «ah bueno, entonces conseguítelo porque te va a gustar, es toda una visión del marxismo muy diferente a la convencional», me dice. Yo tenía familiares en Italia, mando a pedir el libro, por eso tengo la edición que publicara la muy burguesa editorial Einaudi en 1949, antes de que el Partido Comunista de Argentina, de la mano de Héctor Agosti, la tradujera al castellano. La persona que lo manda, un viejo amigo de la familia, el ingeniero Filippo Montuschi que estaba en Bologna, me manda el libro, pero junto a él una carta cerrada dirigida a Giuseppe Boron, a mi padre, diciéndole…

A. M. *¡Ojo con el nene!*

A. B. Ojo con el nene, ¡cómo pide que envíe estas cosas! ¡Gramsci era un comunista! ¡Pobre Filippo, cómo se le ocurrió a mi padre pedirle justo a él que le envíe ese libro! [risas]

A. M. *¿Tu papá te dijo algo?*

A. B. Por supuesto, intrigado me preguntó: «*¿ma cosa stai leggendo*?», así, en italiano. —«Un autor italiano muy importante», —«¡*si, ma comunista*!», —«bueno, comunista, socialista». Imaginate, en esa época hablar de todo eso. En todo caso ese almuerzocon Pepe y Torcuato fue otro hito y yo por eso les guardo tanta gratitud a Torcuato por su invitación y a Pepe, por ese sabio consejo. Vuelvo a decirte que fui un tipo con mucha suerte en eso, beneficiado con la sabiduría que fluía en conversaciones con personas muy inteligentes y muy bien formadas.

A partir de ahí me puse a leer su obra, pero no de una manera muy sistemática porque en la Argentina estaba metido en muchos proyectos y no podía ser un estudiante de tiempo completo. Pero al llegar a Chile y encontrarme a alguien como Óscar, que hacía ya unos años que estaba estudiando la obra de Gramsci, nos propusimos seguir trabajando sistemáticamente sobre el tema. Él estaba militando en el Partido Comunista, su familia era del Partido Comunista y ahí yo me fui acercando mucho al partido, cosa que se fue acentuando a medida que pasaban los años y veía, sobre todo después del triunfo de Allende, que la línea que el partido proponía para su intervención en el proceso político chileno era la más adecuada si se la comparaba con la que proponía un sector muy significativo del Partido Socialista que nunca entendió la propuesta de su candidato. Es más, te diría que por momentos tuve la impresión que un sector del Partido Socialista boicoteó la campaña presidencial de Salvador Allende. Pero sobre eso quisiera volver más adelante.

A. M. *¿Cómo eran tus vínculos con el Partido Comunista en Chile?*

A. B. Participaba en reuniones informales con chicos vinculados al partido; ahí estaban algunos de los que luego formaron Inti Illimani, otros que ya habían creado a los Quilapayún. Todos frecuentaban la casa de Óscar y su compañera, Maya; nos reuníamos en la casa ellos en la calle Franke, en Nuñoa. Charlábamos de política, pero al rato aparecía una guitarra, o una quena, y cantaban que daba gusto. Óscar a veces era consultado para redactar algún pequeño documento para el partido, o nos pedían alguna opinión y a veces yo colaboraba en esa tarea. El partido tenía un elenco de gente muy valiosa –también lo había aquí en Argentina, y tal vez en mayor número–, sólo que allá estaban muy a la vista. El prestigio como poeta de Pablo Neruda desgraciadamente no lo tuvo ningún escritor comunista de la Argentina. Aquí el clima me parece fue siempre mucho más macartista. En fin, sería un atractivo tema de investigación. Retomando el hilo, en Chile conocí a alguno de sus mejores intelectuales, como Hernán Ramírez Necochea, que fue un

gran historiador, muy amable conmigo, siempre generoso con sus conocimientos. Conversé varias veces con él sobre la historia del imperialismo, la presencia norteamericana en Chile, y sobre todo en la industria del cobre. Además, leía regularmente el periódico del partido que era *El Siglo* y estaba muy en contacto con la militancia. No era un orgánico y tampoco podía serlo por mi condición migratoria de estudiante extranjero de FLACSO, lo que imponía ciertas restricciones formales a alguna participación política más abierta, pero sí estaba muy cercano a las actividades del partido allá.

Nosotros –me refiero al exilio argentino luego del golpe del 1966– éramos extranjeros y nuestra situación era delicada porque la derecha chilena miraba con muy malos ojos al exilio latinoamericano concentrado en Santiago y, en mucha menor medida, en Concepción. Esos temores fueron confirmados el 21 de febrero de 1968 cuando el gobierno de Eduardo Frei publicó en el *Diario Oficial* una resolución de la Subsecretaría del Interior, según la cual catorce de los académicos argentinos acogidos en Chile luego de la fatídica «noche de los bastones largos» de Onganía, incluyendo los profesores Carlos Abeledo, Criscuolo, Choren, Herrera, Macfarlane, Majlis, Fraidenraich y Romero que trabajaban en la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile, debían abandonar el país en forma voluntaria en un plazo de 72 horas, arriesgando una expulsión en caso de no acatar esta disposición. Las consideraciones tenidas en cuenta en la resolución mencionada permitían inferir que el gobierno consideraba que estas personas habrían realizado actos contrarios a los intereses de Chile o que constituían un peligro para el Estado[24].

[24] Puede verse en: http://ingenieria.uchile.cl/noticias/149218/patricio-acei-tu-nouna-historia-de colaboracion-que-termino-mal
El 29 de julio de 1966, la dictadura encabezada por el General Juan Carlos Onganía decidió desalojar distintas facultades de la Universidad de Buenos Aires. Los profesores de la Facultad de Ciencias Exactas, por entonces en las viejas aulas de la calle Perú, se llevaron la peor parte y fueron brutalmente apaleados a medida que abandonaban las instalaciones. Más de 700 profesores fueron expulsados de la UBA a raíz de esta política.

Por otra parte, los amigos del Partido Comunista en Chile siempre nos decían que tuviéramos cuidado, que los servicios, no recuerdo cómo los llamaban allá… ahora me voy a acordar, los servicios de inteligencia tenían un nombre, que el partido estaba muy vigilado y que no exagerásemos nuestra aparición pública con los camaradas.

Independientemente de estas consideraciones a mí me parecía, más allá de mi amistad con Óscar, que la del Partido Comunista era la línea política correcta para ese momento en Chile. Había en ese país un robusto bloque de centro y centro derecha, con algunas expresiones netamente conservadoras, que giraba en torno a la Democracia Cristiana chilena en colusión vergonzante, pero real con los partidos de la derecha: el Conservador y el Liberal (así se llamaban en aquella época), y que después se fusionaron y se convirtieron en el Partido Nacional. En el campo de la izquierda tenías, por una parte, al Partido Comunista con fuerte presencia entre los mineros, en buena parte de la clase obrera, maestros y profesores y también estudiantes. En aquella época tenía toda aquella base social y una línea de trabajo que insistía en la construcción paciente y constante con el campesinado y con los «pobladores», «villeros» en la jerga porteña. Después estaba el Partido Socialista que también tenía una fuerte presencia en sectores obreros, capas medias intelectuales y populares, partido que en su mayoría fue leal al presidente Allende. Sin embargo, en su interior existían sectores «ultras» que cobraron creciente importancia en la medida que el proceso tropezó con la feroz resistencia del imperialismo y la oligarquía, particularmente desde el paro patronal de octubre de 1972 financiado sin tapujos por la CIA. En este contexto el izquierdismo socialista cobra mayor peso liderado por una fracción trotskista que se nutría de concepciones anticomunistas y sectarias muy en las antípodas de lasde Allende y la mayoría del partido. Hay que decir empero que la juventud del Partido Socialista lideró la defensa del proceso en los diversos frentes de masas: en los sindicatos, en las poblaciones, en los movimientos estudiantiles y también confor-

mando el llamado GAP (dispositivo de seguridad del presidente de la República) y con su aparato militar oponiendo resistencia al golpe del 11 de septiembre. Tal como observara Jaime Lorca en una entrevista que le hiciera en torno a este tema: «el PS tuvo dos almas y una de ellas minoritaria pero incidente se convirtió en un factor de dispersión y de confusión en la conducción del proceso levantando consignas voluntaristas como esa de «avanzar sin transar» sin considerar la correlación de fuerzas», tema sobre el que volveremos más adelante.

Aparte del Partido Socialista y el Partido Comunista estaba el Partido Radical, parecido al de aquí, pero mucho más pequeño. Su época de oro fue en los años 1930 y los años 1940, pero acompañó a la UP. Después había tres expresiones políticas igualmente menores: la Izquierda Cristiana, liderada por Luis Maira; y las dos fracciones del MAPU. Por fuera estaba el MIR, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria que fue había hecho una opción por la lucha armada mantenida, inclusive, en los primeros años del gobierno de Allende al que fulminaban como «reformista» y renuente a desencadenar la revolución en Chile –proceso para el cual juzgaban que ya habían madurado las condiciones necesarias para su éxito– y que si esto no ocurría era por la defección del presidente.

¿Dónde me paraba yo en ese escenario? El único lugar que me parecía más atractivo para acompañar al proceso de la Unión Popular era el Partido Comunista porque no me bancaba el macartismo feroz de algunos sectores del Partido Socialista y las infames críticas de algunos personeros de ese partido a Salvador Allende.

Allende fue una figura entrañable. Siendo senador se hizo cargo de la OLAS, la Organización Latinoamericana de Solidaridad en apoyo a la guerrilla del Che en Bolivia, y eso en medio de cuestionamientos generalizados de políticos e intelectuales «bienpensantes», reproducidos ampliamente por la prensa de dere-

cha. Críticas que, inclusive, se dieron, si bien débilmente, al interior de su propio partido. Creo que hubo en el socialismo muchos que no lo entendieron a Allende, y los comunistas en cambio, sintonizaron mejor con él y lo apoyaron hasta el final. Su permanente y ejemplar defensa de la Revolución cubana y del internacionalismo socialista era conmovedora. Nombró como uno de sus asesores a un profesor que había traído FLACSO: Joan Garcés, valenciano para más señas, cuyo nombre por ahí te suena. Años después Garcés fue el fiscal que organizó todo el proceso contra Pinochet en Londres y en España. Había sido mi profesor en FLACSO y fuimos los dos únicos que a comienzos de 1970 sosteníamos que Allende podría ganar las elecciones, a contracorriente del clima derrotista, por momentos melancólico, de resignación que campeaba en las filas de la izquierda en vísperas de las elecciones, presagiando como inevitable una nueva derrota del candidato de la UP.

A. M. *¿Incluso en el Partido Comunista?*

A. B. Un poco menos en el Partido Comunista, más en el Partido Socialista. Reflejo de este talante es que uno de sus principales dirigentes, Clodomiro Almeyda, que después sería un gran ministro de relaciones exteriores de Allende, publicó a fines de 1967 en *Punto Final* –una tradicional revista de la izquierda chilena que todavía sigue saliendo en ese país, pero en formato digital– un artículo con el siguiente título: «Dejar a un lado el ilusionismo electoral»[25]. Recuerdo que nos quedamos estupefactos al leer ese artículo! Y entonces, ¿cuál era la salida: la lucha armada? El *Cloro* no creía que esta fuese una alternativa para Chile, pero su artículo finalizaba con un enigmático silencio. Descreía de la trampa electoral, pero no esbozaba alternativas por fuera de la electoral; quedaba, tácitamente la vía armada, pero Almeyda no fue tan lejos como para proponerla. Peor aún, en septiembre de 1969, entrando en el último año de la carrera electoral la misma revista publicó un artículo de un académico estadounidense

[25] *Punto Final,* n.º 42, 22 noviembre de 1967.

temporalmente radicado en Chile, Miles Wolpin, con un título estruendoso: *Izquierda Chilena: factores estructurales que impiden su victoria en 1970* y en donde enumeró prolijamente al conjunto de factores económicos, internacionales, actitudinales e institucionales que, según él, harían imposible la victoria de la Unión Popular en las próximas elecciones. No es un dato menor que el artículo de Wolpin hubiera sido publicado unos meses antes, en mayo de ese mismo año, en la revista teórica cubana *Pensamiento Crítico,* lo cual podría interpretarse como un reflejo de la actitud muy escéptica del partido cubano ante las perspectivas de la «vía electoral» en Chile. Wolpin enumeraba muy meticulosamente los factores que frustrarían las esperanzas del pueblo chileno, pero su análisis adolecía de una incapacidad para comprender la dialéctica de las luchas populares y sus capacidades de conmover las estructuras preexistentes que, con una visión bastante positivista, Wolpin erigía como obstáculos insalvables.

Tanto Garcés como yo salimos al cruce de las conclusiones del norteamericano y su impacto, sobre todo en los sectores más radicalizados de la izquierda –el MIR, por ejemplo– y algunas franjas dentro del Partido Socialista en momentos en que se definía la candidatura de la Unión Popular, y Chile se preparaba para jugarse el todo por el todo. Contrariamente a lo planteado por Almeyda y Wolpin las elecciones se podían ganar, pero el problema real no era ese, sino sostenerse en el gobierno y neutralizar la arremetida de la derecha, el imperialismo y sus aliados dentro de Chile. ¿Cuál era mi tesis? Sin desconocer las razones apuntadas por Almeida y Wolpin, mi análisis se centraba más en la productividad política del creciente e impetuoso protagonismo popular y su capacidad de traspasar las fronteras de lo que en el papel parecía como imposible. Además, yo me apoyaba en un cálculo estratégico que podía resumirse así: si había una elección a tres bandas Allende obtendría la primera minoría y el Congreso Pleno se vería forzado (al menos eso mandaba la tradición política chilena) a convalidar su victoria. Y que, por lo tanto, la estrategia

que tenía que seguir la izquierda era alimentar las esperanzas de Tomic que era el candidato de la Democracia Cristiana, que en mi análisis salía tercero y evitar que su partido lo «bajara» y canalizara todo su caudal electoral a favor de la candidatura de Jorge Alessandri, del Partido Nacional y aplastar en las elecciones a Allende. O sea, reunificar sólidamente el bloque del centro (la DC) con la derecha tradicional para aventar los riesgos de una victoria de la izquierda.

A. M. *Y ahí se complicaba.*

A. B. Claro, ahí ganaba Alessandri cómodamente. El único partido que entendió esto fue el Partido Comunista y entonces hicieron algo que a mí me pareció muy acertado: comenzaron a llevar gente a los actos de Tomic, sin la bandera del Partido Comunista naturalmente, como gente suelta por ahí, que fueran a vitorear a Tomic, alentándolo para que siguiera en carrera. Iban a «avivarle la cueca», como se decía en Chile. Tomic sabía que podía salir muy mal parado con un discurso tibio y comenzó a radicalizar el suyo, llegando a proponer una «vía no capitalista de desarrollo» para Chile. No obstante, y tal como pronosticaba en mis trabajos, salió tercero. Primero Allende, segundo Alessandri; y Allende presidente. Joan, que había hecho otro análisis que remataba en el mismo resultado terminó yéndose a La Moneda a trabajar con Allende. Hubo algunas consultas sobre la posibilidad de establecer algún formato de colaboración más permanente con el gobierno y estuve un tiempo coqueteando con esa posibilidad, pero las deseché. Tenía mis planes de irme a hacer el doctorado y eso era una cuestión vital para mi futuro. Porque, como me lo había dicho Germani: «usted no proviene de una familia adinerada» y el doctorado de Harvard era un seguro de vida que no podía despreciar. Y así fue nomás. Intenté entonces colaborar con el gobierno de Allende desde el campo académico y cultural. Pero Joan sí se mantuvo firme, al lado del presidente heroico, hasta el final. Estaba en La Moneda el 11 de septiembre y la abandonó

por una orden expresa del presidente. Al parecer le dijo algo así como: «mira, aquí vamos a morirtodos, pero necesito que alguien cuente lo que pasó y el único que lo puede hacer eres tú, así que te vas» y Joan no quería irse, pero losacaron casi a los empellones «te lo pido como un favor político y personal: que alguien dé cuenta de todo esto, tú tienes la plumaprecisa para hacerlo». Ese consejo de Allende le salvó la vida.

A. M. *¿Eso te lo contó* él?

A. B. Sí, y eso le salvó la vida. Yo me había enterado por una entrevista o un escrito de Joan y luego cuando me encontré con él en Buenos Aires me lo confirmó.

Estábamos hablando del clima político a mi llegada a Chile, aunque me adentré hasta el gobierno de Allende. Pero hay otro dato de época muy importante: el 3 de octubre de 1968 se produce la revolución de Juan Velasco Alvarado en el Perú. Yo había sido invitado a participar en un seminario que organizaba en Lima el Instituto de Estudios Peruanos. Llegué el día anterior en horas de la tarde y al día siguiente se produce el golpe de estado de Velasco Alvarado. Al principio parecía otro golpe militar más; los asistentes al evento estábamos muy preocupados y yo maldiciendo mi mala suerte. Onganía antes, ¡ahora este! Pero me equivoqué: el de Velasco Alvarado fue un gobierno reformista que nacionalizó la industria petrolera e hizo una reforma agraria que afectó una tercera parte de la tierra cultivable. Claro, fue un gobierno militar, pero visto en perspectiva histórica fue una suerte de prefiguración de lo que luego, en un contexto histórico radicalmente diferente, sería el Chavismo. El golpe derrocó al gobierno entreguista de Fernando Belaúnde Terry, precipitado por el escándalo de las concesiones petroleras a la International Petroleum & Co. de Estados Unidos, una filial de la Standard Oil de New Jersey, que llevaba décadas aprovechándose de un vacío legal que le permitía explotar el petróleo peruano sin pagar regalías. Velasco nacionalizó los recursos mineros del país, la siderúrgica, recuperó, el control de las

telecomunicaciones y modernizó el equipamiento militar con adquisiciones de armas… ¡en la Unión Soviética! También reorientó la política exterior del Perú, estableció relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, República Popular China, Hungría, Bulgaria, República Democrática Alemana, Yugoslavia, Polonia y Corea del Norte. Gobiernos anteriores habían prohibido visitar a esos países, con fuertes sanciones penales. Un grupo importante de jóvenes de izquierda, entre ellos un ex guerrillero como Héctor Béjar y el otrora aprista Carlos Delgado se unieron al gobierno, junto con Carlos Franco, Hugo Neira y Jaime Llosa, entre otros. Aparte, en diciembre de 1971, de regreso de Chile, Fidel visitó Perú. Seis meses después Velasco Alvarado restableció las relaciones diplomáticas con Cuba…

A. M. *Hecho importantísimo.*

A. B. Claro, no fue un gobierno de derecha para nada. Me acuerdo muy bien que en la invitación al evento se contemplaba asistir a una corrida de toros. Octubre es el mes del Señor de los Milagros en el Perú y muchas peruanas y peruanos iban vestidos de color violeta, en consonancia con los ornamentos morados de la iglesia. Fuimos a la corrida, en la Plaza de Toros de Acho, en Lima y de repente anuncian la llegada de Velasco Alvarado. ¡Y se vino la plaza abajo de júbilo y gritos de apoyo! A mí me sorprendió mucho porque…

A. M. *Era un militar.*

A. B. Sí, yo venía de un país en donde ningún militar, excepto Perón, habría sido recibido así. La gente se puso de pie y aplaudió a rabiar, reflejando, como en estos días en el Perú, el profundo desprecio por la clase política tradicional, que no ha hecho sino profundizarse con el paso del tiempo, como lo demuestra la actualidad política peruana. En fin, nuevos interrogantes se agitaron en mi cabeza: ¿qué pasa con esto? ¿cómo es esta historia, estoy viendo nacer a un Perón peruano, porque este no es Onganía? En apenas dos años salgo de una Argentina sumida en

la reacción clerical-militar más cavernaria y de repente en Chile me encuentro con ese otro universo intelectual y político, y poco después veo el nacimiento del «Velasquismo» en el Perú –una inédita experiencia de reformismo militar-popular, frustrada por el contragolpe de Morales Bermúdez en 1975, de la mano de Estados Unidos, nervioso por el equipamiento militar soviético en el Perú–; más tarde me juego y milito fuerte en la campaña por Allende y de *yapa* lo veo a Fidel en Chile. En suma: demasiadas experiencias muy movilizadoras en muy poco tiempo y difíciles de procesar. Incluso, contándotelas ahora siento una sensación de vértigo que por momentos me desconcierta. Me sentía como el testigo privilegiado del alumbramiento de una nueva era en Nuestra América, y algo de eso hubo, aunque se tronchó unos años más tarde. Pero ahí, en esa Plaza de Toros de Lima sentí que mis raíces se hundían por primera vez, profundamente, en suelo americano, en Abya Yala, más que lo que había sentido en países mucho más europeizados como Argentina y Chile. El Perú y su cultura milenaria, su gente, su alegría con el nuevo gobierno, la audacia demostrada por el Velasco Alvarado con el apoyo de otro general patriota y antiimperialista y a la vez uno de los padres de la geopolítica latinoamericana: su canciller y presidente del Consejo de ministros Edgardo Mercado Jarrín. Todo eso, te decía, fue como una revelación para mí. Además, porque para esa reunión escribí mi primer artículo académico: *Clases populares y políticas de cambio en América Latina* publicado en 1970, hace exactamente cincuenta y dos años, en el número diecinueve de la *Revista Paraguaya de Sociología,* del Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos que dirigía con dignidad Domingo Rivarola, a pesar de las brutales presiones a las que lo sometía el régimen de Alfredo Stroessner. Aparte, por supuesto, estar en FLACSO y encontrarme por primera vez en mi vida con estudiantes salvadoreños, mexicanos, venezolanos, colombianos, ecuatorianos, hondureños, bolivianos, guatemaltecos, haitianos, en fin, de toda Latinoamérica y el Caribe, yo que era un argentino provinciano que conocía bien la Argentina y que mi referencia intelectual era

el mundo europeo y no el americano, y de repente empezar a hablar con chicos y chicas de todos estos otros países fue una experiencia tremendamente educativa, que hizo saltar por los aires mis viejas –e inconscientes, debo decir– premisas eurocéntricas.

A. M. *Vos mencionaste en un momento que habías hablado con un historiador del Partido Comunista chileno del tema del imperialismo, ¿cuándo empezás a dimensionar, si es que podés contestar, el tema del imperialismo? Porque además ya estabas empezando a ver procesos políticos muy fuertes más allá de la teoría…*

A. B. Sí, el historiador era Hernán Ramírez Necochea. Pero yo empecé a ver lo del imperialismo en la Argentina estudiando nuestra historia y el papel del imperialismo británico primero y el estadounidense después. Cualquier estudioso del movimiento popular argentino sabía que uno de los momentos culmines de su historia estuvo signado por la abierta intervención del embajador estadounidense Spruille Braden en la campaña para las elecciones presidenciales de febrero de 1946 en donde el *slogan* del movimiento popular fue nada menos que «¡Braden o Perón!». Aquel ya no estaba en el país durante la elección, pero su rol en los meses previoscomo gestor y articulador de una amplia alianza antiperonista fue decisivo. Luego de inmiscuirse en la política argentina fue uno de los que planeó el golpe contra Jacobo Árbenz en Guatemala en 1954. Era un importantísimo empresario minero, dueño de una de las principales minas de cobre del mundo: la *Braden Copper Corporation,* que tenía una de sus explotaciones en Chile, en la mina «El Teniente». Había sido embajador en Cuba y Colombia antes de llegar por pocos meses, entre mayo y septiembre de 1945, a nuestro país. Llegó a ser secretario de Estado Adjunto para Asuntos del hemisferio occidental entre 1945 y 1947 y desde ese cargo siguió con particular detenimiento los asuntos políticos de Argentina y Chile. Ferviente anticomunista fue galardonado por el dictador Anastasio Somoza Debayle, en 1967, con la Gran Cruz Rubén Darío. Ya por entonces se dedicaba a su empresa, una verdadera multinacional minera y también a ser lobista de

la *United Fruit Company*. Tamaña sorpresa me llevé cuando al llegar a Chile comprobé el enorme poder que tenía la *Braden Copper Company*. En resumen: yo carecía de una sólida formación sobre las teorías clásicas del imperialismo, pero algo barruntaba, intuía que ese intervencionismo tan descarado de Braden no era un gesto idiosincrático de un personaje arrogante y desfachatado, sino que respondía a una legalidad que lo trascendía, de carácter estructural. Pese a mis déficits de formación marxista estaba familiarizado con la obra de John William Cooke, Milcíades Peña, Juan J. Hernández Arregui, Arturo Jauretche, Scalabrini Ortiz, Gonzalo Cárdenas y, desde otra perspectiva, con los escritos de Silvio Frondizi sobre el tema. O sea, literatura nacional-popular que había denunciado en páginas memorables al imperialismo británico (y, en menor medida, norteamericano) en la Argentina.

A. M. *¿Y cuándo llegaste a Chile?*

A. B. En Chile me dedico a estudiar la historia del imperialismo en Chile y, en general, en Latinoamérica. La referencia a esa malllamada «fase superior» del capitalismo es errónea porque un amigo que conoce la lengua rusa me dijo que el título verdadero de la obra de Lenin es *El imperialismo, la fase más reciente del capitalismo* y que lo de superior era incompatible con su visión crítica de este sistema. Además, me puse a estudiar el tema como reacción a alguno de los cursos que daban en FLACSO en donde esta temática era completamente escamoteada de nuestra vista. Allí se hablaba de la «integración latinoamericana» (sometida a los dictados de Estados Unidos) y otras lindezas, pero la palabra «imperialismo» jamás aparecía.

No te olvides que uno de los principales financistas de la Escuela de Ciencia Política de FLACSO en esos momentos era el BID, y que su ortodoxia era la integración dependiente de Latinoamérica, en donde las relaciones entre nuestros países y Estados Unidos se suponía eran armónicas, complementarias y mutuamente beneficiosas. Nadie en el curso se tragó ese relato y nos volcamos con fervor a los clásicos del imperialismo, especialmente Lenin. En

suma, lo que intuía en la Argentina sin suficientes categorías de análisis lo comprobé en el texto clásico de Lenin que, por cierto, al tocar el caso de la Argentina de aquella época, Primera Guerra Mundial, caracteriza a nuestro país como parte del «imperio informal» de Inglaterra.

A. M. *Ya que lo mencionamos antes, ¿Gramsci era un autor que circulara en las currículas?*

A. B. No, no, era una cosa nuestra; después tratamos de introducirlo en los cursos de a poco. Lo hicimos cuando Óscar y yo, apartir del año 1969, nos convertimos en profesores asistentes en elFLACSO.

A. M. *¿Vos en dónde eras profesor?*

A. B. En la Escuela de Ciencias Políticas. Ofrecíamos un curso general, una especie de revisión panorámica de la Filosofía Política que no había en FLACSO porque lo que se ofrecía era la Teoría Política Empírica, propia de la ciencia política norteamericana. Con Óscar diseñamos un curso girando en torno a los clásicos de la teoría política, y entre ellos los marxistas, y ahí empezamos a dar *El 18 Brumario*, *Sobre la cuestión judía*, por supuesto, *La guerra civil en Francia*, toda la comuna de París y después el *Bernstein-debatte* hasta llegar a Gramsci. En FLACSO/Políticas había un profesor chileno, Carlos Fortín, un socialista allendista y excelente persona pero muy metido en la onda académica gringa. Formado en Yale, tenía una disociación muy marcada: por un lado, una fidelidad a la Teoría Política Empírica aprendida en Yale, pero su corazón era marxista y nos hizo un magnífico curso breve sobre el pensamiento político de Marx. Sus clases nos ayudaron a sistematizar nuestros conocimientos y a partir de eso Óscar y yo empezamos a bucear en otros textos. Comenzamos por *El Estado y la revolución,* por supuesto su *Imperialismo,* el ¿Qué *Hacer ?*, su *Enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*, etc., pero también otros textos menos frecuentados, estimulados, preciso es reconocerlo, por

la importante labor de difusión del leninismo que hizo Marta Harnecker cuando regresó de Francia. Al año siguiente el curso era básicamente sobre teoría marxista e íbamos desde Marx y Engels hasta el último Gramsci, el de los *Cuadernos de la Cárcel*.

A. M. *Vos me mencionaste en alguna conversación a un personaje que vino a dar economía sólo con el tomo I de El capital.*

A. B. Sí, se trata de José Serra. *El Capital* lo trabajamos más en el Centro de Estudios Socioeconómicos (CESO) de la Facultad de Economía de Chile donde estaban Theotônio dos Santos, Vania Bambirra y gente que trabajaba con él, como Orlando Caputo y Graciela Galarza. En FLACSO no se enseñaba *El Capital*, salvo en la breve experiencia de Serra. Pero pronto llegó Manuel Castells, precedido por una inmensa fama al aterrizar en Santiago después del «Mayo francés» en 1968. Castells vino como uno de los discípulos de Althusser. En realidad, vinieron tres de ellos: Castells, Emilio de Ípola y Marta Harnecker. Marta después cumplió una labor extraordinaria en el gobierno de la Unidad Popular y, posteriormente al golpe, colaboró con los gobiernos de Cuba y Venezuela durante la primera fase del chavismo. Fue una gran amiga y una mujer admirable por la hercúlea tarea de difusión del pensamiento marxista, sobre todo con su libro *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, prologado por Louis Althusser cuya primera edición es de Editorial Siglo XXI, año 1968, y que en la actualidad debe haber sido reeditado unas ochenta o noventa veces. Marta fue muy criticada por ese libro, una valiosa arma de combate en la batalla de ideas. Los académicos –esos que van así, arrogantes y con la nariz levantada–, junto a la jauría de los marxistas dogmáticos y los doctores de la revolución la criticaron son saña, despreciando su obra porque según ellos «vulgarizaba» al marxismo. Le dije una vez a Marta que desoyera por completo esas críticas, lo cual fue un consejo innecesario porque ya lo estaba haciendo. Pero le gustó cuando le dije: «lo mismo que estos imbéciles te dicen a ti se lo decían en su tiempo al gran Federico Engels por haber escrito el *AntiDühring*». Se rió a carcajadas con

ese comentario. Pretendían estos acerbos críticos que un obrero semi-analfabeto o un «poblador» (habitante de las en una época llamadas «poblaciones callampa», o villas deemergencia en Chile), para ni hablar de una obrera o una pobladora, pudiera leer el primer tomo de *El Capital* y entender la cuestión del fetichismo de la mercancía y el secreto de la explotación capitalista a través de la plusvalía. Si esto cuesta explicarlo a un estudiante de posgrado imaginate si tal cosa se podría hacer, sin más, con un campesino o un obrero del cordón industrial que rodea Santiago. Pero Marta, con ese libro y con sus *Cuadernos de Educación Popular* que publicó por decenas de miles desde la editorial estatal Quimantú en tiempos de Allende contribuyó, me parece, como ningún otro intelectual marxista a elevar la conciencia del pueblo chileno al explicar de modo clarísimo y sencillo el funcionamiento de la sociedad capitalista y la necesidad objetiva de la revolución, para la cualhacía falta conciencia y organización. ¡Honor imperecedero a la querida Marta, fallecida hace unos pocos años!

Te decía que también había llegado Manuel Castells. Este también era, y es, un enorme intelectual, pero a diferencia de Marta,llegó poseído por un fervor dogmático en donde munido de su «althusserómetro» no dejaba títere con cabeza; es decir, no había proyecto de tesis de maestría que presentaran mis sufridos compañeros de Sociología de la FLACSO (porque Castells estaba adscripto a esa unidad) que sobrevivieran al escalpelo de la crítica epistemológica de esa peculiar deformación del marxismo que fue el althusserianismo. Porque, según el filósofo francés había no uno, sino dos Marxs: uno humanista y cultor de la ideología, que había que desechar; y un Marx científico, que era el verdadero fundador de la ciencia social. En el camino desaparecían la historia, los agentes o sujetos históricos (como las clases sociales) y, paradojalmente, las estructuras del capitalismo y su lugar era tomado por el discurso y la textualidad, y los individuos y grupos sociales aparecen como simples reflejos o portadores de ese abigarrado universo discursivo. La maraña conceptual de la epistemología althusseriana tuvo por resultado concreto que

muy pocosestudiantes pudieran aprobar sus proyectos de tesis de maestría y la mayoría tuvo que rehacerlo enteramente o postergarlo *sine die*, hasta que la influencia de Castells se disipara en la FLACSO. Fernando H. Cardoso en un brillante artículo titulado *Althusserianismo o marxismo* derribó el artificioso andamiaje del filósofo francés y sus discípulos, la mayoría de los cuales, como Castells o Nicos Poulantzas, poco después abandonarían la senda trazada por su maestro. El griego puso fin a su vida suicidándose, una pena porque había escrito un par de obras memorables. Castells se fue alejando del marxismo a partir de sus premonitorios análisis de la «sociedad de la información». Escribió un texto notable, *La era de la información*, en tres gruesos tomos y en donde en casi mil quinientas páginas hay apenas unas pocas menciones, al pasar, relativas al capitalismo. Como decía Bertolt Brecht: «el capitalismo es un caballero que no quiere que se lo llame por su nombre». Al no llamarlo se lo invisibiliza, que es el deseo más ardiente la burguesía y del sistema. De todos modos, hay que decir que en el caso de Castells se trata de una mente brillante como pocas, pero, a mi manera de ver, extraviada en un sendero sin retorno y que remata en una inesperada –por la biografía del personaje– y subrepticia apología del capitalismo. ¿Cómo explicar esa involución? Creo que lo decisivo es que Castells, como Serra, fue a enseñar a Estados Unidos y ahí quedó atrapado por su telaraña cultural y académica, que produce un imperceptible pero completo lavado cerebral sin que la víctima caiga en la cuenta de ello, salvo en poquísimos casos. La súbita conversión de marxistas, sobre todo los dogmáticos (aunque en este caso sería injusto hablar de una «conversión» de Castells porque, si bien no habla del capitalismo tampoco lo glorifica, como hace Vargas Llosa) es un tema que en1974 pude conversarlo nada menos que con Umberto Cerroni, el gran teórico marxista del PCI. Él me contaba que uno de los problemas que tenían en el partido italiano era de naturaleza bifronte: por un lado, la idealización de la Unión Soviética; por el otro, la satanización de Estados Unidos. Cuando alguno de los militantes más férreos –dogmáticos sería

mejor llamarlos– viajaba a la tan exaltada Unión Soviética retornaba desilusionado y empezaban los problemas. Pero si luego viajaba a Estados Unidos esperando ver a obesos burgueses comiéndose niños negros en el desayuno y se encontraban con otra cosa quedaban completamente desarmados, y muchos de ellos reaccionaban con un sordo resentimientoy la sensación de haber sido engañados por el partido. Y muchos de ellos se pasaban de bando, indignados porque el partido les había mentido y abusado de su buena fe.

A. M. *Vos habías tenido en Argentina el contacto con la Democracia Cristiana y la experiencia con la rama sindical del peronismo en los cursos de la CGT. Viniendo de esas experiencias, ¿cómo te impacta el Partido Comunista chileno, que ya estaba de lleno en las presidenciales?*

A. B. Me impacta por varias razones. Primero el shock que me produce cuando el 1º de mayo de 1967 voy a la manifestación y me encuentro inmerso en un mar de banderas rojas que en mi vida había visto en la Argentina. Aquí lo que veía eran a los sindicatos con pancartas y carteles que decían «Viva Perón», «Perón presidente», «Perón conducción», la «Unión Obrera Metalúrgica, presente», etc., pero no veía banderas rojas. El Partido Comunista y otras fuerzas de la izquierda en Argentina hacían actividades también el 1º de mayo, pero no atraían grandes multitudes y además el ninguneo de la prensa era absoluto, algo que continúa hasta el día de hoy. El toparme de pronto con una clase obrera con identidad de izquierda fue para mí una experiencia tremenda. Esa visión, casi escapada de una película de Sergei Einsenstein unida a la inmersión en un clima intelectual como el ya descripto me marcó profundamente, como no podía ser de otra manera.

Quisiera detenerme un poco más en el tema FLACSO, que ya tenía una Escuela de Sociología, inaugurada en 1957, y estaba muy en la (saludable, debo decir) onda de promover el rigor metodológico. En ese sentido la institución adolecía de una esquizofrenia: aspiraba a crear una sociología crítica latinoamericana,

pero predominaba en ella una concepción metodológica y epistemológica muy positivista. Las clases de Metodología eran obligatorias para los estudiantes de las dos carreras. Cuando llego a tomar la primera clase de ese curso hizo su aparición un sueco llamado Ingmar Åhman una especie de vikingo enorme, un tipo muy macanudo, portando una inmensa regla de cálculo de más o menos un metro y medio, o poco más, de largo. O sea, mi bautizo en la metodología cuantitativa fue sin anestesia: aprendiendo a manejar una regla de cálculo. Varias clases y trabajos prácticos para aprender a sacar raíces cuadradas, multiplicaciones, divisiones, etc. En estas primeras clases del curso se asumía sin discutir el bárbaro supuesto positivista: hay datos que están por ahí, en la realidad y lo que debe hacer un buen sociólogo o politólogo es recogerlos, clasificarlos, ordenarlos y analizarlos cuantitativamente; por eso la regla de cálculo. La idea de que el dato es una construcción producto de una teoría y de una operación epistemológica que requiere de una metodología apropiada, dialéctica, no positivista, para su concreción era anatema en esos años. Previo a esta búsqueda de una sociología crítica latinoamericana el perfil de FLACSO era mucho más conservador bajo la dirección del suizo Peter Heintz, según recuerdo haber leído de Edelberto Torres Vivas, alumno en aquellos años[26]. Luego las cosas cambiaron.

---

3 «El director en ese momento era Peter Heintz, un suizo muy orientado por la moda norteamericana, Parsons, Merton y, por otro lado, con la poderosa influencia de Gino Germani desde Argentina. No había ningún curso de marxismo, todo era funcionalismo estructural, con alguna orientación antropológica. En el segundo año fue profesor nuestro Fernando Henrique Cardoso, que impartía un curso de Sociología de América Latina que se llamaba Sociología de la Modernización. FLACSO era una institución importante que se propuso formar sociólogos con una fuerte base técnicometodológica, con un manejo de base empírica muy fuerte, a los que se calificaban, lejos del marxismo, como "sociólogos científicos", porque manejábamos las estadísticas, el análisis multivariado, etc.». Tomado de *Los 50 años de la FLACSO y el desarrollo de las ciencias sociales en América Latina*. En https://www.researchgate.net/ publication/272489948_Los_50_anos_de_la_FLACSO_y_el_desarrollo_de_las_ciencias_sociales_en_America_Latina

Volviendo al tema de mis compañeros en FLACSO, en esa Carrera de Sociología estaban también los mexicanos Ricardo Cinta y Humberto Muñoz; el panameño, desgraciadamente fallecido en 2020, Marco A. Gandásegui (hijo) que fue un gran amigo a lo largo de toda su vida; Inés Reca, de Argentina. Tiempo después llegaron a Ciencias Políticas Carlos M. Vilas, Eduardo Bustelo y Ernesto Aldo Isuani, de la Argentina. Había mucha gente, prácticamente de toda América Latina: Gérard Louis Gustave y Pierre Rameau venían de Haití; Ludgerio Camúes de Colombia; Alfredo Errandonea del Uruguay; Jorge Padua, de Argentina (de Tucumán para más señas); Fernando Lecaros y Alberto Adrianzén, del Perú y tantos otros más que ahora no recuerdo. Orlandina de Oliveira de Brasil, que luego se radicó en México. Mi deuda con todos ellos es impagable.

El elenco de profesores era impresionante. Epistemología y Lógica Dialéctica la daba Fernando Henrique Cardoso; Métodos Cuantitativos, el sueco Ingmar Åhman; Teoría de la Democracia, Robert Dahl como visitante alternando con Francisco Weffort; Teoría Política Empírica, Karl W. Deutsch, como visitante y Carlos Fortín como profesor de la casa; Movilización Social y Política en América Latina, Gino Germani; Procesos Políticos, Glaucio A. Dillon Soares; Fernando Cortés en Estadística; Alfredo C. Calcagnoen Modelos de Simulación en Ciencias Sociales. Poco después vendrían Manuel Castells, Emilio de Ipola, Martha Harnecker y Adam Przeworski. Ocasionalmente, aparecían para dictar cursos Edelberto Torres de Guatemala y muchos chilenos como Enzo Falettoy Hugo Zemelman, en Teoría Sociológica y Osvaldo Sunkel en Economía, y por fuera, pero combinado con la FLACSO Celso Furtado en el Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile que dirigía Claudio Véliz; Theotônio dos Santos y Vania Bambirra, Orlando Caputo, Graciela Galarza y Tomás Amadeo Vasconi en el CESO de la Facultad de Economía de la Universidad de Chile, ambos situados a unas pocas cuadras de la FLACSO. Por Concepción andaba el brillante marxista ecuatoriano Agustín Cueva y poco después del triunfo de Allende,

en 1970, llegó a Chile Ruy Mauro Marini. En Economía de la Universidad de Chile estaba un muy buen historiador económico de Estados Unidos, Rondo Cameron, que dictó un curso estupendo sobre Historia Económica comparada y Richard Gott, un británico especialista en los movimientos guerrilleros en auge en esos momentosen Latinoamérica. Para resumir: la oleada de dictaduras militares que agobiaban a nuestros países en esos años convirtió a Santiago en una ciudad excepcional, una verdadera Atenas latinoamericana hasta que el golpe de Pinochet destruyó todo aquello y el papel de Santiago pasó a ser ocupado por Ciudad de México, refugio excluyente de millares de refugiados de toda la región. Volviendo a lo dela FLACSO, si no aprendías ahí –con esos profesores y esos compañeros– era porque tenías un déficit intelectual incurable. Por eso siempre digo Alexia que yo habré aportado lo mío -mis ganas, mi perseverancia pero que tuve una suerte fenomenal al contar con tan extraordinarios profesores y compañeros, y aproveché esa oportunidad única. Muchos también la tuvieron, pero no la aprovecharon o lo hicieron apenitas. Yo, en cambio, creo que la aproveché íntegramente.

A. M. ¿*Cuándo se da el cambio en FLACSO en el sentido de abandonar una línea tan conservadora?*

A. B. Cuando Heintz renuncia a la dirección de Sociología en la FLACSO y es sucedido por Glaucio Ary Dillon Soares, que era uncarioca muy bien formado en la tradición norteamericana pero atemperada gracias a su personalidad desinhibida e irreverente (algo que caía mal en el Chile de ese entonces). Esto, unido a la intensa presión estudiantil que reaccionaba en contra de lo que denunciara Edelberto Torres, hizo que se abriese un amplio espacio para estudiar al marxismo en la FLACSO. Hay que recordar que estamos hablando del 1966, 1967: guerra de Vietnam, el Che en Bolivia, guerrillas en varios países latinoamericanos, heroica resistencia de Cuba al bloqueo, militares «progre» en Perú, movilización política en ascenso en Chile, auge de la teología de la liberación, el Mayo Francés y sus repercusiones globales (tan

subrayadas por Immanuel Wallerstein), la lucha por los derechos civiles de los afroamericanos en Estados Unidos, Woodstock, la contracultura y la nueva moral sexual, el rock y a nueva canción latinoamericana. Ese era, sucintamente el clima ideológico del momento. Esto originó varias demandas estudiantiles que fueron cambiando la composición del profesorado. Por ejemplo, a Fernando H. Cardoso se le pidió, y accedió, a que dictara un curso sobre el análisis dialéctico en las ciencias sociales. Cardoso era un profesor absolutamente brillante, un profundo conocedor de la obra de Marx, aunque un tanto ecléctico a la hora de exponer sus ideas fuera del ámbito cerrado de la academia. Su curso fue una especie de vacuna anti positivista que nos permitió rearmarnos para neutralizar los influjos de la regla de cálculo de Åhman y también la esterilidad del marxismo althusseriano encarnado en Castells. En 1968 el clima cambió por completo. Llegó Adam Przeworski, creo que te conté, un tipo estupendo y un neo marxista polaco muy interesante que combinaba un manejo muy sofisticado de los métodos cuantitativos con el pensamiento duro del marxismo y sus clases dejaron una huella muy profunda. También te dije que se acercó a FLACSO Enzo Faletto, que acababa de ser el coautor del libro *Dependencia y desarrollo en América Latina*, que por varios años sólo circuló como una versión mimeografiada de la CEPAL porque su contenido era considerado por la burocracia de la institución como demasiado subversivo. En relación con el marxismo Faletto era más ecléctico, buen tipo también él, más próximo a Weber que a Marx. Cardoso, en cambio, traía más contenidos marxistas debido a la huella que en su formación dejara Florestán Fernandes, el gran sociólogo paulista. Desgraciadamente, con el paso de los años Fernando Henrique abandonó esas ideas y en vísperas de convertirse en presidente de Brasil dijo algo que a quienes fuimos sus estudiantes nos dolió en el alma: «¡olvídense de todo lo que he escrito!».

A. M. *Hablabas de un cambio en 1968.*

A. B. Claro, la cosa se fue radicalizando después de 1968 y los ecos del «Mayo francés» que llegaron con inusitada fuerza a Chile. Ya te hablé de Castells, Harnecker y de Ípola, y no volveré sobre ellos. Pero poco antes había desembarcado un joven economista brasileño, José Serra, que luego haría una gran carrera política de la mano de Fernando Henrique: fue senador, gobernador del Estado de San Pablo, dos veces candidato a presidente, en ambas ocasiones derrotado por Lula y por Dilma y que terminaría su carrera en las cloacas de la política brasileña como canciller del bandido de Michel Temer. Pero entonces, era un joven que venía de una organización de la izquierda católica brasileña; era un tipo muy inteligente, pero sectario hasta la médula; diría que constitutivamente fanático e intolerante. Creo que te conté la anécdota de él, ¿no? Bien, aquí va: los estudiantes habíamos pedido hacer un curso de economía con orientación crítica y enfocado en la problemática latinoamericana. Entonces lo traen a Serra; en realidad quien lo trae es Fernando Henrique, de quien era su protegido. Serra se presenta la primera clase, era uno o dos años más grande que yo, en ese momento tendría yo, estamos hablando de 1967, 24 años tenía yo, él tendría 26, muy arrogante, muy seguro de sí mismo, y describe en la primera clase el contenido de sus cursos sobre la teoría económica, imprescindible para entender las complejas realidades latinoamericanas. Pero resulta que lo que propone es un curso centrado en el primer tomo de *El Capital* y nada más que eso. Todos nos quedamos atónitos y entonces yo le pregunto con mucho tacto si es que no íbamos a estudiar a Prebisch y el desarrollismo latinoamericano, el pensamiento de Keynes, las teorías de Joan Robinson, lo de Baran y Sweezy, necesarios para familiarizarnos con el debate económico de la época. Todavía me acuerdo como si fuera hoy su reacción. Se puso lívido, me fulminó con su mirada y me apuntó con su dedo índice mientras su mano se sacudía verticalmente al paso que me decía, textualmente: «jovencito, si usted quiere que yo le enseñe la mierda de la economía burguesa

no tiene nada que hacer en este curso», y ahí cerró la discusión. Por supuesto, fuimos varios quienes una vez que terminó esa primera clase nunca más volvimos a tomar sus clases. Yo lo compensé con creces tomando uno que dictaban nada menos que Celso Furtado y Osvaldo Sunkel en el Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile, que fue inmensamente superior al dictado por ese energúmeno que con el paso de los años se convirtió en un apologista del neoliberalismo. Reconozco, empero que mientras estuvo el gobierno de la Unión Popular se comportó bien, y por eso la pasó muy mal en el golpe. Creo que lo retuvieron en el Estadio Nacional. Una vez liberado se fue a Cornell a hacer su doctorado y luego a trabajar en el *Institute of Advanced Studies* de Princeton, para después regresar al Brasil. Resistió las torturas físicas de los militares chilenos, pero no al más sutil y devastador lavado de cerebro al que lo sometieron en Cornell y Princeton. Como en un ciclotrón, Serra llega a Estados Unidos entrando por la izquierda y sale disparado por derecha y se convierte en un *fucking* neoliberal. En fin, FLACSO en aquel momento atraía otras figuras muy importantes del pensamiento latinoamericano. Estaba Francisco Weffort que venía de la Universidad de Sao Pablo que también había trabajado en el ILPES /CEPAL. Escribió cosas muy interesantes en el año 1980, fue fundador del PT, pero cuando Fernando Henrique es elegido presidente, (asume el 1º de enero de 1995), yo estaba reunido con él en Buenos Aires, en vísperas de la Navidad.

A. M. *Con Weffort.*

A. B. Sí, con Weffort, porque éramos amigos. Después nos distanciamos porque yo también lo era de su suegro, que era nada menos que Paulo Freire, con quien tomé algunas pocas clases allá en Chile, donde Paulo también estaba exiliado. Una de las hijas de Paulo se casó con Weffort, de ahí la relación. Bien, viene a Buenos Aires a mediados de diciembre, creo que a la FLACSO y le digo: «quedate unos días más y organizamos una charla con amigos para ver lo de Brasil, el gobierno de Cardoso y la estrategia defensiva del PT». Me dijo que no podía: «me tengo que regresar

con urgencia porque hay una reunión del directorio nacional del PT (así le llaman ellos al comité central: «directorio nacional») para adoptar la táctica para oponernos a este cabrón de Fernando Henrique». Se marcha y pocos días después, el 21 de diciembre, Cardoso anuncia la composición de su gabinete y… ¡Weffort aparece como ministro de Cultura!, habiendo intempestivamente renunciado a su cargo nada menos que en la conducción del PT de la noche a la mañana y entrando a ser parte del gobierno del astuto y habilísimo FH.

A. M. *Weffort*

A. B. Sí, Francisco Weffort, ¿podés creer? Ahora, ¿qué ratificó esto? Lo que yo siempre decía con una cierta malicia: que Cardoso «tenía en su bolsillo a Weffort y a Serra». Nos acordábamos, con Cuellar, de aquella observación de Gramsci sobre una anotación del rey de Italia, Vittorio Emanuele II, diciendo que «tenía al Partido de Acción (supuestamente de un liberalismo más radical) en su bolsillo » y decíamos por analogía que Weffort y Serra estaban en el bolsillo de Fernando Henrique y que en el momento que él quisiera los sacaría y ubicaría donde se le antojase, predicción que se cumplió al pie de la letra, previa apostasía de estos dos personajillos de todo cuanto habían pensado y creído anteriormente.

Cardoso entra a la historia por la puerta grande, no así sus perritos falderos. Aunque, preciso es decirlo, la egolatría de FH le costó caro al Brasil al no denunciar a tiempo lo que significaría un posible triunfo de Jair Bolsonaro en las presidenciales del 2018. Prefirió callar y consentir antes que apoyar a los candidatos de la alianza PT/PC do B, porque me atrevería a decir que su odio y envidia por Lula era mayor que sus temores por lo que pudiera hacer Bolsonaro, y se equivocó. Creo que su silencio fue decisivo para que este siguiera en carrera, pese a que lo conocía muy bien porque Bolsonaro había sido diputado durante veintiocho años. Imperdonable lo de mi maestro y una persona que siempre

fue, en aquellos años y hasta que llega a la presidencia del Brasil, una permanente fuente de inspiración y yo un lector cuidadoso de toda su obra, como se prueba en las innumerables citas de sus libros y artículos que se encuentran en mis trabajos. Antes, en 1999, tuvo un gesto que en parte me hizo reconciliar con él y del cual hablaré más tarde.

Volviendo a FLACSO. La Escuela de Ciencia Política estaba muy influida por la academia norteamericana porque había sido creada por un acuerdo especial entre el BID, Banco Interamericano de Desarrollo y la UNESCO. En lo que serían los primeros meses del curso, que comenzara a finales de año 1966 legaron varios profesores de Estados Unidos, muy en la línea del *mainstream* … nosotros protestábamos cada vez con más fuerza y en poco tiempo logramos abrir una brecha por la cual comenzaron a llegar docentes de otra orientación, más afines al marxismo o, por lo menos, críticos de la ciencia política estadounidense.

El abogado argentino Horacio Godoy, durante largos años funcionario del BID y luego de otras organizaciones internacionales, era el director de la escuela de ciencias políticas y su identificación con la academia norteamericana no conocía fisuras[27]. Glaucio, en cambio, era el director de Sociología que después fue remplazado por un exjesuita Luis Ramallo y el secretario general de FLACSO en su conjunto era un chileno llamado Alberto Rioseco, que era demócrata cristiano. Nuestras protestas tuvieron éxito porque se comenzó por traer profesores de otra categoría, entre ellos tres «pesos pesados» como Karl Deutsch, Robert A. Dahl y Gino Germani. Con ellos el nivel académico aumentó de una manera muy significativa. Si bien se inscribían en la visión más convencional de las ciencias sociales, pero tenían una jerarquía, una categoría que era muy diferente a la de los

[27] Una referencia a la historia y formación de Godoy, y por extensión de FLACSO/ Ciencia Política se encuentra en file:///C:/Users/Atilio/Documents/FLACSO/HORACIO%20HERMES%20GODOY,%20FLACSO%20CHILE.pdf

otros, que eran muy cerrados, especialistas en la política electoral de los Estados del Sur de Estados Unidos: Alabama, Georgia, Louisiana, etc. ¡Imaginate nuestra reacción! Para colmo invitaron a dictar un breve seminario, de una semana, al fundador de la Democracia Cristiana Cubana, José Ignacio Rasco, miembro de la mafia anticastrista de Miami. Duró un par de días porque provocó una verdadera rebelión estudiantil que el director, Horacio Godoy, no sabía cómo calmar. Rasco tuvo que poner pies en polvorosa a las pocas horas. Para apaciguar los ánimos nos permitieron tomar cursos en otras instituciones académicas que había en Chile, cosa que antes estaba vetada, y que fue muybien aprovechada por muchos de nosotros.

A. M. *¿Por ejemplo?*

A. B. Por ejemplo, en el Instituto de Estudios Internacionalesde la Universidad de Chile. Allí tomé un curso inolvidable de Economía Latinoamericana a cargo de Celso Furtado y Osvaldo Sunkel que ya te comenté, otro sobre las guerrillas en América Latina con Richard Gott, el británico que es un gran estudioso de los movimientos guerrilleros. Tomé, también te conté, un curso con quien luego sería mi gran amigo, Theotônio dos Santos, en el CESO.

A. M. *Todo esto en Santiago de Chile.*

A. B. Sí, todo eso en Santiago, en un radio de diez cuadras tenías todo esto que refleja la riqueza simpar de lo que en aquel momento podía legítimamente considerarse como la «Atenas de Sudamérica», lugar que luego, desgraciadamente, perdió con el golpe militar, pero en aquella época había allí un enjambre de intelectuales y académicos notables, todos de gran nivel. Uno llegaba a Santiago y sentía latir el pensamiento crítico de la Patria Grande.

A. M. *¿Fueron dos años?*

A. B. Dos años de cursada, sí, con varios cursos extracurriculares. Con Cameron tomé en el CESO un curso sobre la historia comparada de la industrialización en los países del capitalismoavanzado. Pero, en resumen, la experiencia de FLACSO fue decisiva en mi formación intelectual y personal, con compañeros de gran nivel que ya te he mencionado. Debo añadir también a Rafael López Pintor un español que después hizo cosas muy buenas en España una vez muerto Franco. Estaban también por Chile Patricio Chellew, Angel Flisfisch y Patrigio Gastelo, Nelson Minello del Uruguay, Maricarmen Gómez Millas y Susana Bruna de Chile, Guillermo Heisecke del Paraguay, Carlos Vilas de Argentina, quellegaría podo después; en fin, era un grupo chico, de unas quince o veinte personas en Ciencia Política y a cuál más interesantes.

A. M. *¿Hiciste una tesis allá en Chile?*

A. B. Sí, un estudio sobre la movilización política de las clases populares en Chile. Se publicó fraccionada, como artículos de la *Revista Latinoamericana de Ciencia Política* que durante algunos años publicó la FLACSO algunos de los cuales todavía hoy siguen siendo citados en los estudios que se hacen sobre aquella época de Chile.

A. M. *¿Y cómo veías esa movilización política? Eran años movidos…*

A. B. Imaginate, ya te conté lo del 1º de Mayo. Al ver la fuerza de esa enorme movilización popular adquirí conciencia de que estaba en presencia de algo inédito y poco frecuente en América Latina. Y que iba a marcar un hito histórico en Chile, como de hecho ocurrió. Además, tuve la suerte de conocer a algunos de los líderes políticos del momento en Chile.

A. M. *¿A través de FLACSO?*

A. B. No, bueno, por fuera. A Allende le interesaba conversar con jóvenes latinoamericanos. Acordate que en su visita a la Universidad de Guadalajara él dijo que: «ser joven y no ser revolucionario es una contradicción hasta biológica». Te contaba que hice mi tesis de maestría sobre el comportamiento electoral de la sociedad chilena y, como te dije, llego a la conclusión de que, si las elecciones del año 1970 se dirimiesen entre tres candidatos, la primera minoría sería la de Allende. Esta conclusión era contraria a la de todos los pronósticos, inclusive aquellos que se elaboraban dentro de las fuerzas de izquierda, como te conté.

A. M. *Supongo que en este punto la referencia al Che en Bolivia es ineludible.*

A. B. Por supuesto. Se lo veía con una enorme admiración y respeto por su heroísmo, y también con angustia porque a muchos nos parecía, desde el comienzo, que era una tentativa que culminaría con una derrota aplastante y, posiblemente, con su vida. Mismo en Bolivia se decía que era un proyecto que no respondía a las «condiciones objetivas y subjetivas» de la sociedad boliviana. Sentía, y más siento hoy, un enorme afecto por el Che, admiraba su valentía, coherencia y su inteligencia . No sé lo que habría dado por conocer a ese gran patriota de la Patria Grande, un revolucionario y un profeta de una nobleza y entrega sin par, pero que hizo una lectura incorrecta, voluntarista, de la sociedad boliviana y del contexto geopolítico del momento subestimando el ensañamiento que Washington tenía con su figura. Fidel se lo señaló, pero el Che estaba dispuesto a llegar hasta el final con su hipótesis política. Y cometió un error fatal. No sólo él: a un refinado intelectual como Regis Debray le pasó lo mismo. El voluntarismo ciega las conciencias e inducen a yerros a veces irreparables, que se pagan con la vida.

A. M. ¿Y *esa lectura la veías circular en Chile en ese momento?*

A. B. Sí, estaba muy difundida porque en cierta medida era la de la Revolución cubana. Pero, insisto: Fidel no estaba de acuerdo con el plan del Che de implantar un foco guerrillero en Bolivia porque no veía condiciones maduras para ello. En ese sentido su lectura era más acertada que la del Che, y se lo advirtió. Pero estaba absolutamente convencido de que, si lograba hacerlo, de que, si tenía éxito en el corazón sudamericano que era Bolivia, su idea de crear «uno, dos, tres Vietnams» se convertiría en la realidad. El Che tenía una concepción muy profunda y rica de lo que era el socialismo como concepción teórica y práctica, cosa que fue puesta de manifiesto claramente en su famoso artículo *El socialismo y el hombre en Cuba,* escrito para la revista uruguaya *Marcha.* Lo mismo su mensaje a la *Tricontinental* reclamando más solidaridad con la lucha del pueblo vietnamita, en una no tan velada crítica a la Unión Soviética y denunciando «la trágica soledad de Vietnam».

Todo esto fortaleció mi convicción antiimperialista: Cuba, Vietnam, la Revolución cultural china, la Revolución peruana, la rebelión de los jóvenes en Estados Unidos, lo que estaba pasando en Chile. En pocas palabras, estábamos sumidos en una tensa expectativa, conteniendo la respiración y esperando que el Che triunfase en su empeño o, en caso contrario, que pudiera replegarse y huir a tiempo de Bolivia, como hicieron algunos de sus compañeros de lucha. Cuando nos enteramos de su muerte la congoja que sentí fue desgarradora, y tardó largos meses en sanar.[28] Fijate lo que era la densidad histórica de aquella época.

[28] Cinco miembros de la guerrilla del Che lograron romper el círculo y salir ilesos de Bolivia. Ellos fueron los cubanos Leonardo Tamayo («Urbano»), Harry Villegas («Pombo») y Dariel Alarcón («Benigno»), y los bolivianos Guido Peredo («Inti») y David Adriazola Veizaga («Darío»). Caminaron durante seis meses unos 2900 kilómetros por la Cordillera de los Andes hasta que finalmente lograron llegar a Chile, desde donde, gracias a Allende, fueron acogidos y enviados a Cuba.

A. M. *¿Y Vietnam cómo llegaba?*

A. B. Y… llegaba. No te digo que fuese una prensa libre, pero por comparación a la censura y el monolitismo de hoy te enterabas de las atrocidades de Vietnam. Salían muchas fotos. ¿Te acordás de esa adolescente que sale desnuda corriendo, llorando, porque había sido bombardeada con napalm? Además, estaban las grandes protestas dentro de Estados Unidos, jóvenes que rechazaban la conscripción y huían a México o Canadá, eso salía en todos los diarios de América Latina. Hoy en día, cosas peores –como el interminable asesinato de líderes sociales en Colombia, a un ritmo de uno cada dos días– no aparece, salvo en algunos pocos diarios, nada en la TV o en la radio. El desastre comunicacional a escala mundial es de una magnitud increíble, una verdadera pesadilla. Las víctimas del imperio son invisibilizadas, cosa que antes era muy difícil, casi imposible.

A. M. *¿Cómo vivís lo de Vietnam?*

A. B. Y Vietnam estaba en el trasfondo de todo esto, de tantas cosas que se acumulan, ¿no? Lo empecé a seguir cuando estábamos en Chile, porque la guerra se intensifica en la segunda mitad de los sesentas. Vietnam empieza a gravitar en toda Latinoamérica después de 1967, no antes; ahí sí la presencia de la guerra de Vietnam se perfila con mucha fuerza y se convierte en una obsesión diaria cuando llego a Harvard. Allá era una guerra que día a día se tornaba más impopular. Pude percibir de a poco cómo esto ocurría a medida que se sucedían las informaciones diarias en los noticieros vespertinos de masiva audiencia. Yo veía dos: el de la CBS con Walter Cronkite como ancla y el de la NBC con John Chancellor. Ambos comenzaban sus noticieros con las siguientes palabras: «buenas tardes, hoy llegaron a la base Andrews de Maryland veintinueve ataúdes conteniendo los restos de militares estadounidenses que combatían en Vietnam. La cifra de los MIA (*missing in action*) se eleva a xxx» y, de fondo, las lúgubres imágenes de los ataúdes descendiendo de los aviones en cintas transportadoras. La prensa tenía que decir que se iba

ganando, pero cada vez eran más los periodistas que comenzaron a decir que nunca se ganaría. E hicieron una tarea de demolición impresionante: Cronkite y Chancellor eran dos *liberals* («progresistas» sería la traducción correcta), de verdad que no hay muchos ahora en Estados Unidos, y con su resuelta oposición a la guerra fueron debilitando el consenso guerrerista preexistente. Por eso la derecha norteamericana dice que Vietnam se perdió porque hubo una puñalada por la espalda inferida por los medios. ¡Mirá vos cómo cambió la cosa!, los medios, ¡eh!, en ese momento los grandes medios tanto el *New York Times* como el *Washington Post* y las dos principales cadenas de televisión se plantaron contra la guerra. Hoy la censura oficial acabó con todo eso y toda noticia procedente de un teatro de operaciones militares requiere para ser publicada el visto bueno del Pentágono o el Departamento de Estado. ¡Chau periodismo!

Mis años en Estados Unidos dejaron muchas lecciones. Fui testigo del derrumbe de ese delincuente llamado Richard Nixon porque ni bien llego a Harvard estalla el escándalo de Watergate; al poco tiempo, Nixon lo hace secretario de Estado a Kissinger, veo la debacle de Nixon a manos del juez John Sirica que tuvo a su cargo la causa Watergate, que terminó obligando a Nixon a renunciar porque si no lo echaban mediante un *impeachment*. Por eso dos grandes alegrías asociadas a un helicóptero: primera alegría, cuando veo a Nixon despedirse desde los jardines de la Casa Blanca y el psicópata lo hace haciendo la V de la victoria con ambos brazos en el medio de las puteadas generalizadas del país, porque era un tramposo, «Tricky Dick» –el tramposo–, le decían; segundo goce interminable me lo produjo ver por televisión, en tiempo real, al helicóptero que despega de la embajada norteamericana en Saigón llevándose a los espías, soplones, torturadores que todavía quedaban allí y criminales de toda laya colgándose de la escalera de soga que tenía el helicóptero y algunos cayendo al vacío en su intento. Eso lo vi en directo, y disfruté como pocas veces esa derrota del imperio. Fue una experiencia muy fuerte

haber sido testigo, en Estados Unidos, de ese primer paso en la declinación del imperio y, también, del tremendo heroísmo del pueblo vietnamita.

Añado que nosotros en FLACSO abrazábamos una posición inter nacionalista muy fuerte, sobre todo, porque la visita de Nixon a Chile en mayo de 1967 encendió los ánimos de mucha gente todavía seducida por la propaganda imperialista. Horacio Godoy, deslumbrado por la certeza de que Nixon sería el próximo presidente de Estados Unidos, decidió invitarlo a que visitara la FLACSO para conversar con los estudiantes de ciencia política. Esto generó mucho malestar y airadas protestas. Lo cierto es que este personaje apareció, se reunió con unos treinta estudiantes y algunos profesores y lo que siguió fue un desastre porque se lo bombardeó con preguntas pesadas ni bien entró. El tipo eludía todo, era una anguila. Se le preguntó desde la invasión a Guatemala en 1954 en adelante...

A. M. *¿Vos cómo estuviste ahí?*

A. B. Las autoridades de FLACSO eligieron a un grupo de estudiantes para estar presentes cuando llegara Nixon, y yo fui uno delos seleccionados. Escuché con repugnancia a ese canalla, un tipo muy desagradable, de una falsía absoluta, pero muy hábil y con agallas. Rápido para decir lo que queríamos escuchar: que Estados Unidos había fracasado en la Alianza para el Progreso, pero que había que relanzar eso; que aquello había sido una propuesta muy tímida de los demócratas, que no era pragmática y todo eso. Lo dejamos hablar cinco minutos y empezamos: ¿por qué están bombardeando Vietnam, por qué atacan a los palestinos, por qué el bloqueo a Cuba, por qué el golpe contra Arbenz, y por qué la invasión a Santo Domingo?, y así sucesivamente, y a los gritos y cada «por qué» iba seguido de una crítica a la inmoralidad, la malignidad de esas políticas. Finalmente, lo acorralamos con el tema de Vietnam y nos dijo: «miren, es un conflicto muy largo, pero si yo soy presidente esa guerra se va a acabar porque no tiene ningún

sentido». Y ahí vino el remate,*shockeante* y tremendamente actual. Porque, proféticamente nos dijo: «el problema no es Vietnam, el problema es China».

A. M. *¿Y la Unión Soviética?*

A. B. No, no habló, tampoco le preguntamos mucho porque no le dejamos elegir los temas. Lo teníamos acorralado y con la batahola la charla se redujo a unos quince minutos. En un momento dado endureció su discurso hablando de la responsabilidad de Estados Unidos en el mundo libre. Cuando terminó de decir «*free world*» los abucheos eran ensordecedores y salió de prisa, en realidad, lo levantaron en peso los del servicio secreto que lo acompañaban y lo sacaron corriendo. Lo metieron en un coche que estaba estacionado en el antejardín de FLACSO, en la Calle José M. Infante 51, y a la salida se lo despidió, desde el edificio contiguo que también era de FLACSO con una lluvia de monedas, panes, tizas y con gritos de «asesino, asesino». Así terminó su visita.

A. M. *Pero sí recordás qué dijo China.*

A. B. Sí, sí «*the problem is China*» y después fijate que cuando él es presidente sella el famoso acuerdo con China. Nixon trata justamente de resolver ese *intríngulis* a partir de una movida ideada por el canalla de Henry Kissinger y que resultó porque le venía bien a Mao: reconocer a la República Popular China y desconocer que entre 1945 y 1971 Taiwán, con el nombre de República de China, fue miembro permanente del Consejo de Seguridad de la ONU a instancias de Estados Unidos y sus aliados, opuestos a que la China de Mao ocupara un lugar en el máximo organismo de Naciones Unidas. Un dato complementario, antes de proseguir, puede ser interesante para incorporar a esta narración. Durante la candente discusión del ALCA, en Mar del Plata en 2005, hubo un tenso momento en que George W. Bush dijo, textualmente según un testigo presencial: «pero señores, ¿no se dan cuenta de que lo que estamos discutiendo es cómo protegernos de China, que el problema es China?». Vale la pena notar esta sugestiva continuidad entre

la observación de Bush y lo que, treinta y ocho años antes, hiciera Nixon durante su visita a la FLACSO.

En fin, todos estos acontecimientos unidos a lo que estaba ocurriendo en la Argentina con el gobierno de Onganía, el Cordobazo, lo que se veía venir en Chile hablan de una década de tal densidad histórica que era imposible para un espíritu sensible no abrazar la causa de la revolución y el antiimperialismo y plantearse lo que vos me preguntabas recién, ¿bien, pero por qué camino? ¿la lucha armada o la ruta democrática, si fuese viable? Chile se convirtió en un campo de experimentación para comprobar hasta qué punto se podía avanzar hacia el socialismo por la vía institucional, cosa que nunca había sido descartada del todo por Marx ni por Engels. En su famosa *Crítica al Programa de Erfurt* este dice que una transición de este tipo podría ocurrir en países «donde los representantes del pueblo concentren todo el poder en sus manos». Esto quiere decir, en «repúblicas democráticas» como Francia y Estados Unidos en donde, bajo excepcionales coyunturas, las clases y capas populares construyen una correlación de fuerzas que les permita «concentrar todo el poder en sus manos», sólo así esa posibilidad de una «transición pacífica» podría eventualmente materializarse, por más que sea muy poco probable. Pero nosotros decíamos que en América Latina era altamente improbable que ese camino pudiera transitarse, y la historia ulterior nos dio la razón. Pero tampoco estaban dadas las condiciones para la lucha armada, salvo en Nicaragua y El Salvador, y cuando nos enteramos de la derrota y posterior asesinato del Che, asesinato ordenado por la CIA porque sus heridas no eran mortales y podía haberse curado. Bien, esa sensación de imposibilidad histórica de la lucha armada se hizo carne en muchos de nosotros, al menos en esos años.

A. M. *¿Cómo recibiste lo del asesinato del Che?*

A. B. Y, yo pensaba: si al Che lo derrotaron; si cayó en combate el tipo que abrió el frente de Santa Clara, que ganó la gran

batalla de Santa Clara que fue la que finalmente consagró el triunfo de la revolución y pese a eso la guerrilla fracasa en Bolivia nada menos que con el Che a la cabeza, (había sido un fracaso ya en el norte de Argentina, recordar la experiencia de Jorge Masetti en Salta), la conclusión era que nos encontrábamos atrapados en un callejón sin salida. La vía armada no era una alternativa realista (al menos en Sudamérica) y la ruta democrática burguesa tropezaba, pese a sus limitaciones, con una formidable resistencia de la derecha y el imperialismo. Ergo, no íbamos a ningún lado, no se producía el «desempate de clases», madre de toda clase de aberraciones políticas en la vida de las naciones por aquello señalado por Gramsci: lo viejo no termina de morir y lo nuevo no termina de nacer. Resumiendo: las estructuras de poder tradicionales del capitalismo latinoamericano probaron ser demasiado fuertes (sobre todo repotenciadas por el imperialismo) como para ser doblegadas mediante el peso de los votos y la voz de las urnas, y al mismo tiempo las estrategias guerrilleras sucumbían ante las fuerzas armadas y las policías entrenadas por Estados Unidos desde fines de la Segunda Guerra Mundial, los organismos de inteligencia (no sabíamos entonces del Plan Cóndor en aquellos años, pero intuíamos que había una coordinación continental) y el terrorismo mediático que predisponía a la población en contra de los combatientes, todo lo cual cerraba el camino de la vía armada. No veíamos la luz, no veíamos cómo resolver el dilema: o sea, ni reforma ni revolución, sino conservación degradada del orden social existente.

Pero, dado que había una mínima posibilidad de transitar por una vía institucional en Chile, había que apostar a eso, y lo hicimos. Y los logros del gobierno de Allende al estatizar la industria del cobre, hacer una reforma agraria, nacionalizar la banca y la gran industria, expropiar el monopolio de las telecomunicaciones (la ITT), entre otras cosas, fueron avances impresionantes, heroicos, si se tienen en cuenta las condiciones de aquella sociedad y las presiones del imperialismo y la derecha, ambos volcados de lleno al derrocamiento violento del gobierno. Desgraciadamente,

aquello terminó con un baño de sangre y lo mismo ocurrió con la vía armada en tantos países. O sea, se nos venía una noche muy negra, yo la vi venir muy claramente, en Argentina, te dije, cuando llegó Perón, cuando pasó lo de Ezeiza durante el segundo y definitivo regreso de Perón, y luego cuando los peronistas empezaron a matarse entre ellos y a aniquilar a la izquierda dentro y fuera del peronismo. Yo me dije, acá en la Argentina viene un baño de sangre y vino, y poco tiempo después dije lo mismo al analizar la coyuntura en Chile, y sucedió. Allí había un debate al interior de la Unidad Popular entre un sector de los socialistas que, poseídos por un voluntarismo suicida, proponían como consigna «avanzar sin transar» y los comunistas que decían «consolidar para avanzar», porque no se podía avanzar sin fortalecer la organización y la conciencia del campo popular y afianzar las conquistas de la UP. Obviamente, Allende se inclinó por la segunda. En suma, golpe militar en Chile, en Argentina, golpe de vieja data en Brasil, golpe en Uruguay, contragolpe en Perú en 1975 para desalojar a Velasco Alvarado, golpe y asesinato en Bolivia contra la Asamblea Popular y el gobierno del general Juan José Torres (una experiencia precursora del gobierno de Evo Morales), consolidación de Stroessner en Paraguay, ¿qué hacer ante tantas catastróficas derrotas? Respuesta: cuidar a la tropa propia, a la militancia, reorganizarnos y esperar el fin de la oleada contrarrevolucionaria para reanudar la marcha. No había otra alternativa. Antes del golpe, por lo menos un año y medio antes, yo discutía con la gente del MIR y con amigos del «sector ultrista» del Partido Socialista que denunciaban el carácter reformista del gobierno de Allende, minimizando por completo las proyecciones históricas de las transformaciones en curso en ese país. Algunos miristas además argüían que para romper lo que caracterizaban como una suerte de congelamiento reformista era necesario iniciar acciones armadas en contra del gobierno de Salvador Allende, así, tal como te suena. Aquello me sumía en la desesperación porque, ¿cómo podría ocurrírseles oponerse por la vía de las armas a un gobierno

que está luchando contra el imperialismo, los terratenientes, los banqueros, contra *El Mercurio* y la gran mayoría de los medios de comunicación, contra el episcopado, con la excepción del cardenal Silva Henríquez, contra los monopolios industriales y los gremios clasemedieros completamente fascistizados? «Sí, hay que apelar a la lucha armada, me respondían, ¡porque es un gobierno carente de la voluntad revolucionaria que hace falta en el momento actual!». Ante un razonamiento tan absurdo yo me armaba de una buena dosis de paciencia y ensayaba con estos talibanes un diálogo mayéutico, preguntando, por ejemplo: «¿dónde están los sujetos sociales disponibles para ese proyecto, dónde y cuándo han recibido instrucción militar, con qué armamentos contamos, cuál es el plan de acción, la estrategia militar y política, tanto para la ofensiva como para la retirada en caso de que la superioridad de las fuerzas adversarias nos obliguen a ello, quiénes serían nuestros enemigos en el campo de batalla, en cuáles escenarios y con qué recursos cuentan, cuáles serían las instituciones emblemáticas que tendríamos que tomar para marcar el amanecer de la revolución? ¿La sede de *El Mercurio,* la Escuela Militar en la Avenida Américo Vespucio, la CEPAL, el edificio de la UNCTAD?». No había respuestas para este ABC elemental de la lucha armada. Yo concluía planteando que, el hecho de contar con una vanguardia esclarecida, no significa que se dispusiera de la fuerza necesaria para el combate.(¡Les decía esclarecida para evitar decirles que eran unos delirantes!) Respuesta de estos «termocéfalos»: «si hay un gesto firme en esa dirección, la clase obrera chilena y los pobladores se va a levantar en masa y se unirán a nuestra lucha». Era un delirio, una psicopatología política, y la prueba de ello fue que, nada menos que la «vanguardia» de la clase obrera chilena, los mineros de la mina El Teniente, sí salieron a la calle el 19 de abril de 1973, pero para ¡protestar contra el gobierno, exigiendo aumento de salarios y paralizando la producción durante setenta y cuatro días nada menos! ¿Y estos eran los actores que aquellas mentes trastornadas soñaban que tomarían las armas para radicalizar al gobierno de Allende? La huelga fue un hecho traumático que desmitificó

el carácter esencialmente revolucionario de los mineros y, más en general, de la clase obrera. Allende les pedía que volvieran al trabajo porque el cobre era «el sueldo de Chile» y que no podían ser tan antipatrióticos, pero en un sector de esa clase – recontra penetrad a por los agentes de la derecha y sus discursos– prevaleció el interés económico corporativo, como diría Gramsci, por encima de cualquier consideración y paralizaron la producción durante dos meses y medio. No toda la clase obrera chilena se solidarizó con aquellos mineros, pero allí estaban y su lamentable ejemplo era un llamado de atención que no podía ser desatendido. Por eso, cuando a mí me vienen con el discurso de la clase obrera, o el campesinado, o los pueblos originarios como revolucionarios yo siempre me pongo en guardia porque no creo en el «esencialismo revolucionario» de ningún, absolutamente ningún, actor social. Nada más antimarxista que estas concepciones «esencialistas» de sujetos que por su ADN sociológico están fatalmente destinados a ser revolucionarios. El sujeto de la revolución es resultado de una construcción política, no una secreción hormonal e ineludible del modo de producción capitalista. No descarto que, bajo determinadas circunstancias, un sector del proletariado o el campesinado o los pueblos originarios pueda radicalizarse y levantar la antorcha de la revolución. Ocurrió en Cuba durante la guerra revolucionaria en la segunda mitad de los años cincuenta, pero aquello fue más una excepción que la regla. Lo ocurrido con el Che en Bolivia es otro ejemplo y lo mismo en Perú con Sendero Luminoso. Algo de eso hubo, sin duda en Nicaragua, guerrilla sandinista triunfante, y en El Salvador, con el FMLN, logros producto de décadas de construcción del sujeto revolucionario. El resto: Tupamaros, Montoneros, ERP, MIR chileno, Marighella en Brasil, Lucio Cabañas en México y tantos otros en distintos países fueron aniquilados y derrotados en medio del aislamiento al que fueron condenados por grandes mayorías nacionales que no respondieron a sus llamados a la lucha.

A. M. *¿Y a Cuba cómo la veías entonces, como excepción?*

A. B. A Cuba la veíamos, y la vemos, como el faro orientador de un proyecto emancipatorio latinoamericano. Marcó un camino, pero su situación es absolutamente original y su experiencia imposible de generalizar al resto de los países. Y como decía Mariátegui «la revolución no puede ser ni calco ni copia, sino creación heroica», propia, idiosincrática, de cada pueblo. Lo cierto es que la lucha armada fue derrotada en la región, excepción hecha del sandinismo y del «empate» registrado en El Salvador, décadas después. Pero, antes se había derrocado a Juan J. Torres en Bolivia, que ni siquiera pudo completar un año de mandato: octubre 1970-agosto 1971, para ser asesinado en el marco del Operativo Cóndor en Argentina, en 1976. Y después de Allende derrocaron a Velasco Alvarado en 1975. Cuba pasó de ser vanguardia a una brillante y virtuosa excepción de la historia latinoamericana y su epopeya, así como su encuadramiento en el tablero geopolítico mundial, hacía de su ejemplo algo inimitable. Sigue en pie, heroicamente, pero su estrategia de lucha revolucionaria no ha podido ser replicada, con las ya mencionadas salvedades. «Por ahora», como diría Chávez, porque no sabemos lo que pueda ocurrir en el futuro en el contexto de una pandemia, una crisis general del capitalismo y un derrumbe civilizatorio como el que nos agobia en estos momentos, y en donde la fragilidad y la mentira de las «democracias capitalistas» saltan a la vista a cada momento.

A. M. *¿Qué determinó para vos que en Cuba haya podido triunfar un movimiento guerrillero más allá del apoyo urbano, las huelgas, etc.? ¿Cuál es tu lectura?*

A. B. Mi lectura es la siguiente: primero, Cuba tenía una tradición de lucha popular independentista muy arraigada, que comienza en 1868, que se interrumpe o al menos debilita, pero que recobra fuerzas en 1895 y culmina, en 1898, con la victoria de los mambises cubanos sobre los españoles, victoria que les fue arrebatada por Estados Unidos mediante una infame maniobra: la voladura del acorazado Maine en el puerto de La Habana,

que ofreció el pretexto necesario para la intervención armada de Washington.. Esa tradición insurreccional quedó marcada a fuego en la conciencia popular cubana. Segundo, Cuba era un país en donde las contradicciones del capitalismo periférico eran más marcadas que las de otros países. Al ser, si bien de modo informal, una colonia norteamericana, los flagelos, la opresión y la humillación del imperialismo eran transparentes en la isla, cosa que en otras latitudes se advertía de modo mucho menos claro. La polarización entre una Cuba convertida en un garito para uso disfrute y negocios de la mafia norteamericana –con el lujo y la corrupción que le eran inherentes– contrastaba con la profunda miseria de las grandes masas campesinas y urbanas creando una situación potencialmente explosiva. Tercero, en Cuba había un sentimiento nacional muy fuerte de rechazo al imperialismo norteamericano, aún en sectores que no eran ni socialistas, ni comunistas, pero resentidos por el «robo de su triunfo» sobre España en 1898.

A. M. *Pero sí martianos…*

A. B. Seguro, y todos estaban molestos, algunos indignados y muchos furiosos por las humillaciones que los estadounidenses cometían a diario en Cuba. Un ejemplo extremo fue la profanación de la estatua de José Martí en el Parque Central, el 11 de marzo de 1949, cuando un grupo de marines se encaramaron sobre ella y la regaron con sus orines. Eso todavía hoy es un hecho que provoca la indignación de los cubanos ante esa oprobiosa afrenta. A todo esto, hay que agregar un cuarto elemento: Cuba alumbró en menos de un siglo a dos figuras gigantescas, épicas: Martí y Fidel. Y lo que este hizo con su campaña en Sierra Maestra en la segunda mitad del siglo pasado fue amalgamar las viejas luchas contra el imperio español y Estados Unidos desde 1895 con las de su tiempo. Por eso Fidel siempre dijo que Martí fue el «autor intelectual» del asalto al Moncada. Y aparte hay un quinto elemento: el factor sorpresa que nunca debe ser subestimado. Los estadounidenses jamás imaginaron que aquellos barbudos llegarían a construir un proyecto socialista. Tenían otra mirada: por

eso Herbert Matthews llega a Sierra Maestra a entrevistar a Fidel, y su figura irrumpe ante la opinión pública de Estados Unidos con perfiles virtuosos, hasta «robinhoodescos», resaltando favorablemente cuando se lo comparaba con un déspota repugnante y corrupto como el dictador Fulgencio Batista. Para el *establishment* liberal norteamericano Batista era un secuaz, un compinche impresentable pero necesario. Se aplica en su caso eso que Franklin D. Roosevelt dijera de Anastasio Somoza: «sí, es un hijo de puta, pero es nuestro hijo de puta». Los barbudos de la Sierra Maestra eran un grupo muy heterogéneo porque había algunos católicos, otros liberales, algunos nacionalistas y muy pocos aparecían como marxistas-leninistas confesos –y si lo eran se cuidaban de proclamarlo a los cuatro vientos– como Fidel, Raúl, o el mismo Che. Esto de alguna manera sorprendió a Estados Unidos. Ellos no esperaban al vendaval revolucionario, las nacionalizaciones, las expropiaciones, la reforma agraria, el antiimperialismo militante. Tampoco esperaban tener que toparse con un liderazgo de la excepcional estatura como la de Fidel. Cuando a las pocas semanas del triunfo de la revolución Eisenhower comienza a aplicarle sanciones que en otros países hubieran puesto a los gobiernos de rodillas, en Cuba se encontraron con alguien que les redobló la apuesta, y cuando dejaron de exportar crudo a Cuba Fidel lo hizo traer desde la Unión Soviética. La inesperada novedad era que la mera existencia de la URSS, con todo y sus defectos y deformaciones, ampliaba significativamente los grados de libertad de un gobierno decidido a enfrentar al imperialismo, y Fidel sabía muy bien eso. Cuando pasás revista a todos estos factores y elementos recién mencionados te das cuenta de que no había ningún otro país en la región que reuniese aquellas condiciones –magistralmente sintetizadas en el liderazgo de Fidel– que se dieron de modo tan favorable en Cuba. Es más, en los mentideros políticos de Washington no le daban más de un año de vida al nuevo gobierno revolucionario. Para concluir: en el resto de Latinoamérica ni tenías una herencia martiana, ni un líder como Fidel, ni una tradición de lucha independentista tan prolongada e intensa como la de los cubanos ni un

sentimiento anti norteamericano tan arraigado y extendido como el que había, y hay, en la Isla. Por eso cuando se quiso «imitar» el modelo revolucionario de Sierra Maestra casi siempre, salvo Nicaragua, terminó en un fracaso. Para resumir, lo de Cuba fue algo único por su historia y porque se plasmó en un momento muy especial y en circunstancias por ahora irrepetibles, o por lo menos imprevisibles en el mediano plazo.

Fidel en algún momento de una conversación personal notaba que la clásica lucha armada –como la del Movimiento 26 de Julio, o la de los comunistas en China y Vietnam– resultaba poco viable en una época en donde hay centenares de satélites monitoreando y mapeando cada milímetro del planeta y miles de drones que transmiten en tiempo real cuanta información sea necesaria para frustrar los planes de los insurrectos. Era preciso, decía, tomar en cuenta que las condiciones de la guerra habían mutado radicalmente. Y recordaba cómo había caído el Shá de Irán, pese al inmenso apoyo que tenía de Estados Unidos e Israel; o Mubarak en Egipto en 2011. Concluía diciendo que no habrá gobierno que pueda resistir a la fuerza política que tenga la capacidad para instalar pacíficamente a un millón de personas en una plaza durante un mes; así cayeron el Sha y Mubarak, sin que se disparase un solo tiro. Aplicando esa observación al momento actual de la Argentina pienso que la tan resistida y demorada reforma de la «Justicia Federal» o la democratización del sistema de medios jamás se producirá sin un despliegue de la «potencia plebeya» (García Linera) similar a la exhibida por las masas en Irán y Egipto. No un millón, pero cien mil personas plantadas sin moverse durante varias semanas frente a Comodoro Py y otras tantas frente al Palacio de Tribunales seguramente convencerían a la hipercorrupta «justicia federal» de la inmediata necesidad de un cambio. Y lo mismo frente a las sedes de los grandes medios concentrados que hicieron de las *fake news* y los blindajes mediáticos muy efectivas armas para someter a los gobernantes a sus designios y frustrar la voluntad popular. Fidel de ninguna manera quería decir que el recurso a las armas debía descartarse para siempre, lo cual a la luz de las enseñanzas de la historia

sería una soberana insensatez. Pero que, en las circunstancias del mundo actual, con el formidable desarrollo de la informática y las telecomunicaciones satelitales, el protagonismo de las masas concientizadas y movilizadas era el recurso principal, el factor decisivo de un proyecto revolucionario; de eso no cabía la menor duda.

Tiempo después el imperio volvió a distraerse en 1998 y subestimó a Chávez. Cada vez que menosprecia a alguno de estos líderes populares que irrumpen en la escena política latinoamericana, el precio que paga es una gran derrota. Por eso fueron implacables con la guerrilla del Che en Bolivia. Quien dio la orden de ejecutarlo fue la CIA, no el gobierno de René Barrientos. El sangriento derrocamiento de Allende y la derrota militar del Che indicaban que estábamos instalándonos en un tiempo de repliegue, que debía ser lo más ordenado posible. No se podía avanzar ni por los tramposos cauces de la legalidad burguesa ni por la vía armada. Había que aprovechar este momento para formarse, concientizarse, organizarse, esperando el amanecer de nuevos tiempos, como pacientemente lo hicieron los bolcheviques, Mao Zedong u Ho Chi Minh; como esperaron Marx y Engels en Inglaterra, y tantos otros líderes y combatientes revolucionarios. La «ardiente impaciencia» de los voluntaristas o los «izquierdistas» (tan combatidos por Lenin) es un seguro camino hacia una catastrófica derrota.

A. M. *En alguna oportunidad me hablaste de conocidos y amigos tuyos que habían decidido volcarse a la lucha armada en Argentina,* ¿cómo *viviste todo eso?*

A. B. Lo viví con mucho dolor porque algunos habían sido alumnos, o gente que se fue conmigo a Chile después del golpe de Onganía. En parte, porque yo de alguna forma era el profesor con quien mejor dialogaban y por eso me tenían como un interlocutor válido. Como buena parte de la juventud vinculada al catolicismo experimentaron el impacto del Concilio Vaticano II y la «Opción por los Pobres» establecida por el episcopado

latinoamericano en su conferencia de Medellín en 1968. Antes –también en Colombia, en Buga– el Primer Encuentro Latinoamericano de Universidades Católicas examinó la misión de estas instituciones en América Latina y contribuyó a remover arraigadas posturas conservadoras y, sobre todo, a insuflar un espíritu «latinoamericano» que, –salvo México y Cuba, y en parte Chile por su condición de país sede de numerosos organismos internacionales – estaba ausente en el imaginario de nuestras sociedades. Y más aún en el de los sectores más radicalizados, enfocados casi exclusivamente en torno a las urgencias sociopolíticas de su entorno inmediato. Este cambio de mentalidad hizo que algunos personajes, otrora ocultos, aparecieran con una luz radiante ante los ojos de la juventud: caso del sacerdote colombiano Camilo Torres Restrepo (que había estado en Buenos Aires en la conferencia organizada por el Instituto Di Tella a principios de los años 1960); el obispo de Recife y Olinda, don Hélder Câmara; surge en la Argentina, en ese mismo año, 1967, el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo; los «curas villeros» con Carlos Mugica a la cabeza, seguido por Miguel Ramondetti y un grupo de obispos que respondieron positivamente al llamamiento hecho por Hélder Câmara, y entre los cuales se contaban Guillermo Bolatti, Enrique Angelelli, Alberto Devoto, Jerónimo Podestá, Jaime de Nevares, Adolfo Tortolo y Vicente Zazpe. La reacción de la derecha católica fue furibunda y las rabiosas acusaciones de «subversivos y comunistas» proliferaban por doquier. Uno de los profesores incorporados tardíamente a Sociología de la UCA, para dictar un curso de Ética Cristiana, fue Carlos Sacheri, vehemente crítico de ese movimiento de renovación católica. Para esa época, no puedo olvidarme, aparecieron los primeros escritos del sacerdote dominico peruano Gustavo Gutiérrez y del brasileño Leonardo Boff, otorgándole a esta corriente renovadora un espesor doctrinario y teórico llamado a ejercer una duradera influenciaen las juventudes católicas. Quienes siguieron mis pasos y fueron a Chile, experimentaron un giro notable en su conciencia

social; su posterior radicalización, a comienzos de los años 1960, se vería acicateada por los violentos avatares de la vida política argentina. Un breve listado de tales acontecimientos incluiría al «Cordobazo» y poco después el lento desmoronamiento de la mal llamada «Revolución argentina »; el retorno y tercer gobierno de Perón y la encarnizada pugna librada en torno a su figura y su legado; el siniestro papel de la Triple A; la brutal represión a la guerrilla y a toda forma de disidencia; y el cúmulo de acontecimientos que daría lugar a la tragedia en la que quedaría sumida la Argentina hasta finales de 1983, cuando se reinstala el frágil orden democrático que ha perdurado hasta el día de hoy, pero sin que ello signifique una genuina consolidación de la democracia toda vez que lejos de construir una sociedad más justa, desgraciadamente, hizo exactamente lo contrario. Y no sólo en la Argentina: lo mismo aconteció en Brasil y Chile, por ejemplo, en donde la desigualdad económicosocial en los finales de las dictaduras se acrecentó considerablemente en el período «democrático», que por eso mismo debería ser más apropiadamente llamado «pos-dictatorial». Los datos sobre la población bajo la línea de la pobreza son elocuentes en comprobar el fracaso del proceso de democratización en la Argentina: en octubre de 1982, casi a finales de la dictadura, el 22 por 100 de los hogares del Gran Buenos Aires estaba bajo la línea de la pobreza; cuarenta años después esa cifra se ubica en torno al 40 por 100, ¡casi el doble! Cifras similares se encuentran para todos los países. Bien, retomando el hilo de los recuerdos: cuando me fui a Chile investigué cómo estaba la situación y si habría chances de que la Universidad de Chile o la UCA pudieran recibir a algunos de mis exalumnos, reconociéndoles las materias cursadas. Me di cuenta de que había un ambiente favorable e informé de la situación. Al principio no aceptaron venir porque querían militar en contra del golpe de Onganía. Yo ya estaba marcado, había perdido mi empleo, empezaba a notar un cerco en derredor mío, pero ellos no; podían plantear una resistencia, aunque fuese parcial. Pero al poco tiempo me empezaron a escribir y diciéndome que

«queremos ir para allá, ¿cómo está la cosa? Prepáranos el camino, a ver si lográs que nos acepten en alguna universidad». Me puse en marcha y les ayudé para entrar sobre todo en la Universidad Católica y como venían de la UCA fue relativamente sencillo. Ahí salió a luz una conducta generosa y solidaria de la gente del departamento de Sociología de la Universidad Católica de Chile y entonces pudieron retomar sus estudios, cosa que para ellos fue bien importante para su formación política y, en algunos casos, para su corta carrera académica. Eran chicos con valores humanos excepcionales: generosos, altruistas, solidarios y sumamente inteligentes. Proviniendo de una universidad confesional como la UCA se asombraron cuando al llegar a Chile vieron que algunas aulas de Sociología de esa institución tenían un pequeño letrero que las identificaba: «Max Weber» decía una, «Emile Durkheim» otra y «Karl Marx», una tercera, algo impensable en el opresivo y oscurantista clima intelectual de la UCA.

Te digo algunos de los nombres que más recuerdo de ese grupo: Juan Carlos *Lalo* Alsogaray (*Teniente Manolo* en Montoneros) que luego de una breve permanencia en Chile va a Francia a estudiar, regresa, contrae matrimonio con otra estudiante de Sociología de la Católica, Cecilia Taiana, pero al tiempo, se vincula a los Montoneros y cae muerto en combate en el monte tucumano el 23 de febrero de 1976; Hugo Perret, el *franchute* o *El Gato* en los Montoneros, muere en combate con una patrulla policial en Hurlingham el 18 de julio de 1976; Fernando Perera, secuestrado y desaparecido por un grupo de tareas de la Marina muere en la ESMA el 14 de enero de 1977; Patricio Biedma, que se vincularía con el nombre de *Nico* a la lucha clandestina del MIR en Chile para luego regresar a la Argentina, donde fue apresado y desaparecido, presuntamente vinculado al ERP; Rafael *Palito* Olivera y Norita Rodríguez Jurado, que eran pareja, aunque por poco tiempo. Estuvieron haciendo cursos de posgrado en Alemania, regresaron a la Argentina y el 12 de julio de 1976 *Palito* es secuestrado y desaparecido y al día siguiente lo mismo ocurre con Nora. O sea, un grupo, eran unos ocho o diez muchachos que

estaban muy metidos en un proyecto político. También estuvieron un tiempo Carlos Prego, que más tarde regresaría a la Argentina, no sé si luego se exiliaría, pero por suerte, sobrevivió y con el retorno a la democracia lo vi en Sociales; y *Bill* Salatino que milagrosamente sobrevivió a tanta tragedia.

A. M. *¿Lalo Alsogaray, era pariente del general Alsogaray?*

A. B. Si, era su hijo. Fue tremendo. En 1965 yo era instructor en Sociología de la UCA. Ni bien me gradué me ofrecieron ese cargo, como te dije, que era el inicial y el más bajo en el escalafón docente. A regañadientes, porque la verdad que el rector, Octavio Derisi y sus colaboradores más estrechos no me toleraban, pero sabían que era el más preparado para la tarea y entonces no tuvieron otra que designarme como instructor en dos cursos ante el creciente número de estudiantes que se habían inscripto en la carrera de Sociología de la UCA, y en uno de esos cursos lo tuve de alumno a *Lalo*. Se hizo muy amigo mío. Era un chico muy tranquilo, nada amigo de los aspavientos; estudioso, de tez muy blanca, un mechón depelo que le caía por el costado, anteojos de carey, muy gruesos. Tenía mala vista. En fin, muy buena onda, muy afectuoso, muy llano. Y en un momento determinado, debe de haber sido alrededor de abril de 1966, me dice: «Atilio mi viejo está loco». Le digo: «¿qué pasa?», dice: «Están planteando voltearlo a Illia», «¿cómo?», le digo. «Sí, sí, se la tienen jurada. A mí me gustaría invitar a algunos profesores de la UCA a que vengan un día a charlar con papá». Tenía muy buena relación con el padre. Y nos invitó a tomar un café. Y fuimos algunos: ¿vos sabes que no me acuerdo quién más fue? Héctor Goglio fue uno, pero no recuerdo quién más.

A. M. *¿Compañeros de la Católica?*

A. B. Sí, profesores jóvenes de la UCA. Y algunos estudiantes amigos de *Lalo*, como, por ejemplo, Patricio Biedma que murió también en la lucha armada. Su padre nos recibió. Estaba con ropa de civil, por supuesto, y *Lalo* le dice: «Mira papá, quería que ha-

blaras un poco con mis profesores. Hablar de cómo ves el país y que sepas cómo lo ven ellos». «Bueno, empecemos: ¿y cómo lo ven ustedes?», nos dijo el general. Nosotros: «Y, en efecto, hay una situación social complicada (en aquel momento estaba en marcha un nuevo plan de lucha de la CGT); hay mucha disconformidad y protestas, pero a nosotros nos parece que, aún bajo estas circunstancias es importante mantener la estabilidad institucional». «¡No!», dijo el general. Nos cortó con un rápido además de su mano: «aquí ya se ha roto el orden constitucional y el gobierno no hace nada para normalizar la situación». Y siguió: «Están tomando las fábricas, hay *soviets* (utilizó exactamente esa palabra: "soviets", mientras yo tragaba saliva rogando que la SIDE no hubiese husmeado en los cursos de la CGT) por todo el país. No hay ningún orden constitucional, se ha arrasado con el derecho a la propiedad, se han violado todas las normas … esto ya es una dictadura. El país está a punto de caer en las garras del comunismo y eso jamás lo vamos a permitir». Nosotros nos mirábamos azorados. ¡Hablar de dictadura durante el gobierno de Illia era un disparate mayúsculo, un delirio! A diario la prensa no sólo lo criticaba, sino que ridiculizaba la figura del presidente; los partidos y los sindicatos actuaban a sus anchas, la protesta social era incontenible, pero los militares creían que el país estaba al borde de un abismo bolchevique. «¿Cómo?», le dijimos, «Sí, sí, hay comunistas. Acá ha habido un proceso de infiltración comunista impresionante». Y en ese momento un relámpago cruzó mi cerebro, rebobiné mentalmente y recordé aquella experiencia, ya narrada anteriormente del «cursito» que nos ofrecieron cuando ingresamos a la UCA en el ya lejano verano de 1960. Y nos dice: «hay que acabar con ese personaje nefasto», dice, por Illia. «Y evitar que el país caiga en manos del comunismo». Claro, infiltración había, pero la verdadera era la del Pentágono y su gente en las filas de las fuerzas armadas de Argentina. Esa retórica de la guerra fría, ese macartismo desenfrenado, era alentado por Washington (y sigue hasta el día de hoy, agregando la Policía a la ya tradicional labor «formativa» en las fuerzas armadas). Y como Illia se había opuesto a la participación

de las tropas argentinas en la invasión de Santo Domingo (y esta charla tenía lugar menos de un año después) era evidente para el general y sus camaradas de armas que la actitud de Illia era signo indiscutible de su oculta identidad comunista, o al menos su afinidad con la política soviética.

A. M. *Y además seguía Cuba.*

A. B. Claro, Cuba, y demás Allende que había perdido, pero dando dura batalla, en la elección de 1964. O sea, se estaba poniendo calentita la cancha y en ese marco sin duda que operaba la Junta Interamericana de Defensa taladrándole la cabeza a los militares argentinos.

Para concluir con lo de aquella reunión pocos minutos después el General se incorporó de su sillón y nos despidió con estas palabras: «señores, esto no va más, así que les quiero advertir que en una fecha próxima las fuerzas armadas van a dar el paso al frente que toda la ciudadanía nos reclama y vamos acabar con este régimen nefasto». Balbuceamos alguna tentativa de argumentación, pero nos cortó en seco: «muchas gracias caballeros, tomo nota de lo que han dicho pero el proceso ya está jugado y nuestra decisión es irreversible».

A. M. *Y su hijo muere en la lucha armada…*

A. B. Sí, fue un doble trauma familiar, por su muerte, pero también por las condiciones en que esta se produjo, luchando contra un ejército del cual su padre era nada menos que general. Supe después de muchos años que, contrariando múltiples especulaciones, el general sí reconoció el cadáver de su hijo y lo despidió con un profundo dolor, pero también con una cierta admiración por su valentía y entrega –virtudes que, en la mejor tradición militar, no la actual– eran muy apreciadas en el seno de una familia que a lo largo de varias generaciones había siempre tenido presencia en lasFuerzas Armadas.

A. M. *Y el ERP también se estaba organizando…*

A. B. Se estaba organizando, fue de los primeros que empezaron en la tarea de organización. Quienes veníamos de la UCA estábamos muy vinculados también a un grupo que se llamaba cristianismo y revolución dirigido por Juan García Elorrio que había sido seminarista, y muchos de ellos se fueron después para la guerrilla. Ya en la época de la dictadura de Juan C. Onganía ese grupo tenía el proyecto de combatir al régimen con las armas en la mano, aun cuando no existía una correlación de fuerzas militares como para otorgarle alguna perspectiva de éxito a esa alternativa. Después, por supuesto, las cosas cambiaron, para peor: el general Alejandro A. Lanusse asume la presidencia, luego la masacre de Trelew, después el retorno de Perón, la lucha intestina entre la derecha fascista y la izquierda peronista, que estalló en la masacre de Ezeiza durante la multitudinaria recepción que se le hizo al líder, la pugnas internas y finalmente, el pasaje a la clandestinidad de gran parte de los militantes de las «formaciones especiales», como las llamaba Perón, repudiados ahora como «jóvenes imberbes» de la Plaza de Mayo el 1º de mayo de 1974. Luego de esto, el infierno.

A. M. ¿Qué *sabías de la Triple A vos?*

A. B. Muy poco. Las creó López Rega, que era la mano derecha de Juan Perón cuando regresa a la Argentina y accede a la presidencia. Este siniestro personaje era un policía y aficionado al esoterismo. Estaba vinculado estrechamente a la logia anticomunista *Propaganda Due* y desde su cargo como ministro de Bienestar Social utilizó los recursos de su ministerio para organizar la Alianza Anticomunista Argentina (AAA), una organización paramilitar que perpetró innumerables crímenes. López Rega no sólo las creó, sino que las financió y trazó su plan de combate. Perón gana en 1973 la elección, muere al año siguiente, el 1º de julio, y ahí ya se caen las máscaras y se pasa a operar a plena luz del día, con total desparpajo. Algo se sabía, pero yo ya estaba en Estados Unidos y las informaciones que publicaba la prensa norteamericana eran muy escasas. De vez en cuando aparecía la

foto de algún masacrado, pero nada más. Mi padre me enviaba periódicamente unos diarios, pero la información publicada era muy escasa. «Abatido fulano de tal en un enfrentamiento con las fuerzas de seguridad», aunque nunca se describían las condiciones bajo las cuales el personaje de marras había sido abatido. ¿Fue en una emboscada, le allanaron su casa, hubo un encuentro casual, falló una cita? Nada se decía al respecto. La palabra era «abatido» o «abatida». Cuando yo salí de Chile, a comienzos del año 1972 todavía no se hablaba de la Triple A. Estaba Lanusse en el gobierno, pero estos chicos, mis alumnos de la UCA, fueron y volvieron. Algunos con un interregno para estudiar en Europa (Alsogaray y Olivera, seguro) y regresaron con la convicción de que la solución era la vía armada. Fueron a Chile convencidos de que la Argentina no encontraría solución a su crisis sin apelar a la lucha armada contra la dictadura. El tercer gobierno de Perón alentó algunas frágiles y fugaces expectativas, pero la cacería de militantes radicalizados que lanzó su gobierno (y no sólo a través de la Triple A) los persuadió de que el único lenguaje que comprendería la derecha argentina, enquistada en el peronismo, era el de las armas. Y fueron coherentes con esas ideas.

A. M. ¿Hicieron *una lectura del proceso chileno, hablaban de eso?*

A. B. Sí, lo hicieron, pero decían que era un proceso absolutamente idiosincrático e imposible de reeditar en la Argentina. Patricio tenía además muchas dudas sobre lo de Chile, de ahí su temprana vinculación al MIR. En lo que hace a su diagnóstico de la situación en la Argentina, ellos pensaban que había una masa popular dispuesta a ser integrada a –y movilizada tras– un proyecto insurreccional armado. Por supuesto, hablaban del peronismo y ahí se equivocaron de medio a medio porque esa masa peronista no estaba dispuesta –o preparada– para apoyarlos. Claro que con el Cordobazo (mayo de 1969) parecía que las cosas se encaminarían en la dirección que ellos deseaban, pero no fue así. A su regreso, repito, con algunos pasando una temporada de estudios en Europa,

se vinculan a las organizaciones armadas. La mayoría a los Montoneros.

A. M. *Volviendo a tu formación académica. Me habías dicho que tu tesis para FLACSO había sido sobre la movilización política de las clases populares en Chile.* ¿Cómo *sigue tu carrera entonces?*

A. B. Aquello fue a finales del año 1968. A principios del año 1969 me designan profesor adjunto para enseñar Teoría Política y empiezo a entusiasmarme con el tema, que era relativamente novedoso para mí. Dictaba un curso en FLACSO/Ciencia Política y asesoraba a los maestrandos, a la vez que hacía de «lobista» trabajando para lograr que el Congreso de Chile aprobara una ley que garantizara la estabilidad institucional de FLACSO, cosa que nunca se había conseguido. La situación desde ese punto de vista era muy precaria. Esa negociación, que ya venía desde mucho antes del triunfo de Allende, me permitió tomar contacto con él y otros personajes de la política chilena. Con la victoria de la Unidad Popular decidimos con Nora quedarnos a vivir en Chile. Hubo algunas movidas para que yo me integrara, aunque fuera a tiempo parcial el gobierno, pero me parecía que mi lugar en ese momento, donde yo podía ser más útil, era FLACSO. A todo esto, al promediar 1970 ya había solicitado mi admisión a Harvard, y no quería involucrarme en labores de gobierno que luego sería muy difícil de abandonar.

A. M. ¿Por *qué un doctorado en el exterior?*

A. B. Porque yo quería adquirir un conocimiento profundo y lo más completo posible del pensamiento dominante en el imperio – en el centro del imperio, en la Roma americana–, como decía Martí. Y nada mejor que Harvard para eso, y además allí tenía algunos apoyos importantes como los de Gino Germani y Karl W. Deutsch. Tenía la intuición, que luego se convirtió en certeza rotunda, de que un conocimiento minucioso de Estados Unidos era imprescindible para combatir eficazmente al imperialismo. Por una razón muy simple: no puedes combatir a un

enemigo que no conoces hasta en su menor detalle, cosa que una y otra vez decía Fidel y que está en todos los libros sobre el arte de la guerra, desde Sun-Tzu hasta Maquiavelo, pasando por von Clausewitz y Napoleón.

Ahora bien: ¿por qué no traté de hacer un doctorado en Europa, en Francia o Inglaterra, por ejemplo? Uno, por lo que te dije del imperialismo y la centralidad de Estados Unidos en ese sistema. Dos, porque la academia europea es mucho más jerárquica y verticalista que la estadounidense. Para ser más preciso: en 1970 me invitan al Congreso Internacional de la IPSA (*International PoliticalScience Association*) que se celebraría en Munich. Nunca supe cómo –sospecho que debe haber sido vía Karl Deutsch–, pero mi tesis sobre el proceso de movilización política en Chile había despertado el interés de Stein Rokkan, un politólogo noruego que desde hacía décadas trabajaba sobre este mismo tema. Era un tipo bonachón, buena onda, abierto, cercano al socialismo, un social demócrata coherente; le hicieron llegar un *paper* mío y poco después me llegó una carta de invitación para el Congreso y ahí partimos con Nora para Munich y, de paso, otras ciudades europeas. Nunca habíamos viajado a Europa y aprovechamos la oportunidad.

A. M. *¿Y los chicos?*

A. B. Los chicos se quedaron con mi madre y la señora que trabajaba en casa y, por un tiempo, con mi padre. Ambos vinieron de la Argentina. Mamá vino antes y se quedó todo el tiempo, unas tres semanas. Teníamos toda la estructura de apoyo montada y nos ayudaba una señora para atender a los dos chicos que eran muy pequeños: tres y cuatro años. Además, estaban los amigos que nos daban una mano. Haber traído a los chicos a la Argentina mientras íbamos a Europa habría sido un caos: meterlos en un departamento en Barrio Norte, un ambiente desconocido para ellos, los problemas de Gaby con el clima húmedo de Buenos Aires. En cambio, en Santiago tenían una casita pequeña y modesta, pero con un jardín y una hermosa vista a la cordillera.

Te decía que yo sabía lo de la tradición jerárquica en el mundo académico europeo, pero ese viaje me ayudó a confirmarlo. Antes de ir al congreso paso por París, donde ya conocía a alguna gente. Y por supuesto fui a visitar la sede de la *Fondation Nationale de Sciences Politiques*, a la cual había enviado solicitudes de admisión que aún esperaban respuesta. Hacer un doctorado en París también me atraía, y mucho: por esa maravillosa ciudad, por la cultura francesa, por su cosmopolitismo y, por supuesto, por sus profesores. Fui a la sede, la recorrí y entré a la biblioteca, a ver qué materiales tenían para lo que sería mi eventual tesis sobre la política chilena. En el catálogo, fichero en realidad, había una tarjeta que daba la ubicación del último censo de población publicado de Chile, que era el de 1960. Yo ya lo conocía porque lo había estado trabajando bajo la supervisión de Torcuato y por eso le digo al bibliotecario que quiero examinar unos datos del censo. Me miró extrañado y muy formalmente me dijo: «perdóneme, señor, pero el censo lo tiene el profesor (fulano de tal) así que si quiere consultarlo tendría que ir y hablar con su secretaria» [risas]. O sea, ir y hablar con él significaba que casi inexorablemente ese personaje se convertiría en mi obligado tutor del doctorado, el dueño de Chile como objeto de estudio, y el que me diría «cuál sería la hipótesis de mi trabajo, qué datos tenía que buscar, cuál sería la conclusión de la tesis», porque, en caso contrario, no tendría acceso a los datos censales ni a ningún otro que él, ejerciendo sus prerrogativas feudales, retendría en su oficina mientras tuviera ganas. Para mí fue suficiente. Yo sabía que, salvo excepciones, las universidades europeas eran mucho más jerárquicas que las gringas y eso lo comprobé en innumerables ocasiones; Lamentablemente, aún hoy ese rasgo subsiste, aunque es cierto que ahora está un poco atemperado. Recuerdo indignado que en un encuentro en Alemania entre estudiantes de ciencia política de Harvard y la universidad de Koln, el profesor anfitrión y que dirigía a la delegación de estudiantes alemanes, llamaba a sus estudiantes con un chasquido de sus dedos para que sirvieran café, fotocopiaran un texto o hicieran algún tipo de trámite.

A. M. *¿Y te vas entonces a Estados Unidos?*

A. B. Sí, pero ya en julio de 1969 se me había presentado la oportunidad de viajar a Estados Unidos. Me envió la FLACSO para tomar un curso de verano de ocho semanas especializado en Métodos Cuantitativos para el Análisis Político. Esto se ofrecía en Ann Arbor, sede de la Universidad de Michigan. El programa, con estudiantes de Estados Unidos y de todo el mundo (seríamos unos 90 o 100) era organizado por el *Inter -University Consortium for Political Resarch* (ICPR) y se estructuraba en torno a tres materias que reflejaban el *state of the art* en cuestiones metodológicas: Técnicas de recolección y análisis de datos, Estadística (dictada nada menos que por Hubert Blalock, cuyo texto de Estadística Social estudiábamos era de lectura obligatoria en la universidad y en FLACSO) y Encuestología. El ICPR era un centro de excelencia mundial en estos temas. Fueron unas semanas muy intensivas de trabajo y que me permitieron resolver una cuestión pendiente desde hacía años. Los profesores que adherían al modelo convencional de las ciencias sociales siempre decían que quienes utilizábamos un marco teórico marxista lo hacíamos a causa de la debilidad de nuestros instrumentos metodológicos. Aducían que el marxismo nos impedía apelar a métodos apropiados para confrontar con los datos de la experiencia, mediante el análisis empírico de la realidad, los postulados y las hipótesis de la teoría marxista. Y que la lógica dialéctica, esa que en FLACSO enseñaba Fernando H. Cardoso (en sus mejores tiempos, claro) era apenas un ejercicio retórico y nada más, algo que mal podía ser una guía para la investigación empírica. Por consiguiente, si yo conociera esas técnicas, esos métodos rigurosos, «científicos» de investigación…

A. M. *¡Abandonarías el marxismo!*

A. B. ¡Correcto! [risas].... porque caería en la cuenta que el marxismo era un relato, un discurso utópico, muy seductor, pero que no aporta instrumentos metodológicos para confrontar sus teorías con la realidad, para discernir la verdad del error. Entonces yo, empecinado como era, me dije: «ah, sí, bien: ¿cuál

es "la catedral" donde se enseña todo esto?, ¿dónde es la catedral mundial de la metodología positivista? ¿Ann Arbor, Michigan? Bueno, allá voy». Y allí fui. Efectivamente, en Ann Arbor todos los veranos del hemisferio norte el ICPR ofrece un curso de ocho semanas sobre métodos y técnicas cuantitativas de investigación. Fui y «me fumé» todo eso: análisis estadísticos muy sofisticados, diseños experimentales o cuasiexperimentales de investigación, construcción y análisis de encuestas, problemas de muestreo, análisis factorial, elaboración de escalas cuantitativas, etc. En suma, todo el arsenal que se usaba en aquellos años, pero ya no más porque hoy en día, con el progreso de las neurociencias, el estudio de las opiniones políticas y el comportamiento electoral ya no puede ser analizado con precisión con aquellas técnicas. La prueba es que hay pocas encuestas que acierten resultados electorales, en cualquier país. Mirá la última elección presidencial de Estados Unidos donde le daban a Joe Biden entre ocho y doce puntos de ventaja sobre Donald Trump y fijate cómo terminó la cosa. Hoy las campañas se basan en el «*neuromarketing* político», los algoritmos, la inteligencia artificial y las formas subliminales de la propaganda política, mediante las cuales, la movilización del temor y del odio formatean la conducta ciudadana. De ahí los yerros de la mayoría de las encuestas electorales en sus predicciones, porque utilizan una metodología que no toma en cuenta estos cambios recientes precipitados por la «sociedad de la información», la digitalización y el «capitalismo de la vigilancia», estudiados por Ignacio Ramonet y, en Estados Unidos, por Shoshana Zuboff, y en Cuba en un magnífico libro titulado *La Dictadura del Algoritmo*. En Alemania el filósofo surcoreano Byung-Chul Han publicó, hace poco, un texto distópico llamado *Infocracia* en donde releva los tremendos alcances del deterioro democrático en la sociedad de la información. Las viejas metodologías cuantitativas miden respuestas y características sociológicas que, a la hora de votar carecen de la relevancia de antaño. Pero volviendo a Michigan, después de estar allí y sumergirme en esos refinamientos metodológicos me di cuenta de que no servían para gran cosa,

que cuando algún dato sociopolítico podía medirse con mucha precisión casi invariablemente se trataba de un asunto irrelevante, una precisa cuantificación de lo trivial, lo superfluo o lo apariencial. Desaparecían ante la vista del investigador (y de la opinión pública) los temas realmente importantes, ninguno de los cuales podía ser abordado con aquellos refinamientos cuantitativos que, a la larga, eran un nuevo *packaging* de las opiniones de las clases dominantes, confirmando la vieja tesis de Marx de que las ideas dominantes en una sociedad son las ideas de la clase dominante. Y también, de que el problema no era mi déficit en la formación metodológica, sino la debilidad o el sesgo de los marcos teóricos convencionales que nos enseñaron en la universidad. Que lo que habíaque cambiar era la teoría, hacer lugar a las grandes preguntas y punto. Eso fue un empujón importante para recorrer más aprisami camino hacia Marx.

A. M. *La metodología dominante es la metodología de la clase dominante.*

A. B. Eso mismo; el modo de abordar la realidad: de construir «el dato» fragmentado, a-histórico, en una sociedad concebida casicomo un desierto lunar a la hora de buscar los protagonistas de la historia, sus valores, objetivos, intereses. La fragmentación atomística propia de la sociedad burguesa encuentra su reflejo en las concepciones epistemológicas dominantes que ocluyen la visión de la totalidad social y sus contradicciones, como recomendaba Karel Kosik en un texto memorable. En resumen, para mí esa experiencia fue esclarecedora porque yo no me puedo olvidar mis orígenes: unacadémico, un adolescente formado en la academia desde los dieciséis años y cuatro meses y para mí la ruptura y la crítica al paradigma metodológico tradicional de matriz positivista fue un quiebre destinado a tener profundas reverberaciones no sólo en lo profesional, sino también en el terreno personal, que no era cualquier cosa.

A. M. *¿Y con quién compartías en estos años tu aproximación al marxismo?*

A. B. Con mi gran amigo en Chile, Óscar Cuéllar; con Luiz Alberto Gómez de Souza, con Deodato Pinto Ribeiro. Lo hablaba mucho con Theotônio dos Santos que fue otro de mis (más jóvenes) profesores también. En Chile había debate, no es que FLACSO fuese toda homogéneamente marxista ni nada por el estilo. Había mucha gente, profesores y alumnos, que cultivaban el saber convencional. Algunos profesores insistían mucho en la parte de la metodología dura, cuantitativa, que sé yo; Johan Galtung, por ejemplo, era uno de ellos. Johan era un noruego, un tipo brillante que funda el primer instituto internacional de estudios sobre la paz en Oslo, el *Peace Research Institute*; un tipo capaz, muy progresista, en lo político, pero epistemológica y metodológicamente anclado en el positivismo lógico. Ese era el gran debate que teníamos en FLACSO. Por eso mi peregrinación a Michigan, fue un hecho concluyente. Fue, además, mi primer contacto con Estados Unidos. Recordemos que corría el año 1969. Yo no había todavía cumplido veintiséis años, un poquito menos, llego a New York, me quedo unos días allí, deslumbrado con la ciudad, por supuesto, que me la camino de punta a punta y de este a oeste. Después me voy a Ann Arbor, Michigan, que es el corazón profundo de Estados Unidos. Ann Arbor estaba a una hora de Detroit, o sea, de la que por entonces era la capital de la industria automovilística mundial. Vi los efectos del fordismo en su cuna y ahí empecé a comprender la enorme complejidad de la sociedad estadounidense y la profundidad y la enorme capilaridad de la hegemonía burguesa en el seno de las clases y capas populares y, también, caí en la cuenta que el consumismo era tan sólo uno de sus dispositivos de producción de hegemonía. Vi también sus contradicciones y me percaté del contraste entre la vitalidad asociativa de la sociedad civil norteamericana y la esclerosis de su superestructura política, algo que no hizo sino agravarse con el paso de los años. Comprobé, sobre el terreno, lo que había escuchado en algunos discursos de Fidel:

que la sociedad estadounidense no estaba formada por doscientos millones de imperialistas (en aquellos años), cosa que ahí lo pude corroborar de modo directo y sin mediaciones [risas]. Además, me pasó otra cosa: desarrollé una empatía con los pobres en América, con los excluidos, con los negros, con los «afroamericanos», los llamados «hispanos» (en realidad, latinoamericanos y caribeños), los originarios (en esa zona de Michigan y los Grandes Lagos tenían una presencia muy fuerte), con los *poor whites,* que eran muchos. Y me sorprendí del encono que sentían contra los ricos y millonarios, sólo que esa difusa conciencia plebeya no tenía una expresión ideológica clara y mucho menos se trasladaba al anacrónico (¡y corrupto!) sistema de partidos imperante en Estados Unidos. Adquirí una vivencia directa de lo que era la vida cotidiana del estadounidense medio (y recordaba aquella frase de Martí, sobre haber vivido en las entrañas del monstruo) y del pobre; la sutileza (en algunos casos) de sus mecanismos de opresión y la brutalidad despiadada que el gobierno aplicaba cuando la manipulación y el engaño perdían su eficacia disciplinadora. En otras palabras, la manipulación por la vía del consumismo, como anotaba más arriba, el patrioterismo y el papel siniestro de la publicidad; el «consenso manufacturado» (como diría Chomsky) de los medios hegemónicos; el hiato que separaba a los ricos y la dirigencia política del común de la gente. Pude también apreciar una de las mayores virtudes de esa sociedad: la enorme facilidad con que los estadounidenses se organizan para actuar, algo que explica la presencia de una infinidad de organizaciones de izquierda que apoyan a los procesos emancipatorios en todo el mundo, aunque no pueden trasladar esa vitalidad a un sistema partidario absolutamente impermeable a las aspiraciones y presiones de «los de abajo» y a sus demandas igualitarias y democráticas. De a poco, en Latinoamérica hemos ido aprendiendo aquel «arte de asociarse para fines útiles», muy poco desarrollado entre nosotros hace cincuenta años. Allí conocí muchos gringos visceralmente antiimperialistas, indignados y avergonzados de las felonías y crímenes de su gobierno en Vietnam, antes en Corea; lo ocurrido con la invasión a Santo Domingo en 1965 y gente que

colaboraría mucho en nuestras luchas en los años venideros. Me tocó ver por la TV lo que supuestamente fue «la llegada del hombre a la Luna» aunque hoy hay mucha gente en

Estados Unidos que dice que aquello fue un anticipo de lo que Hollywood haría rutinariamente años después, pero era el año 1969… Creo que sí llegaron, pero no me asombraría que en poco tiempo más se demostrara que todo aquello fue un *bluff* propagandístico.

Termino diciendo que esas ocho semanas en Ann Arbor, una típica ciudad del «Midwest» norteamericano fueron también un curso acelerado de análisis sociológico. No sólo conocí Nueva York sino también Chicago y Detroit, pero, sobre todo, en Ann Arbor la vida de la «América profunda», alejada del cosmopolitismo de las grandes urbes e imponente reservorio del pensamiento y modos de conducta no sólo hostiles hacia la plutocracia dominantes, sino también, en parte, profundamente conservadores e incluso reaccionarios. Detroit otrora capital de la industria automovilística mundial años más tarde se convertiría en una ciudad en bancarrota, arruinada y abandonada, por su incapacidad para competir con sus rivales asiáticos: Japón y Corea del Sur primero, y China después. No se puede entender a Trump al margen de esta realidad.

En fin, retorné a Chile muy reafirmado en mis convicciones, extasiado por Nueva York y Chicago (por el festín de jazz y blues que me obsequié) y conmovido por las terribles secuelas de la esclavitud cumplido un siglo de su abolición. Pero también convencido de que la universidad americana, tiene en su base un igualitarismo radical inexistente en Europa. En Michigan o en Harvard si yo quería un libro o un censo me bastaba con pedirlo y máximo a los tres días podía consultarlo, aunque lo estuviera utilizando un profesor. Esto te da un margen de independencia muy importante a la hora de hacer un doctorado, cosa que hubiera sido más difícil en una universidad europea.

A. M. *Después de eso es que decidís hacer el doctorado en Harvard, ¿cierto?*

A. B. Sí, había presentado mi solicitud, pero en mi fuero interno se agitaban angustiosas contradicciones. Quería hacer mis estudios doctorales en Harvard que, por otra parte, estaba pasando su mejor momento con un elenco profesoral excepcional que no duraría mucho, cosa que efectivamente ocurrió. Con la contrarrevolución neoconservadora de Reagan Harvard perdió parte de su brillo porque algunas de sus grandes estrellas académicas se jubilaron, fallecieron o emigraron a otras universidades. Presentía que debía aprovechar el momento y viajar a Cambridge, Massachusetts, lo antes posible. ¡Pero también estaba apostando todas las fichas al triunfo de Allende! ¿Qué fue lo que hice? Mandé una carta diciendo que estaba como profesor en FLACSO, que no podía abandonar mi cargo tan abruptamente –me había llegado la confirmación de la admisión en mayo de 1970 –, y pedía la postergación de la beca por un año más. Como tenía muy buenas recomendaciones accedieron a mi solicitud y me dijeron que tenía que presentarme en Cambridge, Massachusetts, en septiembre del año 1971. Yo no me quería ir de Chile, aunque veía la gestación del golpe como en el huevo de la serpiente. Poco después vuelvo a pedir una prórroga, pero ahí ya me dieron un ultimátum: tendría que empezar a tomar mis cursos a más tardar el s*pring term,* o sea, en febrero del año 1972. Caso contrario se caería mi admisión y perdería mi beca. Yo les dije que estaba haciendo el trabajo de campo para mi tesis, que en parte era cierto, pero fueron inflexibles, y «como con bronca y junando», como dice el tango, juntamos unas pocas cosas y me fui con mi familia. Dejamos prácticamente todo en nuestro hogar, gran parte de mis libros quedaron allá, y le prestamos nuestra casa a una querida amiga que se instaló allí por un tiempo. El plan era ir a lo máximo dos años, cumplir con los requisitos de la cursada, aprobar los temidos *generals* (exámenes omnicomprensivos de cuatro áreas de especialización dentro de la ciencia política) y regresar a Chile a trabajar en FLACSO y allí elaborar mi tesis. Abandonamos Santiago con una mochila cargada de recuerdos: muchas amigas y amigos,

cursos extraordinarios, grandes profesores, compañeras y compañeros de altísimo nivel intelectual y comprometidos políticamente. Como te imaginarás Chile era un ambiente tan extraordinariamente estimulante que nos costaba mucho abrir un paréntesis para ir a Harvard. Nora había conseguido un buen trabajo en un servicio de psiquiatría infantil en un hospital público de excelencia; teníamos muchos amigos, había un clima intelectual en permanente fermentación y para colmo en noviembre del año 1971 llegó Fidel, que pasó veinticuatro días en Chile y lo recorrió de punta a punta. Tuve ocasión de estar en algunos de sus grandes actos públicos, lo vi pasar de cerca nomás cuando llegó, mi relato está ahí en la revista *Verde olivo*. Si supieras cómo me impresioné con Fidel…

A. M. *Bajado de la Sierra Maestra casi…*

A. B. [Risas] Sí, fue algo impresionante. Yo no me quería ir de Chile, pero me di cuenta de que el proceso, ya a finales del año 1971, principios del 1972, estaba acechado por gravísimas amenazas, que la reacción estaba dispuesta a todo y tal como advertí en elcaso argentino, la contrarrevolución se había puesto en marcha, la vi con total claridad. Le dije a Nora: «mirá, mejor nos vamos porque la oportunidad del doctorado en Harvard es ahora o nunca». Partimos, con la esperanza de que esta crisis se resolviera a favor dela Unidad Popular. Nos fuimos pensando en que tal vez en un año, año y medio, Allende pega un golpe de timón, se derrota a la reacción, maduran los esfuerzos de organización de los sectores populares y se consolida el proceso. Pero me inquietaba profundamentela desconfianza que yo tenía acerca del papel de las Fuerzas Armadas, aunque Allende repetía eso de que «las fuerzas armadas en Chile eran democráticas y constitucionalistas». A los estudiantes que fuimos a verlo nos decía que «ustedes reflejan la experiencia de sus países, de Argentina, de Brasil y tienen razón, pero entiendan que en Chile la cosa es diferente». Nosotros no creíamos queChile fuese tan diferente, mucho menos sus fuerzas armadas, y efectivamente así fue…

A. M. *¿A quiénes te referís cuando decís* «nosotros»?

A. B. A algunos de los alumnos de FLACSO y jóvenes profesores que fuimos a visitarlo cuando ya era presidente. Pero ese tema también se conversó antes en un par de reuniones, cuando presidíael Senado de Chile.

A. M. *¿Cómo se da tu encuentro con Allende?*

A. B. Joan Garcés fue quien facilitó un encuentro informal que tuvimos y en el que le planteamos esa visión sobre el papel de las FFAA. La derecha y la CIA habían matado a un par de oficiales de alto rango, entre ellos a René Schneider y hubo un conato de golpe que se llamó el «tancazo». Pese a lo cual Allende estaba muy confiado en la solidez institucional de Chile. Volviendo al plano familiar, después de considerar este cuadro general decidimos que lo mejor era irnos y si la crisis se resolvía favorablemente retornaríamos a Chile, cosa que deseábamos fervientemente. Desgraciadamente, nuestras esperanzas fueron ahogadas en sangre.

I. EL PANÓPTICO HARVARDIANO

A. M. *¿Cuántos años eran en Harvard supuestamente?*

A. B. La idea era ir dos años, como te decía, para los cursos. Tenía que aprobar ocho materias y seis meses más para el examen comprehensivo en donde un jurado te paseaba durante tres o cuatro horas por los principales campos de la ciencia política. Superada esa instancia, volver para hacer la tesis en Chile. Este era, además, el plan acordado con FLACSO. Así que bueno, tuvimos un acuerdo familiar y nos fuimos para allá. Fue muy duro llegar a Estados Unidos por el cambio total de nuestras rutinas sociales. Un dato menor: arribamos en pleno invierno, sin tener la ropa adecuada para enfrentar las temperaturas bajo cero de New England; ropa que fuese abrigada y liviana a la vez, que resistiese la nieve, el agua y el viento frío. Parece fácil y una tontería, pero fue todo un problema en las primeras semanas.

A. M. *Y Nora tuvo que dejar su trabajo.*

A. B. Ella pidió una licencia. Estaba de acuerdo en que fuéramos, aunque después, al llegar a Boston (o Newton, porque así se llamaba el suburbio donde nos instalamos debido a que en ese distrito había muy buenas escuelas públicas para nuestros hijos) como que se arrepintió y tuvo un momento de desencanto, que era más que lógico porque yo tenía algo concreto que realizar y ella por el momento no, y había dejado un trabajo muy atractivo en Chile. Por suerte, pasadas unas cuantas semanas cayó en la cuenta de que había también para ella maneras de aprovechar este nuevo periodo de nuestras vidas, cosa que efectivamente hizo y muy bien.

A. M. ¿Y *Gabriela y Pablo? Eran chicos…*

A. B. Sí, unos chiquitos hermosos. Gabi no había cumplido seis años. Pablo todavía no tenía cinco. No hablaban una palabra de inglés, pero en aquella época (anterior a la devastación ocasionada por el auge neoconservador) todavía muchas escuelas públicas estadounidenses contaban con recursos y personal bien preparado y en número suficiente. Las primarias y secundarias son públicas (tenés unas poquitas privadas, pero son de un costo exorbitante, una locura) y como te iba diciendo, todavía eran muy buenas antes del desastre perpetrado por Reagan, que hizo en Estados Unidos lo mismo que Menem acá, mejor dicho, Menem hizo aquí lo que Reagan hizo allá. Fuera de eso, lo cierto es que me tomaron a los chicos nibien llegaron (en febrero de 1972) y no sólo los inscribieron, sino que les pusieron unas maestras especiales para hacer la transición del español al inglés. Resultado: los chicos a los seis meses hablaban inglés fluidamente, ¡una maravilla! La escuela, la Burr School, estaba a dos cuadras de casa y era una joya. Parte de la investigación que se hizo para crear el programa de televisión *Plaza Sésamo* (*Sesame Street* en Estados Unidos) se hizo en esa y otras escuelas de Newton, un suburbio a 15 minutos de Cambridge, sede de Harvard. Al poco tiempo, Nora fue incorporada como ayudante un proyecto de investigación con una profesora de la Escuela de Educación de Harvard y de a poco nos fuimos acomodando a la nueva situación. Era una vida muy austera, porque la beca no nos alcanzaba, pero sabíamos que estábamos capacitándonos para una larga lucha política y no podíamos perder tiempo. Eran 475 dólares de beca y tenía que pagar 220 de alquiler, 110 de calefacción durante seis o siete meses al año (si no pagabas morías como una rata congelada, o sea, tenía de gasto básico 330 más casi unos 80 dólares de seguro médico), con lo cual, estaba en 410 dólares fijos. O sea, que sobrevivíamos con el resto y algunos pocos ahorros que trajimos de Chile. Pero bueno, yo me las ingeniaba haciendo algunas pequeñas cositas, me daban algún dinero para hacer una encuesta o un relevamiento bibliográfico, algo había traído, ahorrado en

Chile. Los chicos comían bien, pero nosotros, en cambio, durante un año comimos *junkfood.* No había otra, íbamos a un supermercado en un suburbio pobretón de Boston, en Waltham, donde la clientela era mayoritariamente afroamericana y latinos que vivían del *welfare,* y ahí comprábamos las cosas, todas de segunda o tercera marca. Jamás una Coca Cola, jamás un *Burger King*, nada de eso, imposible. Para los chicos, en cambio, íbamos a otro súper de nuestro barrio y le conseguíamos comida de primera. Pero por suerte pronto nos vinculamos a una comunidad de argentinos residentes en la zona, entre ellos Carlos Abeledo que había sido expulsado de Chile hacía unos años en aquella razzia de la cual te hablé. Carlos es un científico extraordinario y aún mejor persona, y él y Doreen, su esposa, nos dieron una mano en esos críticos primeros momentos de nuestra estancia en Estados Unidos. Carlos, por ejemplo, alquiló para nosotros la casita donde viviríamos todo el tiempo que estuvimos allá. Hizo la reserva, pagó los meses anticipados y yo al llegar a Boston bajé del avión y me fui a mi casa, donde le devolví íntegramente lo que había gastado. Su gesto y su solidaridad merecen mi eterno agradecimiento. Al regresar la democracia, muchos años después, Alfonsín lo designó al frente del CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas), e hizo un gran trabajo pese a la tremenda escasez de recursos financieros del Estado a causa de la crisis de la deuda.

A. M. *¿Durante esos años volvieron en algún momento?*

A. B. Si, yo volví a Chile en junio, es decir, pocos meses después de mi partida y me quedé prácticamente un mes para recoger material para mi investigación doctoral. De hecho, mi disertación sería la continuación y profundización de mi tesis de maestría. Pero, sobre todo, quería ir para ver cómo estaba la situación política. Al regresar, a mediados de junio de 1972, me deprimió constatar que la coyuntura había empeorado significativamente. Regreso nuevamente en enero de 1973, de paso porque había ido a la Argentina por cuestiones familiares. En esa visita me horroricé ante la ferocidad de la lucha desatada al

interior del peronismo mientras se esperaba el definitivo retorno de Perón a la Argentina. Angustiado, veía que el baño de sangre que temía se produjera en Chile también aparecía en el horizonte inmediato de la Argentina. Regreso a Estados Unidos convencido de que mi peor pronóstico se verificaría a ambos lados de la Cordillera. Volví a Newton entristecido y con un sesgo fatalista que nunca había experimentado en mi vida, una lacerante resignación ante lo que parecía una tragedia inexorable. Y así ocurrió. La impresión que me llevé era de que, aquí en la Argentina, las cartas habían sido echadas y salieron con los peores presagios. De hecho, los chicos que yo conocía, que se habían venido de Chile conmigo en el año 1967, todos o casi todos se habían unido a la lucha armada y los pocos que traté de ver estaban prácticamente en la clandestinidad. Les dije «rajen de acá» y ellos me respondieron: «no, si los vamos a derrotar». Se tenían una confianza ciega y pese a mis advertencias prosiguieron en esa senda. Bueno, poco después los fueron matando o desapareciendo a todos, así que me volví a Estados Unidos resignado. Caí en la cuenta después de ese viaje que tenía por delante un exilio de muchos años, porque las dictaduras que se veían venir serían muy largas, tanto en Chile como en la Argentina. El fantasma de los cuarenta años del franquismo empezó a atormentarme y lo haría por mucho tiempo.

A. M. *¿Cómo recibiste lo del golpe de Chile, estabas en Estados Unidos?*

A. B. Sí, estaba allá, y, con mucho dolor. Por el país, por Allende cuya caída en combate defendiendo su despacho en La Moneda me impactó muy fuertemente; por los amigos que había dejado en Chile, por el fatídico «contagio» que podía tener en los demás países el golpe de Pinochet, detrás del cual se advertía la mano de Washington. Tuve desde el comienzo la certeza de que ese golpe inauguraba un largo y siniestro período en la historia latinoamericana.

A. M. *¿Llegaba información más o menos fidedigna de lo que pasaba?*

A. B. Poca, pero algo se filtraba especialmente a través de Radio Habana y Radio Moscú. Salvo los primeros días del golpe, al poco tiempo la prensa, la radio o la televisión sólo esporádicamente informaban sobre lo que estaban ocurriendo en Chile. Yo hablaba seguido con algunos de mis amigos ni bien pudimos recuperar la comunicación telefónica, porque los tres o cuatro primeros días del golpe el país estaba incomunicado, no había manera de hablar. Rápidamente en Harvard se creó un pequeño comité de solidaridad y para sacar de Chile a quienes corrían peligro. Entre ellos estaba José Miguel Insulza que creo estaba en Italia, pero tenía a su familia en Chile. Había que «blanquear» a mucha gente y un modo de hacerlo era enviándoles una invitación oficial con el membrete de Harvard para un evento académico. Ese camino abrió algunas puertas en los primeros meses de la dictadura. En línea con ello organizamos un pequeño seminario internacional invitando a quienes estaban en situación de riesgo más inminente: José Miguel pudo hacerlo; otros fueron Ángel Flisfisch y Óscar Cuellar. De hecho, Flisfisch e Insulza se quedaron en Estados Unidos pues fueron admitidos para hacer estudios doctorales en la Universidad de Michigan, a la cual yo había concurrido en el verano boreal de 1969 y dejado algunos contactos bien aceitados que probaron ser muy útiles en momentos de crisis.

También organizamos un acto de solidaridad con el gobierno de Allende y ahí tuvimos el altercado del que creo haberte hablado con un grupo de pinochetistas que estaban en Harvard, entre ellos José Piñera, el hermano del futuro presidente. Este tipejo, que fanfarroneaba como un matón de arrabal, después fue ministro de Pinochet, ministro de trabajo y previsión social, tuvo a su cargo concebir y ejecutar la más grande estafa de la historia chilena con la privatización de las jubilaciones y pensiones, armando un esquema como el de las AFJP de la Argentina allá en

Chile. Piñera y ungrupo de fachos que lo acompañaron se trenzaron a golpes con nosotros y luego se fueron.

A. M. *¿Con quién hablabas de Chile después de que se restablecióla comunicación?*

A. B. Hablaba con la poca gente que podía hablar, que no estaba refugiada en embajadas o sencillamente en prisión. Pude, un par de veces, hablar con Luiz Alberto Gómez de Souza y Yemil Harcha, y algunos otros que luego desaparecieron, o se mudaron, o se exiliaron. Con muy pocos de ellos pude reencontrarme años más tarde.

A. M. *¿Qué te decían?*

A. B. Pintaban un panorama tétrico y tenían mucho temor. Hablaban a hurtadillas y sin dar mayores detalles. Decían que la represalia y el escarmiento eran brutales, cosa que ocurrió y en una escala desconocida hasta entonces.

A. M. *¿Qué pasó con tu casa?*

A. B. La arrasaron, y se robaron todo.

A. M. *¿Cómo te enteraste?*

A. B. Porque la amiga que dejamos allí, Carmen (cuyo apellido me reservo por razones obvias) era hija de un parlamentario demócrata cristiano, pero ella era de izquierda. Sabemos que salvó la vida de milagro. Una patota militar –no paramilitares, sino militares del ejército chileno– llegó a nuestra casa en la calle Amazonas 7376, sacaron todos los libros, los amontonaron en la calle, le echaron gasolina y les prendieron fuego. Con las bayonetas perforaron todos los cielorrasos buscando armas, porque había una denuncia de que en mi casa se hacían reuniones clandestinas y se ocultaban armas. También levantaron el parqué y no encontraron nada… Si hubiera estado ahí…

A. M. *¿Y ella estaba?*

A. B. Ella estaba, pero se dio a conocer como hija del parlamentario y entonces le dijeron váyase de acá, venga mañana, pero «ahora se va al tiro». Se tuvo que ir y destrozaron todo, los muebles, laropa, la heladera la tiraron, la rompieron. No, no, si yo me hubiera quedado habría tenido dificultades muy graves.

A. M. *¿Cuándo volviste a Chile después de eso?*

A. B. No volví a Chile hasta que entre el 25 y el 29 de noviembre de 1991 CLACSO organizó su Asamblea. Allí nos encontramos muchos de los que habíamos sido estudiantes de la FLACSO. Al regresar, casi veinte años después de mi partida, encontré un país muy diferente al que había dejado. La gente mucho más desconfiada; algunos traumatizados por la brutalidad de la dictaduray su sociabilidad desquiciada. Temían que los espías de la dictadura aún estuvieran en plena acción, lo cual era cierto. Te hablaban en voz baja y mirando para los costados. El consumismo, que estaba creciendo aceleradamente, había potenciado rasgos de un individualismo exacerbado, ajenos a la tradición histórica chilena. Por otra parte, los debates sobre la transición dominaban la escena, con un optimismo (que aún hoy no sé si atribuir a una ingenuidad o un calculado oportunismo) que se daba de bruces contra la dura realidad de un post pinochetismo que tenía muy poco de post y mucho de pinochetismo. Participé y con cierta condescendencia me hicieron ver que mis críticas eran más producto de un incurable pesimismo que con necedad se rehusaba a ver todo lo que en el país había cambiado para bien, aun admitiendo el duro precio pagado durante la dictadura. Yo veía los cambios pero también las continuidades y persistencias, y replicaba diciendo que no podía entender cómo se hablaba tan alegremente de «transición » cuando la política económica era exactamente la misma de la dictadura, la Constitución era la de Pinochet y las instituciones políticas estaban completamente amarradas, como decía Jaime Guzmán, el monje negro del régimen, para impedir un retorno al pasado, cosa que aún hoy, treinta y dos años después, la convención constitucional

electa en 2021 está bregando por darle a Chile una constitución democrática.

A. M. *Hace poco tiempo se cumplieron cincuenta años del triunfo de la Unidad Popular en Chile. ¿Qué análisis podrías hacer desde elhoy de esa experiencia?*

A. B. Bueno, la conformación de la Unidad Popular no fue para nada sencilla. La izquierda en todo el mundo tiene un ADN que la impulsa al sectarismo, a la fragmentación y al hegemonismo. Allí se desató una polémica muy fuerte acerca de quién debía ser el candidato a presidente en las elecciones de 1970. Seis partidos integraban la Unidad Popular y los dos más importantes eran el Partido Socialista y el Partido Comunista. Algunos decían que Salvador Allende había cumplido su ciclo porque había sido derrotado en tres elecciones: 1952, 1958 y 1964, en las dos últimas con el activo involucramiento de la CIA y otras agencias de Estados Unidos en la campaña electoral. Hay un artículo mío que se publicó en *Cuadernos Marxistas* n.º 20 que habla sobre este tema: con tres derrotas había quienes pensaban que era un candidato «quemado» y que la alternativa podía ser Pablo Neruda[29]. Eso decía el Partido Comunista, aunque para nadie era un misterio que lo hacía para mejorar su situación en el marco del «cuoteo» de cargos parlamentarios y administrativos a repartir con vistas a un probable futuro gobierno. Por eso no sorprendió el retiro de la candidatura de Neruda y el apoyo a la de Salvador Allende que, mirando las cosas con objetividad, era la única candidatura viable. Neruda era admirado, respetado y un orgullo internacional para los chilenos, pero como candidato era malo, no tenía la chispa que se necesita para llegar a las masas. Allende fue un personaje entrañable, coherente, valiente como pocos, amable en el trato, con un tinte de «caballero a la antigua», siempre vestido con elegancia, pero sin lujos, amante del buen vino, de los buenos piscos chilenos, latinoamericano de corazón y, además, un hombre muy

[29] Se puede ver en: http://www.elcefma.com.ar/category/cuadernos-marxistas/

inteligente y perceptivo. Era un político amado por las masas, pero no las exaltaba con su oratoria. Su prosa serena y pausada estaba en las antípodas del estilo oratorio del colombiano Jorge Eliecer Gaitán, el ecuatoriano José M. Velasco Ibarra, Juan Perón para ni hablar de Chávez o Fidel, dueños de una verba capaz de encender el estado de ánimo de la muchedumbre en cuestión de minutos. Allende era cerebral, hacía muy buenos discursos con mucha sustancia; me acuerdo como si fuera hoy el último que pronunció para su campaña de 1970. Llegó a un multitudinario acto subido a la caja de un camión y saludaba a la gente con un gesto serio, adusto, aplacando los ánimos de la fervorosa concurrencia que lo recibía vitoreándolo. Pero sus discursos eran magníficos, verdaderas piezas de educación política: sobrios, sin gritos ni florituras pero que llegaban a la gente gracias a su enorme sensibilidad popular. Aparte de eso, otro rasgo que distinguía a Allende era su profundo compromiso con la Revolución cubana, su lealtad incondicional hacia ella. Era muy amigo de Fidel, muy solidario con Cuba y un coherente antiimperialista. En suma, un personaje realmente querible, inmune a las tentaciones demagógicas en las que, a veces, caen en sus discursos los grandes líderes de masas. Su estilo no suscitaba entusiasmos frenéticos, pero sí mucho respeto y una cuidadosa atención de la concurrencia. Unos días antes de las elecciones, celebradas un viernes 4 de septiembre de 1970, las dos principales encuestadoras lo ubicaban en tercer lugar detrás de Jorge Alessandri y Radomiro Tomic. La Gallup le daba una amplia ventaja a Alessandri con el 41,5 por 100; Tomic, el candidato de la Democracia Cristiana venía en segundo lugar con el 29 por 100 y Allende cerraba el pelotón con el 28 por 100. El Centro de Opinión Pública dirigido por un importante sociólogo chileno de aquellos años, Eduardo Hamuy, dio a conocer los siguientes pronósticos: Jorge Alessandri 36,1 por 100; Tomic, 30,8 por 100 y Allende 25,6 por 100. Ya en esos tiempos, medio siglo atrás, las encuestas también eran instrumentos de manipulación de la opinión pública. Finalmente, contra todas las previsiones (no la mía, porque estaba seguro de que Allende ganaría las elecciones

siempre y cuando Tomic no se retirase a último momento), ganó Allende con el 36,3 por 100 de los votos, seguido por Alessandri con el 34,9 por 100 y tercero, Tomic con 27,8 por 100. El régimen electoral chileno concedía la presidencia a quien obtuviera la mayoría absoluta de los votos; de lo contrario, se determinaría en una sesión especial de ambas cámaras del Congreso que debería tener lugar unas cuantas semanas después para elegir al presidente entre las dos primeras minorías relativas. En el interregno el imperio hizo lo imposible para arrebatarle el triunfo a Allende: impulsó la formación de comandos fascistas como Patria y Libertad y el asesinato del comandante en jefe del Ejército, el general constitucionalista René Schneider, y hasta sabotajes de todo tipo perpetrados por bandas terroristas que proliferaron como hongos. Finalmente, el 24 de octubre el Congreso Pleno elige a Allende por ciento cincuenta y tres votos contra treinta y cinco y llega a La Moneda, descalificando en los hechos los pronósticos pesimistas de quienes planteaban que sólo la vía armada permitiría a la izquierda llegar al gobierno. A esto replicaba Allende que no existía en Chile una vía armada al poder, no había un ejército popular organizado, no había una guerrilla combatiente con respaldo de masas y, además, esto era muy importante, según él, el entramado institucional de Chile no sería un obstáculo insalvable para la construcción del «socialismo a la chilena», que se podía gestionar ese proceso aprovechando algunos resquicios o fisuras el marco constitucional y legal del país. En suma: la única vía en Chile era la electoral, con todos sus límites y contradicciones. Y no había otra alternativa.

Por fuera de la Unidad Popular, a la izquierda, quedaba el MIR, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, que era una fracción discretamente respaldada por algunos compañeros –no todos– de la dirigencia cubana que en ese tiempo creían que la vía armada era el único camino posible para el triunfo de los movimientos populares en América Latina. Pese a la derrota del Che en Bolivia, esa creencia todavía tenía cierto predicamento en algunos sectores del partido cubano. Y apoyaban también la

estrategia de la lucha armada que proponía en Brasil Carlos Marighella, caído en combate un año antes de la victoria electoral de Allende en Sao Paulo. El golpe del 11 de septiembre pareció ratificar la certeza del diagnóstico de los amigos de Allende en la isla, pero no es así. No existían en Chile ni condiciones objetivas ni subjetivas –para recordar lo que decía Lenin– para lanzar un proyecto insurreccional con capacidad de derrotar a las Fuerzas Armadas como sí lo había hecho el Movimiento 26 de Julio en Cuba. La tragedia política era que las dos vías estaban clausuradas: no sólo la armada, también la institucional. Pero si la primera no podía siquiera ser ensayada, la segunda era una opción que no debía desaprovecharse. Y esa fue la gran misión de Allende y su valioso legado, que renacería después, bajo otras circunstancias, en el «ciclo progresista» que conmovería Latinoamérica en las primeras décadas del siglo XXI.

Aclaro que el MIR chileno construyó, a diferencia de Marighella, una base social relativamente importante en el estudiantado, y algunos sectores del campesinado y los pobladores marginales de Chile. Su caracterización del gobierno de Allende era equivocada: era acusado de ser un vulgar «reformista» al que poco a poco fueron convirtiendo en su enemigo porque había traicionado la revolución que ellos veían venir ineluctablemente, tan natural e inexorable como la salida del Sol. Yo discutí mucho con ellos. Recuerdo que una noche reunidos en mi casa algunos de sus militantes me confiaron… ¡la inminencia del lanzamiento de la lucha armada contra Allende! Ante ello respondí: «¿Cómo van a hacer eso si Allende le arrebató la gran minería del cobre a los yanquis, expropió la ITT, está haciendo la reforma agraria, nacionalizó el sistema bancario, expropió innumerables industrias que hoy manejan los trabajadores, potenció la organización sindical y popular, está acabando con el analfabetismo y estableció relaciones diplomáticas con Cuba e invitó a Fidel a visitar Chile? ¿Qué les pasa, están locos?». No obtuve respuesta alguna, solo vaguedades y evasivas.

Ese fue otro acontecimiento marcatorio. El Comandante llega en noviembre de 1971, tengo las fechas precisas, y se queda en Chile veinticuatro días con toda la derecha puteando, diciendo «esta no es una visita diplomática, una visita diplomática dura dos días, tres días, ¿qué es esto?», y él recorriendo Chile de norte a sur en una caravana interminable y yo siguiendo los discursos de Fidel por la televisión pública de Chile, y cada discurso era una clase magistral, una experiencia impresionante, ¡por primera vez yo podía escuchar directamente a Fidel! Santiago es una ciudad que se recuesta sobre la precordillera, al oriente de Chile. A sus pies corre el Mapocho, el río que baja de la cordillera y a su lado hay una avenida que se llama La Costanera. Para llegar hasta donde iba a alojarse Fidel, una residencia especial en la zona más alejada de Santiago, la comitiva tenía que pasar por ahí, así que ahí había un mundo de gente a ambos lados de la avenida y, efectivamente, a la hora señalada apareció Fidel. Venía en un auto descapotado que marchaba lentamente y, de pie, junto a Salvador Allende; Fidel con su uniforme verde oliva y con su gorra saludando muy afectuosamente a la multitud. Cuando el vehículo pasó a nuestro lado (yo estaba con Óscar y otros amigos de FLACSO) a unos tres, cuatro metros me sentí igual a aquellos judíos que presenciaron el descenso de Moisés del Monte Sinaí mostrando las tablas de la ley [risas]; sí, me sentía igual. Aquellos oprimidos y explotados por el imperio romano ahora somos nosotros, y nuestro Moisés pasa delante nuestro junto a Allende como diciéndonos: «¡estos son ahora los Diez Mandamientos, hacer la revolución, construir el socialismo, derrotar al imperialismo!»[30].

A. M. *O sea, que esa experiencia te dejó su huella…*

A. B. Uh, fue una experiencia electrizante, te quedás así, petrificada. A la distancia te diría que eso fue un trance único, no

[30] Un relato más detallado fue publicado en la revista *Verde Olivo de Cuba*, y enArgentina en *Página/12*, del 13 de agosto de 2016. También disponible en https://atilioboron.com.ar/

solo en términos políticos. Ese contacto sólo visual con Fidel que se volteó para mirarnos y nos regaló un saludo en respuesta a nuestros gritos fue como ver los quinientos años de lucha de Nuestra América sintetizados en un personaje que pasaba a pocos metros de nosotros.

Pero volviendo a mi discusión con los miristas: ¿cómo van a plantear la lucha armada contra el gobierno de Allende? La discusión fue interminable y por momentos a los gritos (de ahí la denuncia de algún vecino después del 11-S) y la verdad es que sus argumentos revelaban la debilidad de la formación marxista de mis visitantes. No digo de la dirigencia –no hablo de Miguel Enríquez o de Bautista van Schouwen, fundadores y dirigentes máximos del MIR para los que reservo el mayor de los respetos –, pero mis contertulios eran tributarios de un marxismo libresco, alejadísimo del «análisis concreto de la realidad concreta» que recomendaba Lenin. Yo les preguntaba si creían que en ese momento había sectores mayoritarios del pueblo chileno que los acompañarían en la lucha armada y a coro me respondían que sí. Los movía la fe, no el análisis dialéctico de la política y las contradicciones sociales. Por suerte, cuando llega Fidel a Chile y va a Concepción –cuya universidad era el reducto primordial del MIR–, pronuncia un largo discurso en el que responde a los militantes que le preguntaban si creía que lo que estaba ocurriendo en Chile era una revolución. Sucintamente el Comandante dijo dos cosas: primero, que las revoluciones son procesos, no acontecimientos que caen como un rayo en un día sereno; segundo, que antes de que una «vanguardia» desate un proceso revolucionario es preciso saber cuál es el estado de la «conciencia posible» del pueblo para evitar que aquella termine convertida en una «patrulla extraviada», sin contacto con las masas.

A. M. *¿Cómo sería eso?*

A. B. Fidel decía que era preciso averiguar si en la conciencia del pueblo chileno se admitía como una posibilidad histórica concreta, «aquí y ahora», tomar las armas y desatar un enfrentamiento

con las fuerzas de seguridad del Estado como necesaria antesala para una revolución. No es el tema filosófico de la conciencia de clase al estilo de Georg Lukács, con toda su reflexión sobre la alienación en la sociedad burguesa, sino algo mucho más simple y concreto: cuál era la evaluación que hacía el pueblo chileno, en este caso, cuál era su percepción sobre las posibilidades de –en aquella peculiar coyuntura histórica de finales de la década del sesenta– de avanzar en dirección al socialismo apelando a la vía armada. O sea, es una cuestión mucho más empírica que lo de Lukács. Fidel en ese encuentro compartió una reflexión a propósito de su experiencia en la guerrilla de Sierra Maestra, cuando desde el monte hacen el llamamiento al pueblo para luchar contra la dictadura de Batista. Dijo algo así, a grandes rasgos: «Hicimos un llamamiento que se inscribía dentro de lo que es una revolución democrática burguesa: vuelta a la constitución de 1940, expropiación de los grandes latifundios, pero con indemnización, expropiación de las compañías americanas, de algunas pocas, con indemnización, aumento de salarios, etc. Este no era un programa socialista». ¿Por qué?, dice: «¿por qué no hicimos un llamamiento para avanzar ya hacia el socialismo y sí para luchar contra la dictadura? Respuesta: porque el pueblo cubano no estaba en condiciones de comprender ese programa y mucho menos de hacerlo suyo. Comprendían la necesidad de acabar con la tiranía de Batista, pero no todavía la necesidad de construir el socialismo». Entonces, concluyó: «la gran pregunta es si el pueblo chileno está en condiciones de hacer suyo un programa de construcción de un proyecto socialista por la vía armada». De hecho, sólo a posteriori de la invasión de Playa Girón, casi dos años y medio después del triunfo del 26 de Julio, Fidel proclama el carácter socialista de la Revolución Cubana. La agresión imperialista produjo el cambio en la conciencia de las masas y ahora sí estaban preparadas para asimilar la necesidad histórica de construir el socialismo. Era obvio que Fidel no veía en Chile condiciones para emprender esa navegación política por vías no institucionales y que la Cordillera de los Andes no era Sierra Maestra.

Por eso, Allende siempre decía que: «este es un gobierno de transición al socialismo, no es todavía una transición socialista porque los prerrequisitos para un tránsito hacia el socialismo todavía no están satisfechos. Una vez que lo logremos, que nos emancipemos de la dominación imperialista y de sus aliados locales, una vez logrado eso después veremos cómo seguimos transitando». Ante ello, el MIR planteaba la necesidad de la revolución inmediata que, por supuesto, no tuvo eco y por muy abnegados y heroicos que fueron sus militantes y la combatividad que demostraron, el MIR terminó aplastado por la dictadura de Pinochet. Vale la pena agregar aquí que algunos de mis visitantes aquella noche y otros más que no estuvieron pero que conocía, todos enfervorizados críticos de Allende, terminaron sus días como buenos políticos burgueses adhiriendo a la estafa de la casta política chilena contra su propio pueblo y, en no pocos casos, exaltando las virtudes del neoliberalismo. Con el golpe de Pinochet sufrieron un súbito «ataque de realismo y de posibilismo» y con la transición democrática se olvidaron de lo que sostenían veinte años antes. No los culpo del todo, porque no toda la gente tiene buena memoria y no todos se pasaron de bando, hubo honrosas excepciones; pero un buen número sí lo hizo, razón por la cual, con sólo recordarlo crece mi respeto por Allende que también tuvo que luchar contra el «infantilismo izquierdista» tan denostado por Lenin.

Decía antes, que el MIR representaba la crítica por izquierda al gobierno de la UP. Pero dentro de la coalición había otro debate: por un lado, el Partido Comunista por el otro, el Partido Socialista. Ante las dificultades y la brutal contraofensiva lanzada por el imperialismo y sus lacayos en la derecha chilena (los viejos conservadores y los nuevos de la Democracia Cristiana), los comunistas respondían con una consigna táctica: «consolidar para avanzar»; un importante sector de los socialistas, en cambio, proponía «avanzar sin transar», haciendo caso omiso de las explícitas recomendaciones que Lenin había formulado en su célebre *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo* en donde demostraba que los bolcheviques habían consumado su revolución como resultado de una serie de cambiantes políticas de

alianzas que les permitieron fortalecerse a la vez que debilitaban a sus enemigo. La política de «avanzar sin transar» era precisamente la que Lenin le criticaba a los izquierdistas alemanes y que, finalmente, los condujo a su catastróficaderrota. Esas eran las dos grandes consignas del momento. Sin dudas quién mejor medía la correlación de fuerzas en ese momento era el Partido Comunista. Recuerdo que decían: «estamos abriendo muchos frentes de batalla simultáneos: con los latifundistas, con Estados Unidos, con las empresas del cobre, con la Iglesia (cuando hicieron un ataque contra las instituciones educacionales católicas), con los bancos, con los empresarios industriales, con los gremios de clase media, camioneros», etc. Conclusión: «no podemos librar tantas batallas simultáneamente; hay que consolidar los avances en algunas áreas, mejorar la organización de la base popular y después avanzamos en los otros frentes». Contra eso un sector importante de los socialistas decía: «hay que avanzar en todos los frentes, transar es traicionar». Se notaba de lejos que jamás habían siquiera visto las tapas del ya mencionado librito de Lenin, en donde este diceque se avanza mediante una sucesión interminable de «compromisos» que se rompen y reconstruyen al compás del avance en la organización, fuerza y conciencia del movimiento revolucionario. Por eso los de esa fracción «ultrista» de los socialistas –ojo, porque hubo otros más sensatos– hacían alarde de una retórica hueca porque cuando llegó la hora de las armas a partir del 11 de septiembrede 1973 no tuvieron absolutamente ninguna respuesta ante eso. La excepción fueron los jóvenes socialistas, que empuñaron las armas contra los milicos. Ese debate se saldó en la práctica al constatarse la invalidación concreta de la consigna «avanzar sin transar» que demostró ser un «radicalismo estético» como se decía en aquella época, una consigna puramente ficcional, retórica, irresponsable hasta la médula, carente de contenido real, porque no existía nada en la correlación de fuerzas imperante en el Chile de esos años quele permitiera decir a cualquier fuerza política de izquierda que estaba en condiciones de neutralizar el golpismo de la derecha sin previamente consolidar al gobierno de la Unidad Popular.

En un proceso como el chileno, que se daba en un marco latinoamericano en donde ese país estaba rodeado de dictaduras, era imprescindible sellar alianzas que facilitaran su sostenimiento. Aquí podríamos especular con la idea de si el error de los comunistas y de Allende no fue descartar que hubiera algunos elementos democráticos en la oposición dispuestos, bajo ciertas condiciones, a acompañar a la Unidad Popular en esta estrategia de consolidar los avances en el marco de la más irrestricta democracia como existía en Chile y con una institucionalidad respetuosa de la constitución burguesa vigente desde 1925. Pero, la verdad, yo no veía cuál podría ser ese posible aliado de Allende en el horno incandescente del Chile de esos años.

A. M. *¿Qué papel jugó la Democracia Cristiana?*

A. B. Siniestro, un papel siniestro, porque, si bien había un sector progresista, que lideraba Radomiro Tomic y que, como te dije, llegó a hablar de una «vía no capitalista de desarrollo » y que podría haber forjado un acuerdo con Allende, para Chile la línea política de la Democracia Cristiana la marcaban Eduardo Frei, Andrés Zaldívar, Patricio Aylwin, y estos eran representantes de un sector completamente subordinado a las directivas del imperialismo y su objetivo excluyente era derrocar a Allende, como años después lo sería, para la derecha fascista venezolana cuando conquista la mayoría de la Asamblea Nacional: lograr «la salida» de Nicolás Maduro. Medio siglo después la estrategia es la misma. Tomic sí estaba dispuesto a llegar a un acuerdo con Allende, pero no era la suya la tendencia que controlaba a la Democracia Cristiana. Por eso la Democracia Cristiana fue decisiva a la hora de precipitar el Golpe de Estado que sobrevino después de las elecciones parlamentarias a comienzos de marzo de 1973. Estas habían arrojado un resultado insólito toda vez que Salvador Allende, que había obtenido 36,3 por 100 de los votos en la presidencial de 1970 tres años más tarde, al promediar su mandato, las listas de la Unidad Popular se alzaron con el 44,2 por 100 de los votos para diputados y senadores. Tremendo revés para la

oposición unificada de los democristianos y las viejas fuerzas de la derecha que calculaban que cosecharían todos los votos que no fueron para Allende en 1970, más los de la gente que protestaba por la carestía y el desabastecimiento programado, el terrorismo económico y los rehenes de las campañas mediáticas comandadas por Agustín Edwards Eastman (dueño de *El Mercurio*, de quien luego se supo estaba en la nómina de la CIA, razón por la cual en años recientes fue expulsado del Colegio de Periodistas de Chile) y el Canal 13 de TV de la Universidad Católica. Toda la derecha confiaba que las durísimas condiciones económicas imperantes, unidas a su imponente artillería mediática, lograrían capitalizar a su favor el malhumor social, llegando entonces a por lo menos un 64 por 100 o 65 por 100 delos votos con lo cual se obtendría una mayoría parlamentaria que permitiría destituir al gobierno de Allende. Nada de eso ocurrió: Allende mejoró su votación y ellos, todos juntos, perdieron gravitación parlamentaria y los votos que pensaban cosechar a principios de marzo de 1973 no aparecieron. Con su victoria Allende selló su suerte porque la derecha en masa (la Democracia Cristianamás el Partido Nacional) junto al rabioso conglomerado del *establishment* impulsado abiertamente por «la embajada» (ahí está el Informe de la Comisión Frank Church del Senado de Estados Unidos que lo demuestra) apresura los arreglos para el golpe porque comprobaron que a Allende no lo iban a poder sacar de La Moneda hasta 1976. Algo parecido ocurrió con la pírrica victoria, pero victoria al fin, de Evo Morales en las elecciones bolivianas de octubre del 2019 que precipitaron el golpe de Estado que le arrebataríael triunfo. La derecha y Estados Unidos no estaban dispuestos aesperar el fin del sexenio allendista y abrieron la puerta al golpe militar, conspirando abiertamente con los golpistas[31].

A. M. *Haría acá un freno en la cronología y me metería un poco en esta discusión que no solamente me parece interesante, sino*

[31] Este tema también lo he tratado *in extenso* en mis *Siete Tesis sobre el Reformismo y la Revolución* en la ya citada revista *Cuadernos Marxistas*.

que además a mí como miembro de una generación posterior me interpela un poco. Como politóloga admito la importancia de la cuestión de la correlación de fuerzas para avanzar, pero ¿hasta *qué punto esa correlación de fuerzas no se construye dialécticamente, en simultáneo con el avance.* ¿Qué *enseña la experiencia del kirchnerismo?*

A. B. Dos aclaraciones: primero, la correlación de fuerzas no es un dato inmutable e inmodificable. El líder político, el estadista, debe tener la capacidad de cambiar, a su favor, una correlación de fuerzas que le es hostil. La historia no es otra cosa que la permanente mutación de aquellas, de lo contrario todavía estaríamos viviendo en el Virreinato del Río de la Plata. ¡Que sea difícil no quiere decir que sea imposible! Pero nada se puede cambiar en el mundo de la política y la sociedad si, como recordaba nada menos que Max Weber, el líder y las fuerzas sociales «no piden lo imposible una y otra vez». Nada peor para un político interesado en impulsar cambios en su sociedad que caer en la telaraña del posibilismo, que siempre termina en las fauces de la reacción. Segundo, Allende sí tenía ese objetivo. Por eso hablaba de un tránsito hacia el socialismo, expresión, conviene aclararlo, mucho más modesta de lo que en realidad fue su gobierno, que fue bastante radical. Por el contrario, el kirchnerismo se inscribe en el horizonte de la sociedad capitalista apostando a la creación de un «capitalismo serio y racional», como si tal cosa fuera posible. El capitalismo «serio y racional» concentra riqueza e ingresos, empobrece sin pausa a las mayorías y destruye al medio ambiente, convertido en una mercancía más. Obviamente, en todo proceso de transformación social se requiere ir ampliando el marco de alianzas para darle viabilidad al proyecto, pero el objetivo final no era el mismo en el Chile de Allende que en la Argentina kirchnerista. Allende estaba obligado primero a consolidar sus logros –¡que fueron muchos!–, para seguir avanzando. No podía seguir abriendo tantos frentes de lucha, no tenía un elemento aglutinador nacional como fue Girón para los cubanos, porque al fin y al cabo cuando el gobierno

de Estados Unidos y la mafia anticastrista de Miami lanzaron esa invasión (que fue derrotada en menos de sesenta y cinco horas) eso hizo posible que al día siguiente Fidel proclame, en un enorme acto de masas en la Plaza de la Revolución, el carácter socialista de la Revolución cubana.

En Chile, en cambio, todo era un juego muy cortesano en donde las fuerzas reales se movían por debajo del tinglado de la política institucional. Se sabía de la profunda injerencia de los agentes estadounidenses y sus aliados locales, pero aquellos no estaban visibles, no mandaron tropas, no desembarcaron en Iquique o en Valparaíso y entonces era más difícil para Allende plantear una estrategia de radicalización como si estuviera enfrentando un ataque desembozado o la invasión de un enemigo externo. En Cuba, cuando triunfa la Revolución los personeros y beneficiarios del régimen de Batista huyeron en estampida. La burguesía cubana, los restos de la vieja oligarquía terrateniente, los empresarios *yankees*,sus jueces, sicarios, espías, dueños de radios, diarios y televisoras, los principales jefes militares y policiales, y los altos funcionarios del Estado y sus grupos afines corrieron a buscar refugio en Miami. En Chile, en cambio, el grueso de la derecha permaneció en el país y Washington operaba a través de sus representantes con gran eficacia, a lo que sumaba mucho dinero, apoyo logístico, propaganda, cerco diplomático y sanciones económicas. Allende no podía acusar a una «invasión norteamericana», aunque existía, pero no era militar y abierta como fue el caso de Playa Girón. En Chile seprodujo uno de los primeros ensayos de la «guerra híbrida»: una ofensiva tremenda y demoledora en todos los frentes, sin intervención militar hasta el momento en que hubo que disparar el tiro de gracia, el 11-S.

En la Argentina kirchnerista el avanzar sin transar demostró ser imposible. No es que se detuvieron los avances, pero no hubo consolidación y carecieron del arraigo necesario como para evitar retrocesos: la 125 y el caso de la Ley de Medios son emblemáticos en ese sentido. Con Alberto Fernández se reproduce la misma

situación: caso Vicentín, Etchevehere en Entre Ríos, el desalojo de Guernica, el motín de la bonaerense, la indefensión ante la prepotencia de la derecha y la campaña de terrorismo mediático, la conducta sediciosa de la oposición «bolsonarizada», son algunos de los ejemplos que vienen a mi mente. Es necesario redefinir la naturaleza del proyecto transformador porque la profundización del capitalismo, por más que se confíe en su supuesta «seriedad» y «racionalidad», lo que inevitablemente traerá será más pobreza y desigualdad. Fijate que con todas las políticas sociales que hizo Cristina el nivel de pobreza en la Argentina quedó, al terminar su mandato, oscilando en torno al 25 por 100, esos son los números reales. El 5,5 por 100 que en un momento anunció el INDEC es un dibujo absolutamente increíble, ¡es la cifra que tiene el país de tus ancestros, Dinamarca!, y la Argentina no es Dinamarca. Esto de ninguna manera minimiza los esfuerzos hechos para lograr la vigencia de los derechos humanos, lo cual es un elemento importantísimo en la valoración positiva del kirchnerismo. Pero, por otro lado, la famosa «profundización del modelo» lo que hizo fue consolidar el papel del agronegocio en manos las grandes cerealeras, con sus puertos privados sobre el Paraná, sede de cuanto negocio ilícito pueda concebirse en la Argentina; de los transgénicos y los agrotóxicos; del brutal extractivismo minero y petrolero de la Barrick, de Monsanto, de Chevron; de las libertades que goza el capital financiero; de los subsidios y beneficios impositivos de los más ricos (multimillonarios que, en medio de la pandemia, se rebelan y no quieren pagar el impuesto extraordinario, por única vez, a la riqueza); de la extranjerización de los sectores cruciales de la economía y la perpetuación (salvo Aerolíneas y en parte YPF) de las corruptas privatizaciones del menemismo en las empresas de gas, electricidad, telefonía, autopistas, internet, subterráneos, ferrocarriles, carbón, aeropuertos, etc. Al fin y al cabo, el kirchnerismo fue eso, pero combinado con una activa política social y con una adecuada alineación en el terreno internacional por las políticas en relación con la UNASUR, la CELAC, la defensa de Cuba y Venezuela, las denuncias de Cristina en el G-20. Pero

todo esto adolecía de un un permanente desequilibrio porque la retórica era más fuerte que las políticas concretas. Por ejemplo, podría haberse condonado la deuda que Cuba tiene con el gobierno argentino y que viene desde la época del tercer gobierno de Perón, cosa que no se hizo en momentos en que el gobierno argentino estaba negociando una condonación de su propia deuda. Se podría haber puesto más empeño en construir los ocho barcos petroleros que Chávez le encomendó (y en buena parte ya pagó) a los Astilleros Río Santiago para PdVSA. Sólo se avanzó en uno, el Eva Perón, pero a quince años de haber sido encargado (¡y pagado!) aún no abandona el astillero. El otro, el Juana Azurduy, está a medio construir. Se podría haber respaldado con muchísima más fuerza a TeleSUR, convirtiéndolo en un canal de aire para la televisión argentina, siendo que era el único canal internacional de noticias que tenía una visión favorable del gobierno de Cristina, pero no se hizo. Se podría haber abandonado el CIADI, que es un tribunal pseudo judicial del Banco Mundial, pero de gran eficacia que protege a las transnacionales en sus demandas en contra de los Estados, y no se hizo. Se podría haber aprovechado, en el terreno doméstico, el quórum propio y la mayoría en ambas cámaras del Congreso para producir una reforma tributaria integral y progresiva, que, entre otras cosas, pusiera fin a la aberración que significa que las rentas producidas por los depósitos a plazo fijo exentas del pago de impuestos a las ganancias, así como la rentabilidad resultante de la valorización de ciertas acciones corporativas, reformas que este país necesita con extrema urgencia, y eso que era funda- mental, no se llevó a cabo. Lo mismo con otras iniciativas legislativas. Tampoco se procedió a reformar el Poder Judicial, con las consecuencias que ahora estamos viendo. En síntesis, se hizo mucho: expansión de la inversión en salud y educación públicas, en ciencia y tecnología, programas masivos de vacunación, un logro extraordinario como la eliminación de las AFJP, Ley de Medios, empoderamiento de minorías, políticas activas de redistribución de ingresos, todo eso es cierto. Pero también es mucho lo que quedó por hacer. Y, lamentablemente, a la

hora de las sumas y las restas no tengo más remedio que decir que no se aprovechó una oportunidad única, sobre todo si se recuerda que durante largos años se disponía de una amplia mayoría parlamentaria en ambas cámaras del Congreso.

En el caso chileno la consolidación tenía otra naturaleza porquese estaba en un proceso completamente distinto: mientras en el gobierno de Allende nacionalizaba la economía en Argentina, sobre todo con Menem, se avanzaba hacia su privatización y extranjerización. Por lo tanto, el debate sobre estos temas es importantey necesario, y no existió en la Argentina de ayer y tampoco aparece en la Argentina de Alberto Fernández. Claro que toda controversia puntual sobre estos temas siempre tiene que tener en cuenta el rumbo, la dirección y la orientación del proceso y en ese sentido la del kirchnerismo no fue igual a la que tenía Allende. Pese a ello,mucha gente en la Argentina cree que hemos acabado con el neoliberalismo; grueso error que también prospera en Brasil para referirse a los gobiernos del PT. En la Argentina el kirchnerismo dio un gran paso adelante con la estatización de las AFJP y la recuperación de la seguridad social como un derecho y no una mercancía,y esto sin duda fue un logro muy significativo que se erigirá en un desafío crucial para el gobierno de Gabriel Boric en Chile, en donde las AFJP tienen una enorme capacidad de veto en materia de política económica. Lo de YPF también tiene importancia, pero menor, porque en el fondo es una sociedad anónima con capital mayoritario estatal sin por ello ser una empresa del Estado. Como sociedad no sé si no está inscripta en Delaware que es un paraíso fiscal dentro del territorio de Estados Unidos, o en alguna otra madriguera fiscal. Esa empresa pudo firmar un contrato secreto con Chevron y cuando desde el Congreso le pidieron informes a su entonces presidente, Miguel Galuccio, les respondió algo así como: «esto es una empresa privada, no tengo ninguna obligación de mostrarles nada, ni al periodista que me lo preguntó, ni a la Legislatura neuquina que tiene que votar sobre si Vaca Muerta sí o VacaMuerta no. El contrato es cerrado, es privado, entre dos, sociedades anónimas, y en

donde el Estado no tiene nada que hacer». Conclusión: una cosa es el relato, la ideología y otra cosa es la realidad, y en todos estos casos el dilema de profundizar o consolidar (y cómo hacerlo, a qué ritmo y con qué secuencia) es un desafío que acecha a todos los procesos de cambio, reformistas o revolucionarios por igual. Me pregunto: ¿qué fue la NEP («Nueva Política Económica») de Lenin sino una reforma concebida para salvar a la revolución del riesgo inminente de una hambruna y de un colapso económico generalizado? Bajo estas condiciones Lenin optó por hacer una serie de concesiones a los campesinos ricos y a sectores de la burguesía y pese a las críticas de los ortodoxos esa fenomenal heterodoxia puso la revolución a salvo. Esto era un poco lo que los comunistas y los sectores más lúcidos de los socialistas querían en Chile a partir de comienzos de 1972 cuando advirtieron los efectos desquiciantes de la contraofensiva que Estados Unidos y la derecha habían lanzado en contra del gobierno popular.

A. M. *Vos decías que Chile no tuvo un Playa Girón. ¿Por qué pensás que Estados Unidos no recurrió a esa estrategia? ¿Había aprendido algo?*

A. B. Claro que aprendió. Sabía que no tenía una Miami poblada de chilenos que se enrolarían para invadir Chile. Porque Playa Girón también se explica por el peso que había adquirido el exilio cubano en Miami que era –y sigue siendo– un factor político clave en el Estado de La Florida. La cercanía, apenas noventa millas, contra unos ocho mil kilómetros para llegar a Chile imponía límites insalvables para aplicar en el país sudamericano lo que se hizo con la mayor de las Antillas. Además, estaba el peso financiero y las fuertes vinculaciones que el exilio cubano había sellado con la mafia, que venían de antes, ¿no?, cuando Cuba era aquel garito de los capos del crimen organizado estadounidense. ¿Cómo hacer para reclutar unos dos mil chilenos o mercenarios, como hicieron en el caso de Girón con los cubanos, la tristemente célebre Brigada 2506, y llevarlos armados hasta los dientes a las costas de Chile con apoyo logístico norteamericano? No era una

opción. La conexión entre la gusanera anticastrista y la mafia fue muy importante para organizar aquella invasión a la isla. Y, además, no podemos olvidar que esa operación tuvo el patrocinio, financiamiento y equipamiento militar del gobierno de Estados Unidos, aunque el presidente Kennedy pidió que se actuara con mucha discreción. De hecho, cuando Fidel concreta el canje de los casi mil doscientos prisioneros capturados por los cubanos por alimentos, medicinas ytractores los mercenarios fueron poco después recibidos y homenajeados por el propio presidente de Estados Unidos, para eterna deshonra de Kennedy Y, tiempo después su hermano, Robert Kennedy, Procurador General, solicitó que los invasores fuesen incorporados al ejército de Estados Unidos. Este involucramiento de la Casa Blanca les hizo posible lanzar una invasión a la isla, desde Puerto Cabezas, en la Nicaragua de Anastasio Somoza, sin mayores problemas de logística y reclutamiento. Lo mismo se hizo cuando desde Honduras invadieron a Guatemala, con un ejército mercenario armado por la CIA (en su primera operación en el continente) y dirigido por el coronel Castillo Armas, para derrocar al gobierno «comunista» de Jacobo Árbenz. Estados Unidos puede operar con más facilidad en su vecindad inmediata: Centroamérica y el Caribe, que son «la tercera frontera» de aquel país, perollegar tan al sur como Chile les resulta muchísimo más complicado.Por eso el enemigo imperialista era mucho menos visible en Chile de lo que fue en Cuba o Guatemala, aunque los que estábamos más politizados y mejor informados veíamos la mano gringa y los dineros norteamericanos fluir por todos lados. Su injerencia era desfachatada, pero los medios del sistema, *El Mercurio* y el Canal 13 de la Universidad Católica de Chile cumplían puntillosamente su misión de desinformar y ocultar, como hoy lo hacen, de modo aún más desembozado, los medios hegemónicos en la Argentina. Y, agregaría, en el marco de la guerra en curso en Ucrania, la casi totalidad de la prensa de Occidente, con una unanimidad propagandística que ni siquiera se pudo ver en la época de la Guerra Fría.

A. M. *Vos habías pasado por Chile poco antes del golpe y volvistea Estados Unidos.*

A. B. Sí. Volví a Chile en junio del año 1973 y regreso muy pesimista, convencido de que un desenlace violento del proceso era inevitable sin que esto necesariamente debía culminar con el triunfo de la reacción. La devastación económica producida por el *lockout* y el acaparamiento de los empresarios era pavorosa; los ataques y sabotajes se sucedían sin solución de continuidad, y las capas medias enardecidas y fascistizadas clamaban por el Golpe de Estado, acosando a los políticos de la derecha y a los militares tratándolos públicamente de cobardes y antipatriotas por rehusarse a quebrar la institucionalidad y poner fin al caos supuestamente creado por la Unidad Popular aunque lo hiciera con suprema perversidad la derecha y el imperio.

Pensé que, si el gobierno de la Unidad Popular no neutralizabaa los sediciosos, como los llamaba Allende, sólo un milagro podría detener el golpe. Y el milagro no se produjo.

Retorné a Boston convencido de que había que preparar sin más dilaciones una red de solidaridad porque quienes quedasen atrapados en Chile la pasarían muy mal si se consumaba el golpe militar, aunque subestimé los alcances de su ferocidad represiva. La beligerancia, el odio y el revanchismo de la derecha atizadosperversamente por Nixon, Kissinger y sus compinches en Washington eran aterradores. Querían, como Shylock en *El Mercader de Venecia,* su libra de carne. No los satisfacía la renuncia de Allende, sino que clamaban por emprender una tarea de erradicación definitiva de todo vestigio socialista o comunista en Chile. El baño desangre se venía y era imparable, porque Allende no tenía fuerza en el ejército ni en Carabineros (que hacía rato eran discretamente teledirigidos desde Washington) y las escasas milicias populares engestación no tenían ni el número, el armamento ni la preparación militar requerida para defender a su gobierno. Tampoco creía Allende en la conveniencia de potenciarlas, porque hasta el final confió en la fidelidad del ejército y del mismísimo

Pinochet, un traidor inescrupuloso, hábil y malvado como Lenin Moreno. La consigna que bajaba de Washington era «fuera Allende y escarmiento ejemplarizador» para cerrar definitivamente el capítulo de las protestas sociales y la lucha por el socialismo en Chile. Y cumplieron ese plan al pie de la letra.

A. M. *El tema del ejército, del trabajo en el ejército o de la necesidad de contar, aunque sea con una parte del ejército que en Venezuela se ve muy claro, (que) en Cuba también,* ¿cómo *lo ves acá en Argentina?*

A. B. Yo creo que las organizaciones armadas de los años 1970 pensaban que este era un ejército mucho más débil de lo que en realidad era, y lo subestimaron imprudentemente. Decían que carecía de experiencia práctica de combate, pero era un ejército que estaba razonablemente bien entrenado y equipado, que tenía además un denso aparato de inteligencia cuya eficacia fue menospreciada y que les permitió acceder a información muy detallada –sin duda con ayuda de la CIA y otros organismos del gobierno de Estados Unidos– sobre la insurgencia. Los Montoneros estaban en gran medida infiltrados y por lo tanto fueron fácil presa del accionar de los militares. Es cierto que no había en la Argentina una situación comparable a la de Chile porque aquí el Ejército, y en general todas las Fuerzas Armadas, estaban muy divididas. No te olvides que pocos años antes se habían estado matando entre ellos (la lucha entre «azules» y «colorados» a comienzos de los sesentas), pero estoy convencido de que las organizaciones armadas no aquilataron en su justa dimensión la capacidad de las fuerzas represivas, su combatividad, el papel de Estados Unidos en su entrenamiento, adoctrinamiento y equipamiento. Pensaron que era un «tigre de papel», usando la terminología de la época, y que serían doblegadas por el poderío de las milicias insurgentes, sobre todo porque los líderes guerrilleros confiaban que en un momento determinado del combate se produciría un levantamiento popular, algo que no llegó a suceder. La única experiencia de ese tipo en América Latina, la más lograda fue la cubana y, después,

la sandinista. Pero estas tenían características muy idiosincráticas, radicalmente diferentes a las nuestras; o sea, el pueblo cubano había conocido esta experiencia en la ya mencionada sublevación nacional en contra del dominio español entre 1868 y 1898, y acá no había habido nada de esto desde la época de las luchas por la independencia. En suma: no estaba inscripto en nuestro ADN histórico que hubiera un levantamiento popular paralelo a una rebelión de carácter militar a cargo de fuerzas irregulares. Tal vez los acontecimientos de 1890, la rebelión del Parque de Leandro N. Alem, podrían ser considerados como parientes muy lejanos de la epopeya cubana, pero no tuvieron ni remotamente la misma envergadura histórica o densidad social y tampoco lograron quebrar la hegemonía oligárquica. Lo mismo cabe decir del «Cordobazo», que fue un evento importantísimo para erosionar al gobierno militar, pero sin fuerza suficiente como para fundar un nuevo orden político nacional.

A. M. *Y Estados Unidos además había tomado nota de lo que había pasado en Cuba.*

A. B. ¡Claro!, y a partir de las experiencias de la guerra anti colonial de Argelia estaba desplegando una estrategia de lucha antisubversiva que hoy llamaríamos de «espectro completo», porque pasaba por lo económico, lo político, lo cultural, lo comunicacional y no sólo por las armas. No olvidemos que en 1967 habían logrado capturar y asesinar al Che, habían arrasado con varias guerrillas implantadas en otras partes de América Latina: en Venezuela, por ejemplo, donde Alí Rodríguez Araque («comandante Fausto», su nombre en la guerrilla), Teodoro Petkoff y Douglas Bravo habían sido derrotados por las fuerzas militares. Las habían liquidado también en el Perú, aunque luego resurgiría Sendero Luminoso, lo mismo que los pequeños focos que se prendieron en Brasil. En Argentina (Montoneros y ERP) y Uruguay (Tupamaros) la guerrilla se afianza con fuerza, pero es aniquilada brutalmente, perpetrando atrocidades sin límites y con un saldo de treinta mil detenidos-desaparecidos. Quedaban Colombia

y, por supuesto, las luchas guerrilleras en El Salvador, Nicaragua y Guatemala. En síntesis: mientras Allende trataba de salvar su gran experimento político las guerrillas no habían podido constituirse como una opción política real en Sudamérica. Y, como vimos más arriba, tampoco lo era la ruta institucional. Ninguna de las dos fueron opciones realistas. Salvo en Cuba, la guerrilla había fracasado. La excepción: los casos puntuales de Nicaragua (el Sandinismo) y el Farabundo Martí en El Salvador. Pero son guerrillas tardías que se desarrollan después del derrocamiento de Allende, sobre todo en el caso del FMLN en El Salvador. El Sandinismo se funda en 1961, pero recién toma impulso en los años setenta y en 1979 conquista el poder; luego, fue derrotado electoralmente, pero regresó diez años más tarde, esta vez por la vía institucional. Los restos de la otrora poderosa guerrilla colombiana persisten a duras penas y hay que preguntarse si existe realmente una voluntad real de acabar con su presencia dado que la misma justifica un protagonismo militar y paramilitar que sin ella sería difícil de admitir. En consecuencia, puede decirse que ni la vía insurreccional –repito, fuera de los casos de Cuba y Nicaragua– ni la vía electoral garantizaron una transformación socialista de nuestras sociedades. Cabría preguntarse si el chavismo en Venezuela, la Revolución ciudadana en Ecuador y el gobierno de los movimientos sociales en Bolivia lograron consolidar un proyecto de «socialismo del siglo XXI». No faltó la voluntad, pero, por distintas razones, los tres procesos que llevaron a cabo cambios muy importantes «y en algunos casos irreversibles» transitaron por senderos plagados de complicadas vicisitudes. Venezuela por la extrema virulencia de la agresión norteamericana que la hizo víctima de una guerra no declarada, pero tremendamente destructiva y en donde el chavismo se mantiene en el poder bajo dificilísimas condiciones y una importante gravitación electoral de la derecha, demostrada en las elecciones regionales de noviembre 2021. No obstante, hay que señalar que los síntomas de una rápida recuperación económica y fortalecimiento político del gobierno de Nicolás Maduro han sido notables en los últimos meses.

El Ecuador, con un proceso de cambios traicionado, revertido y entregado por un delincuente híper corrupto como Moreno que arrojó por la borda muchos logros del correísmo. Y en Bolivia, en donde la pérdida de dinámica de masas y de mística del MAS hizo posible el triunfo de un golpe híbrido, mitad «blando» mitad «duro», estilo clásico militar, que en un año deshizo buena parte de las grandes conquistas de los años de Evo Morales. Si bien esa situación se revirtió con la victoria de Luis Arce en las elecciones del 2020 es evidente para todos que el impulso plebeyo que existía en Bolivia en los primeros años del «Evismo» ahora parece haberse atenuado. A partir de esta mirada a vuelo de pájaro hay que preguntarse, en el aquí y ahora de nuestros países, cuáles son y por dónde pasan los caminos de la transformación, el cambio y la revolución social que necesita América Latina. Me temo que no tengo una respuesta muy alentadora ante esa interrogante.

A.M. *Vos mencionabas Nicaragua y El Salvador; el Sandinismo y el Farabundo Martí, ¿de qué manera esas luchas que en su momento fueron derrotadas en las armas contribuyeron a los procesos de América Latina quince o veinte años después?*

A. B. Yo creo que tuvieron un papel importante porque crearonun clima o un espacio político, ideológico, de izquierdas, y eso es un avance que no puede ser subestimado. Y agrego que me parece muy bien que usemos la palabra «derrotar» y no «fracasar», porque creo que la expresión «fracaso» tiene una connotación fuertemente negativa que yo no comparto. El experimento de Salvador Allende no fracasó, fue derrotado, que no es lo mismo. Esto también vale en al gobierno de los movimientos sociales en Bolivia: derrotados, más no fracasados. Ahora volvieron al gobierno, como decía más arriba, pero no hay dudas que el impulso transformadoraparece más debilitado y menos desafiante, por no decir radical, y eso es una característica general de este segundo ciclo progresista en A. Latina, mucho más moderado que su predecesor por múltiples causas.

A. M. *Teniendo presente sobre todo la experiencia del Moncada, ¿no?*

A. B. Sobre todo, si teniendo en mente la gran pregunta y perdón por retornar obsesivamente al tema: ¿fracasó el gobierno de Unidad Popular? No, no fracasó, y quiero ser muy enfático en esto. Fue derrotado, precisamente porque no estaba fracasando sino demostrando que se podía construir un Chile mejor, más justo, controlando la voracidad de los capitalistas, socializando empresas, y en un marco inobjetablemente democrático. Precisamente porque no fracasó tuvo que ser derrotado apelando a un expediente criminal como fueron el golpe y la posterior dictadura de Pinochet. Hubiera fracasado si no nacionalizaba la gran minería del cobre; si no hubiera hecho la reforma agraria; si no nacionalizaba el sistema bancario, pero lo nacionalizó. Lo que pasa es que fue derrotado por el imperio y sus peones en la derecha vernácula apelando a sabotajes, el odio de las bandas fascistas y violentando la Constitución y las leyes y haciendo del Terrorismo de Estado el pilar de la dictadura. En esta línea: ¿fracasó la Revolución cubana? No, de ninguna manera, ni fracasó ni fue derrotada. Justamente, es atacada porque no fracasó. Prueba de su vitalidad y su ejemplaridad son los sesenta largos años de resistencia a las agresiones del imperialismo. ¿Qué hay problemas económicos graves en Cuba? Obvio, pero ¿qué país no los tendría luego de tan extensa y pertinaz agresión? Pero pese a todo ello la Revolución Cubana sigue siendo un país que ofrece a su gente lo que nadie más asegura en el resto de Latinoamérica y el Caribe: educación, salud, seguridad social, acceso a la cultura, aparte de tantas otras cosas, y todo en un marco de la autodeterminación nacional y bajo un bloqueo integral, continuo y feroz de Estados Unidos, recrudecido bajo la pandemia. Pensá lo que habría ocurrido en Estados Unidos si hubiera sufrido durante sesenta años la agresión de una potencia económica trescientas veces superior, con el ejército más poderoso del mundo y un aparato global de dispositivos de poder blando (medios de comunicación, ONG, gobiernos vasallos,

instituciones falsamente «multilaterales») agrediéndolo permanentemente. Ese país, Estados Unidos, se habría desintegrado, sin duda.

Creo que estos son los verdaderos términos del debate, en donde una cosa es el fracaso y otra la derrota. La derecha fulmina como «fracasadas» a todas las iniciativas reformistas o revolucionarias. En realidad, lo que ocurre es que son derrotadas, que es algo muy distinto. Las experiencias guerrilleras a las que te referías fueron derrotadas y aniquiladas, pero aun así dejaron una impronta en la sociedad que posteriormente fue retomada por mucha gente. Aunque, hay que decirlo, algunos de los líderes de esas insurgencias luego se reciclaron mal, por derecha. Pero sí me parece que demostraron en la práctica que había una profunda insatisfacción con el capitalismo (que ha ido creciendo) y que había gente que estaba dispuesta a luchar y morir por acabar con tan nefasto sistema, aunque algunos después se hubieran arrepentido, pero hay muchos otros que no lo hicieron y llegaron al poder. Tal es el caso de los sandinistas, aunque después, en 1989, los voltearon por la vía electoral en medio de una tremenda campaña militar orquestada por Washington con las bandas de los «contras» para luego retornar al gobierno, donde permanecen hasta el día de hoy. El FMLN también llegó al gobierno en el año 2014 con un candidato propio, Salvador Sánchez Cerén, pero fue muy poco lo que pudo hacer. La salvaje aplicación del *lawfare* por parte del Tribunal Constitucional de El Salvador lo ató de pies y manos. El presidente no tuvo un minuto de tregua ni había decisión que tomase que no fuera revisada y, casi siempre, declarada inconstitucional por un Poder Judicial corrupto vendido por completo al gobierno de Estados Unidos. Por supuesto, hubo errores propios, pero poco es lo que podía hacer el FMLN a la cabeza del país más pequeño (territorialmente hablando) de Latinoamérica, sin moneda propia, porque la economía dependía en buena medida de las remesas y seregía por el dólar, y esperando con angustia la llegada de los billetes de dólar de Estados Unidos porque sin ellos la economía se paralizaba. La

debilidad de ese gobierno fue impresionante: acosado por la prensa y el partido judicial, presionado por Estados Unidos, desorganizada la tropa propia, el resultado de la elección del año 2019 estaba cantado y el FMLN fue ampliamente derrotado y sufrió un revés aún más duro en las elecciones de medio término del año 2021. Antes, durante la guerra, el FMLN había tenido a raya al ejército salvadoreño, que en realidad era poco más que una división de la *US Army* operando en ese país con sus principales cuadros, asesores y los mejores armamentos alineados para la batalla. Lo mismo la conducción estratégica de la guerra, en manos del Pentágono. Y el resultado fue un armisticio: ¡el ejército norteamericano y sus peones locales no pudieron con aquella heroica guerrilla! Hubo un empate con los compañeros del FMLN, con Schafik Handal a la cabeza, una verdadera humillación para las Fuerzas Armadas estadounidenses. Cabe preguntarse: ¿fracasó el FMLN en el gobierno, o fue derrotado por una guerra de amplio espectro, lo que hoy llamamos «guerras híbridas», en donde la agresión económica, el *lawfare* y el terrorismo mediático desempeñan un papel fundamental?

Volviendo al caso de Chile habría que agregar que la ferocidad de la dictadura y la crueldad del escarmiento a que fue sometido el pueblo chileno se complementa con un enorme esfuerzo en el terreno ideológico para vender, dentro y fuera de ese país, los supuestamente enormes logros del modelo económico neoliberal. Y en ese terreno la derrota fue total… hasta el 18 de octubre del año 2019 cuando comenzaron las grandes manifestaciones y todo aquello se vino abajo; toda la ilusión «se desvaneció en el aire» y quedó a la vista la ruindad de un modelo que hizo de Chile uno de los países más desiguales del mundo manteniendo en la pobreza a más de la mitad de su población, aun así endeudada hasta la coronilla para mantener la ficción consumista alimentada por el régimen, la corrupta casta política que gobierna el país ya desde la época de Pinochet y los aún más corruptos medios de comunicación. Ese espejismo se rompió y Chile recuperó

la memoria de sus luchas, de la experiencia de la Unidad Popular y al acabarse esa ilusión, chilenas y chilenos se encontraron con una tristísima realidad. Fueron engañados, saqueados, explotados sin piedad por los capitalistas y sus representantes políticos y mediáticos. De ahí su furia, el odio que sienten por los políticos venales que fueron cómplices de ese despojo, por una casta política que, según un estudio de la OECD, tiene los parlamentarios mejor remunerados entre todos los países que integran esa organización mientras los hogares chilenos se encuentran entre los diez más endeudados del planeta.

A. M. *¿Algo parecido a Estados Unidos?*

A. B. Peor todavía. Mucho peor porque allá en Chile, junto con el consumismo basado en el endeudamiento sin límites, un gran negocio para los bancos. Crearon una cosa que se llama la DICOM, que es un registro que hace una empresa privada, Equifax, para recoger, clasificar y calificar información bancaria y financiera de las personas que luego vende a terceros. Tal como ocurre con las redes sociales, los datos que utiliza son aportados cuando efectúan y pagan una compra, contraen un crédito, emiten un cheque, etc. Automáticamente entrás al registro. Luego, si te atrasás o no pagás una deuda, una tarjeta, emitís un cheque sin fondos o con fondos insuficientes, se te incluye en esa lista y una vez registrado en el DICOM es muy difícil salir. Quedás estigmatizado para siempre, aunque pagues tus deudas. Queda en tu historia de vida, en tu historia crediticia, lo que te perjudicará para todo.

A. M. *Un espanto…*

A. B. Sí, y es muy difícil salirse de esa suerte de «lista negra». Los registros de DICOM serán decisivos para la vida financiera y comercial de las personas en el futuro. Por ejemplo, pasás a ser un sujeto riesgoso de crédito y por lo tanto no te lo otorgan o lo hacen bajo condiciones leoninas; si te vas a emplear y el empleador chequea tu situación en el DICOM te pueden negar el empleo adu-

ciendo tu irresponsabilidad financiera en el manejo de tus deudas. O sea, te convertís en una especie de paria económico. Si querés pagar con una tarjeta lo más probable es que no te concedan la oportunidad y ni te cuento si querés pagar con un cheque y salta tu nombre en el DICOM, ¡no podés pagar, aunque tengas plata en tu cuenta bancaria! O sea, que te deja una población endeudada y esclavizada que tiene que pensar qué es lo que va a hacer, cómo lo va a hacer. La DICOM, y esta práctica del control tipo «gran hermano», refuerza el círculo vicioso de la cultura neoliberal en donde lo importante es el consumo, pero no te dejan consumir o, mejor dicho, te dejan consumir, pero disciplinándote de una manera carcelaria y eso es lo que habrá que tratar de romper. Durante treinta años la gente en Chile se resignó, engañada, a quedar bajo el yugo de un modelo de saqueo y depredación. Subrayo que saqueo no sólo de las riquezas naturales sino también de los ingresos de chilenas y chilenos, vía las AFP, las administradoras de fondos de pensión. Pero eso está ya absolutamente desprestigiado y en el año 2021 con la convención constitucional y las elecciones presidenciales espero que se produzcan los cambios que el pueblo de Chile necesita. Aunque, lamentablemente, no parece que el presidente Boric tenga condiciones para tratar este tema como una prioridad[32].

[32] Al revisar la versión final de este texto, ya se había producido el triunfo de Gabriel Boric en las elecciones presidenciales del 2021. Las señales que este ha emitido son contradictorias: promesas de algunos cambios profundos con llamativos silencios en otras áreas, un equipo económico bien neoliberal y una ministra de relaciones exteriores formada ideológicamente en la OEA de Luis Almagro y por las oenegés del imperio, obsesionada por criticar a Cuba, Venezuela y Nicaragua. Hay el riesgo de que el gobierno de Boric termine como una concertación, aunque no podría asegurarse que esto sea un desenlace inexorable. Lo crucial va a ser el impulso popular, la calle, la movilización del pueblo para hacer que su gobierno transite por el camino de cambios profundos que Chile requiere sin dilaciones y la aprobación de la nueva constitución, cuyo borrador es combatido sin tregua por la derecha. Sin la fuerza motriz de la plebe, la inercia institucional del Estado chileno llevará al gobierno de Boric hacia posturas muy moderadas, inmoderadamente moderadas diría yo.

A. M. *¿Qué pasó con FLACSO en Chile?*

A. B. Lo de Harvard me salvó la vida. Dos días después de producido el golpe entra una patrulla militar a FLACSO, donde en ese momento ondeaba la bandera celeste de las Naciones Unidas, y escogen supuestamente al azar a dos estudiantes, seleccionando perversamente a los dos con rostros bien andinos, aymaras o quechuas. Eran dos bolivianos, los sacan al patio y los fusilan ahí mismo, como para decir «señores se acabó lo que se daba, ya no más FLACSO, manden de vuelta a todos los estudiantes, estos dos cadáveres tírenselos a los perros». Eran dos bolivianos, el médico Ríos era uno y el otro se me olvidó el nombre, los mataron por portación de cara nomás, así que imagínate mi situación como profesor extranjero de FLACSO y con mis antecedentes[33]. Por eso me concentré en fortalecer los comités de solidaridad, ayudar a sacar gente de Chile y, por supuesto, lanzar una campaña permanente en contra de la dictadura de Pinochet.

Ahora bien, yo había ido a Estados Unidos con el propósito de hacer una tesis doctoral sobre Chile, pero después del final traumático, tremendo que tuvo la experiencia de la Unidad Popular sentí que ya no tenía condiciones emocionales para encarar semejante tarea. No hubiera podido tener la distancia emocional necesaria para hacer un análisis objetivo de todo el proceso. Yo recién había cumplido los treinta años y la tragedia chilena me afectó tanto que decidí cambiar radicalmente el tema de tesis. Había demasiado odio en mi alma como para sentarme a examinar y reconstruir con un mínimo de serenidad y objetividad la historia reciente de Chile, los logros del gobierno de la Unidad Popular, sus políticas sociales y económicas, la construcción de una correlación de fuerzas favorable al socialismo y el nefasto

[33] Una veintena de profesores universitarios y alumnos de posgrado fueron fusilados en los primeros cuarenta y cinco días del golpe de Pinochet. Cf. Rodrigo Baños, «Las ciencias sociales como conocimiento de la época», en *Revista Anales*, séptimaserie, n.º 4, noviembre 2012.

papel del imperialismo y la derecha neocolonial, que fue, es y siempre será enemiga mortal de cualquier proceso democrático. En ese sentido, el dato ya mencionado de las elecciones de marzo de 1973 era muy importante; fue un *flash* porque pensé que, si en medio de tanto terrorismo económico y mediático Allende subía sustancialmente su votación, pasando del 36 por 100 de 1970 al 44 por 100, quería decir que el proceso revolucionario ya estaba en marcha, que había una toma de conciencia, mayor capacidad de organización, y por eso la única alternativa de las fuerzas reaccionarias era ahogarlo en sangre. Yo intuía la posibilidad de ese desenlace y también que la derecha iría a hacer un exhaustivo trabajo de «lavado de cerebros», de desmemoria y que de repente yo terminaría escribiendo sobre (y para) un país que ya no existía. Fijate que tuvieron que transcurrir casi veintinueve años desde la refundación de la (seudo) «democracia» del post pinochetismo para que ese pueblo reaccionara y recuperara su antigua dignidad y voluntad de lucha. Durante mucho tiempo, ya sin el gobierno de Pinochet, no fui a Chile porque para mí hubiera sido un shock llegar a un país tan diferente al que dejé. En épocas recientes estuve yendo a menudo y advertí cambios en la conciencia social. Lo ocurrido a partir de octubre del año 2019 no me sorprendió, pero igualmente me llenó de júbilo el corazón.

Si miras la entrevista que me publicó el diario digital *El Desconcierto* se comprueba la rabia con que hablo acerca de lo que los militares y la casta política hicieron en Chile[34]. Imaginate cómo era mi estado de ánimo cuando estaba en Harvard, a los golpes con la patota de los Piñera, y si esas eran condiciones para escribir una tesis doctoral. Yo quería profundizar en la tesis de maestría que había escrito para FLACSO, lo que hacía que tuviera

[34] Entrevista en: El Desconcierto, https://atilioboron.com.ar/entrevista-en-el-desconcierto-chile/ o esta https://www.eldesconcierto.cl/nacional/2016/12/08/atilioboron-y-el-fracaso-del-neoliberalismo-chileno-allamand-tuvo-que-ir-a-cuba-para-curara-su-hijo-caso-cerrado.html

ya efectuadagran parte del trabajo de recopilación histórica. Pero con el golpe todo cambió radicalmente.

M. A. *¿Y a qué tema te volcaste?*

A. B. Bueno, repensé la cosa y me puse a mirar, y me dije: ¿qué es lo que yo más conozco? Conozco más Argentina, conozco más Chile, a Brasil bastante bien pero no como para aventurarme para una tesis doctoral, conozco algo de México, lo que tengo más a mano es Argentina, y vamos a ver qué materiales hay. Me sumergí en la maravillosa *Widener Library* de Harvard y me encontré, por ejemplo, con la colección completa de los diarios *La Nación* y *LaPrensa* desde el número uno, prolijamente encuadernadas. Para acceder a esos diarios, primero tenías que seleccionar el material en microfilm y después, si quería consultarlas en papel, los pedías y a los dos o tres días te las traían del depósito. Harvard tiene uninmenso edificio donde almacenan estos materiales y entonces me dije, ¿por qué no hacer un análisis de Argentina. Pero ¿qué cosa de Argentina? Y, ¡lo obvio!: estudiar el fenómeno del peronismo, su surgimiento, desarrollo, caída, permanencia y sus sucesivas «reencarnaciones políticas». La interpretación canónica de Miguel Murmis y Juan C. Portantiero me parecía correcta en general, pero me suscitaba algunos interrogantes que me impulsaban a explorar a fondo la génesis y naturaleza del peronismo. Pero para ello debía saber reacción dialéctica a qué cosa fue este movimiento, que fue lo que el peronismo trató de superar o negar. Y la respuesta me condujo al examen del régimen oligárquico, combatido por aquel con fuerza en su discurso y en algunas de sus políticas. Una contradicción, como más tarde ocurriría también con el kirchnerismo, que pasaba más por el relato (para usar una terminología de hoy, que no era la de aquella época) que por la realidad como explicaba más arriba. Creo importante subrayar esto porque el peronismo, a pesar de definirse como anti oligárquico –y tener un discurso acorde con tal definición– se cuidó de atentar contra la intangibilidad de la estructura agraria o la gran propiedad territorial, que no fue sino

marginalmente afectada por el Estatuto del Peón y la nacionalización del comercio exterior con la creación del IAPI. No eran cuestiones triviales, pero no revirtieron la enorme concentración de la propiedad agraria, cosa que sí hicieron la Revolución Mexicana, Arbenz en Guatemala y la Revolución Boliviana de 1952.

Lo charlé mucho con Germani y finalmente me puse a estudiar al régimen oligárquico. Hice una recopilación muy exhaustiva de lecturas y de antecedentes empíricos, todo esto concebido como un prefacio necesario para abordar el tema del peronismo. Había leído mucho sobre el tema, pero profundicé mi investigación y discutí las ideas preliminares con quienes luego serían mis directores de tesis: Gino Germani y Karl Deutsch, con Barrington Moore jugando un poco un rol complementario. Todos me dijeron: «estudie a fondo la conformación y funcionamiento del Estado oligárquico porque con eso ya tiene demás. Es un tema que tiene valor en símismo y le abrirá el camino para luego abordar el estudio del peronismo». Así que recorté un periodo, 1880-1930 y me aboqué a hacer un estudio de la conformación y crisis del Estado oligárquico liberal en la Argentina. A medida que me sumergía en ese estudio crecía mi apasionamiento por el tema. Porque, visto en perspectiva histórica, fue un proceso de una riqueza extraordinaria por las luchas sociales que lo surcaron, porque fue la única construcción de una hegemonía burguesa en la Argentina, por la intrincada articulación dependiente y semicolonial del país con el Reino Unido, por la impetuosa irrupción plebeya de finales del siglo XIX y comienzos del XX y por densidad y persistencia del proyecto cultural puesta en marcha por la burguesía. Procedí a elaborar una minuciosa reconstrucción histórica en clave teórica marxista. Recogí muchísimo material y terminé escribiendo las seiscientas noventa y seis páginas de esa tesis, escrita una por una en inglés con una máquina de escribir eléctrica (en ese momento todavía no había computadoras personales). La redacción la comencé a mediados del 1975 y le puse punto final el 26 de julio de 1976, no por casualidad, sino como homenaje a Cuba y su revolución. Los seis meses finales

fueron una tortura, porque ya estaba trabajando en Holy Cross, tenía clases tres días a la semana y por lo tanto me autoimpuse una disciplina draconiana. Me levantaba a las siete de la mañana, desayunaba con Gabriela y Pablo, mis hijos. Los veía ir a la escuela desde el balcón de mi casa (estaba a poco más de una cuadra) y luego me ponía a escribir, o refinar mi investigación, y generalmente no me levantaba de mi escritorio hasta haber escrito diez páginas, aunque fuesen borradores muy preliminares, pero las escribía en inglés a sabiendas que luego deberían ser revisadas. Sólo hacía un alto de diez minutos cuando puntualmente a las once me hablaba mi amigo Daniel Gallina, un médico argentino que estaba trabajando en los laboratorios de investigación de Harvard, y luego retomaba mi ritmo, sin parar hasta que los niños llegaban de la escuela a eso de las cuatro de la tarde y regresaba Nora de Harvard donde tomaba sus cursos doctorales en la Escuela de Educación. Un régimen de trabajo durísimo, respetado contra viento y marea, y que resultó altamente efectiva porque terminé la tesis y quedó como una gran introducción –inconclusa– al estudio del peronismo. No pierdo las esperanzas de que tal vez, en algún momento, pueda hacerlo.

A. M. *En tu relato se ve un tránsito de lo académico a una conciencia política mucho mayor de la que tenías cuando arrancaste, ¿en qué momento o momentos vos sentís que irrumpe la política o tu preocupación, o tu compromiso político?*

A. B. Si tuviera que poner un momento podría decir que, en Argentina, en la Democracia Cristiana, en la corriente aquella de izquierda, Comunidad y en el pensamiento renovador de la Teología de la Liberación. Pero la política siempre estuvo en mi conciencia. Por eso de adolescente ya estaba interesado y, a mi escala, participaba. Claro que hay fases en ese proceso: las discusiones familiares sobre el peronismo y la «Libertadora», luego la «Laica vs. Libre», mi ingreso a la Universidad Católica, el Concilio Vaticano II, mi contacto con la CGT. Pero hay varios hitos después de esta labor de preparación. El primero es el Onganiato, cuando

me tengo que ir de Argentina, un shock brutal en donde, como un balazo, la política te roza de cerca y marca tu destino. Te manda al exilio cuando sólo tenías planes de estudiar en el extranjero, nunca ausentarte por largos años de tu país. Yo quería completar mi formación en el exterior, pero jamás sospeché que mi ausencia podría durar casi dos décadas. Cuando me fui a FLACSO lo hice pensando que estaría en Chile a lo máximo dos años, que era lo que duraba la maestría, y terminé yéndome del país por diecisiete años. Volví a la Argentina un par de veces, breves visitas, y después con el golpe del año 1976 nunca más, y a Chile tampoco. O sea, ambos golpes fueron un desgarramiento; recién pude regresar, en un viaje fulminante para visitar a mi madre, cuando me avisaron que había contraído un cáncer a mediados de 1982; y a Chile pude regresar después de casi veinte años. No podía hacerlo mientras estuviera la dictadura porque estaba la denuncia de que yo colaboraba con grupos guerrilleros, que guardaba armas en mi casa, todo lo cual era absolutamente falso, es más, como te conté yo tenía una gran polémica con el MIR y los grupos guerrilleros ya en la época de Allende. Lo de Argentina también era complicado, viendo mis posiciones en Chile, mi involucramiento con el grupo de Economía Humana, lo de la CGT, el plan de lucha, la expulsión de la Universidad Católica, todo lo cual se torna mucho más amenazante a partir de ambos golpes de Estado. Politización reforzada al ver la infernal maquinaria del imperio desde dentro, un poco lo de Martí; haber «visto y vivido en las entrañas del monstruo», lo que me aportó una perspectiva sobre el imperialismo que ya no era sólo libresca sino profundamente vivencial. Por eso yo recomiendo a quien pueda que vaya y pase un tiempo en Estados Unidos, no para turistear sino para hacer un aprendizaje político práctico, para apreciar en detalle la perversa alienación de su sociedad y ver la sutileza de los mecanismos de dominación ideológica, política, cultural con la cual el famoso 1 por 100 más rico mantiene su predominio sobre los demás. Fue una experiencia dolorosamente aleccionadora, que me enseñó más que cien libros y fue otro de los grandes hitos en mi toma de conciencia política.

A. M. *El trabajo intelectual, académico, es siempre político. Creo el tema es en qué momento uno toma conciencia de eso y lo usa, ¿no?*

A. B. Claro, y cuando se logra esa toma de conciencia siempre lo hace con mucha fuerza, aunque en mi caso no fue una «revelación» instantánea, sino un «proceso» largo y por un camino plagado de obstáculos y callejones sin salida. Creo que hay una gran coherencia entre lo que pensaba a los quince años y lo que pienso hoy en estos tramos finales de mi vida. La antología hecha por CLACSO, *Bitácora de un navegante,* lo demuestra porque incluye desde mi primer trabajo académico, publicado en 1969, hasta uno de los últimos. Por supuesto, hay un mayor refinamiento teórico, conocimiento histórico y sensibilidad ante la problemática internacional en las obras de la madurez, pero no hay ninguna que diga lo contrario a lo que escribí en 1969, y eso es algo que me enorgullece. Contrariamente a lo que dijo Fernando Henrique («olvídense de todo lo que escribí») a mis alumnos y lectores puedo decirles que no deben olvidar nada de lo que haya escrito. Es obvio que dos dictaduras genocidas como la argentina y la chilena revolverían mi conciencia y también lo hizo Harvard al permitirme profundizar mi formación marxista facilitado por esa maravillosa biblioteca Widener en donde la sección sobre el socialismo, el pensamiento socialista y marxista contaba con una enorme cantidad de materiales. Ese fue otro hito.

Bueno, vos sabes que los herederos de Trotsky le vendieron sus archivos y su biblioteca a Harvard. Yo no los pude consultar porque se acordó que durante cuarenta años los documentos de Trotsky no estarían accesibles al público. Lo que hizo Harvard fue depositarlos en una biblioteca especial, la Houghton Library, que alberga que las colecciones de libros raros o especiales. La Widener es la principal, pero no la única biblioteca de Harvard; hay más de veinte. Cada facultad tiene su biblioteca, y aparte está el templo mayor que es la Widener, una maravilla, una verdadera Biblioteca de Alejandría del mundo actual. En la Houghton están los documentos, cartas, libros y materiales de archivo de Trotsky

desde 1904 en adelante, luego los de su exilio, en 1929, hasta su asesinato en Coyoacán, en 1940. En total, unos 17.500 documentos incluyendo unas 4.000 cartas escritas por su puño y letra.

Lo cierto es que en Harvard mantuvieron puntualmente la promesa y durante cuarenta años la biblioteca no se abrió; lo hizo el 2 de enero de 1980, y hubo un aluvión de gente que fue a revisar el archivo. Yo no pude visitarla; fui una vez, pero la biblioteca estaba abarrotada de lectores y había que esperar para entrar. Está muy vigilada porque contiene materiales de incalculable valor historiográfico y por eso el acceso estaba tan demorado. En algún momento supongo que podré ir a darle una mirada. Pero bueno, te decía esto porque la literatura socialista y comunista que había en la Widener era impresionante y eso me permitió fortalecer y concluir una primera síntesis marxista en mi cabeza. Por supuesto que esa es una empresa inacabada, lo digo siempre; aún falta mucho, pero construí una base bastante sólida. Y sobre todo me dio una amplia perspectiva comparativa porque con mi beca tuve tiempo y condiciones para estudiar los grandes procesos revolucionarios y de transformación económica, política y social en Europa, sobre todo algunos países clave como Francia, Alemania, Inglaterra, Rusia, Italia, que la estudié mucho porque Germani estaba trabajando sobre el tema del fascismo y yo como su ayudante aprendí bastante sobre el tema. En ese marco, escribí algunas breves notas sobre el fascismo que nunca publiqué, pero que, tiempo después, me sirvieron de base para mi artículo sobre *El fascismo como categoría histórica*.

A. M. *En una oportunidad conversando con un colega tuyo sobre vos [risas] me señalaba que habías hecho la «evolución contraria» a la mayoría de los intelectuales, que se inician en el marxismo y luego terminan, en el mejor de los casos, en posiciones socialdemócratas, cuando no reaccionarias. Teniendo en cuenta el papel que han jugado además las universidades estadounidenses,* ¿cómo *sobreviviste a Harvard y a la capitulación?*

A. B. [Risas] Supongo que mi experiencia personal, mi cercanía con el proceso chileno, la firmeza de mis convicciones, mi asimilación de las tesis marxistas, un visceral rechazo al capitalismo y sus parásitos, a los poderosos, ricos y, en lo internacional, a las potencias colonialistas e imperialistas. Todos esos fueron factores decisivos en la conformación de mi perspectiva ideológica. Además, fue muy valioso el contacto con los muchachos y muchachas de América Latina en FLACSO. Por eso llego intelectualmente bien pertrechado a Harvard, conociendo a fondo la literatura norteamericana y sabiendo de sus puntos débiles y todas sus flaquezas, ¿recordarás la experiencia del año 1969 en Michigan, ¿no?

A. M. *Sí, a tomar el curso de metodología, que te decían que loque te faltaba era eso.*

A. B. Sí. Entonces, empiezo mis estudios doctorales poseyendo una formación teórica muy sólida (que no tenían todos mis compañeros de promoción). Conocía al dedillo las teorías del *mainstream* de la sociología y la ciencia política y también sus más sofisticadas metodologías. Y si en Harvard no me «lavaron el cerebro» y me convirtieron, como hicieron por ejemplo con José Serra en Cornell y tantos otros, fue porque contaba con una cierta experiencia política, una muy sólida formación en ciencias sociales, un espíritu crítico bastante desarrollado ya desde muy joven y también por mi testarudez. Pese a mis limitaciones había sido testigo de realidades muy movilizadoras. Por ejemplo, mi experiencia en una escuela primaria poli clasista que me ofreció mi primer contacto con la realidad de la lucha de clases, tal como ya te conté. Con ese capital intelectual era muy poco probable que un profesor de Harvard, o de Chicago o del MIT me «vendiese» un análisis de América Latina sin hablar del imperialismo, del colonialismo interno, de la lucha de clases. Y además el vivir con cierta cercanía la realidad de los afroamericanos –me acuerdo del libro pionero de Gunnar Myrdal (*An American Dilemma: the negro problem and modern democracy*) que desgraciadamente

tuvo poca difusión en Latinoamérica– todo eso fue enriqueciendo y complejizando mi comprensión de la realidad social. Esto se acentuó a medida que me iba enterando de los horrorosos legados racistas de la esclavitud que hacían que, por ejemplo, en algunos Estados del sur, aún en la década los cincuenta, un policía negro no pudiera esposar a un blanco, aunque fuese sorprendido *in fraganti* cometiendo un delito, para decir lo menos grave. Por eso, al tomar un seminario con Samuel Huntington yo, a diferencia de mis compañeras y compañeros, ya había leído toda su obra y podía criticarla con fundamento. Me acuerdo que en la primera sesión de su seminario nos pregunta de sopetón: «¿cuál va a ser el tema de su *term paper*?» ¡Era apenas la primera clase y ya nos decía que teníamos que tener claramente pensado nuestro *paper* final! Me tomó por sorpresa, con la guardia baja y apenas atiné a responder: «un examen de la lucha de clases en Chile en los años de Allende». Me miró fijo y me dijo «usted asume la lucha de clases como un *apriori* y eso, en cambio, tendría que ser el resultado de su investigación. Primero demuéstreme que hay lucha de clases en Chile, ¿por qué tendría que aceptar el apriorismo de que hay algo que tal vez no existe sino como un prejuicio del observador? No digo que no haya conflictos, pero, deben necesariamente ser de clase, ¿cuál es su evidencia para demostrarla?» [risas]. Era una pregunta complicada, tremenda «usted ya hace pasar como un resultado de su investigación lo que sólo es una premisa teórica de su análisis; lo que tiene que hacer es demostrar que esa premisa tiene sustento empírico, pero, por favor, demuéstremela con hechos», «dígalo con números», con datos duros. Yo respondí: «bueno, yo puedo partir de esa premisa o puedo partir de otra más convencional, que en lugar de postular la existencia de la lucha de clases, lo que hay es la armonía social, como lo ha planteado un profesor de esta universidad, Talcott Parsons. Pero eso también habría que demostrarlo y yo lo que veo es que en general en los enfoques convencionales de las ciencias políticas esta premisa […]».

A. M. *La del conflicto es la excepción.*

A. B. «Esta premisa, la de armonía social no requiere pruebas, es aceptada como un «dato duro», en cambio, la alternativa, la del conflicto, sí que requiere pruebas. Esto me parece un tributo a una cierta ideología conservadora».

A. M. *¿Y entonces?*

A. B. Y nada, a Huntington no le gustó mi respuesta y mi *paper*, pero lo aceptó; era un conservador, pero se bancaba el disenso. Era muy tímido, se ponía colorado, por ejemplo, cuando los estudiantes le cuestionaban alguna opinión. Yo era muy respetuoso con él; marcaba mis diferencias, pero sin atacarlo por su fatídico papel en la Guerra de Vietnam. Cuando se produjo el golpe de Chile le pedí ayuda para sacar algunos chilenos retenidos por la dictadura armando esos eventos académicos «truchos» y siempre me la concedió. Por ejemplo, firmar junto con alguien más una carta avalando con su prestigio la invitación a un fantasmagórico seminario concebido para sacar a gente de Chile. En suma: yo resistí por eso, por la seriedad de mi formación y mis intervenciones en los diversos cursos de Harvard en donde demostré que no dejaría que me quebraran la mano, metafóricamente hablando, por supuesto.

A. M. *Harvard era una instancia importante a nivel formativo en ese momento también…*

A. B. En ese momento y hasta el advenimiento de Reagan (asume en enero de 1981) era de lejos el mejor Departamento de Ciencia Política que había en Estados Unidos, superior a Yale, Stanford, Princeton, Chicago, Johns Hopkins. Porque tenía gran un abanico de profesores, aunque muchos de ellos muy conservadores como Huntington. Había un joven cubano-americano, Jorge Domínguez, discípulo de Huntingon, estaba también en Harvard en esos años. Crítico de la Revolución, pero sin caer en la locura de la mafia miamera. Estaba nada menos que Stanley Hoffmann; se acababa de ir Henry Kissinger (yo heredé por un año la oficina

su ayudante de investigación), seguía nada menos que Talcott Parsons, y yo me di el lujo de tomar el último curso que hizo el viejo, habló sobre el tema de religión y sociedad, muy abatido por el reciente suicidio de su hija. Se debe cuestionar sin duda a Parsons y su modelo teórico, pero tenía una cabeza privilegiada y una cultura general poco usual entre los académicos más convencionales. Pero también tenías a un marxista como John Womack el gran historiador sobre México; a un socialdemócrata austríaco como Karl W. Deutsch; a un pensador excepcional como Barrington Moore, implacable crítico de las democracias liberales y el capitalismo. En la vereda de enfrente estaban Carl Friedrich en Teoría Política, pero también a Louis Hartz, un liberal político, no uno de esos «liberistas», que reducen el liberalismo al libre juego de los mercados, y que escribió un gran libro: *The liberal tradition in America.* A los anteriores debías sumar Joseph Nye, Harvey Mansfield. Gino Germani, Seymour M. Lipset, un gran economista e historiador ruso como Alexander Gerschenkron; otro como David Landes y Stephen Krasner; y además en Filosofía tenías tipos de lujo como John Rawls y Robert Nozick, y fuera de Harvard tomaba cursos con un crítico del capitalismo como Hayward Alker, que enseñaba en el MIT, a unas pocas cuadras de Harvard Square. Harvard era un ramillete de lo mejor del pensamiento norteamericano con algunos tipos de izquierda muy importantes, una izquierda no comunista porque ser comunista en Estados Unidos te llevaba sin escalas a la comisaría o a la vigilancia del FBI. Socialista podías ser; marxista ya era más complicado; pero comunista era traición a la patria y eras visto como un infame esbirro de la Unión Soviética.

A. M. *Pero era una carta a favor Harvard, ¿no? Digo, no era tan fácil rebatirte en términos académicos viniendo de ahí.*

A. B. Seguro y, además, tuve profesores que influenciaron en mi formación. El ya mencionado Gerschenkron, que escribió un par de libros extraordinarios, uno de los cuales se llama *Bread and democracy in Germany* que demuestra los fundamentos económicos del nazismo en Alemania, una especie de marxista a la

monsieur Jordain (ese personaje de Moliére que hablaba en prosa sin saberlo), y que fulminaba con sus dardos a los economistas liberales, neoclásicos y monetaristas. Yo, por otro lado, estaba muy atento a lo que pasaba en el mundo: seguía día a día la Guerra de Vietnam, las políticas de Washington hacia Allende y luego su apoyo al golpe. Recuerdo que llegaba a casa y me veía los dos noticieros centrales de las principales cadenas: la CBS con Walter Cronkite y la NBC con John Chancellor.

¿Cómo no ibas a indignarte, ante las atrocidades del imperialismo y su naturaleza inhumana, cuando ves cómo sacrifican a sus propios muchachos, enganchados en el servicio militar obligatorio (*draft)* del cual sólo se salvaban los ricos, como Bush hijo o Donald Trump? Por otra parte, el clima ideológico en Cambridge, Massachusetts, no podía ser más estimulante. Porque aparte de lo que había en Harvard en el MIT brillaba ese poderoso faro intelectual que era, y es, Noam Chomsky. No pude tomar cursos con él, pero su influencia se sentía por doquier. Poco después todo ese mundo pródigo en ideas en pugna fue arrasado por la contrarrevolución neoconservadora de los ochentas, cuando llega Reagan a la Casa Blanca. El trauma de Vietnam, con imágenes inolvidables de los funcionarios de la Embajada y sus colaboracionistas locales huyendo como ratas en grandes helicópteros del techo de la Embajada de Estados Unidos en Saigón quedó impreso con caracteres indelebles en mi mente y en la de millones de estadounidenses. Con Reagan ese clima abierto que imperaba en Harvard –abierto *ma non troppo,* por supuesto– se cierra casi por completo. Con él vino una verdadera contrarrevolución no sólo económica, sino también cultural, plantando malignas semillas que germinaron con notable fuerza en los años de Donald Trump.[35]

[35] Y que se comprobó en Junio de este año cuando la Corte Suprema derogó el derecho al aborto, que había sido aprobado medio siglo antes. No es un dato menor que Donald Trump fue el único presidente en la historia de EEUU que pudo proponer tres jueces a la Corte Suprema, todos ellos profundamente conservadores.

A. M. *Todos estos años transitados, además, son años muy álgidos con la continuidad de la Guerra Fría. ¿Cómo recordás este aspecto?*

A. B. Se vivía con mucha intensidad la contradicción entre Estados Unidos y la Unión Soviética, eso era parte de la vida cotidiana. La guerra de Vietnam y el retroceso que a diario experimentaba Washington en la misma exacerbaron aún más los ánimos. Harvard tenía un magnífico *Russian Research Center* (allí estaban las oficinas Barrington Moore) y el MIT, donde también tomé algunos cursos porque su departamento de Ciencia Política y el *Center for International Studies* del MIT eran casi sucursales de la CIA, el Consejo de Seguridad Nacional y el Pentágono, o al menos una avanzada de esas agencias en el mundo académico con profundas ramificaciones en los medios dominantes. Muchos de los profesores del MIT y de Harvard, más los primeros que los segundos, tenían jugosos contratos con aquellas agencias para realizar tareas de inteligencia y espionaje para la CIA, el Pentágono, el Consejo de Seguridad Nacional y otros organismos federales de la llamada «comunidad de inteligencia». A menudo aparecían personajes exóticos de países del Este, presentados como supuestos académicos que venían a actualizarse; pero en realidad eran activistas que luchaban contra la Unión Soviética y los gobiernos de Europa Oriental, gentes reclutadas para los proyectos de «activación de la sociedad civil» y formación de líderes de la Casa Blanca. A diferencia de Harvard, en el MIT el macartismo estaba a *full;* eran rabiosamente anti soviéticos, fanáticos soldados de la Guerra Fría que veían con malos ojos lo de Allende en Chile, ni te digo lo de Cuba. Tal vez como reacción al macartismo de la UCA, yo tenía una visión más positiva de la Unión Soviética de la que tenían otros sectores de la izquierda en diversos países de Latinoamérica. Sabemos que la historia soviética no está libre de pecados, pero, ¿qué país lo está? ¿Inglaterra, Francia, Estados Unidos, Alemania, cuál? algunos de ellos perpetrando crímenes monstruosos durante siglos. En algunos partidos el procesamiento de esos horrores,

sobre todo los del estalinismo, fue muy traumático y en no pocos casos condujo a una postura política errónea: de la justa condena a los crímenes de Stalin se pasó a declarar la imposibilidad del socialismo y, a renglón seguido, la resignación ante un capitalismo concebido, sin que se lo expresara abiertamente, como «el fin de la historia». Un veredicto sesgado, reñido con la complejidad del proceso histórico, y groseramente unilateral: sólo se contabilizaron los yerros y horrores de la URSS sin tomar en cuenta ninguno de sus muchos aciertos y de la contribución que la Unión Soviética hizo a la causa de la libertad en el mundo. Pensemos nomás en la derrota del nazismo, para comenzar.

A. M. *¿A qué se debió para vos?*

A. B. A que perdieron de vista la perspectiva histórica y el marco internacional. Con tales falencias no podés entender el fenómeno soviético y la deformación de su proyecto revolucionario; tampoco podés explicarte el surgimiento y la consolidación de Stalin o comprender la derrota de Trotsky. Por suerte hace ya unos años apareció el libro de Doménico Losurdo que, a mi modo de ver, clausura el debate[36]. Libro notable porque te demuestra que en los años de la Segunda Guerra Mundial el georgiano era alabado por muchos gobernantes, políticos y comentaristas como un gran estadista. Las citas que aporta Losurdo son impresionantes al respecto. Pero luego, con la Guerra Fría y conocido el «Informe Secreto» de Nikita Jrushchov al XX Congreso del PCUS en 1956, el personaje comienza a ser víctima de una feroz campaña de demonización que instaura, con la Guerra Fría, el personaje comienza a ser víctima de una feroz campaña de demonización que entroniza una leyenda negra, sobre la base de hechos ciertos, sin duda, como los procesos de Moscú y los costos humanos de la colectivización forzada de la agricultura y la industrialización soviéticas. Pero ¿y la Guerra Civil en Estados Unidos fue un paseo? Las atrocidades perpetradas

[36] Stalin. *Storia e critica di una legenda nera*, Carocci Editore, Roma, 2008.

por ambos bandos no le van en zaga a las cometidas por Stalin. Por otra parte, las farsas judiciales que hubo en Estados Unidos, desde las de Sacco y Vanzetti hasta las de Julius y Ethel Rosenberg, ejecutados como traidores en junio de 1953, ¿no guardan ciertos sombríos paralelismos con los juicios de Moscú? ¿Y en nuestros días, el juicio a Saddam Hussein, fue muy diferente? ¿Y la Tercera República Francesa, fundada sobre la masacre de decenas de miles de comuneros parisinos, qué fue? ¿Y qué decir de los horrores del tráfico negrero y el colonialismo inglés, francés, holandés, belga en Latinoamérica, el Caribe, África y Asia? Y las dos bombas atómicas arrojadas en Japón, ¿pueden ser interpretadas como actos de «intervencionismo humanitario» o son horrendos crímenes de lesa humanidad? Losurdo trata de explicar ese cambiante juicio sobre la figura de Stalin desde una perspectiva histórica e internacional porque de lo contrario, enfocándote sólo en los procesos internos de la Unión Soviética se torna muy difícil interpretar correctamente lo ocurrido. No eran procesos que tenían lugar en un país que gozaba de la paz y la serenidad de Suiza o Luxemburg, sino que se producían en medio de unos ataques brutales lanzado por las potencias que se autoproclamaban representantes de la civilización «occidental y cristiana». Ignorar los datos del marco histórico e internacional conduce inevitablemente a errores de apreciación. Esto es lo que le ocurre a los sectores trotskistas o ultraizquierdistas de América Latina en relación con fenómenos como el chavismo o la Revolución cubana, combatidos a muerte por Washington ante la indiferencia de aquellos. Desde esa doble perspectiva, histórica e internacional, se llega a un veredicto más balanceado del derrotero de la Revolución rusa, y creo que esa visión de Losurdo sigue siendo correcta hoy a la luz de todo lo que pasó después, una vez que la URSS se desintegró. Además, hay que recordar que cuando triunfó la revolución de octubre ejércitos de una veintena de países «occidentales y democráticos» invadieron a Rusia y la devastaron, convirtiendo a la guerra civil contrarrevolucionaria en una despiadada aventura internacional de saqueo y destrucción,

algo que se repetiría después con la Segunda Guerra Mundial. Sin justificar ni avalar para nada, a libro cerrado, la actuación de Stalin y sus crímenes me parece que sería necesario resaltar también el carácter positivo que la Unión Soviética desempeñó en la lucha de liberación de los países del Tercer Mundo. No se nos puede escapar un dato tan grueso como que Vietnam difícilmente hubiera podido derrotar a Estados Unidos sin la sigilosa pero eficaz ayuda de la Unión Soviética, y para mí eso inclina el fiel de la balanza en una dirección contraria a la convencional.

A. M. ¿Y *cuál era tu posición sobre el proceso de la Unión Soviética?*

A. B. Yo siempre tuve una caracterización positiva de la Revolución rusa, consciente de su tremendo significado «histórico-universal», como diría Hegel. De ahí mi admiración por su contribución a la idea de emancipación humana (aunque no se hubiera materializado como se esperaba en la URSS) y por el tremendo sacrificio que su pueblo tuvo que hacer para derrotar al nazismo. Mucho me ayudó a entender a esa revolución y a su pueblo un maestro como Barrington Moore, allá en Harvard. Él era descendiente de una riquísima familia de navieros estadounidenses, pero claramente una figura excéntrica a su clase. Un historiador minucioso y una mente brillante, Moore era una especie de socialista Fabiano y siempre aconsejaba mucha prudencia a la hora de juzgar a los procesos revolucionarios porque por más que a veces provoquen grandes decepciones o sufran o aberrantes distorsiones (y él era muy crítico del estalinismo) esos procesos siempre dejan huellas profundas en la historia que sólo el tiempo permitirá juzgar definitivamente. No sé si estuviste en una conferencia que pronuncié hace un tiempo en la que hablé de la Revolución francesa y el periodo posterior, «el terror», que no fue sólo la guillotina, sino el doloroso parto de un conjunto de procesos que desembocarían en la creación de una nueva estatalidad que hoy es admirada en todo el mundo. Esa reflexión se inspira en los análisis de Moore. Recuerdo que él siempre nos

decía en su seminario: «todo el mundo elogia y celebra a la Revolución francesa, pero hay que recordar que aparte de muchas cosas buenas allí se inventó la guillotina». Es cierto, recordamos aquello de «Libertad, Igualdad y Fraternidad» pero nos olvidamos que para que esta consigna sobreviviera fue necesario acabar con los agentes sociales del *Ancien Règime*, sea por la vía de la expropiación de sus bienes y el destierro o, lamentablemente, mediante su eliminación física. Pero pocos hoy recuerdan esos «excesos» producidos por el fervor revolucionario. Moore decía que las auténticas revoluciones se caracterizan porque producen una discontinuidad, un corte, una «ruptura revolucionaria con el pasado» (*a revolutionary break with the past)* y esa es una enseñanza que jamás olvidaré. Eso lo escribió en su clásico *Orígenes Sociales de la Dictadura y la Democracia* y además no dejó de recordármelo mientras redactaba mi tesis doctoral.

Esta concepción teórica de Moore me ofreció una clave para entender la frustración de las democracias en Latinoamérica (y el Tercer Mundo en general) donde se intentó construir algo nuevo –una sociedad democrática con justicia social sin producir una ruptura radical con el pasado que neutralizara o debilitara irreparablemente el poder económico, político y cultural que reposaba en manos de las clases dominantes del antiguo régimen–. La Revolución francesa apeló a la guillotina, al destierro y a la confiscación de tierras para fundar ese nuevo orden que hoy todo el mundo elogia. La Wikipedia, por ejemplo, informa que, desde enero de 1793, durante el periodo del Terror (junio 1793-julio 1794) unas 17.000 personas fueron decapitadas por esa máquina, incluyendo al rey Luis XVI y la reina María Antonieta[37]. Pero ¿quién se acuerda hoy de esos crímenes? En cambio, la Revolución francesa y sus logros –contradictorios, porque basta con recordar que sus bellos principios fueron pisoteados por la propia Francia cuando quienes los enarbolaron eran los esclavos

[37] Datos sobre Francia en: https://www.muyhistoria.es/curiosidades/preguntasrespuestas/icuantas-cabezas-rodaron-durante-el-periodo-llamado-del-terror

africanos de Haití– han sobrevivido al paso del tiempo y son enaltecidos y celebrados universalmente. Injustamente, porque se ocultan los horrores que Napoleón y los gobiernos franceses sucesores perpetraron en Haití mientras entonaban eufóricos La Marsellesa. Entonces que haya habido una deformación burocrática, o una fase de terror en la Rusia estalinista es indiscutible e injustificable. Pero ¿dónde están los procesos de cambio que transcurrieron como en un inocente juego de niños en un jardín de infantes? Todos consideran la abolición de la esclavitud en Estados Unidos como un hito civilizatorio. Pero ¿cómo ignorar los centenares de miles que murieron en tantas batallas; ¿y los saqueos y tropelías de la soldadesca de uno y otro bando, la destrucción de las propiedades, la violación de miles de mujeres, las torturas a los detenidos[38]? O el hecho de que Lincoln pagara con su vida haberse empeñado en poner fin a la lacra de la esclavitud. En un cierto sentido, ¿no equivale el asesinato de Lincoln a la decapitación de Luis XVI? Y, agregaría, el de León Trotsky en México, ¿no pertenece a esta misma familia de aberraciones sociopolíticas? Y fíjate que todavía hoy los legados de la esclavitud están crepitando, vivos, ardientes, en el subsuelo de la sociedad americana. Mientras revisaba esta desgravación irrumpió en la vida social y política de Estados Unidos nada menos que ¡el «*Black lives matter*!» prueba de lo que te venía diciendo. Tanto es así que, bajo Trump, un supremacista «asintomático», esos resabios de la época de la esclavitud asomaron a la superficie con gran fuerza. ¿Qué hubiera pasado con la esclavitud si no se hubiese aplastado la resistencia de los esclavistas? ¿Habrían bastado las virtudes del diálogo para acabar con la esclavitud? ¿Y qué decir de Inglaterra, cuyo siglo XVII, fue una sucesión de brutales guerras intestinas? Un siglo de una violencia inusitada, cuyos hitos centrales fueron la decapitación de Carlos I y la Guerra Civil, acontecimientos que tiñeron las sombrías teorizaciones

[38] Sobre las víctimas de la Guerra Civil ver: https://www.history.com news/american-civil-war-deaths#:~:text=For%20more%20than%20a%20century,-deaths%20and%20258%2C000%20Confederate%20deaths.

de Hobbes sobre la política y el Estado. Sólo cuando se concreta la victoria del Parlamento sobre la Monarquía en la llamada «Revolución Gloriosa» de 1688 tiene lugar la definitiva liquidación del absolutismo dinástico, pero nadie recuerda las atrocidades que la precedieron. Y en su ignorancia, o en su conservadurismo, hoy los politólogos hablan del «modelo de la democracia de Westminster o Churchilliana» olvidándose del violento trabajo de parto que precedió su nacimiento y de las atrocidades del colonialismo inglés, dentro de las propias islas británicas (contra Irlanda, Escocia y Gales) como en el resto del mundo.

Por otra parte, ¿no hay acaso terrorismo de estado a diario en este mundo, y supuestamente en democracia? ¿Cómo calificar lo que ocurre en el narco-estado colombiano, cuyas fuerzas paramilitares o parapoliciales, o mercenarios contratados, asesinan a diario a líderes sociales; o con el gobierno de Sebastián Piñera disparándoles a los ojos a los manifestantes; o al imperio del paramilitarismo de Jair Bolsonaro en las favelas cariocas y paulistas? ¿Y las dictaduras militares de los setentas qué fueron? ¿Y el supuesto advenimiento de la «democracia» en Irak y Libia, por parte de Estados Unidos y sus aliados, qué cosa es? ¿Y el genocidio constante que practica el Estado de Israel en los territorios ocupados cómo se llama? ¿Podemos hablar de «democracias» en todos estos casos?

Pero volviendo al tema de la Revolución rusa siempre mantuve una actitud que jamás pudo ser tildada de anti soviética, nunca, ni siquiera cuando yo navegaba en las revueltas aguas de la democracia cristiana y el peronismo. A las convicciones propias que se fueron asentando y madurando con el paso del tiempo –con mis estudios y mi propia visita a la Unión Soviética– se le agregan las que me ofrecieron muchas otras gentes, y en especial, en México, por mi cercanía y mi amistad con don Adolfo Sánchez Vázquez. Él era comunista de Partido, del Partido Español e, indirectamente, del Partido Mexicano y hablábamos mucho de la Unión Soviética y me decía «que al hacer una evaluación histórica de una revolución es preciso examinar en profundidad las características de

los dos bandos en lucha, tienes que ver quién es el enemigo que encarna la oposición o, directamente, la contrarrevolución. Por eso si en los años 1940, 1950 me decían que había un *gulag* en la Unión Soviética yo no les creía –decía don Adolfo– no les podía creer porque sabía que enfrente tenía a los criminales nazis y los imperialistas americanos, mancomunados en su proyecto de desacreditar a la Revolución rusa. Pero claro, mucho tiempo después nos dimos cuenta que aquello había existido y que fue una tragedia, pero aun así esto no le quita a la Unión Soviética el papel extraordinario que desempeñó en la historia al ser el actor fundamental de la derrota del nazismo (pese a que la opinión pública mundial, «formateada» por Hollywood y el monopolio informativo de Estados Unidos, piense que quien acabó con Hitler y el nazismo fue Estados Unidos), al favorecer la descolonización de África y Asia y al convertir al país más atrasado de Europa en una potencia tecnológica y militar, enviando el primer satélite artificial tripulado por un hombre al espacio».

En relación a esto te cuento que acabo de leer muy cuidadosamente un libro sobre los cien años de la Revolución rusa, y el capítulo de Álvaro García Linera sobre el tema[39]. Y debo decirte que no concuerdo del todo con su planteamiento. Ojo, te estoy hablando de un amigo y, además, de un brillante intelectual marxista, y de una persona entrañable, altruista y solidaria como pocas. Alguien, además, que tiene un gran manejo de las categorías teóricas del marxismo, pero en su análisis concreto en el caso de la Revolución rusa, me atrevería a decir que extrae conclusiones equivocadas. Esto lo reescribo ahora, después del golpe de noviembre 2019 en Bolivia y no puedo dejar de pensar que mucho de lo que ocurrió en ese país tiene como una de sus causas el errado diagnóstico de la coyuntura sociopolítica local y el marco geopolítico más amplio en el cual está inmersa Bolivia.

[39] Juan Andrade y Fernando Hernández Sánchez (ed.), *1917: La Revolución rusa cien años después*, Mardid, Akal, 2017.

Diría, modestamente, que hubo una cierta dificultad en la aplicación de las categorías teóricas del marxismo en el espeso barro de la historia, donde todo se vuelve más opaco, impenetrable e inaprehensible.

A. M. *¿Cuál es ese posicionamiento que no compartís?*

A. B. Me sorprendió que, en ese extenso trabajo de Álvaro, deunas setenta u ochenta páginas no hubiera ni una sola referencia a los procesos en curso en América Latina, del cual él, al momento de escribir esa nota, era uno de sus principales protagonistas. Vos seguramente viste el artículo que escribí para *Cuadernos Marxistas* en donde planteo siete tesis –desde y sobre América Latina– acercade la reforma y la revolución en nuestros países[40]. Y tomo muy en cuenta lo ocurrido con la Revolución rusa. Del texto de Álvaro, en cambio, no se infiere ninguna enseñanza para América Latina del proceso revolucionario ruso. Lo que plantea es que esa revolución «fracasó de manera estrepitosa», y nada más; y, segundo, permea en su ensayo una especie de «anti estatismo» un tanto *naìve*. Creo que lo hace a partir de una premisa válida como es la revalorización del impulso plebeyo (que es lo que él siempre ha marcado correctamente) pero en este escrito lo hace a costa de subestimar elpapel decisivo del Estado como la instancia en donde se anudanlos distintos proyectos en conflicto y donde se dirime el resultado final de la lucha de clases y de la sobrevivencia internacional de la revolución. En su trabajo hay una premisa teórica que lo recorre decabo a rabo y es que el Estado se opone al comunismo, que aquel es un obstáculo que impide su realización. Al final se acerca un poco más a una lectura leninista del asunto y reconoce que el Estado es necesario para la transición. Pero si la transición es el camino,no puedes avanzar en él sea prescindiendo del Estado –entendido como una condensación de las relaciones de fuerza que existen en una sociedad y como la ins-

[40] «Revolución rusa, logros, derrotas y fracasos. Algunas lecciones para América Latina", en *Cuadernos Marxistas*, n.º 13, Buenos Aires, CEFMA, noviembre 2017.

titución que detenta el monopolio legítimo de la violencia– o si no concibiéndolo como un enemigo del proceso de construcción del socialismo. ¡Todo lo contrario!: no hay construcción posible al margen del protagonismo de las masas y el Estado. Me arriesgaría a sintetizarlo en una fórmula: Socialismo = Masas + Estado. Sin estos dos componentes no hay construcción socialista. Ahora bien: otra cosa es lo que debe ocurrir con el Estado una vez que se haya instaurado una civilización, no sólo una economía o una sociedad, sino una civilización «comunista». Sabemos por los clásicos del marxismo que al desaparecer las clases sociales el Estado se extingue. Pero algo debe reemplazarlo, que no será lo mismo porque no se asentará sobre la explotación de una clase sobre las demás. Pero pensar, en un mundo hípermilitarizado como el actual, con un imperio en declinación cada vez más agresivo y criminal, pueda haber una sociedad avanzada, inclusive comunista, sin algo que reemplace al Estado para garantizar el acceso a los derechos humanos fundamentales y los bienes públicos, y para evitar la re mercantilización de estos ante tentativas restauradoras, me parece una peligrosa ilusión. Hay varios pasajes en la obra del último Engels que abordan esta crucial temática.

Y el veredicto final de García Linera: un «fracaso estrepitoso», me produjo una sorpresa mayúscula porque una revolución que primero triunfó contra la conspiración de todos los grandes poderes de Occidente, aparte de las resistencias de la contrarrevolución; segundo, que fue el baluarte de la lucha contra el fascismo a nivel mundial y el factor decisivo de su derrota en la Segunda Guerra Mundial; tercero, que sacó al país más atrasado de Europa y lo puso a la cabeza del pensamiento científico, el desarrollo tecnológico, que ganó una carrera espacial; en cuarto lugar, que garantizó salud, educación, vivienda y acceso a la cultura para todos; quinto, que tuvo la capacidad de servir durante setenta años de punto de apoyo a todos los procesos de descolonización de África, Asia y América Latina, ¿cómo hablar de un «fracaso estrepitoso »? Obviamente que no fue una revolución «químicamente pura», como me gusta decir pero no conozco

ninguna que lo sea porque como creaciones socio históricas todas tienen conflictos internos, disputas por el poder, sectarismo, exclusiones y errores, en algunos casos mayúsculos. Y no hay que olvidar que al igual que en un partido de fútbol el rival también juega. No se trata, de ninguna manera, de barrer bajo la alfombra los problemas que suscitó la experiencia soviética y la degeneración del proceso revolucionario. Pero creo que es preciso tener un punto de vista más equilibrado, mirar a aquellos dos bandos en lucha, de los que hablaba Sánchez Vázquez y, me parece, pensar más en la «derrota» que en el «fracaso» del proyecto revolucionario ruso, sin ignorar sus gravísimas contradicciones internas y el carácter endógeno de muchas de sus deformaciones. No conozco ninguna revolución sin su «lado oscuro». Pensar sólo en los logros, que pueden haber terminado en un fracaso o no, significa que uno renuncia a pensar a la historia como un proceso dialéctico de contradicciones. Por las mismas razones me resisto a hablar del «fracaso» del gobierno de la Unidad Popular con Salvador Allende: no fracasó, ¡fue derrotado!, algo completamente distinto. En la Unión Soviética la derrota fue de otro tipo y el paso del tiempo potenció las peores tendencias que se agitaban en la conducción de la revolución, mismas que, a la postre, provocaron el catastrófico derrumbe del experimento. Pero, ¿cómo olvidar los setenta años de acoso a que fue sometida por las potencias «democráticas» de Occidente?

Pensando un poco sobre el aquí y ahora: imagínate vos ¡un mundo con Trump (o Biden, que en lo tocante a la relación con Rusia o China es aún peor) ¡sin Rusia y China como contrapesos a las desenfrenadas ambiciones del imperio! ¡Sería una pesadilla, terrible, una tiranía mundial! Esto dicho sin querer avalar, a libro cerrado, las complejas experiencias en curso en Rusia y China. Esto sin subestimar las diferencias entre un país capitalista como Rusia y el gigante asiático, en donde el capitalismo está sometido alos imperativos emanados del Estado controlado por el Partido

Comunista[41]. Pero si pensamos bien las cosas la conclusión a la quellegamos es que nuestra época ha sido afortunada al ser testigo de la emergencia de dos contrapoderes que pueden erigir límites a la insaciable voracidad del imperio y su «plan de dominación mundial», como lo denunciara Noam Chomsky hace ya décadas. La forma como se resuelva la crisis en Ucrania nos permitirá formularconclusiones más precisas sobre este asunto.

A. M. *Y dentro de esa lectura* ¿cómo *ubicás la figura de Stalin?*

A. B. Primero es preciso asumirlo como parte de nuestra historia. Y cuando digo «nuestra» incluyo a los comunistas, pero también al amplio espectro de la izquierda que se encolumnó detrás de Stalin en la gran batalla contra el nazismo. Stalin es producto del movimiento comunista internacional y por lo tanto hay que hacerse cargo de esos horrores, pero sin que esto nos lleve a desconocer algunos de sus aciertos. No exculparlo de los primeros, no negar sus crímenes y las tragedias perpetradas para mantenerse en el poder, pero debemos entenderlas –si somos fieles a las enseñanzas del marxismo– en el contexto de una totalidad y del torbellino de acontecimientos que signa todas las revoluciones. Sólo espíritus patológicamente candorosos pueden pensar que una revolución como la rusa (o cualquier otra) puede transcurrir con modales cortesanos y bailando el minué como hacían en la Corte de Versalles en vísperas de la Revolución francesa. Inevitablemente son procesos duros, complicados,

[41] Tema complejísimo este, pero de imprescindible clarificación, aunque sea telegráfica. Porque una cosa es el capitalismo al estilo occidental, en donde es la clase dominante la que controla y maneja al Estado y sus gobernantes casi a su antojo, y otra muy distinta la situación en China, en donde la burguesía tiene que permanentemente negociar sus condiciones de reproducción con el Partido Comunista, y en donde las exigencias empresariales están subalternadas con la lógica estatal. En este caso, es el Estado quien manda, mientras que en Estados Unidos es exactamente al revés. Y Rusia es un caso híbrido, sobre todo, durante la era de Vladimir Putin.

violentos; llenos de traiciones, trampas y conspiraciones porque la reacción jamás cede el poder si no se lo arrebata por la fuerza y En el bando revolucionario, a su vez, anidan ambiciones insaciables, envidias y una permanente lucha por el poder. Ocurrió en la larga batalla entre el Parlamento y la Monarquía absoluta en el siglo XVII inglés, que culminó con la decapitación de Carlos I en 1649; y también en la abolición de la esclavitud, guerra civil mediante, en Estados Unidos. Por algo Marx y Engels hablaban de la violencia como la partera de la historia.

Stalin fue un personaje menor desde el punto de vista intelectual, por comparación con Lenin o Trotsky. Pero no era tan ignorante o rústico como, con infinita arrogancia, sentencian los pigmeos que, apoltronados en sus cátedras, o acodados en sus mesas de café, se calzan la toga de implacables detractores o de ¡doctores del marxismo!». Su famoso texto sobre la cuestión nacional (*El marxismo y la cuestión nacional)* escrito cuando era un exiliado más en Viena, en 1913, fue considerado por los bolcheviques como una significativa contribución al problema que planteaba el rompecabezas de naciones y culturas comprendidas bajo el imperio Zarista y sus adyacencias. Si bien hubo un momento en que se discutió su autoría (algunos llegaron a decir que el texto se lo habían dictado Lenin y Bujarin) luego se demostró que tal insinuación era una infamia. Stalin era un hombre consciente que no estaba a la altura – intelectualmente hablando– de Lenin, Trotsky y Bujarin. De joven fue seminarista en Tiflis y sobresalió como uno de los mejores de su clase. Intelectualmente estaba bien dotado, e inclusive escribía muy bien en georgiano, su lengua natal. Por eso hablaba el ruso con un acento un tanto chocante para los puristas, no así para el pueblo raso. Pero sin dudas tenía un talento político notable que le permitió conservar el poder en la vorágine de la revolución durante décadas. Como te decía la leyenda negra sobre Stalin fue liquidada con la aparición del libro de Doménico Losurdo que te mencioné: *Stalin. Historia y crítica de una leyenda negra.* Ahí demuestra la valoración que figuras como Churchill y los principales asesores de Roosevelt

tenían del cuidado, la inteligencia y la visión estratégica de las que hizo gala Stalin para derrotar a Hitler y llegar a tomar Berlín. Aquellos analistas y asesores decían que ojalá pudieran encontrar en el presidente de Estados Unidos una actitud y una comprensión semejante sobre el tema de la guerra como la que tenían quienes colaboraban con Stalin.

Algo que a mí me llamó mucho la atención en la Unión Soviética, y que tiene que ver con la figura de Stalin merece ser contado. Me acuerdo que en mi viaje a ese país una tarde mis anfitriones me invitan a ir a un cine a ver no sé qué película rusa (para consumo de turistas, porque estaba subtitulada en inglés). Tal como se estilaba en aquella época, te estoy hablando del año 1979, en el cine se pasaba un noticiero antes de la película. Y de pronto, como en un *flash*, aparece la figura de Stalin. ¡Y el cine estalla en ovaciones y aplausos! Esto no me lo contó nadie, yo me quedé asombrado, además no fue un momento; no, habrán sido diez o quince segundos de ovación y aplausos. Es que para el común de la gente Stalin fue el victorioso mariscal de la Gran Guerra Patria. Para sintetizar: obvio que el estalinismo no es un modelo para imitar, entre otras cosas porque nada se puede imitar en política. Pero, haciendo un ejercicio pedagógico a la hora de elegir estilos de liderazgo prefiero Fidel, Mao u Ho Chi Minh a Stalin. Pero a este hay que situarlo en las circunstancias de su tiempo y en la larga historia de Rusia, en donde por siglos el despotismo político fue la norma. Los grandes personajes de su historia fueron Pedro el Grande, Catalina e Iván el Terrible. Stalin fue la actualización de esa tradición. Y, además, como notara Octavio Paz en *El Ogro Filantrópico* hay que tener en cuenta que Rusia -mitad europea y mitad asiática se salteó el siglo XVIII y no tuvo nada siquiera remotamente parecido a la Ilustración (con todo su cinismo, sus hipocresías y contradicciones), una tradición intelectual humanista crítica (Erasmo, Tomás Moro o Maquiavelo, Hume, los enciclopedistas y Kant) o una Reforma Protestante que, con Lutero, abrió las puertas a la libertad individual para interpretar nada menos que al mensaje bíblico. Tesis

estas desafiantes y necesarias –más allá de las erróneas inferencias que luego Paz extrae como claves para interpretar al mundo actual– pero que avalan su sentencia de que Rusia fue, hasta hace pocas décadas, una sociedad arcaica y antigua, y que es dentro de este gran fresco histórico como podremos tratar de comprender el surgimiento y consolidación del estalinismo14[42]. Una pregunta muy interesante para un marxista es la siguiente: ¿hubiera sobrevivido la Revolución rusa bajo la conducción de un gran intelectual, un notable organizador del Ejército Rojo –¡mérito extraordinario si los hay!–, pero no tan buen político como Trotsky? Tengo una anécdota interesante sobre este tema, ¿no te la conté?

A. M. *No, no me la contaste…*

A. B. En 1977, como máximo, el año 1978, estaba en México y viajo a Nueva York para asistir a un congreso (en aquella época podía entrar y salir de Estados Unidos sin problemas; ahora puedo entrar –tengo un comité de agencias del gobierno federal que me están esperando con impaciencia– pero me va a resultar muy difícil y costoso salir. Una vez en la *Big Apple* me encuentro con un amigo, empezamos a charlar y de repente me cuenta «che, acá vive uno de los viejos que era guardaespaldas de Trotsky, ¿querés conversar con él?» «Por supuesto, sí, sí», le dije al toque. Era un tipo muy corpulento y se veía que en sus años de joven debió haber sido un hombre de temer. Hablaba muy mal el inglés, pero igual dio como para que empezáramos a conversar, anécdotas más o menos conocidas. Los quilombos con Frida Kahlo, el atentado cuando ametrallaron su casa allá en Coyoacán que los tomó por sorpresa al igual que ocurrió con el asesinato. Nunca sospecharon de este tipo, (Ramón Mercader) que esto, que lo otro y después de un rato le pregunto, «dígame, ¿usted lo conoció también a Lenin?» «Sí, también conocí al *tovarich* Lenin». Emocionado hasta las lágrimas ante el hecho de estar conversando con alguien que a su vez colaboró con aquellos dos grandes revolucionarios, le pregunto:

[42] Octavio Paz, *El Ogro Filantrópico*, México: Joaquín Mortiz, 1979.

«cuénteme ¿cómo eran?, ¿cómo era Lenin? ¿cómo era Trotsky así, como personas?», Respuesta: «Mire, Lenin era muy distinto a Lev, otra clase de gente», me dice. «¿En qué sentido?», «Bueno, Lenin reunía a su gente, nos daba algunas órdenes y si la ocasión pintaba decía un discurso o nos daba una clase, y todos escuchábamos y entendíamos lo que estaba diciendo. El camarada Lenin era un hombre de una claridad extraordinaria». «¿Y el camarada Trotsky?», le pregunto yo, «Ah no, Lev era diferente: era un gran organizador, muy claro cuando nos daba órdenes sobre las cuestiones de seguridad, ¡pero cuando se entusiasmaba y pronunciaba un discurso casi nunca entendíamos lo que nos quería decir!». ¡Claro!: Trotsky era un enorme intelectual revolucionario europeo, un militante y podría haber sido un notable profesor en cualquiera de las grandes universidades del mundo. Además, tuvo la enorme virtud y la capacidad de organizar el Ejército Rojo, con instrucciones muy precisas, concretas, sencillas, fácilmente comprensibles. Pero carecía de la flexibilidad táctica y los atributos didácticos de Lenin, que también era también muy culto, pero más ruso que europeo, «ruso hasta la médula» para utilizar una expresión a la cual era muy afecto, y podía comunicarse sin problemas con el más humilde y analfabeto de los *mujiks* de su país. Trotsky, en cambio, era cosmopolita, con una cabeza privilegiada y una formación de primer nivel, pero fijate vos, este tipo, uno de sus guardaespaldas le entendía las órdenes «cierren esta retaguardia, ataquen por aquel frente, repliéguense en este otro», pero cuando pretendía darles un *speech* político no entendían casi nada.

Por eso es que si yo me pregunto qué hubiera pasado con Trotsky al frente de la Unión Soviética estaría inclinado a responder que la Unión Soviética habría sucumbido ante la invasión alemana, la «Operación Barbaroja» lanzada por Hitler. ¿Por qué? Porque Trotsky, pese a su marxismo, adhería a una visión idealizada del mundo, de la clase obrera y de los procesos históricos. Manda a su hijo a París a fundar la IV Internacional sin pensar que lo iban a matar; era elemental, debía saber que los estalinistas lo matarían. Un hombre cegado por su voluntarismo y con un ego-

centrismo exagerado, que le impedía, antes de octubre y después, y sobre todo en su destierro, leer adecuadamente las anfractuosidades de la coyuntura. Por eso es él quien ingresa al partido de Lenin, poco antes de octubre, y no al revés. Compartía con Lenin las prevenciones que suscitaba Stalin, pero sabiéndolo fue incapaz de contrarrestar sus planes. Intelectualmente, el ex seminarista de Tiflis no estaba a la par de Trotsky, pero era más astuto y tenía un sentido del tiempo finamente desarrollado; sabía cuándo atacar o retirarse, cuando hablar o callar. Trotsky, en cambio, tenía un solo registro y, como lo observara Maquiavelo, en política eso es fatal. Esto lo fundamentó teóricamente el florentino cuando decía que un político no podía ser sólo zorro o sólo león, sino que tenía que saber combinar la astucia del primero con la fuerza del segundo. En Trotsky no había correspondencia entre su notable nivel de análisis intelectual y el esquematismo de su conducta en el terreno político práctico. Describió con páginas indelebles al régimen nazi, pero jamás habría firmado el pacto Molotov-von Ribbentrop, que fue una maniobra genial de Stalin. ¿Qué habría hecho Trotsky? Conjeturo: salir a librar batalla contra el mejor ejército de Europa ni bien Hitler hubiese accedido al gobierno, y este habría acabado con la Unión Soviética en un par de meses. La estratagema de Stalin fue inteligente y audaz: ganó dos años que le permitieron reorganizar un ejército destrozado por la primera guerra mundial y derrotar a la *Wehrmacht*. Trotsky jamás habría hecho eso y la Revolución rusahabría sucumbido porque los nazis habrían llegado hasta Moscú caminando. O sea, esta imagen de Stalin como una figura rústica y brutal que han instalado la prensa de derecha y los troskos, tiene poco que ver con la realidad. ¿Qué fue un dictador? Sí, qué dudacabe. ¿Qué cometió crímenes horripilantes? Seguro. Pero ¿se agota allí nuestro análisis? ¿Cómo explicar que tuvo la habilidad para resolver la cuestión del poder en Rusia tras la muerte de Lenin, cargándose a Trotsky; a otro que era la gran promesa intelectual del partido, Bujarin; y toda la vieja guardia bolchevique? Lo hizo de modo imperdonable, esto hay que repetirlo sin cansancio. Todo, claro está, en medio de la

guerra civil, la hambruna, el ataque sin pausa de Occidente, los bloqueos, las provocaciones. No se puede subestimar a Stalin diciendo que era un tipo cuyo poder residía en que controlaba a la policía política; era mucho más que eso. Además, la liquidación física de sus adversarios dentro del partido, porlo que merece una irreparable condena, se dio mucho después que hubiera resuelto a su favor la cuestión de la sucesión. No es que se queda con el cargo y el poder soviético porque mató a sus enemigos; primero los derrotó políticamente y bastante después los exterminó lo cual, repito, es un crimen incalificable que arroja una mancha indeleble sobre la tradición comunista. Sintetizando, creo que hay que hacerse cargo de Stalin, con sus horrores y aberraciones, pero también de sus aciertos, empezando por habernos librado de la peste Nazi y haber hecho de una economía campesina atrasada una formidable potencia tecnológica y militar que se erigió un obstáculo formidable para Estados Unidos por mucho tiempo. No se puede sacar del balance estas cuestiones, así como la ayuda prestada al inicio de la Revolución china. Creo que hay que tomar en cuenta la totalidad del cuadro sociopolítico y militar del momento. ¿Sin la Unión Soviética se hubiera producido la revolución de Nasser en Egipto, pese a que luego traicionó a la Unión Soviética; o la descolonización de África y Asia, el ascenso al gobierno de Patrice Lumumba en el Congo (luego vilmente asesinado por belgas y estadounidenses), o el surgimiento de un Sukarno en Indonesia y, por supuesto, el triunfo de Mao y la Revolución china, la heroica resistencia de Vietnam, ¿cuestiones todas estas absolutamente fundamentales?

En síntesis: creo que esta multifacética apreciación de la Revolución rusa fue la que me abrió las puertas de los partidos comunistas de América Latina y sobre todo mi debate cuando se impuso la moda eurocomunista. Esta pegó muy fuerte en el exilio argentino en México e hizo estragos en el Partido Comunista mexicano. Yo la enfrenté con una postura muy crítica y con una lectura alternativa de Gramsci –en clave leninista que es la única posible– y una revalorización del legado de Lenin y mi exhorta-

ción desde la cátedra a estudiar su pensamiento y el derrotero de la Revolución rusa.Esta febril militancia en el debate teórico hizo que, para los partidos comunistas y una cierta izquierda, yo apareciera como un personaje sospechoso que venía de Harvard y que parecía tener una sólida formación teórica, necesaria para hacer frente a la embestidasocial democratizante de los eurocomunistas. Sospechoso: ¿no será de la CIA?, se preguntaban algunos. Y más de uno estaba convencido de ello.

Volviendo a la Guerra Fría: otro elemento decisivo en mi análisis fue el hecho de que viviendo en Estados Unidos y observando la tenacidad y alevosía con que se combatía a la Unión Soviética yo –conocedor de los horrores perpetrados por Washington en Latinoamérica y el Caribe– no podía sino preguntarme si este cuestionamiento tan implacable no se debería a que algo positivo estaría haciendo Moscú. Esta visión la transmitía con ánimo militante el Partido Comunista de Chile, que también era, como el argentino, un partido muy prosoviético y que compensaba en el espacio de la Unidad Popular el antisovietismo de un sector, no siempre mayoritario, del PS. Personajes como Volodia Teitelboim, Pablo Neruda, Hernán Ramírez Necochea, la misma Violeta Parra, aparte delas declaraciones oficiales del Partido Comunista durante los años de Allende, hicieron crecer en mí una mirada más favorable hacia la Unión Soviética.

A. M. *¿Los leíste o tenías contacto también?*

A. B. Poco, a Volodia un par de veces lo vi en Chile, después en Cuba, pero ya estaba muy mayorcito. Tenía más contacto con Ramírez Necochea que era uno de los buenos historiadores del Partido. A veces se lo criticaba porque me parece que muchos partidos comunistas no supieron calibrar en su justo término cuál era la relación que había que tener con la Unión Soviética, aunque reconozco que en un continente como esta tal cosa no era muy sencilla de lograr. A esos partidos les ocurría lo que, según se cuenta, decía Máximo Gómez, el dominicano que fue uno de los grandes jefes de las fuerzas revolucionarias cubanas en la guerra de

la independencia. A la hora de la batalla, decía Gómez, los cubanos «o llegan tarde o pasan de largo» [risas]. El general admiraba el heroísmo de la tropa cubana, pero observaba esta anomalía. Y para gente como él –¡para ni hablar de Fidel!– esa falta de sincronización le perturbaba profundamente. Bueno, creo que a los partidos comunistas de América Latina les pasó eso: o se pasaron de largo y fueron demasiado prosoviéticos o, en algunas formaciones menores, demasiado antisoviéticos. Propuse revalorizar el papel de la Unión Soviética por ser un factor de equilibrio en el sistema internacional y un componente decisivo en las luchas por la descolonización del Tercer Mundo, más allá de las justas críticas del Che cuando decía que la Unión Soviética tendría que haber hecho mucho más de lo que hizo. Aclaro que el reclamo del Che revela una cierta subestimación de la gravedad del enfrentamiento entre ambas superpotencias y de la predisposición de Washington de llegar inclusive a un enfrentamiento atómico en caso de que Moscú cruzara «la línea roja». Recordemos que, sin la ayuda soviética, más allá del cisma chino-soviético posterior, difícilmente Mao hubiera podido prevalecer sobre las fuerzas del Kuomintang, aliadas al imperialismo en China. Hubo, claro, un desencuentro entre dos países que tienen una historia milenaria de conflictos y enfrentamientos, pero afortunadamente Putin y Xi Jinping se encargaron de ponerle punto final a esas controversias. Por eso, recapitulando, creo que el papel de la Unión Soviética fue positivo y esta conclusión fue reforzada por mi vivencia del imperialismo desde adentro y, en Latinoamérica, por su apoyo a la Revolución cubana.

A. M. *Volvamos al 76. Ya te doctoraste. Golpe en Chile, golpe en Argentina.*

A. B. Claro, no pude volver a Chile y cuatro meses antes de que terminara la tesis doctoral se produjo el golpe en la Argentina.

A. M. *¿Qué noticias tenías de acá?*

A. B. Tremendas, no tenía ninguna duda en el sentido de que se avecinaba una tragedia. Se lo dije a muchos amigos míos, acá lo que se viene con el peronismo en el gobierno, dividido como está (y la división sigue hasta hoy, aunque, por suerte, ya no se dirime por las armas) es un conflicto brutal y las bandas fachas que están prohijadas por el peronismo de derecha van a salir a matar gente de izquierda, peronistas o no. Por lo tanto, lo de la Argentina no me resultó para nada sorprendente, ni por su virulencia, ni por su crueldad. Sí esperaba que la cosa fuera un poco menos violenta en Chile. Era impensable para mí que apresaran a un gran cantor popular, una figura de la canción latinoamericana como Víctor Jara y le cortaran las manos y luego lo fusilaran. Esto era algo impensable, reconozco que pude haber sido muy ingenuo. Eso lo podían hacer los milicos en la Argentina, o Brasil, o Guatemala, pero después nos enteramos que los chilenos cometieron toda clase de monstruosidades. En la Argentina era previsible ya en 1975 cuando los escuadrones asesinos de la Triple A salieron a aniquilar a la subversión, junto a las FFAA. Era inevitable que el remate de esta situación fuese de una atrocidad sin precedentes.

A. M. *¿Te llegaba información de eso allá? ¿Qué contactos mantenías con la familia y amigos de Argentina?*

A. B. Con mi familia fundamentalmente. Mi padre me mandaba semanalmente periódicos cuidadosamente enrollados y atados con piolines. Eran páginas de los diarios, con informaciones políticas y económicas y la revista *El Gráfico* para seguir la campaña de Boca desde lejos. Resumiendo: en vísperas de la finalización de mi doctorado ya la debacle latinoamericana se había extendido como una mancha de aceite: dictaduras en Chile, Brasil, Uruguay, Argentina, Bolivia, Paraguay, Centroamérica, por doquier. ¿Qué hacer?

Había completado el doctorado, pero no tenía dónde ir. La beca se me había acabado hacía rato. El último año, mientras escribía mi tesis, enseñaba en un *college* de los jesuitas, el *College of the Holy Cross*, situado en Worcester. Ahí, la mayoría de los jesuitas eran irlandeses o si no *Irish Americans* que me trataron muy bien, me dieron todo su respaldo y solidaridad en ese año final en el que tenía que terminar mi tesis y salir a buscar trabajo. Nora estaba culminando sus cursos en la Escuela Graduada de Educación y yo era una persona bastante conocida en algunas de las universidades de la costa este de Estados Unidos; había ido a varios seminarios, participado en talleres y grupos de trabajo, y como creo habértelo dicho antes, sabía que en algunas universidades tendría algunas chances de ser contratado.

A. M. *¿Sobre qué temas?*

A. B. América Latina en general, procesos de desarrollo, desarrollo político, partidos políticos, regímenes autoritarios. Todavía no incursionaba en la filosofía política porque esa vertiente reentra en mi vida un poco después, de la mano de Sánchez Vázquez. Pero, retomando el hilo, a mediados del 1975 e inicios del año 1976 ya preveía que la Argentina se encaminaba hacia una dictadura *fascistoide* y me pongo a buscar trabajo en Estados Unidos. Por eso conseguí lo de Holy Cross. ¿Por qué en Estados Unidos? Bien: a Chile no podía regresar. La Argentina estaba a punto de caer en una sangrienta y prolongada dictadura. Mis amigos en Brasil (Fernando H. Cardoso, Francisco Weffort, Cándido Mendes de Almeyda, Chico de Oliveira, etc.) me decían que no había chance alguna para entrar en una universidad brasileña y los financiamientos para centros de investigación como el CEBRAP, que dirigía Fernando Henrique, eran cada vez más insuficientes. Uruguay, Perú, Bolivia, Ecuador, Colombia no eran opciones reales, como el resto de Centro América y el Caribe. Venezuela sí lo era; me invitaron una vez pagándome el viaje a Caracas desde Boston y la verdad es que el clima cultural reinante en medio del boom petrolero no me resultó muy atractivo como para decidir

radicarme allá, cosa que sí hicieron varios de mis amigos. Me encantaban el país y su gente, afectuosa y cálida, pero me hacía ruido el desenfrenado consumismo desatado por la bonanza petrolera y sobre todo la pegajosa penetración neocolonial que había logrado Estados Unidos en ese país. Exploré posibilidades en México, pero sin resultados y, de repente, sabiendo que ya estaba a punto de entregar mi tesis doctoral y dando por descontado que la misma sería aprobada, varias universidades estadounidenses me contactan para dar charlas, evaluar mi inglés, mi manejo de la temática y, eventualmente, ofrecerme un empleo. La oferta más firme provino de la Yale Univesity, en New Haven, una de las más prestigiosas del país. Allí había varios profesores que me conocían y apreciaban mi trabajo: Robert A. Dahl, figura central de la teoría democrática y conocido por su tesis sobre la poliarquía; Alfred Stepan, estudioso de los golpes militares en Latinoamérica, especialmente Brasil y Perú; David Apter y Juan Linz, eran referencias obligadas en los estudios sobre los regímenes autoritarios y las transiciones democráticas, entre otros. A mediados de abril del 1976 fui a dar una charla para que me «tomaran examen» y salí muy bien parado. Mi inglés a esa altura era bastante bueno, lo hablaba totalmente de corrido y rápido, y la charla salió redonda. Como medijo alguien que la presenció: «la suyo fue una exposición brillante solo que pronuncia el inglés con el acento característico de la mafia italiana [risas] y esto podría llegar a amedrentar a sus estudiantes». Lo cierto que unas cuantas semanas después el Departamento de Sociología me ofrece un contrato por tres años que desembocaba en una *tenure track* (o sea, una posición permanente) que era el sueño del pibe, de cualquier estudiante graduado en Estados Unidos, algo que equivalía a un seguro de vida para siempre, vitalicio, como en su momento me llegó a decir Germani.

A. M. *¿En qué consiste?*

A. B. Cuando te designan en una *tenure track position* como profesor ingresas a un sendero de promociones (como la carrera de Investigador en el CONICET) que salvo que te vaya

mal (malas clases, falta de publicaciones, que te rayes y tengas un *affaire* con la mujer del Decano, acoses a tus alumnas o algún otro asunto así) es una oferta que culmina con tu designación como profesor permanente, de por vida. Por eso lo de *tenure*. Para cualquier recién graduado, aún de Harvard, es una oferta espectacular; me la hacen y la acepto porque habíamos hablado mucho con Nora sobre qué haríamos de nuestras vidas en esa coyuntura. Podía quedarme en el Holy Cross con los jesuitas, pero había varios inconvenientes. Primero, me quedaba medio a trasmano. Tenía que hacer unos sesenta kilómetros de ida y otros tantos de vuelta. Iba tres veces a la semana, pero digamos, ciento veinte kilómetros con nieve y con hielo en la ruta en invierno es una aventura medio peligrosa y, además, no tenía posibilidad de crecer académicamente mucho más. Pero lo decisivo no fue el viaje y el hielo en la ruta, sino que Holy Cross era un muy buen *college* pero que no jugaba en las «grandes ligas» y resignado a encarar una radicación definitiva en Estados Unidos permanecer en Holy Cross a la larga me jugaría en contra para la estrecha y mercantil mentalidad de eventuales *recruiters* de las grandes universidades. Total, que firmo con Yale, pero una vez más irrumpió un factor que a esta altura estarás aburrida de escuchar: los accidentes, las cosas raras e inesperadas que periódicamente ocurren en mi vida. Regreso a Boston, una dos horas y algo más de tren, y a la mañana siguiente entra una llamada de larga distancia, ¿quién era? Arturo O´Connell, el Secretario General de FLACSO.

A. M. *¿FLACSO en Chile? Súper intervenida en esos años supongo.*

A. B. No, en México, porque las dos maestrías que había en Chile habían sido interrumpidas. Se permitía la investigación, pero no la docencia. La institución fue redimensionada a la baja, permaneciendo apenas un pequeño núcleo de investigadores y sin posibilidades de dictar clases. Como te decía, recibo la sorpresiva llamada de O´Connell, y me dice más o menos lo siguiente: «Tengo una gran noticia para darte», «¿Cuál?» digo yo, intrigado. «El

gobierno mexicano de Luis Echeverría Álvarez ha resuelto invitar a FLACSO para que reabra sus programas de maestría en México y para lo cual ha comprometido un aporte financiero muy fuerte. Quiero que vayas a organizar la sección de Ciencias Políticas en México. Vos como profesor e investigador de FLACSO, como alguien que tuvo una responsabilidad importante en tus años en Chile y conoces muy bien la institución y sos la persona indicada para relanzar la maestría de Ciencia Política en México». ¡Imaginate mi sorpresa! Yo no te había contado esto, pero a poco de terminar mi maestría en FLACSO, en 1968, jugué un papel muy activo en esa Maestría y en la publicación de la *Revista Latinoamericana de Ciencia Política.* Dado que había probado tener una cierta capacidad de gestión Arturo, en su calidad de secretario general de FLACSO, me dice «dame una mano, quiero que vayas a México». Y la verdad era que no podía negarme a su convite. Primero porque FLACSO me había enviado a hacer el doctorado con la expectativa de regresar a Chile a incorporarme a su plantel docente. Y segundo por la titánica labor de salvataje que hizo O'Connell sin la cual me temo que la institución habría corrido la suerte de tantos programas que fueron destruidos por la dictadura de Pinochet.

A. M. *¿Estamos hablando de 1976?*

A. B. Sí, esto sería más o menos a mediados de Julio de 1976, seestaba terminando de imprimir mi tesis.

A. M. *Te habías recibido en julio…*

A. B. No, porque formalmente aún tenía que imprimir y entregar un cierto número de ejemplares de mi tesis: para el Comité, el Departamento, la Widener, para algunos otros profesores, algunas para mis amigos y gente que me ayudó a escribirla (p.e., Van Whiting, que hizo una excepcional labor editorial), otras para entregar a potenciales editoriales, algunas para mí y mis familiares, etcétera. En total, tuve que imprimir veinticinco ejemplares de un mamotreto de 696 páginas, fue todo un trámite y tuve que pedir un préstamo al banco para poder pagar todo

esto. Pero ya había terminado mi doctorado y no podía permanecer en Estados Unidos como estudiante graduado y algo tenía que hacer. Los de Yale ya estaban trabajando para conseguirme la visa con permiso de trabajo porque la situación migratoria podía ser complicada. Bien, volvamos a la llamada telefónica de Arturo. Largas charlas con mi compañera para decidir qué hacer. Si vamos a Yale, nos decíamos, de Estados Unidos difícilmente pondríamos alguna vez retornar a Chile o Argentina, inmersos por muchos años en lo que seguramente serían largas dictaduras. Seamos realistas: haciendo un juego de palabras en inglés decía que Yale se convertiría en una «jail» (cárcel) para nosotros. Porque ahí íbamos a estar muy bien, ganaríamos buen dinero, te van a dar una cátedra también a vos seguro, lo usual en la política académica en la universidad es contratar al marido y después contratar a la mujer o viceversa porque en algunos pocos casos al revés, quieren que vaya la mujer y viene el marido. Resultado: ir a Yale quiere decir que nos quedamos a vivir en Estados Unidos como tantos amigos y conocidos que tenemos acá, argentinos o latinoamericanos, en grandes universidades, ganando buen dinero, pero agobiados por un incurable desarraigo; tristes, melancólicos; algunos amargados, otros entregados a la bebida. Y, además, si los chicos crecen aquí a partir de que terminen el High School (la secundaria) después no los vemos más. Uno irá a seguir sus estudios en un instituto universitario de San Diego, la otra tal vez a Chicago y, como suele ocurrir, los veríamos para *Thanksgiving,* Navidad y, con suerte, algunas semanas en el verano. ¿Qué hacemos? Y sopesando esta realidad y la oferta de Arturo los dos nos dijimos, al unísono: «nos vamos a México». ¡Órale pues! Claro que para eso yo antes tenía que ir a Yale a decirle a gente que se había portado tan bien conmigo que me regresaba a América Latina y quería anular el contrato. Quise parar la pelota, no actuar en caliente, así que esperé un par de días y llamé al *chair* de Sociología en Yale, Albert Reiss, para concertar una cita. «Si cómo no, venga, por supuesto Atilio, cuando quiera». En la visita anterior, cuando se concretó la oferta de trabajo, a la salida de la

entrevista en la que firmé el contrato había una persona esperándome. Parecía un personaje salido de *Muerte de un Viajante,* de Arthur Miller: vestido igual, de traje y pegajosamente respetuoso. Yo no sabía quién era, pero se acerca y me dice: —«¿Doctor Borón?», —«soy yo», —«¿tiene un minuto? Quisiera dejarle algo para que usted lo contemple y me diga cómo seguimos —, —«¿de qué se trata?—, le digo, y me entrega un grueso álbum, encuadernado, lleno de fotografías de casas. Extrañado, le pregunto «¿qué es esto?» y me responde: «la universidad de Yale nos informó que usted ha sido contratado como profesor y seguramente va a tener que comprar una casa acá». Cortésmente lo interrumpo para decirle «pero si no tengo ni un peso, estoy fundido, debo seis mil dólares al banco porque tuve que imprimir veinticinco copias de mi tesis y con el tipeo del original y todo lo demás, me gasté una fortuna». — Levantó su mano derecha con la palma hacia arriba y me calló con un tenue pero firme «Shhh, para decir: «usted ahora es profesor de Yale» me dijo el tipo y me miró fijo como diciendo «a ver pedazo de alcornoque, *you are a fucking Yale faculty now, you know…*» [risas] y me dice «así que elija su casa» (habrá pensado «*you asshole*»!) Este personaje era un corredor de la inmobiliaria que está vinculada a Yale que se decía para sus adentros «este perejil que no tiene un peso pronto va a tener un buen sueldo, está en un *tenure track*, va a ser un *faculty* que ganará mucho dinero y va a necesitar una casa». ¡No podés creer lo que eran las casas, Alexia! Me acuerdo y me pongo a llorar [risas] y le dije «bueno, déjeme ver». Me llevé por supuesto el álbum con esas fotos con magníficas casas, planos, hipotecas calculadas y deducidas directamente de mi sueldo, etc. Unas semanas después, volvía con todo eso para dejarlo en manos de la inmobiliaria. La cuestión es que regreso a Yale y les informo de la situación: «el Secretario General de FLACSO, institución que me mandó a estudiar a Estados Unidos y pagó mis estudios me acaba de llamar para pedirme que me haga cargo del programa de Ciencia Política en la nueva sede que abrirán en México». Reiss y sus acompañantes, un par de empleados administrativos, me miraron asombrados.

Fijate el peso que tienen los valores y las normas tácitas de cada cultura. Mis anfitriones no podían creer lo que estaban oyendo y, para sus adentros, pensaron que esa infeliz coincidencia era ficticia, un miserable ardid para mejorar el salario establecido en el contrato. Me miraron entre sorprendidos y molestos. Me percaté de la situación de inmediato y seguí con mi *racconto:* les conté lo que había pasado con FLACSO/Santiago con lujo de detalles y rematé mi apología diciéndole «en verdad creo que en la FLACSO/México podré ser mucho más útil que aquí. Tendré mis alumnos de toda Latinoamérica y lo que yo puedo hacer aquí, en Yale, es algo que muchos otros pueden hacer tan bien o mejor que yo». Me pararon en seco y me dijeron: «díganos, honestamente, ¿usted quiere que le aumentemos el salario, no le parece bueno lo que le ofrecimos?», ¡No!, les dije: «me parece perfecto, el que me ofrecieron ha sido muy generoso y sólo tengo palabras de agradecimiento», les decía mientras mi otro yo se revolvía ante la imagen de una magnífica casa que se esfumaba entre los meandros de mi conciencia a causa de mis (¿estúpidas, idealistas, ingenuas ?) opciones ideológicas, dispuesto a regresar a un continente condenado a ser víctima periódica de golpes militares, gobiernos fascistas y toda clase de desgracias mientras yo, en un alarde de irresponsabilidad para con mi familia, arrojaba por la borda una oportunidad inmejorable y, seguramente, irrepetible. Rápidamente hacía a un lado esos pensamientos y volvía a la carga, pero un cierto margen de duda que aún flotaba en mi mente no dejaba de perturbarme. Echeverría termina su mandato antes de fin de año, ¿y quién me asegura a mí, ahora que estoy desechando este contrato soñado por tantos, que su sucesor no sea un nuevo Díaz Ordaz, o un facho, que cierre la FLACSO y nos de 48 horas para salir del país? Vívidas imágenes de grandes jornadas revolucionarias entraban atropelladamente en mi cabeza para aventar esos funestos presagios: me imaginaba en Sierra Maestra librando uno de los tantos combates, o entrando en tropel al Palacio de Invierno de los zares en 1917, o exhausto en la Larga marcha de Mao y volvía a la carga con Reiss y sus colegas.

Al borde de estas alucinaciones hacía lo posible para convencerlos, porque para su mentalidad la idea de que yo desechara un empleo en Yale para volver a América Latina, no a mi país, ni siquiera a Chile, sino a México, nada que ver con mi pasado, a FLACSO para trabajar en un proyecto que se estaba apenas instalando y de futuro más que incierto y dejando de lado nada menos a Yale, era propio de un estúpido o de un canalla que quería negociar un aumento de sueldo y que para eso inventaba una historia inverosímil. Ante una pregunta confesé que, para colmo no tenía nada escrito, sólo la llamada de Arturo. ¿desecha una *tenure track* de Yale por una llamada telefónica, un pedido en el aire, sin ni siquiera tener una carta de FLACSO? Les dije que si querían podían hablar con O' Connell. Es más, les pasé su teléfono en Buenos Aires para que lo comprobaran por sí mismos. En fin, costó una hora convencerlos hasta que al final se dieron cuenta que no venía a regatear mi salario y que estaba obrando en virtud de un imperativo moral. Quedaron con una duda que prefiero ni pensar en cómo la habrán resuelto: si yo era un idealista o un perfecto imbécil. (Sospecho cuál habrá sido su conclusión) Finalmente me dijeron: «ok, no tenemos nada más que decir, es su decisión». Uno de los otros dos que estaba en la reunión, y que había permanecido callado todo el rato, me dijo: «es una decisión equivocada, pero si se arrepiente Yale estará gustoso de reconsiderar su decisión, pero me temo que no es consciente de lo que deja en el camino». Recogí el guante y le respondí: «mire, yo sé muy bien lo que dejo en el camino: una gran universidad y un lugar donde tengo muchos amigos, no sólo entre los profesores, sino también entre los estudiantes de doctorado. Conozco a Bob Dahl y a Mary, su señora, desde hace muchos años, al igual que a Juan Linz, Al Stepan y David Apter pero, entiéndanme, hay un problema ético. Yo tengo una obligación moral con la institución que me envió a hacer un doctorado y justo ahora me piden que cumpla con mi compromiso». Finalmente se dieron cuenta de que lo mío no era un verso y se quedaron conformes, aunque lamentando mi salida. Tenían el proyecto de relanzar los estudios

latinoamericanos en Yale y yo podía serles de gran utilidad. Mirá cómo habrá sido la cosa que cuatro o cinco años después de este episodio yo iba a algunos eventos en Estados Unidos –ya no voy más desde el 2003– y no faltaba quienes se acercaran a preguntarme: —«¿usted es Atilio Borón, el que renunció al *tenure track* de Yale para irse a México ?», —«sí», —«¿y qué piensa ahora?», —«estoy feliz de la vida de haberlo hecho», y me miraban como si alguien fuera al circo a ver a la mujer barbuda o el tipo de tres piernas, es decir, un ser extravagante mal, o un «boludazo atómico» que tira por la borda una oportunidad de oro. No podían creer que alguien recién egresado de Harvard, con un PhD calentito recién salido del horno desechara una oferta como la de Yale. Y bueno, así se dieron las cosas. Yo en paz con mi conciencia y entusiasmado por el desafío, Pocas semanas después partíamos para México.

Transcurrió mucho tiempo, pero en la Asamblea General de CLACSO realizada en Cuba en 2003 pude conversar con Dahl, uno de los invitados especiales a ese gran evento. Había pasado más de un cuarto de siglo desde mi renuncia a Yale y era inevitable que al reencontrarnos abordáramos el tema. Charlamos largo rato y me dijo: «te veo muy bien, tomaste una decisión difícil, pero tenías razón. A Albert (Reiss) le costó mucho entender lo ocurrido. Pero hiciste bien en retomar tu puesto en la FLACSO y de ese modo iniciar el regreso a tu país, a la Argentina. Y Yale se perdió de tener un gran profesor entre sus filas». Me levanté y lo abracé emocionado. Más tarde todos lo vimos también a él muy feliz, exponiendo sus teorías en La Habana y luego sacándose una foto junto a Fidel. Cuando fui a despedirlo, concluido el evento, me comentó que su experiencia de esa semana en Cuba (visitando distintos lugares y barrios, y hablando con mucha gente) le hizo replantear algunos aspectos de su teorización sobre la democracia, demasiado influida, por la experiencia de Estados Unidos y Europa. Me sorprendió gratamente cuando me dijo que un sistema multipartidario no necesariamente garantizaba la pluralidad de ideas e intereses, y que no era imposible que tal cosa existiera en

sistemas unipartidarios como el cubano. En suma, fue una decisión muy compleja y con eso prácticamente sellé mi suerte porque retorné a la Patria Grande y me instalé definitivamente en América Latina. Si me hubiera quedado en Estados Unidos hoy en día no sería otra cosa que un…

A. M. *Un académico norteamericano…*

A. B. Sí, un académico norteamericano más que hablaba español como tantísimos otros que se quedaron allá, que decidieron no volver (pese a que en muchos casos fueron a hacer sus estudios de posgrado con fondos originados en Latinoamérica) y, aunque sea injusto decirlo, con cero o casi cero gravitación en Estados Unidos y en América Latina. Hay contadísimas excepciones (sobran los dedos de una mano), pero por regla general es así. Sabía de la eficacia de los mecanismos de reclutamiento de Estados Unidos. Son tan efectivos que aún gente muy de izquierda termina siendo cooptada por el sistema, un sistema muy complejo y envolvente, con infinidad de tentáculos para atraerte: prestigio, reconocimiento, libros, publicaciones, dinero, seminarios, viajes, etc. Yo conozco gente que era muy de izquierda –tanto estadounidenses como latinos– y que después se transformaron en burócratas académicos, comunes y corrientes, con la única preocupación de su yatecito para recorrer el Hudson River que es una belleza, río arriba llegar hasta *upstate New York*, o vagar por Santa Mónica, Venice o Marina del Rey, los hermosos suburbios de Los Ángeles. Si bien todas esas cosas me agradan a mí jamás me resultaron definitorias a la hora de tomar grandes decisiones, pero reconozco que para muchagente sí. Cuando vos te preguntas por qué tantos no resisten al canto de sirena del imperio y abrazan al neoliberalismo, en parte es porque ellos te ofrecen el oro y el moro, y si sos un zurdito tanto mejor, te ofrecen más porque con tu apostasía (aunque el término sea exagerado) te convertís en un trofeo que exhibirán *urbi et orbi* como un ejemplo para los recalcitrantes. Yo he visto esta capitulación en muchos colegas, en muchachos o chicas que realmente fueron captados por la

derecha con ardides académicos muy sutiles y eficaces. En fin, ahí terminó mi estadía en los Estados Unidos.

Cuestión que, al mes siguiente, el 11 de agosto, llegamos a México e iniciamos una nueva vida, una nueva etapa. Al rechazar la oferta de Yale me convertí en un hacedor de muchas cosas: en FLACSO, en varias instituciones mexicanas como la UNAM, el CIDE, luego en Argentina con el EURAL, la vicerrectoría de la UBA, CLACSO, el PLED. Una decisión difícil, pero acertada, y Nora y Gaby y Pablo, mis dos primeros hijos, me acompañaron con todo su afecto (¡y paciencia!).

Una nota de color para cerrar el tema Harvard. Ya estando en México a fines de noviembre me llega la carta en donde me comunican que me habían otorgado el Doctorado. La firmaba el por entonces *Chairman* del Departamento de Gobierno, Harvey Mansfield, un profesor de Teoría Política, bastante conservador. En lacarta me comunica que mi tesis ha sido aprobada por lo tanto seme otorga el título doctoral y me dice, henchido de orgullo, que una de las mejores pruebas de la excelencia de Harvard es el hechode que «a pesar de que usted utilizó un marco teórico tan defectuoso como el marxismo su tesis fue aprobada, tornando innecesario que se presente en Cambridge para hacer la defensa personal de su tesis» Tal cual. Respondí muy cortésmente, agradecí el otorgamiento del título doctoral y puse punto final al asunto.

II. MÉXICO Y EL NACIMIENTO DE UN «ARGENMEX»

A. M. *¡Marxismo defectuoso! Maravilloso [risa]. Bueno, llegamos a la etapa México entonces, que fue muy intensa también por lo que hemos conversado en otro momento.*

A. B. Muy intensa, sí. Y llegamos en un momento muy particular también, cuando se produce una devaluación muy significativa del peso mexicano, que pasa de cotizarse de 12,50 pesos por dólar (que había sido el tipo de cambio vigente durante veintidós años) a valer 22 pesos por dólar. Esta es otra de las casualidades que jalonan buena parte de mi vida. Esto fue a mediados de agosto delaño 1976.

A. M. *De todas formas, tenías garantías laborales.*

A. B. Sí, llegaba con trabajo y pese a mis deudas tenía algo de efectivo en dólar porque habíamos vendido muchas cosas, entre ellas, un automóvil y eso nos favoreció para asentarnos sin mayores sobresaltos en México. FLACSO estaba en sus comienzos, no había nada, salvo un pequeño departamentito de dos ambientes en Barranca del Muerto, un barrio de clase media acomodada de ciudad de México, mientras a todo vapor construían un hermoso edificio a los pies del histórico cerro del Ajusco, en el sur de la ciudad y en zona aledaña al Colegio de México. Histórico digo, porque en lo más elevado e intrincado de ese monte Fidel y los expedicionarios del Granma recibieron de parte de un militar español antifranquista la instrucción militar que necesitaban para librar la campaña en Sierra Maestra. Eso fue a mediados de los años cincuenta; veinte años más tarde, buena parte del cerro había sido urbanizada y hoy,

en el 2020, sólo se preservó una pequeña sección como una reserva ecológica para contrarrestar la sofocante presencia del *smog* en ciudad de México. Lo cierto es que, un mes más tarde, finales de septiembre de 1976, el cuerpo principal del edificio de FLACSO estaba en condiciones de funcionar. En la actualidad es un conjunto de magníficas construcciones, y con una vista impresionante sobre la ciudad de México.

Nuestra llegada a ese país fue facilitada por algunos amigos mexicanos, entre ellos, y muy especialmente Ricardo Cinta y su compañera, Rosa Domínguez, una brillante economista, que nos acogieron en su casa de la Colonia Vértiz Narvarte ni bien llegados de Estados Unidos. Su hospitalidad –y la de los padres de Rosita– ygenerosidad fueron extraordinarias, y nos acogieron como si fuésemos miembros de su familia; nos malcriaban preparándonos deliciosos platillos mexicanos y brindándonos el afecto y el cuidado tanvaliosos al instalarse en un nuevo país. Nos facilitaron todo lo necesario para poder, al cabo de algunas semanas, alquilar un departamento en la Villa Olímpica, más allá del Periférico que rodea a laciudad de México. Ricardo había sido compañero mío en FLACSO/Santiago. Él estaba en Sociología y yo en Ciencias Políticas. Luego, fuimos casi simultáneamente a hacer nuestros estudios doctorales en Estados Unidos, él a Yale y yo a Harvard. Fue una granamistad que la hemos conservado a pesar del paso de los años. Poco tiempo después, a comienzos de octubre, empezaron las clases en FLACSO. El tránsito del ambiente sofisticado, pero profundamente ecléctico, cuando no conservador, de la academia norteamericana al radicalizado estudiantado latinoamericano fue un vertiginoso giro copernicano del cual, no sin esfuerzos logré salir bien parado. De golpe y porrazo, me encontré haciendo clases sobre sociología latinoamericana a un grupo de sesenta y un estudiantes, procedentes de toda América Latina y el Caribe. La mayoría eran fervientes militantes, guerrilleros centroamericanos en algunos casos, exguerrilleros en otros, gentes que habían pasado por las mazmorras de los regímenes del Cono Sur y que habían salvado la vida de milagro, y unos pocos atraídos por las creden-

ciales académicas de la institución. Ahí comienza una nueva etapa de mi formación intelectual y política, porque si Chile había sido un lugar muy importante sobre todo para los sudamericanos desde mediados de los sesenta por la CEPAL, el ILPES, la FAO, el CELADE y la FLACSO, México a mediados de los años setenta se había convertido, debido al auge de las dictaduras, en la Atenas de América Latina y el Caribe y atraíaexiliados y perseguidos políticos de toda la región, y en grandes números. Buena parte de esos sesenta y un estudiante de la primera promoción de FLACSO/México eran sobrevivientes de las feroces dictaduras rampantes en la región.

A. M. *Casi todos los países en dictadura.*

A. B. Sí, casi todos en dictadura; las excepciones eran Venezuela y Costa Rica. En Colombia no fue necesaria la intervención militar para perpetrar las atrocidades de los uniformados porque de eso se encargaban los gobiernos «democráticos». México era un paraíso de libertades académicas encapsulado en las grandes instituciones universitarias y de estudios superiores. En su seno podíashacer clases de marxismo, exaltar la revolución y convocar a la lucha armada, pero siempre cuidando que aquellos incendiarios discursos no se filtraran más allá de los amurallados enclaves académicos. «Amurallados» en el sentido de lo que allí se decía, enseñaba o proponía no trascendiera extra muros, no fuera cosa que la sufriente población se entusiasmara con algunas de esas arengas revolucionarias, y decidiera llevarlas a la práctica. Eso lo podías hacer en el marco de la UNAM, en FLACSO, en las UAMs en dos o tres instituciones públicas más, pero mejor no se te ocurriera salir de esas torres de marfil, de sus claustros, para involucrarte con las fuerzas populares, planteando un desafío a la aplastante hegemonía del PRI porque podías enfrentarte a una inmediata expulsión del país. El tan temido artículo 33 de la constitución mexicana establece que «los extranjeros no podrán de ninguna manera inmiscuirse en los asuntos políticos del país». La violación de esta norma ocasionaba la inmediata deportación

de los transgresores. Este, entre paréntesis, es un tema que abordo con cierto detalle en mi *Hechicero de la Tribu,* a propósito de cuando Vargas Llosa calificó al régimen del PRI como «la dictadura perfecta», provocando eldisgusto y una honda desazón en su amigo y anfitrión Octavio Paz.

A. M. *Cuando te convocan, ¿lo hacen también para armar el plande estudios de Ciencias Políticas?*

A. B. Sí, pero no en su totalidad. Me costó porque a la cabeza de la sede habían designado a un intelectual y político boliviano que hacía años estaba radicado en México: René Zavaleta Mercado. Este era un personaje muy polifacético, un hombre en ese momento de gran confianza de los cubanos. Había tenido cargos importantes en su país: diputado por Oruro y en 1964 ministro de Minas y Petróleo en el tercer gobierno del líder de la Revolución Nacional Boliviana de 1962, con Víctor Paz Estenssoro.

Luego del golpe del general René Barrientos se exilió un tiempoen Chile e inicia un largo periplo con escalas en Oxford y finalmente México como punto de llegada, donde fue profesor de la UNAM y, a la vez, desempeñándose como responsable de asuntos sociales en la Sede Subregional de la CEPAL en México. Tras su desencanto con el MNR se incorpora al Partido Comunista boliviano, adhiriendo a un marxismo muy ortodoxo pero que, en sus escritos, y gracias a su brillante inteligencia, aparecía un tanto atemperado. Era, sin duda, un intelectual brillante que hoy es citado con frecuencia en los mejores estudios de gentes como Álvaro García Linera o Hugo Moldiz pero que, infelizmente, no comprendía lo que era un proyecto académico y eso fue el origen de muchos problemas que luego tuve en FLACSO y que la propia institución tuvo con el gobierno mexicano. No fue él quien me designó como profesor sino que mi incorporación la decidió Arturo O 'Connell, seguramente que a su pesar. Analista político y social muy incisivo, Zavaleta Mercado concebía a un proyecto académico como el de FLACSO como si fuera una escuela de cuadros del PC. Y ambas cosas son bien diferentes, si bien la

rigurosidad intelectual es un requisito insoslayable para ambas. Pero una institución académica debe necesariamente auspiciar un cierto pluralismo teórico e ideológico que la escuela de cuadros no necesita. Sobre todo, cuando tenías un cuerpo de profesores de muy alto nivel entre los que se contaban Sergio Bagú, Juan C. Portantiero, Fernando Cortés, José Nun, Alfredo Monza, José Luis Najenson, Mabel Piccini, Emilio de Ípola, Susana Bruna, Ernesto López y varios mexicanos notables como Pablo González Casanova, Rodolfo Stavenhagen, José

L. Reina, Claudio Stern, Adolfo Sánchez Vázquez –que como de Ípola se incorporó un poco después– el chileno Francisco Zapata y el gran sociólogo ecuatoriano Agustín Cueva. No había allí mucho lugar para eclecticismo alguno; sin embargo, hubo problemas porque no todos los estudiantes provenían de los Partidos Comunistas latinoamericanos y caribeños. A ojo de buen cubero te diría que si estos no llegaban a ser la mitad quedaban muy cerca de esa marca. Los había admitido Zavaleta en persona. Pero el resto provenía de otras vertientes de la izquierda, marxistas, pero no necesariamente ligados a los Partidos Comunistas de sus países. Por ejemplo, de los seis estudiantes de la Argentina, en su totalidad exiliados, sólo uno era cercano al PC, no así los demás; de los seis chilenos los comunistas eran tres; y más o menos lo mismo en el resto de los países. De Cuba vinieron tres estudiantes, y los tres pertenecían, naturalmente, al Partido Comunista cubano. El numeroso grupo de mexicanos tenía varios del PC de ese país, pero muchos tenían otras afiliaciones políticas. Para resumir: había un buen lote de estudiantes que llegaron a FLACSO/México en busca de excelencia académica y una parte de ellos no eran siquiera de izquierda, sino que adherían a un tenue «progresismo *light* o caviar», que en los intensos debates en el aula o la cafetería de la institución casi siempre terminaban haciendo la apología de posturas eclécticas y, a veces, conservadoras. Con el paso del tiempo una parte de los que venían de los Partidos Comunistas terminaron en la derecha, especial y paradojalmente, en el caso boliviano.

A. M. *¿Por qué de Argentina no?*

A. B. No sé, los estudiantes no fueron reclutados por mí, sinopor el director. Cuando yo llegué a México la mayoría de ellos yaestaban en el país. Un par pudo salir de la Argentina gracias a la beca de FLACSO. Te digo, del grupo de argentinos uno era psicólogo social, ecléctico a más no poder; dos eran militantes del peronismo revolucionario, pero… que terminaron con Menem, en esa nefasta reencarnación neoliberal del peronismo; otro era un académico puro egresado de la Universidad del Salvador y bien radical en sus posturas, coherentes a lo largo del tiempo; después, había un chico de izquierda, de sólida formación, venido de Sociologíade la UBA pero no miembro del Partido Comunista aunque su familia sí lo era. Otro provenía de una de las tantas agrupaciones trotskistas vinculadas al ERP. Y de otras nacionalidades había gentes de las más diversas extracciones políticas, algunos de los cuales,como el paraguayo Jorge Lara Castro llegó a ser Canciller de su país en el gobierno de Fernando Lugo.

Además de esa confusión entre escuela de cuadros y proyecto académico Zavaleta Mercado desconfiaba de mí por mi doctorado en Harvard. Estaba seguro que yo que yo había sido captado por la CIA y era un informante de la agencia, algo que en algunos círculos del exilio latinoamericano se comentaba en voz baja en los inicios de mi estancia en México. Yo era un bicho raro, con un discurso de izquierda dura, muy versado en el marxismo ¡pero viniendo de Harvard ! «¡Es inverosímil, este cabrón tiene que ser un agente!».

Zavaleta unía a su vivaz inteligencia una desconcertante volatilidad de opiniones, a veces demasiado amplia. Por eso no me sorprendió que, pese a la encendida retórica y a la exaltación de la versión más dogmática del marxismo, en donde sólo tardíamente y a regañadientes pudo aceptar la presencia de Gramsci, hubiese terminado entregando en bandeja la FLACSO al gobierno de México, es decir, al PRI. Tal vez no tuvo opción, pero no dejó de asombrar a propios y ajenos. Una lástima lo que hizo,

o lo que se vio forzado a hacer Era, repito, un tipo muy talentoso, agudo analista de la realidad boliviana, pero algo ocurrió con sus relaciones con el PRI y con Cuba. Dejó algunos escritos bien interesantes, un tanto herméticos, con un estilo barroco pero que encerraban algunas intuiciones profundas. Yo creía que la identidad de izquierda de nuestro programa no debía hacerse sacrificando la calidad académica y haciendo de FLACSO una escuela latinoamericana de cuadros en donde el examen crítico del pensamiento burgués estuviera poco menos que proscripto. Sabía que eso no funcionaría, aunque Zavaleta pensaba que el PRI haría la vista gorda ante tamaña estafa intelectual y política. Cuando debido a estas maniobras la institución pasó a tener una dependencia mucho más estrecha de las autoridades mexicanas los cambios en la agenda intelectual fueron evidentes. Separado Zavaleta de su cargo los programas de los cursos se alinearon con el *mainstream* de las ciencias sociales de EEUU, progresivamente alejándose de la tradición del pensamiento crítico latinoamericano.

Más allá de este lamentable final, mi inserción en FLACSO redundó en grandes beneficios en términos intelectuales. Fue debido a esos conflictos que me tuve que dedicar de lleno a la filosofía política, cosa que, afortunadamente, hice de la mano del filósofo hispano-mexicano don Adolfo Sánchez Vázquez. A resultas de la desconfianza que mi persona suscitaba en Zavaleta Mercado (y no sólo en él, para ser justos) y la inquina que me prodigaba a poco andar me desplazó del curso de sociología latinoamericana, dado que no confiaba para nada en los análisis que yo hacía de las diversas coyunturas nacionales o de ciertos procesos históricos. En mis clases siempre me formulaba preguntas en torno a la revolución o a los procesos revolucionarios. Invariablemente demostraba, en clave gramsciana, la importancia de la lucha ideológica o la necesidad de la previa construcción de una hegemonía política que convirtiera a los grupos insurgentes en los fundadores de una nueva «dirección intelectual y moral», como condición previa a su victoria. Y lo erróneo (podría decirse antimarxista) que era suponer que los explotados y oprimidos

necesariamente adquirían, debido a ello, una conciencia revolucionaria. Criticaba sin tregua al «esencialismo revolucionario» que supuestamente tendrían las clases explotadas, fatal equívoco que tantas desilusiones y derrotas habían producido en nuestra historia. Sostenía también que la sola fuerza de las armas o la férrea voluntad de una guerrilla difícilmente harían que pudieran sostenerse en el poder, como después, infelizmente, lo demostró el caso de la revolución sandinista en Nicaragua: victoria armada, pero sin la suficiente dosis de hegemonía política, ideológica o cultural (obstaculizada sin tregua por la feroz ofensiva destituyente de Estados Unidos con la Operación Irán Contras, etc.). Pero esto lo decía antes y no después del triunfo del sandinismo. Lo cierto es que, diez años más tarde, el gobierno del FSLN salía por la puerta de servicio derrotado en una elección a manos de Violeta Chamorro. Además, Zavaleta Mercado estaba muy fastidiado con esta continua apelación mía a lo que después se conocería como la «batalla de ideas» y con algunas críticas que yo hacía a los límites de la planificación económica ultra centralizada que había en la Unión Soviética y en Cuba, y que yo aseguraba que marchaba a contracorriente de los cambios que la Tercera Revolución Industrial estaba produciendo no sólo en el capitalismo sino en todos los procesos productivos, con independencia de que estos tuvieran lugar en el marco de una economía capitalista o socialista. Dado lo anterior, y en su calidad de director de FLACSO, me reasignó a trabajar en otra materia, pero esta vez como simple ayudante de Adolfo Sánchez Vázquez que había sido invitado a dictar un curso de Filosofía Política. Confiaba en que este me encargaría algunas tareas administrativas de la cátedra, asegurar que los estudiantes presentaran en tiempo y forma sus trabajos, tomar lista de los presentes, etc., pero que jamás me pondría al frente de la clase. Para su desdicha ocurrió exactamente lo contrario y don Adolfo me dio vía libre para asumir un papel muy activo en la enseñanza, lo que me obligó a releer lo que ya había leído en Harvard pero descifrado desde los problemas y desafíos que agitaban la vida de esa Atenas latinoamericana que era

México. Aprendí mucho de este gran filósofo, orgullo de Nuestra América, y cuando se retiró de FLACSO, porque ya estaba muy mayor, Zavaleta Mercado aprovechó para deshacerse de mí. Esto fue en el año 1979, y te lo contaré más adelante. Una vez que Zavaleta Mercado fue removido de la dirección después de haber «entregado» la FLACSO al PRI, las autoridades de la Secretaría de Educación Pública de México designan como nuevo director a José Luis Reyna, un viejo conocido mío, también egresado de la FLACSO/Santiago quien de inmediato me solicita que me reincorpore a la institución. Pero yo ya estaba definitivamente integrado en la UNAM y como *part time* también en el CIDE, el Centro de Investigación y Docencia Económicas que había inaugurado un ambicioso programa de estudios internacionales bajo la dirección de Olga Pellicer. Como no tenía intención de abandonar mi trabajo en el CELA de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, ni tampoco el delCIDE, acepté el generoso convite de Reyna, pero sólo como profesor externo, por asignatura. Y así permanecí hasta la hora de emprender el regreso a Buenos Aires, a comienzos de 1984.

A. M. *En algunas oportunidades me hablaste de tu relación con Aricó y Portantiero en México,* ¿qué *me podés contar de eso?*

A. B. Sí. Yo tenía muy buena relación con Teresa Poyrazian, la compañera de Aricó, que era la excelente bibliotecaria de la FLACSO/México. Mi hija Gabriela tenía como sus dos mejores amigasen México a las hijas de Portantiero y *Pancho* Aricó. Eso hacía que yo tratara siempre de evitar –y ellos hacían lo mismo – una confrontación teórico -política áspera que pudiera dañar las relaciones entre las niñas, lo que pareció siempre muy atinado. El resultado fue una especie de recíproca negación; cada cual hacía lo suyo, escribía lo que quería y no prestaba demasiada atención al otro ni polemizaba con él. Me acuerdo que una vez se armó un grupo de estudio convocado por el director del poderoso Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.

El IISUNAM venía publicandola *Revista Mexicana de Sociología* desde los años cuarenta, imagínate vos lo que eso significaba. Lo dirigía Julio Labastida, un académico serio y muy buena persona aunque un tanto ingenuo políticamente. Armó un grupo de estudio que se reunía cada dos o tres semanas en su departamento en la bella zona de Parque Hundido para discutir los principales temas de debate de la época: eurocomunismo, socialismo y teoría política contemporánea. El núcleo fundamental lo integraban Juan Carlos Portantiero, *Pancho* Aricó, Liliana de Riz, Emilio de Ípola, Carlos Pereyra (un mexicano notable, un tipo muy lúcido y abierto, que, desgraciadamente murió muy joven), Sergio Zermeño, y a veces me invitaban a mí. En realidad, ya hacía un tiempo que se venían reuniendo y en un momento determinado Labastida me invita que me incorpore al grupo. Fui a un par de reuniones, pero noté que el clima de la discusión se enrarecía con mi presencia. Flotaba la idea que yo era ya un tipo que venía de otro lado, un «cuerpo extraño», adscripto a otra teorización y en eso tenían razón. Yo acepté porque siempre me interesó debatir y tengo una pasión por la controversia, y además porque Julio tuvo un gesto muy cortés que no podía desairar. Además, quería saber qué era lo que la nueva socialdemocracia intelectual latinoamericana tenía en su agenda: sus autores preferidos, sus argumentos teóricos, sus temas de investigación y sus preocupaciones políticas. Y además todos los allí reunidos eran gentes de muchas luces. El diálogo y las discusiones estaban atravesadas por una tensión inocultable porque había premisas incompatibles: ellos creían en la posibilidad de democratizar al capitalismo y que la Revolución cubana había sido un gran fracaso. Yo planteaba precisamente lo contrario: las insalvables dificultades del capitalismo para construir un orden democrático y la heroica sobrevivencia de la Revolución cubana ante tantos ataques. Hasta donde yo recuerdo en aquella época sólo México, tenía relaciones con Cuba. Esas premisas latentes hacían mucho ruido en los debates, pero, debo reconocerlo, en ningún caso se perdió la compostura. De todos

modos, vistas así las cosas al poco tiempo «abandoné al grupo», como se dice hoy en la cultura del *WhatsApp*. Pero se portaron decentemente, no fueron groseros, aunque quedó claramente en evidencia para todos que ese no era mi lugar y que a mí tampoco me interesaba estar donde yo sentía que mis opiniones críticas del eurocomunismo y de la lectura socialdemócrata de Gramsci perturbaban más que ayudaban a la dinámica de trabajo del grupo. Esto después se traduciría, hablo de un par de años más tarde, con un hecho desagradable ocurrido a propósito del seminario de Morelia para el cual preparamos con mi amigo Óscar Cuellar, una ponencia crítica sobre las concepciones idealistas de la hegemonía, ponencia que no fue incorporada a la edición final del libro que compiló las participaciones en el seminario[43]. O sea, censuraron nuestra ponencia porque era crítica de las visiones sobre todo de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, que tuvieron un papel estelar en Morelia y, por supuesto, de los partidarios de las lecturas socialdemócratas de Gramsci, a las que, hay que decirlo, combatíamos sin concesión alguna pero siempre con mucho respeto.

Algo parecido me ocurriría años más tarde, en febrero de 1982, cuando fui invitado a participar en una gran conferencia que Peter Evans, Theda Skocpol y Dietrich Rueschemeyer organizaron en Mount Kisko, estado de Nueva York, para discutir el tema del «retorno del Estado» a las teorizaciones de la ciencia política estadounidense. Acepté con reticencia porque en realidad aquél, el Estado, nunca se había ido; siempre había estado presente, de una forma u otra, a veces con rasgos monstruosos, como un sanguinario Leviatán; otras con un rostro más amable, pero siempre allí. Para hacerla corta: voy a la conferencia, presento mi *paper* (que después aparecería como «Estadolatría» en mi *Estado, Capitalismo y Democracia en América Latina* y cuando

[43] Se trata de «Notas críticas acerca de una concepción idealista de la hegemonía», coautor con Óscar Cuéllar, en *Revista Mexicana de Sociología*.

luego de numerosos intercambios de cartas con los compiladores creía que finalmente mi ponencia se incorporaría al libro, me encontré con la desagradable sorpresa de que no había sido así. Las razones: mi crítica a este supuesto retorno del Estado y su redescubierta centralidad «que culminaba en un nuevo reduccionismo, ya no económico, sino politicista» contrariaban las premisas fundamentales del libro, y, por lo tanto, induciría a confusión entre sus lectores. Ergo, ¡afuera! Esto me ocurrió en varias ocasiones. Es el precio a pagar por tener un pensamiento que no se inclina ante ninguna ortodoxia, de cualquier signo que sea. Y te excluyen gentes que ejercen poderes despóticos en sus micro-espacios de poder y que, luego, muy probablemente se rasguen las vestiduras y acusen a Díaz Canel, Maduro, Ortega, Evo, Correa de «dictadores».

A. M. *¿Cómo fue lo del seminario de Morelia? ¿Quién lo organizaba?*

A. B. Fue en 1980, y lo organizó el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM y la lista de invitados la elaboran conjuntamente Julio Labastida y Aricó. En el seminario faltaba el pensamiento marxista duro, que un poco lo veníamos a representar Óscar Cuellar y yo. A mí no me podían dejar de invitar porque hubiera sido un gesto muy grosero, y Oscar era profesor en la UAM. Si bien ya no estaba en FLACSO ahora era profesor en la UNAM y al cabo de cuatro años de residencia en México mi nombre estaba fuertemente establecido. (Por eso fue que, cuando Zavaleta me echa de FLACSO González Casanova, Bagú y Selser prontamente acudieron a mi rescate). Bien: nos invitaron, pero después no publicaron nuestra contribución. El libro lo publicó Siglo XXI años después con el título de *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*. La discriminación era muy fuerte, en gente que, por otra parte, se llenaba los labios hablando de la nueva política, la tolerancia, el pluralismo, la tradición republicana y la reconciliación del socialismo y la democracia. Pues bien: ya sabe-

mos cómo es eso, te desvías un poco de la línea y rápidamente te persiguen y marginan. Por supuesto, todos estos eurocomunistas eran férreos críticos de Stalin y su intolerancia ante el disenso … Volviendo a FLACSO, aquella primera inmersión en la docencia fue muy dura porque, porejemplo, en materia de ciencias sociales los alumnos cubanos todavía estaban hipnotizados por los manuales soviéticos (a pesar de lasadvertencias y críticas del Che) y por las penosas secuelas del «quinquenio gris» en Cuba, 1971-1976. Este bagaje cultural no garantizaba buenas ciencias sociales ni un buen desarrollo de la teoría marxista en Cuba, sino más bien todo lo contrario, cosa que sobre todo Fernando Martínez Heredia venía advirtiendo hacía tiempo en la isla. En esos momentos los vientos del eurocomunismo arreciaban y frente a él había un marxismo que, al adoptar una postura defensiva, por momentos se refugiaba en visiones dogmáticas. Por ejemplo, durante el debate en torno a las nuevas dictaduras latinoamericanas, estas fueron todas concebidas, así, de un plumazo, como «fascistas», con absoluto desprecio de los preceptos del análisis marxista que exige concebir cada fenómeno social en su especificidad histórica, sin que, por eso, se pierdan de vista sus determinaciones fundamentales. Escribí el largo ensayo que te mencioné sobre el tema, *El fascismo como categoría histórica* (originalmente publicado en la *Revista Mexicana de Sociología* y reproducido después en *Estado, capitalismo y democracia*) en donde junto con algunos estudiosos como Hugo Zemelman y algunos otros que desafiaban el simplismo de aquella caracterización le pusimos punto final al debate. La prueba es que, a los pocos años, aún los más acérrimos partidarios de la visión que equiparaba cualquier dictadura con el fascismo adoptaron versiones más precisas y sofisticadas para caracterizar aquellos sangrientos regímenes. Yo insistía en mis intervenciones con la exhortación de Palmiro Togliatti, gran dirigente del PCI, cuando advertía a sus camaradas que caracterizar a cualquier gobierno represivo como fascista podía ser conveniente en el plano de la agitación y propaganda, pero inconducente a la hora de caracterizar precisamente a ese régimen, sus bases de apoyo, sus

fracturasy sus vulnerabilidades y, sobre todo, para diseñar una correcta política de alianzas orientada a destronarlo.

Como puede verse, todo este debate sobre la democracia y lahegemonía estaba en sintonía con la «involución ideológica» y el posterior «liquidacionismo teórico» del Partido Comunista italiano, cuya influencia en ese momento en México y algunos otros países latinoamericanos era muy fuerte en el campo de la izquierda. Algunos de sus principales voceros, como Giuseppe Vacca, Biaggio Di Giovanni o Giacomo Marramao, eran asiduos visitantes de México. También venía con frecuencia Alain Touraine, lo queconstituía una combinación un tanto extraña para mí, porque elmenosprecio del francés por la teoría marxista era bien conocido. Pero Touraine había sido profesor en París de Labastida, de Zermeño y de Rize, indudablemente, había trabajado muy bien consus doctorandos que le guardaban un gran respeto. En síntesis, lo dije en su momento y lo repito hoy: esa nueva concepción de la hegemonía, que la historia sepultó de manera impiadosa, era una mezcla inestable y altamente volátil entre la «sociología de la acción» de Touraine con los incipientes brotes del posmodernismo y el vergonzante renacimiento de una socialdemocracia disimulada como una renovación teórica inspirada a partir de una lectura de Gramsci que violentaba los fundamentos teóricos y políticos de su obra. En ese contexto alguien que pensaba como yo no tenía mucho que hacer en esos ámbitos porque no sólo cuestionaba a esta interpretación deformada de Gramsci, sino que, simultáneamente, salía al debate público con una defensa cerrada de la Revolución cubana a finales de los años setenta, principios de los ochenta, época en que Cuba seguía estando muy aislada y sometida a los ataques del imperialismo y su peonada latinoamericana.

A. M. *¿En qué basabas tu defensa de Cuba? No habías ido a laisla todavía en esos años, ¿no?*

A. B. No, pero bastaba con registrar un hecho histórico innegable para que la defensa de Cuba fuese una obligación moral

y política irrenunciable: en esos años y por muchos más Cuba era el único bastión contra la dominación imperialista en América Latina. Eso para mí era suficiente, porque no se puede ser socialista, comunista o siquiera «progresista» en este continente sin ser ardientemente antiimperialista. Y eso sigue siendo suficiente hoy para alinearse incondicionalmente con la Revolución cubana. Pese a los enormes problemas que se derivan del criminal bloqueo comercial, financiero, cultural, informático, mediático, etc., con su parafernalia de sanciones, restricciones y vetos, y pese a otros problemas de factura propia (las limitaciones de la estatización económica integral que durante años existió en la Isla; o los peligros del burocratismo y sus tendencias fuertemente conservadoras, ambas cosas ahora positivamente revisadas), Cuba sigue siendo la sociedad más igualitaria y justa de Latinoamérica y el Caribe, un faro siempre activo que con su luz enciende y moviliza luchas populares en todoel mundo. Por eso, es que siempre sostuve, desde mi adolescencia, que nosotros no podemos ser neutros en relación con Cuba y sulucha para evitar ser aplastada por el imperialismo norteamericano. Para los eurocomunistas de allá y de acá, hipercolonizados como estaban, así como para los teóricos del eclecticismo posmoderno, mi postura era propia de un humanoide sobreviviente de la era del Neanderthal. Para ellos, Cuba era un anacronismo e hicieron suya toda la jerga difamatoria cultivada con esmero por Octavio Paz, Mario Vargas Llosa y tantos otros, y por eso hablaban de Cuba como un «régimen policial», una «dictadura», una «tiranía castrista», toda una serie de apelativos que no tenían ni pies ni cabeza, pero que eran reflejo del discurso que Estados Unidos había impuesto en la región, mediatizado por algunos gurúes europeos del neomarxismo, ellos también colonizados por la potencia cultural del imperio y ganados definitivamente para su causa.

A. M. *Qué bárbaro, porque antes de su exilio esos grupos eran todavía procubanos o proguerrilla o pro Che, si mal no recuerdo.*

A. B. Sí, pero ya no en aquel momento del que te hablo, a mediados de los setenta. Lo habían sido en la segunda mitad de los sesenta, pero después de la «gran derrota» –la dictadura genocida en la Argentina, el pinochetismo, los gorilas brasileños, etc.– se produjo un quiebre político e ideológico en toda la línea y que afectó a gran parte de mi generación. Allí se puso en evidencia una sorprendente incapacidad de ese estrato de intelectuales de izquierda, repito, en Europa tanto como en Latinoamérica, para asimilar productiva y creativamente la derrota infligida por las ictaduras y, en los europeos, el fracaso de la socialdemocracia. Su ardor revolucionario de antaño se transmutó en una lastimosa resignación. Es un tema apasionante que, ya sabes, discuto con largueza en *El Hechicero de la Tribu*, a propósito de la involución política de quien en su juventud fuera un fogoso revolucionario como Mario Vargas Llosa, para terminar siendo el lastimoso perro guardián del capital y el imperialismo.

A. M. *¿Cuál es tu lectura de eso?*

A. B. Creo que el quiebre empieza a producirse con el derrocamiento de Allende; después se profundiza, en el caso argentino, con el fiasco del «retorno de Perón», el derrumbe del gobierno de Isabel Perón y la aniquilación de los Montoneros y el ERP. Luego, toda esa derrota se acentúa con la instalación de las dictaduras que asolaron la región a causa del revés sufrido por las estrategias insurreccionales. Recordemos que la dictadura brasileña, producto del golpe de abril de 1964, seguía a viento desplegado quince años más tarde y sobreviviría hasta 1985. Hilando más fino, digo, que la crisis del mundo comunista, del mundo de los «socialismos realmente existentes» diseccionados en el libro *Die Alternative* de Rudolf Ahro antes de la caída del Muro de Berlín en 1989 da la definitiva señal de largada para plantear una serie de interrogantes tan fuertes como necesarios. Todo esto, claro está, en el marco de los conservadores años ochenta, la época de oro para el híper reaccionario tridente de

la derecha constituido por Ronald Reagan, Margaret Thatcher y el papa Juan Pablo II. Esta tendencia se agudiza con la caída del Muro y la desintegración de la Unión Soviética en 19911992. En la década del noventa se produjo una verdadera estampida hacia el neoliberalismo. Si bien esto no significó su total aceptación como filosofía política, muchos fragmentos en materia de pensamiento económico y social fueron, consciente o inconscientemente, integrados a un discurso supuestamente fundado sobre las premisas del materialismo histórico. Por ejemplo, una ingenua revalorización del papel de los mercados junto a una paralela subestimación de las tendencias concentradoras y excluyentes del capitalismo; una dilución conceptual del imperialismo presentado bajo el inofensivo nombre de la «globalización»; una creciente sospecha en torno a la eficacia transformadora de la acción colectiva y una exaltación de la diversidad y las diferencias identitarias que tenía por objetivo ocultar los efectos devastadores de las diferencias clasistas. Ante el vértigo de este cambio en los paradigmas ideológicos de la izquierda comencé a sentir que me estaba quedando bastante solo, acompañado por un puñado de náufragos como yo, y que había una verdadera estampida hacia el nuevo sentido común astutamente construido por el imperialismo a través de sus intelectuales orgánicos. Es innumerable la cantidad de gente que se pasó al otro bando. Pensá en el caso de quien fuera uno de los más grandes filósofos marxistas en la segunda mitad del siglo XX: Lucio Colletti, activo en la resistencia comunista durante la Segunda Guerra Mundial se afilia después al PCI, pero concluye sus días como diputado de *Forza Italia*, el partido de Silvio Berlusconi. O Regis Debray, que transitó desde la guerrilla del Che a asesor de varios conservadores gobiernos franceses. Por eso, gente como González Casanova o Adolfo Sánchez Vázquez son tan importantes en mi cosmovisión política e ideológica y teórica por la fidelidad que tuvieron a sus convicciones iniciales, con las debidas adaptaciones producto de nuevos desafíos e interrogantes. Yo no tengo ahora la misma concepción de la revolución y sus protagonistas que tenía hace veinticinco o treinta años, pero sí sigo creyendo que una revolución anticapitalista y antiimperialista es aún más necesaria hoy

que en esa época. Marx y Engels corrigieron sus previsiones sobre la revolución anticapitalista, después que la Comuna de París cayera ahogada en sangre. Y Gramsci sólo puede ser interpretado en el contexto del «fracaso» de la revolución en Occidente, que nunca llegó a estallar, sino, en ciertos lugares muy acotados como Turín, Munich, Berlín y Milán, por citar algunos ejemplos. Habría sido absurdo que yo no tomara nota de las lecciones que nos iba deparando la historia y siguiera adhiriendo a una concepción de la revolución a partir de la presunta eficacia de la «vía armada» o, alternativamente, de la «ruta institucional» de Salvador Allende. Pero más allá de estos imprescindibles reajustes en relación con cuál debería ser la estrategia revolucionaria de las luchas anticapitalistas, sigo pensando que el capitalismo es un sistema genocida y ecocida, que con su incontenible mercantilización destruye la vida humana y el medio ambiente y que si no se lo detiene a tiempo destruirá no al planeta sino a la forma más evolucionada de vida que en él se encuentra: la especie humana, Fidel *dixit*. Por eso, debe ser sustituido por un orden social postcapitalista. Esta convicción me acompaña desde hace más de sesenta años y no la cambio por nada, y me preocupa la gente que antes quería derrocar al sistema por las armas y ahora sean adoradores del capitalismo –o al menos, resignados a convivir con sus crímenes– y cómplices de los estragos que produce. Claro que en todo esto hay un mecanismo de cooptación muy fuerte que pasa por el dinero, por el reconocimiento y el prestigio académico y los premios y los honores y las medallas y los doctorados, amén de otras cosas. Yo tengo una tenaz reticencia a meterme en ese mundo de honores y reconocimientos académicos porque todo eso tiene un precio. He sido profesor visitante en algunas de las mejores universidades del mundo: MIT, Columbia, Notre Dame, UCLA, Holy Cross; Bradford y Warrick en Inglaterra, y como ayudante-alumno también en Harvard, aparte de mi contratación en Yale. Me expuse voluntariamente a la influencia de muchas de las grandes universidades porque eso me permitía también conocer mejor al imperio desde dentro, pero nada de eso me hizo cambiar de opinión sino todo lo contrario. Esa continuidad de mis convicciones me enorgu-

llece, y si uno es honesto consigo mismo no puede ahora decir que el capitalismo es bueno cuando antes era la maldad personificada. Salvo, que uno hubiera sido un tipo muy necio, que no quería reconocer lo bueno que ofrecía el capitalismo y que al cabo de unos treinta años de derrotas y frustraciones llegue a la conclusión de que esa inquina contra el sistema era hija de la ignorancia. «Cuando pudo estudiar y cultivarse se dió cuenta de que el mundo era diferente, que pese a sus defectos el capitalismo era el mejor sistema posible, y sin más, se pasó al bando de sus antiguos enemigos que, por supuesto, lo recibieron alborozados», muchas veces oí o leí esa frase. Nada mejor para la derecha que un renegado de izquierda. Libré exitosamente de esa trampa que pretendía convertirme en un pensador de la derecha porque no se escapaba a mi percepción una verdad irrefutable: que, pese a los cambios en su morfología y funcionamiento, el capitalismo sigue siendo tan perverso e inhumano como antes; en realidad, peor que el que conocí en mi juventud porque ahora dispone de nuevos instrumentos de explotación, dominación y control (el famoso capitalismo de la cibervigilancia, por ejemplo). Mantenerme firme en mis convicciones hizo que sufriera algunas marginaciones y discriminaciones en el México de aquellos años. Como mi autoridad intelectual no podía ser cuestionada me toleraban, pero ahí, lejitos, en los bordes. Y yo tranquilo, recordando a Fidel y su discurso en el juicio del Moncada y sabiendo que más pronto que tarde la historia me absolvería. ¡Y tuve la suerte de vivir lo suficiente como para comprobarlo!

A. M. *Volviendo a la Unión Soviética que recién mencionaste. Recuerdo que la idea de este libro apareció cuando te pregunté un día en Cuba sobre los problemas de una economía planificada o centralizada y me contestaste con un posgrado entero [risas]. Me gustaría pudieras compartir algo de eso.*

A. B. Mirá, yo creo que el haber visto a la economía soviética allá en su salsa y poder apreciar de cerca el tema de la estatización integral de la economía, me abrió los ojos para ver los límites que tenía ese modelo. La sola visión de un país enor-

me –la URSS tenía una extensión mayor a toda Latinoamérica y el Caribe– con una fenomenal dotación de recursos pero que, sin embargo, no podía resolver algo tan fundamental como la alimentación era un dato sobre el cual se estrellaban todas las argumentaciones de los manuales soviéticos. Este es un tema que yo después empecé a trabajar con un poco más de profundidad al estudiar el modelo económico en China. Ahí llegué a la siguiente conclusión: cuando una revolución no alcanza a alimentar a su población al cabo de un plazo razonable, digamos diez años, hay algo que no funciona ensu estructura económica y que es preciso revisar con la mayor urgencia. En Cuba eso ha sido un problema crónico durante más decincuenta años, agravado por el bloqueo, pero que recién con los «lineamientos» (2011) comienza a ser cautelosamente puesto en cuestión. Y, debo decir, que las críticas al interior del Partido Co- munista cubano y algunos sectores de la alta burocracia estatal, son muy fuertes en relación al ritmo muy lento de implementación deesas reformas. A comienzos del año 2021 se llevó a cabo la unificación monetaria, una necesaria «desdolarización» de la economía cubana la cual no por ello dejará de producir, por lo menos en una primera etapa, impactos regresivos en materia de acceso a bienes y en la distribución del ingreso. Confío en que las variables macroeconómicas se acomodarán y las cosas van a mejorar, aunque las tenazas del bloqueo hacen que todo sea inmensamente más difícil. Retorno a tu pregunta: cuando fui a la Unión Soviética en 1979 me di cuenta enseguida de que había problemas gravísimos y que no estaban siendo enfrentados. Es más, yo vuelvo de Moscú y Leningrado con un profundo pesimismo, pensando que todo aquello estaba al borde del derrumbe. Para colmo, en esa fecha las dictaduras estaban en su apogeo y yo veía que la Unión Soviética se venía abajo, aunque no podía decir cuánto tiempo insumiría ese proceso, pero que se venía abajo se venía abajo, porque era imposible de detener, como efectivamente después se demostró. Yo pensé que ese desplome se produciría antes, pero me equivoqué; la Unión Soviética probó tener una fortaleza notable, lo cual no

debería sorprendernos. Pero volviendo al eje fundamental, ¿por qué es importante el tema de la planificación ultra centralizada de la economía? Bueno, porque creo que en el caso de la Unión Soviética se la adoptó, por muchas y muy comprensibles razones dada la guerra civil que estalla inmediatamente después del triunfo de la Revolución. Lo que se hizo fue «hacer de necesidad virtud», para usar la expresión de Rosa Luxemburg, y lo que era una condición ineludible a la salida a la Primera Guerra Mundial en la que hubo que estatizar todo porque no había nada, porque la burguesía se iba, huía o pasaba a las filas de la contrarrevolución, tiempo después esa política, adoptada por imperio de las circunstancias se transformó en una propuesta virtuosa, en «el modelo económico» para todas las transiciones socialistas. Las medidas de corto plazo para neutralizar la insurrección de la burguesía acicateada por los gobiernos occidentales cristalizaron en un nuevo ordenamiento económico que produjo una metamorfosis del socialismo y lo convirtió en un estatismo descontrolado. Sobre todo, cuando Stalin decide la colectivización forzosa de la agricultura, experimento que terminó en un fracaso rotundo porque si hay algo que debe garantizar, o que podría haber garantizado la Unión Soviética (que incluía repúblicas que hoy son independientes como Ucrania, Georgia) era la capacidad de alimentar a la población, aunque sea mínimamente y ese objetivo no se logró pese al enorme costo social del proceso. O cuando Stalin avanza en la industrialización de la Unión Soviética logrando, en este caso, un éxito extraordinario (que es injustamente olvidado o subestimado en muchos análisis, inclusive hoy día), sin que esto implique desconocer las tremendas consecuencias sociales de ese proceso. Pero le industrialización fue un factor decisivo que le permitió a la Unión Soviética derrotar a la invasión de los nazis, ¡menudo detalle!

En este punto hay que reabrir la discusión sobre lo que es el campesinado, la masa campesina y su papel en la producción de alimentos en los procesos de transformación social. Es conocida la gran desconfianza que Marx y Engels tenían en relación con el

campesinado. Ellos eran europeos occidentales, cultos, urbanos (aparte de varones, héteros, etc.), y no podían siquiera imaginar lo que podría ser el protagonismo campesino en la revolución. Pero, en sus últimos escritos («El porvenir de la comuna rusa») atento al desplazamiento del centro de gravedad de la revolución desde Europa Occidental hacia Oriente (China, India, etc.), Marx inicia un recorrido que lo llevará a valorizar la posibilidad de un papel diferente del campesinado. Lo que él y Engels tenían en su cabeza era la reacción monárquica y contrarrevolucionaria de un sector de los campesinos franceses en *La Vendée* (1793 -1796), más que cualquier otra cosa. Incluso un pensador como Gramsci, que le dedicó al tema del mediodía italiano algunas de sus mejores páginas, insistía en la sujeción conservadora de las masas campesinas. En el norte de Italia, estas están sometidas por el clero que las dirige y organiza; en el sur, en el Mezzogiorno, en cambio, el campesinado es una «inmensa disgregación social» controlada por los grandes latifundistas y la iglesia. En el largo plazo, Marx y Engels tenían razón, pero no se hace política con tendencias a largo plazo. Lenin, compartía la visión de los fundadores, pero tuvo que reconocer que sin el campesinado nucleado por los «eseristas» la revolución moriría de hambre y granjeó importantes concesiones al campesinado, mismas que funcionaron en un grado menor de lo esperado. Si Lenin actuó así fue porque, como tantas veces lo dijo, Rusia era un inmenso océano de campesinos que rodeaban a un pequeño archipiélago de obreros industriales afincados en unas pocas ciudades. Por eso, la alianza obrero-campesina, descartada *a priori* por Marx y Engels, se impuso como una necesidad para el triunfo de la revolución. Lenin, al igual que Mao y Ho Chi Minh después, tuvieron que nutrirse en esa heterodoxia porque de no hacerlo habrían abortado las revoluciones que estaban dirigiendo. Marx y Engels decían que, debido a la «idiocia de la vida rural» [sic] con los campesinos no tenemos nada que hacer, no podemos hacer nada; pero Lenin, Mao y Ho Chi Mihn les corrigieron la plana a los fundadores diciendo, al revés, que sin ellos nada podría hacerse. Lo mismo puede decir-

se de Fidel y la lucha del Movimiento 26 de Julio, en donde la base obrera urbana fue menos importante que el campesinado en la mayor parte del proceso que condujo a la derrota de Batista. Pero allí donde Stalin quiso avanzar un paso más y colectivizar o, mejor dicho, estatizar a la agricultura, tropezó con hábitos y tradiciones ancestrales del campesinado, su proverbial apego a las costumbres, su radical desconfianza de las elites urbanas, aunque fuesen revolucionarias, y el experimento terminó en un rotundo fracaso. Mao intentó lo mismo que Stalin, pero a poco andar se dio cuenta de que los resultados no serían los esperados, redujo la marcha e intentó cambiar de rumbo, pero no pudo evitar los problemas del suministro de alimentos y lo pagó con una tremenda hambruna, entre 1959 y 1961, supuestamente la mayor padecida por China a lo largo de toda su historia, si bien hay que decir que los números están sujetos a mucha controversia. Los vietnamitas aprendieron de estas dos lecciones, como también lo hicieron los chinos bajo Deng Xiaoping y liberalizaron considerablemente la producción agrícola dejando que los campesinos produjeran lo que quisieran, estableciendo empero condiciones muy flexibles para garantizar el abastecimiento de la población, pero sin inmiscuirse en el proceso agrario con rígidas fijaciones de precios, tipo y volúmenes de producción, formas de comercialización ni nada por el estilo. El resultado: ambos países, China y Vietnam no sólo logran alimentar plenamente a su población, sino que, en ciertas ramas de la agricultura, producen excedentes alimentarios que exportan al resto del mundo. En la Unión Soviética todo terminó en un desastre agrario de gigantescas proporciones, convirtiendo a vastas regiones productoras de alimentos en importadores netos de los mismos.

Dicho esto, habría que añadir que no toda la política económica de Stalin fue un fracaso. Más bien, el éxito en materia industrial fue realmente extraordinario, habida cuenta de las durísimas condiciones bajo las cuales operaba la economía soviética después de la cruenta Guerra Civil (1918-1922 aproximadamente), la masiva destrucción material y humana

ocasionada por la Segunda Guerra Mundial y la permanente hostilidad de las «democracias occidentales» que, Guerra Fría mediante, obligaron a la Unión Soviética a destinar una parte sustancial de su producción a la defensa, lo que introdujo profundas distorsiones en su economía. En suma, hay que reconocer que fuera del agro este modelo logró funcionar razonablemente bien durante un periodo bastante extenso: se construyeron millones de viviendas, cientos de miles de escuelas y hospitales, se desarrolló una importante infraestructura de transporte en la Unión Soviética. En suma: el país más atrasado de Europa, el que a comienzos del siglo XX tenía la mayor proporción de analfabetos se convirtió, cuarenta años más tarde, y pese a los ataques recibidos y la catástrofe de la guerra, en la vanguardia en la exploración espacial, el primero en lanzar un satélite artificial y el primer hombre al espacio.

A. M. *¿Hasta cuándo funcionó bien en tu opinión?*

A. B. Hasta la Tercera Revolución Industrial y Tecnológica, en los años sesenta, porque el transistor, la informática, la computación, todo eso empieza a finales de los cincuenta, a principios de los sesenta, y ahí la Unión Soviética se queda enganchada en el viejo modelo de desarrollo de las fuerzas productivas, en una planificación basada en el fordismo: uso intensivo de mano de obra, línea de montaje, producción extensiva a gran escala y completamente estandarizada. O sea, hay dos colores, blanco y negro, cuatro tamaños de zapatos, pequeño, mediano, grande y extra grande y no hay más nada, en contra de lo que iba surgiendo en ese momento que era una producción altamente segmentada y parcializada para mercados muy segmentados. A ver: automóviles y camiones *taylored* para cada necesidad, máquinas para procesos muy específicos, computadoras de equis cantidad de variedades, teléfonos celulares, todo eso empieza de modo muy incipiente en aquellos años, pero hoy todo esto ya es moneda corriente. Hoy no es ninguna novedad, pero en aquel momento, era muy importante y esto suponía una capacidad de absorción de estas nuevas tecnologías que la Unión

Soviética no lo pudo hacer en el terreno de la producción civil, aunque sí lo hizo en el de la producción militar, porque si no los hubieran pasado por encima.

En una palabra, cuando se viene con toda su fuerza la Tercera Revolución Industrial, el salto del fordismo al toyotismo, o a la automatización y la informatización, la Unión Soviética no tenía condiciones –ni económicas ni políticas– para darlo, y allí comenzó a perder terreno, insisto, en la producción civil. Es que el tránsito al toyotismo y la automatización tiene prerrequisitos y consecuencias políticas, sociales y económicas que apuntan a la misma dirección: la descentralización del proceso decisional en todos sus niveles y la erosión del carácter piramidal de la estructura de poder, algo inadmisible para la dirigencia soviética y para un sistema unipartidario signado por un absoluto y esterilizante verticalismo. Por eso es que hay que hilar muy fino y no decir simplemente que el modelo económico soviético «fracasó». Tomando en cuenta todos los factores antes mencionados, es más apropiado decir que hubo una combinación entre fracaso, endógenamente generado, y una derrota propinada desde afuera. No pudo dar el salto tecnológico por limitaciones internas, pero también por la agresión imperialista, exacerbada en los años de Ronald Reagan con la «Guerra de las Galaxias»[44]. Pero antes hizo del país más atrasado de Europa la vanguardia del proceso tecnológico mundial en áreas claves como la aeroespacial y otras relacionadas con la industria militar. Pero no tenían condiciones económicas (internacionales y domésticas) para poder cambiar el paradigma productivo y eso provocó su crisis final. Los intentos

[44] Recordemos que esta agresión no sólo continuó, sino que se exacerbó una vez desintegrada la Unión Soviética. Rusia acabó con el comunismo, instaló una economía de mercado, se abrió al capital extranjero y la globalización, disolvió el Pacto de Varsovia, procuró integrarse a la OTAN, pero la beligerancia de EE.UU. y los gobiernosvasallos de Europa se acrecentó. La crisis en Ucrania, que se desenvuelve cuando este libro está en su revisión final es prueba de ello. Todo el mundo tiene derecho a la seguridad nacional menos Rusia, no importa si gobernada por un régimen comunista o por una oligarquía capitalista.

de Mijail Gorbachov fueron desacertados y carentes de una visión estratégica dado que aquél jamás fue consciente de que la intención de Estados Unidos no era sólo derrumbar a la URSS sino desmembrar a Rusia, cosa que quedó en evidencia con la imparable expansión hacia el Este de la OTAN y la guerra en Ucrania. Sus concesiones a Occidente sólo sirvieron para prolongar la agonía de la URSS más no para evitar su implosión.

A. M. *Y esa fue una imposición externa, ¿no?*

A. B. Por supuesto, con la lucha de clases que también se da en el plano internacional y que obligó a la URSS a hacer un gasto fenomenal en defensa. Por eso se produce el derrumbe después de los ochenta, como te dije, cuando Ronald Reagan eleva de modo exorbitante la apuesta con la «Guerra de las Galaxias», y ellos no pueden seguirle el ritmo. Por eso Vargas Llosa dice que Reagan merece todo el reconocimiento de los «amantes de la libertad», porque fue el hombre que realmente derrotó a la Unión Soviética, aunque su desintegración se consumara años después de que el actor de reparto abandonara la Casa Blanca. Pero en la industria militar las cosas fueron diferentes, y hoy, es evidente hasta para un ciego que en ciertas ramas Rusia aventaja a Estados Unidos. Por ejemplo, en misiles hipersónicos y también en ciertos campos de la informática. Un experto en cuestiones militares me comentó hace unos años que el nivel de sofisticación tecnológica que tenían los aviones soviéticos era impresionante, superior a los que Occidente tiene en la OTAN. Hoy es igual. Los aviones caza rusos de hoy, el Sukhoi Su-27 o el MiG29, o el clásico fusil de asalto soviético, modernizado como está, el célebre Kalashnikov, son armas que no tienen rivales en Estados Unidos y Europa. Pero cuando de la industria militar pasabas a la civil te encontrabas con automóviles como el Lada que era una versión del FIAT italiano de los años setenta. En suma: por razones de seguridad nacional y defensa, la súper tecnología no se derramaba más allá de los confines de la industria militar, pues no tenían excedentes financieros para volcar a la producción de bienes de consumo para los civiles.

Allí iba lo que sobraba de la producción militar. No podía ser, y no era, una industria de consumo masivo para doscientos ochenta y siete millones de soviéticos (1990). Era una industria que tenía un solo comprador que era el Ejército Rojo, por lo tanto, era muy fácil de establecer un modelo de producción basado en la necesidad de ese sector, cambiante por supuesto, pero era algo que no respondía a las necesidades múltiples y diversas de una sociedad cada vez más compleja, con demandas infinitas, sino a la necesidad impostergable y vital de un solo comprador: el aparato militar soviético.

A. M. *Bueno, en Estados Unidos el motor del modo de producción ha sido el complejo militar industrial, la contraparte es que a ellos no les importa los trescientos millones de personas que no coman, en todo caso.*

A. B. Claro, pero no se les plantea el dilema porque tienen una de las agriculturas más productivas del mundo, si no la más productiva. Y, además, el mercado interno, aparte del complejo militar-industrial (y agregaría: financiero), siempre fue muy importante para Estados Unidos, un país con condiciones privilegiadas y que, después de la Segunda Guerra Mundial, a través del dólar logró, como decía Samir Amin, que casi todo el resto del mundo financiara sus déficits y el consumo de su población. Eso nadie más lo tiene y hasta el día de hoy sigue siendo una gran ventaja, aunque el retroceso de este predominio ya es inocultable.

A. M. *La Unión Soviética tenía que atender los dos frentes.*

A. B. Los dos frentes, así es. Y en el marco de una Guerra Fría que le provocó inmensos problemas económicos de todo tipo, algo que siempre debe ser recordado. Por lo tanto, lo que llegaba a la economía civil era lo que sobraba de la militar; primero se satisfacía a la industria militar (porque si no el país habría sido arrasado por Occidente), y el resto, lo que sobraba, se repartía entre los 262 millones que, según el censo de población de 1979, vivían en la Unión Soviética. Pero insisto en algo que dije antes:

para absorber o incorporar esa renovación tecnológica se requería un grado de descentralización administrativa y económica muy superior a lo que la dirigencia soviética estaba dispuesta a conceder. El nuevo paradigma tecnológico que sustituía al fordismo no sólo exigía cuantiosos recursos económicos y financieros, que la Unión Soviética no tenía, sino que también requería empoderar (para usar una palabra que mucho no me gusta, pero que transmite la idea correctamente) a los directores de las empresas estatales, a los sindicatos obreros, a los trabajadores que estaban involucrados en los procesos productivos de las empresas estatales y revertir la rígida jerarquía burocrática establecida por la nomenclatura y los organismos centrales de planificación. Tenías que llevar el socialismo a las fábricas y a las empresas del Estado, y eso, establecía un límite infranqueable para el grupo dirigente, justificado con el pretexto de que tal cosa implicaría un «retorno al capitalismo». Pero en los hechos, ya desde los años sesenta, la Unión Soviética había lenta y parcialmente comenzado a retornar al capitalismo, cosa que el Che advirtió con absoluta claridad en las minutas de sus reuniones con su equipo de trabajo, y que hace apenas unos años se publicaron en La Habana con el título *Apuntes Críticos a la Economía Política*, donde destrozaba los *Manuales de Economía Política* de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética. Toda esta situación ejemplificaba la certeza de las tesis de Marx, Engels y Lenin de que la construcción del socialismo requería una revolución mundial, cosa que no se produjo.

Ante semejante condicionamiento, ¿qué debería haber hecho la Revolución rusa?, ¿la Unión Soviética? ¿ponerse de rodillas e implorar al capitalismo de Occidente que la auxiliara, como hicieron Gorbachov y Boris Yeltsin? El resultado se vió a poco andar: una catástrofe. Los chinos demostraron que sí había una alternativa, compleja, preocupante, es cierto, pero que al menos sirvió para consolidar la revolución, si bien, por senderos inexplorados y de incierto desenlace. Pero todo indica que, entre Gorbachov-Yeltsin y Deng, no hay dudas de que el segundo salvó a la Revolución china, y el primero, rifó o entregó a la rusa. Es

cierto que la Unión Soviética como construcción política no tenía la consistencia de China: era un mosaico de cien nacionalidades que se mantenían unidas en muchos casos contra su voluntad y gracias a una activa y eficaz presencia del Estado y la obediencia que se derivaba de un aparato de coerción y control altamente desarrollado; lo mismo puede decirse del Pacto de Varsovia, que ni bien se derrumbó la Unión Soviética, produjo el lamentable espectáculo de elites burocráticas corriendo para indignamente ponerse al servicio de Washington y los países europeos. China no tuvo ni tiene esos problemas, por eso pudo mantener el curso de la revolución y el control político en un contexto de apertura económica, pero sobre la base de un estado muy fuerte, bien organizado que evitó el despliegue de las tendencias centrífugas que liquidaron a la Unión Soviética. Por eso esta, atacada desde su nacimiento en la gesta de octubre de 1917, sobrevivió a duras penas, como pudo, y el resultado fue un despotismo burocrático que se reforzó con la consolidación del estalinismo y cuya prolongada inercia le impidió, ante los desafíos de la Tercera Revolución Industrial tener una respuesta adecuada ante este inédito desafío.

No obstante, ello, en el balance internacional la mera supervivencia de la Unión Soviética, más allá de su deformación burocrática, tuvo un efecto positivo, cosa de la cual ya hemos hablado extensamente en esta entrevista.

A. M. *¿Esa deformación burocrática se la atribuís a Stalin o a lo que vino después?*

A. B. En efecto, viene con Stalin, pero a su vez es producto de las circunstancias históricas porque Stalin no es un monstruo que de repente irrumpe en el Ballet Bolshoi. Es un tipo cuyo ascenso es producto de las circunstancias históricas de ese momento –en Rusia y fuera de ella–, donde no había muchas formas de enfrentar una situación como la que acosaba a la revolución sin apelar a algunos recursos que no eran los que nosotros hubiéramos deseado. Ante una oposición radical, dispuesta a una violenta restauración del zarismo y del viejo orden y que contaba con el

apoyo integral de Estados Unidos y los países europeos, esperar que la dirigencia soviética actuase con «mano blanda» y apelara al diálogo era una monumental ingenuidad. Conviene aquí recordar un aforismo de San Ignacio de Loyola: «En toda fortaleza sitiada, cualquier disidencia es traición». Fijate las dificultades que en un proceso que apenas si podría llamarse moderadamente reformista tiene un presidente como Alberto Fernández ante una oposición que lo ataca sin piedad y con todas las armas a su alcance. Imaginate lo que fueron los ataques en contra de la dirigencia soviética y Stalin en los finales de los años veinte y treinta. Entre nosotros, para desarticular las tentativas contrarrevolucionarias, Fidel en Cuba tuvo que aplicar políticas muy duras, que no eran las que prefería, pero eran las únicas eficaces para desbaratar los planes del imperio.

A. M. *¿Como por ejemplo?*

A. B. Los juicios sumarios a los torturadores, a la policía secreta de Batista, los responsables de tantas masacres de luchadores populares y gentes del común. Después, en el sonado caso del General Arnaldo Ochoa Sánchez, un héroe de la República de Cuba y miembro del Comité Central del partido que junto al coronel Antonio de la Guardia, el capitán Jorge Martínez Valdés y el mayor Amado Padrón fueron sorprendidos en una gran operación de narcotráfico. Se los sometió a un juicio que duró más de un mes y finalmente, ante la contundencia de las pruebas, fueron condenados a muerte por un tribunal militar que examinó su caso otorgándoseles todas las garantías del debido proceso. Fidel lo último que hubiera querido en su vida era someter a juicio a Ochoa, un hombre a quien admiraba. Pero si Washington, que estaba al tanto de sus fechorías, veía que nada menos que un general de las FAR gestionaba una red de narcotráfico ante la complacencia de La Habana, Cuba sería acusada de cómplice de narcotráfico lo que le brindaría en bandeja de plata a Estados Unidos la posibilidad de invadir, o agredir militarmente a la Isla.

Pero volviendo a lo de Stalin, hay que recordar no sólo sus horrores, sino también que tuvo otro logro histórico: la alfabetización universal. Y esto no es una cuestión menor en el país más iletrado de Europa al comienzo de la Revolución rusa. Esta enseñó a leer y escribir a 200 millones de personas y, además, deformaciones burocráticas aparte, todos tenían acceso a condiciones mínimas de vida (salud, educación, vivienda, etc.), que todavía hoy no están garantizadas en muchos países del mundo. Por ejemplo, en la India, que a veces es presentada como la más grande democracia del planeta hay 700 millones de personas que no tienen acceso a desagües cloacales, y muchos de ellos, tienen que hacer sus necesidades en la calle o en el campo. Por eso, cuando uno llega a la India y viene la época de los monzones, más o menos con el agua se tapa todo. Pero después, cuando hay ocho meses de seca, aquellos excrementos se pulverizan y entonces vos sentís en la piel, labios, nariz algo en suspensión: son las inmundicias que bajo el sol ardiente se convierten en polvo fecal que se levanta de la superficie de la tierra, el viento las traslada de un lugar a otro y producen toda clase de enfermedades gastrointestinales. De paso: el problema del agua y los desechos cloacales en la India es una catástrofe gigantesca que la prensa burguesa oculta cuidadosamente. China, con su revolución socialista, lo resolvió por entero. La India no. En la Unión Soviética acabaron con eso. Y, además, volviendo al tema de los avances tecnológicos, en los capitalismos la introducción actual de la robótica o cualquier otra tecnología ahorradora de mano de obra no es problema. La gente cae en el desempleo y el capital transfiere esas pérdidas globales al Estado de bienestar, cuando existe, o deja a la gente en la calle, como en Estados Unidos. Pero allá en la Unión Soviética había que darle empleo a todo el mundo. En el capitalismo la cosa es muy fácil: introducís una máquina, despedís diez o veinte obreros y a otra cosa porque se socializa la pérdida vía el Estado y sus políticas sociales o, sino, los despedidos caen en la indigencia y sanseacabó. Eso no se podía hacer en la Unión Soviética y, por eso, todo resultaba mucho más difícil.

Cuba tuvo que copiar aquel modelo soviético, porque cuando se le corta toda la vinculación con Occidente, con Estados Unidos, con América Latina, lo único que podía hacer era sellar un pacto con el llamado COMECOM (Consejo de Ayuda Económica Mutua, en ruso) el mercado común de los países socialistas que, al igual que el de la Unión Europea o el Mercosur, exigía respetar ciertas normativas. Entre ellas, la de adecuarse lo más posible al modelo soviético de estatización total de la economía. Algunos países, como Polonia, pudieron zafar un poco de eso, especialmente en la agricultura, pero los cubanos tuvieron que hacerlo porque ellos no tenían condiciones mínimas como para desviarse de esa pauta. La traducción de eso fue un veloz giro hacia la estatización total de la economía. Esto se reflejó en cosas tan absurdas como la creación de empresas para producir vestidos de novia, o la estatización total de las barberías y peluquerías, algo que hace unos pocos años fue abandonado por completo. Este proceso comenzó a mediados de los años sesenta, pero adquirió un ritmo frenético cuando Fidel lanza la ofensiva revolucionaria, el 13 de marzo de 1968, aplicada al día siguiente y que, en poco tiempo, logra la estatización total de la economía cubana. El fracaso de la zafra de 1970 era previsible y tuvo un efecto desmoralizador muy grande por un tiempo. Además, Cuba había entrado de lleno en el modelo económico soviético y eso trajo no pocas complicaciones. Sin embargo, hay que decir que, a diferencia de los países de Europa oriental, Cuba siempre mantuvo una gran independencia en materia de política exterior. Lo que no hacían Polonia y otros países del Este por temor a la reprimenda de Moscú, cuando no la pura y llana represalia soviética como las invasiones a Hungría y Checoslovaquia lo hacía La Habana desafiando las iras de Moscú. Por ejemplo, su crucial intervención en las luchas contra el *Apartheid* en el África meridional y en la guerra civil de Angola, cuando Fidel respondió al pedido de ayuda de la dirigencia revolucionaria de ese país y logró inclinar definitivamente la balanza en contra de los racistas sudafricanos, cosa que Nelson Mandela se encargó de agrade-

ceren innumerables ocasiones. La decisión fue de Fidel y, en todo caso, de la dirigencia del partido. Podés tener la más absoluta seguridad que esta política jamás fue consultada con Moscú. Es más, la URSS presionó en vano a Fidel para que abandonara esa política que muchos en el Kremlin juzgaban como «aventurerismo tercermundista».

A. M. *Vos estabas en Chile todavía cuando pasó lo de la zafra.*

A. B. Sí, corría el año 1970, estábamos muy, muy pendientes de eso y expectantes de que si se lograran cosechar los diez millones sería un gran alivio para Cuba. Pero creo que llegaron casi a los ocho millones, más o menos, o sea fue una derrota muy significativa. Pese a que Fidel y el Che Guevara siempre habían sido muy escépticos acerca de lo que estaba pasando en la Unión Soviética, el fracaso de 1970 no le dejó demasiadas salidas más que profundizar su vínculo con la Unión Soviética y el COMECOM. Además, imposible de olvidar, el bloqueo contra Cuba se iba haciendo más sofocante a medida que pasaba el tiempo y esto le restaba espacios de maniobra a la dirigencia cubana. Bien, estrecha relación con los países del COMECOM, buenos precios para el azúcar cubano y otras ventajas. Pero ¿cuál era el problema? Eso se vio a finales de los ochenta cuando comienza a derrumbarse el mundo socialista, el «socialismo real» del Este europeo y la Unión Soviética. Ante esa hecatombe económica y política la Revolución cubana quedó completamente aislada del mundo, de las corrientes del comercio internacional. Pero, logro mayor, no se derrumbó, y uno podría decir: «bueno, por suerte Cuba sobrevivió a aquella catástrofe». Porque si Cuba hubiera arriado las banderas del socialismo ni vos ni yo estaríamos trabajando en estos temas y hoy el clima cultural y político de América Latina sería absolutamente irrespirable. Pese a la desastrosa autodestrucción de la Unión Soviética, Cuba se mantuvo fiel a su proyecto de construir el socialismo y esa es una deuda eterna que tenemos con Fidel y el pueblo cubano. Él mismo me contó que luego de la caída de la Unión Soviética Felipe González viajaba cada dos o tres semanas a la isla para convencerlo de que abandonase el socialismo. Le decía

cosas como: «Fidel, no seas terco, esto se acabó, no puedes seguir por este camino, y mucho menos en soledad». Fidel, imperturbable, se mantuvo firme en su postura. Si hubiera capitulado jamás habría Latinoamérica conocido ese ciclo virtuoso iniciado con el triunfo de Chávez en diciembre de 1998, ni se habría derrotado al ALCA en Mar del Plata en 2005. Pero el gobierno cubano «pecó por exceso» al quedarse aferrado a un modelo que tenía que haberse cambiado, si bien gradualmente, una vez consumado el derrumbe de la Unión Soviética. Esto de ninguna manera habría significado abandonar el socialismo. Yo creo que ahí la confusión fue creer que el socialismo era aquello que se derrumbó con la Unión Soviética, y que si se producía una apertura económica y una devolución a la sociedad de parte de las actividades económicas que habían sido monopolizadas por el Estado se acababa el socialismo. Es decir, el problema fue la siguiente ecuación: socialismo = estatización integral de la economía. Ese fue u error, que lo explicás en Rusia por las condiciones de la posguerra, la primera posguerra, haciendo de «necesidad virtud», como dije antes. Podés explicarlo en la Cuba de los setenta por el fracaso de la zafra, de los diez millones, el implacable acoso norteamericano, por el ostracismo que sufría Cuba. Pero después de la caída de la Unión Soviética, y del desplome del muro de Berlín, tendría que haberse iniciado un proceso de «reformas económicas» (expresión que, lamentablemente, aún conserva una connotación negativa en ciertos sectores de la dirigencia cubana, como si el socialismo no debería estar reformándose y reinventándose ininterrumpidamente). Esa rectificación comenzó con los «lineamientos» que recién verían la luz en 2011, y cuya aplicación integral todavía no se ha logrado.

O sea, que se perdieron casi treinta años en el marco de una economía mundial que se complejizó extraordinariamente. Pensemos nomás qué producía en los años cuarenta, o después de la guerra, si querés. Bien, producía dos o tres modelos de automóviles, producía dos o tres modelos de máquinas de escribir, producía dos o tres teléfonos, negro, blanco, horizontal, vertical (de pared) pero poco más. Hoy en día la proliferación de formas, de modelos,

de diseños, de estilos es fenomenal y obedece no solo al capricho de los productores para vender más, sino también, es respuesta a un creciente nivel de exigencia y de variedad de opciones exigidos por los consumidores, manipulados obvio, por las grandes empresas y sus gigantescas operaciones propagandísticas. Claro que la palabra consumidor en el pensamiento marxista no es de uso frecuente y tiene un tufillo desagradable, pero así nos va ¿no es cierto? Creo firmemente que es preciso distinguir por una parte la diversidad de preferencias del consumidor, y las legítimas aspiraciones de acceder a cierto tipo de bienes y servicios, y por la otra, la patología consumista que asfixia y embrutece a las sociedades. Esta debe ser combatida con fuerza, con educación, con la ejemplaridad del Estado-educador gramsciano. Pero eso no nos exime de tratar de comprender la conducta y las preferencias de diferentes categorías de personas, entre otras cosas, porque la gran mayoría de los consumidores son los obreros y trabajadores, como ocurría en la Unión Soviética, y, de hecho, ocurre hoy en Cuba. Ergo, no se pueden ignorar sus aspiraciones, deseos y preferencias.

En las últimas décadas se instaló a nivel mundial un nuevo modelo de consumo asentado sobre un clima cultural e ideológico diferente donde, por ejemplo, la liberación femenina aparece como un dato muy importante, lo cual no es un tema menor. Aparecen los jóvenes como protagonistas de primera línea, o las identidades de género, o grupos étnicos, o etarios, o categorías profesionales: o sea, una multiplicación de nuevas demandas, altamente segmentadas, que dan paso a nuevas exigencias económicas en materia de diseño, producción y venta de bienes y de servicios altamente diversificados. El rígido e hípercentralizado modelo soviético no tenía condiciones de leer –y mucho menos de satisfacer– una demanda diversificada en tan alto grado.

Hay todavía un problema más de fondo que los chinos resolvieron primero (los vietnamitas lo hicieron después), y es reconocer que un sistema económico –sea socialista o capitalista, lo que quieras– no puede funcionar tan solo sobre la base de in-

centivos morales o políticos. Esto hasta el propio Che Guevara lo decía y es importante subrayarlo porque, a veces, se lo presenta como un profeta de los incentivos exclusivamente morales y políticos y no es así. No podés decir vamos a construir el socialismo a partir de transformar a sujetos deseantes y aspiracionales, en el sentido de que anhelan disfrutar de ciertos bienes o servicios, tan solo apelando a sus convicciones morales y políticas. El mundo no funciona así. El consumismo es una patología que hay que combatir, pero eso no puede hacerse a costa de la indefinida postergación de los deseos y las aspiraciones de bienestar material del común de los mortales. Repito: el Che creía que los incentivos morales tenían que combinarse, en una cierta proporción, con los de tipo material. Aunque en el mix del Che los primeros prevalecían sobre los otros, pero no los excluían. Y esto por supuesto requiere de una radical transformación en la subjetividad de las personas. Los chinos, en cambio, rebajan esa proporción y le dan más peso al incentivo material, pero también está lo otro: China como nación, el orgullo por su civilización, su historia, la necesidad de reparar la humillación de un siglo a partir de las guerras del opio, 1839-1842 y 1856-1860, iniciadas y ganadas por el Reino Unido. Por eso, pensar que la economía china se mueve solo por el incentivo material es un equívoco. Hay algo más que el mero interés egoísta; no es mucho, pero existe y esa pequeña diferencia está lejos de ser irrelevante.

A. M. *Hay otra cultura también en lo referido a los tiempos…*

A. B. Totalmente.

A. M. *Si a un chino le hablás en términos de bisnietos o un plan económico de treinta o cincuenta años lo puede entender, pero en el Occidente capitalista es otra cosa.*

A. B. En China (y te daría en gran parte del sudeste asiático) lo pueden entender y pueden estar feliz de la vida, pero no en Occidente donde tal cosa sería definida como un insulto intolerable, una «afrenta a sus libertades individuales», o una alucinada

distopía. Pero, por ejemplo, el gobierno chino lanzó a finales del 2019 un plan de reforestación del país que contempla una política que será aplicada… ¡durante los próximos cien años! La Gran Muralla la construyó la dinastía Ming a lo largo más de doscientos años. Por lo tanto, nada nuevo con el actual programa de reforestación. Y, además, recordar que ¡el gobierno de Mauricio Macri endeudó a la Argentina por cien años! O sea, que las cosas no son tan simples como parecen.

En síntesis, China consiguió hacer un buen mix cultural porque combinó el egoísmo y el afán de ganancias con un profundo sentido comunitarista y módicamente altruista casi inexistente en Occidente. Ese arraigado comunitarismo que nace de la comuna rural china, de las miles y miles de aldeas que proliferaron en ese inmenso país, hizo que la instauración del comunismo no fuese visto como una aberrante desviación de un patrón histórico fuertemente individualista, como en la zona núcleo de Occidente –el mundo nor-atlántico– y también en su extremo latinoamericano. Ahora bien, la pregunta es: ¿de dónde viene esta confianza en la eficacia de los puros incentivos morales? A mi manera de ver procede de Marx, que a su vez lo toma de Rousseau, aunque no lo haya citado, pero sin duda Marx conocía muy bien la obra del ginebrino. Y si bien diría que Rousseau no le caía bien a Marx, su teoría del «buen salvaje» lo impactó y de algún modo la hizo suya, y me parece, que esa teoría influyó negativamente en su pensamiento al suponer que la clase obrera, clase redentora de la sociedad, está compuesta por santos varones incapaces de obrar mal. Como clase, como sujeto colectivo, lo que dice Marx está muy bien, pero esto no significa que a nivel del individuo vos puedas pensar que todos son redentores, o seres angelicales e incorpóreos, movidos sólo por la contemplación del bien, la voluntad de hacerlo y la necesidad histórica de construir el socialismo. Algunas variantes del marxismo dogmático de nuestros días comparten ese error, y no dejan de sorprenderse ante la debilidad del impulso revolucionario en las masas oprimidas y explotadas por el capital. Esa visión «esencialista» de la clase trabajadora, inexorable y genéticamente

radical y anticapitalista, ha sido la fuente de innumerables derrotas políticas en Latino américa, tanto como en Europa. En ese sentido, la concepción de Engels es mucho más realista y eso se nota en su juvenil estudio sobre las condiciones de la clase obrera en Manchester. No hay en su texto lugar alguno para la idealización de los oprimidos y explotados. Por eso, un mix cultural para el socialismo del siglo XXI tiene necesariamente que contar con un componente material. No puede ser todo ideología o toda política.

A. M. *Y a esta altura con alguna evidencia histórica…*

A. B. Claramente demostrado que no somos todos redentores, ni podemos exigirle a un pueblo que esté formado por una masaenorme de apóstoles y redentores. Redentores puede y debe haberen la vanguardia; por eso, la idea de la vanguardia es tan importante en Lenin porque a esos sí le podés exigir un sacrificio que sería descabellado exigirle a la mujer y al hombre comunes. Por eso, cuando escucho expresiones de alguna izquierda muy trasnochada hablando del heroísmo del pueblo cubano, a mí se me revuelven las tripas. Su heroísmo es verdadero, como lo es el del pueblo chavista que resiste las brutales agresiones del imperio. Pero no se le puede pedir a un pueblo que se comporte heroicamente toda su vida, por décadas y décadas. El heroísmo de un pueblo no puede ir más allá de una circunstancia excepcional: una guerra o una catástrofe natural, o una crisis económica. Bien, el pueblo soviético respondió con un heroísmo fenomenal; los cubanos llevan más de sesenta años deheroica resistencia, pero la revolución le ofreció no sólo sacrificios, sino bienes fundamentales inalcanzables para la mayoría de las clases populares en otros países. Bienes como la salud, la educación, la seguridad social, el cuidado y la protección de los más débiles, la seguridad en la vía pública, el acceso a las principales manifestaciones del arte y la cultura con temporáneas, todo pese al –y en contra– del bloqueo. Pelean heroicamente por un proyecto, pero también para defender los grandes logros de ese proyecto.

Me parece en este sentido que los chinos –un pueblo milenario, con una gran capacidad de asimilación de valores de otras naciones, con un dilatado contacto con el mundo occidental desde la época de la ruta de la seda– se dieron cuenta de la importancia de ese mix y probaron. Antes, Mao había comprobado que el modelo estalinista de planificación ultra centralizada no funcionaba y dijo «vamos a otra cosa». Después, propuso «el gran salto adelante», y tampoco le funcionó. De las cenizas de su fracaso vino la «revolución cultural», que tenía muy buenas ideas, pero que fueron decodificadas incorrectamente por la juventud china. Y un pequeño error en ese país, dado lo gigantesco de su población, se convierte en un tremendo problema. Pero su propuesta era razonable: Mao quería impedir que la revolución fuese secuestrada por la burocracia y quienes se enriquecían con el éxito económico de China. Tenía razón, pero el proceso se le escapó de sus manos. A su muerte, su colaborador, Deng Xiaoping, un hombre muy pragmático se preguntó: «¿Cómo les va a los vecinos del sudeste asiático?». Vioque Japón se había convertido en la segunda potencia económica mundial, que Corea del Sur avanzaba impetuosamente y se dijo: «veamos qué podemos aprender de ellos, y después volvemos a hablar de Marx y Engels». Y su frase más célebre: «no importa que el gato sea blanco o negro, lo que importa es que cace ratones» sintetiza muy bien su pensamiento. Esa actitud no la hubo en Cuba porque, a diferencia del pragmático Deng, Fidel era un personaje quijotesco, cosa que lo torna entrañable e irremplazable. Se necesitaba un Quijote para derrotar al ejército de 70.000 hombres de Batista, pero no le pidas al Quijote que se involucre a fondo en cuestiones de cálculo económico o de patrones de consumo. El Quijote está preocupado por acabar con los gigantes: el imperialismo, los monopolios, las oligarquías, las burguesías, no con el cálculo de costo-beneficio ni las planillas Excel de una empresa del Estado, ni con el cambiante perfil de la demanda de bienes que demanda la sociedad. Además, Fidel era el abanderado de una lucha para salvar a la humanidad, no sólo para liberar a Cuba del yugo norteamericano. Su mirada y

sus preocupaciones, aunquearraigadas en la historia de su pueblo abarcaban todo el planeta. Y a eso sumaba una voluntad de hierro. Ilustra al dedillo la actitud deeste moderno Quijote el diálogo que sostuviera con su hermano Raúl luego del desastroso desembarco del Granma (más que desembarco, un naufragio, diría con sorna el Che) una vez que, dos días más tarde, se reencontraron en Sierra Maestra. Después de unemocionado abrazo se produjo la siguiente conversación:

—«¿Cuántos fusiles traes? —pregunta Fidel.

—Cinco.

—¡Y dos que tengo yo, siete! ¡Ahora sí ganamos la guerra!»

Ahí tienes al Quijote en su máxima expresión, y lo que parecíauna alucinación, inclusive ante los ojos de su hermano, con el paso del tiempo lo que dijo el Comandante se convirtió en realidad, y el Movimiento 26 de Julio ganó la guerra.

A. M. *Volviendo a Fidel y la caída de la Unión Soviética, ¿creesque necesitaba de una mirada más geopolítica?*

A. B. Y sí, porque la mirada de Fidel era más larga y profundaque la de cualquier otro; era un águila que veía más lejos y más hondo. Pero esa mirada de largo aliento de Fidel tenía como contrapartida la subestimación de ciertas cuestiones económicas básicas. Yo creo que hubo un momento cuando tendría que haber hecho ese cambio, y eso fue a finales de los noventa, cuando aparece Chávez en escena y se establecieron sólidos lazos de cooperación económica entre Cuba y Venezuela. Pero se lo desaprovechó y se demoraron otros diez años más, que se suman a los otros diez perdidos después de la caída del muro en el año 1989. Ya con Chávez en el poder tendría que haberse producido un cambio de rumbo, pero se dejó pasar una coyuntura altamente favorable y se produjolo que yo denominaría «la gran demora».

Pero, ¡atención! Se la desaprovechó para hacer la reforma económica que Cuba necesitaba, no así, para infligir la mayor

derrota política y diplomática sufrida por el imperialismo cuando se liquidó al ALCA. Pero volviendo al terreno de la economía cubana, ahora tienen que hacer cambios muy de fondo. La «unificación monetaria» que comenzó el 1º de enero del 2021 es uno de ellos, y tendrán que progresivamente abandonar algunas ideas económicas muy arraigadas porque simplemente no funcionan ni les van a funcionar. Cuba tiene un Estado muy fuerte y el peligro de que con una apertura económica contralada se pueda crear una vigorosa burguesía contrarrevolucionaria es completamente infundado. Además, en los años recientes las cosas empeoraron considerablemente en la economía mundial, agravadas en el caso de Cuba por la escalada del bloqueo, de inusitada agresividad, lanzada por Donald Trump y que ha continuado sin pausa bajo la Administración Biden. Ese tema de los cambios que tendría que haber hecho Cuba en ese momento lo expuse en detalle en mi libro *Socialismo del siglo XXI*, del 2009, pero desgraciadamente, mis advertencias (y la de muchos otros) no fueron escuchadas. O, tal vez, yo no supe transmitirlas con la suficiente claridad.

A. M. *Hay un pensamiento que se me viene con lo que me decís, por ejemplo, del maquillaje para adolescentes, para viejos, para rubios, para morochos y la necesidad de atender esas demandas. Porque es una de las grandes puntas de lanzas del capitalismo, hacer que la población incorpore demandas materiales que no pueden ser satisfechas en sus respectivos países y eso implica una movilización. Sí entiendo lo de los zapatos mediano o grandes, pero lo otro…*

A. B. Chico, mediano, grande, extra grande.

A. M. *Está bien, pero hay cosas que son necesarias y hay cosas que no, y yo creo que esa es una gran arma del capitalismo.*

A. B. Absolutamente, creando demandas artificiales. Tenés razón, y yo comparto lo que decís, creo que lo que ocurre es que en la lógica del capitalismo más que la ganancia importa el ganar, así decía Marx, ¿no? Entonces, vos ganás si recortás un mercado especial (hoy con Facebook y los algoritmos es fácil de hacer) y

lo bombardeás con dispositivos de propaganda y manipulación de conciencias que son imparables y de una enorme penetración, via las redes sociales y los medios de comunicación. Nosotros no queríamos que nuestra hija se metiera en ellas, pero no hubo modo de evitarlo: ¿por qué nos ganaron?

A. M. *Porque todo nuestro entorno, y el de tu hija, está ganado.*

A. B. Porque todo su entorno está ganado, entonces ella era la única de su clase que estaba fuera de la red de grupos de amigos que se comunicaban con el Facebook o el WhatsApp y tuvimos que arriar la bandera y a los ocho años dale con el Facebook, después el WhatsApp, y el TikTok y toda la parafernalia de la informática. Durante cinco años la mantuvimos al margen de los Mc Donalds, pero bueno, un día unos padres organizaron los cumpleañosde sus hijos allí y ella conoció por primera vez ese *fast food*. Durante un tiempo le gustó y se aficionó, pero por suerte, al poco tiempo,se desilusionó y ya no va más. Con la propaganda te crean una falsa «necesidad», pero la alienación propia de la sociedad burguesa hace que esa ilusoria necesidad se convierta en algo real. Esta esla extraordinaria alquimia de la mercancía. El capitalismo es un sistema genial para crear pseudonecesidades, aspiraciones irresistibles para adquirir superfluidades. Por algo fue allí, en Estados Unidos, donde se inventó la publicidad comercial, la propaganda y, hoy, la manipulación de las voluntades vía *big data*, los algoritmos y todo lo demás está a la orden del día para modelar preferencias políticas y no sólo apetencias de bienes de consumo. Y esto no es solamente una estrategia de mercado para vender más, sino también –podríamos decir, sobre todo–, una estrategia de dominación política; o, cuando la derecha está fuera del gobierno, para lograr desestabilización de un gobierno enemigo.

A. M. *Sobre todo, porque después del descontento viene la OTAN y todo eso.*

A. B. Vos decime si es necesario tener un teléfono que haya que renovarlo una vez al año, como hace alguna gente. Yo no lo renuevo sino cada tres o cuatro. Vos lo vas renovando cada década, más o menos [risas], pero yo conozco revolucionarios entre comillas de algunos países de América Latina que renuevan cada seis meses o un año su celular. Mi *laptop* Vaio tiene once años de antigüedad, y sigue funcionando como un balazo. Decime: ¿cuál es la necesidad de andar cambiando a cada rato? Ninguna, pero bueno, te da una pequeña prestación más y por eso la cambiás. Sí, ese patrón de consumo es una punta de lanza del imperio que te confunde, distrae, despolitiza y enturbia tu conciencia, y la creación de una sociedad mejor queda archivada, en muchos casos definitivamente. Por algo el capitalismo norteamericano creó la industria del *entertainment*; esto no es para nada casual. Es un fenomenal dispositivo de despolitización, de imbecilización de masas, de delegación inducida de la soberanía popular en manos de una clase política que el gran capital maneja casi a su antojo, salvo poquísimas y honrosas excepciones. Un brillante liberal norteamericano, Sheldon Wolin, en su último libro *Democracia, S.A.*, sostiene que en su involución las democracias contemporáneas requieren la «desalfabetización» de sus poblaciones y cegar las fuentes de su memoria colectiva, tareas a las cuales se dedican con todo empeño. Bien, pero ¿cómo se contraataca eso? Hay que dar una gran batalla ideológica que es lo que Fidel propuso hace tiempo; pero para ser efectiva tiene al mismo tiempo que ser una batalla económica. Si yo tuviera que decirte dónde creo que se equivocó Fidel (y no te tengo que explicar lo que quise y admiré a este gigante histórico, que me honró con su amistad y me educó con sus consejos), siendo un hombre sabio, inteligentísimo y muy culto, fue creer que con la batalla de ideas iba a poder contener esa deformación actitudinal y valórica que segrega la cultura del capitalismo. Y no, no era suficiente, no se podía. Porque, a pesar

de laeducación política que existe en Cuba, de su cultura política («cultura», en el sentido más estricto del término), y por paradojal que parezca «la isla no está aislada», no está herméticamente sellada para contener y rechazar los influjos indeseables de la mal llamada «civilización del capital». Esto podría haber sido logrado antes de la aparición de la Internet, pero hasta cierto punto debido a los contactos con los familiares residentes en Estados Unidos, el turismo, los viajes de cubanos al exterior, los intercambios culturales y académicos, etcétera); pero con la generalización del acceso a la Internet todos los componentes de ese nefasto sistema cultural: individualismo, egoísmo, consumismo, exaltación del «modelo americano », propaganda, *fake news* y toda la basura mediática penetraron también en Cuba. Se trata de un nuevo Playa Girón, pero ahora con las poderosas armas de la Internet y lainteligencia artificial. Por eso era necesario combinar la batalla ideológica con otra de carácter económica que produjera algunos bienes que la sociedad demandaba y esto, obviamente, requería de una «reforma económica» que recién se está comenzando a implementar. Sé que en ciertos círculos la expresión «reforma económica» no suena cae muy bien en Cuba porque suena a «reformismo», y por eso se apela a un eufemismo, *Lineamientos,* para significar lo mismo. O a veces, se habla de «actualización»: un cambio en el modelo económico, un abandono de la planificación ultracentralizada a favor de una «liberalización económica controlada», que es lo que existe –en diversos grados– en Vietnam yen China, y que no debe confundirse con lo ocurrido en otros países cuando se habla de «liberalización». No existe la menor posibilidad de que se instaure un «reformismo neoliberal» en Cuba, salvo por la vía de un triunfo de la contrarrevolución, perotal cosa está fuera del horizonte actual. No obstante, en el planodiscursivo tanto palabras como «lineamientos», como «actualización» me parece que no ayudan a que se tome conciencia de la gravedad de la situación y de la necesidad de actuar sin mayores demoras. No se me escapa que esto es muy fácil de decir, pero muy difícil de hacer porque el criminal bloqueo que Cuba ha sufrido a lo largo

de todo el proceso revolucionario, mismo desde el 1º de enero de 1959, erige obstáculos formidables a esas iniciativas innovadoras. Pero habrá que ver el modo de implementar a fondo los *Lineamientos* porque, de lo contrario, la revolución corre el riesgo de ir erosionando su legitimidad y sembrando las semillas de una oposición cada vez más amenazante, teledirigida, organizada y financiada desde Miami.

Resumiendo, y tomando todas esas variables en consideración, podría concluirse que un modelo de planificación ultra centralizada sólo podría funcionar para una sociedad muy simple y con una economía de un elemental grado de desarrollo. Pero Cuba es una sociedad compleja, con elevados niveles de educación, con notables indicadores de salud pública, muy integrada a través de una densa red de relaciones familiares y de amistad con habitantes de Estados Unidos y el resto del mundo. Por consiguiente, si bien Cuba no es una economía desarrollada, el nivel de sus demandas societales tiene menos que ver con la situación doméstica y mucho más con los influjos que brotan del capitalismo como sistema internacional. Por ejemplo: los adolescentes y los jóvenes, en cualquier gran ciudad, sea esta Buenos Aires, México, La Habana, Río de Janeiro, Berlín, Roma, Nueva York, Los Ángeles, Seúl, Shanghai, Hanoi, Tokio, Lagos o El Cairo tienen un perfil de demandas muy similares: se visten igual, comen prácticamente lo mismo, muy similares son sus reuniones, los sitios de encuentro y sus entretenimientos, escuchan la misma música, bailan ritmos similares, se relacionan con el mundo exterior, con la sociedad y sus amigos, a través de *smartphones* y, en su gran mayoría, detesta la política y son presa fácil del discurso de la «antipolítica». Los aparatos de propaganda y de hegemonía del capitalismo a nivel global segregan continuamente ideología política (exaltando el individualismo, repudiando las estrategias colectivas o comunitarias, alentando el desprecio por la política), al paso que estimulan demandas específicas que alientan el consumo de cierto tipo de bienes y servicios. Esto hace que jóvenes que viven en cualquiera de las ciudades antes indicadas sientan la necesidad de satisfacer sus demandas con los

mismos productos, inclusive a los mismos precios, que se pagan en el mundo desarrollado. ¿Cómo combatir esta aplanadora cultural creada por la «civilización del capital»? Este es un desafío que va mucho más allá de lo meramente económico, porque se trata de una cuestión ideológica y política pero que, inevitablemente, requiere aun así de una respuesta económica que sustente esta reacción ante ese proyecto de avasallamiento cultural.

A. M. *Vos decías que en un momento empezaste a estudiar un poco el proceso chino, tanto la Unión Soviética como China son dos países o conjunto de países con una población numerosísima, por lo que vos comentabas de la Unión Soviética eso en un momento jugó en contra por los niveles de economía centralizada, por el nivel de centralización de la economía; en China, lo poco que yo sé, lo que he estado leyendo y estudiando, una de las grandes fortalezas de China es la cantidad de población pensada en términos de mano de obra, de producción, ¿cuál es la diferencia entonces*? ¿Qué papel juega para *vos la cantidad de población en el desarrollo de esas economías?*

A. B. Yo creo que el tema de la población es un asunto muy serio y bifronte: bajo ciertas condiciones puede ser una ventaja, pero bajo otras una tremenda desventaja. No hay una relación lineal, no podés decir mucha población es bueno, poca población es malo. Tomemos el caso de la India, que en los próximos años llegará a tener una población de más de 1.400 millones de personas, desplazando a China del primer lugar como el país más poblado del mundo. Bien, ¿cómo resolver el ya mencionado (y grave) problema del alcantarillado, los desagües cloacales, ante una población de semejante magnitud? Es más sencillo que lo resuelva Paraguay, por ejemplo, que tiene a unos dos millones y medio de personas en esa situación que la India en donde poco más de setecientos millones padecen esa carencia. Por lo tanto, el tamaño absoluto de una población cuenta, no es un asunto trivial. Patricio Echegaray me contó que un conferencista chino que nos visitaba en la Argentina hizo un urgente llamado a la sobriedad al

público que lo escuchaba y que celebraba los grandes avances de la economía de aquel país. El estudioso recordó a sus oyentes que «un gran avance en China hay que dividirlo por 1.350 millones de personas y entonces lo que te queda es un "avancecito"; pero un pequeño problema en China se multiplica por 1.350 millones de personas y se convierte en un "problemón"».

Fue muy sabio el visitante chino, y queda flotando la respuesta a tu pregunta: ¿una gran población te ayuda o es un lastre? Si esa población puede producir con relativa eficiencia los bienes que requiera es una ayuda; si no lo hace, o si hay un fenómeno de corrupción, o existe una cierta incapacidad del Estado para controlar y dirigir las actividades económicas de la población, entonces estamos frente a un serio problema. En la Unión Soviética la gente trabajaba muy poco, digo, no era un régimen de trabajo intensivo. Se escucha a veces hablar del *stajanovismo* (método para intensificar la productividad de los trabajadores, planteado por Stajanov, un minero soviético condecorado como «Héroe del Trabajo» por su productividad). Eso tuvo su apogeo en la época de la Segunda Guerra Mundial, pero una vez finalizada la reconstrucción, ya a partir de finales de los sesenta, la gente trabajaba lo menos posible, sobre todo en ciertas áreas de la economía civil porque no había incentivos suficientes para hacerlo. En un régimen de cuasi absoluto igualitarismo salarial, ¿por qué esforzarse más de lo mínimamente necesario si de todos modos la paga será igual? En China la persistencia del confucionismo crea una ética social que, en el terreno económico, se traduce en una «cultura del trabajo» muy arraigada y que se refuerza por la tradición colectivista de la larguísima historia de las comunas rurales en China y, por otro lado, por los rigores impuestos por lo que en el marxismo se llama «despotismo asiático», que hace que la gran masa de la población –mayoritariamente de origen campesino, o sólo primera generación urbana– sepa que, o trabaja a conciencia y con ahínco, o será objeto de duras sanciones legales, pero sobre todo sociales. Nada de esto existía en los pueblos que conformaron la Unión Soviética. Cuando estuve en China, ahí en la Plaza

Tiananmén y en la entrada a la Ciudad Prohibida hay un enorme retrato de Mao. Ante una pregunta que le hiciera a uno de los jóvenes que deambulaba por ahí y con pinta de saber algo de inglés miró al retrato y me dijo: «es el mejor emperador que hemos tenido, el único emperador bueno». Por lo que seguí conversando luego con él, el joven no era un tipo politizado ni nada. Pero para ellos la historia habla del emperador como la figura de alguien que rige sus vidas desde tiempos inmemoriales, y ahora llegó uno bueno que permitió que se accediera a condiciones de vida jamás soñadas por los chinos. Ahora tengo una motocicleta, pero pronto compraré un automóvil. Basta imaginarse la influencia que esto ejerce sobre quien, durante toda su vida, generación tras generación, no tuvo nada. El campesinado chino, que durante cinco mil años anduvo a pie, en el mejor de los casos si era más rico tenía un caballo, ahora tiene una moto, y luego tendrá su auto, gracias al gran emperador, al mejor emperador de la historia. Todo esto decanta en una disciplina laboral muy, muy fuerte, cosa que no existía en la Unión Soviética ni existe en Latinoamérica. Aclaro que me siento un poco molesto conmigo mismo a causa de estas toscas generalizaciones. En todo caso, quien hubiera ido a la Unión Soviética seguramente habría escuchado el ácido comentario que hacían colegas, pero sobre todos, los trabajadores menos calificados: «nosotros hacemos como que trabajamos y el Estado hace como que nos paga». Algo similar escuché en más de una ocasión en Cuba. Para concluir con tu pregunta: si tenés una población muy grande, muerta de hambre y encima que trabaja mal, desmotivada la productividad de la economía va a ser muy baja, haciendo muy difícil que se pueda salir del atraso. Ahora, cuando vos ponés 1.350 millones de chinos a trabajar con un estímulo muy fuerte, un mix de individualismo y un difuso nacionalismo o comunitarismo, se pone en marcha una maquinaria de una potencia económica fenomenal[45]. Si, además, haces una

[45] Leí hace poco que entre 1980 y 2020 el tamaño de la economía china se multiplicó 49 veces; la de Estados Unidos, en el mismo período, tan sólo siete, claro que partiendo de un volumen del PIB muy superior.

política de redistribución que hace que segmentos crecientes de la población abandonen la pobreza (800 millones en los últimos treinta y cinco años) y, por lo tanto, ingresan al mercado de consumo y comienzan a adquirir bienes el modelo entra en un círculo virtuoso de posibilidades sin precedentes. Pese a la recesión de la economíaglobal (a partir del 2008-2009) China sigue su marcha con tasas decrecimiento anual del orden del 7 por 100 gracias al dinamismo que le imprime su mercado interno y esos 800 millones que salieron de la pobreza y comenzaron a consumir. El FMI pronosticó que en el 2020 el PIB las principales economías del mundo sufrirá abruptas caídas, y la predicción fue correcta. Pero China crecerá en un 2,2 por 100, y al año siguiente al 8,1 por ciento. Estas cifras son elocuentes. El 2019 fue el de menor crecimiento de China en los últimos veintinueve años, pero, aun así, la tasa de crecimiento del PIB fue del 6,1 por 100. Luego siguió creciendo mientras las demás economías industrializadas se estancan o decrecen. China redistribuye un poquito y eso le alcanza para crear un mercado al cual, de repente, se agregan 100 millones con más poder de consumo y eso dinamiza la economía gracias a la expansión de la demanda. En pocas palabras, el secreto de China es que hay un gran enclave capitalista, con una dinámica infernal, pero férreamente controlado por un estado socialista. A diferencia de lo que ocurre en otros capitalismos desarrollados, en China es el estado quien fijala dirección y el rumbo del proceso de acumulación, y quien asegura una creciente redistribución de los frutos del crecimiento económico. En Estados Unidos o en Europa el proceso es exactamente inverso: son los empresarios quienes llevan la voz de mando, y los estados se ponen a su servicio y tratan de emparchar los «males públicos» y los «daños colaterales» generados por la depredación social y ecológica del capitalismo. En Estados Unidos y Europa la batuta la lleva el gran capital; en China, el Partido Comunista. No me parece una diferencia insignificante, sobre todo cuando se habla con suma ligereza sobre el carácter «capitalista» de China.

El problema en la economía soviética, para volver a la comparación que me sugeriste, era que, después de los años sesenta, crecía muy poco y la mayor parte de ese crecimiento debía destinarse a financiar al sector militar. Entonces, no existía ese estímulo de una gran demanda agregada, como en China, y, además, porque el Estado por sí sólo no puede gestionar todo esto en soledad. Necesita la empresa privada, no sólo por los capitales, o por la transferencia tecnológica que China se aseguró, sino también, porque la función empresarial es un problema real. Es absurdo pensar que un director de una empresa estatal llena necesariamente todos los requisitos que se requieren para hacerla funcionar eficaz y eficientemente. Fidel, por ejemplo, reconocía que Cuba tenía en sus empresas estatales administradores públicos honestos y abnegados, pero tenía pocos empresarios. Eran muy buenos, pero, como me lo dijo más de una vez: «necesitamos empresarios socialistas», ¿qué quiere decir esto?

A. M. *Como el Hotel Nacional.*

A. B. Claro, como su gerente, Antonio Martínez Rodríguez, *Tony* como le llamaban sus amigos, que desgraciadamente falleció en el 2020. *Tony* fue un gerente de lujo, que sirvió al Hotel Nacional, pero que hubiera conseguido trabajo en cualquiera de las principales cadenas hoteleras del mundo. Era un hombre que estaba permanentemente pensando cómo mejorar, día a día, los servicios que prestaban en el hotel. Siempre buscaba la innovación, la recreación, nunca se estancaba, estaba en todo, creó una moral de trabajo fabulosa en ese hotel. A eso se refería Fidel cuando reclamaba «empresarios socialistas», que no abundan. Era un poco la idea de Schumpeter: el empresario tenía que ser un innovador permanente, autocrítico, con osadía para buscar nuevas formas de gestión y de producción, tratando de aplicar ingeniosamente los avances organizativos, científicos y tecnológicos teniendo en cuenta, en el caso de *Tony*, la rentabilidad del hotel como una empresa del Estado, la calidad de sus prestaciones a

los huéspedes y la importancia de mejorar permanentemente las condiciones de vida desus trabajadores.

En el caso de China, su enorme mercado potencial atrajo en tropel a los empresarios privados, pero había un Estado muy bien organizado que fijó y fija las condiciones de su accionar. No sólopara garantizar la transferencia de tecnología, sino para evitar fuga de capitales, asegurar la reinversión, evitar fraudes contables y cosas por el estilo. Los soviéticos no pudieron hacer eso. En parte,por tener una economía de bajo crecimiento, en parte, por las sanciones y obstáculos derivados de la Guerra Fría, aunque ellos tenían una ventaja que los chinos no tienen: la enorme dotación de recursos naturales que tiene Rusia. Ese país tiene muchísimo gas y petróleo, agua, muchísima agua, tiene el acceso al Ártico, una tecnología de punta en muchas ramas de la producción, no sólo militar. Los chinos no tenían nada de eso, al menos en cantidades suficientes, y pese a ello lograron un fenomenal milagro económico. Hay que estudiar las diferentes políticas y la verdadera revolución que hizo –dentro de la revolución y no abandonando la revolución– Deng Xiaoping a partir de 1978.

A. M. *¿Cómo entendemos el proceso de Vietnam en esta misma línea?*

A. B. Bueno, en Vietnam hicieron el mismo camino que China. Ganan la guerra en el año 1975, se unifica el país y empiezan a ensayar con un modelo al estilo soviético, y la cosa no les funciona. A mí me contaban, cuando estuve en Vietnam, algunas de las experiencias en donde planificadores de la economía iban a una aldea campesina y decían: «bueno, en función de las rutas que tenemos, los puertos de embarque, los caminos, la calidad de la tierra, el acceso al riego, la temperatura media en época de cosecha, etc., conviene que en esta comarca plantemos tal cosa, suponte melones, y que en aquella otra más allá vamos a plantar tomates». Todo esto chocaba contra el saber tradicional de los campesinos acumulado durante siglos y que les decían a los burócratas: «miren, lo que ustedes dicen en relación con el camino,

la ruta, el asfalto, el puerto, la salida a la exportación, la aduana, está muy bien, pero lo que pasa es que a esta tierra si le plantás melones no sale nada. Aquí se dan muy bien los tomates». Pues bien, los burócratas de Hanoi exigieron que sembraran melón y, previsiblemente, no salió nada, en la otra los tomates y también fracasaron. Estaban desconsolados, porque todos los indicadores eran correctos, pero en algo fallaban. Por eso siguieron muy de cerca las reformas chinas impulsadas por Deng y al poco tiempo comenzaron a imitar la gestión macroeconómica de Beijing y a escuchar con más atención a productores y consumidores. Por eso los dos países tienen bastante similitud desde ese punto de vista: pragmáticos en vez de dogmáticos; prestos a innovar y cambiar, y con la audacia para desafiar el saber o las políticas establecidas. Fijate que Vietnam exportó en 2019 por valor de 264.272.600 millones de dólares, contra 222.644.000 millones de Brasil (nótese que este país tiene más del doble de habitantes que Vietnam) y 65.115.000 millones de dólares de la Argentina. Por consiguiente, esto hace que Vietnam se convierta en un país muy atractivo para el capital extranjero. Es cierto que en ese país el nivel de la remuneración de la fuerza de trabajo fue históricamente muy bajo, pero viene ascendiendo con vigor, o sea, hicieron lo mismo que los chinos con un retraso de cinco o diez años. En fechas recientes el salario medio en Vietnam era de U$S 415, superior al de Turquía, Brasil, Argentina, Ucrania, Colombia y otros países latinoamericanos. Cabe consignar que el salario medio de China, 986 dólares al mes, es equivalente al de Portugal, país de la Unión Europea, cuyo salario mínimo es de 1007 dólares mensuales. Y los precios en Vietnam y China son muy inferiores a los europeos, o sea, que el poder de compra del salario en términos reales es bastante mayor. Lo he dicho repetidamente y lo reitero aquí: la idea de que China es competitiva por sus bajos salarios es errónea. Es verdad que son más bajos que los países de la OECD[46], pero ya está alcanzando a los que se

[46] Organización para la Cooperación y le Desarrollo Económicos.

pagan en Portugal, lo cual no es poca cosa. De hecho: las ventajas competitivas de China hoy radican en su formidable avance tecnológico y en la escala de su producción, no en sus bajos salarios. En ciertas ramas como la Inteligencia Artificial, tecnologías 5G y 6G y otras relacionadas con la informática China ha sobrepasado ampliamente a Estados Unidos, y la bibliografía que apoya esta tesis crece día a día. En ambos países, va de suyo, la «disciplina laboral» es muy rígida y los sindicatos juegan un papel poco gravitante, pero aquella se sostiene porque la progresión creciente de los ingresos de la clase obrera es impresionante y, además, por la tradición cultural que premia al esfuerzo y el trabajo y condena duramente a la holgazanería.

Una historia similar podría contarse en relación con Corea del Sur, que es otro ejemplo que chinos y vietnamitas estudiaron cuidadosamente. En ese país el proceso de democratización comenzó casi al unísono que, en Argentina, mediados de los años ochenta.

Anteriormente, los salarios eran insuficientes y el nivel de vida muy bajo. La dieta popular era básicamente arroz y más nada. Por ejemplo, el ingreso per cápita de Corea del Sur a la salida de la guerra, a mediados de los años cincuenta, era la quinta parte del de Argentina (en ese momento unos 900 dólares): pero en el 2019 el IPC de nuestro país era en dólares a precios corrientes de 10.006, según el Banco Mundial, mientras que en Corea del Sur es de 31.762 en el mismo año, o sea, más de tres veces superior siendo que en el punto de partida era muchísimo menor que el nuestro. Pero Corea nunca adoptó las recomendaciones del Consenso de Washington: mantuvo su economía bajo un régimen fuertemente proteccionista y favoreció la industrialización del país. De hecho, ni bien finalizada la guerra, en 1953, fueron las propias fuerzas de ocupación estadounidense las que llevaron a cabo una reforma agraria radical, dado que al igual que en Japón, los grandes latifundistas eran la columna vertebral del militarismo nacionalista coreano. A los terratenientes se les ofrecían

dos alternativas: si la indemnización recibida por la expropiación de sus tierras era cobrada y atesorada en sus manos, el precio de evaluación de sus propiedades sería a valor fiscal. Si, en cambio, invertían una buena parte de lo percibido en el sector industrial, se la abonarían a valor de mercado. Una amplia mayoría optó por lo segundo y el capital necesario para la industrialización, tan escaso en países latinoamericanos, fluyó en abundancia bajo la iniciativa tomada por la ocupación norteamericana. O sea, se propuso en Corea hacer exactamente lo contrario que se consideraba deseable en Latinoamérica: en el país asiático Washington promovió y ejecutó una reforma agraria radical y en ese mismo momento, en 1954, la CIA fraguaba un golpe de Estado en contra de Jacobo Árbenz en Guatemala ¡como reacción a su reforma agraria!, que tocaba los intereses de la gran propiedad territorial, entre ellas de la *United Fruit* en donde tenía intereses el secretario de Estado de Dwight Eisenhower, John Foster Dulles, cuyo hermano Allen, había sido designado como el primer director de la CIA. Cuando en 1987 comienza un proceso de democratización en Corea el crecimiento logrado en las décadas anteriores es acompañado por una fuerte redistribución del ingreso, una sistemática elevación del salario real y un renovado protagonismo del Estado, a contracorriente de los estándares establecidos por el FMI y el BM. Contrariamente a lo ocurrido con el advenimiento de las democracias en Latinoamérica, abrumadas bajo el peso de la deuda externa y las políticas monitoreadas férreamente por el FMI, en Corea del Sur la tendencia fue exactamente la contraria. Y la evolución de los salarios reales fue espectacular, tanto como la lucha de un vigoroso movimiento sindical fuertemente influido por la izquierda. Resultado: en Seúl no vas a ver gente mal vestida, mendigando o durmiendo en la calle como se ve en Buenos Aires, México, Lima, Santiago, Bogotá o Río de Janeiro. Y la presencia del Estado y de sus empresas es un dato absolutamente insoslayable. Las políticas de privatizaciones y desregulaciones tuvieron muy poca resonancia en el país asiático, pese a la presencia estadounidense con sus bases y su influencia

militar. Para resumir: Corea del Sur le dijo que no al Consenso de Washington y nosotros, en Latinoamérica, cedimos a sus cantos de sirena. Las consecuencias están a la vista. Corea del Sur es el único país del Tercer Mundo que se convirtió en una economía desarrollada; todo el resto fracasó en el intento. Y los casos de Taiwán y Singapur no califican; Taiwán es una provincia rebelde de China sostenida como una plaza fuerte de Estados Unidos y un centro de operaciones económicas y de espionaje, y como un apostadero naval, para controlar a China. Pero inexorablemente esa provincia seguirá la suerte de Hong Kong y Macao y se reintegrará a la República Popular China. Su superficie es de 35.000 km 2 y una población de tamaño medio: 23.000.000. Pero no se puede hablar en este caso, como tampoco en el de Singapur, de un «desarrollo nacional», sino que se trata de la extensión de ultramar de la economía de Estados Unidos. En el caso de Singapur, estamos hablando de una ciudadEstado con una superficie de poco menos de 700 km 2 y 5 millones y medio de población. Si tomamos en cuenta estas dos variables es muy inferior al Gran Buenos Aires, con sus más de 12 millones de habitantes dispersos en unos 14.000 km^2. Corea del Sur tiene un territorio mayor que Taiwán y, por supuesto, que Singapur: 100.000 km^2 (un poco menos que la provincia de Catamarca, en Argentina) y 52 millones de habitantes.

Corea del Sur es un país con una fuerte presencia del Estado. Seúl, su capital, era una ciudad que creció producto de la llegada de los refugiados y desplazados por el brutal bombardeo de Estados Unidos. Grandes masas de campesinos huyeron del campo a la ciudad, y en pocos años, transforman a Seúl en una urbe de más de 12 millones de habitantes. El Estado desarrolló una notable red de transporte subterráneo de más de 900 estaciones que abarca toda la ciudad con tecnología de última generación. Todo hecho mediante empresas del Estado, en algunos casos asociadas con sectores privados. Como ves, lo de Vietnam y China tiene mucho que ver con todo eso. En Corea del Sur hubo una gran expansión del sistema universitario, con muchas universidades

de carácter privado pero las más importantes son estatales, entre las que sobresale la *Seoul National University* con unos 17.000 estudiantes de grado y 11.000 de posgrado. El resto va a otras universidades, públicas y privadas. La matrícula universitaria es de unos dos millones de estudiantes.

Para ir concluyendo esta parte: vemos que hay un «efecto vecindad» que me parece importante tener en cuenta, y que se olvida en las discusiones teóricas donde eso queda completamente soslayado. Si a tu vecino le va bien, la tendencia es copiar lo que hizo el vecino: si Chile ensaya un modelo y es muy exitoso (o se propagandiza que lo es) los países vecinos van a tratar de hacer más o menos lo mismo, sobre todo si el FMI, el BM y Washington exigen la adopción de ese modelo. Si el modelo exitoso es Venezuela, algunos países van a tratar de hacer lo mismo, aunque, obviamente, Estados Unidos no va a querer. Allá, ellos ensayaron primero con Japón, después Corea del Sur; después China y Vietnam siguieron por ese camino. Y en el caso de Corea del Sur, Estados Unidos apoyó ese proceso por un cálculo geopolítico que aconsejaba tener una economía sólida y estabilizada en el antejardín de China. Caso contrario, habría actuado como lo hizo en Latinoamérica. Por eso allá impulsó la reforma agraria y aquí combatió a los gobiernos que intentaron llevarla a la práctica.

A. M. *Volviendo al tema del modelo económico, acá tenemos la posibilidad de protesta y algunos sectores del sindicalismo muchas veces no juegan un papel muy alentador.*

A. B. Para nada; en la Argentina tenés una dualidad. Por una parte, un sindicalismo apatronado, en algunos casos con elevados niveles de corrupción y con líderes millonarios y obreros empobrecidos; pero hay un sindicalismo alternativo, las diversas CTAs, lamentablemente divididas en tres, que representan a los intereses de los trabajadores pero que no alcanzan a compensar el daño producido por los sindicatos tradicionales. Tanto en China como en Vietnam tenés un sindicalismo cuya función sólo

secundariamente es defender las condiciones de vida de los trabajadores, que lo hacen, pero primariamente son los garantes del cumplimiento de las metas fijadas por los planificadores socialistas, como me dijeron cuando estuve en China en 1997. Planes, supuestamente, al servicio de la construcción de una sociedad socialista. No me parece que lo hayan logrado, pero sin duda crearon una sociedad mucho mejor, como nunca antes tuvieron. Además, hoy en día, Vietnam no es una economía exitosa porque le paga dos pesos a los obreros. Lo es porque ha logrado desarrollar un sector industrial muy importante, una gran inserción internacional, aprendieron a cultivar café gracias a los cubanos y hoy son de los mayores exportadores mundiales de café, son segundos exportadores mundiales de arroz cuando antes tenían una producción muy pequeña. Vietnam es un ejemplo interesante, aparte del heroísmo de su lucha contra los colonialismos japonés y francés y contra el imperialismo norteamericano, todo lo cual habla de las vías complejas de transición hacia el socialismo, porque no hay una vía única ni un camino predeterminado. Tal vez la gran lección que debemos extraer es que los caminos hacia una sociedad socialista son más complicados, enrevesados, llenos de marchas y contramarchas de lo que encontramos en algunas teorizaciones. Creo que no es casual que, en Oriente, en China y Vietnam, alienten una visión a largo plazo del socialismo que no renuncia a sus banderas ni a los grandes objetivos finales, pero que avanza hacia ellos con un camino propio, distinto al que marca una presunta «ortodoxia» marxista, siempre susceptible de profundos errores de interpretación a manos de los oficiantes, o los sacerdotes del culto, o los «doctores de la revolución».

Este es otro de los grandes temas que me ha venido preocupando todos estos años, es decir, ¿cómo avanzás hacia el socialismo? Está la fórmula clásica de la revolución, la economía estatizada y la planificación centralizada, ¿verdad? La revolución sigue siendo necesaria, pero la estatización completa de la economía ha mostrado sus limitaciones. Ya está probado. La revisión que está haciendo Cuba es una prueba más, por si hiciera falta. Pero la crisis actual del

capitalismo y el mundo post-pandémico ofrece otra posibilidad: la de ir desmontando al capitalismo mediante el traspaso al dominio público –que no en todos los casos significa estatal– segmentos cruciales del proceso de acumulación. Por ejemplo, «desprivatizando» la seguridad social, la salud, la industria farmacéutica y la educación. Quisiera terminar proponiendo una pregunta, luego de haber hablado de todas estas cosas, ¿cuál país está más cerca, o más se aproxima, al ideal socialista? ¿China, con su fabuloso desarrollo de las fuerzas productivas y sus políticas redistributivas montada sobre un enorme enclave capitalista, si bien controlado por el Estado y el partido, y en donde el capital privado no tiene ni remotamente la gravitación política, la influencia o el poder de veto que goza en los capitalismos tradicionales de Estados Unidos o Europa?; ¿ o Cuba con su fraternal y radical igualitarismo (cada vez más puesto en cuestión por la emergencia, en años recientes, de significativas diferencias de ingreso y riqueza) y un modelo económico cuyas falencias son agigantadas por un bloqueo de sesenta años que ha sumido a la isla en un trance difícil de superar? No tengo respuesta para esta pregunta, o si la tengo, intuyo que aún no está suficientemente madura y elaborada.

A. M. *Si te parece entonces volvemos al relato histórico, ¿retomamos México?*

A. B. Sí, porque tus preguntas me impulsaron a transitar por un derrotero inesperado y que insumió muchas páginas, y espero que aporten elementos valiosos para una discusión.

Tal como lo dije en numerosas oportunidades, México es un capítulo fundamental en mi vida, es un país al cual yo le debo tantoque es difícil ponerlo en palabras. Y lo mismo puedo decirte de Chile, y por eso cuando pude regresar a este país y dar tantas conferencias durante los tres años anteriores a la gran rebelión popular del 18 de octubre del 2019, sentí que le estaba devolviendo parte de lo mucho que me había dado durante mi juventud. A México, como te decía, llego en un momento muy especial de mi vida y de América Latina. Fue en agosto del año 1976, casi cinco

meses después del golpe de Estado en Argentina. A mí se me habían cerrado casi todas las puertas, las opciones eran sólo dos: o me quedaba en Estados Unidos o me iba a México. Cuba en ese momento no era una opción para mí. Argentina era imposible por mis antecedentes. Yo estaba recontra marcado porque muchos padres de aquellos chicos, el general Julio Alsogaray entre ellos, deben haber pensado que yo convencí a sus hijos de abrazar la vía armada, cuando mi consejo en ese momento era precisamente el contrario. Pero ¿quién lo sabía? Si yo volvía a la Argentina en ese momento, no salía de Ezeiza.

A. M. *Más lo de Chile…*

A. B. Más lo de Chile, claro. El Plan Cóndor estaba funcionando, y yo había tenido un cierto protagonismo en la resistencia contra Pinochet en el exterior. Entonces, Chile estaba cerrado para mí, igual que Argentina. Lo que quedaba sobre la mesa era Estados Unidos o México. Nada más. Y para irme a Cuba necesitaba el aval de un Partido Comunista y en ese momento no lo tenía. Lo pensamos en un momento determinado, pero era imposible.

A. M. *¿Vos habías ido ya a Cuba?*

A. B. No, todavía no había ido. Conocía a algunos académicos cubanos que a veces pasaban por Estados Unidos en reuniones y seminarios, como los que organiza cada dos años la LASA[47]. En Harvard enseñaba un cubano joven, Jorge Domínguez, que había terminado su tesis doctoral poco antes de mi llegada a Cambridge. Era un hombre con una muy buena formación en el marco del saber convencional de las ciencias sociales y, a la vez, muy crítico de la revolución. Pero no era un fanático, ni simpatizaba con la mafia anticastrista de Miami. Reconocía los logros de la revolución y refutaba a quienes en Harvard –en el Center for International Affairs, durante años bajo la influencia de Henry Kissinger– hablaban de Cuba como un mero *proxy* soviético. No

[47] Latin American Studies Association.

sé si por orgullo cubano, que ojalá hubiera sido por eso, o por su rigor analítico, rechazaba claramente esa interpretación y decía y repetía que la política exterior de Cuba la hacía Fidel y el gobierno cubano, no se hacía en Moscú. Pero claramente jugaba a favor de un cambio de régimen que él confiaba, más bien «soñaba» diría yo, que fuera pacífico. Creía que si Fidel «aflojaba un poco» (nunca entendí que quiso decir con eso) la Casa Blanca haría otro tanto y de a poco la isla evolucionaría en una dirección moderada de izquierda, no tan radical, pero de izquierda. Pero mal podía ser él quien me abriera las puertas de Cuba. Escribió, sí, un libro muy completo y en ciertos pasajes muy acertados en su evaluación de la revolución. Pero, era inevitable que estuviera asociado al *establishment* de la política exterior de Estados Unidos y con algunos tipos siniestros, vinculados a la CIA, que lo protegían y promovían pensando que luego sería «nuestro hombre en La Habana». Su brillante carrera académica terminó muy mal, expulsado de Harvard a causa de múltiples acusaciones de acoso sexual que hicieron que le fuera retirada su condición de profesor emérito de Harvard, privado de ingresar al campus o a reuniones organizadas por la universidad y removido de la lista de miembros de la LASA.

Dado lo antedicho, decidimos que México era la única alternativa real en Latinoamérica. La cuestión es que llegamos a ese país el 11 de agosto de 1976, en los tramos finales del gobierno de Luis Echeverría Álvarez atravesado por muchos problemas financieros y políticos. Como parte de los primeros a poco llegar se produce una maxidevaluación del peso mexicano, como te conté antes, que hizo, por única vez en mi vida, que una medida de ese tipo no me perjudicara porque los pocos dólares que había podido juntar al abandonar Estados Unidos valían casi el doble en pesos mexicanos. Eso me facilitó hacer frente a los múltiples gastos de traslado e instalación en la ciudad de México.

Echeverría era un personaje muy controversial, por muchas razones que ahora no podría desarrollar aquí. Estuvo involucrado,

pero no se sabe cuánto y cómo, en la matanza del 2 de octubre de 1968 en la plaza de las Tres Culturas, en ciudad de México. Era Secretario de Gobernación, la segunda jerarquía en el Estado mexicano, pero hay quienes aseguran que la decisión de reprimir brutalmente la manifestación estudiantil, en vísperas de los Juegos Olímpicos de 1968, fue arreglada entre la CIA y el presidente Gustavo Díaz Ordaz y que él simplemente obedeció órdenes que no podía ignorar. Esto no lo pone para nada a salvo de las críticas, pero al menos permite comprender un poco más su actuación. Más allá de esto, hay que reconocer que cuando fue presidente (19701976) tuvo una política de solidaridad muy activa con las víctimas de las dictaduras, que en esos años asolaban a la región. No sólo en retórica, sino en apoyo efectivo, financiero, institucional e inclusive facilitando el apoyo logístico al sandinismo en lucha, lo cual, no es un tema menor o que podría ser tratado como si fuera una nimiedad. Aparte de esto, Echeverría propuso en el marco de la ONU la adopción de un Código de Conducta para las Empresas Transnacionales cuya normativa sería de rango superior a las legislaciones nacionales, y también, impulsó la creación de un Nuevo Orden Informativo Internacional. Es decir, iniciativas que afectaban al corazón mismo del capitalismo de ese tiempo: el control de las tropelías perpetradas por el gran capital y también el de los aparatos ideológicos y los medios de comunicación fuertemente sesgados en contra de los países del Tercer Mundo. Por supuesto, fue demonizado por los poderes fácticos y su prensa, y atacado sin piedad. En México promovió el pensamiento crítico y latinoamericanista y creó una importante institución académica, el CEESTEM[48] invirtiendo mucho dinero en instalaciones, equipos y contrataciones, y, creando una gran biblioteca y promoviendo la realización de numerosos estudios y seminarios internacionales. Las acusaciones en relación a los trágicos incidentes de Tlatelolco pueden ser una represalia por todas estas iniciativas. Tomando en cuenta todos estos antecedentes México era «el lugar» donde había

[48] Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo.

que ir, y de hecho, se convirtió en lo que Chile había sido durante aquellos años que yo estaba allá, la Atenas de América Latina. Pero entre México y Chile había una diferencia: en el país azteca el papel del Estado fue mucho más activo en al apoyo a los exiliados y en la promoción de instituciones y programas vinculadas al quehacer de las ciencias sociales, y sobre todo, al pensamiento crítico. En Chile, el Estado no tenía la gravitación y fortaleza del que surgiera de la revolución mexicana y el gobierno democristiano de Eduardo Frei tampoco la voluntad de poner en marcha una política más proactiva para la protección de los exiliados. Distinto fue el caso de México, donde ese vigor estatal se puso al servicio de la solidaridad internacional, el auxilio a refugiados y exiliados que llegaban en pésimas condiciones, y el fomento al pensamiento crítico ejemplificado no sólo en el caso del CEESTEM, sino en otras áreas de la cultura como la música, el canto, la plástica, los seminarios internacionales y las publicaciones. En ese sentido, la respuesta del Estado mexicano fue ejemplar.

A. M. *¿FLACSO se monta también con apoyo del Estado en México?*

A. B. Sí. La decisión de llevar la FLACSO a México se adoptó después del golpe de estado en la Argentina el 24 de marzo de 1976. Antes la Secretaría General de FLACSO había sido trasladada a Buenos Aires a raíz del derrocamiento de Allende y el golpe de Pinochet. Buenos Aires, todavía en esos momentos previos al 24 de marzo, era un lugar un poco más seguro que Chile. La apertura de la sede mexicana se adoptó en las postrimerías del gobierno de Echeverría, que quería dejar un legado cultural y latinoamericanista muy importante como testimonio de su paso por la presidencia de México. Arturo O'Connell, como secretario general de FLACSO, hizo una muy buena negociación y logró lo que parecía imposible: que FLACSO retomara sus tradicionales programas de magister en Sociología y Ciencia Política. Como ya te dije, el gobierno de México le asignó a la FLACSO un espacioso predio en la zona del Ajusco, al otro lado del Periférico

y en diagonal al inmenso campus de la Ciudad Universitaria de la UNAM. Poco antes y muy cerca de allí, Echeverría había inaugurado la nueva e imponente sede de El Colegio de México y estaba en construcción el gran edificio de la Universidad Pedagógica Nacional. En el caso de FLACSO construyeron primero un pequeño sector para poder comenzar las clases y albergar las oficinas administrativas, y luego lo fueron expandiendo. En un par de meses, trabajando a todo vapor, en tres turnos, teníamos ya un par de aulas, cubículos para los profesores, y estaban comenzando a construir un edificio especial para la biblioteca, cafetería y salón de actos. Si lo ves ahora es un complejo muy bonito, pero cuando llegamos nosotros las clases para los sesenta y un estudiantes teníamos que darlas en la oficina del director que, como corresponde a todos los directores en México, era muy espaciosa y albergaba a tan numerosa concurrencia sin mayores aprietos. Los alumnos estaban cómodamente sentados en confortables sillas /pupitres, sólo que la primera fila estaba muy cerca de la pared y la pizarra, y si el profesor quería caminar mientras daba su clase, como era mi caso, debía transitar cuidadosamente para no pisar los pies de los alumnos. Ahí empecé a hacer mis clases de Sociología de América Latina, y al cuatrimestre siguiente, de Teoría Política. Si bien mi lugar de trabajo y fuente de mis ingresos era FLACSO, yo, como siempre, nunca me quedé encerrado en los márgenes de una institución. Tenía muchos amigos y colegas en la UNAM; en las diversas Universidades Autónomas Metropolitanas (sobre todo la sede Xochimilco) y también en El Colegio de México, rebosante de exiliados de todos los países del área. Asimismo, me relacioné con una institución que estaba en la otra punta de la ciudad, el CIDE, el Centro de Investigación y Docencia Económicas, también creado durante la presidencia de Echeverría y al frente del cual designó a una notable economista catalana, sobreviviente de la Guerra Civil. Trinidad *Trini* Martínez Tarragó, que armó un equipazo sobre todo en el área de relaciones internacionales y creo el primer y más importante Instituto de Estudios de Estados Unidos en Latinoamérica y el Caribe, a cuyo frente puso a un

exiliado chileno, Luis Maira y que poco después se ampliara con la incorporación de un economista argentino, Roberto Bouzas, el ya mencionado José Miguel Insulza, y los mexicanos Carlos Rico y Víctor Godínez, amén de otros investigadores jóvenes de México y del extranjero. El instituto publicaba dos gruesos volúmenes semestrales al año, con una impresionante cantidad de materiales para el estudio de la economía, la sociedad y la política de Estados Unidos. El instituto cumplió una función ejemplar en la promoción de los estudios latinoamericanos sobre el país del norte, pero con el advenimiento del gobierno de Carlos Salinas de Gortari, fue disuelto y convertido en un mínimo programa de estudios sobre la frontera México-Estados Unidos. La explicación oficial fue que luego de la firma del TLC con Estados Unidos y Canadá no tenía sentido seguir manteniendo al Instituto, porque la integración económica con Estados Unidos ya aportaba todo el conocimiento necesario que antes ofrecía era ofrecido por aquél. Muchos funcionarios estadounidenses no miraban con buenos ojos al Instituto, porque la idea era que ellos nos estudiaran a nosotros, no a la inversa, y seguramente le hicieron saber de esa insatisfacción a Salinas de Gortari. Los programas de grado y posgrado, amén de los centros de investigación dedicados a Latinoamérica y el Caribe, se calcula que son más de quinientos. Los que en esta parte del mundo están dedicados al estudio de Estados Unidos difícilmente lleguen a ser más de diez. La anexión «económica de facto» producida por el TLC desde el 1º de enero de 1994 tornaba innecesario el conocimiento detallado de las entrañas del imperio. Cabe recordar, que ese mismo día, *just in time,* se producía el levantamiento zapatista en la Selva Lacandona.

Como ves, yo estaba muy metido en todo ese circuito académico y de ahí que tuviera mucha vinculación con todo lo que existía «puertas afuera» de la FLACSO. Eso facilitó mi participación en una gran polémica en torno a la caracterización de las dictaduras que, en esos momentos, asolaban la región. Al llegar de Estados Unidos me sorprendió la firmeza con que se había establecido una ortodoxia que caracterizaba a esas dictaduras como

fascistas. A mí no me convencía para nada porque uno de los legados más preciosos de mis años de Harvard fue mi posibilidad de estudiar a los fascismos europeos y conversar con gente como Gino Germani, que lo vio nacer en Italia, y que estuvo presente en la Marcha sobre Roma, y hacerlo con estudiosos como Karl Deutsch, Barrington Moore y Alexander Gerschenkron, gentes que conocían muy bien la historia europea, y que al hablar sobre el fascismo siempre insistían en la especificidad de ese proceso que no podía ser identificado sin más con cualquier régimen político reaccionario. En fin, cuando comienzo a plantear mi disidencia en el mundillo académico y del exilio fui destinatario de durísimas críticas, algunas de las cuales remitían a una supuesta deformación intelectual que habría sido producida por mi paso por Harvard mientras otros decían, en voz baja, que era un provocador de la CIA que quería embellecer a los fascismos latinoamericanos llamándolos de otro modo. Toda esa discusión está resumida en un artículo que ha resistido dignamente el paso del tiempo sobre el fascismo como categoría histórica, que luego, fue el primer capítulo de *Estado, capitalismo y democracia en América Latina.*

A. M. *Sí, me mencionaste antes este trabajo, ¿podrías contar más sobre él?*

A. B. Fue escrito a fines del año 1976 y publicado a mediados del año 1977 en la *Revista Mexicana de Sociología*, es mi intervención en el debate que, por supuesto, suscitó muchas críticas. Primero, porque pesaba sobre mí la sospecha de que viniendo de Harvard y elaborando una argumentación marxista yo hubiera sido reclutado por la CIA y enviado a México, capital del exilio latinoamericano y caribeño, para sembrar la confusión ideológica y la desmovilización resultante. «Este cae como un paracaidista a decir que no es fascismo, ¡¿cómo?!», se preguntaban algunos. En mi artículo hago toda una fundamentación teórica muy rigurosa sobre esa forma del Estado capitalista, y digo que el fascismo es un fenómeno que corresponde a una etapa en un desarrollo mun-

dial del capitalismo –la etapa de las burguesías nacionales– que se clausura cuando se consolida el proceso de la internacionalización del capital. Las pocas burguesías nacionales que quedan en pie son algunas europeas, pero muy debilitadas; la burguesía estadounidense es la que comanda el proceso de acumulación a escala mundial y configura una gran burguesía imperial, al decir de Fidel. Sobreviven, a duras penas, un puñado de burguesías nacionales latinoamericanas, principalmente en México y Brasil pero que poco después, hablo de los años noventa, desaparecen casi por completo y las que logran evitar su desaparición, lo hacen a condición de convertirse en socios menores del gran capital transnacional hegemonizado por el capitalismo estadounidense. Argentina nunca llegó a concretar la formación de una burguesía nacional; lo que había aquí eran bolicheros, empresarios rentistas que operaban bajo la protección y subsidio del Estado, y especuladores; pero no una clase burguesa en el sentido riguroso, marxista del término. La única que hubo aquí fue una muy *sui generis:* la burguesía agroexportadora, que protagonizó el proceso de acumulación originaria e instauración de un capitalismo agrario (desigual, combinado, autoritario, pero a la vez modernizante) en lo que se conoce como «la generación del ochenta» del siglo XIX. Al promediar losaños setenta del siglo pasado, esas burguesías nacionales estaban en retirada, arrolladas por la internacionalización del capital y de los procesos productivos, por el eslabonamiento internacional de las cadenas productivas. Salvo que negáramos el fenómeno (que todavía no se llamaba globalización) e hiciéramos caso omiso a la estructura política de esos regímenes, su base social y sus orientaciones ideológicas, entonces sí podíamos hablar, muy laxamente, de fascismo. Pero se trata de omisiones muy graves. Una vez establecido que las burguesías nacionales carecían de fuerza y de capacidad económica y política para ser hegemónicas en sus propios países y, desde allí, desafiar al imperialismo como a su manera y en su tiempo lo hicieron sus homólogas de Japón, Italia y Alemania, no tenía ningún sen-

tido hablar de fascismo dado que este fue laexpresión de aquellas burguesías en el periodo entreguerras, cuando la mundialización del capital (Samir Amin) todavía no se insinuaba. Y ese periodo llegó a su término con el fin de la Segunda Guerra Mundial, y es imposible de revivir.

En segundo lugar, los fascismos eran regímenes profundamente nacionalistas, híper nacionalistas, hasta xenofóbicos; los nuestros, en cambio, no tienen absolutamente nada de nacionalistas, todo lo contrario, eran neocoloniales, aspiraban a ser peones, cuando no parte, de Estados Unidos, a colocarse a la sombra Washington, acompañando sus políticas como líder del «mundo libre». En uncierto sentido, las dictaduras de aquella época eran iguales o peores que las fascistas y, como lo muestra el caso argentino, más sanguinarios y brutales. Y aclaraba en defensa de mi posición que, al no aplicarles ese rótulo, no quería decir que fuesen menos represivas que los fascismos europeos. De hecho, yo ponía el ejemplo de Antonio Gramsci que estuvo once años en la cárcel en Italia y que en la Argentina, Chile o Brasil no habría durado ni once horas vivo. La represión fue no menor, sino en muchos casos más brutal que la de, por ejemplo, el fascismo italiano, aunque no así la barbarie del caso alemán y su genocidio de los judíos. Y remataba mi intervención con una cita muy apropiada de Palmiro Togliatti, que está en mi artículo, y que como compañero de Gramsci era alguien que entendía mucho de esto. Decía más o menos textualmente que: «Cuando es detenido un compañero, cuando una manifestación obrera es brutalmente disuelta por la policía… en toda ocasión, en suma, en que son atacadas o violadas las llamadas libertades democráticas consagradas por las constituciones burguesas, se oye gritar: ¡esto es el fascismo! ¡estamos en pleno fascismo! Es preciso dejar las cosas bien claras: no se trata de una simple cuestión de terminología. Si se considera justo el aplicar la etiqueta de fascismo a toda forma de reacción, conforme. Mas no comprendo qué ventajas ello puede reportarnos, salvo, quizá, en lo que hace referencia a la agitación. Pero la realidad es otra cosa. El fascismo

es una forma particular, específica de la reacción; y es necesario comprender perfectamente en qué consiste esa su particularidad para poder combatirlo eficazmente».

Y, además, en tercer lugar, el fascismo es un fenómeno de profunda movilización y encuadramiento político de masas, principal pero no solamente de capas medias. Los supuestos «fascismos» latinoamericanos lo primero que hicieron fue aplastar la participación popular y desmovilizaron, vía terrorismo de Estado, a la sociedad. Todo lo contrario, ocurrió con el fascismo, que en Italia y en Alemania e inclusive, en menor medida, en Japón y España, fue un régimen de encuadramiento y movilización de las capas medias y acá no hubo absolutamente nada de eso. Por lo tanto, concluía, ante tantas diferencias y tan significativas, ¿cómo podemos decir que estos regímenes fueran fascistas?

A. M. *Porqué tiene implicancias políticas, ¿por ejemplo?*

A. B. Porque si decimos que es fascismo a partir de ahí establecemos una estrategia de lucha y definimos aliados y enemigos; pero si estos regímenes son otra cosa, ¿qué vamos a hacer, aplicar la metodología de lucha utilizada contra el fascismo –por ejemplo, los frentes populares, incorporando a esa alianza a amplios sectores de una «burguesía democrática», inexistente en Latinoamérica– contra regímenes que son reaccionarios y burgueses pero de otra naturaleza, con otra base social, otro proyecto económico? Decía, usemos la palabra «fascismo» como elemento de agitación y propaganda, pero a la hora de hacer un análisis serio de la política tenemos que entender la especificidad de estas dictaduras. Que había en esos regímenes latinoamericanos individuos o facciones fascistas no había duda, pero si estamos hablando del gobierno de un Estado esos datos, esa caracterización es incorrecta. Una ojeada al mundo actual puede concluir que personajes como Donald Trump, Jair Bolsonaro, Iván Duque son fascistas, o casi; pero los Estados que presiden no lo son. Ni por asomo tienen los rasgos que caracterizaron históricamente al fascismo. En el terreno ideológico, por ejemplo, este era profundamente refractario al liberalismo

en todassus variantes; las dictaduras latinoamericanas, en cambio, lo idolatraban, como lo demuestran los casos de Roberto Campos en Brasil o José Alfredo Martínez de Hoz en Argentina. En suma: una cosa es el fascismo entendido como una manera de describir a una personalidad autoritaria, cruel, despótica, y otra muy diferente cuando se utiliza ese término para caracterizar a un régimen político; en realidad, a una forma de excepción del estado capitalista.

Mi tesis fue muy combatida en México, pero finalmente, años después, fue tenida por buena y aun los más irreductibles empezaron a hablar de que la categoría de fascismo, habría que usarla, pero comenzando por adjetivar al fenómeno, tanto que este ya era asumido como otra cosa. No se resolvía el problema apelando a expresiones como «fascismo dependiente» o «fascismo neocolonial» que es una contradicción, un oxímoron, como hablar de la cuadratura del círculo. El fascismo jamás fue neocolonial, ni colonial, ni dependiente porque las burguesías italianas y alemanas, como las del Japón, luchaban por un lugar bajo el sol, por su cuota del pillaje colonial y combatieron a las potencias hegemónicas de su tiempo, sobre todo al Reino Unido. Quedó un poco instalada la noción de «Estado militar» o «Estado de seguridad nacional», nombres que tampoco me satisfacen demasiado. No hubo un gran debate sobre el nombre, pero sí quedó claro –y ahí yo salí muy bien librado de esa discusión– de que en realidad aquello no era fascismo, era otra cosa, peor, mucho peor y otra clase de animal político. Inclusive en ese acalorado debate gané un gran amigo, te conté: Agustín Cueva, un gran pensador y sociólogo ecuatoriano con quien al principio discrepábamos frontalmente, pero luego acercamos mucho las posiciones. Una amistad que se plasmó y duró hasta su muerte en 1992. Pero me di el gusto de invitarlo a la Argentina en 1991 con ocasión del Congreso Internacional de Ciencia Política de la IPSA.

Pero te digo, las sospechas de que yo era un agente duraron por lo menos un par de años; no en toda la gente porque

hubo quiénes rápidamente me apañaron y me apoyaron: Sergio Bagú, Adolfo Sánchez Vázquez, Pablo González Casanova, Hugo Zemelman, Gregorio Selser, John Saxe-Fernández, Lucio Oliver, Luciano y Elvira Concheiro, Raquel Sosa, José M. Calderón, entre otros. Ellosapoyaron mi cuestionamiento a la tesis del fascismo que, desgraciadamente, era la tesis oficial del Partido Comunista de Cuba, por lo cual, el debate era doblemente inconveniente porque no solamente discutías en el plano de la caracterización del régimen, sino que al hacerlo cuestionabas la hegemonía teórica del Partido Comunista cubano. Y, a pesar de todo el respeto que tuve –y sigo teniendo– por la Revolución cubana y el Partido Comunista de Cuba, eso no quería decir que fuese infalible en sus diagnósticos y en sus postulaciones teóricas. Y cuando ellos caracterizaban a esos regímenes como fascismo lo hacían porque era evidente, y legítimo, tomarlo como un elemento útil en la guerra de propaganda. Pero después,a la hora de luchar contra el fascismo había que pensar en estrategias y tácticas distintas. Por ejemplo: ¿salimos o no a conquistar a las capas medias? Si eran fascistas, entonces estas serían absolutamente recalcitrantes; si eran regímenes de otro tipo podíamos procurar captar una buena parte de las capas mesocráticas. Había una contradicción entre una caracterización de esos regímenes como fascistas y una propuesta que proponía construir un gran arco democrático incorporando sectores obreros, campesinos, estudiantes y capas medias. ¿Cómo se entiende esto? Apelábamos a ellas precisamente porque aquellos regímenes al no ser fascistas, sino otra cosa, podían responder a nuestras interpelaciones. Las capas medias estaban encuadradas por Hitler o Mussolini. Pero claro, era la ortodoxia del partido que en aquella época todavía conocía muy poco a Gramsci. Tuve tres alumnos cubanos, te conté, en la primera promoción del curso en FLACSO. Gente estupenda, venidos a México con todo el apoyo del partido, pero tributarios de una visión muy poco refinada de lo que estaba ocurriendo en América Latina. Dejaban muchos matices importantes de lado, y como decía Fidel: «Dios no existe, pero está en los detalles, en los matices». Esto era comprensible si

se tiene en cuenta el bloqueo, no sólo económico, sino también informativo y comunicacional a que estaba sometida Cuba. Estos muchachos hablaban y discutían mucho conmigo y yo en todo momento busqué de tender puentes para facilitar el diálogo. Por ejemplo, me decían que la Unión Soviética ya había culminado la plena construcción de un socialismo y estaba en la antesala de la sociedad comunista. Para fundamentar su aserto me daban como texto fundamental el libro de Víktor Afanásiev llamado *La dirección científica de la sociedad*, un texto absolutamente retórico y alejado por completo del materialismo histórico. Y yo les decía no, compañeros, por más que hayan proclamado tal cosa en la constitución del 1936 y que después Brézhnev le hubiera dado otra vuelta de tuerca a ese texto, veamos realmente cómo son las relaciones sociales, económicas y políticas al interior de la Unión Soviética; observemos si es que han desaparecido los vestigios del capitalismo y si había una sociedad de otro tipo ya consolidada; echemos también una mirada al marco internacional, la situación interna en materia de relaciones de clase, bienestar popular y protagonismo obrero en las empresas estatales, amén de otras cosas como la irritante existencia de una privilegiada *nomenklatura*. Es cierto que algunas importantes huellas del capitalismo parecían haber desaparecido, pero eso no quería decir que lo que surgió luego del crepúsculo del capitalismo fuese necesariamente algo que aportase mucho al socialismo. Esto yo lo decía a partir de lecturas y de oídas, aunque mucho después se conoció el escrito del Che, que es demoledor en ese sentido, pero todavía no había sido publicado. Sus *Apuntes Críticos*, que citábamos antes, circulaban muy cautelosamente mimeografiados entre los máximos dirigentes del Estado, pero sólo verían la luz en el 2006. Por supuesto que yo desconocía ese texto, pero me habían informado de su existencia y de sus tesis centrales. Y les decía a aquellos alumnos que la socialización de la economía es un punto muy importante, pero primero era necesario no confundir socialización con estatización, dos cosas diferentes; y segundo, no confundir la socialización de la economía o la estatización de la

economía con laintegralidad del programa socialista que habla de la socialización de la economía, pero también de la política, de la cultura, del poder y nada de eso había en la Unión Soviética, o si lo había eradeforma apenas incipiente.

No te imaginas las discusiones que suscitaban estas intervenciones. Lo menos que se pensaba era que yo era un agente de la CIA, te lo repito porque realmente es gracioso. Claro, había sido enviado a México con la misión de sembrar la discordia entre el exilio y los académicos latinoamericanos, de provocar la confusión ideológica y el «diversionismo». Te digo, me costó mucho quitarme esa lápida de encima, claro que, a puro machetazo de Lenin, Bujarin y Rosa y Marx, discutiendo con ellos, no sólo los tres cubanos, luego de lo cual quedamos muy amigos. En fin, hablábamos de la Revolución rusa y yo conocía muy bien su historia por interés propio, y, además, porque uno de mis tutores, Barrington Moore, aprendió ruso solamente para poder escribir sobre la revolución y el Estado soviético, y yo conversé mucho con él por ese tema. Por eso hablar de que ya la Unión Soviética había culminado la transición socialista y entraba triunfalmente a la era del comunismo era para mí un delirio, pero bueno, era la postura oficial y creo que está presente en la famosa conferencia de los Partidos Comunistas de América Latina y en la cual se presentó un documento fundamental.

A. M. *¿La Conferencia del año 1976?*

A. B. Sí, vos tenés ese documento y ahí era muy clara la caracterización. Yo me enteré de ese evento después por amigos y por los diarios de México, porque alguna gente en el Partido Comunista mexicano estaba haciendo un planteo de revisión autocrítica. Algunos de ellos fueron mis alumnos en la primera promoción de FLACSO y yo, además, trabé una muy fecunda relación con Sergio de la Peña, que era uno de los principales economistas del Partido Comunista mexicano. Otro amigo era el historiador Enrique Semo.

Algunos de los que iniciaron ese camino de revisión autocrítica «se pasaron de largo» y se convirtieron al neoliberalismo, o casi, tema sobre el cual ya te hablé. Muchos otros quedaron firmes de este lado y con un marxismo mucho más sofisticado. Los otros siguieron el camino de la mayoría de los intelectuales del Partido Comunista italiano, y por eso, se entendían muy bien las prevenciones del Partido cubano y de Fidel en relación con esa necesaria pero riesgosa «renovación» del marxismo. Aparte de Sergio, yo tenía una buena relación con la gente de la estupenda revista *Dialéctica,* de filosofía y temas de teoría social, donde muchos de sus miembros eran del PC mexicano, y también, buenos contactos con los chicos de la juventud de ese partido, que discutían sobre mis trabajos porque veían que era un marxismo distinto al pensamiento acartonado que predominaba en el marxismo oficial, muy dogmático, por cierto. Y no me podían acusar de social -demócrata porque mis críticas a la socialdemocracia eran más devastadoras que las de ellos, porque yo conocía muy bien la historia alemana y la del partido alemán. Además, en los cursos de Filosofía Política de FLACSO estudiábamos a Lenin en profundidad, por eso la acusación de «diversionismo» ideológico no tenía ningún sustento y los dejaba perplejos. Entre los estudiantes más involucrados en el estudio del leninismo estaban Breny Cuenca y Carol Schwartz, de El Salvador, y los hermanos Luciano y Elvira Concheiro de México y Ricardo Menassé Minyerski, de Argentina.

A. M. *¿Cómo te fue con esos alumnos cubanos en ese sentido?*

A. B. Muy bien, teníamos una muy buena relación, aunque al principio desconfiaban de lo que yo planteaba porque no les «cerraba» mi discurso; yo les tiraba artillería pesada desde el leninismo y ellos ¡dale con el «marxismo-leninismo»!, y yo después les empecé a cuestionar, «¿y qué es eso del marxismo-leninismo?, ¡Lenin nunca habló de eso, chico!», les decía. «No, pero está ahí en la constitución soviética». ¿Y qué clase de análisis marxista es este, que afirma que la realidad es lo que establece una constitución?

Yoinsistía en que el leninismo es un desarrollo de un pensamiento marxista, es marxismo aplicado a –y recreado en– la edad del imperialismo que Lenin diagnosticó mejor que nadie, y que el marxismo no es un dogma, como lo recordaba a cada rato el revolucionario ruso, sino una extraordinaria empresa, teórica y práctica, en constante reconstrucción y evolución que debía ser útil guía para la acción. Aunque debo reconocer que la tesis que sostenía que Lenin era un excepcional discípulo y continuador de Marx la abandoné cuando escribí el estudio introductorio al ¿Qué *Hacer?* que publicó Ediciones Luxemburg en el 2004. En ese escrito llegué a la conclusión de que lo que había planteado Samuel P. Huntington era verdad. Él dijo que, en términos de pensamiento político, Lenin no fue el sucesor de Marx, sino que este fue supredecesor, el precursor, superado por las innovaciones del ruso. Huntington hacía este planteamiento a partir de su rechazo a lo que él llamaba, erróneamente, el «economicismo» de Marx y rescataba, también equivocadamente, un supuesto «politicismo» de Lenin. Pero puestas las cosas en su correcta dimensión, es cierto que la teorización leninista del partido, de la alianza obrero -campesina y de la estrategia de la revolución fueron más allá de lo que Marx y Engels habían pensado. Ninguno de los dos formuló una teoría del partido y Lenin sí lo hizo. En ese sentido entonces, los padres fundadores fueron predecesores de Lenin en el terreno de la teorización política y no este un mero sucesor de aquellos, al menos en el tema político partidario. Y hay que reconocer la originalidad de Lenin en estas materias, lo mismo que su teorización del imperialismo que, a diferencia de lo anterior, Marx y Engels apenas pudieron atisbar sus tímidos comienzos en el último cuarto del siglo XIX, o en sus reflexiones acerca del colonialismo inglés, una forma embrionaria de imperialismo.

En síntesis, esa época en México fue muy estimulante. Todo ese periodo además me sirvió para estudiar mucho, acicateado por la necesidad de nadar contra la corriente y debatir en un medio académico e intelectual muy distinto al que había vivido durante mis años en Harvard. Redondeo este razonamiento di-

ciéndote que desde México pude conocer a muchos más cubanos, yendo a reunionesdonde ellos también participaban: Luis Suárez, Fernando Martínez Heredia, Juan Valdéz Paz, Francisco López Segrera, Roberto F. Retamar, Aurelio Alonso, por nombrar algunos. Y ellos eran testigos de cómo yo jugaba invariablemente en defensa de Cuba, aún en los ambientes más hostiles. Y también, me apoyó mucho una historiadora uruguaya llamada Lucía Sala de Tourón, del Partido Comunista de ese país, que luchó mucho para hacer que mi nombre quedara libre de manchas y de maledicencias. Pero, volviendo a lo de viajar a Cuba, sin contar con el aval del Partido Comunista argentino o chileno no tenía manera de llegar, sólo pude hacerlo en 1991 en el marco del Congreso de Sociología de ALAS. Fue una larga espera, pero comprensible: no viajaba cualquiera a Cuba, una época en la cual las dictaduras militares campeaban en toda la región. Era lógico, tenían que protegerse, estaban acosados por espías que llegan camuflados como profesores o simples turistas para perpetrar sabotajes varios, y a mí el partido de acá no me conocía, nunca había tenido contacto, me conocían algo del partido chileno y el mexicano, pero estaba fuera del circuito.

A. M. *Lucía Sala era del Partido Comunista uruguayo,* ¿era *alumna o profesora?*

A. B. Profesora, y de larga carrera. Y durante una visita de Rodney Arismendi a México, Lucía me hizo el contacto para que yo lo invitara a cenar a mi casa, junto con González Casanova. Me arrepiento de no haber filmado la conversación de esa noche, que fue interesantísima. Rodney acababa de publicar *Lenin, la revolución y América Latina* y había algunas tesis un poco complicadas…

A. M. *¿Sobre qué?*

A. B. Sobre las vías de la revolución, el ejemplo cubano, la lucha armada, el carácter fascista del gobierno uruguayo, el golpe contra Allende. Fue una muy larga conversación sobre estos temas,

todos los cuales, giraban en torno a un asunto que si era crucial en ese momento lo es aún más hoy: las condiciones subjetivas en la revolución latinoamericana. Y, de yapa, un largo intercambio de opiniones sobre las vías y las formas de acceso al poder.

Toda aquella historia tenía que ver con las posibilidades y también los límites, de las vías al poder, la pacífica o vía insurreccional, una discusión muy interesante de gran actualidad porque, como creo haberlo dicho antes en varias ocasiones, es hora de hacer un balance sobre las experiencias de las democracias en América Latina, sus (escasos) logros y sus muchas asignaturas pendientes. Estas experiencias tuvieron una falla de origen: el no haber podido neutralizar los influjos de los baluartes reaccionarios y antidemocráticos de nuestras sociedades. La tesis de Barrington Moore es que si un proceso democratizador no concreta una ruptura radical con el pasado y no liquida –políticamente, no necesariamente físicamente, aclaro, por las dudas– a los sujetos sociales que son los soportes clasistas, estructurales, del viejo régimen, es decir, a los agentes del modelo autoritario preexistente, será muy difícil construir una democracia digna de ese nombre. Cuba lo hizo, Venezuela en cierto modo, más atenuado, pero también lo hizo, al igual que Nicaragua. Los demás no lo hicieron y así estamos, con democracias de «baja intensidad» secuestradas por las clases dominantes y debiendo enfrentar vetos que maniatan a los gobiernos en las más diversas áreas de las políticas públicas y que hacen de la soberanía popular una burla.

A. M. *En tu relato mencionaste a un personaje central en el pensamiento de izquierda en el continente, don Pablo González Casanova,* ¿cómo *lo conociste?*

A. B. A González Casanova lo conocí cuando visitó la Argentina a principios de los sesenta cuando Gino Germani organiza en el Di Tella un gran evento, las primeras Jornadas Latinoamericanas de Sociología de Argentina. Yo tenía diecinueve años, estaba estudiando Sociología, por supuesto que asistí, sentadito en primera

fila como siempre, tomando nota de todo, y ahí lo conocí a Pablo y a Fernando Henrique Cardoso. Fue un seminariazo. Aparte de Germani estaba Irving Louis Horowitz, Seymour Lipset, Aldo Solari, Gláucio A. Dillon Soares, Shmuel Einsestadt, Aaron Cicourel y tantos ás. Vinieron veinticinco, treinta luminarias del mejor nivel en el mundo de las ciencias sociales. Ahí conocí a González Casanova. Yo apenas me limitaba a saludarlo porque era una figura que inspiraba un enorme respeto y de talante más bien reservado, todo lo cual imponía una cierta distancia que un joven alumno de Sociología difícilmente se atrevía a atravesar. Impecablemente vestido: saco azul y pantalón gris, camisa celeste, corbata muy fina, de trato muy amable, cortés y un tanto formal más no altivo. Sólo pude intercambiar algunas pocas palabras con él que estaba esbozando su libro *La democracia en México*. Lo mismo que con Cardoso, que era un poco más accesible que Don Pablo. A este lo vi después en algunas reuniones, pero siempre muy al pasar, porque yo era un junior y nunca fui de entrar a un lugar a los codazos. Cuando llegué a México ya él se había enterado de lo que yo venía escribiendo desde FLACSO, había ya publicado el artículo que te mencioné un par de veces en la *Revista Mexicana de Sociología*, ya me conocía.

Nos habíamos encontrado en un par de eventos internacionales y siempre muy amable conmigo y con planteos muy coincidentes. Y después, vino a realizar un curso de un cuatrimestre en FLACSO/ México y ahí tuve la ocasión de tratarlo más de cerca y conversar largo y tendido. Ahí quedamos muy amigos, a lo largo de toda esa época, hasta el día de hoy. La verdad es que es un intelectual formidable y un hombre de una coherencia política a toda prueba. Mi admiración por él raya lo infinito.

A. M. *También mencionaste a Sánchez Vázquez y Sergio Bagú, otras dos figuras de peso.*

A. B. Sí, figuras impresionantes. A Sánchez Vázquez lo traen para hacer un curso de Filosofía Política a la FLACSO. Los cursos tenían dos partes: un cuatrimestre de teoría política marxista y otro de teoría política liberal-burguesa. Y René Zavaleta

no quería que se impartiera este último. Yo le recordaba que estábamos registrados como institución universitaria de posgrado en la SEP, la poderosa Secretaría de Educación Pública en México y los programas aprobados establecían que teníamos que dar las dos teorías. Él insistía que no. Yo le decía: «pero René, acá hau unos diez estudiantes mexicanos y por lo menos dos deben ser informantes del gobierno, ¿o vos te pensás que el PRI es tan imbécil que nos va a dar de movida dos o tres millones de dólares para hacer algo y después hacerle pito catalán al gobierno mexicano, y convertir a FLACSO en una escuelita de cuadros para el PC?». Entonces decide llamara don Adolfo Sánchez Vázquez para hacer un curso de Filosofía Política suponiendo que este no iba a hablar de Kant, de Hegel, del liberalismo, con lo cual quiere decir, que nunca había leído su obra. Sánchez Vázquez era un marxista, pero que exploraba y discutía con todas las vertientes de la filosofía. Y para sorpresa de René le dice, no recuerdo si te conté, al aceptar el cargo «Bien: pero quiero que Atilio sea mi adjunto, yo estoy muy mayor, si él no puede ser mi adjunto no podré hacerme cargo de esto». Imaginate la bronca de René. Nos habíamos encontrado en algunos seminarios y Sánchez Vázquez me quería como su colaborador, lo cual para mí fue un honor. Lo cierto es que el viejo se puso firme en su exigencia y Zavaleta tuvo que ceder. Y entonces, yo me convierto en la mano derecha de Sánchez Vázquez, que tiempo después, fue la vía regia para entrar a fondo al estudio de la filosofía política, sendero que había comenzado apenas a transitar en mis años de Harvard. Si algo necesitaba era llegar a la filosofía política de la mano de Sánchez Vázquez. ¡Mirá el favor que me hizo René con su inquina hacia mi persona!

Sergio Bagú, por su parte, fue invitado a enseñar un curso de Historia Latinoamericana y estaba interesado con lo que yo enseñaba: el desarrollo social en América Latina, una especie de historia social latinoamericana centrada en el siglo XX. Yo hablaba del Estado oligárquico, también del Bonapartismo y había una coincidencia de enfoques muy fuerte con su obra. Don Sergio era un historiador muy riguroso, obsesivamente minucioso y

atento a los detalles aparentemente más nimios, como me gusta a mí. Analizaba el capitalismo no desde el punto de vista del consignismo barato sino mediante un análisis concreto de realidad concreta, como dijera Lenin. Era un profesorazo y los alumnos lo adoraban. Explicaba cada cosa con una minuciosidad, con una pasión por los detalles, que dejaba a todos boquiabiertos, y aprendían montones de cosas que en esas rápidas miradas a vuelo de pájaro quedaban siempre en la penumbra.

Total, que en el 1979 ya había completado mi inserción en el medio académico mexicano y empezaba a ser un referente de cierta importancia, alguien cuyas opiniones –heterodoxas o no– debían ser tenidas en cuenta. Igual seguían siendo un poco marginales. La editorial Siglo XXI jamás publicó nada mío, nada; la línea dominante era ecléctica, marxista en sus orígenes, pero atenuada por un proceso de «socialdemócratización». Y el Fondo de Cultura Económica tampoco me abrió sus puertas, sino hasta mucho tiempo después cuando su filial en Buenos Aires publicó *Tras el Búho de Minerva,* justo en el año 2000. La editorial que sí me publicó varios artículos en su revista *Cuadernos Políticos* (bella por su denso contenido y sus hermosos diseños) fue ERA, dirigida por Neus Espresate Xirau, una catalana radicada en México a causa de la guerra civil española. Neus era una bellísima persona, muy culta y «jugada» de verdad con la tradición marxista, y que construyó para su editorial un catálogo impresionante. Neus incorporó a su proyecto editorial figuras tales como Bolívar Echeverría, el ya mencionado Carlos Pereyra, Ruy Mauro Marini, Carlos Monsiváis, Adolfo Sánchez Vázquez, Adolfo Gilly, Michael Löwy, Arnaldo Córdova, y tantos más. Entre tantas otras perlas un logro fundamental: Neus publicó la edición definitiva de los *Cuadernos de la Cárcel* de Gramsci en lengua castellana.

A. M. *¿Hasta cuándo seguiste en FLACSO México?*

A. B. Poco tiempo más. En 1979 la IPSA (International Political Science Association) me invita a un congreso que se realizaría en Moscú en agosto de ese año. Fue una experiencia memorable, algo ya te comenté. Al regresar, alrededor del 20 de agosto voy a mi oficina y encuentro una carta en mi escritorio. Estaba firmada por Zavaleta Mercado y allí me decía, que, a partir de esa fecha, quedaba desafectado de la institución, y solicitándome que retirara mis pertenencias a la brevedad. Me echó a mí y a dos personas más, a los tres que teníamos un pensamiento un poco heterodoxo: Alfredo Monza que era un excelente economista fallecido hace poco, y Mabel Piccini que había sido nada menos que ayudante de investigación de Armand Mattelart en el libro aquel *Para leer al Pato Donald,* una persona, al igual que Alfredo, de estupenda formación en la materia.

A. M. *Contame de tu despido.*

A. B. Cuando leo la carta voy como una tromba a pedirle explicaciones y responde sin mirarme a los ojos, fijando todo el tiempo su vista en el suelo o sobre la cubierta de su escritorio y me dice: «eso, tú no tienes nada que ver con este proyecto». Le clavé la mirada con un gesto de profundo desprecio y me limité a decirle: «tu proyecto no me interesa en lo más mínimo; me iré, pero págame la indemnización». «No sé si te corresponde, respondió», sin levantar la vista ni mirarme de frente. Me marché pegando un portazo y fui a hablar con el contador, un argentino llamado Eduardo Krasniansky, que no daba crédito a lo que le estaba contando. Se solidariza conmigo y me dice «es muy injusto y horrible lo que te pasó, pero no te preocupes, esto se tiene que arreglar. No puedo revertir la decisión de René, pero me aseguraré de que FLACSO te pague la indemnización que te corresponde». Pocas semanas después logré que cumplieran lo prometido en función de mis años de servicio, y asunto concluido. Zavaleta, cobardemente, aprovechó las vacaciones: no había un solo estudiante, ni profesores, nadie. Al día siguiente, me

entero de que este sujeto también había echado del mismo modo irrespetuoso y despótico a los colegas ya mencionados. La verdad que me dolió mucho ser despedido por un personaje que era un *parvenú* a la FLACSO y cuyo prestigio intelectual era motivo de muchas discusiones, para ni hablar de las opiniones que circulaban profusamente sobre otras cuestiones sobre las cuales prefiero no abundar. En esto no había términos medios: René tenía encendidos aliados y furibundos detractores. En fin, yo había hecho mucho por FLACSO, tanto en Chile como en México, y el despido y el destrato con que fue realizado me molestó mucho. Lo otro que nos afectó, a los tres despedidos, es que ninguno recibió muestra alguna de solidaridad de los demás profesores del *staff* permanente de FLACSO. Seguramente, temían correr la misma suerte que nosotros en caso de que alguien manifestara alguna opinión que pudiera no ser del agrado del jefe.

Ni bien terminé de tener aquella lamentable y breve reunión con Zavaleta Mercado me puse en marcha para buscar trabajo en México. Llamé por teléfono a Pablo González Casanova, a don Sergio Bagú y a Gregorio Selser, y les dije que quería hablar con ellos. Cuando los informé de lo ocurrido todos expresaron su sorpresa y desagrado ante la noticia, y prometieron ayudarme. Y vaya que lo hicieron. Pese al verano del hemisferio norte, en donde las universidades y centros académicos funcionan a un mínimo nivel, en menos de un mes tenía ofertas de todo tipo. Finalmente recalé en la UNAM.

Hay un incidente muy interesante que ocurre cuando yo voy a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, llevado literalmente de la mano por don Sergio Bagú. Él hizo los contactos y en un gesto que le agradecí toda la vida me acompañó a una cita con el director de la facultad –así le llaman al Decano en México– un hombrón muy simpático llamado Antonio Delhumeau. La idea era explorar las posibilidades de ser contratado en la Facultad para continuar mi labor académica allí.

Delhumeau tenía un habla muy rebuscada, cantinflesca por momentos y era difícil comprender lo que te estaba diciendo dada la plétora de metáforas, «albures» (doble sentidos) y retruécanos a los que apelaba en su pirotécnico discurso. Me conocía de nombre y me dice: «Atilio, mucho gusto que vengas, ven por acá, vamos por allá, qué feliz que estoy de tenerte aquí», pero al cabo de una hora, casi una hora y media de animada charla, donde dialogamos sobre el mundo y sus adyacencias, miró su reloj, dijo «¡chin, tengo otra junta ahorita!» y sin más se levantó de su sillón, nos saludó con amabilidad y con un «nos seguimos viendo» a don Sergio y a mí, dio por finalizada la entrevista, tras lo cual abandonamos su despacho. Al hacerlo no pude ocultar mi desazón porque estaba convencido de que no habría trabajo para mí en la UNAM y así se lo hice saber, cariacontecido, a mi acompañante. Entonces, fijate lo que son los códigos del lenguaje (por eso hablaba de un modo «cantinflesco» de expresión, que nada tiene de peyorativo, sino que alude a las florituras, giros expresivos y metáforas que adornan al lenguaje de alguna gente en México), don Sergio, me mira sorprendido sobre todo cuando le dije que la entrevista no había tenido el final que yo esperaba. Y él me respondió, textualmente: «no, no, Atilio, lo que te acaba de decir el director es que sí, que ya está resuelto, que te designará como profesor y que vas a dar clases en la facultad y que estarás adscripto al CELA, el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad». Yo no salía de mi asombro y sólo atiné a decirle: —«¡pero si jamás me dijo que me ofrecería un contrato!», —«Estás equivocado: lo que dijo es que serías "convocado" como profesor en Ciencias Políticas». Pero, repliqué, —«¿qué significa convocado? Para dar una charla, integrar un jurado, ¿para qué?». Don Sergio me dio una afectuosa palmadita en la espalda y me dijo: «ya verás». Efectivamente, al cabo de dos semanas me llegó una carta en la que se me comunicaba mi designación como profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales adscripto al Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA) de la UNAM. Vos fijate lo que es el tema del lenguaje, del habla, la complejidad y riqueza del habla popular

mexicano, porque si vos no llegás a tener un traductor como yo tenía –yo era un ignaro Dante de la mano de Virgilio, con perdón de la grandilocuencia del ejemplo –, sin ese traductor de lujo yo me habría regresado a mi casa absolutamente convencido de que el bueno de Delhumeau me había dicho que no. En fin, ejemplos de lo que los mexicanos llaman «lenguaje cantinflesco», porque Cantinflas fue una representación extraordinariamente sutil, y por momentos hiriente para las clases dominantes, de la cultura y del habla popular de los mexicanos. En síntesis, un mes después de la bribonada de René yo ya estaba trabajando en UNAM.

A. M. *¿Y no volviste más a FLACSO?*

A. B. Sí, pero mucho después. Una vez que Zavaleta consuma la entrega de FLACSO al gobierno mexicano, es decir al PRI, la institución ya deja de ser lo que era. FLACSO había sido hasta ahí un organismo intergubernamental en donde, hasta entonces, los gobiernos tenían injerencia, pero en temas generales y no se metían estrictamente en los contenidos curriculares o las agendas de investigación. Aportaban un dinero, pero su influencia académica era muy acotada. Además, ya casi ni daban un peso. En Chile, Pinochet le cortó los fondos y en la Argentina con el golpe pasó lo mismo. FLACSO era bastante independiente de los gobiernos, salvo algunas cuestiones protocolares como la sede y cierto financiamiento muy acotado. Cuando Echeverría termina su mandato, la SEP exigió la potestad de designar al director en acuerdo con el Comité Directivo de FLACSO. Tiempo después Zavaleta hizo abandono de su cargo y jamás volvió a poner un pie en la institución, circunstancia muy rara, extraña para decir lo menos. Usualmente un director retirado continúa como profesor, como investigador o como miembro de un consejo asesor. Nada de eso ocurrió con él. No sólo eso: René desapareció del ambiente académico de México, y también de Cuba. Se había mudado a una hermosa casona en el centro histórico de Coyoacán y ahí se quedó, sin apariciones públicas de ningún tipo. A fines de 1984, a los 47 años, un ACV le ocasionó la muerte de forma instantánea.

A. M. *Me habías dicho que lo sucedió José Luis Reyna.*

A. B. Sí, que era un amigo mexicano, también exalumno de FLACSO/Chile. Reyna estaba indignado por lo ocurrido y me llamó para que me reincorporase otra vez a la FLACSO, pero yo noquería hacerlo a tiempo completo. Por una parte, la institución había cambiado mucho y se había convertido en un organismo más dependiente del gobierno y, para colmo, muy ganado por el academicismo norteamericano. Además, yo ya estaba en una gran institución como la UNAM y también a medio tiempo en el CIDE. Para sobrevivir había armado una especie de *patchwork* laboral, tenía dos trabajos, dos «chambas» hablando «en mexicano», y aparte, me llamaban de muchas universidades para dar clases. Además, después de mi traumática salida de FLACSO y la indiferencia de mis colegas ante lo que nos hicieron a Alfredo, Mabel yo tampoco tenía muchas ganas de reinsertarme en ese ambiente.

A. M. *Antes de preguntarte por la UNAM quisiera que me comentaras de tu viaje a la Unión Soviética. Ya comentaste antes tu impresiónsobre las problemáticas que terminarían con su desintegración.*

A. B. Bueno, esa impresión podría sintetizarla en una anécdota del viaje. Yo llego a Moscú, al congreso, junto con Juan Pegoraro, que había terminado sus estudios en FLACSO y, como exiliado, se había quedado a vivir en México. Ambos teníamos un boleto de México-Moscú-México, pero queríamos aprovechar el viaje para conocer la cuna de la revolución: Leningrado. Para abrir el boleto había que ir a las oficinas centrales de Aeroflot, en la Plaza Roja, atestadas de gentes (turistas, participantes en el congreso, soviéticos) hablando un sinfín de lenguas diferentes. Casi nadie hablaba inglés, o muy poco, y cuando estábamos al borde de la desesperación finalmente nos atendió una empleada con una apariencia totalmente anómala en relación con el personal, que en Occidente atendía en las compañías de aviación. Esta era una persona avispada y simpática, pero con todo el aspecto de una campesina tradicional,

escapada de alguna de las películas soviéticas de la época. Tenía una excelente predisposición y, enorme ventaja, champurreaba algo en inglés. «Bueno ustedes qué quieren, adónde quieren ir, para viajar qué día». Respondimos y entonces, para nuestra sorpresa, saca, así de acá abajo del escritorio, un enorme cuaderno rectangular y rayado que abierto medía casi un metro y empieza a anotar a mano: nombre, apellido, nacido, 1 de julio de 1943, ingresó a la Unión Soviética por: Moscú, procedente de México, vuelo Aeroflot número tal, alojado en tal hotel, etc., etc. Todo a mano, todo muy a la antigüita. Estamos hablando de 1979, las computadoras se habían difundido bastante en México donde todos estos cambios de itinerarios se manejaban por sistema a través de aquella, con las IBM o los clones de la IBM. Al terminar ese laborioso proceso me dice «está todo bien», emite a mano los boletos previa consulta telefónica. Cuando le pregunto cuánto le debía pagar por el nuevo tramo Moscú-Leningrado -Moscú ocurrió algo más sorprendente aún: vuelve a tantear algo que había debajo de su escritorio y extrae un ábaco, mueve con gran agilidad las canicas y llega a un número: es tanto, una bagatela como todos los viajes domésticos dentro de la Unión Soviética. Ok, pago y me da el billete aéreo escrito a mano, con la reserva hecha tal como te dije. ¿Estaría todo bien? Así fue, no hubo ningún problema y pudimos visitar a la heroica Leningrado y recorrer todo el circuito que recordaba a cada paso la progresión de la revolución de octubre. La nota de color en el viaje de ida a esa ciudad fue ver a una familia campesina, sentada del otro lado del pasillo, que ni bien comenzó el vuelo sacó un enorme cuchillo y el señor se puso a cortar un salame y distribuirlo equitativamente con su mujer y sus hijos…

Terminado el trámite me encuentro con algunos amigos que estaban en la Plaza Roja y les conté lo ocurrido, y la preocupaciónque me suscitaba un atraso tecnológico como el que había atestiguado. Sí, me decían algunos: la gente en la calle se la ve bien, había algunos viejos que todavía hablaban un italiano muy elemental,pero lo hablaban, caminaban orgullosos, con sus medallas ganadasen la Gran Guerra Patria. La tecnología ya llegará…

Pero a mí esos argumentos no me tranquilizaban porque hay algo que se llama desarrollo de las fuerzas productivas. Si aquí la mayor compañía aérea del mundo (porque por el tamaño de la Unión Soviética Aeroflot era la más grande, la que tenía m) para hacer un simple boleto aéreo Moscú-Leningrado-Moscú todo ese trabajo se hace a mano y encima se calcula el precio con un ábaco, la conclusión es que la Unión Soviética no podrá jamás competir con el capitalismo, a menos que las cosas cambien, y mucho y bien rápido. Bueno, cuando me hablás de la desintegración de la Unión Soviética se me viene a la cabeza esa anécdota y quería compartirla.

A. M. *¿En la UNAM qué hacías puntualmente? ¿Cómo sigue tu vida en México?*

A. B. En la UNAM estaba en la Facultad de Ciencias Políticas y en el CELA, Centro de Estudios Latinoamericanos y en un proyecto especial que dirigía John Saxe-Fernández sobre el tema de relaciones internacionales, las *commodities* de los países latinoamericanos y la vinculación dependiente con Estados Unidos. Se llamaba «Proyecto Lázaro Cárdenas sobre la Condición Estratégica del Petróleo Mexicano» y nucleaba a una serie de investigadoresen diversos temas. Por ejemplo, Gregorio Selser, con quien escribí un pequeño libro sobre la *Administración Carter y la Argentina* quedesgraciadamente se perdió en mi mudanza internacional y, aparentemente, también en los archivos de Gregorio. O sea, yo tenía muchísimo trabajo en mis diferentes «chambas». En este proyecto conté con la colaboración de Margarita Favela que luego sería una destacada profesora en Ciencias Políticas de la UNAM.

¿Qué más hacía? Al poco tiempo de llegar a México comencé a reunirme con Hugo Zemelman, exiliado chileno a quien yo conocía de Chile porque era un hombre muy allegado a Salvador Allende y por un tiempo fue el encargado de las relaciones entre La Moneda y la FLACSO. Era del partido socialista, pero allen-

dista, antes que nada. Tuvo que exiliarse. Trabajaba en el Colegio de México y nos propusimos reexaminar los textos clásicos de la tradición marxista con el eje puesto en la forma, como los grandes autores –desde los padres fundadores hasta Gramsci, pasando por Lenin, Rosa, Trotsky, el mismo Mao– analizaban las coyunturas nacionales en sus respectivos países. Nos reuníamos todas las semanas en horas de la mañana en la agradable cafetería de El Colegio de México y mientras disfrutábamos de un delicioso desayuno mexicano con frijoles refritos, chilaquiles, huevos fritos, todo luego de haber saboreado un plato de frutas, acometíamos el estudio del material seleccionado para la ocasión durante unas tres horas. Así estuvimos durante dos años. Tomamos muchas notas, pero era muy difícil hacer que Hugo escribiera porque su autocrítica y su capacidad de formularse nuevas preguntas eran inagotables. Y yo era un buen interlocutor, pero nada más; el liderazgo intelectual estaba en sus manos y por eso no pudimos escribir nada juntos. Conservo, eso sí, unos cuantos borradores de esas sesiones de trabajo. Con suerte tal vez algún día los ordene y publique. Algo de lo mucho que aprendí en esas conversaciones lo fui volcando en algunos de mis escritos de análisis de las coyunturas. Pero el proyecto que teníamos en mente era una sistematización sustantiva, pero también metodológica (porque Hugo era muy sensible a la problemática epistemológica), y eso desgraciadamente nunca logró plasmarse. Sin embargo, años después Hugo escribiría alguno notablestextos sobre la epistemología del marxismo, pero no los que habíamos planeado. Siento que fue una lástima. Yo no quería escribir solo porque todo lo discutíamos conjuntamente, anotábamos juntos, subrayábamos juntos. Así que quedaron todas como notas que conservo por ahí en unas carpetas. Más allá de eso fue una experiencia enormemente educativa porque Hugo era un hombre cuya reflexión tenía un espesor filosófico muy poco común. Esta iniciativa me hizo estudiar mucho, pero, repito, desgraciadamente, fue una obra inconclusa.

Como te decía, en 1979 estaba ya bien instalado en México, en el ambiente intelectual, tenía el trabajo parcial en la UNAM y en el CIDE, que estaba en el otro extremo de la ciudad, en Cuajimalpa. Ahí me engancho como *parttime* en el naciente Departamento de Relaciones Internacionales del CIDE que dirigía Olga Pellicer. Era un grupo pequeño, donde estaba también como investigador Jorge Lara que luego fue embajador ante la ONU de Paraguay durante la época de Lugo y también su canciller, y un gran amigo mexicano, Guillermo Barclay Arce. Trabajábamos mucho sobre el tema de la nueva inserción internacional de los países latinoamericanos, el tema del petróleo (recordar la crisis 1973-1974) y los petrodólares, la posibilidad de que algunos países nuestros trataran de hacer una política exterior independiente para la fase posterior a la dictadura, etc. Teníamos estrecha relación con el Instituto de Estudios de Estados Unidos del CIDE, del cual ya te hablé. Cuando en 1980 vimos cómo se venía la campaña electoral en Estados Unidos y la posibilidad de un triunfo de Reagan, Luis Maira, su director, me encargó un artículo para la revista del instituto: *Cuadernos Semestrales*, así se llamaba. Si bien yo no seguí paso a paso las primarias republicanas, sí estaba muy interiorizado, y preocupado, por el auge del neoconservadurismo en Estados Unidos y en el mundo. La segunda mitad de los años setenta fueron fatales en ese sentido: golpes militares en Latinoamérica, derrumbe paulatino pero irreversible del «eurocomunismo», auge de las teorizaciones sobre la «crisis del marxismo», resurgimiento de tendencias muy conservadora en Inglaterra, con Margaret Thatcher, y en la Iglesia Católica, con el papado de Juan Pablo II. Esta regresión se notaba inclusive en las vestimentas y estilos de vida de los jóvenes norteamericanos –bah, en realidad de los estudiantes que eran de una clase media alta– antes muy informales y de repente todos muy formalitos, con sacos, algunos con corbatas, que era algo que antes ni remotamente se veía en los campus de Estados Unidos. Estudié a fondo a los principales teóricos norteamericanos y europeos de esta regurgitación conservadora en Occidente (el curso que tomé con

Huntington en Harvard y el seguimiento que hice de su obra como teórico conservador me ayudaron mucho), y al poco tiempo, escribí un largo artículo sobre «la razón neoconservadora», es decir, cuál era la fundamentación de sus ideas, cómo se entrelazaban y qué evidencia aportaban. Hubo un problema con el título y apareció como «la racionalidad» neoconservadora, pero pese a ello, el artículo tuvo mucho éxito. Fue el primero que definió claramente lo que era el modelo neoconservador norteamericano y sus componentes básicos, y a partir de ahí intervine con múltiples escritos, intervenciones, y polémicas sobre el tema.

A. M. *Aparece una tensión permanente entre lo académico y lo político en todo el relato, ¿lo vivías así?*

A. B. Sí, sí, absolutamente. Llego a México como un tipo sin partido, porque en la Argentina no tuve una vinculación partidaria orgánica. Nunca estuve en el peronismo; de hecho, si me afilié una vez fue a la democracia cristiana y duré seis meses y rompí el carnet. No más que eso, después me fui y en Chile no me afilié por que podía enfrentarme a dificultades muy serias en la época delgobierno democristiano. Podías trabajar a favor de un partido, o con su gente, en este caso el Partido Comunista como lo hice con Óscar Cuellar y Yemil Harcha que eran compañeros míos de FLASCO, pero en México afiliarte era algo bastante más delicadoporque había una vigilancia sutil, pero omnipresente sobre el exilio latinoamericano. En resumen, yo vuelvo de Harvard con un cierto prestigio académico, el doctorado era muy valorado en los medios académicos, pero como un francotirador sin inserción política en una fervorosa colmena de exiliados. ¿Quiénes estaban en México? Los montos que tenían una gran presencia y el PRT, conuna gravitación mucho menor y en el medio un grupo que no erani una cosa ni la otra. Yo no estaba bien en ninguno de esos treslugares, siempre desconfié de buena parte de la dirigencia de los montos –no así de sus bases, gentes muy militantes y solidarias–, que en México tenían mucha presencia. Eran personas moderadamente anticapitalistas y portadoras de un pasado muy

sacrificado, que a duras penas habían sobrevivido a la represión de los setentas.Subrayo lo de «moderadamente» por la confusión que introdujo el peronismo (y que perdura aún hoy) en la militancia con la famosa «tercera posición» que, como se ha comprobado, termina invariablemente en la primera, en el capitalismo. No sólo en el caso argentino, también en Europa: ¿Qué fue de la Tercera Vía de Tony Blairy Gerhard Schröder?

¡Un fiasco, un desastre que le abrió la puerta al retorno de laderecha radical!

A. M. *Sobre los dirigentes montos, ¿te referís a Firmenich?*

A. B. Sí, nunca me parecieron tipos de izquierda, los veía como aventureros e irresponsables, aunque Firmenich tenía mucho más nivel intelectual que Galimberti. Pero, como decían algunos de los amigos montos, de base, en México cuando «Perón nos meaba ellos le decían a la militancia que estaba lloviendo». Había un sector de los montos –insisto: no todos, pero sí un sector– con una actitud muy sectaria, fanática, reacia a la autocrítica o a reconocer absolutamente nada, y francamente delirantes en el momento en que lanzan la nefasta «contraofensiva» de los años 1979 y 1980, que era una suicida corrida hacia el abismo. Yo pude hablar con algunos de ellos y no había razones que entendiesen, poseídos como estaban por un demencial triunfalismo. Tenían en su cabeza un país imaginario en donde se perfilaban amplios sectores populares a la espera de la orden para lanzar la insurrección que abrazaría con fervor la «contraofensiva» de los montos y, además, una percepción absolutamente errónea de lo que era el régimen militar. Subestimaban su capacidad para «aniquilar a la subversión», como decía la propaganda oficial, para atropellar cualquier ley y cualquier principio ético. Gentes nobles y altruistas, que luchaban por crear un país justo, libre y soberano, como decían. Pagaron con su vida semejante desatino, entre ellos alguien muy allegado porque sus hijos eran muy amigos de los míos.

Pero no todos tenían ese talante: había también un sector que se autodenominaba «los reflexivos» que propició una necesaria autocrítica, pero que terminó deslizándose hacia la socialdemocracia y una de sus variantes, «el eurocomunismo». Después, con la sorpresiva victoria de Raúl Alfonsín en 1983 varios de ellos se integrarían al «Grupo Esmeralda» y se convertirían en uno de los apoyos teóricos, intelectuales, más importantes del nuevo presidente. Era un sector muy culto, casi todos ellos habían sido marxistas o vinculados al Partido Comunista o a la izquierda del «nacionalismo popular», gente que escribía muy bien y que tenía una presencia académica bastante significativa en México. Obviamente que yo ahí no tenía lugar, ni me interesaba tenerlo. Yo era un marxista intransigente, no sólo en la teoría, sino también en la defensa irrestricta a la Revolución cubana –que aquellos ya criticaban sin matices–, y defendiendo el papel internacional de la Unión Soviética al tiempo que planteaba los problemas y las críticas que mencionaba antes. Pero en la gran confrontación de la Guerra Fría no tuve la menor duda acerca del lugar que debía ocupar, de qué lado de la barricada debía estar.

Con los trotskistas el diálogo no era mejor, diría que todavía peor. Su incapacidad de comprender el fenómeno del imperialismo y el papel que jugaba el marco internacional en las luchas nacionales era exasperante. A lo anterior se sumaba una muy sesgada lectura de la realidad socio-política de la Argentina en los años setenta. En sus intervenciones se hablaba de un florecimiento extraordinario de fuerzas revolucionarias en la Argentina, a duras penas acalladas por la clásica «traición de las dirigencias», por las ilusiones inculcadas por el peronismo entre las masas y por la brutalidad de la dictadura militar. Cuando examinaban el horizonte internacional su mirada era alucinatoria: grandes movimientos de masas revolucionarias proliferaban por doquier y siempre a un paso de tomar el poder, cuando en realidad no había nada de eso, sino una salvaje reacción neoconservadora, manteniendo la institucionalidad pseudodemocrática

en el norte desarrollado o vía brutales dictaduras militares en el sur global. Como modernos quijotes veían molinos de viento y creían que eran enormes multitudes movilizándose en pos del socialismo. Por lo tanto, tampoco tenía lugar en ese enrarecido ambiente, y lo mismo ocurría con los que estaban en el medio navegando en un improductivo eclecticismo.

¿Qué tenía yo que hacer con gente que en el fondo pensaba que se podía tener una buena democracia social con redistribución de ingresos sin ni siquiera remotamente situar al capitalismo en el centro del debate? En fin, todo esto es un preámbulo de mi situación,ya en vísperas de mi retorno a la Argentina, en febrero de 1984.

En México mis interlocutores intelectuales estaban menos en el exilio sudamericano que en el centroamericano (nicaragüense, salvadoreño, guatemalteco). Entre los mexicanos conversaba mucho con quienes bregaban por la renovación, más no la liquidación, del marxismo, como Agustín Cueva, Bolívar Echeverría, Gabriel Vargas Lozano, Sergio de la Peña, Enrique Semo y, por supuesto, don Adolfo Sánchez Vázquez. Me integré mucho a ese grupo, a su agenda académica, y pude participar en numerosos eventos, visitar y dar charlas en muchas universidades mexicanas lo cual hizo que comenzara a gozar de un cierto reconocimiento entre los estudiantes y los jóvenes investigadores. Fueron años fecundos, signados por enormes desafíos intelectuales y políticos que encarnaban la dificultad de encontrar una salida política de izquierda en Argentina y en los países sometidos a las dictaduras en el Cono Sur. Siempre me preguntaba si los exiliados estábamos en condiciones de ofrecer algo para la juventud de nuestros países, alguna guía u orientación. Por momentos la respuesta era desalentadora, porque la derrota político -militar había tenido un efecto catastrófico, impulsando una derivación hacia la socialdemocracia y el oportunismo. Algo semejante a lo que ocurriría años más tarde, en 1989, con el derrumbe del Muro de Berlín y después con la implosión de la Unión Soviética. Gentes que se habían jugado

la vida en la guerrilla o militando en la clandestinidad en diversas organizaciones de izquierda que, desolados por la derrota, desilusionados de antiguas creencias y proyectos (por los cuales, repito, se habían jugado su vida y por eso merecían todo mi respeto) abjuraban de su pasado, cerraban herméticamente ese capítulo de su biografía, renegaban de lo que habían sido y se convirtieron en inofensivos socialdemócratas o en resignados adoradores de la democracia liberal. Algunos con pasado en el Partido Comunista coquetearon con los montos en la Argentina, antes del golpe, y luego en el exilio, creando una convergencia de nombres muy talentosos, sin duda, pero a mi manera de ver, sumidos en la confusión o el desencanto. En un momento dado publican en México una excelente revista llamada *Controversia: para el examen de la realidad argentina* que reunía contribuciones de marxistas italianos, tourainianos francófilos y eclécticos de diverso cuño. Decía querer propiciar un debate en el campo de la izquierda renovada, pero ni yo ni muchos otros fuimos jamás invitados a publicar nada, ni siquiera un pirulo de tapa. Tenían sus razones, esto no es un juicio moral. Querían construir una alternativa superadora del dogmatismo anterior, pero con escasos márgenes para las divergencias. Es decir, se reproducía eso que Freud denominaba «compulsión a la repetición». Había debates, sí, pero siempre al interior de una franja dogmáticamente recortada que dejaba afuera al marxismo en cualquiera de sus variantes. Discusiones por momentos bizantinas en torno a la herencia teórica de Gramsci, no a su práctica, ¡por favor!, que era sometida a una cuidadosa labor de relectura y resemantización de sus textos al margen de su inserción en la lucha contra el fascismo en Italia, y su apoyo a la III Internacional y a la Revolución bolchevique. Brota así de sus páginas, como de muchos seminarios y libros del mundo académico, una imagen beatífica de un Gramsci bonachón, resignado y rendido ante la perenne vitalidad del capitalismo, lo cual es una imperdonable afrenta a su vida y su obra. Al regresar del exilio ese grupo termina su trayectoria como el ala izquierda del alfonsinismo y fusionándose con el grupo de *Punto de Vista*, con

Carlos Altamirano, Beatriz Sarlo, Hugo Vezzetti, fundan el *Club de Cultura Socialista,* otro interesante centro de debates acotados –derecha dura no era admitida, marxistas o revolucionarios tampoco, sí lo que quedaba en el medio– que sobrevivió unos años hasta que, con el agotamiento del proyecto alfonsinista a partir de 1987, el club languideció y desapareció sin dejar rastros. Una pena, porque entre quienes provenían de la izquierda se encontraban algunas de las más lúcidas mentes de mi generación, o la de mis maestros. El propósito del *Club de Cultura Socialista* era rediscutir y re significar las tradiciones político ideológicas de la izquierda, cortar de un tajo con un pasado autoritario (algo que el grupo *Controversia* ya había hecho en México) y promover una nueva cultura política de izquierda en clave democrática. Leí en su momento, habrá sido en 1984, la Declaración de Principios en donde se exaltaba el papel central de la «democracia política» y sus expresiones institucionales, mientras que el socialismo era relegado a un lugar secundario en ese texto. La historia del grupo fundador y su revisionismo lo llevó a abandonar, cuando no repudiar, cualquier proyecto anticapitalista toda vez que este era asociado a la idea de la violencia, la muerte o la guerra y a adherir a un vago programa de transformaciones sociales que no haría otra cosa que profundizar las raíces del capitalismo en suelo latinoamericano impulsando su ilusoria «democrática» modernización, tarea que cuarenta años después continúa inacabada. Algo similar ocurrió con el exilio chileno, con su revisión autocrítica que finalmente desembocó en la gran estafa de la Concertación. Intentos fallidos, en ambos casos, como lo demostró de modo irrefutable el devenir de la historia.

A. M. *Hablando de* Controversia*, una vez me comentaste algo que dijo Aricó sobre el «imperialismo cubano». ¿En qué contexto fue?*

A. B. Sí, y eso ponía en evidencia la tremenda desorientación y crisis en que se debatía la otrora izquierda revolucionaria. El hecho ocurrió en FLACSO /México, cuando se organizó un

panel sobrela guerra de liberación en África Meridional y en Angola. Se invitóa un mexicano, cuyo nombre ya no recuerdo (era un especialista en África, pero sin gran trayectoria), a *Pancho* Aricó y a mí. El mexicano contó la versión oficial de la cancillería de su país sobre la crisis, pero con mucha cautela. Para mi sorpresa *Pancho* se lanzó en picada contra la presencia de Cuba en África y soltó, en la fogosidad de su discurso, una frase inexcusable e imperdonable: «invasión cubana a Angola». Yo no podía creer lo que estaba escuchando. Tenía un enorme respeto por él y, recuerdo ahora, que siguiendo su consejo comencé a estudiar alemán para leer la obra de Marx directamente en su idioma. Lo hice durante casi dos años y con la mismaprofesora que le estaba enseñando a él. Y lo consideraba como ungran erudito del marxismo, cosa que sigo pensando hasta el día hoy.Lo admiraba, además, por su obra como el impulsor de la publicación de un verdadero tesoro marxista: los formidables cien números de los *Cuadernos de Pasado y Presente,* que publicara en Méxicoal amparo de la editorial Siglo XXI. Pero me parece que *Pancho* era un hombre prisionero de su formidable erudición y tal vez por eso poco alerta ante las duras realidades de la agresión imperialista y las dificultades de la concreción práctica, no meramente intelectual, de la revolución. Esto para que veas el respeto que tenía y sigo teniendo por su persona. Pero cuando dijo aquello, y lo hizo con una carga emocional que expresaba, a mi manera de ver, un resentimiento con su propia historia y con la de la Revolución cubana, que no había sido como él y su grupo esperaban, me quedé helado. Quien había proferido aquella barbaridad, era alguien que gozaba de un gran prestigio intelectual en México. Una cosa es disentir sobre la forma u oportunidad de la intervención de Cuba en Angola y otra muy diferente hablar de una «invasión». Indignado, no me pude contener y lo interrumpí diciéndole: «*Pancho:* esa misma palabra, «invasión», la oí de labios de Henry Kissinger y es una infamia. Cuba está en Angola en respuesta a un pedido de ayuda hecho por el gobierno revolucionario de ese país, el Movimiento Popular para la Liberación de Angola y su líder, Agostinho Neto, ante la presencia de tropas extranjeras

de la actual República Democrática del Congo (antes Zaire); dos ejércitos irregulares armados, financiados y asesorados por Washington y el ejército de la Sudáfrica del *apartheid*». Cuba actuó en coherencia con su internacionalismo y, aclaré muy enfáticamente, en contra de la opinión de la Unión Soviética, y lo hizo sin recibir armas ni apoyo financiero o logístico para esa increíble hazaña político -militar llamada Operación Carlota. Mucho después, cuando Nelson Mandela quedó en libertad lo primero que hizo fue ir a Cuba y visitar a Fidel y declarar que sin laayuda de los cubanos jamás se habría puesto fin al régimen racista del *apartheid* en Sudáfrica, y que Cuba fue el primer país que salió a defender esa causa. El internacionalismo es un componente fundamental del socialismo, ¿cómo hablar de una «invasión», máxime si un gobierno legítimo de un país atacado por enemigos externos pide ayuda? A Angola la estaban destrozando los racistas de Sudáfrica con apoyo de Estados Unidos y los impresentables gobiernos europeos, e incluso, de Israel.

Una pena: fue una discusión muy áspera, que me produjo mucho dolor y que enturbió nuestra relación. Pero no podía dejar pasar una expresión como esa, «la invasión cubana». A diferencia de las invasiones que sí hacen Estados Unidos o las potencias europeas, ¡lo único que Cuba se trajo de Angola fueron sus muertos! Ni un gramo de oro, ni un brillante, ni un barril de petróleo.

¡Nada! Para mí ese panel en FLACSO fue un episodio paradigmático de la descomposición y desaparición de una izquierda vencida y derrotada primero en el plano de la lucha armada, luego políticamente, y al final, ideológicamente. Era el «canto del cisne» de una intelectualidad marxista que había arrojado por la borda su antigua identidad, su fidelidad al socialismo y a la revolución y que en su agonía repetía lo que un bribón imperialista y criminal de guerra como Kissinger opinaba sobre el internacionalismo cubano. Esta traumática experiencia involutiva explica en parte al menos la resistencia que por años tuve para a acercarme al

PC. Era totalmente injusta, pero fue así como se desencadenaron los hechos.

Este era, a muy grandes rasgos, el clima imperante en esa izquierda del exilio argentino en México. No te puedo negar que a veces me asaltaban las dudas y por momentos pensaba: «o yo me he vuelto un positivista de mierda que ya no entiendo las sutilezas de la dialéctica marxista, o estos tipos, tan admirados por mí –si no mis maestros seguramente mis mentores intelectuales– se han convertido en unos vulgares reformistas». La presión para alinearse con el pensamiento «correcto», como dice Chomsky, era tremenda, y para mí fueron años de introspección y de revisión de mi propia formación teórica. Todo se hacía muy difícil. Bastaba que planteases una lectura en clave revolucionaria de Gramsci o de las más que módicas perspectivas de la futura «transición democrática» (¡inacabada, cuarenta años más tarde!) y te tiraban con toda la artillería, para lo cual contaban con la ayuda de los «marxólogos» europeos: italianos, franceses, españoles. Llegaban a México en bandadas y con frecuencia, como ya lo dijera, Giuseppe Vacca, Giacomo Marramao, Biaggio de Giovanni, Ludolfo Paramio, Jordi Borja, Ernesto Laclau, Chantal Mouffe, todos bajando esta misma línea. Yo, por momentos, me decía «¿será que yo no estoy entendiendo algo, que soy, víctima de un prejuicio que me enceguece, habrá algo que no logro ver… o qué?». Pero después pensé «no, estos tipos (sobre todo los europeos que llegaban allá, no todos, pero estos, los de la moda intelectual) son gentes que se quebró ideológicamente; se convirtieron en unos refinados charlatanes de feria que vienen acá y los recibimos por puro «malinchismo», para usar la expresión mexicana para referirse a la actitud neocolonial que trata al extranjero con inmerecida admiración y deshonrosa sumisión. Me sorprendía la actitud resignada y vencida de notables intelectuales, todos mayores que yo: *Pancho* era del 1931, doce años mayor; Portantiero de 1934, nueve años mayor; Laclau de 1935, ocho años más grande que y con mucha más experiencia política que yo. Yo los leía y, en cierto sentido, eran mis mentores:

habían sido cuadros del Partido Comunista o del Partido Socialista de la Argentina y, sin embargo, ahí los veía fascinados ante las sandeces que decían aquellos europeos que venían a hablar de la construcción de una nueva hegemonía sin lucha de clases, sin una guerra cultural, sin raíces económicas, sin crear una fuerza política anticapitalista y desestimando por completo las interferencias del imperialismo. Venían a vender la cuadratura del círculo, y se los respetaba como si fueran eminencias intelectuales. ¿Cómo era posible, por qué?

Me acuerdo de una discusión muy fuerte que sostuve con uno de ellos (creo que era Giuseppe Vacca) en uno de esos seminarios.

Hablaba de la hegemonía obrera (*operaia*) en Italia y del posible advenimiento de un gobierno del PCI –un PCI «reformateado», sin duda– en alianza con otras fuerzas. Cuando terminó de hablar le dije, respetuosamente: «escúcheme una cosa, ¿por qué no repasan lo que dijo Kissinger durante la coyuntura política italiana de 1974-1975 cuando el PCI también aspiraba a formar el gobierno?». Y me respondió: «¿Qué tiene que ver Kissinger con este discurso?». Bien, repliqué: «Kissinger, secretario de Estado de Estados Unidos, dijo que Estados Unidos jamás admitiría la existencia de un gobierno comunista en Italia, pese a lo cual ustedes están hablando en el aire, construyendo la hegemonía con esto, con lo otro, con la sociedad civil, conquistando trincheras y casamatas, pero sin prestar la menor atención al contexto internacional y a la conquista del poder. La realidad es que el imperialismo también considera a Italia, y a los países europeos, como estados vasallos. Kissinger declaró aquello y se derrumbó todo el bonito pero inconducente aparato conceptual que ustedes elaboraron, que era un juego de palabras sin referencia alguna a la realidad nacional italiana y al marco internacional». Es decir, la hegemonía como un ejercicio retórico, un juego de lenguaje a la Wittgenstein, y que no tiene nada que ver con Gramsci (la hegemonía nace de la fábrica, como siempre decía), con la realidad contemporánea. ¿No fue acaso el gobierno

de Estados Unidos el que impidió que el PCI ganara las cruciales elecciones de 1948, las primeras del *doppoguerra*?

¿Por qué ahora procedería de modo distinto? No tuve respuesta alguna a mi crítica. Fue desestimada como un exabrupto de infantil izquierdismo[49].

Uno de los subproductos positivos de esos debates con la izquierda en fuga es que, a partir de lo de Kissinger y su referencia a Italia, me puse a estudiar cada vez más el pensamiento de ese criminal de guerra. Porque él y Zbigniew Brzezinski fueron los dos más importantes estrategas del imperio desde el último cuarto del siglo XX en adelante. De ahí mi creciente impaciencia y desprecio por todos esos discursos fantasiosos que hablan de profundizar la democracia, radicalizar la democracia sin hablar del capitalismo y sin siquiera mencionar al imperialismo. ¿Cómo es posible? ¡Si capitalismo y democracia son incompatibles! Más democracia, menos capitalismo; más capitalismo, menos democracia. Hay centenares de textos, libros, artículos que fundamentan esta tesis. El libro de la gran Ellen Meiksins Wood ha sido definitivo en este tema, y, sin embargo, se insiste con esa cantinela. Para no hablar de la contradicción aún más irreconciliable entre imperialismo y democracia. Y sin hablar de estas cuestiones, ¿qué clase de radicalización es esa que pareciera no tener límites ni obstáculo alguno; radicalizar qué cosa, ¿cómo, y cuándo, con qué sujetos? Pero lo cierto es que toda esa charlatanería derrotista caló muy profundamente en el medio intelectual y académico, ¿o no? Y tanto en el alfonsinismo como entre los intelectuales del kirchnerismo hubo (y hay) muchos que contra toda evidencia aún adhieren a estas

[49] En una intervención de diciembre de 1975 ante los embajadores americanos en Europa, convocados en Londres, el secretario de Estado norteamericano, Henry Kissinger decía que: «Una cosa debe estar clara, el dominio de los partidos comunistas en Occidente es inaceptable, y eso no tiene nada que ver con la moderación de estos partidos o con el grado de independencia en relación con Moscú», *Le Monde*, 14 de abril de 1976, citado en *Clarín*, Fernando: *Eurocomunismo y socialismo*, op. cit., p. 28.

posturas. Ilusionándose con que el capitalismo es un sistema que aceptaría sin reservas la «profundización» de la democracia (en la medidaen que esta sea concebida como soberanía popular efectiva, algo bien distinto al simulacro que hoy día pretende pasar por democracia), sin desatar una violenta contraofensiva restauradora, como hemos visto en los últimos años, que tomó por sorpresa a muchos, pero que estaba muy lejos de ser imprevisible.

III. ¡DIECISIETE AÑOS NO SON NADA! EL DURO RETORNO A LA ARGENTINA

B. M. *Me decías que decidís volver a la Argentina en el año 1984. ¿Por qué esta decisión?*

A. B. Porque me avisan de dos cosas. A comienzos de 1983 me llega una carta de mi padre diciendo que a mi mamá le habían descubierto un tumor de muy mal pronóstico, cosa que fue así nomás. Murió a los sesenta y cuatro años, el 15 de septiembre de 1984. Sabía que le quedaba poco tiempo de vida, y yo quería acompañarla en esos últimos meses. Sabía también que para ella yo era alguien muy especial, así que traté de ver cómo hacía para regresar lo antes posible. Tenía dudas porque estaban las elecciones de salida de la dictadura pautadas para el 30 de octubre de 1983. Decidimos en familia tomarnos un tiempo y ver qué pasaba con las elecciones. Si hubiera ganado Ítalo Luder no volvía, porque tan sólo escuchar su aceptación de la autoamnistía decidida por los militares me revolvía las vísceras[50]. Y, además, temía que las crónicas pugnas internas del peronismo terminaran, como había ocurrido en los años setenta, en una nueva ronda de violencia o, por lo menos, en un descontrol que tornaría invivible a la Argentina. En tal caso, triunfo de Luder-Bittel mediante, habría ido a visitar a mi madre, a acompañarla lo más posible, pero no habría quemado las naves y regresado a vivir a la Argentina. Cuando ganó Alfonsín escribí un artículo en una edición de *Le Monde Diplomatique* de México sobre el significado histórico de su triunfo en Argentina, que fue

[50] La fórmula del partido Justicialista contaba –gracias a la confusión política reinante– con el apoyo de varias fuerzas de izquierda: el Partido Comunista, el Partido Comunista Revolucionario y el Partido del Trabajo y el Pueblo.

lo que me abrió después las puertas aquí para empezar a escribir en *Página/12*, ni bien se fundó el diario. Sabía que lo de Alfonsín sería dificilísimo y frustrante: por la propia ambigüedad ideológica de la UCR, la brutal presión de Ronald Reagan (potenciada por la vulnerabilidad argentina debido a la deuda externa), y por la oposición salvaje que le haría el peronismo. Pero igual decidimos regresar a la Argentina, a pesar de que allá en México, al cabo de ocho años de trabajo, estábamos muy bien. Tanto Nora como yo teníamos muy buenos trabajos, con la posibilidad de ahorrar una pequeña suma mes a mes y las perspectivas eran aún mejores. Se repetía así una vieja historia: cada vez que con mi familia alcanzábamos una posición económica más o menos buena, con trabajos estables y relativamente bien remunerados nos íbamos –¿o debíamos irnos?– en busca de nuevos horizontes. Así lo hicimos al irnos de Chile a Estados Unidos, de este país a México y repetimos la movida cuando retornamos a la Argentina. Freud escribió un breve ensayo que creo se titula *Los que fracasan al triunfar* que, en cierto sentido, podría aplicárseme en algunas áreas de mi vida, sobre todo en la economía. Bien, abandonamos la confortable casa que teníamos en Tlalpan, a media cuadra de su tradicional y bello zócalo, tiramos todo por la ventana [risas] y nos embarcamos rumbo a la Argentina, en donde el aterrizaje fue muy complicado. Pero conste, no me arrepiento para nada, jamás me arrepentí de esa decisión. Lo que más me dolió, y todavía me duele, fue el haber arrancado a Gabriela y a Pablo, mis dos hijos entonces adolescentes, de sus grupos de amigos, de su escuela, de su vida social en México. Fue un desgarro, horrible, que, te repito, todavía hoy me duele al recordarlo. En algo nos consoló a Nora y a mí que buena parte de sus amistades eran chicos argentinos cuyos padres también estaban a punto de emprender el regreso, y lo hicieron. Al final fue duro para ellos, pero no tanto como podría haber sido.

A. M. *No sé si es posible preguntarte cómo fue tu lectura entonces porque siempre recordamos desde el hoy, pero ¿cómo viviste en esos momentos lo de Alfonsín?*

A. B. Yo veía un enorme nubarrón que se cernía en el horizonte si llegaba a triunfar la fórmula del PJ, pero se despejó cuando el 30 de octubre de 1983, en horas de la noche, nos enteramos del triunfo de Alfonsín.

A. M. *¿Esperabas ese triunfo?*

A. B. La verdad que no. Primero hay que recordar que, en 1983, o sea, casi cuarenta años atrás, no había redes sociales, ni Internet y dependías de la prensa mexicana y los noticieros de la televisión, que por ahí levantaban algo de lo que ocurría en la Argentina. Tampoco existía TeleSUR y ni siquiera la CNN en español. En síntesis, la información era un bien más que escaso: escasísimo. Mediante algunas cartas y conversaciones telefónicas con amigos y familiares que estaban aquí se barruntaba que podría haber una sorpresa. Algunos informes, los diarios, mis amigos y familiares me decían que Alfonsín venía muy bien, pero toda era información fragmentada, dispersa y que podía reflejar más el deseo que la realidad. Pensá, además, que la mitad de mis compañeros de facultad habían sido muertos o estaban desaparecidos por la dictadura militar y no tenía contactos orgánicos con ninguna fuerza política. Seguíamos noticias en un resumen semanal que se llamaba *Argentina día por día* que organizó Federico Fasano y que fotocopiaba las principales notas que salían en *Clarín*, *La Nación* y algún otro medio más, las encuadernaba y las vendía. Después, fundó el diario *La República* en Uruguay. Federico es un uruguayo nacido en Argentina, un periodista de izquierda bien importante que hizo muchas buenas cosas, antes y después de su estancia en México. Estamos hablando del año 1982, sobre todo a partir del shock de las Malvinas y de 1983. Fasano con su publicación ofrecía un buen resumen semanal de noticias, pero insuficiente para un análisis más riguroso. De

todos modos, cuando nos enteramos que en el acto final de la fórmula Luder-Bittel, Herminio Iglesias cometió el exabrupto de quemar un cajón con las insignias de la UCR, muchos comenzamos a pensar que ese gesto podría tener un efecto devastador sobre la candidatura peronista. También me impresionaron las tomas aéreas que hubo del acto de cierre de Alfonsín, pero muchos pensábamos que esto podía ser un efecto más bien porteño, una expresión del sentimiento dominante en la ciudad de Buenos Aires, y no del país. Creía, eso sí, que Alfonsín iba a haceruna muy buena elección, pero temía que cuando comenzaran a contarse los votos del conurbano y de las provincias Luder sería quien a la postre se alzaría con la victoria. Cuando llegó la noticiadel triunfo de Alfonsín, te diría que casi esa misma noche, yo dije «bueno, nos vamos», porque si ganaba Luder y Bittel, que ya habían anunciado la amnistía a los militares y se veían venir las tradicionales componendas con la derecha, no tenía sentido regresar porque al poco tiempo su gobierno terminaría envuelto en un desbarajuste fenomenal y, casi con seguridad, en un nuevo estallido de violencia como el ocurrido a comienzos de los setenta. Y la idea de tener que volver a salir de prisa de la Argentina me resultaba totalmente infumable. Con Alfonsín, en cambio, si bien no abrigaba mayores ilusiones porque conocía muy bien las insalvables limitaciones del radicalismo como fuerza política podría abrirse un proceso interesante y lo plasmé en la nota ya mencionada. En ella subrayaba el carácter histórico de su victoria diciendo que era la primera vez que una candidatura presidencial del peronismo era derrotada en las urnas, y no ya por una intervención militar[51]. Esto significaba claramente, sin duda alguna, un hito en la historia política argentina y el inicio de una nueva etapa, aunque de final incierto. Fue un articulito breve, pero causó un cierto impacto, porque desde un análisis marxista demostraba cómo esta no era una victoria común y corriente, sino un acontecimiento que daba inicio a una experiencia sin precedentes en este país. Desde

[51] «Argentina: el fin de una época», *Le Monde Diplomatique,* México, noviembre 1983.

1945 el peronismo había sido una fuerza imbatible, invencible en las urnas y la única manera de neutralizarlo había sido con proscripciones o golpes militares. De repente, aparece un partido resucitado de la mano de un líder como Alfonsín, movido por un bienintencionado progresismo que repudió la dictadura militar, que dijo que derogaría las leyes de autoamnistía de los militares, que tenía un posicionamiento internacional interesante, que no había ido al Sur durante la Guerra de las Malvinas a manifestar su apoyo a la nefasta aventura de los militares golpistas y que con todo eso ganó por paliza: 52 por 100 versus el 40 por 100 de su oponente. De súbito, la Argentina se encontró ante un panorama totalmente inédito. Y así ocurrió. Estaba también claro en ese artículo que tal cosa no significaba en lo más mínimo la desaparición del peronismo –como mucha gente llegó a creer, respondiendo más a un anhelo muy gorila que a la realidad–, pero sí que la pérdida de su carácter invencible favorecía, en principio, el armado de un juego democrático que luego de la dictadura era altamente necesario en el país.

A. M. *¿Por qué te parece que pierde el peronismo?*

A. B. Creo que por varias razones. Primero, porque después del baño de sangre que hubo en la Argentina en los años setenta el peronismo salió muy dañado. La gente no se podía olvidar de la responsabilidad del gobierno de Perón, y, sobre todo, de Isabel Martínez en gestar ese clima de violencia que llegó al paroxismo con la dictadura genocida. La «Triple A» se organizaba y salía a «cazar zurdos» desde el sótano del Ministerio de Bienestar Social durante el gobierno de Isabelita. Es decir, que los horrores de la dictadura, sin para nada adherir a la teoría de los dos demonios que es falsa –por las dudas lo aclaro–, aparecían ante los ojos de vastos sectores de la opinión pública como el desenlace inevitable de una orgía de violencia que encontró en la siniestra figura de José López Rega un protagonista fundamental. No caben dudas de que los militares reprimieron, torturaron, mataron y desaparecieron a mucha gente antes de 1976. Casi

medio siglo de intervencionismo militar no transcurrió en vano, y las fuerzas armadas habían consolidado una formidable maquinaria de aniquilación. Pero hubo un espiral de violencia que tuvo en el peronismo de López Rega, un resorte decisivo. La matanza desde el Estado no la comenzaron sólo los milicos; mano a mano con ellos iban las patotas organizadas por López Rega. En algún momento, cuando se haga en estepaís un balance del peronismo, habrá que llamar a las cosas por su nombre y lo cierto es que la descomposición moral y política de un gobierno democráticamente electo como el de Perón e Isabel fue uno de los causantes –uno, no el único, que no se me malinterprete– de esa tragedia. A Perón sus «formaciones especiales» se le salieron de madre y no supo ni pudo controlarlas. Aquellas eran una respuesta lógica y válida ante la dictadura –mejor dicho, ante la sucesión de dictaduras– que habían reprimido al pueblo y proscripto a los peronistas; pero la dialéctica de la violencia los envolvió a todos. Claro que en la Argentina no hubo una «guerra sucia», sino un plan de exterminio, organizado a escala internacional por la Operación Cóndor, y que si había grupos violentistas que actuaban al margen de la ley, el Estado no podía actuar del mismo modo imponiendo el «terrorismo de Estado» aniquilando a sus oponentes, haciendo de las ejecuciones extrajudiciales su *modus operandi*, secuestrando, saqueando, torturando, desapareciendo a miles y miles de personas, por lo menos treinta mil. Su responsabilidad era otra y no la cumplió. Por eso la teoría de los «dos demonios» es insanablemente falsa.

Segundo, la ciudadanía estaba harta de la violencia y vio en Raúl Alfonsín un tipo ajeno a todo aquello, con un discurso progresista, pero sin estridencias, con ese famoso preámbulo (que es muy bello y profundo a la vez) de la Constitución de la Nación Argentina. Alfonsín supo captar muy bien el estado de ánimo de la sociedad en ese momento y esta le retribuyó con su voto. Y, además, la gente desconfiaba de un gobierno peronista, de sus vínculos con los milicos, de la increíble aceptación de la ley de autoamnistía, todo lo cual la empujó –me parece que a último

momento– avotar por Alfonsín. La otra alternativa, la peronista, era demasiado incierta y potencialmente muy peligrosa. Y gestos como los de Herminio fortalecieron esa convicción.

Alfonsín gana, pero, a pesar de su apabullante victoria electoral, el suyo será un gobierno muy débil. Tiene que gobernar con todo el peronismo en contra; con el *establishment* en contra y, además, lidiar con la suspicacia de «la embajada». El sindicalismo, manejado por una dirigencia corrupta hasta la médula y más amiga de los militares que de los radicales, también lo enfrentaba. Recordemos que la oprobiosa CGT le hizo trece paros generales a Alfonsín, con Saúl Ubaldini como supuesto líder de los trabajadores haciendo de cada una de sus lacrimógenas apariciones públicas un acto lastimero, amparado por un conjunto de impresentables sindicalistas millonarios. Jamás diría que Alfonsín fue el padre de la democracia argentina, como lo dijo con absoluto oportunismo *Clarín* a su muerte, pese a haberlo combatido con saña durante su mandato. Creo que la democracia argentina tiene madres, pero ningún padre. Sin las Madres de Plaza de Mayo y su heroica y tenaz resistencia la dictadura, difícilmente esta se habría retirado. Hay que recordar, empero, algo que se olvida casi siempre: en la Argentina la dictadura no cayó, sino que se retiró, se replegó lenta y ordenadamente, dejando el terreno bien abonado para garantizar su impunidad. Obvio que no contaban con el triunfo de Alfonsín, pero su resiliencia fue notable: resistió las grandes manifestaciones de finales de marzo de 1982, la humillante derrota en Malvinas, y, aun así, permaneció en el poder un año y medio más. Sin tener la enorme gravitación de las Madres, Alfonsín jugó un papel importante, a pesar de su propio partido.

Conociéndolo, Alfonsín jamás hubiera aceptado esa magnificación de su papel histórico. Era un hombre sencillo y mesurado, «no se la creía», como tantos otros. Pude conocerlo y tratarlo en un seminario que organizó Francisco Delich en su calidad de secretario ejecutivo de CLACSO en San José (Costa

Rica, en el año 1978). Allí, con sagaz mirada, invitó a un grupo de politólogos y atres figuras «promisorias» de la política latinoamericana: Fernando H. Cardoso, Ricardo Lagos y Raúl Alfonsín. Años después, ¡los tres llegarían a la presidencia de sus países! En ese evento pude conversar largamente con Alfonsín, a los otros –FernandoHenrique y Ricardo Lagos– ya los conocía hacía tiempo. Y me impresionó muy bien: no era un radical típico, era un hombre con el corazón a la izquierda, sin duda (más a la izquierda que Cardoso y Lagos). Y aunque no era un académico, sí era un inquieto y muy atento lector. En fin, él habría rechazado con furia las cosasque se dijeron tras su muerte y que las dijeron quienes lo criticaron con encono durante su gobierno, como los grandes medios que, luego de su fallecimiento, lo ensalzaron «olvidándose» de que en vida lo trataron de destruir. No sólo los peronistas, y los grandes medios y las principales fuerzas económicas conspiraban contra su gobierno. Su propio partido no lo acompañaba orgánicamente. El «alvearismo» fue y aún es una constante histórica enel radicalismo, como se ha vuelto a comprobar con los sectores que apoyan al macrismo y que en estos días se encolumnan detrás del PRO. En la UCR siempre convivieron un sector conservador, muy gorila después de 1945, con otro un poquito más progresista, pero, aun así, vacilante por falta de audacia y convicciones.

Hoy se dice muy fácilmente, pero, en aquella época, todavía elpoder militar era muy grande y Alfonsín gobernó mientras pendía sobre su cabeza la posibilidad de otro golpe militar. Su decisión de enjuiciar a las tres juntas fue un acto de extraordinaria valentía de su parte, y yo no sé hasta qué punto la sociedad lo hubiera acompañado si decidía ir mucho más lejos. Porque hoy acá todo el mundo habla de los juicios, pero hay que recordar cuál era el clima de opinión en el año 1984 -1985. Acordate del incidente durante el sermón del capellán de la Marina, Monseñor Medina, en la iglesia Stella Maris, reprochándole en su cara a Alfonsín por los juicios a la Junta, y Alfonsín –en un gesto insólito – subiéndose al púlpito para refutar la arenga reaccionaria del cura. La forma como se combatía a la CONADEP, de

la cual, y para su eterno deshonor no formaron parte los peronistas, es otro ejemplo del adverso clima de opinión imperante. Por otro lado, todavía había mucha locura. Recordemos el copamiento del regimiento de La Tablada en enero de 1989 por parte de una organización ultraizquierdista, el «Movimiento Todos por la Patria», que produjo un enfrentamiento que dejó un saldo de cuarenta y cuatro muertos. Eran tiempos muy difíciles aquellos de la posdictadura, potenciados, es cierto, por la debilidad del gobierno y las propias ambigüedades y vacilaciones de Alfonsín, pero sobre todo las de su partido. Los «carapintada» estaban al acecho; el peronismo claramente volcado a una opción destituyente, salvo el sector del cafierismo. Hay que decir, que fue importante la posición de Antonio Cafiero en toda esta historia para evitar un desbarranque y controlar el ansia revanchista de los peronistas. Desgraciadamente, fue derrotado por Carlos Saul Menem en la interna de 1988 y allí el peronismo inició su reencarnación neoliberal que tan enorme daño le haría al país. La CGT lanzada con toda su furia a desestabilizar al gobierno. El propio partido de gobierno estaba completamente deshilachado y envuelto en duras pugnas intestinas. Y Alfonsín también cometía errores, algunos de ellos incomprensibles y también imperdonables. Por ejemplo, no recibir jamás a las Madres de Plaza de Mayo en la Casa Rosada fue un yerro mayúsculo. O confiar demasiado en sus operadores políticos, algunos de los cuales, eran de una inescrupulosidad escandalosa; o carecer de flexibilidad táctica como para establecer acuerdos con la renovación peronista, lo que a la postre facilitó la victoria de Menem en la interna del PJ y el desastre que luego padecería el país durante más de diez años. En pocas palabras, su terquedad fue virtuosa cuando no cedió ante la dictadura, no así cuando debió enfrentar los duros desafíos de gobernar un país como la Argentina. Obvio que la situación era muy difícil: había una crisis económica severa que se agravó por la crisis de la deuda, con un abultado déficit fiscal y dificultades por el lado del comercio exterior, todo lo cual obligó al gobierno a inaugurar un programa, el Plan Alimentario Nacional, repartiendo cajas PAN a

casi cinco millones de personas. Hoy, los beneficiarios del sucesor de ese programa rondan en torno a los quince millones, tal vez mása causa de la pandemia.

A. M. *Y la gente con mucho miedo, ¿no?*

A. B. Sí, en ese momento la gente tenía mucho miedo de un retorno de los militares. Estaban todos ahí, y los medios hegemónicos de alguna manera los protegían. Recuerdo que una noche el general Menéndez que había asistido a un programa periodístico en la TV Pública se abalanzó blandiendo un cuchillo de monte en contra de una persona que lo criticó cuando abandonaba los estudios del canal, en la vereda. Las fotos de ese acontecimiento son estremecedoras. *La Nación* y *Clarín*, bastiones ideológicos de la dictadura, aceptan la nueva realidad del alfonsinismo, pero tramando una estrategia para ver de qué manera pueden negociar con el nuevo gobierno para fortalecer su influencia ideológica y política y acrecentar sus fortunas. No encontraron eco favorable en Alfonsín, pero lo hallarían con creces en el menemismo, razón por la cual lo atacaron de mil maneras durante todo su mandato.

Alfonsín tampoco era bien visto por la embajada. Su política económica en la primera fase, la de Bernardo Grinspun como ministro de Economía, fue saboteada por el FMI, los capitales más concentrados y por el peronismo, especialmente los sindicatos de la CGT. Grinspun se oponía al FMI y no quería que la deuda externa fuese el eje central de su política económica. Consecuentemente, el ataque contra su persona y el gobierno era permanente y el tema de la deuda se volvía cada vez más asfixiante, pero nadie se hacía cargo esta cuestión, de la responsabilidad de las juntas militares y de Domingo F. Cavallo al «socializar» la deuda privada y convertirla en deuda pública. Pese a este belicoso aislamiento, el gobierno tuvo una actitud digna, pero no contó, sino con un tenue apoyo dentro del país y nada afuera de la Argentina. Además, estaba rodeado de dictaduras: Pinochet en Chile, Stroessner en Paraguay, militares golpistas en Uruguay y Brasil. ¿Qué hacer?

Por ejemplo, agobiados como estaban nuestros países por el peso de la deuda externa Alfonsín impulsó la creación de un Club de Deudores (el Grupo de Cartagena). Eso le valió la severa advertencia de la Casa Blanca, con Ronald Reagan como su inquilino y las filosas críticas del FMI y los agentes del Consenso de Washington. La amenaza era verosímil: quien se uniere al Club sería tratado con más intransigencia que los que se aviniesen a negociar bilateralmente con el FMI y el Departamento del Tesoro. Los dictadores que lo rodeaban respondían de inmediato ante las órdenes de Washington. Desgraciadamente, mientras se organizaba un Club de Acreedores –el famoso Comité de Bancos encabezado por William Rhodes, del Citibank– al frente había un pelotón disperso de países deudores cada uno de los cuales negociaba –desfavorablemente– con los bancos y las instituciones de crédito. De todos modos, en materia internacional, Alfonsín tuvo algunas iniciativas muy importantes: promover la integración económica con Brasil que luego daría lugar a la creación del MERCOSUR y la consulta popular que hizo posible el Tratado de Paz y Amistad con Chile –luego de una situación que casi termina en una guerra durante la dictadura–. Lo mismo la participación de Argentina en el Grupo Contadora, abogando por el fin del conflicto armado en Centroamérica. En un gesto que lo enaltece: el 21 de marzo de 1985 es recibido en la Casa Blanca por Ronald Reagan. Este transgredió las prácticas protocolares acordadas por las cancillerías, dejó de lado el discurso que se suponía iba a pronunciar y lanzó duras críticas a los países como Argentina que «ayudan a nuestros enemigos», en clara alusión al Grupo Contadora que pugnaba por sentar en la mesa de negociaciones a los sandinistas y el FMLN de El Salvador y la guerrilla de Guatemala con sus respectivos gobiernos. Alfonsín reaccionó con dignidad e hizo lo mismo: guardó el suyo en un bolsillo y replicó con firmeza a los dichos de Reagan, gesto muy pocas veces visto en la historia diplomática estadounidense. Creo que, al igual que lo que antes dije en relación con el peronismo, todavía estamos a la espera de un Eric Hobsbawm argentino que escriba una historia definitiva

de estos dos grandes movimientos, el radicalismo y el peronismo: sus logros, sus fracasos y sus legados.

A. M. *¿Cómo te reinsertás a la vida acá?*

A. B. Tomada la decisión, me demoré muy pocos meses en volver. Lo hice gracias a la ayuda de ACNUR a la Asociación de las Naciones Unidas por los Refugiados que, reconocieron la condición de exiliados de toda mi familia y nos facilitaron los tiquetesaéreos para regresar a la Argentina. Llegué el 12 de febrero de 1984, y debo decirte que el retorno fue muy difícil, mucho más de lo que me esperaba. Si el exilio fue duro, al «desexilio» no lo fuemenos. Me costó muchísimo reinsertarme en las instituciones académicas y fracasé por completo en mis planes de trabajar en el Estado, pese a que conocía a buena parte de los ministros de Alfonsín (Juan V. Sourrouille y Dante Caputo, por ejemplo) y también a Edgardo Catterberg que era uno de los principales asesores del presidente.

A. M. *¿De dónde los conocías?*

A. B. De eventos internacionales, no te olvides que había muchísimas reuniones y seminarios en México. Sourrouille estuvo allá por una corta temporada; Caputo venía a México con cierta frecuencia; a Edgardo Catterberg lo conocía de la época de la Fundación Bariloche; a Jorge Schvarzer, un muy buen economista también, lo mismo que a Oscar Oszlak, Guillermo O'Donnell, Marcelo Cavarozzi y Oscar Landi. Pese a ello no conseguí trabajo, recorrí las sedes de los centros de investigación privados, y en todas, la respuesta era la misma: traéte un financiamiento y aquí te damos oficinas, un teléfono y un módico apoyo secretarial. Mi trajinar por las oficinas públicas también fue en vano. Yo en cancillería podría haber sido de mucha ayuda, pero nada, parecía que tuviera lepra y, por supuesto, tampoco pude entrar inmediatamente a la UBA que estaba creando una carrera de Ciencia Política sobre los lineamientos del «Informe Strasser», por el nombre de su redactor, el politólogo Carlos Strasser, de la FLACSO. La carrera la creó el

Consejo Superior de la UBA en abril de 1985, y en julio de ese mismo año pasó a depender directamente del rectorado hasta tanto se decidiera en forma definitiva su inserción institucional. Esto ocurrió cuando en 1988 se creó la Facultad de Ciencias Sociales y pasó a ser una de las de cinco carreras que componen dicha facultad. En FLACSO, por otra parte, me ofrecieron dictar un curso para tener algún dinerillo para comer, nada más que eso, a pesar de que fui yo quien había armado la carrera de Ciencia Política en FLACSO/ México y quien, en los años de Allende, había cumplido un papel bien importante en gestionar la ley que legalizaba la presencia de esa institución en Chile y negociar para la institución algunos financiamientos internacionales. Todos esos esfuerzos fueron olímpicamente ignorados. En fin, uno llegaba acá y los que estaban, los que se quedaron y tuvieron que soportar la dictadura, no veían con mucha alegría que digamos el retorno de los exiliados y no los culpo por ello. Yo creo que tenían que ser respetados porque no era cuestión de venir de afuera y decir « ahora dame tu lugar »; pero dicho esto, pienso que algunos de ellos podrían haber sido un poquito más solidarios y no lo fueron. Fijate que, por ejemplo, cuando se arma una comisión para discutir el plan de estudios de la carrera de Ciencia Política en la UBA se invitó a una veintena de colegas, casi ninguno con un doctorado en dicha disciplina, pero a mí, debido seguramente a la lepra que me estaba carcomiendo, no me convocaron. Yo venía con el doctorado de Harvard (que, no sé si ahora, pero en aquella época no lo regalaban); una designación en Yale; muchas publicaciones y años de experiencia en las dos FLACSO, y pese a ello, nunca me invitaron a participar de sus deliberaciones. Tenía que enterarme de los avances de esa comisión por los diarios o tomándome un café con algunos de sus miembros. No te digo de integrarme de forma permanente, pero, por lo menos, tenerme en cuenta y enviarme una propuesta escrita pidiéndome un parecer. El rector normalizador en ese momento era Francisco Delich, con quien las relaciones se caracterizaban por frecuentes altibajos y algunos que otros chispazos. Respetaba mucho mis credenciales académicas, pero mi adhesión a la Revolución

cubana le resultaba incomprensible y, por momentos, intolerable. Delich tuvo un papel decisivo en la conformación de la comisión y luego designó a Edgardo Catterberg al frente de la carrera. Debo reconocer que fue una decisión acertada porque este era una persona abierta y para nada sectaria. Te diría que fue quien mejor me trató al regresar a la Argentina. Desgraciadamente murió joven.

A. M. *¿Y por qué pensás que fue eso? Ya estaban algunos de tus camaradas* «argenmex» *de vuelta acá, ¿verdad?*

A. B. Algunos ya habían llegado, otros eran gente que se había quedado en el país. Yo no sé lo que era, y la verdad, nunca me preocupé en averiguar. Me parece que en algunos despertaba una antipatía muy fuerte; en otras, celos, envidias, sospechas y en ciertos casos, una dosis importante de sectarismo, casi diría que de macartismo. No sabría decirte cuáles fueron las causas, pero claramente me dejaron afuera siendo que había en esa comisión algunos personajes que, modestia aparte, no calificaban siquiera para ser ayudantes de mis cursos y estaban decidiendo la arquitectura curricular de la carrera. Y cuando finalmente se crea meten a casi todos ellos –la mayoría radicales o peronistas, «ex-montos arrepentidos»–, pero yo tuve que hacer un concurso, en realidad dos concursos. Iba a presentarme a Teoría Política y Social II (Hobbes a Marx), pero Catterberg me pidió que también me presentara a Teoría I (Platón a Maquiavelo) porque, aparentemente, no le convencían los que en principio se presentarían a ese concurso. La II era mi especialidad, la I, mucho menos. No tenía muchas ganas de hacerlo, pero insistió y como se había portado muy bien conmigo no podía desoír su pedido. Mis contendores no estaban muy bien preparados y gané ambos concursos ampliamente con el cargo de Profesor Titular en las dos Teorías. Ambas cátedras demandaron un esfuerzo enorme. Primero, porque eran multitudinarias, sobre todo en los primeros años. Luego, porque dictábamos ambos teóricos, los de Teoría I y Teoría II en los dos turnos, mañana y vespertino. La idea era evitar que los alumnos que trabajaban no se privasen de escuchar las clases teóricas, cosa que hubiera ocurrido

si guiados por la comodidad nos hubiésemos restringido dictar los teóricos solamente en los horarios de la mañana. Pero más allá de esto me siento enormemente orgulloso de esas dos cátedras porque nuclearon a un grupo sobresaliente de docentes. Entre los de más dilatada trayectoria se contaban nada menos que Rubén Dri como profesor asociado, Eduardo Grüner como adjunto a los cuales se agregaron Miguel Rossi, Tomás Várnagy y una pléyade de jóvenes docentes que, con el paso del tiempo, se convertirían en figuras destacadas de la ciencia política del país. Además, y siempre en el marco de la Facultad de Ciencias Sociales, la inauguración de la carrera de Comunicación Social requería el dictado de una materia introductoria, que ofreciese una visión panorámica a los ingresantes. Así nació la cátedra de Principales Corrientes del Pensamiento Contemporáneo que diseñamos y sostuvimos con Oscar Moreno, a lo largo de varios años. Es motivo de honda satisfacción saber que estas tres cátedras aún funcionan en la actualidad y mantienen el prestigio que las caracterizó desde un primer momento. ¡Misión cumplida!

A. M. *¿Cuándo te insertás en la Universidad de Buenos Aires?*

A. B. En el segundo semestre de 1985, pero yo llego al país en febrero de 1984, paso todo el año, me tiran un curso, así, pero sin designación ni nada. Después abren los concursos y los gano cómodamente. Y ahí comenzó el despegue, pero te reitero: fue un aterrizaje violento, un año y medio, muy duro signado primero por la muerte de mi madre, por las restricciones económicas y por losenormes esfuerzos para crear el EURAL.

A. M. *¿Y tenías conocimiento o relación con el CONICET?*

A. B. Conocía al presidente del CONICET, mucho, era muy amigo, Carlos Abeledo. Yo lo conocía de Chile, donde él se exilió,después de la Noche de los Bastones Largos de Onganía, en 1966.Enseñaba en Exactas y sufrió esa brutal represión. En Chile fue donde nos conocimos. Él estaba en las ciencias duras, en la física. Después se produjo un brote chauvinista en la democracia

cristiana, unas denuncias complicadas de profesores en contra de los emigrados y el gobierno de la DC los conminó a abandonar el país. Carlos y otros más se van y viajan a Estados Unidos, creo que a *Brandeis University*, en el área de Boston. Cuando estoy por ir a Harvard hablo con él, le conté de mi admisión y le pedí que me consiga un lugar donde vivir, en la zona de Newton, un suburbio clasemediero, célebre por sus muy buenas escuelas públicas y cercano a Cambridge, donde estaba situada Harvard. Él me alquiló como te conté el piso superior de una casa típica de la zona, un *double decker*, una casa de madera en donde hay dos viviendas, una abajo y otra en el piso superior. Tenía dos dormitorios, un amplio living-comedor, cocina, baño y un pequeño jardín atrás. Esa fue mi única vivienda durante todo el tiempo que viví en el área metropolitana de Boston. Como ves la relación no podía ser de más confianza. Durante varios años nos mantuvimos en contacto allá en Estados Unidos y un poco al regresar aquí. Él lo hace antes que yo, que me voy a México. Con el triunfo de Alfonsín lo designan presidente del CONICET. Yo tenía mis dudas si debía presentarme o no a carrera porque en 1984 ya estaba a punto de cumplir 41 años. Lo consulto y me dice que debo presentarme, que un tipo con un doctorado en Harvard debería entrar al CONICET porque si no vas a terminar trabajando en las universidades privadas, o el sector privado, cosa que si estás en el CONICET esa chance está más o menos controlada. Acepté y me presenté, no sin antes dejar muy enclaro un compromiso recíproco, de honor: yo no le pediría ninguna ayuda a él para facilitar mi ingreso y él se abstendría por completo de interesarse por mi caso. Los dos cumplimos la palabra empeñada a rajatabla. Tanto es así, que metí los papeles para solicitar mi incorporación como investigador científico en 1985 y recién me comunicaron que había ingresado a carrera cuatro años y medio después, en 1989. Creo que fue uno de los trámites más largos de ingreso a carrera de que se tenga noticia [risas], sobre todo, para un candidato con doctorado concluido, experiencia docente en el exterior, titular de dos materias en la UBA y numerosas publicaciones. Ingresé

como investigador independiente, pero con cuatro años y medio esperando el dictamen a la sombra. Mejor ni te cuento quienes fueron los pares que se encargaron de evaluar mis antecedentes académicos.

A. M. *¿Y qué hiciste mientras tanto?*

A. B. Había ganado por concurso dos simples en Ciencia Política (Teoría I y II). Como con eso no me alcanzaba para vivir, además porque se demoraron como un año en sustanciar ambos concursos, en el mientras tanto le pedí a los amigos de la Fundación Bariloche, que habían quedado muy golpeados después de la dictadura, que me prestaran una de las salas de su oficina y un teléfono, nada más, para tener donde reunirme con algunos de mis exestudiantes de posgrado que regresaron de México. La oficina estaba en Piedras 482, 4º piso. Desde allí empiezo a tejer, siguiendo la estrategia de la araña. Sólo que no para cazar moscas, sino «mosca», en porteño, dinero. Retomo mis contactos con agencias y fundaciones internacionales y creo el EURAL, Centro de Investigaciones Europeo Latinoamericanas. Con esos exalumnos argentinos que volvieron al país –Ricardo Domínguez, Silvia Canela, Carolina Pottilli, a la cual inmediatamente sumamos a Clelia Guiñazú y, poco después se incorporarían José Miguel Insulza, Eduardo Grüner, Juan Pegoraro, Rut Diamint, Laura Tedesco, José M. Vázquez Ocampo, César Docampo, María Alicia Gutiérrez, Ricardo Graziano y, ocasionalmente, Carlos Juan Moneta, por entonces en el Sistema Económico Latinoamericano (SELA) con sede en Caracas y algunas otras personas más, que no recuerdo en este preciso momento– y armamos una especie de cooperativa para ponernos a trabajar porque nadie tenía un peso, o apenas unos pocos ahorros. Se constituyó un equipo de sólidos antecedentes académicos y de a poco empezamos a conseguir algunos fondos internacionales. Primero de la Fundación Friedrich Ebert, exclusivamente para financiar la organización de pequeños seminarios internacionales; después algunas fundaciones de Estados Unidos para proyectos muy puntuales, todo

lo cual nos permitió armar un equipo de trabajo muy bueno que publicó varios libros tratando de instalar el tema del vínculo entre Europa y Latinoamérica en el debate sobre la política exterior argentina, y entre aquella y la Argentina, que era de enorme importancia en momentos en que Alfonsín iniciaba su gobierno. Pero, lamentablemente, todo eso tuvo lugar ante la total indiferencia del gobierno argentino y muy en especial de la Cancillería (que en ese momento estaba en manos de Dante Caputo), por las suspicacias que la actividad del EURAL creaba en las segundas líneas de «la Casa», o sea, el personal permanente de la Cancillería. EURAL nace en marzo de 1984 y el interés de algunos gobiernos europeos por la experiencia argentina facilitó la obtención de algunos pocos fondos para hacer un pequeño, pero muy valioso, primer seminario internacional, a fines de septiembre de ese año, sobre las vulnerabilidades comparadas de Latinoamérica y Europa en el mundo dominado por el belicismo de Ronald Reagan. El apoyo que se nos dio fue destinado para pagar los pasajes y la estadía de los invitados internacionales. Hicimos tres seminarios en los años siguientes, siempre con el mismo esquema: fondos para los invitados y un pequeño apoyo para el funcionamiento institucional porque había que pagar oficina, gastos corrientes de administración, una empleada administrativa. Los libros fueron excelentes y se vendieron muy bien. Pero, repito, ante la gélida indiferencia del gobierno argentino que, por supuesto, pese a mi metódica recorrida por oficinas en donde conocía a ministros, viceministros y directores generales para buscar trabajo u ofrecer los servicios de consultoría del EURAL, no logró concretarse en absolutamente nada. Evidentemente, era un personaje poco grato o incómodo para muchos de mis colegas y «amigos» que me admitían en reuniones académicas, pero que ni en sueños estaban dispuestos a ofrecerme un trabajo o ayudarme a financiar en parte, muy en parte, un pequeño centro de investigación.

Pese a eso, y con toda la adrenalina puesta para lograr la inserción en mi país, entre 1985 y 1990 trajimos a la Argentina

algunos de los más importantes científicos sociales del mundo, enriqueciendo la calidad de la discusión en el mundo de las ciencias sociales. Para el seminario de 1984, sobre las vulnerabilidades externas de Latinoamérica y Europa vino un conjunto estelar: Christian Palloix, Sandro Sideri, Wolf Grabendorff, Giancarlo Pasquini, Marcello de Cecco, Ulrich Albrecht, Bernard Lietaer, Klaus Bodemer, a los que se sumaban los latinoamericanos José A. Silva Michelena, Aldo Ferrer, León Bendesky, Heraldo Muñoz, Luis Maira, Carlos Moneta, Sergio Bitar, Víctor Godínez y José M. Insulza, y algunos otros más cuyas contribuciones se volcaron en un libro llamado *La vulnerabilidad externa de América Latina y Europa*. Fue un acontecimiento excepcional, de altísimo nivel. Al año siguiente, hicimos otro seminario, sobre un tema crucial, que le dio el nombre al libro que sacamos con las ponencias: *Crisis y regulación estatal: dilemas de política en América Latina y Europa*. La lista de los asistentes es formidable: de fuera de Latinoamérica vinieron Lester Thurow, Michel Aglietta, Ian Gough, Adam Przeworski, Michael Wallerstein, Philippe Schmitter y Ulrich Albrecht, y de nuestra región José A. Silva Michelena, Fernando Fajnzylber, Jorge Schvarzer, León Bendesky, Luis Maira, Luiz C. Bresser-Pereira, Augusto Varas, Sergio Bitar, Víctor Godínez y José M. Insulza. Sería interminable este capítulo si tuviese que reseñar las contribuciones volcadas en esos dos primeros libros, pero no es este el propósito de esta biografía político-intelectual. Una sola cosa no puedo pasar por alto: el brillante economista del MIT, Lester Thurow, autor de un libro excepcional llamado *La sociedad de suma cero*, escribió para el volumen antes señalado una magnífica ponencia sobre la tríada imperial de la época (comienzos de los ochenta) y los problemas que la aquejaban. La integraban Estados Unidos, Europa y Japón. Como elocuente prueba de que aún los más brillantes científicos sociales pueden cometer serios errores, en toda su ponencia, Thurow no menciona ni una vez a China. Cuando al terminar su exposición se le interrogó por las razones de esa omisión, respondió que China difícilmente podría llegar a ser un actor relevante en la

economía mundial antes de treinta años, es decir, en torno al 2015, y que, hasta entonces, poco o nada influiría en el comercio y la política internacional. Por eso he jurado abstenerme de hacer pronósticos sobre el curso futuro de la historia, o en caso de tener que hacerlo, ser extremadamente cauteloso. En 1986, creo, hicimos un seminario sobre América Latina y Europa en el debate estratégico mundial que también trajo otra vez nombres de primer nivel mundial como Robert Reich, que años más tarde sería secretario de Trabajo de Bill Clinton.

Todo lo anterior, más la formación de varios grupos de jóvenes investigadores, lo hice gracias a mis red de contactos y, debo decirlo aunque no sienta orgullo por lo que te voy a decir, gracias a una cierta capacidad empresarial, en sentido schumpeteriano, que se sintetiza en el arte de combinar recursos de diversos tipos –gente capaz y a la vez entusiasmada con el proyecto, buena gestión administrativa, intuición/olfato para saber dónde están los recursos y cómo aprovechar de ellos, etc.– y que más de una vez me hiciera definir mi perfil profesional, no sólo como un sociólogo o politólogo, sino también como un «gestor cultural ». Esto lo llevé a la práctica al final de mis años en la FLACSO/Chile y me fue bien. Al llegar de regreso ala Argentina, tuve que desempolvar esas artes olvidadas por más de diez años, pero lo pude hacer y salió muy bien. Y todo fue una especie de preludio a mi tarea en CLACSO, de la cual hablaré más adelante, porque allí tuve el enorme desafío de tratar de salvar una valiosa institución que se hallaba financieramente desahuciada, y en pocos años la transformé en una potencia académica regional y en un punto de apoyo muy significativo para el relanzamiento del pensamiento crítico de Latinoamérica y el Caribe.

Esa capacidad para el trabajo en lo cultural y en estos temas internacionales fue reconocida, años después, por Guido Di Tella. Él fue la excepción: una vez me invitó a cenar y charlamos largamente. Me conocía desde que tenía quince años y tenía una gran

confianza conmigo. Yo le dije que no concordaba con sus tesis de las «relaciones carnales» con Estados Unidos y admitió mis críticas y, creo, más de una de ellas lo dejó pensando. «Andá y convencelo a Menem» me dijo con una sonrisa que me pareció trasuntaba una cierta resignación. Me manifestó su frustración ante un peronismo que había fracasado en sus intentos de desarrollar un capitalismo «autónomo» (suponiendo que tuviera esa intención, me apresuré a remarcar), vigoroso y dinámico, con capacidad de crecimiento autosostenido; y que tampoco se hubiera abierto en la Argentina la puerta para la construcción de una moderada alternativa socialdemócrata, como él prefería. «Ni una cosa ni la otra», me dijo a modo de conclusión, y recuerdo que quedó flotando en el aire esa pregunta que Vargas Llosa utiliza en *Conversación en La Catedral* cuando uno de sus personajes le pregunta a otro: «¿Cuándo se jodió el Perú?». Estuve a punto de formulársela, pero el tono pesimista que informaba su discurso me desanimó y me la guardé. Pero creo que esa reflexión de Guido todavía conserva mucha actualidad. En todo caso, fue quien me escuchó y tomó en serio mis críticas al curso de la política exterior argentina. El otro fue Carlos Escudé, al que me referiré más adelante. Los demás me ningunearon por completo, con excepción hecha de Jorge Taiana, aunque tampoco fui convocado a trabajar en la Cancillería o convertirme en un asesor de la misma. Sé que tal cosa era muy difícil por la excesiva gravitación que el «elenco estable de la Casa» tiene en la gestión de un Canciller. Yo no pretendía que ningún Canciller me invitara a cenar a su casa. Pero, que algún día me citaran a su despacho para conversar sobre asuntos internacionales no era una aspiración descabellada. Como te dije, el único que supe que leía mis cosas y respetaba mi opinión, aparte de Guido, fue Taiana, con quien tenía una relación que se remonta a inicios de los años sesenta, primero con su hermana Cecilia, que fue alumna mía en la UCA y más tarde con él. Como vicecanciller de Néstor (el canciller era Rafael Bielsa), Taiana tuvo una conducta ejemplar en vísperas de la Asamblea de CLACSO en octubre del 2003, en La

Habana, resolviendo con rapidez algunos problemas logísticos que por momentos pusieron en peligro la realización del evento. Otro personaje con el que pude ocasionalmente intercambiar algunas opiniones fue Mariano Grondona, un hombre que comenzó como franquista, o nacionalista católico, profundamente antiperonista; participó en el atentado terrorista de 1953 y luego fue comando civil en el bombardeo a la Plaza de Mayo en 1955. Golpista, asesor de varias dictaduras, redactor del famoso y tristemente célebre «Comunicado 150» del bando Azul en el conflicto intestino dentro del Ejército Argentino, y luego, en 1966, ferviente partidario del golpe de Onganía. Días después del golpe escribió en la revista *Primera Plana* que «Arturo Illia no comprendió (…) que las Fuerzas Armadas, dándole el Gobierno, retenían el poder. El poder seguía allí, en torno de un hombre solitario y silencioso (…). El Gobierno y el poder se reconcilian y la Nación recobra su destino». Cosas terribles, de las cuales años después se arrepentiría. Es un hombre muy estudioso y de a poco, se fue «civilizando» hasta convertirse en un liberal, pero no necesariamente un demócrata. Lo menciono porque tuvo la hidalguía de hacerse una fuerte autocrítica. No siguió el trayecto de Vargas Llosa, que de la izquierda se pasó a la derecha radical. Grondona tiene su origen allí, pero décadas más tarde abandonaría esas posturas extremas corriéndose cautelosamente hacia el centro. Su labor periodística, sobre todo durante los años en que junto a Bernardo Neustadt conducía *Tiempo Nuevo* y, luego de la separación de su socio, *Hora Clave,* fue de una tremenda eficacia práctica y que hizo un tremendo daño al país. Ambos dos fueron de los más importantes propagandistas de las ideas de la derecha en la Argentina. Al romper con Neustadt adoptó un perfil menos reaccionario. En todo caso, es una persona culta, a diferencia de la inmensa mayoría de quienes le sucedieron en esa misión propagandística, cuya tosquedad de pensamiento es asombrosa. La distancia que media entre Grondona y Majul, Leuco, Morales Solá, Lanata, Castro y todo el sicariato mediático, se mide en años luz. Coincidí con él en algunos seminarios en el exterior a partir de

los noventa y siempre se interesaba en discutir conmigo, y en más de una ocasión, juntarse a tomar un café y discutir algunos temas abstractos de filosofía política. Pero jamás me invitó a su programa de televisión o me llamó para intervenir en su programa de radio. Los límites eran muy precisos: diálogo entre la derecha civilizada, arrepentida de su golpismo y franquismo, y la izquierda, sí; pero a puertas cerradas. Nunca en público.

A. M. *Mejor volvamos a EURAL [risas],* ¿qué *objetivos tenía?*

A. B. Respondía al siguiente diagnóstico. A fines de 1983 la Argentina da comienzo a una difícil transición hacia la democracia. Una transición que –lo predije en medio de la gritería del saber oficial y del conservador «consenso académico dominante»– sería muy larga y que muy difícilmente remataría en una democracia consolidada y digna de ese nombre. Es decir, en un régimen político basado en un alto grado de igualdad socioeconómica, de ciudadanas y ciudadanos, prerrequisito indispensable para calificar como democrático a un régimen político. Este proceso, según yo lo veía, estaba llamado a modernizar y profundizar la dominación capitalista instituyendo un simulacro democrático. Nunca compartí el «verso democrático» de mis colegas y amigos de la revista *Controversia* en México, y después del Club de Cultura Socialista o dela ortodoxia en el mundo de las Ciencias Sociales, la «transitología» y todas esas modas intelectuales. Y en esa coyuntura de 1983 la Argentina, endeudada como todos los países latinoamericanos, ¿cómo haría para construir una democracia más o menos genuina teniendo a Ronald Reagan en la Casa Blanca y a la Margaret Thatcher en Londres y al «poder real» de la Argentina conspirando en contra? Europa también estaba atravesando un momento complejo, pero había ciertas posibilidades de establecer algunos acuerdos que podían ayudar a equilibrar la balanza y evitar ser arrasados por el imperialismo norteamericano. François Mitterrand gobernaba en Francia; Olof Palme en Suecia, Felipe González en España, es decir, era un cambio de

clima ideológico cuyos alcances no podían ser subestimados. No porque fuesen antiimperialistas (aunque Palme mostraba ciertas simpatías por esta postura, cosa que pagó con su vida), pero por su propio interés y porque, sobre todo España, podía constituirse como portavoz de Latinoamérica y aumentar su escasa gravitación (que no hizo sino disminuir desde entonces) en el seno de la Comisión Europea, y la Unión Europea después. España y Portugal, antiguas metrópolis coloniales, habían salido hacía relativamente poco de largas dictaduras. El PSOE había llegado al gobierno un año antes que Alfonsín lo hiciera en la Argentina. En Portugal gobernaba otro social demócrata, Mario Soares. Era obvio que ambos gobiernos se beneficiarían si tuviesen la osadía, o las agallas, como para armar un bloque iberoamericano para relacionarse en mejores condiciones con el eje franco-alemán y, eventualmente, con Ronald Reagan. En Francia estaba Mitterrand y, si bien Helmut Kohl era un demócrata cristiano conservador, el clima general europeo parecía propicio para profundizar el vínculo entre los países que se encontraban a ambos lados del Atlántico. El tiempo me demostró que mis cálculos pecaban de optimismo. Eso hubiera sido lo racional para hacer, pero no sucedió. Creo que sobreestimé la racionalidad de los gobiernos europeos y latinoamericanos, y subestimé su cobardía ante los mandatos del imperio. ¿Te conté la anécdota de Helmut Schmidt en Harvard o no?

A. M. *No, ¿cuál?*

A. B. Siendo Canciller de Alemania Helmut Schmidt viene de visita a Harvard invitado, creo recordar que para inaugurar un museo germánico o algo así. Luego de sus actividades protocolares, pidió dialogar con algunos doctorandos. Unos cinco o seis fuimos elegidos por el *Chairman* del Departamento y nos reunimos con él. No recuerdo el nombre del profesor que hizo las veces de coordinador del encuentro, pero sí lo que le dijo a Schmidt: «mire Canciller, estos jóvenes son los que tienen más

adelantadas sus tesis doctorales y en temas que a usted le interesan mucho». Schmidt era un personaje de muy buen trato: llano, culto, educado, hablaba muy buen inglés y conocía la literatura socialista alemana bastante bien. Se arrellenó en el sillón, encendió su pipa y se dispuso a escucharnos. Lo hizo con paciencia, sonrió cuando al pasar le recordé que Eduard Bernstein había sido el albacea de Friedrich Engels. También cuando Kyriakos Kontopoulos le contó ciertos detalles de la transición política en Grecia y el papel de Alemania. Yo le hablé del Estado oligárquico en la Argentina, le recordé el papel de Germán Ave Lallemant, su relación con el grupo Vorwärts creado por los obreros socialistas alemanes que huían de la persecución de Bismarck y se radicaron en Buenos Aires, y varios temas más que le interesaron vivamente. Cuando terminamos de hablar nos hizo algunas pocas preguntas, muy puntuales, luego de lo cual nos dijo lo siguiente: «la verdad es que están haciendo investigaciones muy interesantes y se nota que son jóvenes intelectualmente muy bien formados. No es sorpresa porque Harvard es una gran universidad, pero veo un problema, un sesgo que aparece como el común denominador en todas sus tesis». Se hizo de golpe un expectante silencio y luego continuó diciendo: «en sus investigaciones ustedes sobreestiman la racionalidad de los gobiernos y subestiman su tendencia a actuar estúpidamente. Y se los digo yo, como exministro de Finanzas de Alemania, un país que como ustedes saben, hemos sido, según Max Weber, los creadores de la burocracia y de una administración racional. Bien, cuando terminé mi gestión en ese ministerio y me dediqué a revisar lo actuado quedé asombrado ante la cantidad de tonterías que hicimos en esos años ¡No podía creer que hubiéramos cometido tantos errores! Créanme, ustedes están subestimando la estupidez en que puede caer un gobierno». Una lección inolvidable y de una actualidad imperecedera…

Volviendo a las razones para la creación del EURAL creo que no tomé en serio el consejo de Schmidt y subestimé la

estupidez delos gobiernos europeos[52]. El cálculo era que estos podrían ver en una América Latina liberada de golpes militares, un apoyo importante en el muy complejo sistema internacional del momento, con un Reagan lanzado en una vertiginosa belicosidad y con un Japón que en esos años parecía que arrasaría con todos sus competidores. No te olvides que había una especie de fobia anti nipona en Estados Unidos porque los japoneses se estaban comprando todo. Por lo tanto, yo pensaba, el fortalecimiento del vínculo con América Latina haría que España y Portugal entrasen en la mesa de negociación con Estados Unidos y sus socios europeos, no sólo como dos países más, sino como líderes de un significativo bloque iberoamericano de naciones, entre las que se incluyen dos grandes economías como las de Brasil y México, amén de Argentina, Colombia y Chile, que también tenían una cierta gravitación. Y aparte de esos países ricos en recursos naturales, tamaño de población, y otros atributos de importancia en el sistema internacional. Y ahí me equivoqué: sobreestimé la inteligencia de los gobernantes europeos y subestimé su propensión a ser peones de Washington. Es cierto que aquellos habían recibido un mensaje muy claro de Ronald Reagan a propósito del comunicado franco-mexicano –emitido el 28 de agosto de 1981 y firmado por José López Portillo y François Mitterrand– que instaba a las partes en conflicto a iniciar una negociación de paz para poner fin a la guerra civil en El Salvador. Ante tamaña intromisión, el tosco *cowboy* de la Casa Blancales gritó a ambos gobiernos que dejaran de entrometerse en su patio trasero. Esa fue la penúltima gran intervención de los europeos en la región, la última siendo la del Reino Unido durante la Guerra de las Malvinas en

[52] Estupidez potenciada hasta el infinito por los gobiernos europeos en el marco de la guerra de Ucrania; vasallos sin honra que consienten que Estados Unidos, a través de la OTAN, subordine por completo a sus países y los exponga a los horrores de una guerra, en donde los europeos ponen los muertos, los millones de refugiados y la destrucción de ciudades y campos, y Washington se lleva los negocios de la venta del gas y las armas, entre tantas otras cosas.

1982. El Comunicado declaraba, en consonancia con el Derecho Internacional, «que la alianza del «Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional» y del «Frente Democrático Revolucionario» constituye una fuerza política representativa dispuesta a asumir las obligaciones y ejercer los derechos que de ella se derivan». Como era de esperar, el texto fue rechazado convehemencia por el gobierno títere de El Salvador, con José Napoleón Duarte a la cabeza y el coro de dictaduras y gobiernos lacayos que proliferaban en la región en ese momento. El gobierno venezolano –en manos de la Democracia Cristiana– reaccionó de modo enérgico contra la declaración, y, junto a su par de Colombia, puso en marcha una contraofensiva en apoyo de Duarte. Previsiblemente, se emitió una escandalosa Declaración de Caracas acusando a México y Francia de haber «decidido intervenir en los asuntos internos de El Salvador», obviando, va de suyo, cualquier referenciaa la activa intervención de «asesores, tropas y mercenarios» de Estados Unidos en ese país centroamericano, cosa que era considerada por estos gobiernos lacayos como legítima, justa y necesaria.

Lo cierto es que los europeos se retiraron de la región, salvo los alemanes, que, a través de las fundaciones de sus partidos, daban un apoyo en cuentagotas a ciertas iniciativas muy puntuales encaminadas a reforzar los vínculos intercontinentales. Al gobierno del PSOE, en España, lo único que le interesaba eran actividades que publicitaran el inminente advenimiento del quinto centenario del mal llamado «encuentro de dos culturas» de 1492, una aniquilada por la otra. Los alemanes ni siquiera aprobaron un pedido para ofrecer un curso gratuito de idioma alemán en el Instituto Goethe de Buenos Aires para dos jóvenes investigadores argentinos del EURAL que tenían un proyecto de estudio sobre la restructuración industrial de Alemania y sus lecciones para Latinoamérica. La mezquindad de la República Federal Alemana corría pareja con su miopía política. Italia, con sus enormes contingentes inmigratorios radicados en Argentina y Brasil debería haber mostrado un cierto interés por un pro-

grama como el del EURAL, pero jamás lo manifestó. Es más, visitando al encargado de las relaciones con América Latina en el Ministerio de Asuntos Extranjeros en Roma el personaje de marras ¡sólo hablaba italiano e inglés, y era el responsable de llevar las relaciones con nosotros! Y los franceses se limitaron a colaborar con el envío de algún profesor durante una semana y tener una política favorable a quienes EURAL patrocinara para realizar estudios de posgrado en Francia. Eso fue todo.

A. M. *¿Tu idea con el EURAL era avanzar en vínculos con los Estados?*

A. B. No sólo, también con las universidades y los centros de investigación. Y también con los sindicatos y los movimientos sociales que comenzaron a florecer por esos años en Europa. Pero ante la indiferencia y/o cobardía europea quienes vinieron «a comprarnos» fueron los estadounidenses, sin que yo tuviera que molestarme en ir a pedirle financiamiento. Venían solos, dispuestos a financiar proyectos concretos de investigación. Algunos aceptamos, preservando como lo prueban nuestras publicaciones nuestra absoluta independencia de criterio y sin resignar en lo más mínimo nuestra crítica sobre las políticas del imperialismo. Fueron muchos los centros e institutos de investigación que recibieron dinero de agencias y fundaciones estadounidenses. Salvo unos pocos casos, entre ellos el más importante creo que fue el EURAL, el resultado fue la cooptación de gran parte de la planta de investigadores y su incorporación a diversos proyectos impulsados por Washington, siempre bajo un aparentemente impecable paraguas académico. Pero, desgraciadamente, fueron muchos los que terminaron colaborando con dichos proyectos y agencias, y difundiendo las ideas que querían diseminar por todo el mundo. Pero tal cosa no ocurrió con el EURAL ni conmigo. Así como salí indemne de Harvard y reforzado en mi marxismo y antiimperialismo, lo mismo aconteció con los aportes que durante unos seis años llegaron desde Estados Unidos para el EURAL.

Rememorando estas cosas me acuerdo de algo que hace unos años escribió Zbigniew Brzezinski. A los europeos les dolió muchísimo, pero dijo una gran verdad cuando sentenció que «Europa es un continente de viejas potencias jubiladas», ¿te acordás? Vos creo que, hasta lo citás en algún trabajo, y tenía razón. La experiencia del EURAL lo comprobó. Brzezinski murió en mayo de 2017 a los ochenta y nueve años. Era muy lúcido, y me encantaba discutir con sus ideas y aceptar sus desafíos. Era un cabrón de derecha, pero un gran estratega del imperio, y de sus lecturas uno sacaba conclusiones muy útiles. Porque, ¡hay que discutir con cada idiota en Latinoamérica, que hacerlo con un tipo como él era un desafío mayúsculo y a la vez un placer intelectual! Leyendo su obra y criticándola a fondo aprendí mucho. Ahora que se murió siento como que me falta algo. Estoy como un boxeador «haciendo sombras» [risas].

En fin, los yanquis son muy astutos y buscan permanentemente reclutar «nativos» para sus proyectos. No quiero hacer nombres para no pelearme con más gente en esta autobiografía. Pero digamos que a ellos no les interesa tanto algún científico social que ya esté instalado en el clima ideológico del imperio; lo que buscan es fomentar la deserción, crear renegados, lograr la apostaría de algún crítico del imperio que de golpe «ve la luz» y se pasa de bando. Es decir, lo ocurrido con Vargas Llosa. Y en América Latina, esta cacería de talentos y de «zurditos», está a la orden del día: buscan entre los progres o los de izquierda. Y si los administradores imperiales pudieran decir que Atilio Boron recapacitó y que después de coquetear con Fidel y con Chávez ahora juega para nosotros, me parece que eso hubiera sido una conquista extraordinaria. Creo que fue lo que pasó con un tipo brillante como el mexicano Jorge Castañeda, otrora hombre muy identificado con la Revolución Cubana. La mira de Washington está puesta en la gente de izquierda que pueda pasarse de bando, más que favorecer a los que ya son derechistas contumaces. Buscan eso, pero no sólo con el poder del dinero. Como en el caso de Vargas Llosa, el reconocimiento, el prestigio, el codearse con las «vacas

sagradas» de la profesión, también, son las carnadas que ponen en el anzuelo para que lo muerdas y quedes atrapado en sus redes. El peruano no renegó de sus creencias por dinero, eso vino después; lo hizo por una insaciable necesidad de reconocimiento, de ser valorado y premiado, por la palmadita en la espalda mientras te dicen al oído que «eres el mejor». Por eso, en la estrategia de las milesde organizaciones, ONGs y centros académicos de Estados Unidos operando en Latinoamérica (miles de verdad, no exagero), lo que siempre te dicen es que valoran mucho tu trabajo y quierenayudarte a que lo sigas haciendo, y que digas o escribas lo que quieras. «Si querés denunciar al imperialismo y sus estragos, hacelo nomás». Y lo que no te revelan es el gran diseño de la jugada: «déjalos venir, dales mucho dinero y todo tipo de apoyo para que hagan lo que quieran y digan lo que piensan, y lo escriban; conéctalo con nuestros mejores académicos, y, más pronto que tarde,verás que comenzarán a girar en nuestra órbita». Y así es. Es más, te diría que algunos de los funcionarios de esas fundaciones o agencias ni siquiera son conscientes de este juego que traman quienes realmente mueven los hilos del imperio. En muchas de esas organizaciones pululan los *do-gooders,* gente genuinamente motivada por hacer el bien y favorecer nuestras luchas, pero que,al carecer de una conciencia política clara, no son conscientes de que está trabajando para el imperio. Para este el premio mayor de esos programas de ayuda y cooperación académica internacional no es tanto mostrar la obra de los intelectuales o académicos que ya están a su servicio, sino exhibir como trofeo a los conversos, los tránsfugas, los renegados que abandonaron el campo de la izquierda y el antiimperialismo y se convirtieron en apologistas (oen melifluos críticos) del imperio y del modelo norteamericano. El objetivo es desangrar al campo antiimperialista y vaciar los espacios donde actúan los críticos del capitalismo y demostrar que esa gente, con sus investigaciones y estudios, arrojaron por la borda sus viejos dogmas, hicieron una autocrítica y se convencieron de que Estados Unidos –sus valores, instituciones, modo de vida–, no sólo es lo mejor, sino lo único aceptable

porque fuera de ese país lo que hay es la barbarie, el despotismo, el caudillismo, el atropello a la *rule of law*, la prensa amordazada y la violación sistemática a los derechos humanos. Debes escoger: Estados Unidos o el «despotismo oriental» de Rusia, China, Corea del Norte o, entre nos, Cuba y Venezuela. Estos conversos en fuga son verdadero oro en polvo para los imperialistas, y a lo largo de los últimos setenta años, desde fines de la Segunda Guerra Mundial, tuvieron algunos éxitos extraordinarios, cosa que examino en *El Hechicero*, pero que no tiene sentido reiterar aquí. No todos fueron tan extremistas como el peruano, pero mirá lo ocurrido en Brasil con el exministro de Hacienda de Lula, Antonio Palocci, ex dirigente trotskista de la IV Internacional, que termina convertido en un talibán del neoliberalismo y, después, ¡testigo de cargo en contra de Lula en el simulacro de juicio montado por el juez Sergio Moro! O el caso de Fernando H. Cardoso que aconsejó a sus estudiantes y lectores que «se olviden de todo lo que escribí» y, de enseñar sus brillantes cursos de Metodología Dialéctica de la FLACSO/Chile, se convirtió en un operador de Washington, arremetiendo en contra de Chávez, Cuba y en general cualquier fuerza social o política contestataria. No fue el dinero el que ocasionó este cambio, sino su insaciable ambición de poder. En Chile la extensa nomenclatura de los que se pasaron de bando incluye dos nombres que sobresalen: el del mirista Mauricio Rojas y el del comunista Roberto Ampuero, autores de un texto abominable llamado *Diálogo de conversos* en donde justifican su apostasía. En México Jorge Castañeda y Roger Bartra, dos cabezas notables, son tal vez los casos más rutilantes, pero hay muchísimos más. En fin, te aseguro que la lista de los cooptados por Washington es interminable. En *Imperio & Imperialismo* dedico un breve capítulo a este tema. Se llama, creo recordar, *Para una sociología de los intelectuales en tiempos de derrota,* y valdría la pena pegarle una mirada. El libro está recontra agotado, pero se puede descargar gratuitamente desde el sitio web de CLACSO.

A. M. *Volviendo al relato cronológico. En un par de oportunidades me mencionaste tu cargo como vicerrector de la UBA, ¿Cómo llegas a esa instancia?*[53]

A. B. Yo llego a ese cargo sin buscarlo. En realidad, todo comienza con mi elección como representante del claustro de profesores al Consejo Superior agrupando a profesores de izquierda de tres facultades: Filosofía y Letras, Sociales y Psicología. Creo también que había alguien de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales. Esa lista fue el resultado de un paciente trabajo realizado por la Corriente de Izquierda Universitaria, una coalición estudiantil que tenía dos agrupaciones gravitantes: Compañeros de Base (que tenía la conducción del centro y mayoría estudiantil en Filo) y el FICSO (Frente Independiente de Ciencias Sociales), minoría estudiantil en el Consejo Directivo de la Facultad de Sociales donde, a fines de 1989, Juan C. Portantiero había sido electo Decano, con la abstención del FICSO. Compañeros de Base y FICSO darían más tarde lugar a la creación de Democracia Avanzada como partido político por fuera de la universidad. Vamos a volver sobre esto más adelante.

La conformación de un polo de izquierda independiente en la UBA había sido impulsada por la Corriente de Izquierda y nucleaba graduados y docentes de esas cuatro facultades. En ese polo de izquierda universitaria participaban Antonio Castorina, Alicia Stolkiner, Ana María Fernández (entre otros de Psicología) y la lista de mayoría de docentes y graduados de la Facultad de Filosofía y Letras que había ganado, y que con los votos de mayoría estudiantil en el Consejo Directivo habían elegido a Luis Yanes como Decano de Filo. No fue casual que a comienzos de marzo un representante de la CI me haga partícipe de sus planes en relación con la inminente Asamblea Universitaria, y cuyo eje

[53] Agradezco a Emilio Taddei, José Seoane y Marcelo Rodríguez por las preciosas informaciones que me aportaron sobre el proceso que condujo a mi elección como Vicerrector de la UBA.

era la necesidad de forjar una alianza táctica con el shuberoffismo para contener el avance de la derecha, que, de la mano del menemismo, quería «copar» a la UBA. Según el preciso registro que confeccionó Emilio Taddei de esa ocasión «la Asamblea para elegir representantes del claustro docente al Consejo Superior de la UBA fue el 30 de marzo de 1990 y comenzó a eso de las 10 de la mañana. De esa instancia salí electo representante encabezando la lista de docentes al obtener la primera minoría, lo que nos daba tres representantes en el Consejo Superios, contra cinco que quedaron en manos de los profesores del shuberoffismo. Creo que te secundaban Ricardo Graziano (profesor de la Carrera de Letras) y Alejandro Raiter (profesor de la Carrera de Geografía) y Antonio Castorina (de Psicología)». La Asamblea Universitaria que en tercera vuelta eligió rector a Oscar J. Shuberoff (el candidato de oposición peronista-menemista era Carlos Mundt, Decano de Agronomía) sesionólos días miércoles 4 y martes 10 de abril. Inmediatamente después de la elección cuentan que «comenzó la fase final del operativo para llevarte al Vicerrectorado. Figura en mis registros una reunión que mantuvimos con Shuberoff y los radicales en el rectorado (en la cual no participaste) el 23 de abril de 1990 a las 13hs (fue un almuerzo en su despacho) donde le transmitimos leal y formalmente nuestra voluntad de que fueras electo en ese cargo (quien avisa no traiciona). La glacial respuesta de Shuberoff fue que su candidato para el puesto era el exdecano de Exactas, Alberto Torres, radical shuberoffista. Recuerdo como si fuera hoy que le dijimos que no le iban a dar los votos ya que el bloque de izquierda no lo votaría. Así llegamos a la memorable sesión del Consejo Superior del 2 de mayo de dicho año en la cual al cabo de cuatro votaciones y luego de intensos cabildeos logramos materializar (contra tu descreimiento, aunque no creo que contra tu voluntad) nuestro anhelado deseo que fueras Vicerrector»[54].

Como se desprende de este recuento yo no creía que toda esta alambicada estrategia política fuese a dar resultados. E in-

[54] Comunicación personal con Emilio Taddei.

sisto en que no era sólo descreimiento, sino también, en buena medida, mi desinterés, mi falta de voluntad de involucrarme en esa pelea por un cargo que en ese momento era meramente burocrático y estaba muy desprestigiado. Mi ausencia en el crucial almuerzo en el Rectorado antes de mi elección es prueba de ello. Sé que allí se acordaron las dos condiciones para que el bloque de izquierda respaldara a Shuberoff: el mantenimiento de la gratuidad de la universidad (amenazada por los embates del menemismo universitario, que quería poner fin a ese derecho e imponer el arancelamiento de los estudios de grado) y la continuidad del Ciclo Básico Común como instancia de nivelación previa al ingreso a las distintas facultades.

Como era de prever, la mayoría había quedado en manos de los radicales. Pero lo cierto es que de súbito me encuentro que había sido elegido como consejero superior de la UBA. Hasta ahí iba todo bien. Era una lista de izquierda y centro izquierda, y como yo la encabezaba, me convertí en uno de los tres profesores que representarían a ese claustro en el Consejo Superior de la UBA. Y por el claustro estudiantil había un solo representante de la izquierda: Emilio Taddei. La Franja Morada tenía tres (Adrián Gindin por Medicina, Darío Richarte por Derecho un tercero, cuyo nombre ahora se me escapa) que alternaba entre Sociales y Psicología.

A. M. *¿Cómo arrancás en insertarte en las agrupaciones dentro de la UBA?*

A. B. Creo que mis clases en la UBA y mis escritos en *Página/12* me habían otorgado un cierto renombre dentro y también fuera de la UBA. Tenía dos cátedras muy grandes en Ciencia Política y escribía semanalmente en *Página/12*. Tenía un público que me seguía y, aunque no tenía militancia partidaria siempre colaboré, con un espíritu de mucha amplitud, con algunas agrupaciones estudiantiles de izquierda y del nacionalismo popular en la UBA. Fui muy crítico de la política ortodoxa de Alfonsín en la última fase de su gobierno con el Plan Austral y también lo fui,

pero mucho más, de Menem. Por otra parte, había un malestar muy grande con el radicalismo en la Universidad de Buenos Aires y entre los estudiantes estaban aquellas agrupaciones de izquierda independiente en Filo y Sociales que estaban adquiriendo cada vez mayor gravitación. Por eso, para las elecciones de Rector y Consejo Superior, a fines de 1989 se promovió la conformación de una lista de profesores que incorporase en este espacio sectores independientes y progresistas.

El operador de esa lista era Jorge Makarz, un tipo muy inteligente e incansable político que había sido secretario de Ernest Mandel durante su exilio en Bélgica. Pese a sus proclividades trotskistas y su estrecha vinculación, años anteriores, con la gaseosa y altamente volátil corriente de la «izquierda nacional» de Jorge A. Ramos, Makarz no compartía la lógica sectaria que caracteriza al trotskismo porteño y neoyorquino, según me lo dijera el propio Mandel en un acto en que ambos fuimos panelistas en Filo. Makarz era un verdadero «animal político», en el sentido más positivo del término, que estaba tratando de construir un instrumento político amplio, inevitablemente frentista, encaminado a sentar las bases para la conformación de una nueva izquierda en este país. Era además una persona con una gran capacidad de trabajo y dotado de notables virtudes organizativas. Ejercía un liderazgo entre los militantes, que lo seguían con gran disciplina y que él, cuando era necesario, mantenía con mano de hierro. Pero pese a estos méritos a veces sus mejores planes se frustraban a causa de ciertos rasgos desu personalidad, por momentos muy irascible y conflictiva, que echaron a perder a muchas de sus mejores iniciativas.

A. M. *¿Trabajó con Mandel?*

A. B. Sí. Hay una anécdota para compartir sobre esto, que creo que puede ser interesante. Mandel vino a la Argentina en 1993, y aprovechando su visita organizamos una mesa redonda en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Participábamos Mandel, Luis Zamora y yo. Lo cierto es que en una de las principales

aulasabarrotadas de estudiantes y militantes a poco comenzar los troskos –en realidad, sus principales dirigentes– empezaron con abucheos e insultos no sólo contra Zamora y contra mí, lo que hubiera sido comprensible, sino también… ¡contra Mandel! No lo dejaban hablar, a él, que era de lejos la figura más importante de la IVª Internacional. Le interrumpían con gritos y acusaciones a cada instante y él pacientemente los calmaba y trataba de explicar las cosas. Hasta que en un momento dejó el micrófono se volteó hacia mí y me dijo, en voz baja: «¡Enough! Atilio, we are screwed up. Trotskyi*tes are crazy almost everywhere, but those of Buenos Aires and New York are absolutely exceptional, crazier than everybody else».*[55] Se retiró muy amargado repitiendo eso de la locura de los troskos porteños y neoyorquinos. No olvidar que dentro del trotskismo argentino se desarrollaron dos corrientes que, en su desatino, pugnaron por hegemonizar la IVª a nivel internacional: Nahuel Moreno (Hugo Miguel Bressano) y el morenismo y el «posadismo» (por J. Posadas, fundador de una escisión de la IVª Internacional), opuestas a la conducción internacional ejercida por E. Mandel y, a su muerte, por un querido amigo mío: el francés Daniel Bensaid, autor de una obra teórica de gran calado y que murió en 2010, cuando todavía tenía mucho que ofrecer en el campo de las luchas anticapitalistas y el desarrollo del pensamiento marxista.

Pero volviendo. Lo cierto es que Makarz y otros compañeros del claustro estudiantil me vinieron a ver para proponerme encabezar la lista de profesores para la Asamblea… y los saqué corriendo. Estaba muy jugado con la consolidación del EURAL, mis dos cátedras en Ciencia Política y el «embale» que tenía con mis artículos periódicos en *Página/12*. Pero fueron muy insistentes y volvieron a la carga hasta que, al último, me ganaron por cansancio y les di mi consentimiento. Astuto, Makarz derribo

[55] Traduccion: «¡Suficiente! Atilio, estamos jodidos. Los trotskistas son locos en casi todas partes, pero los de Buenos Aires y Nueva York son absolutamente excepcionales, más locos que cualquier otro».

mis últimas defensas cuando me dijo más o menos lo siguiente: «mira, presentémonos; si entramos al Consejo después renunciás y sube el segundo; ya la lista está confirmada y vienen otros detrás que te podrán reemplazar.Pero tendremos a alguien en el Consejo». La movida era interesante, aunque yo no lo tenía tan claro: sentar las bases para laformación de un nuevo partido político de izquierda, renovando lo que con un lenguaje propio de la ciencia política podríamos llamar «la oferta electoral» de la izquierda desde la universidad me parecía una estrategia destinada al fracaso, como efectivamente se comprobó. Aclaro que esa expresión, «oferta electoral», no me gustaporque tiene como premisa que la política es un mercado, pero esaera una frase muy usual entre mis colegas en aquellos años.

Comienza la sesión del Consejo y se anuncia que el primer punto de orden del día era la elección del vicerrector. Había dos candidatos: Aníbal Franco, decano de la Facultad de Ciencias Veterinarias como representante del peronismo menemista en la universidad y el otro, proveniente de Ciencias Exactas, Héctor Torres, que era a quien Shuberoff originalmente quería como vicerrector.[56] Resultado: empate. Breve cuarto intermedio y otro empate, y así creo que hasta una tercera ronda en donde ambos terminaron empatados. No había manera de elegir otro radical porque había ganado Shuberoff que era radical y la idea era elegir a un vicede otro partido, o de otra línea. Aclaro, antes de seguir, que hastami gestión el vicerrectorado era un cargo decorativo. No sólo no tenía atribución alguna en el manejo financiero de la universidad, sino que tampoco ejercía un papel relevante en otras áreas. Era, casi, un empleado administrativo más y eso a mí no me excitaba enlo más mínimo. Mis reticencias ante los compañeros que impulsaban desde la izquierda mi candidatura tenían también que ver con eso: ser llevado a una función meramente ornamental y colgar en mi despacho un diploma de Harvard para prestigiar las débiles credenciales académicas del rector. Se

[56] En el 2006 Aníbal Franco sería elegido vicerrector de la UBA.

llama a un cuarto intermedio y yo, como siempre, en las nubes, al margen de los corrillos borroneando algunas notas sobre los efectos de la nueva ronda hiperinflacionaria en ciernes cuando de repente un grupo se me acerca (varios consejeros: decanos, profesores, graduados y estudiantes) y me informan de la inamovilidad del empate y me preguntan si yo aceptaría ser vicerrector. Yo les respondí algo así como que tal cosa no estaba en mis planes, que tengo una vida armada en lo profesional, que estoy dirigiendo al EURAL y estamos en una crisis de crecimiento y quiero darle nuevos bríos, y, además, estoy muy involucrado en un libro que quiero terminar de escribir y otras evasivas más. Respuesta: «el problema es que, si vos no aceptás en la próxima vuelta, puede haber una sorpresa y ganar un tipo muy de derecha, y la verdad, el único que lo puede derrotar sos vos, por tus antecedentes académicos, por tu doctorado en Harvard, por tu posición pública. O sea, sos la única alternativa ante el desastre». No creía para nada en esa dicotomía y mucho menos en la eficacia de intervenciones mesiánicas o salvíficas, o en la razonabilidad de inmolarme para detener el avance de la derecha en la UBA, como si una persona pudiera hacer eso. Persistí en mi postura, pero ellos no cesaban en su esfuerzo. Estuvimos un rato negociando, porque la verdad, es que yo no quería (y quienes propusieron mi candidatura por el claustro de profesores saben que acepté a regañadientes), pero finalmente consentí. Pese a ser conocido por tener un «sí fácil» para cuanta causa perdida haya en el horizonte, en aquella ocasión di muestras de una rara testarudez que enfureció a quienes habían promovido mi candidatura, y que, por poco, no me pegaron una paliza en público. Bien: se hizo la votación, se produjo un nuevo empate, pero esta vez desempató el rector y gané yo. En ese momento –lo recuerdo como si hubiera ocurrido ayer– sentí un repentino y muy fuerte dolor de cabeza. Yo sufría mucho de migrañas en aquellos años y al conocer la «buena nueva» me sobrevino un ataque fulminante. La «jaqueca de la victoria» fue una de las peores que padecí en mi vida, esas que duran tres días porque sabía –o intuía mejor– lo que me esperaba [risas]. No

logré calmarla con ninguno de los analgésicos a los cuales apelaba en aquella época, como el Migral, por ejemplo, o cometiendo la barbaridad de consumir ocho cafiaspirinas de 500 mg por día, cosa que solía hacer cuando se me instalaba una jaqueca feroz porque no había otro modo de controlarla.

Bien, una vez designado hice lo que tenía que hacer. Como lo había hecho en FLACSO/México y como años después lo haría en CLACSO. No estaba dispuesto a ser un objeto decorativo en el rectorado. Mi personalidad siempre me impulsó a comprometerme con cuerpo y alma en cada proyecto en el cual me involucrara, lo hubiera elegido yo o no. Ergo: me metí a fondo en el vicerrectorado, que rápidamente se convirtió en un importante destacamento de lucha en contra de las políticas privatizadoras y neoliberales del menemismo. El rector no era muy dado a conversar con los medios y a mí me tocó saltar al ruedo y participaren las grandes polémicas de ese tiempo cuando se lanzó una ofensiva brutal para liquidar el carácter gratuito de la universidad pública y recortar, por la vía financiera, la autonomía universitaria. En esa encrucijada histórica se cruzaron dos vectores: las condiciones objetivas de la Argentina menemista con su acoso implacable y sin fisuras en contra de la UBA; y, por otro lado, mi voluntad de lucha, mi rebeldía para resistir las ofensivas de la derecha, como lo había hecho en mi juventud en la UCA. La colonización neoliberal del peronismo en los años de Menem y su incesante ataque a la UBA potenciaron mi motivación para combatir sin pausa contra esta nueva derecha, que ahora, se había montado sobre el mayor movimiento popular de la historia argentina, desfigurándolo por completo, para completar la tarea que la dictadura cívico -militar había dejado inconclusa, como tiempo después lo reconocería el propio superministro del régimen, José Alfredo Martínez de Hoz.

Recuerdo que desde la Casa Rosada y el Ministerio de Educación se nos cuestionaba todo: la gratuidad, el Ciclo Básico Común requerido para ingresar a las facultades; la existencia de

«estudiantes crónicos» (haciendo caso omiso de que su larga permanencia en la universidad se debía a que no eran estudiantes de tiempo completo); la demora en la convocatoria a los concursos; la centralización del presupuesto de la universidad en manos del rectorado y el «populismo académico» implícito en el ingreso irrestricto a la universidad. Durante cuatro años participé activamente en esas batallas de la cual quedaron como testimonio numerosos artículos periodísticos, duras polémicas con el ex rector normalizador Francisco J. Delich; con el por entonces Decano de Medicina Luis N. Ferreira y con los más altos funcionarios del gobierno de Menem, incluido Domingo F. Cavallo y Juan C. Del Bello, entre otros. Y también, batallé desde mi participación en las radios. De 1990 a 1992 colaboré con Gustavo López (hoy vicepresidente del ENACOM) en la *Rock & Pop* los domingos por la mañana, y de 1993 a1995 en *La Red* en un programa que iba de lunes a viernes de 19 a 20 y se llamaba «Con algunas cosas claras». Era un excelente programa, y estaba segundo en rating después de «Competencia» de Víctor Hugo Morales que iba por *Radio Continental* en el mismohorario. Gustavo tenía a Santiago Varela, a Conrado Geiger, a Claudio Lozano y a mí como colaboradores permanentes, amén de numerosos invitados especiales. Marchábamos viento en popa, pero en vísperas de la reelección de Menem, en 1995, los directivosde la radio nos dijeron un viernes: «el lunes no vengan». Obviamente que era un programa que molestaba por sus planteamientoscríticos y lo liquidaron a sangre fría, sin previo aviso, a mitad de año, sin chances de migrar el programa a otra radio. Así actúa la derecha, sin nuestros escrúpulos, a menudo estúpidos. Mientras tanto, Menem recorría los grandes medios y hablaba con los «perioperadores» de entonces de la absoluta libertad de prensa que imperaba en la Argentina… ¡Embustero!

Permanecí en el cargo de vicerrector hasta marzo de 1994, cuando me proponen la reelección, cosa que rehusé cortés pero firmemente. Les dije que ya había cumplido mis cuatro años, había hecho lo que yo creía que había que hacer en la UBA y que

quería retomar mi agenda académica y mis proyectos de investigación. Tenía una íntima satisfacción porque a lo largo de esos años había transformado por completo la figura del vicerrector, convertido en el contexto del menemismo en un cargo de la mayor importancia y de gran visibilidad, sobre todo, en la batalla política y mediática.

Ahora bien, si tuviera que señalar lo más importante que hice en aquellos años diría que fue mi contribución a reflotar EUDEBA, una gran editorial del mundo de habla hispana por su catálogo, su fenomenal alcance, sus grandes tiradas a bajo costo, su red sin precedentes de distribución de libros, todo esto obra de un genio como Boris Spivacow, y que había sido descuidada por las gestiones que se sucedieron después del golpe de estado de 1966. En efecto, sus directores no habían reaccionado como se debía ante la presión de los militares que estaban furiosos por la publicación del *Nunca Más*, libro que recogía los testimonios de las víctimas del terrorismo de estado y sus familiares, así como las listas de los militares involucrados en torturas, detenciones ilegales y desapariciones forzadas de personas tal como lo habían registrado las audiencias de la CONADEP. Los militares, muy especialmente los «carapintada», querían que EUDEBA no prosiguiera publicando ese libro. El tema es que cuando me hago cargo del vicerrectorado, nadie sabía en la calle Viamonte, sede del rectorado, que *Nunca Más* se había agotado hacía más de un año y no había planes de reeditarlo. Tampoco se había informado a las autoridades que después de la rebelión de los «carapintada» en Semana Santa de 1987 arreciaron las presiones y amenazas para poner a ese libro fuera de circulación. En una actitud imperdonable el directorio de EUDEBA no había informado al rectorado de la UBA de esta situación. Yo me enteré porque, ni bien tomé posesión del cargo se acercó a mi despacho una delegación de los organismos de DDHH para pedirme que reeditásemos ese libro. Me sorprendió su reclamo porque pensé que EUDEBA lo re-editaba ininterrumpidamente a medida que las ediciones se agotaran, pero estaba equivocado. Los visitantes me dijeron que para sus campañas de «memoria, verdad y justicia», para

sus labores de divulgación y para su imprescindible búsqueda de financiamiento internacional ese libro era una herramienta esencial y hacía tiempo que estaba agotado. Asombrado, les prometí hacerme cargo de sus reclamos. Averigüé cuál era la situación y fui informado de que efectivamente hacía un par de años que no se reeditaba, pese a que sus tiradas de 30.000 ejemplares se agotaban en menos de un año. Quedé escandalizado por la noticia y de inmediato se la comuniqué al rector, a quien le costaba dar crédito a lo que le estaba informando. Fue al grano y me dijo: «¡Hablá con EUDEBA y deciles que lo reimpriman ya!». Hubo una cierta resistencia en el Directorio de la editorial a implementar el úkase del rector y se nos advirtió que podría haber un atentado contra las instalaciones de la editorial, o ataque a las librerías que exhibieran el libro en vidriera, pero la decisión fue inapelable y así se hizo. Siguieron las amenazas, pero con el tiempo fueron cesando. A comienzos de 1992 el Consejo Superior aprobaría la designación al frente de EUDEBA de Carlos Cruz, representante por los graduados en una lista del peronismo no menemista de la Facultad de Derecho. Cruz hizo una gestión extraordinaria a lo largo de su mandato, que se extendió hasta 1997, y restableció el protagonismo y la gravitación que la editorial universitaria había perdido. Por eso, una de las cosas que más me ha satisfecho de mi gestión fue el relanzamiento de EUDEBA y la continua reedición del *Nunca Más.*

Aparte de ello, le dediqué mucho tiempo a apoyar la labor de la Secretaría de Ciencia y Técnica dirigida por Mario Albornoz. Este programa se había lanzado pocos años antes, en 1987, y despertaba el recelo en algunas facultades porque decían que el Rectorado no debía inmiscuirse en políticas de investigación organizando concursos o administrando becas. Lo cierto es que el programa levantó vuelo y quedó institucionalizado bajo el nombre de UBACYT, y ha venido dando un apoyo valioso a las investigaciones que realizan los docentes en las más diversas facultades. También me involucré en el programa de becas de formación y perfeccionamiento de docentes financiado con una donación de la familia Thalmann, que originó el mismo tironeo entre el rectorado y las facultades. Como

producto de este énfasis en la investigación científica se creó en esos años UBATEC, una empresa dedicada a la transferencia de tecnología en cooperación con el gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, la Unión Industrial Argentina y la Confederación General de la Industria. La forma del emprendimiento: una sociedad anónima no era de mi agrado, pero igualmente el proyecto fue aprobado y puesto en marcha.

También tuve que dedicar mucho tiempo y esfuerzos para ayudar en la institucionalización y consolidación del Ciclo Básico Común, tenazmente resistido por las facultades y molestas por la intromisión del rectorado en el proceso de ingreso de sus alumnos a las facultades, desgraciadamente concebidas como feudos cerrados y al margen de «interferencias» desde la conducción de la universidad. Por esta misma razón fracasé en el intento de lograr una mayor coordinación de las actividades y los calendarios de las distintas facultades, cosa que demostró ser imposible. La UBA, más que una universidad, es una federación de facultades celosas de su independencia. No pude siquiera conseguir que acordásemos un día en el mes de marzo en el cual se iniciaran oficialmente las clases en todas las facultades de la universidad y aprovechar la ocasión para realizar un acto público que suscitara el apoyo popular a la tan agredida (por el menemismo) universidad.

En efecto, la gran pelea que tuvimos que dar tenía que ver con los continuos ataques a los que nos sometía el gobierno de Menem, no sólo a través de su ministro de Educación Antonio Salonia y luego del Secretario de Políticas Universitarias, Juan Carlos del Bello (que más tarde sería un estrecho colaborador de Cavallo), sino muy en especial, por la vía del ahogo financiero dispuesto por este último, un siniestro energúmeno movido por el resentimiento y un odio pocas veces visto a lo largo de mi vida entre las centenares de personas con las cuales he mantenido un trato institucional. Como dije antes, esta situación se tradujo en la publicación de numerosos artículos en la prensa e intervenciones en distintos programas de radio y televisión, discutiendo con

quienes querían implantar el neoliberalismo en la universidad. Los borradores de la ley de Educación Superior –profundamente imbuidos por la cosmovisión del neoliberalismo– que finalmente aprobaría el Congreso en 1995, era otro de los temas de intenso debate porque, se temía con razón,que abriese las puertas al fin de la gratuidad en los estudios universitarios de la Argentina. Igual resistencia generaba uno de los subproductos de aquella pieza legal: la creación de la Comisión Nacional de Evaluación y Acreditación Universitaria (CONEAU), fuertemente resistida por la gran mayoría de las autoridades y profesores de la UBA debido al menoscabo de la autonomía universitaria que se temía resultase de la misma cosa que, afortunadamenteno ocurrió.

El «apriete» financiero al que sometían a la UBA fue tremendo, sobre todo, cuando Cavallo asumió el Ministerio de Economía a mediados del año 1991. Al año siguiente este mediocre economista se había convertido gracias al impresionante aparato mediático de la derecha y el apoyo del imperialismo en un «genio económico» y, también, en un pequeño pero cruel dictador. Su soberbia se agigantó hasta lo indecible cuando la revista *Euromoney* lo designó como *Finance Minister of the Year* (Ministro de Finanzas del año) y la *Latin Finance*, nada menos, que como *Man of the Year*. Ambas distinciones retratan claramente la estatura moral e intelectual de los órganos de expresión del capital financiero, capaces de exaltar a un aprendiz de brujo a la categoría de genio, siendo que condujo a la Argentina a la mayor catástrofe económica de su historia a fines del 2001. Montado sobre estos engañosos laureles y con el apoyo explícito de Menem, Cavallo impuso una férrea dictadura financiera sobre la UBA. Hubo momentos en que los aportes del Tesoro a la universidad, los llamados «libramientos», los efectuaba semanalmente. Si bien esa práctica tuvo una cierta justificación en los meses más candentes de la hiperinflación de 1990, esta se mantuvo bastante tiempo más, inclusive cuando en 1991 se puso en marcha el Plan de Convertibilidad, dificultando enormemente la planificación no a largo, sino a corto plazo, de las actividades de la

UBA. A causa de ello las partidas del presupuesto nos llegaban con cuentagotas. Ante nuestras reiteradas quejas por las restricciones presupuestarias Menem se encogió de hombros y en uno de los dos únicos actos formales a los cuales asistió invitado por el rectorado (el motivo era el lanzamiento de UBATEC) optó por decirme, con una sonrisa taimada, «¡como querés que encima le aumentemos el presupuesto si la UBA es la CGT de los radicales!» Nuestro presupuesto era escuálido cuando se lo comparaba con los de otras universidades latinoamericanas (como la UNAM o la USP), para ni hablar cuando lo comparábamos con otras universidades públicas en Estados Unidos o Europa. Era en vano que le explicara que en nuestra universidad había de todo: radicales, por supuesto, pero también peronistas, socialistas, comunistas, independientes, e inclusive gente de derechas. Pero con los «libramientos» nos tenían jaqueados. El problema era que en ese contexto era muy difícil planificar racionalmente las actividades de la UBA. ¿Cómo podíamos saber con cuánto dinero se iba a contar en octubre para un evento que distintas facultades venían planificando desde marzo? Fueron momentos muy difíciles, pero logramos sortear el temporal. Se me viene a la memoria una anécdota que habla con elocuencia de los problemas que nos planteaban Menem y Cavallo. Resulta que después de una auditoría comprobamos que en la playa de estacionamiento que está detrás de la sede de Marcelo T. de Alvear de la Facultad de Sociales se había montado un esquema de corrupción y por eso la recaudación era muy inferior a la esperada. Hicimos las averiguaciones del caso, separamos, sumariamos a los responsables, los reemplazamos por gente honesta, mejoramos los controles, y al poco tiempo esos ingresos subieron ostensiblemente. El Ministerio de Economía, que nos miraba con lupa (como debía hacerlo con las grandes empresas, o los monopolios y no hacía), tomó nota de esta mejora en la gestión y del incremento en los ingresos genuinos de la universidad. ¿Cuál fue la reacción de Cavallo? Reducir del presupuesto ya aprobado los nuevos ingresos obtenidos en la playa de estacionamiento. Es decir, ¡castigar la eficiencia de la gestión

de la UBA! Costó varios meses que se retrotrajese esa medida. El ministro repetía sin pausa que nosotros éramos malos administradores y muy ineficientes. Pero resulta que cuando mejorábamos la gestión, combatíamos la corrupción y éramos más eficientes, nos penalizaba reduciéndonos el presupuesto. En fin, fue un verdadero calvario tratar con esa gente.

Pero había otros frentes de batalla: tuvimos que librar una lucha tremenda para evitar la privatización de la UBA, vía arancelamiento o autonomización de algunas facultades, como la de Medicina bajo el decanato del Dr. Luis Nicolás Ferreira, un menemista contumaz. Por eso cuando todavía hoy algunos sectores critican ferozmente la gestión de Shuberoff en los años en que fui vicerrector (1990-1994) demuestran no haber entendido nada de nada. Los continuos ataques que sufríamos eran incentivados por una bien orquestada campaña lanzada por el gobierno de Menem con la colaboración de sus socios políticos, y los medios que les eran adictos en la prensa y la televisión. Yo como vicerrector carecía de atribuciones para manejar o administrar los dineros de la UBA. Mi misión era asegurar que el gobierno entregara lo que el Congreso había aprobado en el presupuesto. Pero reitero, era una administración sometida a múltiples controles y escrutinios públicos. Las acusaciones de «corrupción en el rectorado de la UBA» nunca llegaron a comprobarse en sede judicial. En ciertos temas a veces Shuberoff caía en las vacilaciones características de los miembros de su partido, la Unión Cívica Radical, pero su firmeza para enfrentar al menemismo fue irreprochable. Más allá de las críticas que se le hicieron a su persona, tema sobre el cual carezco de suficientes elementos para opinar, lo cierto es que Shuberoff tuvo dos méritos muy importantes en un momento particularmente difícil para la UBA. Primero, fue absolutamente intransigente en relación con el menemismo y a cualquier política de privatización o arancelamiento de la universidad. En el Consejo Superior había profesores y decanos que estaban dispuestos a entregar todo al menemismo, y él se mantuvo inflexible en su postura. Yo por supuesto, compartía

sin reparos su rechazo al neoliberalismo universitario. Segundo, no tenía una pizca de macartismo, lo cual no es un dato menor en un país tan anticomunista como este. Él sabía lo que yo pensaba, y bancó, sin chistar, todas mis intervenciones públicas, aún aquellas con las cuáles en privado me decía que no estaba de acuerdo.

En resumen, aquellos fueron años de grandes luchas. Mi dedicación al vicerrectorado simplemente me devoró, absorbió todo mi tiempo, y eso se nota cuando se mira mi CV y se observa un bajón –no tan grave, pero bajón al fin– en mi producción escrita entre 1990 y 1994. Pero la defensa a brazo partido de la universidad pública compensa con creces aquel déficit. El cuantioso volumen de tareas que planteaba la vicerrectoría me impidió colaborar en el sostenimiento académico y financiero del EURAL. No obstante, este no habría de cesar sus actividades, ya muy disminuidas, sino a fines de 1997. Para ese entonces, además, ya tenía dos hijos pequeños, Tomás y Andrés, fruto de una nueva pareja constituida a finales de los ochenta, y como es bien sabido los divorcios y las separaciones son, como varios amigos me dijeron al enterarse de esa novedad, privilegios que sólo se puedan dar los ricos y no un pequeño burgués como yo. Los hechos les dieron la razón y las viejas y nuevas obligaciones familiares no me dejaban excedente alguno como para asumir los costos que demandaba el sostenimiento, aún en un grado mínimo, al fecundo proyecto del EURAL que tuvo que cerrar sus puertas definitivamente.

A. M. *Además, ¿seguías dando clases?*

A. B. Sí, seguía dando clases en mis dos cátedras de Teoría Política y Social I, Teoría Política y Social II. También empezaba ya aviajar un poco más al exterior, ni remotamente como en estos últimos años, pero tenía muchas invitaciones de distintas instituciones de América Latina. Los vínculos con México, Brasil y en general los países de Sudamérica eran muy fuertes y mis viajes a esas tierras eran muy frecuentes. Menos asiduos eran mis visitas a países europeos.

Esos años, de comienzo de la década de los noventa, fueron de mucho desgaste, con mucha presencia en los medios, en la televisión, en debates sobre la universidad sobre temas como la eficiencia del llamado gasto universitario o el ingreso irrestricto, entre otros. Recuerdo que en las polémicas yo decía que «¡no, no es gasto, es inversión en la universidad!» y toda la prensa de derecha, con *La Nación* y *Clarín* a la cabeza, más Bernardo Neustadt y Mariano Grondona en la televisión, me disparaban una andanada de números sobre el «populismo académico», que hacía que el ingreso a la UBA fuese irrestricto (ignorando la existencia del Ciclo Básico Común); o la baja proporción de graduados; la alta tasa de deserción, o que teníamos estudiantes crónicos y que todo eso, decían estos medios, era un despilfarro de recursos públicos. Yo replicaba demostrando con un análisis comparado de las estadísticas universitarias que no había tal «populismo» porque en Alemania, aún en la década del sesenta y ya finalizada la era de la posguerra, la tasa de crecimiento de la matrícula universitaria era más o menos similar a la argentina y que el fenómeno no era resultado de la propensión «populista» de rectores alemanes o argentinos sino que expresaba las crecientes aspiraciones de las juventudes de todo el mundo para completar su formación, las nuevas necesidades y requerimientos de los mercados laborales, etc. Insistía muy fuertemente en el bajo financiamiento de la UBA y, en general, de nuestras universidades públicas cuando se las comparaba con las de México o Brasil, para ni hablar cuando se lo hacía con universidades públicas en Estados Unidos, como la Universidad de California/Los Ángeles o la Universidad del Estado de Nueva York, cuyo presupuesto era no sólo mayor, sino sencillamente de otro orden de magnitud del nuestro. Decían los críticos que la UBA era una especie de «aguantadero de estudiantes crónicos», a lo que yo respondía que tal denominación era un término humillante y ofensivo, y que lo que había eran estudiantes que trabajaban y estudiaban. Si fueran estudiantes de tiempo completo, como hay en las universidades privadas, seguramente esa gente se recibiría en cuatro, cinco años, seis años. Pero

si aparte de estudiar tienen que trabajar ocho horas, es muy difícil seguir el ritmo y, por consiguiente, la tasa de graduación o de egreso reflejaba esta realidad. Si tuviéramos más presupuesto para becas, seguramente esos estudiantes finalizarían sus carreras en los tiempos estipulados». En fin, los argumentos eran interminables, pero, lo cierto, es que el menemismo y sus aliados no se salieron con la suya. La defensa de la universidad pública, el ingreso irrestricto, desbaratar la asfixia financiera y los riesgos de la desregulación universitaria que empezó en aquellos años (y que permitió se cometieran toda clase de abusos) eran temas centrales de mis intervenciones públicas.

Además de eso, yo tenía mucho trabajo con otros asuntos: cada año firmaba unos mil o mil quinientos diplomas. Y tenía en mis manos algunos asuntos de carácter académico en los que yo tenía que participar. Por otra parte, el Consejo Superior era muy activo y monitoreaba semana por medio la gestión académica y financiera del Rectorado. Tenía una enorme cantidad de trabajo que, por suerte, en algunos casos podía compartir con el secretario general de la universidad, Gustavo López, dando seguimiento al tema de la regularización de los concursos, que era un problema muy serio, porque no siempre los decanos (o decanas) abrían los concursos que aprobaba el Consejo. Los más renuentes lo hacían porque había una correlación de fuerzas que los obligaba a ello, y había que estar alertas para impedir la puesta en juego de sutiles mecanismos de exclusión y favoritismo. Tenía que trabajar arduamente con la Comisión de Concursos del Consejo Superior y la Secretaría Académica para seguir de cerca todo eso. Si bien el Consejo Superior exigía la realización de los concursos, la realización de ese mandato no era atribución del Rectorado sino de las autoridades de cada facultad. Si el decano, o la decana, de la facultad no lo convocaba no había manera de hacerlo. Y ambos podían siempre evadir su responsabilidad diciendo que el Comité Directivo de la Facultad no se había reunido, o no tuvo quórum, o no lo trató en tiempo y forma. Entonces, ¿qué hacíamos? Seguíamos

muy de cerca los concursos; primero presionábamos para que se concursaran las cátedras; segundo para que los concursos tuviesen jurados idóneos y equilibrados; tercero, para que los mismos se desarrollaran con total normalidad … Imaginate el trabajo que era. Por ejemplo, anteun concurso de *biología molecular* o de *física cuántica* o cualquier otra disciplina completamente ajena a mi formación me hacía asesorar, llamaba a algunas autoridades en la materia y les decía «fulano de tal está en el jurado de este concurso ¿es competente o no, es idóneo? Olvidate de la línea política ¿sabe del tema o es un charlatán?». Y después, si era competente, asegurar un equilibrio en eljurado para minimizar las chances de que se terminara otorgándole la cátedra a quien no la merecía.

El otro tema era el curricular, la cuestión más puramente académica: esto obligaba a una permanente revisión y actualización de los contenidos de la enseñanza. O sea, seguir de cerca para saber cómo estábamos en las distintas carreras, si estábamos actualizadoso no, si ofrecíamos las materias cruciales o no, si había seminarios o conferencias nacionales o internacionales que pudiesen aportar al tema y otras cosas por el estilo. Había, además, otros asuntos para observar: la cuestión de las becas de estudiantes, pero, sobre todo, el tema de ciencia y técnica que en esos años se le dio mucha, mucha importancia. Asignamos muchos recursos en eso.

A. M. *Vos me hablaste de los independientes y me mencionaste Democracia Avanzada. ¿Qué me podrías contar de ese espacio?*

A. B. El Frente Democracia Avanzada fue la formación política por fuera de la universidad que hicimos a partir de comienzos de los años noventa, para constituir una alternativa al menemismo y al radicalismo en la Ciudad de Buenos Aires y en la Provincia de Buenos Aires. El antecedente más inmediato fue una agrupación, la Izquierda Socialista Independiente (ISI) con la cual participamos de las internas de Izquierda Unida en favor de Luis Zamora.Luego de la derrota social de la izquierda y el fra-

caso del movimiento popular tras la «Plaza del No» -en respuesta a la «Plaza del Sí» que convocara el periodista Bernardo Neustadt en apoyo a las políticas neoliberales de Carlos Menemcaímos en la cuenta que era necesario conformar un frente amplio que agrupara a las fuerzas progresistas y de izquierda. Para evitar los «manijazos» de los aparatos partidarios lo queríamos ¡con internas abiertas! Eso fue lainiciativa de nuestra convocatoria a la gran reunión que se hizo en la sede de Unione e Benevolenza, y a la cual me referiré luego.

A. M. *¿Orgánicamente esa fue tu primera militancia política?*

A. B. Formalmente, orgánicamente sí, esa fue mi primera militancia. Y lo hice con un grupo fenomenal de gente.

A. M. *¿Quién impulsa eso?*

A. B. Eran varios, pero el motor principal era el ya mencionado Jorge Makarz. Era una persona dedicada *full time* a la vida política, que trabajaba sin pausa, hacía los contactos, organizaba las actividades, las reuniones, las campañas. Era, sin duda, el eje en torno al cual giraba la actividad partidaria. Pero, para ser justos, esto lo hacía en conjunto con el grupo fundador inicial constituido por José Seoane, Ricardo Zambrano, María Inés Vignole, Mabel Bellucci, Emilio Taddei, Jorge Muracciole, Gonzalo Rojas, Javier Amadeo, Marcelo Rodríguez, Ivana Brighenti, Luis Zas, Daniel Kersffeld, Sabrina González, Mariano Palamideci, Sergio Sabater, Claudia Moreno, Fabiana Piñaranda, Rodolfo Domnanovich, Angel Fanjul, Dora Coledesky, Flavio Rapisardi, Alberto Bonet, Valeria Pita, Pablo Boffa, y algunos más que no recuerdo, pero que supieron imprimir una dinámica infernal a la militancia en una época tan crítica como el derrumbe del alfonsinismo, los inicios del menemismo y los comienzos del discurso de la «antipolítica». Gente increíble, con muchos de los cuales he seguido trabajando o colaborando en distintos proyectos –académicos y políticos– hasta el día de hoy. Se constituyó un grupo muy interesante, con un muy estimulante mix de gente mayor,

experimentada, con un grupo de chicos jóvenes (en su abrumadora mayoría estudiantes en Filo o en Sociales) y que poseían un fervor militante ejemplar, imprescindible, para todo proyecto que pretenda cambiar al mundo. Había entre los primeras gentes provenientes de distintas tradiciones político ideológicas, con muchos «ex»: ex comunistas, ex trotskistas, ex peronistas de izquierda, horrorizados por la herética reconversión neoliberal del peronismo bajo el liderazgo de Menem y muchos progresistas vinculados a las luchas por los Derechos Humanos, el feminismo, los derechos sexuales y reproductivos, y el ambientalismo. En todo caso, un grupo muy diversificado con personas muy jugadas en una política no solamente anti neoliberal, sino sobre todo anticapitalista, antiimperialista y anti-patriarcal. No exagero si digo que, pese a su novísima presencia en la escena política y su escasa gravitación electoral, la densidad intelectual de este conglomerado de voluntades le permitió ejercer una cierta influencia en el espacio público, pese a que los medios nos prestaban muy poca atención.

Ahora que pienso, aparte de los mencionados, me acuerdo también de muchos otros que se incorporaron, en diferentes grados al FDA, como Noé Jitrik, Tununa Mercado, Eduardo Grüner, Marcelo Matellanes, Carlos Jáuregui, José Vazeilles, Cayetano Mazzaglia, Domingo Quarraccino, Mario y Jorge Yakobsky. El estratega político era Makarz, como te dije, y el secretario de organización y apoderado del FDA era José Seoane. Y para las elecciones legislativas, invitamos a integrarse en nuestra lista de legisladores nacionales a gentes como León Rozitchner y Dora Barrancos. Como verás, repasando estos nombres, un lujo para la política argentina. Nuestro proyecto giraba en torno a algunos temas centrales: preservar la educación pública, gratuita y de calidad; instalar en la agenda política el tema de la reforma tributaria; bregar por una educación sexual integral y la despenalización del aborto; poner fin a los edictos policiales que se aplicaban con saña en contra de la comunidad gay-lésbica. La agenda era una innovación en la política argentina, sacando a luz temas ignorados o premeditadamente ocultados, como los

que tenían que ver con cuestiones de género, educación sexual y aborto. Igual, no nos invitaban a ninguna parte y eran pocos los medios que levantaban alguna noticia relativa a Democracia Avanzada. Una vez salió en *La Nación* una pequeña notita de una columna por ocho o diez renglones, sobre el margen de la página. Desgraciadamente la extravié, pero hablaba de nosotros como «el elenco político más interesante que había en aquel momento en la política argentina», decían eso. Pero a la hora del reportaje se lo daban a Palito Ortega, al Soldado Chamamé y gente como esa, no a nosotros.

Gracias a Jorge Makarz tomamos contacto con Carlos Jáuregui que en esos momentos dirigía «Gays por los Derechos Civiles», y que venía luchando hacía años por estos temas, y no sólo en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Un sujeto extraordinario, del cual me hice gran amigo y cuya muerte prematura a causa del SIDA me dolió en el alma. Era brillante y aguerrido, un militante de fierro. ¡Y fue candidato nuestro! Me acuerdo que al anochecer aparecíamos en algunas esquinas de Buenos Aires ofreciendo preservativos a los jóvenes y explicándoles la necesidad de contar con una legislación que despenalizara el aborto y promoviera la educación sexual. O íbamos a los extraordinarios espectáculos musicales ofrecidos en boliches gays por Jean-François Casanova y su equipo, para charlar con los concurrentes e informarles de nuestra lucha a favor de sus derechos. También fue gracias a Carlos que conocí a Lohana Berkins. Se reunían en local de Democracia Avanzada, Lohana me hablaba mucho de los problemas de las travestis y de las personas en prostitución, justamente muy vinculados a los edictos policiales, afectaban con inusitada crueldad a las travestis. ¡Imaginate! Yo, un señorito graduado en la Universidad Católica haciendo todas esas cosas, que seguramente, habrán hecho que algunos de los trogloditas que todavía sobrevivían en la UCA, me dedicaran las peores maldiciones por mi apostasía. A veces sentía un escozor en mi nuca y creo que eran ellos. Libramos una batalla extraordinaria, pero en condiciones notablemente desiguales, pero sembramos semillas que un par de

décadas más tarde germinarían y florecerían con fuerza. Por eso tuvimos una repercusión muy escasa a la hora de contar los votos. Los amigos y las amigas de la comunidad LGTB (como se decía en aquella época) nos decían, que, dada la claridad de nuestro planteo, en su defensa seríamos recompensados en las urnas con su apoyo. Y me trataban de convencer con razonamientos de este tipo: en la Ciudad de BuenosAires se estima que hay un 5 por 100 de gentes LGTB, y ese sería nuestro piso electoral. Yo respondía con *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* en la mano diciendo que factores como la clase social, el nivel educacional, la tradición política heredada de la familia o de su ambiente pesaban más que la cuestión de género o de identidad sexual. Desgraciadamente fue así. Obtuvimos apenas 5.318 votos en las legislativas de 1993, alrededor del 0.5 por 100[57]. ¡La clase derrotó al género!

Pero más allá de esto el FDA supo tener una capacidad de convocatoria muy importante entre los sectores progresistas de la capital. La reunión que hubo en *Unione e Benevolenza* en 1993 tuvo una concurrencia extraordinaria que rebalsó ese amplio salón y me atrevería a decir, que fue el puntapié inicial para un proceso de convergencia de fuerzas del campo progresista. Planteábamos la necesidad de constituir un espacio político amplio y plural, y resolver el siempre espinoso tema de las candidaturas –hijo de toda suerte de egoísmos y mezquindadesmediante internas abiertas, tal como se había hecho en la construcción de Izquierda Unida en 1989. Debo decir que, lamentablemente, este proceso no llegó a buen término porque esta iniciativa fue rápidamente hegemonizada por una fracción del peronismo, (el «Grupo de los 8», que después daría lugar al Frente Grande y la alianza entre Carlos *Chacho* Álvarez y Graciela Fernández Meijide, por Democracia Popular (Carlos Auyero) y, más tarde, con la constitución del FREPASO, que culminó sellando una nefasta coalición electoral con el radi-

[57] Puede verse uno de los spots aquí https://www.youtube.com/ watch?v=o-GzAiKW4Lo4

calismo para las elecciones presidenciales del 1999: la Alianza. Ya sabemos cómo terminó ese experimento, cuando esa pseudoprogresía invitó nada menos que a Domingo F. Cavallo a asumir el Ministerio de Economía del gobierno de Fernando de la Rúa.

A. M. *Hablando de ese terrible momento, ¿qué recordás del 2001?*

A. B. Sobre el derrumbe de la Alianza te cuento que, al atardecer el 19 de diciembre del 2001, cuando el país estaba en llamas, la corresponsalía de la CNN en Buenos Aires –que en ese momento no era lo que luego se convirtió con la salida de Jorge Gestoso, Carolina Cayazzo, Lucía Newman y otros– me pide que concurriera a sus estudios en la Plaza San Martín para escuchar el discurso que a las 21 hs pronunciaría el presidente Fernando de la Rúa para luego comentar su intervención. Todo esto en medio de una jornada de grandes protestas y movilizaciones populares desatadas por el congelamiento de los depósitos bancarios –el tristemente célebre «corralito»–, y la creciente ola de piquetes y saqueos a supermercados por gente que la impericia del gobierno y la voracidad del empresariado había dejado sin trabajo, sin dinero y que no tenía siquiera lo mínimo para comer. El discurso del presidente decretando el estado de sitio equivalía a intentar apagar el incendio que se había desatado en el país arrojando nafta a las llamas. Hice mi comentario muy crítico del discurso y bajé a la calle en procura de un taxi para regresar a mi casa. La jornada había sido muy violenta, con muchos disturbios y a esa hora, poco más de las diez de la noche, los taxistas se habían puesto a buen resguardo. Resignado, luego de esperar un buen rato opté por caminar por Marcelo T. de Alvear en dirección a la 9 de Julio en la esperanza de encontrar uno en el trayecto. No tuve éxito. Seguí caminando, pero desde lejos, estaba cruzando la calle Esmeralda, comencé a escuchar ruidos de cacerolazos y gritos aislados provenientes la 9 de Julio. Apreté el paso y al llegar a esa gran avenida me encuentro con mucha

gente que venía caminando desde la avenida Santa Fe y que doblaba por la 9 de Julio dirigiéndose al Obelisco o Plaza de Mayo. Era una muchedumbre raleada, poco compacta, pero bastante grande, armada con cacerolas y sartenes, alguna que otra bandera argentina. Me quedé observándolos y enseguida caí en la cuenta que desde los edificios bajaba mucha gente que se plegaba a la marcha y que al poco tiempo esta se hacía más numerosa y ahora sí, compacta. Me incorporé a los manifestantes y conversé con varios de ellos y hacía mi pequeña encuesta. «Que se vaya de la Rúa, que nos devuelvan nuestros ahorros, quiero volver a trabajar, la carestía nos está matando, gobierno de inútiles y corruptos», entre otras. La más importante, la que marcaría no sólo esa jornada, sino las semanas siguientes exigía «¡que se vayan todos!». Caminamos hasta el Obelisco, tomamos la Diagonal Norte y al rato estábamos en la Plaza de Mayo, desierta. Me paré en la esquina de la Catedral y desde su pequeña escalinata pude observar que detrás nuestro (porque estaba en el primer contingente que llegó a la plaza) se había formado una enorme y compacta columna que venía marchando con un ruido infernal de cacerolas y consignas muy violentas en contra del presidente y su gobierno. Hasta ese momento, la composición de clase de los manifestantes era claramente clasemediera. Seguí deambulando entre ellos haciendo preguntas, pero cuando crucé en dirección al Cabildo vi que por la Avenida de Mayo había otra columna, más imponente que la anterior, que se dirigía hacia la plaza; y otra, más pequeña y menos ruidosa que venía desde la Diagonal Sur. Total, que poco después de la medianoche la Plaza de Mayo estaba abarrotada y comenzaba a ser difícil circular por el lugar. La gritería contra el gobierno era atronadora, algún intento inconcluso de entonar el Himno Nacional interrumpido por el más contundente «¡hijo de puta, hijo de puta!» y «chorros» que se gritaban con toda fuerza. Seguí dando vueltas para buscar a algún líder sindical o dirigente político, pero sólo comenzaron a aparecer a eso de la una de la madrugada del 20 de diciembre. Esa noche la protesta

se había iniciado sin convocatoria alguna a cargo de un partido o un sindicato, lo que puso en evidencia el hiato que separaba las pirotécnicas polémicas de la dirigencia del estado de ánimo de las masas, de las cuales aquella estaba completamente distanciada. Fue una protesta completamente espontánea, reflejo tardío, urbano y clasemediero de la larga lucha que los movimientos piqueteros habían iniciado a mediados de la década de los noventas para oponerse a las privatizaciones y el despojo perpetrados por el menemismo con la bendición de la CGT y el PJ. Testigo afortunado y casual de aquella noche me quedé dando vueltas por la plaza hasta las tres de la madrugada, cuando la gente comenzó a dispersarse. Emprendí el lento camino hasta mi hogar en Palermo. Exhausto por la larga caminata al cerrar la puerta de calle tuve la convicción de que ese simple acto mecánico y cotidiano, cerrar una puerta, simbolizaba lo que el azar me había permitido contemplar con mis propios ojos: ser testigo privilegiado de un hecho de masas que, no tenía dudas, marcaría un antes y un después en la historia argentina, un punto de inflexión luego del cual las cosas serían bien diferentes. Y así fue.

A. M. *Volvamos a Democracia Avanzada si te parece.*

A. B. Sí, y el tema de las alianzas. Antes, el FDA había insistido en su política unitaria y en 1994 selló un acuerdo con la Unidad Socialista, dirigida por Jorge Rivas y Oscar González. Iniciativa inteligente, pero que no llegó a tener la gravitación electoral que se esperaba en un contexto signado por la arrasadora hegemonía del neoliberalismo, en esta nefasta reencarnación del peronismo, que con vientos desplegados gracias a la ficción de la convertibilidad hacía que cualquier pretensión de promover una agenda socialista o coherentemente progresista fuese desechada sin previo examen. Un poco mejor nos fue cuando en 1995 con nuestra participación en Alianza Sur, liderada por Fernando «Pino» Solanas y que expresaba una cierta influencia del Partido Comunista. Pero el proyecto de renovación de la izquierda no llegó a concretarse. Creo que la

catástrofe económica y política de proporciones desconocidas hasta entonces en la historia argentina a la que se sumó la labor disolvente de quienes desnaturalizaron el proyecto unitario y renovador de la izquierda (especialmente el FREPASO, porque nada de esto interesaba al radicalismo), terminó por arrastrar en su caída al FDA. Más de veinte años después la Argentina está todavía necesitando la reconstrucción de una izquierda radical, pero renovada, tal como de modo quizás prematuro fuera plantado por nuestra fuerza política a comienzos de la década de los noventa.

En esos años el FDA fue uno de los principales promotores de la unidad de las izquierdas, más allá del ámbito estrictamente partidario. Especial énfasis pusimos en establecer acuerdos programáticos con agrupaciones vinculadas a la defensa de los Derechos Humanos, a los derechos de las minorías sexuales y el feminismo, otras que eran desprendimientos de la Democracia Cristiana, como el sector liderado por Carlos Auyero, y con los partidos Comunista, Intransigente y Humanista amén de un amplio grupo de personajes independientes, pero con una clara identidad de izquierda y que no tenían referencia partidaria alguna. Por último, el FDA había establecido fluidos contactos con la CTA, la UTBA y el Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, que con la dirección de Floreal Gorini apoyó con entusiasmo esta vocación unitaria y renovadora que planteábamos desde el FDA. En todo caso, una experiencia aleccionadora que me permitió calibrar, desde sus entrañas, los enormes problemas que confronta la construcción de una alternativa de izquierda en la Argentina y, también, el peso de la inercia conservadora de los factores de poder y de las fuerzas políticas tradicionales – principalmente peronistas y radicales-, los medios de prensa controlados ya hace treinta años, por los agentes de la derecha y el imperialismo. Si bien estos no tenían la aplastante fuerza de hoy, pero suficiente para invisibilizar cualquier fuerza política radical o para impedir que una nueva agenda pública se instalara en el imaginario colectivo.

A. M. *En el plano de las instituciones más académicas, ¿seguiste acá en Argentina tus vínculos con FLACSO?*

A. B. Sí, pero vos sabés que cuando yo retorné a la Argentina, FLACSO tendría que haberme ofrecido una inmediata reincorporación a su planta de profesores, de forma plena. Fui becado por FLACSO para hacer mi doctorado, abrí el programa de Ciencia Política en México, había tenido antes responsabilidades institucionales en Santiago, es decir, era un hombre absolutamente de la casa. FLACSO se había creado aquí en Buenos Aires, antes que la sede de México que se creó en 1976.

A. M. ¿Antes *que México?*

A. B. Sí claro, antes que México. Cuando se produjo el golpe de estado en Chile la Secretaría General de FLACSO se trasladó a la Argentina en la persona de su Secretario General, Arturo O´Connell. Cuando yo vuelvo de mi largo exilio, FLACSO me trató como si fuera un extraterrestre que nada tenía que ver con la institución. La verdad es que no se portaron bien conmigo; me ofrecieron dar un curso cuatrimestral por año con lo cual ganaba no sé, dos pesos, nada, pero bueno, era algo. Yo no quería perder contacto con una institución que la sentía como mi *alma mater*, pero quienes la dirigían en ese momento no lo entendieron así. Es cierto que tenían problemas de financiamiento, pero yo podía haber atraído algunos fondos a FLACSO, y creo que eso lo sabían. Pero allí entraron a jugar factores como el recelo frente a los que «se habían ido y ahora volvían» que, debo reconocer, era recíproco e hizo un enorme daño en muchas instituciones. Los cursos que dictaban tenían un muy buen número de estudiantes, eran rentables para la institución, pero a partir de los noventas se produjo un creciente acercamiento de la FLACSO al gobierno y un crítico tan duro como yo del menemismo era un incordio a la hora de granjearse la necesaria generosidad oficial. En fin, lo cierto es que luego de eso, y en los últimos treinta años, no creo que haya dictado más de un par de seminarios en FLACSO. Una pena; me duele lo sucedido, pero así son las cosas y ya no tienen

vuelta atrás. En esos años la institución se convirtió en una especie de *think tank* del menemismo en su programa de relaciones internacionales, y yo era un crítico inclemente de la doctrina de las «relaciones carnales» que levantaba la cancillería argentina en ese momento. De a poco dejaron de invitarme a ofrecer mi curso cuatrimestral; que un año sí, que el otro tal vez, después un seminario corto y finalmente no me llamaron nunca más y a otra cosa.

A. M. *¿Y a CLASCO cómo llegás?*

A. B. Sin proponérmelo, como ocurriera con el vicerrectorado. Terminé siendo secretario ejecutivo entre 1997 y 2006. CLACSO se fundó en Buenos Aires en 1967. Era una institución que había tenido un noble origen: proteger a los científicos sociales perseguidos por las dictaduras que campeaban en la región y la labor realizada en ese terreno sólo merece un encendido elogio. Pero una vez que en los ochentas se relanza la redemocratización de América Latina CLACSO se asimila al clima intelectual del *mainstream*, dominante en las academias de Estados Unidos y Europa y, también, a las agendas de los organismos internacionales tipo Banco Mundial, PNUD y otros de la ONU. Estas agencias de «ayuda al desarrollo» son muy conservadoras y tecnocráticas, y a pesar de que hacen gala de un lenguaje supuestamente crítico el capitalismo y el imperialismo jamás son puestos en cuestión. Y sin ello se termina hablando de entelequias. Esos programas pretendían aliviar la pobreza y garantizar la feliz culminación de las transiciones democráticas sin cuestionar los determinantes fundamentales, de clase, que frustrarían tan bellos proyectos. Luego de 1990, y en consonancia con la línea que bajaba de Washington, la consigna era exaltar las virtudes del «modelo chileno» y evitar el pueblo se equivoque y vote a un Chávez, un Evo, o un Correa. CLACSO, como organismo regional latinoamericano, no estaba inmunizado contratan perniciosas influencias y en su labor las reproducía incesantemente. Después, durante mi gestión, las cosas cambiaron y la institución experimentó un giro de 180 grados.

Recuerdo una anécdota muy pintoresca y que se remonta al momento de la creación de CLACSO. Yo estaba en Chile estudiando en la FLACSO y llega de visita quien fuera el primer secretario de CLACSO: Aldo Ferrer. Yo lo conocía de antes y debo decir que Aldo hizo una muy buena gestión en años muy difíciles. Yo había sido uno de sus alumnos y no sólo lo admiraba como economista, sino que también tenía un gran aprecio de él como persona. Hasta el final de su vida mantuvimos un diálogo bastante frecuente sobre los principales temas de la economía argentina y del concierto internacional. En fin, llega a FLACSO y se reúne con los dos directores: el de la carrera de Ciencias Políticas, Horacio Godoy, y el de Sociología, Glaucio Ary Dillon Soares. Cómo Aldo sabía que yo estaba en FLACSO les dijo a ambos directores que le gustaría que también estuviera presente en la reunión donde iba a explicar lo que era el proyecto CLACSO, una reunión premonitoria porque exactamente treinta años después yo sería elegido Secretario Ejecutivo de esa institución. La reunión se desarrolló de forma muy cordial, Godoy y Glaucio entendieron la importancia de la nueva institución en un contexto latinoamericano con gobiernos como los de Onganía, Castelo Branco en Brasil, Barrientos en Bolivia y quedaron de acuerdo en establecer algunas formas de comunicación y cooperación permanentes y felicitaron la valentía de Aldo al asumir tamaña responsabilidad en un contexto dictatorial como el que prevalecía en esos años. Cuando la reunión estaba a punto de culminar Aldo dice «por último, tengo un tema que no quisiera dejar pasar y necesito conversar con ustedes». Suspenso y expectativa: «hay un problema con la sigla, CLACSO», dice. Y, de sopetón le pregunta a Godoy y a Dillon Soares: «ustedes ¿no cambiarían nombre?, porque FLACSO y CLACSO tienen siglas muy parecidas y pueden crear mucha confusión». Horacio y Glaucio casi lo matan, y le dijeron que como se le ocurría semejante mamarracho. Respuesta oficial: «¡no! es impensable». Lo dijo casi como una especie de broma, pero … en una de esas mordían el anzuelo [risas]. Yo me acuerdo que en ese momento lo miré a Aldo, que me

hizo un guiño picarón, y pensé: «los porteños son incorregibles». Pese a esto, el encuentro terminó muy bien.

A. M. *El ombligo del mundo…*

A. B. Porteños incorregibles, sí, porque para ellos la Ciudad de Buenos Aires es el ombligo del mundo. Horacio era mendocino y Glaucio carioca, y de la nada aparece un porteño ciento por ciento y les dice «¡che, cambien el nombre!» de FLACSO, que había sido creada diez años antes, en 1957, y, además, era una especie de apéndice informal de la UNESCO. Un disparate. Amistosamente, lo sacaron corriendo.

IV. CLACSO Y DESPUÉS

B. M. *¿CLACSO surge acá en Buenos Aires?*

A. B. Surge acá en Buenos Aires como producto de un encuentro de centros de investigación –no de docencia–, sino casi siempre centros de investigación, la mayoría centros privados y con financiamiento de fundaciones de Estados Unidos y algunos países europeos. Se creó con una misión muy importante que Ferrer cumplió muy bien: construir un paraguas para proteger a los científicos sociales amenazados por las dictaduras en todo el continente, gentes que habían sido expulsadas de las universidades, o cesantes porque estas, o algunas de sus facultades, habían sido cerradas. Y la verdad, es que CLACSO salvó muchas vidas durante la gestión de Ferrer y Enrique Oteiza, que fue su sucesor. Gracias a mi relación con el primero yo me vinculé a CLACSO muy tempranamente, tanto es así que a la asamblea que hace la institución en 1968 en Lima (que tengo entendido fue la segunda porque la primera, la fundacional, y se hizo aquí en Buenos Aires) ¡yo soy enviado como representante de FLACSO a dicha reunión! Pese a no haber concluido todavía mis estudios de Magister (pero ya era de hecho un profesor-alumno) Godoy y Dillon Soares me confiaron esa tarea. No se me escapa que esta decisión también revelaba un cierto «ninguneo» de FLACSO para con una institución que la veían, erróneamente, como un potencial rival y que merecía haber sido representada por algún profesor *senior* de FLACSO y no por mí. Pese a ello, en términos personales, ambas instituciones quedaron muy integradas a mi experiencia personal y profesional cuando yo recién acababa de cumplir veinticinco años.

A. M. *Estando en EURAL, ¿hacés vínculos con CLACSO?*

A. B. Sí, ni bien comenzamos a operar me relacioné con CLACSO, cuyo secretario ejecutivo en ese momento era Fernando Calderón, que sucedió en la secretaría a Francisco Delich. La relación era cordial pero distante: EURAL era visto por la academia tradicional como un *think tank* de izquierda –y lo éramos– y por eso no hubo mucha onda entre ambas instituciones. Nosotros percibíamos a CLACSO como demasiado inficionada por el clima intelectual del posmodernismo y su fatal eclecticismo. Cuando termino mi mandato como vicerrector retomo los vínculos con CLACSO, que, por ese entonces, tenía como secretaria ejecutiva a Marcia Rivera, una brillante socióloga puertorriqueña y a quien conocía desde mis tiempos en México. Pero más allá de su compromiso político con el independentismo y de ser una pensadora crítica, los sectores académicos que orientaban a la institución en un puñado de países eran demasiado *mainstream* para mi gusto, con una inclinación muy tecnocrática y una agenda muy pautada por las prioridades de los organismos internacionales y algunas ONGs europeas y estadounidenses. La verdad es que no hice un gran esfuerzo para integrar al EURAL, además, porque era caro: mil dólares anuales de membresía anual y no nos sobraban. A veces me llamaban para algunas reuniones porque tenía una relación muy buena con Marcia, pero el involucramiento de CLACSO en el enrarecido ambiente de varias agencias internacionales me parecía que en poco ayudaba a enfrentar las necesidades que agobiaban a las sociedades latinoamericanas. No podíamos pagar la cuota anual de CLACSO y las dificultades financieras del EURAL eran tan grandes, que no pudimos mantener la bella oficina que teníamos en la calle Corrientes al 2500. Y Julio Gambina, que en ese momento dirigía el IDELCOOP, me ofrece compartir las oficinas que tenía en la avenida Rivadavia. Me dice «mirá, a mí me sobran dos o tres oficinas» porque era un departamento bastante grande. ¿Por qué no te traes el EURAL aquí? Y acepté gustoso su solidaria invitación.

A. M. *¿De dónde lo conocías a Gambina?*

A. B. Con Julio nos habíamos juntado antes en una serie de eventos. Nos fuimos haciendo amigos y me invitó a muchas actividades del Partido Comunista. Creo que era miembro del Comité Central en ese momento. Fue un claro nexo con el partido para mí, aunque no todos en el partido me veían con buenos ojos… imagínate, UCA, Harvard, otra que agente de CIA [risas]. Pero Floreal Gorini, con quien habíamos desarrollado una cierta relación desde la época del FDA, de a poco me incorporó en las sesiones preparatorias para el lanzamiento de lo que finalmente sería el Centro Cultural de la Cooperación que hoy lleva su nombre.

A. M. *Te fuiste a las oficinas de IDELCOOP me decías.*

A.B. Me fui a las oficinas del IDELCOOP. Después que salí del vicerrectorado tuve que transitar por un periodo muy duro, todo el año 1994-1995-1996, tres años en donde sobrevivía con mi exiguo sueldo como investigador de carrera del CONICET y el pequeño complemento que tenía como profesor de asignatura en Sociales, que, en aquella época, más que un sueldo era una indemnización. Me las ingeniaba en los veranos de aquí para enseñar en las universidades de Estados Unidos o de Europa, dos meses, dos meses y medio. Por eso pude enseñar en la Universidad de Columbia en New York, en el MIT de Cambridge, Massachusetts –fue allí donde trabé amistad con Noam Chomsky–. También, una estancia de investigación en la Universidad de California en Los Ángeles y en la Universidad de Notre Dame, en Indiana, más cursos breves en Bradford y Warrick, ambos en Inglaterra. Eso me daba un dinero extra con la cual sobrevivía, pero era muy agotador porque no tenía vacaciones de verano.

Bien, a fines de octubre del año 1997 yo estaba como el tomate, «tranquilo en mi mata» como dice la canción, en las oficinas del EURAL y me viene a visitar un grupo de colegas amigos, gente de CLACSO, encabezada por Edgardo Lander. Habían llegado a Buenos Aires para participar en la Asamblea General que se

reuniría en esta ciudad, y sin demasiados preámbulos, me dicen: «Atilio te necesitamos, queremos que seas el próximo Secretario Ejecutivo de CLACSO». Y yo digo: «pero si CLACSO está casi muerto, sus fuentes de financiamiento parece que se secaron y casi no aparece en el ámbito regional como institución de ciencias sociales, y…»; pero me interrumpen y siguen: «sí, está muy mal, pero creemos que sos la persona que tiene la experiencia, los contactos y el prestigio intelectual suficientes para enfrentar este desafío». Yo la verdad que no les creía, pero me decían: «tienes un financiamiento para los próximos seis meses por lo menos, tal vez llegues a un año; y vas a poder pagar todo, vas a estar bien. Después confiamos en que ni bien te hagas cargo eso va a ser una potente señal para los organismos de financiamiento, sobre todo suecos, noruegos, dinamarqueses, holandeses de que hay un nuevo liderazgo. CLACSO tiene muchos problemas, pero uno muy grave es que necesita gente capaz de ejercer un liderazgo, en el campo intelectual y académico y vos tenés como hacerlo». Sentí que me estaban «dorando la píldora» y les pedí que me lo dejaran pensar unos días. Pero medijeron que no, que la asamblea general de CLACSO era en dos o tres días más y querían saber si me podían proponer o no. Les pedí que me dieran veinticuatro horas, que me dejaran consultarlo con mi familia y amigos. El desafío era enorme, y las chances de fracasar estrepitosamente y convertirme en el sepulturero de CLACSO me atormentaban sin cesar. El sueldo era razonable, pero lejos de ser una maravilla en aquellos años finales de la convertibilidad. La estabilidad laboral, con suerte, sería de dos años porque había una asamblea ya convocada para realizarse en Recife en 1999, pero si las cosas no iban bien CLACSO podría desaparecer en el trayecto o, si sobrevivía, elegir otro secretario ejecutivo y otra vez al cabo de dos años yo quedaría en la nada. El clima político de la Argentina no era favorable. El menemismo parecía inexpugnable y no era precisamente amigable con mi persona, lo que anticipaba problemas en la relación entre el Consejo y la Cancillería, para ni hablar del Ministerio

de Economía. Menem había sido reelecto un par de años antes y la hegemonía del menemismo era más apabullante que nunca. Pero, por otro lado, mis análisis sobre la situación del capitalismo y las «democracias» latinoamericanas me decían que se venía la crisis del modelo neoliberal, que ya mostraba algunos síntomas inequívocos de agotamiento y que, en este nuevo contexto global, CLACSO podía incidir con cierto peso en la batalla de ideas en curso. Me dieron las veinticuatro horas que solicité para pensarlo, y, al día siguiente, volvieron a la carga y acepté que postularan mi nombre. Se realizó la Asamblea, allí en el Hotel Castelar en Avenida de Mayo; hubo primero un interrogatorio que los representantes de los centros miembros me hicieron acerca de los planes y proyectos que tenía para la institución. Obviamente, poco o nada pude decir porque recién me enteraba de mi candidatura, pero igual me eligieron por unanimidad y me convertí en el nuevo secretario ejecutivo de CLACSO. En ese momento, al igual que me sucediera cuando me designaron vicerrector de la UBA, sentí la visita de mi vieja amiga la migraña que me susurraba al oído: «te han elegido para que como buen harvardiano organices un funeral de lujo, con todas las pompas y honores que se merece una gran institución como CLACSO» [risas]. Pero al mismo tiempo algo medecía en mi fuero íntimo que las cosas podían salir bien. Que era un desafío enorme pero no insuperable. Que me ponía a prueba en una altura de mi vida, ya con cincuenta y cuatro años bien cumpliditos, cuando la mayoría de los colegas están pensando en un apacible retiro en alguna universidad gringa o europea. Y yo me ponía al hombro nada menos que la tarea de devolverle a CLACSO la gravitación que había tenido en el pasado. Hubo momentos en que llegué a pensar que estaba loco…

A. M. *Estamos en el año 1997,* ¿verdad?

A. B. Sí, me hago cargo de CLACSO en noviembre del año 1997 en "co-habitación» –como dirían en Francia– durante un par de meses con mi amiga Marcia Rivera que iba y venía pero

que, de hecho, me entregó a mí las riendas de la institución en estado bastante crítico, como me lo habían advertido. Sin financiamiento seguro más allá de los próximos seis meses (o un año con mucha suerte) y con una descortés e insistente demanda del gobierno holandés, porque había financiado la publicación de un libro y no se había publicado, y llovían los mensajes intimando a la institución adevolver el dinero del subsidio. Debe estar todavía en los archivos de CLACSO una carta documento que me intima –muy jodidos los holandeses– de mala manera «lo intimamos» a que publique el libro o devuelva el dinero, y los juicios y costas y que se yo cuántas cosas más correrán por cuenta de CLACSO. Visto en perspectiva es el mismo gobierno que hoy elige que la gente mayor se muera por el coronavirus con tal de no parar la economía. Nada nuevo: yaactuaban en línea con esa actitud hace más de veinte años. Cuando me hago cargo de la situación y reviso los libros me encuentro no sólo con la presión de los holandeses, sino que, para mi sorpresa, con una institución con todo el personal «en negro». ¡Ni uno registrado! Y además con las presentaciones anuales obligatorias de las memorias y balances ante la Inspección General de Justicia en larga mora. En una palabra, estábamos al borde del desfinanciamiento, con los holandeses pidiendo «su libra de carne» cual modernos Shylocs; en violación de la ley con el organismo estatal que supervisa las actividades de organismos como CLACSO y encima con un atraso en el pago de los alquileres, supuestamente a punto de ser arreglado. Así que me arremangué y me puse a trabajar rápidamente en todos estos frentes. Le dije al equipo que era muy chico, diez o doce personas, que pese a lo desesperante de la situación no iba a hacer ningún ajuste ni echar nadie a la calle, pero si la institución se muere, todos nos hundiríamos con ella. Trataré de salvarla, pero no tengo planes de hacer ajustes. Les pido la ayuda, que me den sus ideas, me aporten, me digan qué creen debo hacer y que trabajemos con ahínco. De hecho, funcionó como un colectivo de trabajo profundamente democrático y eso quedó como un sello distintivo de mi gestión durante los nueve años de mi mandato en CLACSO.

Sobre el tema de los holandeses, que era imperativo, me dediqué a investigar lo ocurrido. Había sido que hubo una reunión de un Grupo de Trabajo, financiada desde Ámsterdam, que tropezó con un problema: la calidad de los *papers* era muy desigual, yeso paralizó la publicación. Por suerte eran muchos lo que me permitió revisarlos, elegir los mejores, organizar un índice atractivo del libro donde incluí de relleno algunos de los menos buenos, se hizo un buen diseño gráfico y lo mandamos a publicar. Y bueno, sacamos el libro, cumplimos con los holandeses y dejé la puerta entreabierta con ellos, pese a lo cual jamás quisieron volver a oír hablar de CLACSO. La verdad es que sus agencias gubernamentales de cooperación dejan mucho que desear por comparación a las de Suecia y Noruega. Se les nota la herencia de una administración pública acostumbrada a someter y maltratar a sus colonias.

En relación con la irregular situación del personal lo que hice fue hablar con Ulises Gorini, que es abogado, y además un experto en el tema de asociaciones civiles, persona de mi total confianza, y que estaba trabajando en la preparación de su monumental historia de las Madres de Plaza de Mayo. Lo llamé y le dije: «dame una mano, esto es un caos; soy un empleador que tiene doce tipos todos trabajando en negro y además hace como cinco años que nopresentamos memorias y balances ante la IGJ».

A. M. *¿A Ulises lo conocías del IDELCOOP?*

A. B. Sí, lo conocía de ahí. Tuve contacto con Ulises, con Floreal y por supuesto con Julio Gambina como te comenté; ya conocía de antes a Beatriz Rajland, que junto con Silvia Haas venía mucho a las actividades públicas y paneles del EURAL. En esa época, segunda mitad de los años ochenta, ambas estaban en el Partido Comunista y ahí nació un vínculo muy fuerte. Le pedí a Ulises que me ayude a poner en orden todo aquello que era un caos, y de a poco lo fue haciendo. Resultado: me convertí en un súper empresario cultural [risas]. Recibí una institución desfalleciente y nueve años más tarde, después de haber sido re electo dos veces por unanimidad y aclamación, entregué a mi sucesor una

CLACSO floreciente. Los doce apóstoles iniciales se convirtieron en un equipo de unas setenta personas, todas en relación formal de dependencia, prestigiada, con muchos recursos, con presencia en toda Latinoamérica y el Caribe, con un fondo editorial impresionante, un campus virtual que era un violín y que fue uno de los pioneros en esta materia a nivel latinoamericano, más de doscientos centros asociados (eran poco más de veinte cuando asumí el cargo), una oficina en Sao Paulo para colaborar en el intercambio cultural a través de la frontera lingüística hispano-portuguesa con publicaciones en portugués y, *last but not least*, con una estrecha vinculación con los movimientos sociales dela región al sacar a las ciencias sociales del encierro académico. La verdad es que, mirando aquello en perspectiva, los logros fueron notables. También en el terreno personal. En el 2002 constituí una nueva pareja con Andrea Vlahusic y en mayo de ese 2006, pocos meses antes de la Asamblea de Rio –en la cual yo terminaría formalmente mi mandato en medio de una ovación y aplausos interminables– había nacido Sophia Luna, mi más reciente –y definitiva y final, ¡que quede claro!– contribución a la población de este agobiado planeta. Y tal como también ocurriera con los hijos de mis dos anteriores parejas, su venida a este mundo fue un tónico impresionante que me llenó de energías para transitar lo que, en esos momentos, y habiendo cumplido ya sesenta y tres años, parecía que iba a ser el momento en que me llamara a sosiego y pondría fin a mi hiperactivismo. Sucedió todo lo contrario, y ese impulso de luchadura hasta el día de hoy, y espero, que me acompañe hasta el momento en que exhale mi último suspiro.

A. M. *¿Qué pasó con EURAL?*

A. B. Al irme a CLACSO y enfrentar este inmenso desafío, no pudo sobrevivir. Fue una lástima, pero cumplió su ciclo con dignidad. Porque si yo iba a presentar solicitudes de *grants* y subsidios no podía pedirlo para CLACSO y también para el EURAL. Mi compromiso fue que tenía que evitar el derrumbe de CLACSO.

De modo que canalicé todos mis esfuerzos en este nuevo desafío. Cuando llegué había algo así como veinte o veintidós centros afiliados y que pagaban la cuota anual, y entonces, me puse muy firme y dije: «si no pagan no van a ser parte de CLACSO», porque yo sabía que eran centros que disponían de muchos recursos. Por ejemplo, a mí El Colegio de México, o el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM o FLACSO /México no me podían decir que no tenían como pagar mil dólares al año. Lo mismo con varios otros centros de la región. Y mandé una circular «estamos relanzando CLACSO», etc., etc. Al principio nadie creía en eso, pero al poco tiempo al lograr que los centros volvieran a abonar su cuota anual y poner nuevamente en marcha los Grupos de Trabajo, organizar nuevos concursos de becas para investigadores jóvenes y también para los *senior*, convocar numerosas reuniones, publicar las ponencias y enviar gratuitamente a todos los centros asociados los libros de CLACSO, las cosas comenzaron a cambiar. En fin, al cabo de un año ya había unos cincuenta centros que habían regularizado su situación y aportaban cincuenta mil dólares al año. Con eso yo podía ir a una fundación pública sueca o noruega, las únicas que me recibían, y pedirle un subsidio diciéndoles: «miren, ya tengo cincuenta mil dólares y voy a tener más fondos propios. Pero no me alcanza. Concédanme una donación para un programa de dos años para financiar a investigadores jóvenes de América Latina, convenientemente tutoreados por investigadores *senior* y con publicaciones garantizadas», y respondieron con generosidad. Eran trámites muy complicados, lentos y tenían múltiples controles y auditorías periódicas, lo cual insumía mucho tiempo. Pero, al garantizar la transparencia en el manejo de esos dineros, se facilitaba la llegada de fondos frescos de otras agencias. Además, hicimos una política muy activa de incorporación de centros de investigación y programas de enseñanza. Fuimos a buscarlos en países, como Colombia o Brasil, que CLACSO no había atendido adecuadamente; también, encaramos temas novedosos: género, medio ambiente, jóvenes, movimientos sociales, pueblos

originarios. Nos abrimos a los movimientos sociales y los sindicatos, incorporamos los institutos de investigación de unos y otros y sacamos a las ciencias sociales de los claustros universitarios. Nos involucramos de lleno en la lucha contra el neoliberalismo, fuimos actores importantes en el Foro Social Mundial de Porto Alegre, trajimos a Evo Morales a Buenos Aires cuando era un ignoto dirigente cocalero de Bolivia, incorporamos a los centros cubanos eximiéndolos del pago de la cuota anual mientras durase el bloqueo, lo cual se tradujo en un fuerte impulso para las ciencias sociales en la isla. En fin, hablar de esos nueve años de vértigo en CLACSO daría como para escribir un libro entero. Acompañamos desde sus comienzos al «ciclo progresista latinoamericano», ¡nada menos! Colaborando en la consolidación de Chávez una vez derrotado el golpe del 11 abril del 2002 y apoyando su campaña en el referendo revocatorio del 2004; o la de Evo para las presidenciales de diciembre del 2005 y la de Rafael Correa en el 2006. A medida que iba estabilizando la situación económica pude armar un equipo con gente muy capacitada y de mi total confianza, que se «mataría» por sacar adelante el proyecto.

Incorporé a Emilio Taddei como Secretario Académico, que vino de Francia luego de haber realizado un doctorado en ese país y que me secundó durante todo mi mandato con responsabilidad profesional y lealtad. Él tuvo a su cargo nada menos que la gestión del Programa de Grupos de Trabajo de CLACSO dando cumplimiento a las orientaciones fijadas por el Comité Directivo y aportó valiosas ideas para la creación de nuevos programas académicos. Sumé también a José Seoane y Clara Algranati para crear el Observatorio Social de América Latina, el OSAL, que hacía un monitoreo día a día de la evolución de los conflictos sociales y las luchas de los movimientos sociales en Latinoamérica y el Caribe en momentos en que crecía la resistencia a las políticas neoliberales. Este programa publicaba tres ejemplares por año con la cronología de esos conflictos país por país y día por día. En total creo que fueron veintisiete o veintiocho gruesos volúmenes. Desgraciadamente cuando vino mi sucesor, Emir Sader, ese

programa fue discontinuado, al igual que se produjo el increíble cierre de la oficina deCLACSO en São Paulo.

Cumpliendo a rajatabla el compromiso que asumí ante el Comité Directivo al inicio de mi mandato, todas y todos las / los integrantes del equipo de la Secretaría Ejecutiva que venían trabajando desde hacía muchos años permaneció en funciones. Sus sueldos fueron jerarquizados y aseguré su estabilidad laboral con el objetivo de fortalecer y ampliar el programa de becas, la red electrónica y el Campus Virtual, el programa de publicaciones que experimentó una importante e inédita expansión durante mi gestión. En relación a este programa la incorporación de Marcelo Rodríguez e Ivana Brighenti resultó decisiva para la consolidación del mismo y su expansión regional potenciando la labor que venía haciendo Jorge Fraga en este terreno y al cual más tarde se incorporaría Miguel Santángelo. Por otra parte, creamos también el programa de Comunicación Audiovisual, que estuvo a cargo de Liliana Demirdjian. Dominique Babini y Catalina Saugy dieron continuidad y consolidaron la Biblioteca Virtual junto a Florencia Vergara Rossi. Bettina Levy siguió al frente del Programa de Becas mientras Gabriela Amenta y Gustavo Navarro se ocupaban de acelerar el desarrollo del Campus Virtual y la red electrónica respectivamente. Inés Gómez comenzó a manejar el cada día más importante área de administración. Tiempo después incorporé a Alberto Cimadamore, politólogo pero abogado de origen, para ayudar a Ulises Gorini a resolver la infernal maraña de asuntos legales e institucionales pendientes desde muchos años. Completamente sobrepasado por tantos temas sin resolver Alberto me solicitó la incorporación de un colaborador para su misión. Entrevistó a varios candidatos y finalmente incorporó a una estudiante avanzada de Derecho, Andrea Vlahusic, quien, una vez graduada, quedó a cargo de esa oficina. Al cabo de un tiempo la institución estaba completamente ordenada en lo académico, financiero e institucional, con nuevas incorporaciones en el área académica, como Rodolfo Gómez, Sabrina González, Natalia Gianatelli, mientras

Javier Amadeo y Gonzalo Rojas asumían la tarea de organizar la oficina de publicaciones de CLACSO en Sao Paulo.

En otras palabras, armamos un equipo de trabajo de lujo, con gente jugadísima en el proyecto. Segundo, cambiamos por completo la orientación de CLACSO, alejándonos del academicismo anterior, de su flirteo con los organismos internacionales y estableciendo, en cambio, una estrecha vinculación con los movimientos sociales y los partidos políticos de izquierda en América Latina. Revitalizamos los Grupos de Trabajo, potenciamos Concursos de Becas para jóvenes investigadores y aproveché muy bien el «viento de cola» del periodo inaugurado con el ascenso de Chávez en Venezuela, un año más tarde. Pese a las duras críticas de muchos colegas de la izquierda latinoamericana, y también del resto de la región, y mis propios reparos iniciales, CLACSO sintonizó inmediatamente con el gobierno de Hugo Chávez –ya te contaré algo sobre mis «reparos iniciales» sobre Chávez– y por extensión con las nuevas realidades de América Latina. Nos metimos activamente en ese nuevo clima y esas nuevas batallas y colaboramos activamente con el Foro Social de Porto Alegre desde su creación, en el 2001. Fuimos con toda la batería al Foro, participando, llevando los libros, invitando investigadores, organizando eventos, apoyando todas las luchas y de alguna manera nos insertamos muy fuertemente en toda esta ola de izquierda y progresista que hubo en América Latina. Apoyamos a Evo, a Lula, a Correa, a Chávez, a Fidel, a los *Sem Terra* de Brasil, a la lucha de los movimientos sociales contra el ALCA y al hundimiento de este proyecto en noviembre del 2005 en Mar del Plata, al kirchnerismo, aunque este nunca dejó de mirarnos con desconfianza y jamás canalizó recurso alguno para facilitar las actividades de CLACSO. Creo que estos logros político-intelectuales son más importantes inclusive que la labor crítica e innovadora realizada en el ámbito estrictamente académico.

También tradujimos las obras de autores hispanoparlantes al portugués y, como te dije, abrimos en Brasil un programa de publicaciones muy activo. Hay una anécdota muy interesante: en

el 2006 yo termino mi mandato y en la Asamblea que se hizo en Cuba, enoctubre del 2003, se confirmó que aquella era mi última posible reelección. La asamblea tenía también reuniones acotadas de algunos de los Grupos de Trabajo, otras de carácter administrativo general con los directores de los centros miembros, pero por las tardes, las cinco tardes desde el lunes 20 al viernes 24 de octubre, había conferencias plenarias con algunos de los grandes nombres de las ciencias sociales de la época: Samir Amin, Perry Anderson, Noam Chomsky, Robert Dahl, Francisco *Chico* de Oliveira, Armando Hart, François Houtart, Pablo González Casanova y tantos otros. Y allí, en primera fila, estaba Fidel, tomando notas, haciendo algunas preguntas y preparando su gran discurso de clausura que se incorporó al libro *Nueva Hegemonía Mundial*. Pero cuando laasamblea tuvo que tratar mi re reelección –y de la asamblea sólo participaban las directoras y los directores, por lo tanto, Fidel no podía asistir–, él se las ingenió para que algunos directores de centros-miembro de su confianza lo tuvieran al tanto de cómo venía mi elección. Es más, les había dicho a algunos que había que reformar el estatuto de CLACSO para posibilitar mi reelección indefinida, porque si un secretario ha funcionado bien y es apoyado por una amplia mayoría, ¿por qué acotar su mandato? Y que si lo hace mal que la siguiente asamblea lo destituya y lo cambie por otro. Pero cambiar porque sí no le parecía, no quería saber nada de que yo abandonara CLACSO. Cuando se enteró de que fui reelecto memandó un abrazo, una felicitación, pero también, me dijo que había sido una lástima que no se hubiese reformado el estatuto, que yo había hecho una gran obra, pero ¿quién garantizaba que esa obra continuaría? ¿quién te sucedería y que haría? Y bien, después pasó lo que pasó y Fidel, como siempre, con su sabiduría vio venir las cosas mucho antes de que sucedieran. Una vez más la historia se puso de su lado. Cómo te decía, CLACSO apoyó a Chávez paracombatir el golpe del 2002, el paro petrolero que le siguió y también apoyándolo en el crítico referendo revocatorio del 2004. Nos jugamos a fondo, convocamos seminarios, estudios especiales en Venezuela

para apoyar la continuidad de Chávez, el rechazo al revocatorio, y todo eso, en medio de los insultos de los escuálidos y de la derecha incrustada en la academia que estuvieron siempre en contra de Chávez. También la izquierda trotska, incurable en sus desvaríos frente a los duros desafíos de la historia y las realidades del imperialismo, no cesaba en sus diatribas en contra de CLACSO y de mi persona. Algo que tampoco nos perdonó la derecha fue la creación de un programa, el Sur/Sur, concebido para potenciar los lazos de cooperación y aprendizaje recíproco entre América Latina, Asia y África. Era, en síntesis, una expresión académica de la gran idea lanzada por Fidel a mediados de los sesentas: la Tricontinental, que justamente procuraba coordinar los esfuerzos de las luchas por la liberación nacional en los tres continentes. Al terminar mi mandato dejé una institución con un presupuesto más que suficiente para un par de años, una notable producción editorial, un programa de publicaciones en Brasil, en lengua portuguesa para tener diálogo con los colegas de allí que no conocen los materiales nuestros. En Brasil no encontrás un libro en castellano, no ves un canal de televisión en castellano, no llegan los diarios de países hispanoparlantes. Brasil, peor que Colombia, es un país blindado por su clase dominante empeñada desde siempre en separarlo del resto de Latinoamérica. Y rompimos ese blindaje metiéndonos desde adentro, publicando en portugués las cosas nuestras y traduciendo algunas de ellos al castellano. Ese programa (al igual que el crucial programa Sur/Sur) terminó abruptamente cuando mi sucesor, de modo inconsulto, ordenó poner fin al mismo y vender los libros que teníamos en nuestra oficina en Sao Paulo como papel viejo. Hacia el final del mandato de Pablo Gentili, que sucedió a Sader en el cargo, recibí varias invitaciones para retomar contacto con CLACSO, cosa que hice con mucho gusto y debo decir que en la actualidad tengo óptimas relaciones con la institución y con su Secretaria Ejecutiva, Karina Batthyány. Tanto es así que fui gratamente sorprendido cuando me informaron que querían publicar una Antología con parte de mi producción a lo largo de cincuenta años, cosa que se materializó en el 2020 en

un grueso volumen llamado *Atilio Boron. Bitácora de un navegante. Teoría política y bitácora de la historia latinoamericana*. La verdad es que me hizo muy feliz ese postrero reconocimiento. Estuve en CLACSO hasta 2006, nueve años completos, y fui el único secretario que fue reelecto dos veces, y siempre por unanimidad y aclamación. Sería un mentiroso si no dijera que estoy orgulloso de eso.

A. M. *¿De CLACSO fuiste al Centro Cultural de la Cooperación?*

A. B. Sí, pero previamente me tomé unos meses de relativo descanso. De a poco fui recuperando el ritmo: cuando comenzaron las clases en marzo yo ya estaba en carrera otra vez, habiendo retomado mi investigación y listo para continuar con mi vida académica. Tal como te decía más arriba mi vinculación con el CCC (que en noviembre del 2022 cumple 20 años de fecunda actividad) comienza desde finales de la década de los noventas, cuando se empieza a gestar la idea por inspiración de Floreal Gorini que desde siempre le había asignado una importancia decisiva a la batalla cultural. Participé en las discusiones iniciales que condujeron a la creación del CCC, aún antes de que le pusiéramos ese nombre. Nos reuníamos periódicamente en unas oficinas que habían sido del banco Credicoop en la calle Maipú, casi Diagonal Norte. Allí examinamos en detalle el proyecto académico, la organización interna, los departamentos y programas y también las diversas propuestas arquitectónicas para construir el edificio del CCC. Eso comenzó mientras yo todavía era secretario ejecutivo de CLACSO, pero Floreal me había dicho que cuando terminase mi mandato tenía que ir a darle una mano allá, que la experiencia adquirida primero como vicerrector de la UBA y luego como Secretario Ejecutivo de CLACSO tenía que ser aprovechada por el CCC y que eso no podía desperdiciarse. Recuerdo en relación con el tema del edificio que cuando se presentó el proyecto y la maqueta yo dije que me gustaba, pero que nos iba a quedar chico; también

dije que quería que los arquitectos vieran la manera de vincular el patio interior con el resto de la planta baja, para aprovechar un hermoso pulmón de manzana que tenemos en pleno centro de Buenos Aires. Logré lo que pocas veces sucedía en esas reuniones: ¡un consenso unánime en mi contra, porque todos estuvieron en desacuerdo con mi apreciación acerca de la insuficiencia del espacio que tendríamos en el edificio!, mientras que unos pocos apoyaron, sin éxito porque no se concretó, mi idea de hacer de nuestro patio interior un lugar apto para espectáculos en el verano. La historia «me absolvió» porque creo que no pasaron cinco años desde la inauguración de nuestra bella sede para que el Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos (IMFC) tuviera que salir a buscar un edificio cercano porque el que habíamos inaugurado con tanto entusiasmo y cortando la calle Corrientes al atardecer de un 22 de noviembre del 2002 ¡no nos alcanzaba! En fin, más allá de esta anécdota lo cierto es que a partir de abril del 2007 me incorporé al CCC poniendo en marcha diversos programas y actividades, el más conocido es el PLED, el Programa Latinoamericano de Educación a Distancia en Ciencias Sociales.

A. M. *Pero siempre manteniendo la docencia en la UBA, ¿verdad?*

A. B. Sí, porque yo había ganado las dos materias por concurso, aunque con el paso del tiempo ya no iba a todas las clases personalmente porque tenía un equipo de colaboradores que había estado acompañándome durante más de veinte años, y era hora de que asumieran mayores responsabilidades en el dictado de las materias.

A. M. *Surge entonces el PLED, el Programa Latinoamericano de Educación a Distancia en Ciencias Sociales.*

A. B. Claro. Cuando me incorporo al CCC trato de poner en marcha lo que había concebido en CLACSO: potenciar las posibilidades que los nuevos desarrollos informáticos ofrecían para

librar la batalla de ideas y llegar a un público masivo, ojalá que popular, seguramente que militante. Esa es una vieja obsesión que mantengo intacta al día de hoy. Me acondicionan una pequeña oficina y me asignan una persona para trabajar conmigo en la organización de varios cursos a distancia. Al principio hicimos tres cursos enteramente gratuitos, en el cual se inscribieron casi mil alumnos en cada uno: «La economía mundial y el imperialismo», a cargo de un equipo internacional de profesores del PLED, entre los que se incluían contribuciones escritas de Noam Chomsky, Theotonio dos Santos, Leo Panitch, Pierre Salama, Eric Toussaint, Luis Suárez Salazar, Alicia Girón y Doménico Losurdo entre otros; «Coyuntura política y luchas emancipatorias en América Latina», con textos de Jaime Caicedo, Orlando Caputo, Osvaldo Martínez, Martha Harneceker, Ana María Larrea, Ricardo Antúnes y Guillermo Castro; y «Problemas fundamentales de la teoría marxista a comienzos del siglo XXI» con clases desgravadas de Perry Anderson, Atilio Boron, Javier Amadeo, Eduardo Grüner. Y aparte de estos cursos gratuitos, ofrecíamos también otros, a cargo de uno o dos docentes, pero arancelados porque las instrucciones eran que el PLED debía autofinanciarse. Tuvimos un buen arranque, y en el 2009 ya teníamos acuerdos de colaboración y co-titulación con la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y la Universidad Federal de Río de Janeiro.

El programa funcionó bastante bien, hubo varios cursos con alumnos que pagaron, pero la estructura requerida para sostener este gran esfuerzo era insuficiente, y los ingresos no alcanzaban a cubrir los costos. Así que lentamente algunos cursos fueron redireccionados para ser impartidos por el IDELCOOP para los miembros del movimiento cooperativo y el resto fue mantenido por un tiempo.

No obstante, debo decirte a propósito del tema del campus virtual, que a mediados del año 2015 recibí una invitación para dictarun curso sobre la problemática sociopolítica latinoamericana en el Ciclo de Complementación Curricular del Departamento

de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Avellaneda, laUNDAV. Acepté gustoso por múltiples razones. Primero, porqueenseñar y discutir con un nuevo alumnado integrado por profesores de historia de las escuelas secundarias del conurbano bonaerense me pareció una oportunidad soñada para «latinoamericanizar» la conciencia de los jóvenes de la zona. Y mis alumnos en laUNDAV estaban en condiciones, por estar al frente del aula, de avanzar en esa dirección, de hacer que los estudiantes secundariosaprendan a ver y comprender a la Argentina en al marco de Nuestra América. De modo que, pese al esfuerzo adicional que esto implicaba, acepté más que gustoso la invitación. Pero, además, había una segunda razón: los gobiernos kirchneristas habían hecho un gran esfuerzo para crear universidades en los distritos del Gran Buenos Aires, loable iniciativa que fue combatida y ridiculizada por la derecha, haciendo gala de un odio y desprecio clasistas que aún hoy me sublevan. Quería tomar parte de ese proyecto y la UNDAV me ofreció una oportunidad extraordinaria. Máxime cuando dos años más tarde, en 2017, el decano del departamento, Rodolfo Hamawi, me dijo que quería hacer algunos cambios en el programa del ciclo, y, me ofreció la dirección del mismo. Tardé en responderle, pero finalmente las dos consideraciones precedentes unidas a la posibilidad de rediseñar los contenidos del ciclo y ampliar y renovar el plantel docente fueron una tentación que probó ser irresistible y desde entonces la UNDAV se convirtió, junto al Centro Cultural de la Cooperación, en uno de los dos pilares sobre los que reposa toda mi actividad académica. Y debo decirte, además, que siento una gran satisfacción de ser parte de una universidad enclavada en uno de los distritos de cuyas fábricas –muchísimas abandonadas después de casi medio siglo de políticas neoliberales– salieron gran parte de los contingentes obreros que dieron origen al gran hecho de masas de la política argentina del siglo XX: el 17 deoctubre de 1945.

A. M. *Llegado este punto, casi en la actualidad, quisiera retomar el tema de tu militancia política. Por lo que conversamos comenzasteen Democracia Avanzada, orgánicamente.*

A. B. Sí, el Frente por la Democracia Avanzada fue más que una experiencia notable en términos políticos; también lo fue en términos sociales si se tiene en cuenta que allí se nucleó ese grupo de intelectuales de alto calibre ya mencionado. Proveníamos de los más diversos ámbitos: muchos «progres» independientes, muchos «ex», como te dije, y alguna que otra gente sin partido o con unamilitancia no orgánica pero igual muy comprometida. En mi caso, como te dije, sin ser un militante orgánico estuve muy cerca delPartido Comunista chileno, tanto cuando vivía en ese país como en el exilio mexicano. Y, por supuesto, en este último país con camaradas de los Partido Comunista de México, Cuba y Uruguay, principalmente. También colaboré estrechamente con los sandinistas ylos farabundos de El Salvador.

A. M. *¿Qué balance sacás de esa experiencia en términos políticoformativos para vos?*

A. B. Fue una experiencia muy positiva, muy rica. Yo siempre había tenido algún tipo de participación en organizaciones sociales y políticas, pero nunca había sido candidato a diputado. Te conté ya en el pasado los cursos en la CGT que hacía cuando era yo muy joven, vinculado al sindicalismo peronista que era lo único que había en esos años. Después en Chile ya tuve una vinculación, de ningún modo orgánica pero sí muy cercana con el Partido Comunista chileno y también, debo decir, con algunos jóvenes del Partido Socialista. Con todos ellos discutíamos mucho sobre la política antes y después del triunfo de la Unión Popular. Pero no era realmente un orgánico de partido alguno sino, antes que nada, un académico, un observador de la vida política, muy cuidadoso y objetivo, pero de ninguna manera neutro: tomé siempre partido por el socialismo y el antiimperialismo. En Estados Unidos tuve cero participaciones,

por supuesto, salvo en movimientos de solidaridad con Chile después del golpe y de Argentina, ya cuando estaba a punto de obtener mi doctorado. En México estuve muy involucrado con diversas expresiones nacionales del exilio latinoamericano. Regreso a la Argentina, en febrero del año 1984, y como te dije, fue una llegada muy complicada, muy traumática porque vine con muy pocos recursos y sin conseguir trabajo, pese a que, como dije antes, yo había conocido en México a muchos de quienes luego estarían en la primera fila del gobierno radical. Cuando Chile se cerró con la dictadura de Pinochet pensé en volver a la Argentina. Fijate que me apresuré para terminar la redacción de mi tesis que entregué, y no por casualidad, el 26 de julio de 1976. Esa es la fecha finalización de la redacción de la tesis y ya estaba listo para partir, pero ¿adónde? No podía volver a la Argentina después del 24 de marzo. Recuerdo que le escribí a Guillermo O´Donnell una carta y me respondió que «ni loco se te ocurra volver, es más, yo estoy viendo de salir definitivamente», cosa que efectivamente ocurrió. Entonces, los que nos quedamos afuera; los que habíamos salido en una coyuntura dada (en mi caso la dictadura de Juan C. Onganía) y demoramos largos años el retorno teníamos que salir a apechugar, buscar trabajo, y eso no era nada fácil. Mucha gente que estaba en países extranjeros la pasó muy mal. Hubo por suerte en el caso de México una enorme solidaridad. El Estado mexicano se comportó maravillosamente bien y facilitó mucho la inserción laboral de los exiliados; pero, quienes de nosotros estábamos en Estados Unidos cuando se produjo el golpe quedamos «en manos del mercado», porque las becas no eran eternas, y en mi caso, ya habían concluido, y con ellas también la visa. Yo tuve que salir a buscar trabajo, desesperadamente Decí que ya había hecho una tesis que estaba muy bien conceptuada y que Harvard era un nombre que abría muchas puertas, y no me resultó muy difícil conseguir trabajo. Pero otra gente no conseguía nada. Al regresar a la Argentina y encontrarme con aquella «grieta» entre los que se quedaron y los que se fueron fue un golpe muy

duro, muy desalentador. Tiempo después Germani me contó que a él le ocurrió lo mismo cuando abandonó Harvard y se regresó a Italia. Allá, siendo una eminencia en el plano internacional, lo nombraron *Incaricato* (encargado) en la *Università degli Studi di Napoli*, un cargo de bajo nivel en la jerarquía académica italiana, y más encima en una universidad que no figuraba en la primera línea del país. Él había retornado a la ciudad donde nació, Roma, y en la que moriría en 1979, pero los últimos años de su vida los pasó viajando entre Roma y Napoles y, me atrevería a decir, ninguneado por la comunidad académica italiana.

Tropecé también con algunos espíritus mezquinos cuyo discurso era algo así como: «bueno, volviste, pero ahora nos toca a nosotros; vos la pasaste muy bien en el exterior», curiosamente algunos de ellos también habían estado en el exterior, pero llegaron «oportunamente», previendo el triunfo de Alfonsín, y se acomodaron muy confortablemente en el Estado. Otros, en cambio, se habían quedado acá. Repito que mi gran decepción fue la Cancillería argentina porque por mis estudios, mis conocimientos de tantos países y mi conocimiento de varias lenguas yo podría haber hecho un aporte, pequeño, pero no insignificante, a la capacidad de análisis del Ministerio. Lo digo sin falsa modestia porque, la verdad, algunos altos funcionarios y asesores de «La Casa» tenían (y siguen teniendo, salvo contadas excepciones) un nivel de formación muy bajo. Una elite muy bien remunerada, muy por encima de las otras ramas de la administración pública, forjada por la dictadura, con una formación muy endeble y un talante colonial y reaccionario y, para colmo, de poco espesor intelectual. Porque vos podés tener un Brzezinski, muy reaccionario, pero es inteligente y bien informado. Pero acá los que había –y todavía hay– eran unos aparatos impresentables, con unas muy pocas excepciones. Una segunda línea que no tenía idea de lo que pasaba en el mundo, con una formación muy deficiente como diplomáticos, y aún peor como analistas de las cuestiones internacionales. En ese marco creo humildemente que yo podría haber sido de ayu-

da. Por ejemplo, con alguna asesoría o haciéndome cargo de la formación de nuevos diplomáticos en el ISEN, Instituto del Servicio Exterior de la Nación. O en algunas de los departamentos que atienden asuntos regionales, por ejemplo, Latinoamérica o Europa. Yo había estudiado mucho la historia europea y su realidad contemporánea, no te digo toda Europa, no me preguntes de Polonia o Finlandia, pero de Italia, Francia, Gran Bretaña, Inglaterra, Alemania, Rusia más o menos había hecho un estudio muy sistemático inspirado por Barrington Moore que fue el profesor que, además de Gino Germani, me impulsó para estudiar la experiencia europea. Y no sólo por un afán enciclopedista, sino porque hasta hace pocas décadas la teoría social y la teoría política eran un reflejo de las vicisitudes históricas de los europeos. Además, leía y hablaba varios idiomas que me habrían facilitado conseguir trabajo en la Cancillería.

Otro ejemplo: Alfonsín creó el Consejo para la Consolidación de la Democracia[58], al que no me invitaron nunca, creo

[58] El Consejo para la Consolidación de la Democracia fue un órgano asesor del expresidente de la República Argentina, Raúl Alfonsín, que funcionó desde su creación en 1985 por decreto presidencial de Alfonsín hasta su disolución en 1989, días antes de la asunción de la presidencia por Carlos Saúl Menem. Sus miembros fueron Oscar Albrieu (justicialista), José Antonio Allende (demócrata cristiano), Ismael Amit (Movimiento Federalista Pampeano), Leopoldo Bravo (bloquismo), Genaro Carrió (constitucionalista), Raúl Dellepiane (socialista), Guillermo Estévez Boero (socialista), René Favaloro (cardiólogo), Ricardo Flouret (militar), Enrique Nosiglia (radical), Julio H. G. Olivera (economista), Emma Pérez Ferreira (físico-matemática), Oscar Puiggrós, Ángel F. Robledo (justicialista) Fernando Storni (sacerdote católico), Jorge A. Taiana (justicialista), Alfredo Vítolo (desarrollista), María Elena Walsh (artista) y Emilio Weinschelbaum (derechos humanos). El Consejo fue coordinado por el filósofo y jurista Carlos Santiago Nino, quien contaba con un equipo de colaboradores y asesores jóvenes, que incluía a Gabriel Bouzat, Daniel Sabsay, Marcelo Alegre, Marcela Rodríguez, Roberto Gargarella, Miguel Ángel De Dios, Marcela Gianzone, Jorge Mayer, Javier Sarán, etc. Entre los asesores de los miembros del Consejo se encontraban Julio Lotes, Alberto José Robles, Marta Ferreyra, entre otros.

te conté, y jamás me dejaron poner un pie allí, aunque sea para escuchar las reflexiones del mandarinato alfonsinista. Una de las primeras actividades del Consejo fue publicar un libro sobre el famoso discurso que en 1985 Alfonsín pronunciara en una reunión de su partido en Parque Norte. Fue una pieza programática en donde se definían los ejes de su gestión gubernamental. El Consejo quiso reproducir y difundir ese discurso – sin duda documento muy importante –, y recabaron una serie de comentarios sobre el mismo. A mediados de 1986, próximos a cerrar la publicación del libro, caen en la cuenta que la totalidad de los autores invitados a opinar sobre el discurso de Alfonsín eran partidarios incondicionales del líder radical, o admiradores totales, y no había un solo texto medianamente crítico. De apuro me contactó Luis Aznar, que tenía a su cargo la compilación de los trabajos, y me urgió a que escribiera un análisis sobre la intervención del presidente. De ahí nació mi artículo *Los dilemas de la modernización y los sujetos de la democracia,* reproducido luego en mi libro *Tras el Búho de Minerva.* En él ofrecía una mirada mucho más realista de los enormes desafíos que implicaba la construcción de una democracia (mejor aún, un capitalismo democrático como yo siempre prefiero decir), en un país como la Argentina. Fue el único *paper* disonante en un coro que rebosaba en elogios a la gestión de Alfonsín, que sin dudas tenía méritos, pero también falencias producto de una visión excesivamente optimista, por momentos ingenua, de los actores políticos y de los poderes fácticos que mandan en la Argentina. Su discurso revelaba la presencia de una concepción candorosa de la democracia, obviando la presencia de sujetos con proyectos alternativos o no democráticos, y subestimando el papel de las estructuras capitalistas que obstaculizan el progreso democrático en todo el mundo. Alfonsín reflejaba así el consenso académico dominante, reproducido reproducido sin pausa por los «transitólogos» que en esos tiempos dominaban sin contrapeso la escena de la ciencia política, y que proponían una visión candorosa de un proceso como el de la creación de un orden democrático que, en los pocos países donde se consolidó, fue el remate de una turbulenta historia

pródiga en insurrecciones, guerras, revueltas y represiones y no el colofón de un amable y respetuoso diálogo en el Palacio de la Moncloa o sus equivalentes latinoamericanos. Mi contribución fue un texto breve pero rotundo poniendo el acento sobre los límites que se interponían ante cualquier proyecto de democratizar al capitalismo. El mismo se encuentra reproducido en *Bitácora de un Navegante,* la ya mencionada antología preparada por CLACSO en 2020.

El discurso de Alfonsín, nutrido por las contribuciones de exmarxistas y exmontoneros –estoy hablando de la gente del grupo *Pasado y Presente* y del Club de Cultura Socialista–, exudaba la convicción de que ahora sí se podría no sólo profundizar, sino también consolidar la democracia, algo que aún hoy en 2022 dista de haberse logrado. O lo que se logró y consolidó es lo que en *Tras el Búho* denuncio como una «democracia electoral», el grado inicial y más elemental de una escala de cuatro que culmina con la democracia económica, o sea, el control popular de los grandes recursos y emprendimientos económicos de un país. Porque no se puede hablar de democracia en contextos en los cuales un puñado de monopolios hacen y deshacen a su antojo en las principales ramas de la economía, concentran la riqueza, destruyen el tejido social y devastan al medio ambiente. En ese texto formulaba algunas preguntas muy elementales pero decisivas. Por ejemplo: ¿quiénes son los actores que en la Argentina quieren la democracia y quiénes son los que no la aceptarían jamás? Esto porque en el diagnóstico oficial y el discurso público de los alfonsinistas parecía que no había enemigos de la democracia en Argentina y eso era un absurdo, sobre todo, cuando los militares conspiraban por los juicios; la iglesia por el tema del divorcio; el «campo» y la Sociedad Rural por el control de precios y las «retenciones», lo que originaría la feroz silbatina con que se lo recibió a Alfonsín durante la inauguración de la Exposición Rural el 13 de agosto de 1988; la «embajada» porque lo veía «rojito», sobre todo, después del incidente con Reagan en la Casa Blanca; los empresarios por

sus subsidios y regalías, y el sicariato mediático porque quería arrancarle todo tipo de concesiones para sus negocios. Ante esa ominosa realidad yo preguntaba, con mal disimulada ingenuidad: ¿cómo que una democracia sin enemigos? El libro se publicó en 1986 y ya en 1987 la historia definitivamente me dio la razón cuando se produjo la rebelión carapintada y, al año siguiente, los incidentes en La Rural. Ahí se vio que lo que yo decía no era un delirio, sino que obedecía a un análisis objetivo de la realidad. Y que los demás autores, inteligentes y cultos sin dudas, eran víctimas del espejismo ideológico, o de los espejos deformantes de la socialdemocracia europea potenciada por el academicismo norteamericano.

A. M. *¿En esos años empezaste a escribir en Página/12 también?*

A. B. Ah, eso fue muy interesante. Sí, a *Página/12* llegué de la mano de Jorge Lanata –¡el de aquella época, no el bufón de la derecha que es hoy!–. Comencé a escribir en *Página/12* a los dos meses de que apareciera el diario, y la cosa fue así: asistí al coctel del 14 de julio que, ese año, 1987, ofrecía la Embajada de Francia conmemorando un nuevo aniversario de la Revolución Francesa. A mí me invitaron por mi cargo como director del EURAL. En uno de los suntuosos salones de la embajada me aborda Lanata y me dice «che, leí hace un tiempo una cosa que publicaste en *Le Monde Diplomatique* de México y me pareció muy interesante, ¿no querés escribir para *Página/12*?». «Mirá» –le dije– «salvo esa pieza que escribí, que trataba sobre el significado del triunfo de Alfonsín el 30 de octubre y la primera derrota del peronismo electoral, nunca volví a escribir notas periodísticas». Yo era muy amigo de Gregorio Selser e, inclusive, escribimos un par de cosas juntos. Mientras estaba en su casa, porque allí trabajábamos, yo veía asombrado con qué facilidad escribía sus notas para diversos diarios y revistas. Pero Gregorio era un genio, yo escribía cosas académicas y no estaba seguro de

poder hacerlo para un periódico, es decir, para un público más amplio y respondiendo a la inmediatez de los acontecimientos que debía analizar. Manejaba una terminología especializada, más concebida para la gente que está en el tema, en la profesión, en la academia y así se lo dije a Lanata. Este no se amilanó con mi respuesta y rápido como siempre me dijo: «intentálo»… Me quedé mirándolo no muy convencido y me dijo: «Hacé una cosa. Mandame una nota y yo le digo al «Negro» (el «Negro» era nada menos que José María Pasquini Durán, uno de los grandes maestros del periodismo argentino), que le pegue una mirada y que te la corrija, y si vos estás de acuerdo, la publico». Yo admiraba a Pasquini Durán, ¿cómo no iba a estar de acuerdo? Bueno empecé a mandarle notas por fax y después lo llamaba por teléfono y chequeaba el asunto con él. Un par de veces me dijo «mirá, tal cosa no está clara; esta otra sacala porque te vas del tema». Muy pocas veces me hacía alguna sugerencia de fondo, hasta que un día me dijo: «*say no more,* mandá tus cosas directamente a Jorge». Y así lo hice. Y no dejé de publicar en *Página/12* desde ese entonces. ¡Pasaron 35 años!

A. M. *¿Qué le pasó a Lanata?*

A. B. No sé, y prefiero ni hablar de ello porque es muy revulsivo. Criticó a *Clarín* toda su vida, desde *Página/12*, desde sus programas radiales o televisivos, y aún más cuando recuperó *Crítica de la Argentina,* un diario histórico de la familia Botana y desde ahí pegaba todos los días, todos los días a *Clarín* hasta que supongo alguien le dijo «¿Querés trabajar para nosotros?, te ofrecemos esto, aquello y lo otro». Y listo, se pasó de bando. Él era un joven muy talentoso, por algo hizo *Página/12;* de origen humilde, nunca tuvo un mango, porque lo volcó siempre en su pasión, el periodismo. No me consta, pero parece que «le llegaron al precio», como se dice en México. Era una práctica habitual, aún antes de la «conversión de Lanata». Hay que tener en cuenta que buena parte del sicariato periodístico actual proviene de posiciones de izquierda, incluso algunos de comunismo. Pienso en Alfredo

Leuco, Ricardo Kirchbaum, Julio Blanck, Roa… Conmigo también lo intentaron.

A. M. *¿Cuándo intentaron con vos?*

A. B. Una oferta, la más osada, me la hicieron en 1993. Había sido invitado a un programa de TV (no recuerdo en qué canal), y mientras estaba en la sala de maquillaje, un miembro de la primera línea del equipo de Cavallo que también habían invitado se sienta a mi lado y me dice, textualmente: «Che, Atilio, dejate de joder con todas esas cosas que publicás en *Página/12*, ¿por qué no venís a laburar con nosotros en el ministerio?». Sorprendido lo miro y sigue: «escribí para nosotros, prepará los documentos que quieras, investigá lo que quieras y decinos lo que pensás. Te garantizamos un honorario de diez mil pesos (o sea, en la convertibilidad eran 10 mil dólares) por mes». Y no sólo eso, continuó: «además te designamos para que participes en el Directorio de dos empresas del Estado que cada seis meses reparte unos bonos que son unos cuántos miles de pesos más». Como le dijera Robert Redford a Demi Moore, en otras circunstancias, obvio, aquello era una «propuesta indecente», inquietante, «descojonante» como dirían en España. Pero a mí no se me movió ni un pelo. Puedo ser vulnerable y ceder a algunas tentaciones, menos al influjo del dinero que, tal vez como inconsciente reflejo del cristianismo primitivo de mi juventud, lo considero una invención diabólica [risas] Descreo de ese célebre adagio de Oscar Wilde: «La única manera de librarse de la tentación es ceder ante ella». Por ahí si me ofrecieran la presidencia de Boca Juniors [risas]; o la Dirección de la Biblioteca Nacional; o proponerme la creación de una gran editora estatal (y paro aquí porque no quiero entrar en un terreno «refalósico», como decía la Violeta Parra), tal vez las balas habrían picado cerca. Pero ¿por diez mil dólares al mes más los bonos? *No way*, «¡a chingar a tu madre, cabrón!», dije para mis adentros porque cuando se presentan este tipo de situaciones suelo putear o blasfemar en italiano o en «mexicano». Y ahí quedó la cosa. Nunca me arre-

pentí de haberme mantenido firme, es más, estoy orgulloso de poder contarlo. Volviendo a Oscar Wilde, él, obsesionado con el tema, decía que «puedo resistirlo todo, salvo la tentación». Pero yo la resistí, y el asunto no pasó de una anécdota que recién ahora hago pública. Lo de Lanata es una pena dado que es un tipo muy inteligente y que podría haber sido un gran periodista pero optó por convertirse en un publicista de Clarín, pero su caso está lejos de ser único. Si mirás a los «periodistas estrellas de hoy», hipercríticos de la izquierda, del populismo, de Alberto, de Cristina vas a ver a muchos renegados que hasta hace poco pensaban una cosa y ahora piensan exactamente lo contrario.

A. M. *De hecho, en esos mismos años conocés a Fidel y estrechás vínculos con Cuba, ¿no?*

A. B. Claro ¡me voy exactamente para el otro lado! [risas].

A. M. *¿Cómo es la historia de ese vínculo?*

A. B. Me parece que los cubanos me venían observando desde cuando vivía en Chile y, sobre todo, después de mi radicación en México. Como te dije, en FLACSO/México tuve varios estudiantes cubanos, y entonces, en la isla ya me empezaban a conocer más,sobre todo en el ambiente del Minrex, el ministerio de Relaciones Exteriores. Habían superado la tantas veces mencionada patraña que decía que yo podía ser un agente de la CIA [risas]. Encima yo hablo muy bien inglés, y a menudo, venían gringos o ingleses o gente que no hablaba castellano y lo hacía en inglés y yo era el «traductor por *default*» en muchas reuniones en México y también en la Argentina, y hacía traducción simultánea en reuniones políticas, académicas, todo lo cual alimentaba esas absurdas sospechas en torno a mi persona. El caso es que en 1985 tiene lugar en Cuba la célebre conferencia sobre la deuda externa de América Latina, precipitada por los estragos que la crisis de la deuda estaba haciendo en las economías latinoamericanas. Una deuda eterna e impagable que había estallado en agosto de 1982, y frente a la cual todos los esfuerzos que se habían hecho

para tratar de evitar que se convirtiese en una hipoteca interminable sobre el futuro de América Latina habían fracasado. El único que tuvo una iniciativa audaz fue Alfonsín cuando trató de crear un Club de Deudores para contraponer al, ya existente, Club de Acreedores, del cual ya te hablé. Pero como te dije antes, Alfonsín no tenía interlocutores en ningún gobierno de la región y Fidel, que venía observando y estudiando la situación, decidió organizar una serie de grandes conferencias internacionales para discutir el tema. Creo que fueron dos o tres, no estoy seguro. Hubo una que fue de dirigentes políticos partidarios, y otra para movimientos sociales, estudiantes e intelectuales. En esa conferencia conocí a Lula, por ejemplo, a numerosos sindicalistas y jóvenes de las juventudes políticas. Bien, en esa ocasión fue cuando me vino a ver la gente de la embajada de Cuba al EURAL. Ya me conocían, me habían visitado varias veces cuando armé el EURAL; los había invitado a nuestros seminarios internacionales, y a veces venían a auscultar mi opinión acerca de la política europea, si iban a seguir hostigando a Cuba o no, los posibles cambios en la escena internacionales y cosas así. Lo cierto es que me dijeron que tenían instrucciones de invitarme a ir a Cuba para asistir a esa gran conferencia. Yo tenía unas ganas locas de ir y acepté, por supuesto. Fui junto con uno de mis más estrechos colaboradores en EURAL, Ricardo Domínguez. Ese fue un gran evento realizado entre el 30 de julio y el 4 de agosto de 1985, durante por lo menos ocho horas diarias en el Palacio de las Convenciones de La Habana. Asistieron poco más de 1.200 delegados, con poquísimos miembros de gobiernos de casi todas las repúblicas de América Latina y el Caribe. En esa época, 1985, Cuba era un país que contaba con recursos como para organizar dos o tres mega conferencias de esas dimensiones, con todos los gastos pagos: pasaje, estadía, comidas. Nos reuníamos todos los días; a la mañana en comisiones y a la tarde en la Sala 1 donde invariablemente estaba Fidel, sentado en la primera fila, a veces en el *presidium* según los casos, pero generalmente en la primera fila y tomando nota de cuanto dijeran los expositores. Cada vez que se producía un intervalo

Fidel se quedaba ahí y algunos de nosotros nos acercábamos para conversar con él, o preguntarle cosas; yo no me perdí ni una sóla de esas oportunidades. Lo curioso es que la mayoría salía de lasala a tomar un café, un refresco o para fumar un cigarrillo, lo cual a mí me parecía un desatino incomprensible. ¿Cómo se pueden ir si lo tienen a Fidel a mano, dispuesto a charlar y ávido de conocer la situación en nuestros países? En una sala de 1.500 personas nos quedábamos quince o veinte charlando con él y ahí fue cuando empecé a establecer una primera relación con el Comandante. Hablábamos sobre temas de economía, y, por supuesto, la deuda externa. Pero también, sobre las múltiples facetas del accionar del imperialismo, los efectos de bloqueo sobre la economía cubana, y ya empezaba a hablar sobre el tema del medio ambiente y los efectos del cambio climático.

Revisando viejos documentos encontré este relato de Ted Córdova-Claure, que describe muy bien al evento: «Solamente los gobiernos de Argentina, Bolivia, Ecuador, Guyana, Nicaragua y Panamá enviaron representantes oficiales, pero el nivel de todas las delegaciones era muy destacado. Había expresidentes como López Michelsen de Colombia o Wolfgang Larrazábal de Venezuela, ex primeros ministros como Henk Arron de Surinam o Michael Manley de Jamaica, sacerdotes como los obispos Méndez Arceo de México o López de Lama de Bolivia, generales retirados como Mercado Jarrín del Perú o Líber Seregni de Uruguay, expertos financieros como García Vásquez de Argentina o Díaz Bruzual de Venezuela, dirigentes sindicales como Ignacio da Silva (Lula) o Julio Guillán de Argentina, empresarios como Rafael Tudela de Venezuela o Andrés Pastrana de Colombia; en fin, un interesante muestrario –incluyendo jefes guerrilleros de El Salvador o Guatemala– de los sectores de la opinión pública latinoamericana que no pueden estar aislados en la discusión de la deuda»[59].

[59] «Deuda Externa: La cumbre de La Habana», en *Nueva Sociedad*, n.º 79 septiembre-octubre de 19 85, pp. 19-22.

Yo quedé impresionado por todo lo que Fidel sabía, cómo intervenía en los debates y con qué agudeza; también por su asombrosa memoria con la cual repasaba y reinterpretaba los datos económicos y financieros de numerosos países que apenas había escuchado unos pocos minutos antes. En suma, el nivel de información que tenía ese hombre era una cosa impresionante. Siempre buscaba los detalles finos, no le gustaban las cosas dichas sin apoyatura empírica o expresadas así, al bulto. Siempre iba siempre a lo concreto, a lo bien específico y planteaba preguntas muy atinentes calculando cuánto es lo que se debe en cada país. A ver, Panamá, ¿qué tasa de interés está abonando, cuál es el PIB de Panamá, cuál es la relación deuda/PIB, o deuda/exportaciones? Y así sucesivamente. Además, recordaba todo lo que se había dicho en la sesión, aunque fuese un detalle nimio. Siempre hacía ese tipo de ejercicios aritméticos e invariablemente preguntaba cosas muy interesantes, a casi todos los ponentes, a los que en algunos casos ponía en graves apuros. La impresión que me transmitía Fidel era la de estar frente a un personaje borgeano, una re-encarnación caribeña de «Funes el memorioso». Sólo que, si el uruguayo de Fray Bentos registraba en su prodigiosa memoria todos los colores de cada hoja de un árbol en cada una de las cuatro estaciones, Fidel parecía tener en su cabeza toda la historia y todo el presente de Latinoamérica y el Caribe. Porque sólo pregunta bien quien bien sabe, quien tiene un conocimiento del tema. En pocas palabras: Fidel me deslumbró con su inteligencia y su «pasión por los detalles», tema sobre el cual creo haberte ya dicho algo.

En una de las sesiones de la Conferencia escuché el breve discurso de Lula, a quien jamás había visto personalmente. Cada uno de los oradores, que eran centenas, tenía siete minutos de tiempo para sus intervenciones en las sesiones plenarias. Lula hizo una presentación clara, concreta, exenta de toda retórica, con mucha data y sin caer en gestos para la tribuna. Con su característico vozarrón desgranó su discurso en un portugués clarísimo, comprensible para todos. En aquel momento era dirigente sindical y miembro de un novel partido, fundado unos pocos años antes, en

1980. Pero, tal como ocurriera con tantos líderes, Fidel tempranamente advirtió en él un potencial fuera de lo común que podría llegar a catapultarlo a la presidencia del Brasil. No fue la primera vez que con su visión de águila identificaba futuros caudillos populares. Ni la última, como lo prueba su «descubrimiento» de Chávez en 1994. Hubo mucha gente que habló, y teníamos siete minutos cada uno, rigurosamente controlados. Lula lo hizo justo; Julio Guillán, de Foetra (Telefónicos) de Argentina habló a los gritos, se excedió en el tiempo, citó puras consignas demagógicas y no aportó ni un solo dato. La verdad, me sentí avergonzado de ser argentino. Años después Guillán terminaría siendo el cómplice de Menem en la corrupta privatización de Entel. Fidel de alguna manera se dio cuenta de que aquel no era de fiar, y, durante su gritería, permaneció ensimismado en sus cosas, redactando vaya a saber quién sabe qué pensamientos o haciendo cuáles cálculos en su libreta de anotaciones.

Hay dos pasajes de su discurso de clausura de aquel evento, el 3 de agosto del 1985, que quisiera agregar a estos recuerdos porque ilustran muy bien la forma en que Fidel argumentaba… y convencía. En el primer pasaje Fidel decía: «Me culpan a mí de decir que la deuda es impagable. Bien. La culpa hay que echársela a Pitágoras, a Euclides, a Arquímedes, a Pascal (…) al matemático que ustedes prefieran. Son las teorías de los matemáticos las que demuestran que la deuda es impagable»[60]. Y poco más adelante agregaba: «Un día, sólo por diversión, comencé a hacer cálculos con estas cifras y dije: si uno comienza a contar lo que América Latina tiene que pagar en diez años, dólar por dólar, a razón de un dólar por segundo, ¿cuánto tiempo podría tomar? ¿saben ustedes cuánto podría tomar el pagar los intereses de diez años? Tengo la cifra exacta: 12.860 años. ¿Qué me dicen de eso? Le tomaría a la América Latina 12.860 años el contar lo que se debe por intereses, no por capital, sólo intereses, contando dólar por dólar a

[60] Se puede encontrar en: https://argentina.indymedia.org/2019/08/20/fidel-ladeuda-es-un-cancer-que-se-multiplica/

razón de uno por segundo. Pero entonces me dije: supongamos que alguien dice que eso es una exageración, tener solamente una persona contando lo que se debe pagar. De manera que dije: pongamos cien personas a hacer lacuenta. ¿Saben cuánto demorarían? Tomaría 128 años contar ese dinero que se debe por diez años de intereses, a razón de un dólar por segundo… y eso con el estaño a seis dólares, el cobre a sesenta y dos centavos y el azúcar a menos de tres centavos la libra …»[61].

La delegación argentina, como la de México y Brasil era muy numerosa. Había un nutrido grupo del Partido Comunista, entreellos Jorge Kreyness, y de diversas expresiones de la izquierda. Había gente del socialismo (Alfredo Bravo, por ejemplo), mucha gente de la Coordinadora de la UCR, de la juventud peronista y algunos políticos del campo progresista. Muchos dirigentes sindicales. Aburrían las chicanas y cánticos que se cruzaban los jóvenes de Coordinadora de la UCR y los peronistas, una nota discordante en el clima más bien unitario que flotaba en la conferencia. Estábamosdispersos en varios hoteles. Yo no estaba en el Palco sino en el Tritón, uno de los dos hoteles que los soviéticos habían construido años antes y regularmente nos pasaban a buscar en buses de turismo. Almuerzo y cena eran en el Restaurant Bucán, en el subsuelo del Palacio de Convenciones. Recuerdo que utilicé también con mucho cuidado mis siete minutos en una de las reuniones vespertinas. Por las mañanas nos trenzábamos en discusiones más acotadas a casos particulares. Las que se producían entre los argentinos y argentinas eran lamentables, fieles reflejos de una degradación dela vida pública que tiene raíces muy lejanas. Más que una contraposición de argumentos eran batallas campales entre la soberbia de los radicales, convencidos de que gobernarían por cien años en la Argentina, y la rabia vengativa de los peronistas que no podían digerir que su invencibilidad electoral podría ser cosa del pasado. Fui cada día con la esperanza

[61] Se puede encontrar en: https://static.nuso.org/media/articles/downloads/1310_1.pdf

de asistir a un debate serio, y en cada ocasión a la media hora me marchaba en busca de análisis y discusiones más constructivas, que había muchas.

A. M. *¿Cómo describirías un encuentro con Fidel?*

A. B. A ver… siempre en posesión de la pelota como se dice en el fútbol y, era un 80/20, porque vos le hacías una pregunta y él tenía una enorme cascada de respuestas, notas al pie, acotaciones marginales que enriquecían extraordinariamente el diálogo. Pero te escuchaba y además te preguntaba directamente «¿qué tú piensas de esto?». Entonces uno le daba una respuesta, fundada y concisa, porque tampoco querías aprovechar la situación para descerrajarle una perorata. Pero él tomaba lo que habías dicho, lo examinaba y muy a menudo sacaba conclusiones insólitas, inesperadas que obviamente enriquecían mucho la conversación y abrían nuevos horizontes a tu inquietud original. Es lo más parecido que vi en mi vida al diálogo mayéutico que tanto admiraba Platón en Sócrates. Fue en 1985 cuando se produjeron los primeros encuentros cara a cara. Pero donde empieza la vinculación más cercana con Fidel es a partir de 1998, ya hacia finales del periodo especial.

Desde CLACSO impulsamos una política diferencial hacia los centros de ciencias sociales cubanos eximiéndolos, como te conté, del pago de la cuota anual de membrecía que era de mil dólares. Mientras Cuba tuviera que lidiar contra el bloqueo, los centros cubanos debían estar eximidos de abonar la cuota de CLACSO que antes, tal vez por inercia burocrática, los obligaban a pagar. Por eso aquellos no tenían presencia alguna en CLACSO, y nosotros tampoco la teníamos en la isla. Fidel fue rápidamente informado de este cambio y a partir de entonces comenzamos a tener relaciones más frecuentes. Sobre todo, a partir del 2001 cuando la asamblea de CLACSO en Guadalajara votó realizar su próxima sesión en La Habana y, por otra parte, yo comencé a asistir regularmente a los Encuentros Internacionales de Economistas sobre Globalización y Problemas del Desarrollo, or-

ganizados anualmente por la ANEC, la Asociación Nacional de Economistas y Contadores de Cuba. A partir de ese momento, las vinculaciones fueron muy estrechas y para las cuales fue vital la colaboración que me prestó Roberto Verrier (por entonces presidente de la ANEC), Yolanda Ricardo y Miguel Limia, de la Academia de Ciencias de Cuba, todos mancomunados en el esfuerzo de organizar una gran asamblea y conferencia latinoamericana y caribeña de ciencias sociales en Cuba en 2003.

A. M. *Según conversamos alguna vez Fidel también tuvo que ver en tu afiliación al Partido Comunista argentino, ¿verdad?*

A. B. Sí, aunque yo ya venía teniendo algunos contactos, si bien ocasionales. Por ejemplo, casi al final de su trayectoria DemocraciaAvanzada tenía un vínculo indirecto con el partido a través de Floreal Gorini, que creo era miembro del Comité Central. A Patricio Echegaray lo había visto, conversamos un par de veces y me había impresionado muy bien. Mientras funcionó Democracia Avanzada tuvimos muy buenas relaciones con el PC, con los sectores más progresistas de la Unidad Socialista pero no así con otras organizaciones de izquierda que en general no nos atraían mucho por su sectarismo. No sé muy bien cuándo y por qué alguna gente del Partido Comunista empezó a mostrar un cierto interés por mi obra. Tenía muchos alumnos en mis cursos de Teoría Política en la UBA, y me consta que en ellos había pibes y pibas de la FEDE. Tal vez por ese lado comenzó a gestarse una vinculación. Claro que mis tesis eran un poco indigestas: por ejemplo, combinaba una defensa irrestricta de Cuba y el castrismo y al mismo tiempo negaba la existencia de algo llamado «marxismo-leninismo», engendro que habría enfurecido a Lenin. En fin, yo era un bicho raro, hay que pensar en lo que era el partido en esos años, ¿no? Me tenían desconfianza supongo y los entiendo. Diecisiete años fuera del país eran muchos, y con relaciones muy extrañas: Fidel, por un lado, las fundaciones de Estados Unidos y de Europa por el otro. Y un pensamiento antiimperialista inclaudicable y encima muy productivo, y expuesto

regularmente en las columnas que escribía para *Página/12*. En suma ¡el disfraz ideal para un agente perfecto! [risas]. Pero bueno, de repente publicaban una cosa mía en México, o a veces la levantaban los cubanos y entonces cundía la incertidumbre. Yo era un grano, un forúnculo molestísimo: ¿quién demonios es este tipo?, ¿qué está haciendo?, ¿de dónde viene? El momento que pone fin a toda esta historia de sospechas y desencuentros es el 2003, con ocasión de la asamblea de CLACSO realizada en Cuba.

Creo que no pasó un año de aquel evento cuando Fidel en una de las reuniones que solía tener con él y luego de repasar la situación de los primeros pasos del gobierno de Néstor Kirchner hizo un alto en la conversación y me dijo: «mira Atilio, tengo que decirte algo». Intrigado, asentí con mi cabeza y le dije «bien Comandante, diga usted». Y me empezó a hablar mucho de Patricio, de todas las cosas que había hecho por la Revolución cubana, y me sugirió «que hablara más con él» porque nuestra conversación podría ser de provecho mutuo para ambos. Me dijo: «Patricio es un hombre que ha colaborado muchísimo con nosotros, que ha demostrado una inquebrantable lealtad con la revolución y al cual le he encomendado peligrosas misiones en las que se jugaba la vida, y las aceptó sin chistar. Es un revolucionario integral, y estoy seguro que si tuvieran un diálogo permanente ambos se verían beneficiados». Se llamó a silencio y me clavó la mirada esperando una respuesta inmediata y le respondí con un chiste, como solía cuando podía conversar con él a solas (y se los tomaba muy bien, debo decir). Le dije algo así como «¿y usted Comandante quiere que yo ahora, a esta altura del partido, me declare en rebeldía y desobedezca sus órdenes?», «No, chico, no», me dijo muy serio. «Esto no es una orden. No puedo ocultarte algo que yo veo como conveniente, que puede ser un aporte a un hombre que, como pocos en el exterior, se jugó por la revolución cubana, pero admito que puedo estar equivocado». «No se preocupe, Comandante, si usted lo ve así seguro que está en lo cierto», respondí al toque. Yo ya tengo un muy buen diálogo con Patricio, y al regresar a Buenos Aires me sentaré a tomar un café con él y charlar largo y ver qué podemos hacer juntos». Y me

dijo «Ya tú verás que tenía razón». Y yo, siempre en tren de broma: «Seguro, y la historia también lo absolverá esta vez». Y se echó a reír con ganas. Y a renglón seguido le conté que confiaba ciegamente en sus percepciones porque cuando Chávez vino a la Argentina, luego de salir de la cárcel y, a pesar de los insistentes pedidos de Athos Fava (a la sazón de responsable de Relaciones Internacionales del Partido Comunista) para que lo recibiera yo me negué a hacerlo porque pensé que era un «carapintada» y, además, llegaba a la Argentina secundado por dos impresentables personajes, de un nacionalismo medio fascistoide. Y le confesé a Fidel: «cuando vi que tiempo después usted lo recibía en el aeropuerto al pie del avión, y sobre una alfombra roja, me quise morir y no cesaba de preguntarme qué fue lo que había visto en Chávez. Así que creo que esta vez, también está en lo cierto y, le repito, llegando a Buenos Aires hablaré con Patricio». Y así fue, y terminé años después afiliándome al partido de Hamlet Lima Quintana, Mercedes Sosa, Osvaldo Pugliese, Fanny Edelman, Armando Tejada Gómez, Raúl González Tuñón, Héctor Agosti, el heroico «negrito Avellaneda» y tantos otros. Y fuera de Argentina, el partido de Fidel, de Raúl, del Che, de Lenin, de Gramsci, de Ho Chi Minh, de Mao, de Farabundo Martí, de Arismendi, de Prestes, de Neruda, de Frida Kahlo y Diego Rivera, una lista interminable. En síntesis, fue un consejo hecho con mucha cortesía. No me dijo «anda y afíliate al partido», sino, «mira, él es un hombre que ha trabajado incansablemente con nosotros, con la Revolución cubana, nunca nos ha fallado, y la verdad, que nosotros le debemos muchos favores a Patricio y yo por eso me animo a decirte, si te parece, tú lo decides, pero sería bueno que te acercaras y conversaras con él».

A. M. *Pero te lo dice Fidel [risas].*

A. B. Habló Moisés con las tablas de la ley en su mano [risas], y ahí fue cuando empecé a acercarme más a Patricio. Fidel quedó muy impresionado por la audacia de este al viajar a Colombia cumpliendo delicadas misiones, según me lo dijo en repetidas ocasiones. «Hay mucha gente que admira la Re-

volución cubana pero no son tantos los que están dispuestos a jugarse la vida por nosotros, y Patricio se la jugó, y no sólo una vez», dijo con tono misterioso sin darme un solo detalle más. Tiempo después, cuando se publica el libro de Katiuska Blanco *Fidel Castro Ruz. Guerrillero del Tiempo* le digo «Comandante, disculpe el atrevimiento, pero ¿no nos autorizaría que este libro (dos volúmenes) lo publicara el partido allá en la Argentina?», «Por supuesto», exclamó, «Patricio merece esto y mucho más». Así que ahí mismo hizo mandar los textos a Buenos Aires, y, al poco tiempo, ese libro fue publicado por la editorial Cartago del partido en la Argentina. Fidel estaba profundamente agradecido por la colaboración que Patricio siempre tuvo con la Revolución cubana. La misión que le encomendó Fidel eradigna de un agente 007: internarse en la selva colombiana (no una, sino dos veces) para reunirse con el líder de las FARC. Manuel Marulanda, «Tiro Fijo», y hacerle llegar sendos mensajes. Fue algo extraordinario, una verdadera odisea y, la verdad, no veo quién otro podría haberlo hecho. Para ser más preciso: en América Latina había gentes dispuestas a enfrentar un desafío de esa envergadura porque entusiasmo militante hay de sobra. Pero digo, gente de ese nivel: secretario general de un partido de gravitación regional, con una política cultural y editorial sin parangón en Latinoamérica que asuma la tarea que le encomendó Fidel había sólo uno, y ese era Patricio. Pregúntate cuántos secretarios generales de un Partido Comunista (o de un partido que no fuera comunista, pero de izquierda, pro Revolución cubana) hubieran hecho mismo y, la verdad, no sabría nombrártelos. No encontraría siquiera uno. Y por eso el enorme reconocimiento de Fidel. Entre otras cosas, por eso me pide que me acerque y por supuesto me pongo en contacto con Patricio y a través de él con el partido.

A. M. *¿Y cómo fue el encuentro?*

A. B. Directo con Patricio, con quien ya tenía un cierto diálogo desde hacía un tiempo. Siempre admiré su cultura general, su predisposición a estudiar los problemas con mucho cuidado,

su respeto por la producción teórica, su interés por los grandes debates de nuestra época. Era un dirigente que sobresalía como muy pocos, y no sólo en el contexto argentino. Presumo que ya le había llegado una noticia de que Fidel algo me había dicho [risas]. y no descartaría que este le hubiese hablado directamente a Patricio poniéndolo al tanto de su iniciativa. Era un momento muy complicado en la Argentina: había ocurrido la debacle del 2001-2002; hacía más de diez años que se había derrumbado el muro de Berlín y desintegrado la Unión Soviética, y me acuerdo que el tema de conversación, era la urgencia por redefinir una estrategia nacional y continental de lucha contra el capitalismo. La campaña contra al ALCA adquiría cada vez más fuerza, y las urgencias nos acosaban. Había llegado la hora de librar la gran batalla para frustrar los designios de Washington para todo el nuevo siglo, porque de eso se trataba el ALCA, y concentrar todos los esfuerzos en la movilización y encuadramiento de las latentes energías anticapitalistas. En nuestras sociedades la gente se queja de la explotación de que es objeto, es verdad, pero sin comprender el origen de sus infortunios: es preciso decirles que la causa de su malestar y de sus penurias es un sistema, el capitalista, que los oprime y que es y siempre será impiadoso con ellos. O sea, abocarnos de lleno a la batalla de ideas, fieles al legado Martiano en el cual reiteradamente abrevaba Fidel. Fue así que comenzamos a conversar sobre estos temas periódicamente, y él de a poco me fue contando la historia reciente del partido, lo que fue el XVIº Congreso, la dura empresa de lograr la aceptación del Che como una figura emblemática del Partido, porque para el argentino (como para casi todos los partidos comunistas de Latinoamérica y el Caribe, tributarios de la postura soviética) la del guerrillero era una figura que despertaba sensaciones encontradas y, en algunos casos, de abierto rechazo. A Patricio tanto como a mí nos desvelaba la débil presencia cultural de la izquierda en la Argentina, factor este que explicaba, al menos en parte, su escasa gravitación política y electoral. Acordamos en reunirnos periódicamente, aproximadamente una vez al mes, para repasar los datos

más importantes sobre la coyuntura argentina, latinoamericana y mundial. Nos juntábamos en el restaurant del Centro Navarro, en Moreno casi esquina Colombres, y nos pasábamos tres horas (a veces más) conversando, «intercambiando figuritas» e informaciones muy específicas sobre ciertas facetas de la coyuntura. Al tiempo comencé a cooperar con algunas tareas del partido en el frente cultural e internacional, informándole sobre eventos, aportándole algún que otro dato relevante, contándole lo que veía a partir de miseguimiento obsesivo de la política en Estados Unidos, hasta que, finalmente, en un momento determinado, viste como con esas parejas que ya tienen veinte años de convivencia y, bueno, deciden casarse [risas].

A. M. *Blanquearon la relación.*

A. B. Blanqueamos la situación, pero fue así. Le dije en broma: —«che, ¿dónde se llena el papelito, el formulario?», —«no, no hace falta ninguna formalidad», me dijo Patricio, y seguimos hablando. Y lo le dije: —«Bueno, pero quiero», y así me afilié formalmente al partido. Fue como la confirmación de mi relación con una fuerza política con la que yo ya mantenía muchos vínculos a nivel personal y, en la cual, existía una valoración muy positiva del aporte que la lucha en el plano de la cultura y la ideología hacían en el terreno práctico de la política.

Se comprendió de inmediato que mi actividad partidaria estaría menos ligada a la movilización, organización y encuadramiento de los sectores populares que al combate ideológico que libraba el partido. De hecho, el proyecto al que me involucré directamente fue su centro de estudios y formación marxista, el CEFMA[62].

Para resumir: si Fidel no me lo hubiera pedido igual hubiera cultivado una relación muy fuerte con Patricio y con otros comunistas porque al fin y al cabo yo estaba muy ligado a ese ambiente y,sobre todo, a la política cultural que estaba impulsando el

[62] Se puede encontrar en: www.elcefma.com.ar

Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos a través del Centro Culturalde la Cooperación. Pero lo de Fidel fue decisivo y surgió básicamente por esta gratitud que el Comandante tenía por los servicios que Patricio le había ofrecido a la Revolución, y que lo hizo poniendo su cuerpo que no era lo mismo que escribir un texto que puede ser muy bueno, pero viste, lo haces y tu vida no está en peligro. Patricio no sé si te contó los detalles de esa peripecia que fue llegarhasta Marulanda, cruzando selvas, montes y ríos durante semanas. Sería importante que en algún momento esa historia fuera contada a la militancia del partido. Las vicisitudes por las que atravesó y las anécdotas que me contó son increíbles. Te digo que salvó la vida por lo menos una decena de veces, de milagro, no sé cómo hizo. Y como te dije antes, lo hizo no una sino dos veces. Además de admirarlo por su arrojo, su valentía, debo decir que aprendí mucho de él, de su rica experiencia política e internacional, no sólo acotada a sus misiones en Colombia sino también a su estrecha colaboración con el sandinismo y con Schafik Hándal, el líder del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional de El Salvador.

A. M. *Cuando me hablaste de Democracia Avanzada mencionaste a Lohana Berkins. ¿Qué me podrías contar de ella?*

A. B. Como te conté, la conocí a través de Carlos Jáuregui. Recuerdo que venía al local de DA a reuniones y varias veces nos quedamos conversando. Lohana tenía posiciones muy políticas, y que superaban las especificidades del colectivo travesti. Hacía una lectura del maltrato que padecían en clave más política, pensando en cómo el sistema capitalista también atacaba a otros sectores vulnerables. Era un cuadro político notable, con una conciencia de su situación absolutamente fuera de lo común.

A. M. *Vos se la presentaste a Patricio, según tengo entendido, ¿verdad?*

A. B. Sí, como te dije, yo venía teniendo encuentros regulares con Patricio porque en esos momentos dábamos rienda

suelta a nuestra común pasión por el análisis de las coyunturas políticas nacionales, pero siempre en estrecha articulación con los procesos continentales y mundiales y, por supuesto, procurando que estas reflexiones se constituyeran en correctas «guías para la acción». Fue como producto de su especial sensibilidad ante estas exigencias metodológicas que, en un contexto como el de la desintegración de la Unión Soviética, fue capaz de firmar con otros líderes comunistas nada menos que la llamada «Carta de los 5»[63]. Retomo el hilo: cuando Patricio entra a la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires por el acuerdo con Izquierda Unida en el año 2000 su despacho comenzó a llenarse de referentes políticos y movimientos sociales llevando reclamos y peticiones de todo tipo. Necesitaba alguien que lo ayudara a manejar de modo eficiente, capaz de manejar todos estos pedidos y así me lo hizo saber. Lohana a su vez me había dicho que estaba buscando trabajo, de lo que fuera, y se me ocurrió contactarlos. Le dije a Patricio: «mirá, tengo alguien espectacular para ayudarte con el tema de tu despacho». Le hablé de ella, le dije que era travesti, y se quedó entre sorprendido y pensativo, porque la Legislatura era un ámbito en donde predominaba una cultura institucional muy conservadora. Y entonces, en un gesto enorme, porque había que tener cojones para hacerlo, la contrata en medio de las críticas de los mal llamados «bien pensantes», que echaban a correr toda clase de prejuiciosas habladurías del tipo: «¿cómo?, y ahora, ¿a cuál baño va a ir? O, peor todavía, ¡su lugar es la calle, no la Legislatura!». Va de suyo que su gesto tenía varios significados. Concebirlo como el simple ofrecimiento de empleo a una persona discriminada socialmente sería minimizarlo imperdonablemente. El mensaje político de la designación de Lohana fue visibilizar una problemática que la hipocresía de la dirigencia política y la opinión «bien pensante» del país barría debajo de la alfombra. No creo que sea una exageración afirmar que con Lohana bajo la luz de los reflectores de la Legislatura el movimiento LGTBI

[63] Se trata de la *Carta abierta a las fuerzas revolucionarias y progresistas de América Latina y el Caribe*, publicada en 1990.

adquirió un renovado y decisivo impulso. Convirtió un cargo administrativo en un cargo político, y rápidamente se transformó en asesora directa de Patricio. Lohana tenía ya muchas relaciones con pequeños colectivos LGTBI, estaba en el espacio de lucha por el aborto (que no era la campaña todavía, no me acuerdo cómo se llamaba), y tenía además relación con muchas mujeres del campo de la filosofía, ciencias sociales y humanidades ¡Y tenía un vuelo! Podía entender y entrelazar temáticas aparentemente inconexas como la falta de vivienda en la ciudad, la protesta piquetera y la persecución de las minorías de género con la necesidad de una articulación continental para luchar contra el capitalismo y frenar al imperialismo. Y repito, no había muchos legisladores que tuvieran el pensamiento geoestratégico de Lohana. Dada esta comunidad de intereses, lenguajes y compromisos políticos era sólo cuestión de tiempo para que forjáramos entre los tres una relación política muy profunda y duradera. También de amistad, claro.

A. M. *En todo tu relato, en esta trayectoria intelectual, has prestado mucha atención al Estado. Escribiste mucho sobre el Estado. Ahora, indudablemente por los vínculos que vos tuviste por toda América Latina, una cosa es pensar el Estado y otra cosa es pensar desde el Estado, cuando la idea de la praxis se pone más en movimiento ¿vos sentís que hubo en vos una transformación en la forma de concebir el Estado a partir de esos vínculos?*

A. B. Sin duda. El trato con Fidel –y lo menciono especialmente porque de los líderes revolucionarios o dirigentes políticos fue con quien más hablé de esto–, y además el cercano seguimiento la experiencia de la Cuba socialista y antes, del Chile de Allende, me amplió significativamente las perspectivas de análisis sobre el funcionamiento y el papel del Estado en el capitalismo, y en la transición hacia un pos-capitalismo, cosa que sólo con la cuidadosa lectura de textos sobre la materia difícilmente hubiera podido lograr. Fidel siempre hablaba de las enormes dificultades del funcionamiento del Estado en Cuba. Y Alí Rodríguez Araque,

ese enormevenezolano que refundó la OPEP, dirigió la UNASUR y desempeñó cargos clave en el gobierno de Chávez, siempre decía que el problema número uno que tenía la Revolución bolivariana era que se había instalado en el Estado y que la burguesía había creado Venezuela, que era necesario refundar al Estado desde sus cimientos porque el heredado, aunque estuviera ocupado por las fuerzas chavistas, no serviría para su nueva misión de emancipar a las clases populares de la explotación y la opresión capitalistas. Volviendo a lo que decía Fidel acerca de los problemas del funcionamiento del Estado en Cuba el señalaba, obvio, el papel destructivo y obstructivo del bloqueo norteamericano, pero, inmediatamente, agregaba también problemas y obstáculos propios de la estructura política cubana (o sea, tanto en el Estado como en el Partido Comunista cubano) en donde existe una tendencia al burocratismo, los incentivos para la innovación son escasos e impera una cierta pasividad ante un paternalismo estatal que ocasiona múltiples dificultades. Creo haberte ya relatado que Raúl pensaba lo mismo, ¿verdad? Pero Fidel, una vez planteado este cuadro descarnado y sin complacencia alguna, también decía que hilando más fino se encontraban áreas en las cuales el funcionamiento del Estado cubano era altamente eficiente, sobre todo, teniendo en cuenta las inmensas dificultades que producía el bloqueo. «Toma el caso de la salud», decía, «o de la industria bio tecnológica», que funcionan con un nivel de eficiencia extraordinario, cosa que la pandemia de la COVID-19 ratificó ampliamente. O sea, no hay un cuadro monocromático que describa al Estado cubano, como de cualquier otro país, sino que lo que hay es un lienzo lleno de claroscuros y vistosos contrastes. Áreas o agencias de gran eficiencia combinadas con otras que lo son en mucho menor grado, cuando no abiertamente ineficientes. Esto se ve hoy en Argentina tanto como en Argentina, Brasil y Chile, y también en países desarrollados como Francia, España y el Reino Unido Lo mismo cabe observar, en el caso cubano, en relación con el papel dirigente del partido en distintas provincias del país. Había casos realmente exitosos, decía Fidel, y otros que

no estaban a la altura de los desafíos de la época. Insistía una y otra vez en la necesidad de formar cuadros políticos y empresariales –«empresarios socialistas», dijo– para gestionar eficientemente las empresas del Estado porque estas tenían que ser un modelo, un caso ejemplar y prefiguración, de lo que sería el Estado socialista. Porque la ineficiencia es imperdonable en el socialismo, no sólo porque genera pérdidas, sino que producen el desperdicio de los escasos recursos que tiene el Estado y que son sustraídos a la población. Por lo tanto, la idea de construir una administración pública de excelencia, eficiente, era una constante en sus análisis. Reconocía, sin embargo, que era una tarea de largo aliento y que las urgencias y restricciones que imponía el bloqueo conspiraban en contra de este proyecto, impidiendo que avanzara con la rapidez necesaria.

No está demás agregar en este punto que exactamente la misma preocupación expresó Deng Xiaoping en su proyecto refundacional de la economía china, que giraba sobre un eje principal: la construcción de un estado socialista moderno, eficiente, racional, probo, sin lo cual ninguna meta podía lograrse. En su célebre discurso, de 1978, Deng Xiaoping lo dijo con todas las letras: el Estado en China es un aparato obsoleto, desvencijado, ineficiente y, para colmo, corrupto. Con un estado así, decía, con ese «aparato obsoleto», la imprescindible apertura al capital extranjero requerida para la modernización tecnológica de China condenaría al país al saqueo y pillaje practicado por las grandes corporaciones. Fidel insistía mucho en lo difícil que fueron los primeros momentos de la revolución cuando hubo de tomar las riendas del Estado y había muy poca gente que fuera a la vez revolucionaria y capacitada para hacerlo. La desorganización imperante en esos primeros años era exasperante y exigió ingentes esfuerzos ponerle fin. Un ejemplar combatiente en Sierra Maestra, decía, o un militante en las ciudades, no necesariamente se convierte luego en un eficiente administrador de la revolución.

A. M. *Hacías referencia a la experiencia de Allende en Chile. ¿Qué enseñanzas nos deja en tu opinión?*

A. B. Por otra parte, a mí la experiencia del gobierno de la Unidad Popular me enseñó muchas cosas, aunque yo en ese momento tenía una «caja de herramientas» teórica más elemental, en proceso de elaboración. Era un alumno aplicado, había terminado mi maestría en FLACSO, pero todavía estaba lejos de alcanzar cierta madurez intelectual. De todas maneras, el sólo hecho de estar en Chile en esos años, antes y durante gran parte del gobierno de la Unión Popular fue un manantial de enseñanzas decisivas para mi formación teórica y política en relación a la problemática del Estado. Me di cuenta de muchas cosas, creo habértelo dicho, sintetizadas en la famosa afirmación aquella de Allende diciendo que tenía una administración pública que «atornillaba al revés». Esa me confirmó mis temores, en el sentido de que la mera llegada al gobierno por una fuerza reformista o revolucionaria no significaría que el aparato del Estado pasaría a obedecer sin chistar a las directivas de sus nuevos ocupantes. Por eso Lenin decía que el Estado burgués debía, en un proceso único, ser destruido y reconstruido pero sobre nuevas bases. Crear una estatalidad distinta, congruente con las nuevas políticas de los agentes del cambiol, profundamente democrático, eficaz para impedir, o al menos minimizar, desvíos burocráticos. Es decir, lo que Engels resumía en la vieja palabra alemana *gemeinschaft,* «comunidad». Esto debido a que toda la institucionalidad del Estado capitalista, sus leyes y la «cultura organizacional» de sus cuadros dirigentes y la telaraña normativa que regula su funcionamiento fueron construidas en función de los requerimientos de la acumulación del capital. Cuando una nueva coalición política instala una lógica social, o un metabolismo social diferentes, para usar la expresión de István Mészáros, ese aparato no funciona, o lo hace mal y, probablemente, se vuelva en contra de los «intrusos» que llegaron a ocupar sus puestos de comando y que pretenden que el Estado haga algo distinto para lo cual fue diseñado desde largo tiempo

atrás. En esos momentos se pone de relieve el hiato existente entre el poder en la sociedad capitalista y el aparato estatal (incluyendo por supuesto al gobierno) que o bien se somete a lo que exige el primero, el poder real, o corre el riesgo de ser avasallado yarrasado por él. La experiencia de la Unidad Popular chilena mostró cómo el Estado, concebido y organizado para perpetuar la dominación del capital, se descomponía como un gigantesco caleidoscopio en donde algunos fragmentos se encuadraban en función de las nuevas orientaciones y propuestas del gobierno de Allende mientras que otros, la mayoría, permanecían fieles a los grupos y clases sociales que habían tradicionalmente ejercido la jefatura del Estado y obstaculizaban de mil maneras las iniciativas de la Unidad Popular. Por eso te decía que esos años vividos en Chile me aportaron un aprendizaje decisivo y que, junto a la maduración de mis lecturas de Gramsci y el estudio más detallado de la producción de Marx, Engels, Lenin sobre el tema me posibilitó llegar a una síntesis teórica en relación con el Estado que con el paso de los años demostró ser de utilidad para descifrar los complejos procesos que se desencadenaron en Latinoamérica a comienzos de este siglo. De hecho, lo ocurrido durante el «ciclo progresista latinoamericano» (brillantemente sintetizado en el libro de Katu Arkonada y Paula Klachko) confirmó aquellas convicciones gestadas al calor de la experiencia allendista[64]. Y lo que estamos viendo en la Argentina durante el gobierno de Alberto Fernández adquiere ribetes de escándalo cuando se observa un Estado debilitado, carente de decisivos instrumentos de regulación y control, por momentos impotente para lidiar con sus feroces adversarios que representan el «poder real» en el capitalismo argentino. Ante este «poder real» sucumben los mecanismos democráticos y demuestran su impotencia los instrumentos de que dispone el Estado. Situación que dista de ser novedosa y mucho menos exclusiva de la Argentina. Diría, sin temor a equivocarme, que es lo que caracteriza a casi todos los Estados en los capitalismos contemporáneos.

[64] Paula Klachko y Katu Arkonada, *Desde abajo, desde arriba*, Buenos Aires, Prometeo, 2017.

A. M. *¿Dónde pensás que reside el poder real en el capitalismo contemporáneo?*

A. B. Este es un tema al cual le estaré dedicando un sistemático trabajo de reflexión e investigación en fechas próximas, pero, como anticipo, te diría que el «poder real» en el capitalismo argentino es una suerte de quinteto de «cuerdas y metales», para usar una metáfora musical que está integrado, en primer lugar, por la clase dominante que detenta en sus manos los grandes resortes de la economía nacional y, en parte, internacional. En segundo lugar, toda la superestructura de códigos, normas jurídicas, reglamentaciones de diverso tipo corporizadas en las sombrías figuras de jueces y fiscales de la Justicia federal, actores decisivos de un arma letal de dominación y represión desarrollada por el capitalismo contemporáneo y conocida como el *lawfare.* En tercer lugar, el poder mediático, otra inmensa superestructura que incluye la prensa gráfica, la televisión abierta o por cable, las radios AM y FM y de modo crecientemente importante las redes sociales, con sus enormes granjas de robots, sus certeros algoritmos y toda la parafernalia de las modernas «neurociencias». Estas facilitan enormemente las tareas de manipulación de conciencias, dominación cultural y control político con su proliferación de *fake news,* «pos verdades» y demás dispositivos de engaño, sometimiento y desmovilización que los medios al servicio del capital ejercen con perversa eficacia y que se traducen en el «formateo» de opiniones políticas y electorales. Cuarto, «la embajada», omnipresente en todo el planeta, con su inmensa red de funcionarios (pensá que sólo la USAID unos 10.000 agentes, todos con rango diplomático y cuya misión es administrar el «poder blando» del imperio y penetrar hasta las capas más profundas de nuestras sociedades). Sumale a ello las ONGs del imperio, los acuerdos militares y policiales, los programas de «cooperación» o de «buenas prácticas», que año a año envían cientos de jueces, fiscales, académicos, periodistas a Estados Unidos para que vean y aprendan a administrar la justicia, reprimir a los revoltosos, a mentir con

sus medios de comunicación tal como se hace en el corazón del imperio. Las anteriores son las cuerdas del quinteto. Agréguense ahora «los metales», las fuerzas represivas de nuestros estados equipadas, entrenadas, indoctrinadas y dirigidas, como en casi todo el «mundo libre», por el Pentágono y, en Latinoamérica y el Caribe, por el Comando Sur y que constituyen la última reserva del orden. Es decir, cuando todo lo demás (las elecciones, los jueces, los medios, la embajada) resulta insuficiente o no consigue doblegar y someter a la protesta popular hacen su aparición los uniformados para restablecer el orden. Este quinteto es el poder real en el capitalismo contemporáneo, no sólo por la fuerza y gravitación de sus miembros individuales, sino porque, además, actúan altamente coordinados a escala planetaria. De ahí mi preocupación por re-elaborar la problemática del Estado en el capitalismo contemporáneo a partir de una revisión y actualización de las contribuciones clásicas del marxismo y, por supuesto, las más recientes de autores como Louis Althusser, Nicos Populantzas, Bob Jessop, Elmar Altvater, Erick Olin Wright y una pléyade de pensadores latinoamericanos, entre tantos otros. Elaboré y sistematicé estas ideas en un texto reciente que fue publicado en *Cuadernos Marxistas* y que lleva por título «Siete Tesis sobre Reforma y Revolución en América Latina».

A. M. *¿En qué contexto pudiste madurar esas ideas?*

A. B. Fue un largo proceso, con hitos fundamentales en Buenos Aires, Santiago, luego en Cambridge (Massachusetts), Ciudad de México y Buenos Aires. En Harvard tuve casi cinco años para leer y estudiar, desentendiéndome de cualquier otra preocupación salvo el último año cuando se me terminó la beca. Pude trabajar y leer a fondo, y estudiando toda esta problemática del Estado tanto en el capitalismo como durante la transición al socialismo, y ahí me di cuenta la inmensa dificultad que plantea esta tarea refundacional. Y que, como preocupación, llega hasta el día de hoy porque cuando analizo los casi cuarenta años de «transiciones democráticas» latinoamericanas (más de cuarenta en el

caso del Perú, que fue el país que inició la marcha en 1980 con la elección de Fernando Belaúnde Terry, seguido en 1983 por la Argentina), lo que percibo son rutas inconclusas e inconducentes hacia una genuina democracia. Comprobé también como la llegada al gobierno por fuerzas progresistas o de izquierda apenas si causaban algún rasguño al entramado del poder capitalista, ese «quinteto nefasto» mencionado antes. De ahí que, como ya lo había insinuado en mi artículo *Estadolatría y teorías estadocéntricas* (incorporado luego a *Estado, Capitalismo y Democracia en América Latina*) el gobierno nacional es apenas un integrante de un conjunto de aparatos, instituciones y gobiernos subnacionales cuya capacidad para contrarrestar los influjos y las determinaciones emanadas del «poder real» es muy relativa, máxime en condiciones bajo las cuales las fronteras que dividen lo público y lo privado se han ido diluyendo, como lo prueban los casos de las gigantes informáticas. Apple, Alphabet,

Microsoft, Facebook, Instagram, Twitter ¿son sólo empresas privadas o su fenomenal penetración en la vida social no las hace acaso parte del «sector público» de nuestras sociedades? El Estado sólo podrá contrarrestar los influjos del «poder real» mediante vigorosos procesos de organización, concientización y movilización del campo popular. Por las vías institucionales es prácticamente imposible someter a los factores de poder (o la elite del poder, como decía C. Wright Mills) al imperativo democrático. La historia se confirma no sólo en los países de la periferia sino también, y de modo obsceno, en Estados Unidos y en el mundo del capitalismo avanzado. Como puede notarse, *Estadolatría* (un término propio del léxico gramsciano) es un artículo que propone una actitud de cautela ante la confianza casi ilimitada de muchos sectores de la izquierda en las potencialidades de un Estado concebido en clave instrumentalista, confiando en que, una vez que aquella acceda al gobierno este respondería dócilmente a las directivas emanadas de la nueva coalición gobernante. Eso no ocurrió ni va a ocurrir. El devenir histórico no hizo sino reconfirmar la validez de este diagnóstico que no es producto de mi

pesimismo, como se me acusara más de una vez, sino producto de una sobre y lectura de la realidadsociopolítica actual.

En línea con esta preocupación de colaborar en la construcción de una robusta coalición capaz de someter, o al menos neutralizar, la dictadura del poder capitalista escribí un estudio introductorio a *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo* . Se publicó en España y Rusia como una introducción a una re-edición del libro de Lenin en lengua castellana. Y ahí leyendo al revolucionario ruso en su debate con los izquierdistas alemanes (medios trotskos, medio anarcos) se comprende la (i) lógica y el yerro de las críticas frontales que gobiernos como los de Cuba, Venezuela y Nicaragua merecen de parte de las variantes autóctonas del «izquierdismo» fulminado por Lenin en su libro. Basta con leer cualquiera de los «marxólogos» y «trotskólogos» para comprobar la enorme distancia que media entre sus alambicadas elucubraciones y la vida real. Es notable que en casi todos los cultores de esas corrientes el tema del imperialismo apenas si se vislumbra en sus escritos, y cuando lo hace está lejos de desempeñar un papel como determinante decisivo de la coyuntura. Hacen gala de su conocimiento libresco del marxismo, devenido en un catecismo laico o un nuevo Talmud, pero no ese *corpus* teórico que debe ser eficaz guía para la acción como lo reclamaba Lenin. En su libro ataca sin tregua a quienes allá y en su tiempo –la República Soviética Rusa de 1920, como en el nuestro y, en Latinoamérica, quieren cambiar el mundo y construir poder, pero «sin ningún compromiso». En su texto Lenin manifiesta su sorpresa porque, palabras más, palabras menos, dice que esa gente, admiradora de la revolución de octubre y del partido bolchevique, ignora que desde su creación este no hizo más que avanzar mediante compromisos transitorios con otros actores políticos y sociales -inclusive burgueses, hasta zaristas pero que permitieron ir acumulando las fuerzas necesarias para constituir el poder soviético. Y añade que un estratega de la revolución tiene que aprovechar todas las grietas que hay en el campo enemigo. Y, ¿cómo se las aprovecha? Bien: estableciendo compromisos puntuales con un sector contra

otro y después obviamente cuando se logra el resultado deseado se pasa a la fase siguiente y se construye una nueva alianza, un nuevo compromiso que permita proseguir la marcha. Lo que es innegociable es el objetivo estratégico final: la conquista del poder y la construcción del socialismo. Las tácticas de las luchas en el corto plazo inevitablemente podrían sintetizarse como «el arte de los compromisos». Sólo quien retenga en sus manos el poder total –caso extrañísimo sin duda– puede darse el lujo de prescindir de estos, de avanzar en la lucha social sin establecer alianza alguna, acotando además que si se sella un acuerdo esto no necesariamente significa perder la identidad de una fuerza política revolucionaria o firmar un compromiso definitivo e irrevocable. Las alianzas siempre son transitorias y con partidos cuyo proyecto no es igual, pero con quienes es posible coincidir en cuestiones puntuales y durante un cierto lapso de tiempo. Sobre esto también escribí varias cosas: una la publicó la *Socialist Register* y otro fue un borrador que circuló al interior de fuerzas sociales y políticas amigas[65].

Esta postura contrasta llamativamente con la de nuestros «izquierdistas», cuya intransigencia ante cualquier política de alianzas es radical e inamovible. Suelen caracterizar a todos los políticos como «más de lo mismo», pero eso es un grosero error. Hitler y Ebert eran dos políticos burgueses, como Churchill y Mussolini, o como Perón y Tamborini, en la Argentina de 1946, o Alfonsín y Luder en 1983. En un plano más abstracto, todos eran políticos burgueses; pero esas determinaciones abstractas no son suficientes para «hacer política», que siempre es concreta, nunca se mueve por abstracciones. No se puede hacer política y mucho menos construir poder sin tener una fina sensibilidad para distinguir matices. A ver: si cuando el golpe en Bolivia en noviembre del 2019 en la Argentina gobernaba Mauricio Macri a Evo lo devolvían a Bolivia y probablemente lo hubiesen lincha-

[65] «Strategy and Tactics in Popular Struggles in Latin America», en *Socialist Register* (Londres), 2013 disponible en: https://socialistregister.com/index.php/srv/article/view/18819

do, estilo Gadaffi. Alberto Fernández le otorgó asilo, y el apoyo diplomático y político que significa la condición de «refugiado». Macri reconoció a Elisa Trotta como embajadora de Venezuela designada por Juan Guaidó ante el gobierno argentino; Fernández la desconoció, reconoció a la enviada de Nicolás Maduro y designó un embajador argentino en Venezuela. Macri y Fernández son dos «políticos burgueses», pero ¿son lo mismo, significan lo mismo, representan lo mismo? Claramente no, y no solo en la política internacional. Más recientemente un distinguido representante de estos sectores refractarios a cualquier compromiso decía, en nombre de «las izquierdas ecuatorianas» que ante el balotaje del 11 de abril no apoyarían a Andrés Arauz. Varios replicamos con indignación ante ese extravío teoreticista que confundía la política, esa «guerra de dioses contrapuestos» como tantas veces lo recordara Max Weber, con los alambicados (y casi invariablemente estériles) debates académicos. No apoyar a Arauz significaba, en los hechos, facilitar el triunfo de un banquero corrupto y reaccionario como Guillermo Lasso, una lúgubre amalgama entre el neoliberalismo y el Opus Dei. La política colocaba, brutalmente, a nuestro autoproclamado representante de las «izquierdas ecuatorianas» ante un dilema de hierro o, si se quiere, ante un «juego de suma cero». Dicho con un lenguaje futbolero, en una final de la Copa del Mundo gana un equipo o gana el contrario, aunque haya definición por penales. No desear que gane uno significa, en la práctica, facilitar el triunfo del otro. En el Ecuador debilitar el apoyo a Arauz significó potenciar las chances del candidato de la embajada. Punto. Así de simple, pero los críticos de Lenin tampoco lo entendían… Por eso este publicó su libro.

Al retornar a la Argentina pude seguir muy de cerca a los sucesivos gobiernos de la «democracia», aunque reitero que jamás ocupé cargo alguno en ningún gobierno. Pero tuve un trato privilegiado con un ministro de Menen: Guido Di Tella, que fue su canciller y bueno, con él hablé muchas veces sobre el tema de la dificultad en la gestión, de la inercia enorme de los aparatos del Estado (sobre todo en la cancillería), ante cualquier innovación política o

cambio de rumbo que la apartase de los senderos tradicionales. Por eso dicen que Néstor Kirchner le había dado la orden a quien fue su primer canciller, Rafael Bielsa, de hacer saltar a la Cancillería por los aires y reconstruirla desde sus ruinas con un nuevo perfil, nueva normativa, nuevo personal. Pero Bielsa no pudo –o no quiso, o no supo– hacerlo y la Cancillería siguió en manos, hasta hoy, de un elenco mayoritariamente reaccionario y colonizado, y en donde sobreviven con enorme dificultad algunas pocas excepciones. La línea oficial (u oficiosa bajo ciertos gobiernos) de «La Casa» ha sido, invariablemente, la alineación con Estados Unidos y Europa, y de ese modo, estúpidamente creer que Argentina «ingresaba en el mundo». Por supuesto, esa privilegiada burocracia se plantaba muy en contra de todo lo que oliese a latinoamericanismo, «tercermundismo», UNASUR, CELAC, para ni hablar de Revolución cubana o el chavismo. Pasan los gobiernos, pasan los Cancilleres, pero la «cultura política» de «La Casa» no se modifica.

A. M. *¿Cómo te aproximas a la Venezuela de Chávez?*

A. B. Sinceramente, al principio no tenía una buena opinión sobre Chávez como ya te conté. Es cierto que en 1994 se veía diferente al que luego llegó a ser. Arriesgaría una hipótesis: hay un Chávez antes de su primera visita a La Habana y otro después del 13 de diciembre de 1994, cuando Fidel lo atiende dos días seguidos, hablándole día y noche sin parar. Sin duda alguna el Comandante aportó mucho a la visión política y geoestratégica del venezolano, al que claramente ya veía como un importantísimo cuadro revolucionario. Chávez llega a La Habana en un vuelo regular, en clase turista, y cuando el avión se estaciona observa un movimiento inusual en el lugar. Pensó que en clase ejecutiva tal vez viajaba un alto funcionario, pero quedó absolutamente sorprendido cuando se le aproximó el capitán del avión para decirle: —«el Comandante lo está esperando abajo», —«¿a mí?», —«sí, sí, a usted» y ahí lo vio a Fidel, parado al pie de la escalinata del avión. Rememorando la escena me dijo: «yo creí que me desmayaba porque había pensado que si voy a Cuba tal vez lo vea

a Fidel. Pero que me esperase así ¡con la alfombra roja como se recibe a un jefe de Estado ni en la borrachera más salvaje podría haberlo imaginado, ni tampoco en mis sueños más encantadores». Bueno, ese era Chávez, así de llano y modesto.

A propósito de la relación entre ambos yo apelo a una imagen muy gráfica y elocuente que describe muy bien la relación entre estos dos gigantes políticos de la Patria Grande. Fidel era el gran estratega en la lucha por la liberación de América Latina: tenía el diagnóstico, las ideas, el plan de operaciones, pero carecía de un mariscal de campo. Vos podés ser Napoleón, Alejando Magno, Bolívar o San Martín; es decir, un gran estratega. Pero Napoleón, sin ir más lejos, tenía a su mando un grupo excepcional de generales y mariscales de campo que concretaban en el terreno, en los combates, sus proyectos estratégicos. Fidel nunca tuvo uno, hasta que apareció Chávez y él, con una mente que se movía con la rapidez de una centella, se dio cuenta que este no sólo tenía una visión estratégica como la suya, sino además todo lo necesario para ser el mariscal de campo que había estado esperando desde hacía mucho tiempo. Y evidentemente, acertó. No fueron ni Lula, ni Néstor, ni Evo, ni Correa ni Daniel: era Chávez, tenía que ser Chávez, un personaje dotado de un carisma deslumbrante, con una enorme capacidad de trabajo, una notable cultura general, una formidable capacidad de comunicarse con toda clase de gentes y una inusual habilidad para persuadir y convencer, inclusive a enemigos bandidescos y tenaces como Álvaro Uribe para que Colombia se asociara a la UNASUR. Alguien poseído por una insaciable voluntad de aprender las lecciones de la historia y capaz de establecer un extraordinario contacto con el pueblo. Además, por ser Venezuela una potencia petrolera –cosa que a Fidel no se le escapaba porque no era un ingenuo o un soñador – Chávez tenía ese otro plus: si todo iba bien, podía ser presidente de una de las principales potencias petroleras del mundo. O sea, Fidel captó como nadie, antes que nadie, vio más lejos que nadie lo que podía llegar a ser Hugo Chávez, ¡y acertó! Y la relación que se entabló entre ellos fue magnífica y de una eficacia práctica extraordinaria. La derrota del ALCA fue un enorme lo-

gro, en donde el estratega y el mariscal de campo consumaron una verdadera hazaña, de efectos duraderos, propinándole al imperio una derrota en su principal proyecto geopolítico y estratégico para Latinoamérica y el Caribe para todo el siglo XXI.

A. M. *Dentro de tu producción bibliográfica hay indudablemente momentos en los que se ve la proximidad que fuiste tomando con la política, con estos grandes líderes de estados latinoamericanos, por ejemplo,* ¿cómo *sentís esa relación?*

A. B. Tal vez el caso más claro sea el libro *El Lado Oscuro del Imperio.* Porque lo hicimos con mi compañera, Andrea Vlahusic, justamente a pedido de Chávez. En una de las tantas reuniones internacionales a las que asistí en Caracas, creo que fue a finales del 2007 o comienzos del 2008 me contó que quería contrarrestar el permanente ataque de George W. Bush (h) en contra de Venezuela acusando al gobierno bolivariano de sistemáticas violaciones a los derechos humanos. Decía que las estrategias defensivas demostrando que esa acusación era infundada no bastaban, no eran suficientes, y que había que poner a Estados Unidos bajo la lupa y denunciar las violaciones que ese país cometía a diario dentro de sus propias fronteras. Hay que recordar que por mandato del Congreso el Departamento de Estado debe producir, cada año, un informe sobre la situación de los derechos humanos en todos los países del mundo. El pretexto es que ese informe es necesario para que la ayuda oficial de Estados Unidos al desarrollo no se dirigiese a países que no cumplieran con los estándares fijados por Washington en esa materia. Pero, sin duda, era –y sigue siendo– un instrumento de chantaje político en virtud del cual Estados Unidos se erigía en juez supremo de la conducta de todos los demás países. Lo que Chávez decía era que había que hacer un informe en donde se examinara la situación de esos derechos en Estados Unidos porque, en los informes anuales del Departamento de Estado no había la menor referencia a ese tema. Se valoraba la situación de todos los países del mundo salvo la de Estados Unidos. De ahí nació el pedido que examináramos el tema, con la

intención, que luego desgraciadamente no se pudo materializar, de publicar un informe anual sobre la violación de los derechos humanos en Estados Unidos. Puse manos a la obra y aprovechando que Andrea era especialista en el tema y docente de Derecho Internacional Humanitario en la Facultad de Derecho de la UBA trabajamos arduamente y, al año siguiente, salió nuestro libro, con el auspicio de la Red de Intelectuales, Artistas y Movimientos Sociales en Defensa de la Humanidad. La primera edición se realizó en 2009 simultáneamente en Venezuela a cargo del Ministerio del Poder Popular para la Cultura y en la Argentina lo publicó Ediciones Luxemburg. El libro detalla con prolijidad la variedad y magnitud de las violaciones a los DDHH que se perpetran a diario en Estados Unidos, y no sólo en el exterior, de las cuales sólo unas muy pocas aparecen en las noticias. Ahora la cosa ha cambiado porque ante la intensificación de esas políticas sumada al acrecentado acoso de la cibervigilancia hay una mayor sensibilidad sobre el tema. Las actitudes racistas que llevaron al asesinato «oficial» de muchos jóvenes negros –especialmente el caso de George Floyd– facilitó la visualización de las violaciones a los derechos humanos que Washington también realiza puertas adentro. El libro se reeditó varias veces porque vino a llenar una necesidad, especialmente cuando con el triunfo de Barack Obama muchos pecaron de ingenuidad creyendo en el espejismo de que un afroamericano en la Casa Blanca, sólo por serlo, pondría fin a esas políticas, cosa que, como era previsible –y allí en ese libro lo advertimos– no iba a ocurrir y no ocurrió. El record de Obama en materia de violación de los derechos humanos dentro y fuera de Estados Unidos es terrible, de los peores.

A. M. *¿Tuviste alguna otra sugerencia de libro, además de la que comentás de Chávez?*

A. B. Sí, en México recibí una invitación del grupo de trabajo que el presidente Luis Echeverría Álvarez había organizado en el CEESTEM, el Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo para escribir un texto sobre el pensamiento de Milton

Friedman. El grupo lo dirigía Rosario Green y como «miembro informal» (dado que yo no trabajaba en el CEESTEM) asumí con entusiasmo ese encargo. No sólo escribí un artículo sino dos, los que fueron luego incorporados como sendos capítulos a mi libro *Estado, capitalismo y democracia en América Latina*. En resumen, ambos textos fueron indirectamente requeridos por Echeverría a través de la gente del CEESTEM. El presidente, una figura muy controversial en México (como hoy lo es López Obrador), había impulsado desde el principio de su gobierno dos iniciativas que provocaron las iras primero -y una brutal embestida despuésde Washington. Lo que propuso Echeverría, en el marco de la Asamblea General de la ONU, era nada menos que la creación de un Nuevo Orden Informativo Internacional destinado a democratizar el flujo comunicacional mundial; y, segundo, un Código de Conducta para las Transnacionales, lo que desató la furiosa respuesta del *establishment* del capitalismo internacional. La UNESCO acogió la primera iniciativa y años más tarde produjo un informe extraordinario (el Informe McBride, por el nombre de su director e inspirador) sobre el tema de la concentración y el sesgo ideológico y racista «occidentecentrista» –o colonialista para decirlo con un término más sencillo– de los medios de comunicación dominantes. Desgraciadamente el informe nunca fue aplicado y puso en evidencia la necesidad que el Estado garantice la pluralidad informativa. No otra fue la suerte que corrió el Código de Conducta que pretendía someter a las empresas transnacionales a reglas de carácter universal más allá de las que pudieran adoptar las legislaciones de los estados, en muchos casos demasiado débiles para resguardar la soberanía nacional sobre sus propias riquezas y recursos naturales. El Consejo Económico y Social de la ONU aprobó la creación de una comisión y un Centro de Estudios sobre las Corporaciones Multinacionales para avanzar en esta iniciativa que para la derecha era un intolerable ataque a sus intereses. Las tácticas dilatorias unidas a la esclerosis burocrática de los organismos de Naciones Unidas a las que se sumaron las victorias de Margaret Thatcher en el Reino Unido y Ronald Reagan en Estados Unidos

hicieron que el proyecto fuese eliminado de la agenda de la ONU el proyecto. Esta es un poco la historia del pedido que, a través de del CEESTEM, me hiciera el gobierno mexicano.

A. M. *Y bastante después Evo y Correa, ¿verdad? ¿Qué nos querés compartir de esto?*

A. B. A ver, ¿cómo llego a Evo? Durante mi gestión como secretario ejecutivo de CLACSO (1997-2006) impulsamos una renovación en el modo de hacer ciencias sociales en Latinoamérica y el Caribe. Sacar nuestro trabajo de los claustros académicos y vincularlo y enriquecerlo mediante un diálogo con los movimientos sociales y fuerzas políticas que estaban luchando contra el imperialismo y la hegemonía neoliberal en la región. Parte de esa actividad consistía en invitar a líderes sociales a eventos académicos para dialogar con los investigadores, algo que demostró reportar indudables beneficios mutuos. En ese marco invitamos a Evo para que participe en una reunión que se hacía en la Argentina y después en distintos eventos internacionales, entre ellos la Asamblea de CLACSO en Cuba, en 2003. Evo era en ese entonces un dirigente cocalero por lo tanto dirigente sindical, como eran Víctor De Genaro en ATE, o Hugo Yasky y Estela Maldonado en SUTEBA. Todo eso en el marco del ya mencionado programa *Observatorio Social de América Latina* que publicaba, hasta hace unos cuantos años, un informe trimestral con un relevamiento completo de los conflictos sociales en América Latina y el Caribe y junto a esa crónica un dossier con documentos de análisis. Desgraciadamente en el 2008 se discontinuó la publicación de esa revista, aunque está disponible en formato digital en el sitio web de CLACSO. Te decía que el primer contacto con Evo fue cuando lo invitamos a que viniera al primer Foro Social Temático, un retoño del Foro Social de Porto Alegre, que tuvo una concurrencia multitudinaria en Plaza Houssay e inclusive, en un panel en el que participé junto a Luis Zamora para discutir la obra de John Holloway (*Cómo cambiar el mundo sin tomar el poder*) en el Aula Magna de la Facultad de Medicina. En ese marco, comienzos del 2002, el OSAL impulsó y participó de la organización del primer

Foro Social Mundial temático en la Argentina que tuvo lugar en agosto de 2002 en Buenos Aires. Bajo el título *Crisis del modelo neoliberal y desafíos para el movimiento global* y en el contexto de la crisis política, económica y social precipitada en ese país tras las grandes revueltas populares del 19 y 20 diciembre de 2001, sobre las que ya te hablé, y todo lo que siguió al año siguiente. El Foro atrajo a miles de personas y a más de quinientas organizaciones entre centros de estudiantes, institutos de investigación, asambleas barriales, agrupaciones piqueteras, de mujeres y feministas, organizaciones de derechos humanos, asociaciones gremiales, radios comunitarias, colectivos políticos y culturales, entre otros. Fue organizado por el Comité de Movilización en Argentina del Foro Social Mundial –que integraba el OSAL–, y siendo parte de la experiencia de los Foros Sociales inaugurada en Porto Alegre en enero de 2001, de sus actividades y manifestaciones participaron también activistas e intelectuales de Nuestra América, Europa y otras regiones. Ente los invitados sobresalió la presencia de Evo Morales. Ya era el referente de los cocaleros del Chapare, uno de los rostros de la Guerra del Agua en Cochabamba que conmovió la hegemonía neoliberal en abril del 2000 y luego de ocupar el segundo lugar en las elecciones presidenciales de junio, Morales, invitado por el OSAL, participó de los debates del Foro y en masivos y emotivos encuentros con la comunidad boliviana en este país. El Foro concluyó con el profético rechazo del ALCA que signa su movilización de cierre. Ahí vino Evo. Y luego lo invitamos, como te decía, a la Asamblea de CLACSO. Allí se produjo el encuentro entre Fidel y Evo, y recuerdo como si fuera hoy que en su intervención este una y otra vez se dirigía a Fidel con mucho respeto, y le decía Comandante. Al cabo de la tercera o cuarta vez que lo hiciera de esa manera Fidel muy respetuosamente lo interrumpió y le dijo, públicamente: «Evo, no me llames Comandante. Yo soy tu hermano, Evo, recuérdalo. Nada de Comandante. Soy tu hermano». Algunos de los que estábamos allí presentimos que ese podía llegar a ser un momento histórico, como años después pudimos confirmarlo. Luego en el 2005 gana la elección y asume en 2006. Y fui invitado a asistir al acto de asunción y

seguí muy de cerca toda su gestión al frente del gobierno de Bolivia, sin duda el mejor de toda su historia.

A. M. *¿Y cómo fue desde ahí tu relación con* él?

A. B. Buena, aunque un poco difícil a veces.

A. M. *¿Por qué?*

A. B. Porque es un hombre muy introvertido como lo son en general los pueblos del mundo andino. Casi invariablemente mantienen una actitud reservada, cautelosa, entre ellos y más aún en relación con el extranjero, el hombre blanco … Y esto no sólo en Bolivia, Perú, Ecuador: en algunas regiones del Noroeste argentino prevalece ese mismo talante, como lo pude experimentar en carne propia en mi trabajo de investigación en los Valles Calchaquíes, provincia de Salta.

A. M. *Salvo con García Linera…*

A. B. No, creo que ni siquiera con él; no te olvides que cuando se barajó la posibilidad de que Evo no se presentara a la reelección –cosa que luego sí ocurrió en 2019, aunque luego le robaran su victoria, según me contaron parece que algunos representantes de los pueblos originarios se encargaron de decirle a Álvaro algo así como que «¡los blancos mandaron durante quinientos años, ahora nos toca a nosotros!». En todo caso, Evo me honró con una invitación que le agradeceré toda mi vida: ofrecer la clase inaugural y las de la primera semana en los cursos de la Escuela Antiimperialista de las fuerzas armadas bolivianas. Pasé todo ese tiempo en Santa Cruz de la Sierra dictando un curso sobre los grandes temas de la geopolítica latinoamericana. Allí pude comprobar los tremendos alcances de la penetración cultural estadounidense en las distintas ramas de las FFAA de Bolivia, cosa que por cierto le comuniqué a Evo. Era increíble cómo se había colonizado el pensamiento de los hombres y mujeres de armas de Bolivia, en todas las ramas de las fuerzas armadas y la policía. Creían, por ejemplo, en la superioridad del armamento

norteamericano en todas sus variantes, desde aviones hasta rifles de asalto pasando por las escafandras de los aviadores. Y cuando yo objetaba esa creencia, citando fuentes de las propias fuerzas armadas de Estados Unidos, me decían que no era cierto, que estaba equivocado. Yo había ido prevenido, así que tenía muchos materiales a mano. Por ejemplo, les citaba revistas militares de Estados Unidos en donde se reconocía, por ejemplo, que el fusil de asalto ruso Kaláshnikov era superior al M16 o al M4 que utilizaban las fuerzas armadas de Estados Unidos, ¡y rechazaban a la propia publicación americana! Era evidente que todos, ocasi todos ellos, habían tomado cursos en aquel país o aspiraban a hacerlo, disfrutando de pequeñas prebendas y trayéndose los dinerillos que Washington les prodigaba sin retaceo alguno. Lo cierto es que esos cursantes quedaban definitivamente ligados a –¿o atrapados en?– una cadena de mando en cuya cúspide no se encontraba Evo Morales sino el jefe del Pentágono o del Comando Sur.

En una de esas clases perdí la paciencia y les pregunté cuál era la hipótesis de conflicto de las FFAA de Bolivia. Me respondieron al unísono: «¡Chile!». Bien, les dije: «¿Y quién adiestra y arma a Chile? Estados Unidos. Y ustedes creen que, en caso de un conflicto, que ojalá no ocurra, Estados Unidos va a dudar entre alinearse junto a Chile, que hace 150 años ha sido un aliado incondicional de Washington, o hacerlo a favor de Bolivia, por razones que van más allá del gobierno de Evo y las tensiones actuales y que se remontan a la Guerra del Pacífico de 1879 y la histórica relación ambivalente de su país con Washington». Allí se me fue un poco la mano y les dije: «señores, no sean ingenuos y comiencen a buscar armas en otros países. Si llegara a estallar un conflicto Estados Unidos no les dará nada; le dará todo a Chile y punto. Fíjense lo que pasó con Argentina en la Guerra de las Malvinas. Bastó que Inglaterra exigiera a la Comisión Europea la solidaridad de todos sus miembros para que Francia dejara de proveerle cohetes Exocet a la Argentina y quedásemos a merced de la flota de mar inglesa. Y, además, Estados Unidos, que por el TIAR tenía la obligación de coaligarse con Argentina al cabo de unas pocas negociaciones

se puso del lado de los ingleses y les dio asistencia logística y militar para que triunfaran en la guerra». Me miraron con cara de muy pocos amigos, pero se quedaron pensando, aunque ya en ese momento me di cuenta que mi discusión (y todo el curso) había sido una pérdida de tiempo. La actitud del ejército y la policía en el golpe de noviembre del 2019 que le robó el triunfo a Evo confirmaría mis peores sospechas.

A. M. *¿Y con Rafael Correa cómo fue?*

A. B. Con Rafael Correa todo comenzó al verlo en uno de los encuentros de «Globalización y Problemas del Desarrollo» que cada año la ANEC organizaba en La Habana, en uno de los cualesapareció Correa.

A. M. *¡Qué papel que jugó La Habana siempre!, ¿no?*

A. B. Sí, La Habana y Roberto Verrier, que como presidente de la ANEC (la Asociación Nacional de Economistas y Contadores de Cuba) era un hombre de confianza de Fidel y una persona extraordinariamente perceptiva, trabajadora y eficiente. Fue el Comandante mismo quien le pidió que organizara esos grandes encuentros, a finales de enero de cada año. Allí se reunían unos doscientosinvitados internacionales, la mayoría economistas de todo el mundo, incluyendo varios Premios Nobel, y poco más de mil participantes. En enero del 2005 apareció este economista ecuatoriano, a quien no conocía, que presentó una ponencia extraordinaria, una síntesis perfecta de análisis económico y político y además dicha con tal elocuencia, fuerza y capacidad de conmover y movilizar al auditorio que me dejaron asombrado. Yo me acuerdo como si fuera hoy que le digo a Andrea, que estaba sentada a mi lado: «che, si a este no lo paran termina siendo el próximo presidente de Ecuador». Ya era una figura conocida en su país y yo tenía un cierto conocimiento de los líderes políticos latinoamericanos, pero muy poco sobre él. Puesto en perspectiva Correa es alguien excepcional, ninguno en Ecuador le llegaba a los zapatos y pocos a su estatura fuera de su país. Desde el principio

establecimos una muy cálida relación, y, a partir de ese momento, lo traté con cierta regularidad. Fui invitado a la asunción del cargo en 2007, y, desde entonces, viajé regularmente al Ecuador. Siempre me trató muy bien y me atendía, nos reuníamos, veía a sus ministros. Un día me dice que había escrito un libro y me pidió que le escribiera un prólogo.

A. M. *Ecuador: de Banana Republica No República*.

A. B. Sí. Escribí el prólogo y finalmente salió publicado en las varias ediciones que tuvo ese excelente libro, una radiografía del desastre que el neoliberalismo había hecho en Ecuador y en general en Latinoamérica. Un *case study* excepcional y brillantemente retratado en la obra de Correa. Es un académico de fuste, un líder político con un carisma impresionante, un hombre absolutamente honesto que salió de la presidencia más pobre, mucho más pobre, de lo que era al llegar. Ha sido perseguido con saña por el traidor Lenin Moreno, un tipejo despreciable, un farsante, un corrupto de marca mayor que sorprendido en sus fechorías por el FBI y la CIA al día siguiente de hacerse cargo de la presidencia del Ecuador, ambas agencias, prontuario en mano, se «dio vuelta» y comenzó a hostilizar a Correa, de quien hablaba maravillas hasta la noche anterior. Una basura humana, que espero la justicia caiga con todo su peso sobre él. Le hizo un daño inmenso a su país, a la UNASUR, al espíritu de la unidad latinoamericana, a Correa y a altos funcionarios de su gobierno y, por supuesto, a su propio pueblo. Lo pillaron en su corruptela y le dijeron: «bienvenido a la CIA. Ahora trabajarás para nosotros. Puedes negarte, si quieres. Pero en tal caso te llevaremos a una cárcel de máxima seguridad en Estados Unidos. Tu elige». Y el bandido eligió, ya vimos cómo. Por su culpa Correa debe enfrentarse con veintinueve querellas en los tribunales de Bélgica, todas ellas absurdas e insustanciales, producto del *lawfare*, pero que lo tienen maniatado de pies y manos y sufriendo perversos ataques de los «perioperadores» que no cesan de hostigarlo y calumniarlo,

aún hasta el día de hoy con el gobierno de Guillermo Lasso, tan corrupto como el de su infame predecesor.

A. M. *Hablando de América Latina y los grandes líderes y movimientos populares, me gustaría saber tu opinión, a modo de balance digamos, de la experiencia kirchnerista.*

A. B. Una experiencia con muchos méritos, muy importante sin duda. Pero que, lamentablemente, se quedó a mitad de camino. Me duele decirlo, pero creo que se desaprovechó una oportunidad única para sentar las bases de la reconstrucción económica, social y política que necesitaba la Argentina. En diciembre del 2015, ni bien Mauricio Macri llega a la Rosada, escribí una larga nota en donde hacía una cuidadosa «autopsia» de los años del kirchnerismo. Me movía la convicción de que mi obligación –en realidad, la de cualquier intelectual crítico– es decir la verdad, aunque duela o moleste, sin ceder al chantaje de quienes dicen que criticar a un gobierno progresista es «hacerle el juego a la derecha»[66]. Menos tenía yo la intención de «hacer leña del árbol caído», práctica maligna que en la Argentina de hoy alimenta el ensañamiento con el que se ataca a Cristina Fernández de Kirchner, convertida por la insidiosa propaganda de la derecha en una figura diabólica y omnipotente, causante de todos los males que hace décadas afectan a este país. Esa actitud impide ver la complejidad del proceso y las muchas responsabilidades compartidas que ocasionaron la gran derrota del 2015. Esta prevención es particularmente válida si se toma en cuenta la intensidad de un ataque injusto, brutal y permanente por parte de la derecha a CFK apelando a dos armas de un poderío letal: el terrorismo mediático y el *lawfare*. Hago estas consideraciones porque creo que las autocríticas siempre deben ser bienvenidas, si bien hay que tener la prudencia de realizarlas en el momento y ámbitos oportunos. Los años transcurridos desde el triunfo de Macri en noviembre 2015 y la incertidumbre en que se mueve el

[66] Disponible en: https://atilioboron.com.ar/argentina-2015-claves-de-una-derrota/

gobierno de Alberto Fernández acosado por la tenaza de la debacle económica del macrismo, el fenomenal endeudamiento heredado, la pandemia y ahora la guerra en Ucrania tornan imprescindible e impostergable incurrir en tal ejercicio. No voy a reproducir aquí lo dicho en «Claves de una derrota». Bástame con reafirmar que cuando hablo de una «oportunidad única» estoy señalando que no sólo se controlaba alpoder ejecutivo nacional y la mayoría de los gobiernos provinciales, sino que se dispuso, en buena parte del periodo kirchnerista, de *quórum* propio y una amplia mayoría en ambas cámaras del Congreso que habrían posibilitado la aprobación de algunas leyes de fundamental importancia para el país. Cito un solo ejemplo, elegido entre muchos: la reforma del régimen tributario de la Argentina: regresivo, injusto, lleno de inconsistencias que permiten la elusión y la evasión fiscal y que no fue modificado pese a las demandas que planteaban numerosos sectores políticos y de opinión. Por otro lado, la tantas veces mencionada «profundización del modelo» pregonada por los voceros del kirchnerismo se quedó a medio camino. Más allá de la nebulosa que rodeaba esa consigna, lo cierto es que se suponía debía implementar una política de redistribución de la riqueza y los ingresos suficientemente profunda y vigorosa, y dotada de sólidos reaseguros legales y políticos, como para evitar los lamentables retrocesos sufridos poco después con el advenimiento del macrismo. Lo mismo ocurrió con los oligopolios en las diversas ramas de la economía, que continuaron haciendo negocios a sus anchas, esquilmando a los usuarios o consumidores sin que las autoridades pusieran coto a dicha situación; tampoco se avanzó en la imposición de una estricta regulación –o en la lista y llana nacionalización– del comercio exterior y el control de los puertos privatizados por donde sale la casi totalidad de las exportaciones agropecuarias y mineras de la Argentina; los flujos financieros seguían operando en un terreno fértil, aunque no tanto como ocurriría después bajo Macri, para sus operaciones especulativas con el dólar y las letras de la tesorería. Y tampoco se inició el proceso de denuncia de los tramposos acuerdos con el CIADI del

Banco Mundial, ese fraudulento tribunal que siempre falla a favor de las corporaciones multinacionales.

Repaso lo que acabo de decirte, y quiero dejar bien en claro que las carencias o irresoluciones señaladas antes no deberían hacernos perder de vista que durante esos años del kirchnerismo se produjeron cambios muy positivos para el país. Se trabajó arduamente para mejorar la situación de los sectores populares con un amplio abanico de políticas sociales que favorecieron a la niñez, los adultos mayores, las mujeres (madres solteras, familias numerosas, mujeres golpeadas, protección ante la violencia de género, los trabajadores informalizados, expansión de los servicios médicos, un completísimo calendario de vacunaciones y una extraordinaria expansión de la cobertura previsional, entre otras medidas. En suma, algo inédito por su amplitud y cobertura en la Argentina. Se empoderó con nuevos derechos a numerosos colectivos sociales, como el matrimonio igualitario, por ejemplo; o los derechos de las mujeres y de diversas minorías de género, entre muchos otros casos. Se aumentó significativamente la inversión del sector público en ciencia y tecnología, en educación y en un vasto complejo de actividades culturales y en la salud pública. Además, se reorientó la política exterior en línea con los nuevos aires integracionistas y latinoamericanistas que recorrían la región. Fue nada menos que en este país, siendo Néstor Kirchner anfitrión de la Cumbre de las Américas del 2005, cuando se derrotó al ALCA en Mar del Plata. Pocos presidentes se hubieran animado a tanto: a que en su propia casa se pronunciara la sentencia de muerte del más ambicioso proyecto del imperio para nuestra región para todo el siglo XXI. No son pocos méritos los que se cosecharon en política exterior, que podrían haber sido mayores si el gobierno hubiera condonado la deuda que Cuba tiene con la Argentina desde hace más de medio siglo, en circunstancias en que nuestro país estaba reclamando que se condonara parte de la propia. También, se tomó una decisión crucial cuando, a instancias del Ejecutivo, el Congreso derogó las leyes de Punto Final y Obediencia debida, que posteriormente la Corte

Suprema declararía nulas con lo cual se pudo reiniciar el proceso de memoria, verdad y justicia. Se promovió una importante iniciativa, como la llamada Ley de Medios, destinada nada menos que a democratizar la comunicación social, pero que luego tropezó con una justicia al servicio de las clases dominantes, y, de hecho, neutralizó sus buenos propósitos hasta que Macri la liquidó de un plumazo. También hay que marcar en el haber de ese ciclo una decisión trascendental: la estatización de las AFJP, poniendo fin al saqueo de los ahorros de los trabajadores. Pero en ausencia de una reforma tributaria que obligara a las clases propietarias, y en especial a los millonarios, a pagar impuestos en proporción a su riqueza e ingresos la congénita debilidad del Estado argentino permaneció inalterada. Esto se tradujo en la escasa capacidad estatal para regular mercados y corporaciones, combatir la precarización laboral y el trabajo no registrado, frenar la extranjerización de la economía que, entre otros males, impulsa la dolarización de la economía argentina y alimenta los fuegos de ese verdadero cáncer que es la inflación. En resumen: mucho bueno se hizo, pero mucho quedó por hacer. De ahí la necesidad de descartar las fantasías alentadas de algunos aplaudidores oficiales y que aseguraban que países como la Argentina o el Brasil habían entrado en las serenas aguas del «posneoliberalismo». No fue así, y los años de Macri y las enormes dificultades con que tropieza el gobierno de Alberto Fernández se encargaron de demostrarlo. Diría, para ser más didáctico, que la gravosa herencia de la re-encarnación del peronismo en su versión menemista continúa en lo esencial intacta: privatización del gas, de la electricidad, de la telefonía, internet, los puertos, las autopistas, de buena parte del transporte, de la minería, del petróleo (Entiendo: YPF fue recuperada, pero bajo la forma de una sociedad anónima que, pese a la mayoría accionaria estatal, no puede tomar decisiones autónomas como venderle combustible a un avión venezolano), la provincialización de los recursos del subsuelo, etc. Por eso, insisto, ante un balance que tiene un saldo positivo no puedo dejar de lamentarme que no se hubiera avanzado mucho más. De ahí

que apela a la expresión «oportunidad perdida», que tantas críticas me ha valido.

Hablando de los años de Macri y la traumática derrota del kirchnerismo en el 2015 no puedo dejar de mencionar que tanto esta como la gestión de gobierno de aquel y, más recientemente, la virulenta campaña del poder económico y mediático en contra del gobierno de Alberto Fernández estimularon la necesidad de examinar desde una perspectiva transdisciplinaria la preocupante fascistización de las derechas, no sólo en la Argentina sino en todo el mundo, y el papel de las clases medias en este proceso. Gracias a la incansable iniciativa y capacidad de organización de Mónika Arredondo, una distinguida psicoanalista y psicóloga social uruguaya radicada desde hace mucho en este país, pudimos compilar dos volúmenes que estudian esta problemática. Se trata de *Clases Medias Argentinas. Modelo para Armar,* que aparte de nuestras propias contribuciones cuenta con las de Ezequiel Adamovsky, Ezequiel Ibar, Sergio Morresi y Ernesto Villanueva. Este libro, publicado por Ediciones Luxemburg en 2017, fue complementado por otro en donde examinamos las raíces de la conducta reaccionaria de las capas medias, exacerbadas en los últimos tiempos, especialmente luego de la eclosión de la pandemia. Allí, notables trabajos de Gustavo Varela, Sandra Russo, Horacio González (con uno de sus últimos escritos, creo), Oscar Sotolano, Alejandro Grim son y Menara Guizardi se unieron a sendos trabajos escritos por Mónika y por mí dando origen a *Clases Medias Argentinas. La política del odio y el temor,* publicado por la misma editorial en 2020. Como ves, las vicisitudes de la historia argentina y latinoamericana siempre tuvieron la virtud de animar mis proyectos intelectuales, tratando de desentrañar el significado histórico y las consecuencias políticas de los más diferentes sucesos de nuestra época traspasando siempre las fronteras disciplinarias, sea de la sociología o la ciencia política, como se ve claramente en toda mi obra y de manera muy especial en estas dos más recientes conjuntamente elaboradas con Mónika Arredondo.

V. NOTAS SOBRE LA REFLEXIÓN TEÓRICA, LA PRAXIS POLÍTICA Y EL INTELECTUALPÚBLICO

B. M. *Además de la relación con los estadistas, digamos, ¿hubo algún autor que incidiera definitivamente en tu visión del Estado?*

A. B. Varios. Primero que nada, los clásicos del marxismo –los fundadores, por supuesto, y luego Lenin, el primer Kautsky, Rosa Luxemburg, Bujarin, Trotsky, Gramsci, Mao incluyendo también al gran José Carlos Mariátequique hacen un aporte originalísimo al tema y que pone en crisis las concepciones formalistas dominantes tanto en el campo de los estudios jurídicos como históricos, donde el Estado era una entelequia, una especie de abstracción, un etéreo orden legal o político desconectado de sus determinaciones económicas e históricas. En ese sentido Hegel, pese a su concepción idealista, pudo gracias a su reivindicación de la dialéctica abrir la puerta para que dos jóvenes geniales como Marx y Engels pudieran «inventar» la teoría del Estado a la luz del materialismo histórico. Por supuesto, Lenin fue un complemento decisivo en este tema y después de él Gramsci, sin duda alguna. Pero también, hubo autores importantes que me ayudaron desde fuera del marxismo: Otto Hintze fue uno de ellos porque, si bien adolecía de un fuerte eurocentrismo, rescató el carácter histórico de la constitución de los Estados nacionales. Y aunque no se introdujera en las entrañas de ese proceso histórico –en donde, en última instancia, siempre encontrarás las determinaciones de la vida económica– era evidente que en el sótano de los Palacios y Parlamentos que él examinaba con tanta minuciosidad se agitaba incesante la lucha de clases. Otro autor que estudié muy concienzudamente fue Max Weber, que obviamente tiene una teoría del estado mucho más anclada en las realidades socioeconómicas, pero que, de todos modos, peca de un formalismo y de

una fragmentación del mundo social que lo lleva a negar el papel del Estado en la dominación clasista. Según Weber, «el Marx burgués», según algunos en la economía están las clases, en el Estado los partidos y en la sociedad los grupos de estatus o estamentos; las articulaciones entre estas tres dimensiones son por completo contingentes e irreductibles a cualquier tipo de determinación causal. Para Weber, en consecuencia, carece de sentido hablar de un «Estado burgués o de clase». Y, además, porque en su construcción teórica el poder es un elemento que radica en el Estado, es decir, en el funcionariado estatal y su dirección política. Yo estudié a fondo y también critiqué mucho la formulación weberiana, así como la obra de sus continuadores actuales porque su crítica al determinismo economicista de Marx (según Weber, obvio) remata en un determinismo politicista. Pero el debate con su legado teórico fue muy importante para refinar mis propias ideas y reforzar mi convicción acerca de la decisiva importancia de eso que un gran marxista checo como Karel Kosik llamaba en su libro *Dialéctica de lo Concreto* «el punto de vista de la totalidad», algo incompatible con toda forma de determinismo. Entre los autores de la segunda mitad del siglo XX comenzaría por Nicos Poulantzas. No tanto por su primer libro llamado *Clases Sociales y Poder Político en el Estado Capitalista*, sino por uno póstumo, llamado *Estado, Poder y Socialismo* y en el cual propone un manejo mucho más sutil de la problemática del Estado. En el primero, este aparecía casi como una entidad monolítica, un instrumento y nada más; en el último, en cambio, el Estado aparece como una compleja y cambiante articulación de diferentes agencias y organizaciones, todas las cuales están atravesadas por la lucha de clases y los influjos de la economía capitalista. También me sirvió de mucho el debate entre este Poulantzas y el marxista inglés Ralph Miliband, un autor lamentablemente poco estudiado en nuestros países, y que hizo contribuciones muy valiosas al pensamiento marxista. Su debate contra el instrumentalismo del primero es una obra maestra que debería ser estudiada en la época actual, porque no ha perdido vigencia alguna. Miliband es un autor excepcional tanto por sus

libros como por haber sido el fundador, junto a John Saville, en 1964, de la *Socialist Register,* un estupendo anuario en donde las diversas expresiones del pensamiento marxista han encontrado en sus páginas una formidable caja de resonancia internacional. A estos habría que agregar la obra de Elmar Altvater, Bob Jessop, Erik O. Wright, el primer Toni Negri (el de los análisis de la crisis de 1929 y la reconstrucción del estado capitalista), Gôran Therborn, Fred Block, Ellen Meiksins Wood, Claus Offe, Norberto Bobbio, que encendió un fecundo debate sobre la existencia o no de una teoría marxista del Estado, Umberto Cerroni, Perry Anderson con sus estudios históricos sobre los linajes del Estado absolutista y luego, la constitución de los Estados burgueses, Barrington Moore, una influencia enorme por su talento, su elaboración teórica y su cercanía por haber sido uno de mis directores de tesis. Aprendí mucho de mi discusión con Theda Skocpol, reflejada en mi *Estadolatría,* y de la obra de Charles Tilly y sus estudios sobre la guerra y su papel en la conformación de los Estados europeos. Entre los latinoamericanos pude nutrirme de obra del primer Fernando H. Cardoso, y de los trabajos de Guillermo O'Donnell, Jorge Graciarena, Pablo González Casanova, Agustín Cueva, Florestán Fernandes, Otavio Ianni y Aníbal Quijano entre otros.

A. M. *Ahora que hacés referencia a estos autores latinoamericanos recuerdo haberte escuchado decir que hablar de la geopolítica se había vuelto en vos en un imperativo. Sobre todo, teniendo en cuenta tu trayectoria política y académica en todo el continente.*

A.B. Es que de Harvard egresé como analista político y un poco como profesor de filosofía política, una cosa rara, porque en el mundo académico convencional ambos territorios teóricos raramente se conectan. Porque allá o salías como experto en filosofía política o te dedicabas al análisis político, pero no a ambas. Pero a mí me parecía que las cosas eran inseparables porque mal podía filosofar sobre la política sin tener como fundamento un diagnóstico de lo que Marx llamaba «la sórdida materialidad de la sociedad civil», de ahí mi doble preocupación intelectual. Y

de poco valor serían mis análisis si estuvieran huérfanos de un horizonte valorativo, ético, que señalara lo bueno y lo malo y, por supuesto, que dibujara los contornos de una buena sociedad. Sin esta parámetro, es decir, sin la ayuda de la utopía como flecha que se dirige hacia un futuro mejor, tal vez ideal, mal se puede analizar la realidad existente. No puede ser un buen médico quien se incapaz de distinguir la salud de la enfermedad. Y lo mismo vale para el analista político: mal puede serlo si es incapaz de discernir entre instituciones y prácticas virtuosas y otras que están degradadas o son corruptas.

Al finalizar mi doctorado disponía de un arsenal de buenos instrumentos para el análisis político y una clara noción de lo que era el imperialismo: su génesis en el colonialismo, sus desarrollos a lo largo del siglo XX, pero sin ser todavía un conocedor profundo de la literatura contemporánea sobre el tema. Conocía a los clásicos: Lenin, Rosa, Hobson, Bujarin, pero poco de los desarrollos posteriores. Y los conocía porque en los debates sobre la teoría de la dependencia, en el Chile de la segunda mitad de los sesentas, la referencias a los clásicos era inevitable. Aparte de los fecundos debates sobre la teoría de la dependencia, los desarrollos posteriores en el estudio del imperialismo comienzan en su mayoría a finales de los años sesenta. Es decir, eran contribuciones que estaba *in status nascendi* cuando yo culmino mis estudios. A ver: Immanuel Wallerstein era un experto en estudios africanos y recién en 1974 se publica en inglés su primera obra sobre la conformación del sistema imperialista: el primer tomo de *The Modern World-System*. Otro tanto ocurre con Giovanni Arrighi, sociólogo y economista italiano asociado a Wallerstein y que también era un especialista en asuntos africanos, hasta que en 1978 escribe su primera obra sobre el imperialismo: *The Geometry of Imperialism* y la obra cumbre, de su producción, es del 2007: *Adam Smith in Beijing*. La obra de Samir Amin es un poco anterior, pero no mucho. También él comienza como un especialista en asuntos africanos y recién en 1970 publica en francés su *Acumulación a escala mundial* y en 1976 su *Imperialismo y el desarrollo*

desigual, en francés. Igualmente, temprana fue la producción de Andre Gunder Frank, que desde sus estudios sobre el subdesarrollo latinoamericano hablaba del imperialismo, como todos. Pero su primera obra explícitamente dedicada al tema es *Acumulación a escala mundial, 1492-1978* que aparece en inglés en 1978. *The Age of Empire* de Eric Hobsbawm, (queva de 1875 a 1914) es de aquella época, y, un poco posterior, es *Imperialismo y Cultura* de Edward Said. Por supuesto, este listado está lejos de ser exhaustivo. Por lo tanto, cuando emigro a México, a mediados de 1976, esa literatura estaba recién comenzando a ser objeto de debate a favor de una producción previa, que giraba, como te decía recién, en torno a las teorías de la dependencia, lo que facilitó la rápida ignición de un intenso debate sobre las nuevas formas e impactos del imperialismo contemporáneo en respuesta a las producciones que venían del norte.

La estancia en México me familiarizó con las nuevas formas de acumulación capitalista, el papel de la financiarización de la economía, la creciente concentración y centralización del capital y, como consecuencia de todo esto, la renovada agresividad del imperialismo, cosa que en la América Latina de aquellos años setentas se tradujo en la proliferación de las brutales dictaduras que asolaron casi por completo a la región. El ascenso de los republicanos, con Ronald Reagan a la cabeza, precipitó por mi parte la necesidad de estudiar la política estadounidense y su apoyo a las dictaduras militares de la región. Escribí varios trabajos sobre el tema, uno de ellos en colaboración con Gregorio Selser. Por otra parte el estallido de la crisis de la deuda, que me sorprendió en México pues ocurrió en agosto de 1982, y el nefasto «efecto dominó» que recorrió todo el Tercer Mundo, me convenció de la necesidad de estudiar más a fondo los nuevos y más eficaces mecanismos de la dominación imperialista, mucho más complejos que los que existían en las dos primeras décadas del siglo XX y en donde el influjo de los dispositivos, que tiempo después, se llamarían «poder blando» (el mundo de las imágenes audiovisuales, el enorme papel de Hollywood y la potente industria cultural

norteamericana lanzada a un arrollador proceso de colonización cultural e ideológica a escala planetaria) habrían de adquirir una importancia inédita en la historia de los imperios. A propósito de la crisis de la deuda recordaba, en México, aquella famosa frase de John Adams cuando dijo que «Hay dos formas de conquistar y esclavizar a una nación: una es la espada, la otra es la deuda». Nuestros países, libres en lo formal, se hallaban esclavizados por una deuda eterna e impagable, como diría Fidel en aquellas grandes conferencias de 1985.

A partir de esta constatación el tránsito del estudio del imperialismo a una preocupación por la problemática geopolítica requería de un solo paso, y es así que esta irrumpe con fuerza en mi agenda de trabajo a través de diversos impulsos. Uno, mi rechazo –casi te diría repugnancia– ante la rastrera, indigna, política exterior de Menem («las relaciones carnales») con Estados Unidos y mi participación en los debates que aquella suscitaba, entre ellos uno muy especial con uno de los asesores del Canciller Guido di Tella, Carlos Escudé, con quien polemicé en un marco de mutuo respeto muy raro en la vida política y académica de la Argentina. y que a consecuencia de ese debate se forjó una relación de amistad que perduró por casi treinta años. Escudé era un hombre muy culto, un polemista formidable y por encima de todo eso una persona muy honesta, lo cual es un rasgo invalorable. Como todo personaje excepcional, tenía grandes aciertos –siempre muy sólidamente documentados–, pero a veces sus desaciertos eran tremendos. Pero tenía la rara virtud de ejercer la autocrítica, y en los últimos años revisó aquella postura de los años de Menem. Recuerdo con emoción que un día, hará de esto cuatro o cinco años, debíamos ambos participar en un seminario que se organizaba en la Universidad del Centro de la Provincia de Buenos Aires, en Tandil. En esa ocasión me invitó a pasar antes por su casa para luego irnos en el automóvil que vendría por nosotros. Tanto él como Mónica, su mujer, fueron muy amables conmigo, me ofrecieron un café y para mi sorpresa Carlos me enseño una pequeña biblioteca que tenía en el living de su de-

partamento en cuyos estantes reposaban calculo que unos treinta o cuarenta libros, entre ellos un par de mi autoría y la separata del artículo que había escrito criticando su teoría del «realismo periférico». Al notar mi sorpresa me dijo: «ahí atesoro la obra de los interlocutores que respeto y con los que vale la pena discutir. Y vos estás ahí por méritos propios». Recuerdo que se acercó a mí y nos fundimos en un estrecho abrazo. No sé cuántos colegas del mundo académico han hecho lo mismo con sus contradictores. Pero Carlos lo hizo. Por eso cuando me enteré de su muerte por el COVID-19, precisamente el 1º de enero del 2021, me embargó un profundo dolor.

Hubo aparte una segunda influencia que me motivó para estudiar la problemática geopolítica: el sorprendente levantamiento Zapatista del 1º de enero de 1994 y su crítica armada al neoliberalismo y al inicio de una inadmisible sumisión de México a Estados Unidos por la vía del TLC firmado entre el país azteca, Estados Unidos y Canadá. Como dijo sabiamente José Martí, «quien dice anexión económica dice anexión política», y eso fue lo que ocurrió. El zapatismo ejerció un profundo impacto en la vida intelectual mexicana con la cual yo, en mi calidad de recalcitrante «argenmex», seguía estando estrechamente vinculado pese a no residir ya en México. Escribí varios ensayos sobre el tema, polemizando sobre todo con uno de los portavoces del zapatismo en la academia, y buen amigo mío: el irlandés John Holloway, sobre la cuestión del poder y la ilusión de «cambiar el mundo sin tomar el poder» para crear «un mundo en donde quepan todos los mundos», como dicen los zapatistas, cosa inadmisible para mí porque es una forma elegante y metafórica de negar las contradicciones sociales para caer en las honduras de un estéril romanticismo. En ese idílico mundo cabrían los opresores, los ecocidas, los racistas, los violadores, los pederastas, los agentes del imperialismo y eso para mí era, y sigue siendo, un dislate, una inocentada que no podía conducir a nada bueno. En fin, el desafío de los zapatistas quedó en eso: un desafío, a pesar de la abnegación de su militancia y los nobles valores de altruismo,

solidaridad y amor que los inficionaban. El grito de 1994 que se escuchó en Chiapas y resonó por todo el mundo me parece que quedó en eso; en una temprana voz de alarma ante los estragos del neoliberalismo, pero sin energía requerida para crear, en la muy compleja sociedad mexicana, una fuerza política capaz de transformar la realidad en el sentido señalado por sus principios fundantes, siquiera la del sureste de ese país. Pero su irrupción fue un hecho que, en sus primeros años, introdujo una significativa novedad en el tablero de la política internacional, sobre todo en eso que los estadounidenses llaman «el hemisferio occidental». Pese a su encapsulamiento regional y a la renuencia del Subcomandante Marcos a dialogar o establecer coaliciones con otras fuerzas políticas, el ejemplo de aquel levantamiento le dio un gran impulso a la campaña internacional del «No al ALCA» de finales de los años noventa y principios de este siglo. Y eso solo, de por sí, instala al zapatismo en un sitial privilegiado en la historia de la emancipación de Nuestra América.

La tercera influencia que me motivó a dedicarle tiempo y lecturas a la problemática geopolítica fue la aparición, en el año 2000, del libro de Antonio Negri y Michael Hardt, *Imperio*, que dejó a los principales movimientos y fuerzas sociales antiimperialistas dela región sumidos en el más profundo desconcierto con su tesis de un imperio virtual, un «imperio sin imperialismo», cosa que a mí me pareció un lamentable oxímoron. A comienzos del siglo se inauguró el Foro Social Mundial de Porto Alegre, y en el momentoen que más se necesitaba un diagnóstico claro del imperialismo en su nueva fase, recargada de virulencia luego del 11-S, hete aquí queaparece un libro firmado por dos de los más importantes intelectuales de la izquierda noratlántica para decirnos que el imperialismo ya no existía sino como una etérea virtualidad, que la organización del campo popular era una traba que impedía la genuina expresión de sus potencialidades transformadoras de las multitudes, y que asuntos como estrategia y táctica de la lucha de clases eran inútiles antiguallas de las que había que desprenderse lo antes posible, al igual que la idea absolutamente

anacrónica del EstadoNación. Esa visión de un imperio sin imperialismo, sin Estados, sin territorios, sin ejércitos ni estructuras de dominación era perfectamente funcional a las necesidades del gran capital, y por eso resolví salir al frente y plantar un debate ante esos autores, cuya influencia sobre los movimientos contestatarios fue, durante unos años, muy grande. Recuerdo que para enero del 2001 había completado la lectura del libro publicado por la Harvard University Press –y que no por casualidad había merecido tres páginas completas de la edición dominical del *New York Times*, algo insólito para un libro que se suponía como contestatario pero que no lo era– y que dediqué por entero ese mes de vacaciones para escribir mi refutación de aquella obra: *Imperio & Imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri* que CLACSO publicaría poco tiempo después y que se reeditaría cinco o seis veces. Por supuesto, mis derechos de autor los había cedido a CLACSO para financiar la puesta en venta a muy bajo precio de ese libro porque lo consideraba fundamental para la batalla de ideas en que estaba empeñado. El libro se tradujo también al inglés, francés, italiano y, no estoy seguro, al portugués y por supuesto me gané el eterno rencor de aquellos autores. Pero, no fue casual que no pudieran rebatir uno sólo de mis argumentos. Optaron, ante ello, de apelar a descalificativos tales como «anacrónico», y otros por el estilo. Pero la historia fue implacable con sus «ocurrencias», que no teorías, y se encargó de reivindicarme con creces. Poco tiempo después que apareciera la obra de aquellos autores el atentado a las Torres Gemelas y la guerra de Irak y Afganistán fueron un rotundo y definitivo mentís a sus extravíos teóricos y políticos.

En todo caso, lo cierto es que en los análisis políticos convencionales –no solamente del *mainstream,* también de la izquierda– la problemática geopolítica era ignorada o, en el mejor de los casos, ninguneada porque tenía muy mala fama. Tradicionalmente, quienes hablaban de geopolítica eran los militares y la izquierda no quería saber nada con un tema casi exclusivo de su agenda, aun cuando la problemática que abordaban algunos de los expertos de las fuerzas

armadas –de malas maneras, sesgada, colonizada – fuese muy relevante. Tardamos en darnos cuenta que la geopolítica era indispensable para comprender a cabalidad el funcionamiento del sistema imperialista, lo que era dificultado por la hegemonía de un reduccionismo economicista que impedía dar cuenta de la multidimensionalidad del fenómeno y de la centralidad del contexto geopolítico. La indignación que me produjo la lectura del libro de Hardt y Negri fue el empujón que necesitaba para proponerme estudiar a fondo el tema. Por otra parte, durante los años del gobierno de la Alianza en la Argentina (1999-2001) el diario en el cual escribí toda mi vida, *Página/12,* estaba a mi juicio exageradamente identificado con ese gobierno, tal vez por la presencia en él, como vicepresidente, de Carlos *Chacho* Álvarez, quien sin duda representaba un amplio espectro del progresismo en el país. Lo cierto es que ante la indigna capitulación de las aspiraciones que la Alianza había suscitado el tono de mis notas sobre ese gobierno se tornó cada vez más crítico, lo que llevó a los responsables del diario a sugerirme cortésmente que aprovechara mis conocimientos «del mundo y sus alrededores» y concentrara mis contribuciones cada vez más en los asuntos internacionales y no tanto en cuestiones de política nacional. La verdad es que fue un buen consejo porque como se probó poco después la Alianza era un *Titanic* político destinado inexorablemente a naufragar y con él las ilusiones del terco «progresismo» argentino, siempre reacio a tomar nota de las lecciones de la historia. Los atentados del 11-S del 2001 me convencieron que debía profundizar mis estudios sobre lo que Brzezinski llamó «el gran tablero geopolítico mundial», algo que ya venía pensando cuando en junio de 1994 publiqué nada menos que en *Security Dialogue,* una importante revista académica estadounidense, un artículo sobre la emergencia de un sistema internacional post-hegemónico. Su título era contundente: ¿*Towards a post-hegemonic age? The end of Pax Americana,* y por supuesto, que fue ninguneado por el pensamiento único dominante en aquellos años, tanto en Estados Unidos, como en América Latina. El mandarinato académico ignoró olímpicamente mi contribución, pero, después de los traumáticos –y enigmáticos– acontecimientos del

11-S, el ascenso de China y el retorno de Rusia a los primeros planos de la política internacional, para ni hablar de la guerra en Ucrania, el tema ha pasado a ser insoslayable. La declinación de Estados Unidos y su decreciente gravitación en el sistema internacional (aunque muy grande todavía), unido al arrollador avance económico, político y militar de China y el protagonismo de Rusia confirman que la era de la *Pax Americana* es cosa del pasado. La guerra que se está librando en Ucrania en momentos en que se está poniendo punto final a la revisión editorial de este libro confirma lo acertado de mi pronóstico, con independencia de cuál sea el resultado de la tragedia en curso en aquel país. En fin, las tendencias que desde el 2010 era evidente para todos yo las había advertido con claridad en 1994. Creo que fue uno mis mayores aciertos en la vida académica, que por cierto no fueron muchos.

A. M. ¿Imperio & imperialismo *tuvo también alguna vinculación con algún intelectual, o político latinoamericano?*

A. B. No, pero sí la tuvo con los movimientos sociales que confluían en el Foro Social Mundial de Porto Alegre. Fue un estímuloque provenía de los debates que se ventilaban en esos foros y de miestupor ante la confusión que habían sembrado Hardt y Negri –y junto a ellos una pléyade de autores posmodernos– con su obra. Esto a su vez fue potenciado por gente que me recomendó que escribiera algún texto de crítica, como Pablo González Casanova, Samir Amin, Theotonio dos Santos, aparte de muchos militantes de base. El virus posmoderno del que era portador la obra de Hardt y Negri hizo tanto daño que fue uno de los factores que contribuyó a la desarticulación del FSM al debilitarlo ideológica y organizativamente, al oponerse a la creación de una instancia de coordinación internacional de las luchas, porque mal se podía bregar contra un enemigo organizado a escala global con un sinfín de luchas locales, desarticuladas entre sí, y carentes de una estrategia común. Esta propuesta fue fulminada como si se tratara de una vergonzante recomposición de la Tercera Internacional, lo cual eraun absurdo, pero lo cierto es que eso fue lo que ocurrió. Las concepciones posmodernas ofrecieron también el

fundamento teóricoa la suicida política de desmovilización seguida por el más grande partido de izquierda de masas de América Latina que era el PT de Brasil, con las funestas consecuencias que se vieron ni bien Dilma Rousseff se hizo cargo de la presidencia de ese país.

A. M. *Siguiendo con tus obras, ¿cómo surge* América Latina en la geopolítica del imperialismo*?*

A. B. Creo que en esto fue decisivo el papel de CLACSO al permitirme madurar una visión global, definitivamente planetaria, del capitalismo que yo antes tenía confinada al mundo occidental: Estados Unidos, Europa y las excolonias que constituyen la periferia europea en Latinoamérica y el Caribe. Como está dicho más arriba durante mi gestión en CLACSO abrimos una línea de trabajo internacional: Sur/Sur/Sur, inspirada, una vez más, en la Conferencia Tricontinental convocada por Fidel para fortalecer la lucha antiimperialista mediante la coordinación de sus actividades. Yo pude hablar con él sobre la importancia de acompañar el internacionalismo político con un trabajo de convergencia en el plano intelectual, en el terreno de las ideas entre intelectuales y académicos de África, Asia y Latinoamérica y el Caribe. Es decir, fomentar una visión descolonial y también anticolonial en el ámbito de las ciencias sociales, pero también, en el de la lucha política en el plano mundial. Esto necesariamente remataría en una preocupación por cultivar un enfoque planetario del antiimperialismo porque su actuación y sus efectos se perciben de modo distinto, si bien no incompatible, cuando se lo observa desde –o se lo padece en– Nigeria, Etiopía, Egipto, Bangladesh, Malasia o la India que cuando se lo hace desde Latinoamérica y el Caribe. Es decir, cuando se lo estudia desde diferentes historias y relaciones entre Estados Unidos y aquellos países. Pero cuando Chávez me pidió que escribiera algo sobre la violación de los derechos humanos en Estados Unidos, acumulé una gran cantidad de estudios e investigaciones sobre el tema. En otra ocasión me había dicho que los valiosos análisis económicos, políticos y sociales de los intelectuales latinoamericanos –que él leía muy atentamente– adolecían de un

defecto: no contemplaban la problemática de la guerra y su antesala, las tensiones geopolíticas, y me estimuló a que avanzara por ese camino. Con ese objetivo *in mente* había ido escribiendo pequeños ensayos que después serían el núcleo de cada uno de los capítulos del libro de geopolítica. Por eso, escribirlo fue prácticamente cuestión de ensamblar numerosas piezas sueltas, pero que encajaban perfectamente bien porque lo importante: la investigación previa, ya había sido realizada.

Cuando los compañeros de Luxemburgo lo publicaron, en el 2012, casi nadie hablaba del tema y más de un –o una– colega me reprochó por qué perdía el tiempo escribiendo sobre esos temas que eran asuntos que concernían a los militares. Años más tarde, todos hablan de geopolítica, aunque los que realmente manejan el tema sean muy pocos. Pero se puso de moda y con eso basta. Tengo como meta escribir un volumen complementario con muchas de las notas que he venido tomando y las investigaciones que he debido hacer para dar seguimiento a los principales sucesos de la política internacional. No cabe duda que en los últimos diez años hubo cambios de extraordinaria magnitud, a los cuales la pandemia primero y la guerra en Ucrania después no hicieron más que acelerar y profundizar. Todavía no estoy seguro si tendré tiempo para escribirlo, aunque ya tengo muchísimos materiales acumulados en mi escritorio.

A. M. *Tu* último *libro,* El hechicero de la tribu*, te desplazas un poco de la geopolítica al problema de las ideas y los intelectuales*, *¿verdad?*

A. B. Así es. *El hechicero* expresa mi otra preocupación, de antigua data, por el tema de los intelectuales, la lucha ideológica y la desazón que me embarga al comprobar la victoria ideológica del neoliberalismo, los formidables alcances del proceso de recolonización que ha logrado Estados Unidos a través de sus innumerables tentáculos de dominación cultural. Quiero dejar sentada mi gratitud por la lectura y crítica del borrador del libro que en su

momento realizara Ana María Ramb, cuyas observaciones mejoraron al escrito original. Por eso le rogué que escribiera el prólogo al libro y por suerte aceptó.

A. M. *¿Por qué Vargas Llosa en ese libro?*

A. B. La obra literaria de Vargas Llosa es de una envergadura extraordinaria, pero sus ampliamente difundidos ensayos periodísticos sobre la coyuntura envenenan la conciencia de nuestros pueblos, especialmente cuando habla de los países y gobiernos latinoamericanos. Es un hombre de una tenacidad admirable (que podría canalizar hacia mejores causas), pero esas dotes son puestas al servicio del imperio y de su militancia reaccionaria. Claro, está parado sobre el pináculo de una red de más de trecientos diarios, que a su vez reproducen sus diatribas y falacias en miles de programas de radio y televisión, y no sólo en el mundo hispanoparlante. En tal sentido, cumple un papel nefasto como el gran comunicador del neoliberalismo, y me pareció que era necesario polemizar con él dedicándole un libro entero a tal empresa. Sólo que estaba a la espera de la ocasión. Yo ya había escrito varias notas polémicas sobre sus intervenciones, pero últimamente el tono ponzoñoso y descarado de sus comentarios, siempre basado en artificiosos sofismas y una irresponsable manipulación de los datos superó todo lo conocido. Escritos que destilaban un odio visceral, un afán de venganza y una rastrera vocación de servicio a los mandatos de la Casa Blanca y la casta política de España, incluyendo al corrupto Rey Juan Carlos, terminaron por sacarme de quicio. La gota que colmó el vaso fue la publicación, en 2018, de un libro: *La Llamada de la tribu* en donde examina a los siete pensadores (filósofos, sociólogos, economistas), cuya lectura le hizo abandonar al marxismo de su juventud y abrazar al neoliberalismo con el fanatismo propio de los conversos. Resulta que la mayoría de esos autores son examinados en diversos cursos de Teoría y Filosofía Políticas que he venido dictando a lo largo de los últimos treinta años, por lo cual, su libro revestía un interés especial para mí. Y, debo confesarlo, en un cierto sentido lo tomé casi como un desafío, o una provocación. Lo leí

muy cuidadosamente y llegué a la conclusión que en esas materias propias de la teoría y la filosofía políticas Vargas Llosa era un modesto aficionado. Un hombre sin duda inteligente y muy culto en literatura, autor de algunas novelas extraordinarias, pero que en el libro de marras se ponía de manifiesto que la reflexión filosófico -política no era lo suyo. En suma, su libro era un refrito de lugares comunes de todos estos autores, sin la menor reflexión crítica y escamoteando ideas y argumentos a los efectos de respaldar la tesis crucial –y falaz– del libro, a saber: que liberalismo y democracia son dos caras de la misma moneda. Leí su obra con la atención que le dedicaría la preparación de una tesis doctoral, la estudié renglón por renglón y página por página, y estaba preparando el bosquejo para escribir una nota, a guisa de recensión crítica, cuando en eso me llega una invitación de Roberto Fernando Retamar para que escriba un artículo sobre la universidad latinoamericana para la *Revista Casa*, de Casa de las Américas. Escribí el artículo solicitado sin demora, porque había estado investigando el tema, y al poco tiempo voy a Cuba. Como solía hacer cada vez que visitaba la isla trataba de visitar a Roberto y conversar con él sobre los más diversos temas. En el curso de la charla sobre la nota que había escrito le dije que «tengo unas hojas sueltas sobre el último libro de Vargas Llosa, así que, si te parece bien, puedo escribir una recensión bibliográfica para que la publiques en *Casa* cuando tengas espacio, sabiendo lo difícil que es el acceso al papel para cualquier publicación cubana». Me detuvo con firmeza y dejando de lado su habitual serenidad me dijo: «¡no!, ¡qué notita!, tienes que escribir un libro; es fundamental que escribas un libro sobre ese bribón (así se refería siempre a él: «bribón»). Tú puedes hacerlo para demostrar todas sus mentiras». Me sorprendió la vehemencia de su reacción y durante el resto de la conversación se encargó de recordarme una y otra vez la necesidad de «fajarme» con Vargas Llosa (y todo el inmenso aparato editorial y empresarial que lo sostiene), y escribir una suerte de «antilibro» de *La Llamada de la Tribu*. No estaba muy convencido, pero cuando retorné a la Argentina y me puse a revisar los materiales que tenía archivados sobre el novelista

peruano (borradores, notas publicadas, videos de sus conferencias, etc.), caí en la cuenta que tenía mucho para decir sobre él y que una recensión, por larga que fuera, no le haría justicia a todo ese material laboriosamente recogido. Tenía que organizarme y disponer de cinco o seis meses con mucho tiempo y bajo nivel de exposición y compromisos públicos para establecer una polémica, página tras página, con su libro, replicando minuciosamente sus argumentos y demostrando sus falacias y «pos verdades». En cuatro meses de trabajo intenso lo pude escribir, y le fui mandando diferentes capítulos a Roberto, sobre todo los dos primeros que giran en torno a Vargas Llosa y Cuba, y él me los devolvía siempre con inteligentes sugerencias u oportunas correcciones. Por eso en el obituario que escribí cuando falleció, pocos meses después, manifesté públicamente la deuda que había contraído con él cosa que, por otra parte, ya había expresado en los agradecimientos de mi libro. Este fue publicado por Akal simultáneamente en Madrid, México y Buenos Aires, y luego se reprodujo en Cuba, Venezuela, Perú, Brasil y hay una traducción al inglés que se supone saldrá publicada en Estados Unidos y otras en francés y alemán. Espero que así sea porque es importante desmontar el aparato de falacias y tergiversaciones que este siniestro personaje ha desparramado por todo el mundo.

A. M. *¿Hubo alguna reacción de Vargas Llosa?*

A. B. Sé que a Vargas Llosa esas críticas, y otras, le duelen, pero no quiere saber nada de sentarse a conversar y a discutir civilizadamente con un contradictor. Me contaron que su agente, si no fue él mismo, presionó para que no me invitasen a la Feria del libro de Guadalajara en 2019, pues como él era invitado de honor parece que su agente literario dijo a los organizadores que le parecía una descortesía, un disparate, que un «difamador» como yo estuviera presentando su libro al mismo tiempo que lo hacía Don Mario en Guadalajara. Total, que, ¡nada! De todos modos, no he depuesto las armas y aprovechando el confinamiento a que nos ha obligado la pandemia, actualicé las notas que estuve escribiendo en respuesta a sus libelos periodísticos en contra de los gobier-

nos o líderes progresistas o de izquierda de la región. Compilé también algunos artículos escritos por otros intelectuales latinoamericanos y publiqué un libro llamado *El Sueño del Marqués. Mario Vargas Llosa, una pluma al servicio del imperio*[67].

A. M. *Intelectuales y política. Todo un tema que atraviesa tu trayectoria de diferentes formas. Podríamos cerrar estas conversaciones con una reflexión final sobre el tema. Desde tu propio itinerario por supuesto…*

A. B. La relación entre intelectuales y política, o intelectuales y gobierno, siempre es tormentosa, por usar una metáfora muy didáctica. Un grupo gobernante debe tener una línea política, un horizonte hacia el cual caminar. Pero a partir de allí no siempre es fácil definir en cada coyuntura concreta que es lo que hay que hacer, porque la «guía para la acción» que es el marxismo –que no es un dogma como decía Lenin–, a veces te obliga a adoptar cursos de acción que desde la pureza doctrinaria podrían ser cuestionables y, para algunos, heréticos. Y por eso la necesaria disciplina que exigen los partidos y los gobiernos, que son organizaciones jerárquicas (pese a que a veces se minimiza este aspecto) provoca el descontento -cuando no la rebeldíade los intelectuales y la desconfianza de partidos y gobiernos ante estos molestos inconformistas. Suele ocurrir que cuando los gobiernos adoptan otra actitud y valoran a los intelectuales es para persuadirlos de que cumplan el rol de legitimadores *post facto* de decisiones ya adoptadas, no siempre sabias o acertadas. Y si alguien se atreve a dar la voz de alerta se despertará el coro de asesores o consejeros oficiales que acusará al crítico, o al insumiso, de «hacerle el juego a la derecha, o a la oposición». Más en un país como la Argentina, donde los intelectuales rara vez somos vistos o apreciados como en México, para poner un ejemplo. En ese país podés ser un intelectual de izquierda y gozar de un

[67] Publicado a fines del 2021 por el Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini y la Universidad Nacional de Avellaneda. Invito a todas y todos buscar este libro que, además, está disponible en mi sitio blog www.atilioboron.com.ar

espacio social y un reconocimiento que en Argentina es muy difícil de obtener; no imposible, pero sí muy difícil. Claro que también en México, al menos hasta antes de AMLO, ese ancho campo de maniobra de los intelectuales se acotaba rápidamente si salías del ágora intelectual, o de la «república de las letras», como se decía antes, y tenías la temeraria ocurrencia de hacer llegar tus ideas a las clases y capas populares. Eso quienes vivimos en México en los setentas y ochentas lo sabíamos muy bien. Dentro de la UNAM, las UAMs, la FLACSO, El Colegio de México y otras instituciones académicas podíamos dar rienda suelta a nuestros debates y a las más ardientes propuestas revolucionarias. Pero afuera de esos ámbitos la cosa era muy distinta y entrabas en una zona erizada de acechanzas.

Volviendo a la Argentina, pensá si sería concebible que en este país existieran en la Casa Rosada murales como los de Diego Rivera en el Palacio Presidencial de México con Marx y Engels señalando al proletariado y las masas campesinas el camino hacia el comunismo. ¡De ninguna manera! Claro, allá hubo una revolución social, la primera del siglo XX, y aquí no. Ni siquiera el peronismo rompió con esa inercia histórica. Durante el primer gobierno de Perón Jorge Luis Borges fue nombrado inspector de ferias municipales, aunque lo más probable es que haya sido un funcionario de tercer o cuarto nivel quien tomó esa decisión para congraciarse con el jefe, como observara Pedro Orgambide en un pequeño y hermoso libro: *Borges. Su pensamiento político*. El argumento gorila es que fue una venganza contra Borges, pero no estoy muy seguro. Algo de eso puede haber habido, pero recordemos que Perón ¡también se lo sacó de encima a Arturo Jauretche! Es cierto, no lo humilló mandándolo a inspeccionar ferias municipales, pero hizo que el gobernador Domingo Mercante lo designara presidente del Banco Provincia de Buenos Aires en 1946, un sitio nada apropiado para aprovechar sus enormes talentos literarios y políticos. En 1951 fue despedido por otorgar un préstamo para que un diario opositor, *La Prensa*, adquiriese una rotativa. Nunca más ocupó cargo alguno bajo el peronismo.

¿Sólo con Jauretche? No, también con Scalabrini Ortiz. Una socióloga lo cita diciendo que: «Durante la época de Perón me tuvieron con la boca tapada. Ni un diario me abrió sus columnas. Ni una revista. Ni una tribuna. Sólo alcancé adar tres conferencias en un centro obrero y Borlenghi lo hizo clausurar»[68].

Sólo un poco mejor fue el destino de Juan José Hernández Arregui, confinado como profesor en las universidades de La Plata y UBA, y nada más. En pocas palabras, el peronismo fue también poco respetuoso, por momentos cruel con sus propios intelectuales. Entonces, ¿por qué no lo sería con Borges, o con algún otro? Porque al fin y al cabo si vos me dijeras que «Perón lo mandó a Borges a inspeccionar las ferias municipales mientras que a Scalabrini Ortiz lo designaba director de la Biblioteca Nacional y a Jauretche ministro de Cultura» habría fundamentos para pensar en una persecución específicamente destinada a un opositor. Pero no fue así. Con el advenimiento del alfonsinismo se produjo una cierta revalorización del papel de los intelectuales, pero sin la amplitud y la continuidad necesarias. La relación entre estos y los gobiernos siguió siendo distante y por momentos tensa. Bajo Menem la perversión de la cultura, su farandulización, llegó a niveles inéditos en este país, de la mano del ataque a la educación pública y la investigación científica. Como dice Discépolo en «Cambalache»: «¡Hoy resulta que todo es igual! ¡Nada es mejor! ¡Ignorante, sabio o chorro! ¡Lo mismo un burro que un gran profesor!». Fue en este penoso contexto que el ministro Domingo Cavallo mandó a los científicos «a lavar los platos».

El gobierno de la Alianza, con De la Rúa como presidente, fue de una total nulidad y nada hizo para torcer este rumbo. Luego la debacle, la normalización institucional y económica con Néstor Kirchner y, ya con Cristina, los intelectuales adquieren una inédita relevancia en este país. *Carta Abierta* es en un cierto sentido un símbolo de esa época, pero, de todos modos, no cerró

[68] Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur SRL, p. 46 nota 34.

la cesura que dividía a los intelectuales de las esferas del poder y las dificultades existentes, para que el gobierno admitiera que la positividad del rol del intelectual se encuentra en relación directa con su capacidad de ejercer la crítica. Y Carta Abierta, por meritoria que haya sido, me parece que pecó de un cierto seguidismo que esterilizó una influencia que debió haber sido mucho más fecunda. Reunía a intelectuales de fuste, pero creo que les faltó la osadía –o tal vez no tenían espacio político– para decirle a Cristina cosas que tal vez nadie más podría haberle dicho y que hubieran favorecido su gestión gobierno. Por ejemplo, no señalar desde Carta Abierta lo absurdo que era que el único canal internacional de noticias que hablaba bien de su gobierno, Telesur, no hubiese sido incorporado a la televisión abierta para contrarrestar la nefasta influencia que ejercían los demás. No se le hizo ningún favor al gobierno obrando de esa manera. Este ejemplo vale sobre todo para quienes queremos que a los gobiernos que «supimos conseguir», con sus limitaciones, les vaya no tan sólo bien, sino muy bien. Y esto es así porque los sectores sociales abrumados por la plaga de la pobreza: un mínimo del cuarenta por ciento de la población, a lo que hay que sumar un treinta por ciento más que hace un agónico equilibrio sobre la delgada línea de la pobreza se lo merece y lo necesita. Paracolaborar en esa tarea los intelectuales críticos debemos estar dispuestos a decir, como el niño de aquel cuento: «¡pero si el Rey está desnudo!», y el Rey, en este caso el gobierno, debe aceptar la crítica y allanarse a discutirla con quienes se la formulan. Lo que suele ocurrir es el tradicional «ninguneo» de los protestones: te desaparecen de los medios oficiales o amigos del gobierno y la derecha, por opuestas razones, hace exactamente lo mismo. Por lo tanto, te quedás como el perro aullando a la luna mientras ves a tu alrededor como el país se va hundiendo cada vez más; como crece la pobreza; como grandes sectores de la población se embrutecen vía «deseducación» y la imbecilización promovida por la industria del «entretenimiento»; como la democracia se va vaciando de contenido; como la dictadura del partido único mediático se afianza día a día; como el *lawfare*

destruye al proyecto democrático, y como los ricos se enriquecen cada día más sumiendo al resto de la sociedad en la pobreza y la indigencia y plasmando un tipo de sociedad que evoca, en cierto modo, a la distopía de Aldous Huxley en *Un Mundo Feliz*, con una clase rica y educada que manda, los Alfa, y unaenorme masa de gentes privadas de todo y condenada a la ignorancia y la explotación más brutal, los Epsilón. Si bien no hemos llegado a ese extremo las tendencias del capitalismo mundial, no sólo argentino, se mueven claramente en esa dirección. ¿Qué hacer?

¿Callar ante un rumbo que nos lleva a un desastre? ¿No decir que el gobierno carece de respuesta ante la feroz ofensiva de la derecha; o que predomina un estéril «dialogismo» cuando lo que se necesita es una reafirmación de la autoridad política para poner en vereda a los mercados y sus principales operadores; o que la comunicación política es poco menos que desastrosa; o que la convalidación de «juicios truchos» con testigos comprados prospera ante la renuencia del gobierno para avanzar con firmeza en la Reforma Judicial? No denunciar todas estas calamidades, a las que podríamos agregar muchas más, y que conspiran contra la gobernabilidad democrática es una tremenda insensatez. ¿Puede eso ser considerado un ataque al gobierno nacional? ¿Desde cuándo dar la voz de alerta equivale a atacar al prevenido? ¿Cómo calificar en términos éticos al centinela que advirtiendo un peligro se abstiene de informarlo? Hay, en todo el mundo, intelectuales que por oportunismo o ventajas de distinto tipo cultivan este negacionismo. Otros, en su torpeza, ni siquiera son conscientes del riesgo. Ambos son igualmente fatales para cualquier gobierno.

A. M. *¿Cerramos el relato, te parece?*

A. B. Cerremos. Quedan muchas cosas en el tintero, pero creo que lo dicho hasta ahora servirá como insumo para ayudar a repensar la historia, el presente y los desafíos futuros de Nuestra América. Teniendo en cuenta, eso sí, que tal como lo recordara, creo, Hannah Arendt, una biografía es un retrato, pero un «retrato oblicuo» de las épocas y tiempos que vivió y vive su protagonista.

No es una historia sino la recopilación, más o menos ordenada, de los recuerdos de una historia vivida. Ojalá estos contribuyan a esa imprescindible e impostergable toma de conciencia que necesitan las jóvenes generaciones para tomar el destino en sus manos y derrotar a quienes, por siglos, conspiraron para mantener a nuestros países en el atraso, la ignorancia, la pobreza. Como decía José Martí, es necesario «ser cultos para ser libres». Y con esta frase no aludía a la erudición o al saber enciclopédico, sino al conocimiento de nuestra historia, de saber quiénes somos y cuál es nuestra identidad, de dónde venimos y hacia dónde debemos ir. Saber también quiénes son los que nos pueden acompañar en esta larga marcha destinada a lograr nuestra segunda y definitiva independencia, y quiénes siempre estarán al acecho para frustrar –en beneficio de las minorías opulentas y el imperio– tan noble y sagrada causa. Como dijera Floreal Gorini, «El avance hacia la utopía requiere muchas batallas, pero sin duda la primera es la batalla cultural». A librar esa batalla dediqué mi vida, y sin quererlo, pero afortunadamente me convertí en un guerrillero de ideas. A las personas que lean este libro les tocará dictaminar cuál ha sido el resultado de este empeño, y si estos recuerdos les son o no de utilidad.

VI. POSTSCRIPTUM. PANDEMIA, RESTRUCTURACIÓN CAPITALISTA Y GUERRA

No habrá escapado a la atenta mirada del lector, o lectora, que algunos pasajes del libro remiten a una situación muy actual, como la guerra en Ucrania. Esta no estaba en el horizonte cuando Alexia Massholder comenzó con sus muy espaciadas –debido a mis continuos viajes– entrevistas en 2015. De hecho, cuando estas tocaron a término y comenzamos a revisar y editar las desgravaciones, a mediados del 2019, la pandemia del COVID-19 (que al momento de escribir estas líneas cobró más de cinco millones de vidas) tampoco estaba a la vista. Pero, aquí y allá abundan en el texto referencias a ambos acontecimientos, pues sólo un espíritu desarraigado de su época y del trágico devenir de la historia podría ignorarlos al revisar lo que había sido escrito previo a su envío a la imprenta. Es debido a ello que decidí cerrar este libro con una breve referencia a los tres temas señalados anteriormente. Aclaro que no reproduciré aquí los varios artículos y ensayos que, a lo largo de estos años, escribí sobre dichos temas. Simplemente, compartiré algunas reflexiones finales sobre los mismos con las citas correspondientes, en donde quien esté interesado podrá conocer mis interpretaciones sobre estos estos asuntos que hoy conmueven la actualidad internacional[69].

La pandemia del COVID-19 vino a profundizar la crisis capitalista que había estallado en el 2008, premeditadamente desfigurada por la prensa hegemónica y la academia para confundir a la opinión pública. En efecto, se hablaba de una crisis de las «hipotecas sub-prime» cuando, en realidad, aquella fue el pre-

[69] Un punto de partida para dicho examen es revisar la gran cantidad de notas, videos y ensayos publicados en mi blog: www.atilioboron.com.ar

visible desenlace de la orgía especulativa y el insaciable afán de ganancias de los bancos. Fueron estos y no los infelices deudores hipotecarios lo que inflaron una burbuja que más pronto que tarde debía estallar. Una vez producido el derrumbe, la crisis originó un espectáculo inusual que desmentía las mentirosas premisas del neoliberalismo que condenaban al «intervencionismo estatal», porque los principales gobiernos capitalistas de todo el mundo acudieron en masa a salvar a sus principales instituciones bancarias, con excepción del banco de inversiones Lehmnan Brothers. El «intervencionismo estatal» es malo cuando se dirige a elevar las condiciones de vida de los trabajadores o a cuidar al medio ambiente; pero, cuando su objetivo es preservar la rentabilidad de los bancos, es virtuoso. Esta es la inocultable falacia que subyace al neoliberalismo como doctrina. En el caso que nos ocupa mientras los tahúres de las finanzas mundiales recibieron el veloz y eficaz auxilio de sus Estados, el costo de la crisis se descargó sobre las familias agobiadas por las hipotecas y los trabajadores y consumidores en general.

El trasfondo de esta situación, que derivó en una prolongada recesión en la cual la economía mundial aún estaba inmersa cuando irrumpió la pandemia, es la fenomenal concentración de la riqueza en manos de la burguesía. Un informe de la revista *Forbes*, insospechada de simpatías marxistas, revela que en Estados Unidos el «salario medio (ajustado por inflación) ¡se encuentra estancado desde hace más de cincuenta años!, mientras que desde 1950 la remuneración promedio de los CEO ha crecido en un 1000 por 100». Y agrega, para fundamentar su aserto que «en los años cincuenta, un CEO típico ganaba un salario que equivalía a veinte veces el de su empleado promedio. El último año (se refiere a 2017) la paga promedio de un CEO de las quinientas mayores empresas se dispararon exponencialmente a trecientas

sesenta y una vez más que su trabajador»[70]. El presidente Joe Biden denunció esta brutal injusticia en su discurso ante la sesión conjunta del Congreso, el 29 de abril del 2021, cuando dijo que: «la brecha salarial entre los CEO (directores ejecutivos) y sus trabajadores es ahora una de las mayores de la historia y la pandemia sólo ha empeorado las cosas. Veinte millones de personas perdieron su empleo en la pandemia, estadounidenses de clase media y trabajadora»[71]. Este es el «capitalismo realmente existente», lejos de las edulcoradas letanías que escuchamos en los medios o la academia; un capitalismo con la extrema y creciente desigualdad estampada a fuego en su rostro.

La aparición de la pandemia despertó las ilusorias expectativas de que aquella produciría el derrumbe del capitalismo, mismas que fueron duramente refutadas por el devenir histórico. Pese al gran respeto que tenemos por la obra de Slavoj Zizek nos pareció muy desacertada su sentencia de que la pandemia le propinaría «un golpe a lo Kill Bill al sistema capitalista», luego de lo cual, siguiendo la analogía cinematográfica, este debería caer muerto a los cinco segundos[72]. En su momento, manifestamos nuestra discrepancia con ese planteo y, efectivamente, lo que Zizek pronosticara no ha ocurrido y no ocurrirá porque, como lo recordara Lenin en más de una ocasión: «el capitalismo no caerá si no existen las fuerzas sociales y políticas que lo hagan caer». Pensar que en ausencia de ese multifacético sujeto revolucionario

---

[70] Diana Hembree, «CEO Pay Skyrockets To 361 Times That Of The Average Worker», *Forbes*, 22 de Mayo, 2018. Disponible en: https://www.forbes.com/sites/ dianahembree/2018/05/22/ceo-pay-skyrockets-to-361-times-that-of-the-averageworker/#7621dae6776d

[71] Cf . https: / / www . whitehouse. gov / es / prensa discursos - presidenciales / 2021 / 04 / 29 / declaraciones - del - presidente - biden - durante - sesion - conjunta - del - congreso /

[72] Ver su «Coronavirus es un golpe al capitalismo al estilo de 'Kill Bill' y podría conducir a la reinvención del comunismo», en Autores Varios, *Sopa de Wuhan. Pensamiento Contemporáneo en Tiempos de Pandemia,* Libro Electrónico de Editorial ASPO, 2020, pp. 21-28.

y anticapitalista –que, en el mundo actual, debe sintetizar la voluntad y la actividad de una miríada de movimientos sociales y fuerzas políticas de diversos tipos y con agendas e intereses muy específicos y no siempre fácilmente amalgamables– se producirá el derrumbe de un sistema inmoral, injusto y predatorio, enemigo mortal de la humanidad y la naturaleza, es más una expresión de deseos que producto de un análisis concreto. Lamentablemente, hasta el momento, ese conglomerado de sujetos contestatarios no ha irrumpido en el horizonte de nuestras sociedades y tampoco se vislumbra su rápida aparición. No obstante, la historia a veces produce acontecimientos inesperados o cambia abruptamente de dirección, cosa que no habría que descartar en contextos tan volátiles como los que definen al mundo actual.

Retomando el hilo de nuestra argumentación, si algo produjo la pandemia fue profundizar las tendencias más opresivas y predatorias del capitalismo. La constatación de esta situación hizo que se prendieran las luces de alarma entre los funcionarios del capital que monitorean minuto a minuto la vida social, procurando la temprana detección de síntomas o desajustes que podrían provocar si no un derrumbe por lo menos un radical debilitamiento del sistema. No por casualidad en una extensa nota editorial del *New York Times* del 9 de abril del 2020, muy crítica de los flagelos que el virus estaba produciendo en el país y la ineptitud de los actores privados del sector salud (hospitales, industria farmacéutica, etc.) para paliar sus devastadores efectos, se exhortaba a los estadounidenses a crear «una sociedad mejor». Y los economistas y expertos del Foro Económico Mundial de Davos advertían que la tradicional legitimidad popular del capitalismo se estaba resquebrajando, nada menos que en Estados Unidos. En este país, según la consultora Gallup, en el grupo de edad 18-39 años, la valoración positiva del capitalismo y la del socialismo eran prácticamente iguales, con datos previos al estallido de la pandemia. Una vez desatados estos diversos informes aseguran que la declinación en la aceptación del capitalismo se ha acentuado. En el Reino Unido, por ejemplo, «casi el 80 por 100

de los jóvenes entre 16 y 34 años culpa al capitalismo por la crisis de la vivienda, el 75 por 100 cree que la crisis climática es "específicamente un problema capitalista" y el 72 por 100 respalda una nacionalización generalizada de la economía. En resumen: el 67 por 100 quiere vivir bajo un sistema económico socialista»[73].

Ante esta amenazante comprobación, las múltiples usinas pensantes del sistema coinciden en que llegó la hora de relanzar al capitalismo, un «capitalismo recargado» en donde se mitiguen los efectos desquiciantes de la dinámica de los mercados mediante un abanico de intervenciones gubernamentales. Esta mutación suscita mucha preocupación entre los apóstoles del libre mercado porque temen cristalice en un «capitalismo conducido por el Estado», o *state-led capitalism*; o, como otros también aseguran con similar suspicacia, un «capitalismo Estado céntrico». En todo caso, no se trata de una intervención estatal orientada a favorecer la redistribución del ingreso y la riqueza; es decir, a fortalecer la democracia creando una sociedad más justa, sino que ese nuevo modelo Estado capitalista se supone cumplirá a cabalidad la función de ser el «capitalista colectivo ideal» del que hablara Marx. Es decir, una formación política capaz de regular tanto la competencia interburguesa (y mantenerla dentro de ciertos límites) como las contradicciones de clase entre masa trabajadora y burguesía. En ambos casos se trata de impedir que este entramado de conflictos culmine en una ruptura revolucionaria, un holocausto ecológico o termonuclear producto de la dinámica arrolladoramente belicista que el complejo militar-industrial-financiero de Estados Unidos y, en menor medida de los países europeos, imprime al capitalismo contemporáneo. Se trataría, en suma, del pleno despliegue de un aparato estatal dotado de nuevos instru-

[73] «Eat the rich! Why millennials and generation Z have turned their backs on capitalism», *The Guardian*, 20 de septiembre de 2021, accessible en: https: // www . the guardian . com / politics / 2021 / sep / 20 / eat - the - rich - why -millennials - and - generationz - have - turned - their - backs - on - capitalism

mentos de regulación, ciber vigilancia y control, y cuya meta será la refundación del capitalismo sobre nuevas y aún más autoritarias bases, poniéndolo a salvo de los devastadores perjuicios emanados de las «fallas del mercado». De lo anterior se desprende la necesidad impostergable de coordinar las iniciativas de todas las fuerzas anticapitalistas a escala global, a partir de la convicción de que si no se pone un dique a este sistema el futuro de la humanidad está en serio riesgo. Lo dijo Fidel en la Cumbre de la Tierra (Río de Janeiro, 1992) y lo ratificó una encuesta que poco después hiciera la revista *The Lancet*, la afamada revista médica británica. Pocas veces en la historia la metáfora con la cual Walter Benjamin corrige a Marx haya sido más apropiada. Comentaba aquel que: «Marx dice que las revoluciones son las locomotoras de la historia. Pero tal vez las cosas sean diferentes. Quizá las revoluciones sean la forma en que la humanidad, que viaja en ese tren, acciona el freno de emergencia»[74]. Aquellas difícilmente asumirán en nuestro siglo los ropajes y las formas revolucionarias de las luchas anticapitalistas del siglo XX. No sólo eso, probablemente será un tránsito más largo y paulatino, en donde se avanzará en la «desmercantilización» de la salud (incluyendo la industria farmacéutica, que con sus vacunas jugó un papel nefasto durante la pandemia); la educación; el sistema previsional de jubilaciones y pensiones; las telecomunicaciones; la internet; la vivienda y el transporte. Este proceso desatará enormes resistencias que sólo podrán ser doblegadas en presencia de una impetuosa presión desde abajo, por la «potencia plebeya», como la denomina Álvaro García Linera.

Si esto llegara a concretarse estaríamos en presencia de lo que he dado en llamar un «protosocialismo»[75]. Expliquémonos: si Marx aludía a la existencia de «formas antediluvianas» del capital

[74] *Tesis sobre la historia y otros fragmentos* (México: Contrahistorias, 2005)

[75] Ignacio Ramonet, Abel Prieto y Atilio Boron, *Ante lo desconocido… La pandemia y el sistema mundo*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2022.

¿por qué no pensar que puede también haberlas en la transición socialista? Esto exige tomar conciencia de que, como lo ha demostrado la historia, el desmontaje del capitalismo no podrá lograrse de la noche a la mañana; no será, mal podría ser, un relámpago fulminante que ponga fin a siglos de tinieblas, sino un proceso durísimo, de intensificación de los antagonismos de clase en donde los representantes políticos, ideológicos y militares del capital lucharán con todos los medios a su alcance y apelarán a cualquier recurso, desde la manipulación de conciencias y corazones hasta la violencia más brutal, con tal de ahogar en su cuna cualquier proyecto anticapitalista en ciernes. En fin, todo el arsenal de las «guerras de quinta generación» estará puesto al servicio de la sobrevivencia de la clase dominante pues, con certero instinto, saben que en esta nueva fase postpandémica la eventual «desmercantilización» de algunas actividades económicas esenciales abriría una rendija por donde podría avanzar un proyecto de construcción de una sociedad postcapitalista.

Mal podría poner punto final a este escrito sin decir unas pocas palabras sobre la situación en Ucrania. La «operación militar especial» como la denomina el gobierno ruso es la conclusión largamente fomentada por Estados Unidos cuya génesis se remonta a los primeros documentos oficiales del Pentágono producidos poco después de la desintegración de la Unión Soviética. En tal circunstancia, los principales líderes de los gobiernos occidentales (Clinton, Bush, Obama, Helmut Kohl, Tony Blair, entre tantos otros) aseguraron una y otra vez a Mijail Gorbachov que «la OTAN no se desplazaría ni una pulgada en dirección al este». El líder ruso, una fatal mezcla de ingenuidad e irresponsabilidad (y tiempo después, frivolidad, al hacer la campaña publicitaria ¡a favor de Pizza Hut en Rusia!) creyó en las palabras de aquellos criminales camuflados bajo los ropajes de supuestos grandes estadistas. Prestó credibilidad a promesas huecas sin que hubiera un solo papel, un documento, ni hablar de un tratado, que sellara ese compromiso de la OTAN y que todavía hoy sigue reclamando Vladimir Putin. En realidad, aquella había sido creada para

«contener» la supuestamente irrefrenable expansión del comunismo; desaparecido este, aquella tenebrosa institución debería haber sido disuelta, pero ocurrió todo lo contrario. Permaneció como una guardia imperial de Estados Unidos en Europa y se fortaleció hasta límites inimaginables pocos años antes. Y como si lo anterior no fuera suficiente, su actual secretario general, el noruego Jens Stoltenberg, declaró en una conferencia de prensa a comienzos de abril del 2022 que la organización había ampliado su radio de acción para enfrentar la gravísima amenaza que China representaba para «el orden mundial basado en reglas», eufemismo utilizado para no llamar al imperio norteamericano por su nombre. Pregunta elemental: ¡¡Cómo!? ¿No era que el enemigo de Occidente era la Unión Soviética y el comunismo? Error. El enemigo era, y es, Rusia, una país demasiado extenso y poderoso cuya sólo presencia en la arena internacional, sea bajo un régimen comunista o capitalista, siempre será un obstáculo a los planes de dominación mundial que, según Noam Chomski, orientan la política exterior de Estados Unidos.

En efecto, todavía no se había asentado la polvareda producida por el derrumbe de la URSS cuando el Subsecretario de Defensa de George W. Bush padre, Paul Wolfowitz, produjo una «Guía para la Planificación de la Defensa». Para su desgracia esta se filtró a la prensa y, ya desde sus primeras palabras, provocó estupefacción en el coro de ingenuos que cantaban loas a los «dividendos de la paz». El halcón israelí-americano decía, sin ambages, que: «Nuestro primer objetivo es evitar la reaparición de un nuevo rival, ya sea en el territorio de la antigua Unión Soviética o en cualquier otro, que suponga una amenaza […] lo cual requiere que nos esforcemos por evitar que cualquier potencia hostil domine una región cuyos recursos, bajo un control consolidado, serían suficientes para generar un poder global». El radical unilateralismo de su contenido dio pie a que fuera calificado, inclusive en ciertos medios del *establishment*, como imperialista. También causó zozobra que su autor planteara, sin mayores tapujos, la importancia de «intervenciones militares preventivas» para

neutralizar las posibles amenazas de otras naciones y evitar que regímenes autocráticos se convirtieran en superpotencias, cosa que luego se convirtió en una práctica corriente de la Casa Blanca. Por supuesto, el destinatario del documento es claramente la Rusia postsoviética, pero no sólo ella. A China, Corea del Norte, Irán y varios otros les cabía el sayo[76].

George Kennan, el diplomático que con su famoso *Long Telegram* del 22 de febrero de 1946 enviado al presidente Harry Truman (y firmado con el pseudónimo de Mister X) había sido el arquitecto de la política de la «contención» del expansionismo soviético manifestó su honda preocupación ante las intenciones de Clinton de propiciar la expansión hacia el este de la OTAN. El veterano diplomático fulminó esa iniciativa aseverando que «la expansión de la OTAN sería el más trágico error de Estados Unidos en toda la era de la posguerra fría […] porque impulsaría la política exterior de Rusia en una dirección que decididamente no sería la que deseamos».[77] En otras palabras, que Moscú reaccionaría ante esa provocación, tal como Washington lo haría si una organización militar enemiga comenzara a amontonar una enorme cantidad de hombres y pertrechos bélicos en la frontera con México-Estados Unidos o Canadá-Estados Unidos. Las advertencias de Kenan, y muchos otros, cayeron en vano. En 2019, la *Rand Corporation* –un *think tank* basado en Santa Mónica, California, que maneja un presupuesto anual de más de 350 millones de dólares y emplea unos 1850 expertos– publicó un documento fundamental y cuyo título lo dice todo: «Sobre extendiendo y desbalanceando a Rusia». Según sus autores en sus páginas se «enumeran opciones no violentas y de imposición de costos que Estados Unidos y sus aliados podrían promover en las áreas económica, política y militar para estresar a Rusia –sobre extendiendo y desbalanceando– su economía, sus fuerzas armadas

[76] Ver: «U.S. Strategy Plan Calls For Insuring No Rivals Develop». *The New York Times*, edición del 8.3.1992

[77] Ver: https://www.nytimes.com/1997/02/05/opinion/a-fateful-error.html

y la estabilidad de su régimen político». El documento examina prolijamente las diversas áreas de vulnerabilidad rusa y para cada una de ellas enumera varias opciones de ataque. Por ejemplo, en la economía imponer sanciones y trabas comerciales, acabar con la dependencia europea del gas ruso, favorecer las exportaciones norteamericanas de gas hacia Europa, y fomentar la emigración de científicos y gentes con elevada formación técnica para privar a Rusia de este tipo de recurso humano. Para cada una de estas opciones se ofrece una estimación de la probabilidad de éxito de la medida, sus beneficios y también sus costos y riesgos, y a partir de allí se formulaba una recomendación concreta.

En el terreno militar se propone, en primer lugar, suministrar «ayuda letal a Ucrania, acrecentar el apoyo a los rebeldes sirios, promover la liberalización en Bielorrusia, expandir los lazos entre Estados Unidos y los países del sur del Cáucaso, y reducir la influencia rusa en Asia Central». Nuevamente, para cada una de estas alternativas el documento realiza una ponderación en términos de probabilidades de éxito, sus beneficios y sus costos[78]. Conclusión: tal como lo conjeturábamos antes de conocer este documento y como se ratifica aún con más fuerza ahora, la de Ucrania es una guerra inmoralmente provocada por Estados Unidos y sus aliados europeos. Sin reparar en los terribles costos humanos de la guerra, en la muerte de miles de ucranianos y el desplazamiento forzado de millones de ellos, el gobierno de Estados Unidos y los de los países europeos lloran con lágrimas de cocodrilo y su inigualable hipocresía. Fueron ellos, bajo el liderazgo de Washington, quienes cerraron todas las opciones a Rusia, que inclusive en un momento llegó a sugerir la posibilidad de iniciar conversaciones para un eventual ingreso a la OTAN, actitud que no suscitó en las muy democráticas y humanistas potencias occidentales la menor intención siquiera de comenzar a conversar sobre el tema. Ninguno de los justos reclamos rusos en

[78] El informe puede consultarse en (https://www.rand.org/content/dam/rand/ pubs/research_briefs/RB10000/RB10014/RAND_RB10014.pdf)

materia de seguridad fue escuchado, como si pudiera construirse un orden mundial estable y seguro para todos, menos para una superpotencia como Rusia, acosada desde el Báltico hasta el Mar Negro. Los perversos planes de Wolfowitz y la *Rand* son de una elocuencia irrefutable. Es la hoja de ruta que ha diseñado Estados Unidos para, con la complicidad de los despreciables gobiernos europeos, destruir a Rusia como se hizo con Yugoslavia. Nadie puede predecir como terminará esta guerra. No obstante, conviene recordar con von Clausewitz, que durante siglos Rusia fue atacada, hostigada e invadida. En cada caso al principio parecía que la debacle sería inevitable, pero siempre supo revertir lo que parecía un resultado cantado y supo derrotar a sus agresores. ¿Será distinto esta vez?

Buenos Aires, 20 de abril 2022

ANECDOTARIO

Estas páginas finales fueron escritas por Atilio Boron para homenajear a algunos personajes que influyeron decisivamente en su vida.

1. Charlas con Eduardo Galeano

Cena en Pocitos y un par de encuentros en Café Brasileiro, Ituzaingó casi esquina 25 de Mayo, en la Ciudad Vieja de Montevideo. (jueves 17 marzo 2011) Muchas anécdotas. Una, la parsimonia y el escepticismo que por momentos le ganaba cuando analizaba al ciclo progresista. No diría pesimismo, pero era un muy agudo «detector» de sus flaquezas. Decepcionado por los ocho años de Lula, y muy pocas esperanzas en lo que podía hacer Dilma, porque no era política. Era muy buena gestora, honesta, pero en Brasil eso no basta, me decía. No le alcanzó a Lula, menos a ella. Diagnóstico similar, pero más positivo para el kirchnerismo, sobre todo en relación a CFK y sus reformas y luchas: la 125, AFJP, ley de Medios, discursos en G-20, pero sin hacerse mayores ilusiones tampoco. Creía que el imperialismo no aflojaría un ápice su torniquete sobre ALC, y que no había razón alguna para pensar que Obama sería el inicio de una nueva política, sino la culminación de la única que el imperio tiene para nosotros, y en especial para Cuba.

Le pregunté, no sé si esa tarde en el Café Brasileiro o en la cena en aquel restaurant italiano de Pocitos, cómo hacía para escribir de forma tan diáfana, sencilla e inclusive melódicamente armoniosa. Me miró y me preguntó: «¿vos pensás que eso me sale así nomás, porque yo tengo un talento especial para escribir?». Le dije que sí con un movimiento de la cabeza, lo miré inquisitivamente y me dijo: «no viejo, no. Yo a veces me paso una noche

entera, ¿oíste?, una noche entera buscando la palabra que necesito para que la frase esté bien y suene como yo quiera. Y en la búsqueda me fumo un atado de cigarrillos, y tal vez más. No es talento: es empecinamiento». Yo repliqué insistiendo en su virtud como escritor y dije que el suyo es comparable al talento del escultor que ante lo que para otros es una tosca pieza de mármol él percibe en sus entrañas la estatua de la Venus de Milo o de Moisés, y lo hace trabajando sin descanso con el martillo y el cincel. «Bueno, algo así. Nada me brota sin esfuerzo». Asentí con mi cabeza, pero para mis adentros no estaba de acuerdo. Eduardo tenía un don especial que le permitía transmitir con frescura y transparencia inigualables lo que percibía con su aguda mirada cuando recorría la inmensa geografía de Nuestra América. «Y por tantas noches de insomnio buscando las palabras que calcen justo en la frase estoy pagando con mis pulmones un impuesto muy elevado», dijo refiriéndose al cáncer que lo estaba estragando y que procuró combatir, en vano, con todas sus fuerzas en Barcelona. Al morir nos dejó huérfanos, frente a un inmenso vacío.

2. Gregorio Selser

A Gregorio y a Marta los conocí en México alrededor de 1978. Hablo de ambos porque la enorme producción bibliográfica del Goyo hubiera sido imposible sin el apoyo y la colaboración de Marta. Digo apoyo no sólo intelectual, como consumada archivista del caos diario de recortes de periódicos que él acumulaba en su mesa de trabajo en su casa, sino también dando su opinión sobre diversos temas, en los cuales ella siempre estaba muy bien informada. Aparte de eso, cuando nos tocó escribir algunas notas conjuntas nos reuníamos a trabajar en su casa y Marta, encima de eso, nos preparaba los almuerzos o las meriendas y todavía le alcanzaba el tiempo para hacer espléndidos dibujos a carbonilla de los personajes del momento que, creo, luego los publicaba el periódico *El Día*, de México, como ilustración de las notas que

a diario enviaba su marido. Y también para sacar a pasear a su hermosa perra «manto negro», Kuruli.

Goyo era un investigador nato, un verdadero sabueso que leía con una rapidez asombrosa y relacionaba acontecimientos aparentemente desconectados entre sí, pero que él finalmente encontraba la trama oculta que los articulaba. No era muy aficionado a las teorizaciones y los razonamientos abstractos. El dato concreto era algo que lo obsesionaba, al igual que la necesidad de exponer con minuciosidad los incontables crímenes del imperialismo norteamericano. Conocía muchos de sus textos, ya en Chile, pero no había tenido contacto personal con él. Esto ocurrió finalmente en México. Con Gregorio escribimos un texto titulado «Las relaciones Estados Unidos-Argentina bajo la Administración Carter», donde analizábamos los límites de su política de derechos humanos porque mientras la Casa Blanca hostigaba a la dictadura genocida las otras agencias federales de Washington le prodigaban un sólido respaldo financiero y diplomático. Este texto fue publicado en 1979 en el número seis de la revista *Cuadernos Semestrales,* la revista del Instituto de Estudios de Estados Unidos del Centro de Investigación y Docencia Económica. Goyo era un hombre visceralmente comprometido con su lucha antiimperialista, que tuvo un primer resplandor en su texto sobre Sandino pero que lo acompañó hasta el fin de su vida. Absolutamente desinteresado por honores y galardones, lo era aún menos por el dinero del cual decía que era genéticamente incapaz de administrarlo, tarea que recaía sobre Marta. Ella misma nos contaba que si salía ocasionalmente de casa y dejaba su cartera sobre la cama del cuarto matrimonial y Goyo por alguna razón necesitaba entrar Kuruli se le adelantaba, se subía de un salto a la cama, ponía una de sus patas sobre la cartera de Marta y le gruñía amenazadoramente a Goyo. Cuando me lo contaron no lo podía creer. Pero un día me hicieron una demostración, ¡y era así nomás! La perra sabía muy bien que si quería comer y sobrevivir ¡tenía que impedir que Goyo administrara el dinero del hogar!

Termino con esta referencia volcada en una entrevista que me hiciera Julio Ferrer para su libro sobre Selser.

Trabajé casi un año codo a codo con él, cuando ambos participamos en un proyecto lanzado por la UNAM bajo la dirección de John Saxe-Fernández. Nos reuníamos tres o cuatro horas todas las tardes para estudiar la documentación que reuníamos, chequear las fuentes, buscar nuevos materiales y dar forma a unos primeros informes. En vísperas del ascenso de Ronald Reagan, que ganó las elecciones presidenciales en noviembre de 1980, decidimos hacer un balance de la política de derechos humanos de James Carter. Fuimos muy críticos con él, porque, si bien nos complacía el giro hacia esa problemática en el relacionamiento con los países del Tercer Mundo, no se nos escapaba que ella también sería utilizada para hostilizar a la Unión Soviética y todos los países que de una u otra manera eran antagonizados por Washington. Al final del proceso teníamos un texto mecanografiado por el propio Gregorio, con una vetusta Léttera 22 que él hacía volar con sus pequeños dedos y que con la velocidad de un rayo sacaba un original y una copia en papel carbónico para luego, cada uno por su lado, revisar lo que se había escrito. En ese pequeño libro, de unas ciento veinte páginas, aproximadamente, demostrábamos las incongruencias de Carter: si por un lado la encargada de la oficina de derechos humanos, Patricia Derian, aplicaba la política de los derechos humanos para presionar a los gobiernos de Chile y la Argentina, el Departamento del Tesoro autorizaba préstamos de los bancos americanos y del FMI y el BM, y el Pentágono seguía vendiendo armas y ofreciendo cursos de instrucción para los militares. Desgraciadamente, como te decía, ambos perdimos ese original. Fue un esfuerzo muy grande para ambos, pero sobre todo para Selser porque, aparte de avanzar en nuestra investigación, tenía que hacer un alto para producir el artículo que al día siguiente publicaría *El Día*, que era quien le pagaba el sueldo que le permitía sobrevivir en México, sobre todo en los tres o cuatro primeros años del exilio. Pero siempre trabajó de la misma manera: leyendo todo, de todo, y cortando

con una hojita de afeitar los recortes que le interesaban, cosa que hacía con una habilidad pasmosa. Con una mano sostenía con su brazo izquierdo totalmente extendido una hoja tipo sábana de un diario cualquiera y con la mano derecha, hojita en ristre, pegaba cuatro cortes fulminantes y el recorte que necesitaba salía limpito como si hubiera pasado por una guillotina de esas que tienen las imprentas. Luego escribía en el margen superior la fuente, el día o cualquier otra información que le resultara pertinente y, renglón seguido llamaba a Marta para que, con infinita paciencia, procediera a archivar la nueva molécula informativa sobre la cual, días después, construiría sus notables e inolvidables historias.

3. Fernández Retamar

De él ya hablé bastante en el texto. Tal vez subrayaría la enorme importancia que Roberto ejerció para fortalecer mi conocimiento del pensamiento martiano. Siempre me decía que no podía comprenderse a Fidel si se desconocía el legado martiano, cosa que no había pensado por ejemplo cuando ví a Fidel en Chile.

Además, Roberto me abrió la puerta al conocimiento de otras grandes figuras del pensamiento cubano / caribeño / latinoamericano como el enorme Fernando Ortiz, autor de varios textos cruciales como *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* en donde analiza la cultura cubana a partir del anclaje material que le proporcionan los dos principales productos de la isla, y el complejo sistema de relaciones sociales que ambos establecen. Un análisis económico más no necesariamente marxista, pero convergente con las principales desarrolladas por el materialismo histórico. La generosidad de RFR lo llevó a producir, a pedido nuestro en nombre de CLACSO, un texto magnífico: *Pensamiento de Nuestra América*, que recomiendo muy enfáticamente, y que los lectores de este libro pueden descargar gratuitamente desde el sitio web de CLACSO.

Habría muchísimas anécdotas que contar de Roberto y mucho material para examinar dada la enorme riqueza de su obra como poeta y ensayista. La admirable biografía escrita por el poeta, periodista y ensayista platense Sergio Marelli, titulada *Roberto Fernández Retamar, circunstancias de un poeta* (publicada por la Editorial de la Universidad de La Plata) me ahorra ese esfuerzo y lo compensa con creces. La obra de Marelli inspiró al estupendo documental fílmico de Raquel Ruiz: *El Quijote del Caribe*.

Yo agregaría tan sólo algo que me dijo al pasar en uno de nuestros frecuentes encuentros cuando indagué sobre el origen de Casa de las Américas, una de las dos grandes instituciones culturales de Cuba, la otra siendo el ICAIC. Ambas fueron fundadas en los primeros meses de la Revolución, antes inclusive que otras agencias de carácter económico como el Instituto Nacional de Reforma Agraria lo cual refleja la excepcional importancia que Fidel le asignaba a la batalla de ideas. La destacadísima labor de Casa de las Américas fue obra de Haydée Santamaría, su directora entre 1959 y 1980. Había hecho unos pocos grados de escuela primaria en la zona rural donde había nacido, en Encrucijada, provincia de Las Villas, y ya en La Habana comenzó a estudiar enfermería, pero abandonó por causa de su militancia política, lo que la llevó a participar en el asalto al Cuartel Moncada. Haydée no era una persona con una amplia formación intelectual, pero, según RFR, había sido agraciada con «la posesión de un talento natural prodigioso», que le permitió percibir en todos sus coloridos matices la riqueza de la cultura latinoamericana, y a promoverla consagró su vida. Estos dones excepcionales la llevaron a polemizar con Mario Vargas Llosa cuando este se pasó de bando, y comenzó a atacar a la Revolución cubana. La carta que le enviara al peruano el 14 de mayo de 1971 es una obra maestra, de la cual rescato sólo este párrafo: «usted es la viva imagen del escritor colonizado, despreciador de nuestros pueblos, vanidoso, confiado en que escribir bien no sólo hace perdonar actuar mal, sino permite enjuiciar a todo un proceso grandioso como la Revolución cubana». Suficiente.

4. Chomsky

Vino a la Argentina invitado por la UBA con ocasión de la celebración de los 175 años de la creación de la UBA. Eso fue en 1996. Después regresó para el Foro de Emancipación e Igualdad del 2015, pero no pudimos encontrarnos. De hecho, fue prácticamente secuestrado por sus organizadores según él mismo me dijo en una charla telefónica. Estaba un poco molesto por eso, pero no quería causar problemas con los organizadores, y yo tampoco. Igual, pudimos conversar un poco sobre el fiasco de la Administración Obama y sus pesimistas pronósticos acerca de la siguiente elección presidencial, confirmados por la inesperada aparición de una figura esperpéntica como Donald Trump.

Lo cierto es que en 1996 Chomsky ofreció varias conferencias en el ámbito de la UBA, se reunió con algunos grupos de trabajo en el campo de la lingüística y la filosofía y participó en actividades protocolares, entre ellos la recepción de un Doctorado Honoris Causa ofrecido por la universidad. Vino acompañado por su esposa de entonces, que falleciera unos cuantos años más tarde, Carol Chomsky. Carol era una persona encantadora y la verdadera guardiana de la agenda de su marido, salvajemente tironeada por todos los medios, por colegas, por estudiantes y por gente del común, interesadísimos todos en hablar con Noam y conocer sus opiniones sobre los más diversos temas. Años más tarde, en Porto Alegre, en el marco del Foro Social Mundial, tuve la suerte de encontrar un tiempo para hacerle una larga entrevista sobre la tradición liberal en Estados Unidos, sus mitos y la realidad, misma que luego transcribí y publiqué como apéndice final de mi *Tras el Búho de Minerva.* Yo pude llegar a él porque mientras estudiaba en Harvard asistí a un par de conferencias públicas en el área de Boston. Luego desde México le enviaba algunos trabajos míos y en más de una ocasión me los devolvía con algún que otro comentario, siempre incisivo y constructivo. En 1995 fui invitado a dictar un seminario en el MIT y ahí tuve ocasión de conversar con él con más frecuencia. A partir de ese

relacionamiento más estrecho logré que viniera a la UBA y que aceptara ser conferencista magistral en la Asamblea General de CLACSO que tendría lugar en La Habana, en octubre del 2003. Fue a Cuba y regresó con una idea muy positiva de lo que había visto en la isla. Anduvo por todas partes, hablaba con medio mundo en calles y plazas, en el Malecón. Fue muy importante para él, para formarse una idea más acertada de Cuba, y mucho más para los cubanos. Además, conversó varias veces con Fidel y Noam demostró en una cena (en la cual también estaban Danielle Mitterrand, la viuda del expresidente francés François Mitterrand, Volodia Teitelboim y Víctor Flores Olea) que conocía en detalle toda la Operación Mangosta que culminó con la invasión mercenaria a Playa Girón. Me asombró el conocimiento a nivel de detalles que cada uno de los dos exhibía en esa conversación sobre la citada Operación. Lo esperaba de Fidel, obvio, pero no así de Noam. Fue una conversación fascinante que lamentaré hasta el fin de mis días no haber tenido la oportunidad de grabarla. Una verdadera joya, inolvidable.

5. Fernando Henrique Cardoso

Fue un personaje fundamental en mi formación teórica, y con quien tengo una importante deuda intelectual, porque aprendí mucho de él. Un pensador finísimo, agudo, sarcástico en los debates, dueño de una seducción y elegancia discursiva que le valieron el título del «Príncipe de los Sociólogos». Formado por Florestán Fernandes en la USP su lengua de referencia era el francés y afrancesado también era su sofisticado marxismo. Mejoró sustancialmente su inglés en la medida en que se convirtió en una figura, no sólo latinoamericana, sino internacional y, ya se sabe, la *lingua franca* del imperio es el inglés y no el francés. Y FHC sabía eso muy bien: en 1982, asumió la presidencia de la ISA, la *International Sociological Association*, lo que acentuó su gravitación internacional. FHC abandonó la CEPAL a finales de 1967 (o, tal vez, comienzos de 1968) y decidió regresar al Brasil, cosa que

sorprendió a gran parte del exilio en momentos en que el régimen militar brasileño endurecía su política represiva con el Acta Institucional n.º 5. Al año siguiente, 1969, funda en Sao Paulo el CEBRAP, Centro Brasileño de Análisis y Planificación, que rápidamente cosechó sólidos apoyos de fundaciones internacionales y la poderosa comunidad de negocios paulista convertida, en la práctica, en un «estrato protector» (para usar la expresión de Schumpeter) del brillante intelectual brasileño. El CEBRAP realizó numerosas investigaciones de excelente calidad y FHC ejerció un liderazgo intelectual extraordinario durante toda la década de los setenta. Participó activamente en grandes eventos internacionales y sus trabajos escritos eran notables por su calidad y la contundencia con que derribaba los argumentos de sus ocasionales oponentes. Al promediar los sesenta había escrito un texto fundamental de la sociología latinoamericana: *Dependencia y Desarrollo en América Latina,* junto con el sociólogo chileno Enzo Faletto. Texto polémico porque cuestionaba las visiones de un cierto marxismo vulgar que afirmaban la imposibilidad del desarrollo capitalista en Latinoamérica. Ensayo controversial también porque refutaba las tesis de la CEPAL, razón por la cual el informe circuló mimeografiado ya que la censura burocrática nunca autorizó que fuese publicado como un texto oficial de esa institución. Lo publicaría Editorial Siglo XXI años después. La tesis del libro sostenía que podía haber un desarrollo capitalista en AL, pero que eso no necesariamente significaba el fin de la relación de dependencia neocolonial y además sería un proceso que, contrariamente al «desarrollismo» o a los esquemas de Walter W. Rostow, no tenía chance alguna de culminar convirtiendo a nuestros países en una nueva Australia o Estados Unidos. La polémica con André Gunder Frank, Theotonio dos Santos, Aníbal Quijano y Ruy Mauro Marini sacaba chispas y, tal vez por eso mismo, fue extraordinariamente instructiva. Sus intervenciones en contra de las visiones instrumentalistas del Estado se cuentan

entre las más originales producidas en estas latitudes, así como la forma en que con suficiencia teórica y elegancia argumentativa destruyó al «marxismo althusseriano» que a finales de los sesenta hacía estragos en Latinoamérica. Como dijo en una entrevista uno de sus más íntimos amigos, José Gregori: «al principio él no quería ser político. Quería asumir un papel como el de Sartre en Francia, ser una referencia teórica, un abastecedor de ideas para los políticos». Y era el papel que estaba desempeñando en la región, pero luego reorientó su proyecto personal y movido por su inteligencia, su pragmatismo y su arrolladora ambición llegó a la presidencia del Brasil. Poco después, para desilusión de muchos que fuimos sus alumnos y, casi diría, discípulos, pronunciaría una frase patética: «olvídense de lo que escribí»[79].

Tendría muchísimas anécdotas que contar de FHC, un personaje fascinante y multifacético. Fue, de lejos uno de los mejores maestros que tuve en mi vida, a la altura de un Barrington Moore, Karl Deutsch, Gino Germani, Torcuato Di Tella o Robert A. Dahl. Pero su gestión política como ministro de Relaciones Exteriores, luego como ministro de Hacienda, y finalmente, como presidente del Brasil me decepcionaron: el hiato entre sus enseñanzas y su práctica era demasiado ancho y profundo. Su involución política lo llevó a desaguar su talento en las turbias aguas de la socialdemocracia europea, que eran siempre objeto de su sofisticada ironía. Terminó codo a codo con ese corrupto lobista de las transnacionales españolas, Felipe González, en una cruzada en contra de Hugo Chávez y la Venezuela bolivariana. Jamás le perdoné eso. Tampoco que se haya mantenido en silencio cuando Brasil, estaba a punto de precipitarse al abismo con la elección de Jair Bolsonaro. Su mutismo en esa coyuntura lo hizo cómplice del desastre, y reveló que su odio o envidia por Lula era mayor que el amor por su país. Una declaración suya a favor de la fórmula Haddad-D'Avila podría haber inclinado el fiel de la balanza

[79] Se puede encontrar en: https://www.lanacion.com.ar/el-mundo/cardoso-elartifice-del-gran-cambio-nid112931/

y evitado la tragedia producida por Bolsonaro. Escribí una nota publicada en *Página/12* instándolo a que tomara partido. Pero prefirió quedarse callado.

Lo anterior no quita que su talento haya sido, sea, excepcional.

En los setentas fue un activo participante del Grupo de Estudios sobre el Estado de CLACSO, y, en ese marco, me invitó a una reunión con algunos de los popes de esa disciplina que se celebró en una pequeña finca en las afuera de Sao Paulo. Yo era el único junior. El resto eran todas figuras consagradas. Recuerdo especialmente a Guillermo O'Donnell, Juares Brandao López, Vilmar Faría y, si mal no recuerdo, Francisco Weffort, Philippe Schmitter y algunos pocos más entre los invitados, y el nivel del debate era superlativo. En un momento dado teníamos que hacer la pausa para almorzar y me dice: «acompáñame, vamos hasta el pueblo a buscar algo para comer». Estábamos a unos diez o quince minutos de auto y ni bien llegamos vimos que había un pequeño negocio atendido por un gigante afro-brasileño muy atareado preparando unos «frangos». Bajamos del auto y FHC le ordena seis pollos, le pide que los troce cuidadosamente, le pregunta si tiene papas fritas y le dice que sí, que ya mismo las prepara. Renglón seguido me pide que lo espere ahí mientras él iba a buscar pan y algo de bebida. Me quedo y admiro la increíble precisión quirúrgica con la que aquel hombrón trozaba los pollos con un pequeña hacha muy filosa y pesada. A los pocos minutos regresa y, mientras el comerciante terminaba de empaquetar los pollos y las papas fritas, FHC se lleva la mano a su bolsillo y dándose una palmada en la frente le dice al negro: «¡no sé dónde dejé la billetera, no tengo el dinero ahora!». Yo me estremecí porque imaginé lo que muy probablemente ocurriría ante una situación semejante en la Argentina y ya me veía al parrillero corriéndonos con el hacha y trozándonos con la misma habilidad que había exhibido con los «frangos». Él nunca había visto a FHC, este jamás venía al pueblo, ¿cómo saber que no era una transa para

estafarlo? FHC me miró son una sonrisa pícara y dándose vuelta le dijo: «mire amigo, estoy en una reunión con unos profesores en un almuerzo en la finquita que tengo aquí cerca. En un rato le mando una persona para que le traiga su dinero». Y para mi estupefacción. el comerciante no sólo aceptó la explicación, sino que hasta hizo una pequeña reverencia mientras decía «como no, patrón, *fique* tranquilo, cuando pueda me manda esa persona, no se haga problema». Ni bien subimos a su automóvil, se volteó para mirarme mientras me decía: «espero que hayas aprendido esta lección sobre la vigencia del legado de la esclavitud en el Brasil contemporáneo y de la pertinaz sobrevivencia de los principios de un orden jerárquico que ya no existen en los países del Río de la Plata. Y que entiendas también, por qué el conservadorismo tiene raíces tan profundas en este país todavía al día de hoy y que ni siquiera transcurrió un siglo desde la abolición de la esclavitud en Brasil». ¡*Touché!*

Última anécdota: años después, ya como presidente de Brasil le pedí una entrevista en el Palacio de Planalto. Tenía que verlo porque la Asamblea de CLACSO había dispuesto, en 1997, que la siguiente debía tener lugar en Brasil en 1999, en Recife más precisamente. El Comité Organizador local había hecho denodados esfuerzos para conseguir el financiamiento para el evento, pero los recursos eran muy insuficientes. Para ver como podíamos resolver el tema fue que nos dirigimos a Brasilia. Nos recibió junto a Vilmar Faría, que era un gran sociólogo prematuramente fallecido, su Marco Maciel y varios funcionarios más. Por parte de CLACSO fuimos Clovis Cavalcanti, de la Fundación Joaquim Nabuco que era la institución organizadora, y yo en mi calidad de Secretario Ejecutivo. Fue una reunión amable y de no más de veinte minutos. Hablamos de CLACSO y repasamos la situación de los países de AL en momentos en que el consenso neoliberal estaba en pleno derrumbe y, cuando ante mi creciente impaciencia parecía que no había modo de que abordásemos el tema que nos había llevado a Brasilia me dice: bien Atilio, dime: ¿*how much*? Así, en inglés y con una amplia sonrisa en su rostro. Y

yo me puse en el papel de un gánster y le respondí: «*three hundred grands*». Asintió con la cabeza. Se volvió a uno de sus secretarios y les dijo. «consíganlo de algunos de los fondos que tenemos en las empresas estatales para promoción cultural». Dicho lo cual nos deseó buena suerte en el evento y que, si su agenda lo permitía, estaría para la inauguración. Poco después transfería el dinero al Comité Organizador brasileño y todo marchó viento en popa. No pudo asistir, pero mandó en su nombre al vicepresidente de Brasil.

6. Pablo González Casanova

Don Pablo como le decimos los más cercanos a él con una mezcla de respeto, admiración y reconocimiento es una figura que desde hace más de medio siglo habita las más altas cumbres de la jerarquía intelectual y social de México y Latinoamérica. A diferencia de Cardoso, la vida intelectual y política de *Don Pablo* tienen una coherencia extraordinaria. Si el primero le dijo a sus lectores y exalumnos que se olviden de lo que había escrito, el mexicano puede recomendarle a los suyos que se remonten hasta sus primeros escritos –el fascinante libro *Una Utopía de América,* publicada en 1953 poco después de doctorarse en Sociología en *La Sorbona* bajo la dirección de Ferdinand Braudel–, que transiten todo su recorrido intelectual hasta la actualidad, para comprobar la permanencia a lo largo de setenta años de una misma matriz de pensamiento, obviamente, que no exenta de inevitables actualizaciones. Poquísimos intelectuales pueden decir lo mismo.

En términos políticos González Casanova mantuvo invariablemente una postura congruente con su desarrollo teórico. Siempre estuvo en el lado correcto de las trincheras donde se libra la lucha de clases y el combate al imperialismo. Su rechazo al colonialismo, tanto internacional como interno; su crítica a la simulación democrática en boga en el mundo desarrollado después de la Segunda Guerra Mundial y, por supuesto, el constante

antiimperialismo que se respira a lo largo de toda su obra escrita ha sido, y, sigue siéndolo hoy, un ejemplo luminoso para las jóvenes generaciones. *Don Pablo* combinó siempre el máximo rigor de las ciencias sociales con una abrasadora pasión por construir una sociedad de mujeres y hombres libres y naciones igualmente emancipadas de cualquier dominación externa.

Su apoyo a la Revolución cubana ha sido permanente. Si mal no recuerdo, llegó a La Habana poco después del triunfo de la revolución y desde esos días su lealtad para con ese proceso refundacional en la historia de Nuestra América se ha mantenido incólume. La derrota de las guerrillas, el derrumbe del Muro de Berlín, la implosión de la Unión Soviética, el auge de un inofensivo progresismo o las modas eurocomunistas o posmodernas lo encontraron siempre en el mismo lugar, aportando una reflexión crítica, jamás complaciente, y en permanente disposición para el diálogo y el debate de ideas. El 1º de mayo de 2003 fue invitado (como el autor de estas líneas, en el 2005) para dirigirse a la multitudinaria muchedumbre reunida en la Plaza de la Revolución de La Habana diciendo, entre otras cosas, nada menos que «la campaña contra Cuba es una campaña contra la humanidad».

Con la publicación en 1965 de *La Democracia en México*, *Don Pablo* inaugura una línea de reflexión sobre las estructuras de poder en Latinoamérica que tendría un largo recorrido. Las discusiones de los años ochenta sobre las transiciones democráticas, sin embargo, no se enriquecieron con los aportes de ese libro, cuyas molestas interrogantes acerca de las posibilidades de la democracia en el capitalismo periférico siguen siendo, aún hoy de una extraordinaria importancia pero que contrariaban el consenso de los «transitólogos», para los cuales no había incompatibilidad alguna entre capitalismo y democracia.

Las reflexiones de González Casanova, un hombre cultísimo, dicho sea esto al pasar, rebasaron con creces el ámbito de la teoría sociológica. Lo suyo fue un constante proceso de «traspasar fronteras», como recomendaba Albert Hirschman, e incursionó

en asuntos tan diversos como teorías de la complejidad, problemas epistemológicos, las «tecnociencias», la etnología; todo un ramillete de conocimientos puesto al servicio de la emancipación humana, social y política de la cual los «caracoles zapatistas» constituyen, según don Pablo, el paradigma o el arquetipo orientador para la fundación de un orden social poscapitalista. Sin olvidar, claro está, que para él Cuba «es el país más democrático del mundo, en medio de las limitaciones y contradicciones inevitables de cualquier lucha por la democracia como participación, organización y representación del pueblo […]. Ustedes definirán qué significa el anticapitalismo; yo me limito aquí a decirles que Cuba significa el esfuerzo más avanzado del ser humano en la lucha por la liberación, la democracia y el socialismo»[80]. Todo un ejemplo de coherencia intelectual y política. ¡Honor a quien honor merece!

7. Torcuato S. Di Tella

Me causó mucho dolor cuando me enteré de su deceso. Comparto lo que escribí en ese momento. «Falleció el día de ayer, 7 de junio de 2016, en Buenos Aires, a los ochenta y seis años. Habrá muchas notas necrológicas que cuenten su vida. Yo me limitaré a compartir una reflexión personal ante su partida. Tuve la suerte de iniciar mi carrera como sociólogo bajo su dirección, como su ayudante de investigación en un proyecto que tenía en el por entonces llamado Centro de Sociología Comparada del Instituto Torcuato Di Tella, así denominado en honor de su padre. Fue un personaje especial: muy inteligente, muy culto, dueño de un envidiable sentido del humor y de trato llano y afable. Hacía de la ironía un arma imbatible en sus frecuentes debates, pero jamás la utilizaba para atacar a sus críticos, sino a sus ideas. En línea con ese tono burlón e iconoclasta, tan valioso por contraposición a la hueca formalidad y solemnidad de la academia, en el espectro

[80] Cita tomada de la Antología CLACSO sobre PGC, p. 457.

ideológico se situaba así mismo "en la derecha del marxismo", pero siempre dentro y nunca fuera del marxismo. Me decía que no debía dejar de estudiar la obra de Marx, no para repetirla talmúdicamente, sino para que me ayudase encontrar las grandes preguntas que todo sociólogo debía ser capaz de formular. En todos sus trabajos siempre se adivinaba la influencia del gran filósofo de Tréveris. Más allá de sus circunstanciales opiniones, su corazón estaba claramente en la izquierda. Despreciaba a la derecha, por su mezquindad y su chatura intelectual. Bajo su guía se despertó mi afán por conocer América Latina, que él conocía muy bien. Me hizo familiarizarme con una literatura desconocida para quienes a comienzos de los sesentas comenzábamos a transitar por los estudios sociológicos. Si soy un latinoamericano de alma se lo debo en buena medida a él. Un recuerdo imborrable data de un almuerzo con él y Pepe Nun que tuvo lugar a mediados de 1962 en el Club Universitario de Buenos Aires, el CUBA, y del cual di cuenta más arriba. Allí fue cuando caí en la cuenta que tenía que leer la obra de un autor italiano, prácticamente desconocido en el mundo de habla hispana. Era nada menos que Antonio Gramsci, a la sazón apenas examinado en la obra pionera de Héctor Agosti, pero totalmente ausente en las cátedras de las carreras sociología. Me urgió a consiguiera sus *Notas sobre Maquiavelo* y me lo hice traer de Italia, apelando a la colaboración de uno de mis familiares (¡que advirtieron a mi padre sobre la «peligrosidad» del libro que estaba leyendo su joven hijo!). Si bien yo ya había leído algunos textos marxistas, la lectura de Gramsci estimulada por el consejo de Torcuato, me impulsó a avanzar resueltamente por un camino del cual jamás habría de apartarme por el resto de mi vida. Aparte de esto, me enseñó a analizar los datos censales de los países latinoamericanos, especialmente de Argentina, Brasil y Chile, y a desentrañar los rasgos fundamentales de sus estructuras económicas y sociales a partir de esos materiales. Por eso me entristece mucho la noticia de su muerte. Durante más de medio siglo me distinguió con su amistad y cada vez que nos veíamos disfrutaba de sus siempre

incisivos comentarios y sus agudas ironías. Lo echaré mucho de menos. Se fue un grande del pensamiento social latinoamericano, alguien que jamás pagó tributo alguno a las modas intelectuales de su tiempo, y he tratado de ser fiel a esa sabia enseñanza. ¡Adiós Torcuato, descansa en paz!».

8. Umberto Cerroni

Uno de los más importantes teóricos políticos marxistas de la segunda mitad del siglo XX. Originalmente un jurista, fue autor de una gran cantidad de libros y ensayos que fueron conformando un impresionante *corpus* de teoría y filosofía política marxistas. Desgraciadamente su obra no llegó a tener la gravitación de otras figuras europeas, que eran leídas casi con devoción en Latinoamérica. Pienso en Louis Althusser o, en las antípodas, a Alain Touraine. Carente del *charm* que tiene en las mentes colonizadas de Nuestra América la producción originada en Francia o Estados Unidos, la obra de un riguroso y fecundo pensador italiano desgraciadamente no tuvo la recepción que se merecía.

Miembro del PCI desde su juventud fue una de las figuras más relevantes en los grandes debates que tuvieron como eje esa fuerza política en la Italia de la posguerra, y especialmente a partir de finales de los años sesenta. Empezó su trayectoria intelectual como especialista en asuntos soviéticos, pero, sobre todo, poniendo énfasis en el nuevo derecho plasmado en la notable obra de Evgeny Pashukanis. A partir de los años sesenta su énfasis fue puesto en la teorización marxista sobre el Estado y la recuperación de los textos del joven Marx, anatemizados por la moda althusseriana que recorría Europa y Latinoamérica. Varias obras sobresalen como contribuciones seminales al pensamiento marxista: *Marx y el Derecho Moderno; La libertad de los modernos; Metodología de las ciencias sociales* y, sobre todo *Teoría Política y Socialismo*, traducido al castellano en 1976 y *Crisis del Marxismo,* un texto de 1978. Estos últimos fueron utilizados en mis cursos en México de modo que, en uno de mis viajes a Italia, creo que fue en 1980, le solicité una entrevista e hizo el favor de conce-

dérmela. En ese momento tenía cincuenta y cuatro años y estaba en el centro de un crepitante debate al interior del PCI. El golpe en contra de Salvador Allende en 1973 había precipitado una profunda «revisión por derecha» de la línea política del partido. La caída de la dictadura portuguesa en abril de 1974, la famosa «revolución de los claveles», y un año y medio después la muerte de Franco (pero no así del franquismo, como se comprueba hoy día) aceleraron el proceso revisionista que dio origen primero al «eurocomunismo», acicateado por las perspectivas que se abrían en Italia para las elecciones programadas para 1976. No me detendré en analizar los restos casi irreconocibles de aquella ilusión y sus negativas repercusiones en el pensamiento de izquierda latinoamericano. La rápida volatilización del eurocomunismo no fue sorpresa alguna pues nunca creí que, aunque el PCI obtuviese una amplia mayoría parlamentaria pudiese alguna vez formar un gobierno en Italia. Las declaraciones de Henry Kissinger a *Le Monde*, en abril de 1976 habían sido terminantes: «el dominio de los partidos comunistas en los gobiernos de Occidente es inaceptable, por más moderados que sean sus planteamientos e independientes que sean de las directivas de Moscú».

En ese contexto se desarrolló nuestra conversación, que en líneas generales sirvió para reafirmar mi convicción sobre la importancia de una teoría marxista de la política, algo bien distinto de una teoría política marxista como luego desarrollé en *Tras el Búho de Minerva.* Cerroni fue muy claro, si bien respetuoso, en su crítica a Norberto Bobbio cuando organizó un volumen colectivo preguntándose si existe una teoría marxista del Estado. Pese a que el gran pensador turinés, heredero del socialismo liberal de Piero Gobetti, respondió negativamente a su propia pregunta Cerroni argumentó, persuasivamente, que esa teoría existía y que era imprescindible como guía para todo proceso de reforma o cambio revolucionario. Casi al final de la entrevista, que ya se había extendido por casi una hora, le pregunté algo que me obsesionó desde siempre: la deserción de los intelectuales de izquierda. Mi libro *El Hechicero de la Tribu* es una reflexión sobre el caso

de Mario Vargas Llosa, pero ese proceso de abandono de viejas certidumbres se origina mucho tiempo antes de que el novelista comenzara a escribir *Conversación en la Catedral*. Me acuerdo, como si fuera hoy, que Cerroni alzó sus pobladas cejas y, con evidente resignación, me respondió más o menos con estas palabras: «*ma, tu sai* (pero, tú sabes)» lo que ocurre con muchos de nuestros compañeros. Fueron formados en una concepción teórica y política dogmática, según la cual la Unión Soviética o los países del este europeo eran la realización del gran programa emancipatorio de Marx. Pero cuando viajaban a esos países retornaban profundamente decepcionados, porque lo que habían visto no les satisfacía para nada. Para colmo, muchos de ellos luego visitaban países más desarrollados de Europa –digamos Alemania, Suiza, Francia, y ni te digo si iban a Estados Unidos–, y entonces la desazón era aún mayor. Primaba en nuestros cursos y panfletos del PCI una idea absurda, irreal, poco marxista, de que Estados Unidos era un país en el cual blancos ricachones poco menos que se desayunaban niños negros en el Plaza Hotel de Nueva York, y en donde la explotación capitalista había hundido a los trabajadores en niveles de pobreza casi africanos. Cuando nuestros militantes llegaban allá y veían la realidad norteamericana quedaban deslumbrados, enceguecidos e incapaces de ver por debajo de las apariencias. El resultado de ambos viajes, a la Unión Soviética o a Polonia, por ejemplo, y luego una ocasional visita a Estados Unidos ocasionaban el derrumbe de todo el discurso laboriosamente cultivado por la ortodoxia partidaria que representaba de modo muy tosco la realidad del capitalismo y la gente simplemente te devolvía la *tessera* (el carnét del partido) se iba a su casa sintiendo que había sido engañada».

A contramano
Una biografía dialogada
se imprimió en el mes de noviembre de 2023
en la Imprenta Bicentenario de Carabobo
Caracas, Distrito Capital, Venezuela
Son 2.000 ejemplares

A contramano

En esta biografía dialogada, el lector encontrará la vida, postulados y experiencias de una de las figuras más influyentes en el campo de la sociología, el marxismo y el antiimperialismo, como lo es Atilio Boron. Desde el impacto del peronismo hasta el golpe de Estado en Chile, pasando por su trayectoria en diversas universidades, en Santiago, Harvard o Ciudad de México, y siempre bien rodeado de compañeros militantes y académicos. Más allá del propio relato vital, a lo largo de sus páginas se plasma no solo una historia de la Argentina contemporánea, sino un completo panorama de la compleja evolución de la izquierda y el pensamiento latinoamericanos desde mediados del siglo xx hasta nuestros días.

Atilio Boron (Buenos Aires, 1943)

Argentino de nacimiento y latinoamericano por convicción. Sociólogo y analista político. Tiene un magíster y Ph. D en Ciencia Política, este último en la Universidad de Harvard. En la actualidad, es director del Ciclo de Complementación Curricular en Historia Latinoamericana de la Universidad Nacional de Avellaneda, director del PLED del Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini y profesor consulto de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Columnista y autor de varios libros, traducidos a varios idiomas.

Alexia Massholder

Argentina. Doctora en Ciencias Sociales de la UBA e investigadora adjunta del Conicet. Es docente de Pensamiento Argentino y Latinoamericano de la Facultad de Filosofía y Letras (Universidad de Buenos Aires) y de Metodología en Investigación Histórica (Universidad Nacional de Avellaneda), así como miembro del Comité Académico del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC).

9 789800 123638

IMPRESO EN TIEMPOS DE GUERRA ECONÓMICA CONTRA VENEZUELA

MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura

[2022 - 2030]